# VARONES ILUSTRES

## TOMO NOVENO

# VARONES ILUSTRES

DE LA

# COMPAÑÍA DE JESUS

SEGUNDA EDICION

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

TOMO IX

CASTILLA

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIÁSTICA

BILBAO
ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»
1892

# H. ALONSO DE PRADO

Fué natural el H. Alonso de Prado de Medina de Rioseco, diócesis de Palencia.

Estando estudiando en Salamanca, no con pequeño caudal de ingenio y con mucho cuidado, siendo de treinta y un años, entró en la Compañía para ser H. Coadjutor temporal, y por más que le inclinaban á otro grado de la Compañía ó á indiferente, así entónces como despues de estar dentro de ella, y convidándole con licencia para ordenarse, que no se lo mandaban por no desconsolarle, jamás se pudo acabar con él; tanto es lo que Dios le dió á estimar la humildad en este grado de Coadjutor temporal, y tan celestial la luz que recibió del cielo para esta resolucion.

Y por su gran prudencia, sin sacarle de su estado, le hicieron Ministro del colegio de Salamanca, el cual oficio hacia con universal satisfaccion y gusto de todos los del colegio.

Aunque resplandecian en él todas las virtudes, hacia raya y campeaba entre todas la devocion que tenia con nuestra Señora, y así, se lo quiso premiar la Vírgen, llevándole de esta vida con un modo maravilloso, el dia de su Purísima Concepcion el año de 1559, y fué su muerte sin pensar.

Habia juntado este dia á todos los Hermanos, para hacerles una plática espiritual y fervorosa, como lo tenia de costumbre, y, acabada la cena, se fue con los demás al coro, donde siempre iban todos juntos á dar gracias á nuestro Señor por el beneficio de haberles sustentado aquel dia.

Viniéndose los demás al lugar de la quiete, él se quedó solo en el coro en oracion media hora, y de allí vino donde estaban los demás, con alegre rostro y risueño; sentóse sin hablar palabra, y recostando la cabeza sobre el compañero más cercano, dió su alma á Dios nuestro Señor, sin otro movimiento ni basca alguna, habiendo confesado y comulgado aquella mañana.

Causó gran devocion á todos esta manera de muerte tan suave, quedando con prendas de que se fue derecho al cielo, y que no quiso la Vírgen tu-

viese las aflicciones de enfermedad alguna, sino que, descansando el cuerpo, fuese el alma al eterno descanso.

Este género de muerte tan suave han tenido grandes siervos de Dios, y en la Compañía no ha faltado en semejantes personas, y otras han sido halladas muertas hincadas de rodillas en la forma que estaban en oracion, como sucedió al H. Pedro Carrillo y al P. Benedicto Herbesto, cuya santidad dejó grande memoria.

Esta muerte tuvo S. Pablo, primer ermitaño. De S. Melito, monje escribe S. Gregorio en sus diálogos, que murió de repente. El *Martirologio Romano* á 18 de abril escribe de S. Galdino, Obispo, que murió luego que acabó de predicar un sermon.

Bergero, sacerdote santísimo, acabando de decir Misa murió revestido. Santa Demetria vírgen, estando resuelta de confesar la fe ante el tirano, murió súbitamente delante del Prefecto.

Un Diácono santísimo, discípulo de S. Ebrulfo, ermitaño, celebrado á 29 de diciembre en el *Martirologio*, viendo que su maestro se moria y deseando acompañarle, se recogió á dormir á su aposento, y súbitamente murió en él.

Fausto, romano y pariente de las Stas. Dafrosa y Bibiana, profesando de palabra su fe ante el tirano, murió de repente sin tormento alguno. San Félix, presbítero de Nola, habiendo dicho Misa un domingo y dado paz, se puso en oracion y espiró, como lo refiere S. Paulino en sus versos.

San Gaudencio, Obispo de Novara, á 22 de enero, estando predicando á su pueblo espiró. Guillelmo, ermitaño santísimo, murió de repente año de 1404, y las campanas súbitamente se tocaron. Halláronle en su celda de rodillas y levantadas las manos al cielo.

Hilaria, mujer del santo mártir Cláudio, orando en la sepultura de sus hijos súbitamente murió. San Homobono, mercader, asistiendo bueno y sano á los maitines súbitamente murió, y no por eso le dejó de canonizar el año siguiente Inocencio III.

Juan, monje egipcio, habiéndose retirado por tres dias donde nadie le viese, fué hallado muerto é hincado de rodillas, como escribe Paladio.

Juvencio, Obispo ticinense, espiró en acabando de decir Misa y echar la bendicion al pueblo. Santa Palatiates, siendo desterrada por Cristo, fue á cumplir la sentencia con su ama de leche, nombrada Laurencia, y orando las dos murieron de repente en tiempo de Diocleciano.

Santa Sabina, matrona nobilísima, murió súbitamente en los sepulcros de S. Nabor y Félix.

Santa Teoclia dió dinero para que crucificasen cabeza abajo á su santo hijo y mártir Caliopio, y abrazándole murió de repente un viérnes santo.

Vincencio, Obispo, á 6 de junio, despues de haber sufrido mucho por Cristo, celebrando Misa un domingo, murió delante todo el pueblo.

Virgilio, Obispo, á quien S. Gregorio escribe tantas cartas en su registro, siendo de edad de ciento y veinte y siete años, murió de repente echándose en su lecho. La madre de Simeon Estilita, mujer santísima, murió súbitamente.

Gargano, ermitaño santísimo, murió de repente, año de 1581, hincadas las rodillas. Nebolono Faventino peregrinó doce veces á los santos Apóstoles y diez á Santiago de Galicia, y murió de repente estando de rodillas, y se tocaron por milagro las campanas. Ocupóse mucho tiempo sin llevar precio en reparar los zapatos de los pobres.

P. NIEREMBERG.

## H BERNARDO VIZCAINO

El H. Bernardo Vizcaino fué enviado de nuestro santo P. Ignacio de Roma á España el año de 1554, y en la casa de Simancas el B. P. Francisco de Borja le puso por cocinero de aquella probacion, para que fuese ejemplo y dechado á los novicios, que se criaban en ella, de toda religion y virtud, y él lo era tan de veras, que con ser tan fervorosos los novicios en los cilicios ásperos, rigurosas disciplinas, ayunos y penitencias, como él les servia de espuela, iba adelante en todo.

Tenia muy domadas las pasiones de su alma; era muy dado á la oracion, y no pocas veces se le pasaban las noches enteras sin cerrar los ojos ni descansar sino con nuestro Señor teniendo sus coloquios con él.

Perseguíale el demonio terriblemente, y aparecíale en varias figuras de bestias fieras y espantosas ó de alguna horrible serpiente y culebra, y se le entraba por el cuello abajo. Pero el H. Bernardo no se turbaba con estas cosas ni perdia punto de su oracion, venciendo al enemigo con fortaleza y perseverancia.

Cuando vino de Roma á España, vino á pié pidiendo limosna y dándola á todos los que topaba, y pasando muchos arroyos, trabajos é incomodidades con gran paciencia y alegría por cumplir con su obediencia, de las cuales nuestro Señor muchas veces casi milagrosamente le libró.

Despues que hubo edificado con su ejemplo á los novicios de Simancas,

fue á Toledo antes que hubiese casa de la Compañía en ella con el P. Bartolomé de Bustamante; aposentáronse los dos en el hospital del Cardenal D. Juan de Tabera.

Allí nuestro H. Bernardo, sin perder punto de sus santos ejercicios y devociones, con grande y fervorosa caridad, humildad y diligencia, servia á los pobres en todo lo que habian menester, y más en los oficios más humildes y bajos.

En estas santas ocupaciones le dió una recia enfermedad, de la cual, recibidos todos los santos Sacramentos con gran júbilo y regocijo de su alma, la dió á su Criador el año de 1557.

Enterráronle en la iglesia del dicho hospital con mucha solemnidad y honra, señalando la sepultura en que le enterraron como de persona santa, que por tal le tenian.

Queriendo pasados algunos años traer los nuestros, que ya estaban en Toledo, los huesos de este santo Hermano á nuestra casa é iglesia, no lo hicieron, porque doña Luisa de la Cerda, insigne bienhechora de la Compañía y patrona de aquel hospital é iglesia, los pidió con mucha instancia que dejasen en ella el cuerpo del H. Bernardo, porque ella se habia de enterrar en la misma iglesia, y por su devocion le deseaba tener allí.

P. NIEREMBERG.

## P. M. ANTONIO MARTINEZ

EL P. Maestro Antonio Martinez fué varon verdaderamente apostólico en la provincia de Castilla la Vieja.

Fué Rector de Oviedo, donde hizo gloriosas misiones; pasó despues al colegio de Santiago, donde le sucedió un caso raro de un peregrino que habia ocho años deseaba confesar sus pecados y el demonio se lo estorbaba.

Apareciósele visiblemente, y le dijo que no le habia de dejar recibir Sacramentos en ocho años, lo cual permitió Dios para prueba suya.

Al fin de estos ocho años le inspiró Dios se fuese á confesar á nuestro colegio, y en él se puso en un rincon muy triste, sin osar decir que queria confesarse.

Vióle el P. Antonio, y díjole que le queria confesar, por verle así triste, á él antes que á otros. Dijo el peregrino que aguardaria los dias que el Pa-

dre quisiese, por topar quien quisiese oirle sus pecados, que eran tales que escandalizarian al confesor.

El Padre se ofreció con grande amor á confesarle, y le animó para ello. El hombre comenzó diciendo que habia ocho años que salió de cierta ciudad, y en el camino se le apareció un compañero peregrino que le preguntó en qué ley vivia y qué queria; respondió que en la ley de Cristo, y creia lo que la santa Iglesia Romana enseña.

Hizo otras preguntas: Para qué traia rosario, y á quién adoraba en la hostia. Respondióle bien á ellas. Y luego dijo: ¿Qué me dareis y os enseñaré el camino del cielo, que vais errado, como lo van todos los cristianos?

Oyendo esto quísose apartar de él y no pudo; y así, mudó plática, mas el otro volvió á la primera, y dijo que Dios le enviaba á enseñarle, y comenzó á impugnar los artículos de la fe, y que se resolviese en dejar la fe que haria milagros con él y daria testimonios de lo que decia.

Con esto ya vacilaba él en la fe, y el otro enderezó el camino, segun dijo, adonde estaban unos herejes y moros que despues vió castigar el P. Antonio en un auto del santo Oficio.

Quísose apartar de él diciéndole que creia todo lo que la santa Iglesia enseña. El otro dijo: «No ha de ser eso así, que quiero obrar milagros contigo, y el primero ha de ser que en ocho años no has de poder recibir Sacramentos, y ya te hubiera alumbrado con la verdad, si no lo impidiera lo que traes contigo;» y lo que traia era un crucifijo y un rosario.

Llegados á una venta, le convidó á beber, y echó unos polvos en la taza, y al pasar la bebida le hizo una llaga en la garganta, y cuanto comia le venia á las narices, y por esto no pudo comulgar en ocho años.

El segundo milagro que dijo usaria con él, fué que pondria escándalos y peligros en el camino, y así se verificó y cumplió; y contando él esto á algunos confesores, se escandalizaban, con lo cual él se tenia por precito, y hacia muchas penitencias por aplacar á Dios.

En este estado estaba entónces, cuando topó con el P. Antonio, el cual le confirmó en la fe y deshizo los argumentos del demonio, que era el compañero.

Dióle gran luz en todo, y sólo reparó en que no podria comulgar por tener así la garganta, porque una vez acometió á comulgar sin confesarse, por no topar confesor que le oyese, y se cayeron los candeleros del altar, y el retablo temblaba que parecia caerse.

Confesóle el P. Antonio, y absolvióle, y acompañóle cuando comulgó; y agradecido, despues se echó á sus piés, y Dios le dijo por boca de este peregrino, que le habia agradado mucho en este servicio, que perseverase, que

le habia de servir mucho en almas que habia de topar de muchos pobres, y remediarlas.

Por los efectos conoció que nuestro Señor le habló por vía de este pobre, porque fueron muchas las almas que topó de pobres en misiones en extrema necesidad, que habian callado pecados en la confesion.

Topó otra vez en un muladar un pobre en el artículo de la muerte, que por haber callado pecados cuarenta años, estaba desconfiado y cercado de demonios que le amenazaban, y vió al lado del P. Antonio una persona de gran respeto y gloria, que le animó á confesarlos á voces con grandes lágrimas.

El P. Antonio le detenia, diciéndole que hablase bajo, y vió el pobre que los demonios le amenazaban, mas ya tenia tanto ánimo que les dijo: «Idos, malditos, que á voces he de afrentarme y decir mis pecados».

Fuéronse los demonios, y, lleno de consuelo, acabó su confesion y luego la vida.

Otra vez perdió el camino real y hallóse en una senda, la cual siguió, y, por ser ya de noche, se dejó ir por las sendas, por montes, quebradas y valles, y hallóse en una casería, donde se estaba muriendo una mujer de un flujo de sangre, y habia ocho dias suplicaba al Señor le diese confesor.

Habia allí otra resuelta á no confesar jamás ciertos pecados á sacerdotes de aquellas montañas, y á ambas confesó y comulgó, y dió gracias á Dios que allí le trujo sin pensarlo él, y espantado de haber perdido el camino, siendo tan ancho y tan sabido de él.

De estos casos le sucedieron muchos, que parece que correspondian estos efectos á lo que pasó en su vocacion á la Compañía, que fué estando en el artículo de la muerte, y en determinándose de entrar en la Compañía, se halló sano, y en resfriándose, tornaba á estar en el artículo de la muerte.

Otra vez, persuadiendo en una aldea la devocion del rosario, se vió aquellos dias una vela grande que ardia encima de la Vírgen, significando Dios que el P. Antonio era esta luz que la daba á conocer.

Despues fué enviado por Rector al colegio de Logroño el año de 1564, cuando dió la peste en la ciudad.

Salíase la gente huyendo de ella, y el P. Antonio hizo un sermon en la iglesia colegial, dia de la Visitacion de Sta. Isabel, consolando á los que quedaban y asegurándoles que de nuestra casa no saldria de la ciudad ninguno de seis que allí estaban de la Compañía, que acudiesen á llamarnos á todas horas, que tendrian á gran dicha ayudarles en esta ocasion.

Comenzáronlos á llamar muy á menudo, y ellos tambien por las calles pregonaban si habia quien quisiese confesar.

Hallaban á muchos muriendo sin haber quien les diese bocado ni los visitase. Para lo cual el P. Antonio, viendo que la gente que algo podia, se salia de la ciudad y se llevaban la provision que tenian, trató con el corregidor que no sacasen la provision, y así se ejecutó.

Fuera de esto, les pedia limosna para los que quedaban pobres, y recogió buena cantidad y las llaves de las paneras para cuando fuese necesario.

Salióse el corregidor, y quedáronse solos los pobres, y por presidente de la ciudad el mayordomo de la Misericordia.

Despues de haber ayudado los nuestros á innumerables heridos de peste, dió la peste al P. Antonio Martinez, confesando un mancebo herido de ella en Barrionuevo, y dióle con tanta fuerza que sólo vivió siete dias.

Sucedieron en su enfermedad algunas maravillas: la primera, que apresurando los médicos le dieran la Extremauncion, respondió que no era tiempo, que él la pediria á sazon.

El séptimo dia dijo que le dejasen solo, y estuvo dos horas en oracion, hablando con gran fuerza con nuestro Señor, lo cual acechaba el H. Juan Sanchez, que fué el que escapó: al cabo llamó á este Hermano, y le dijo: «Tráigame presto la Extremauncion,» haciendo señal con las manos de que se iba al cielo.

Vino á traérsela un clérigo, gran amigo del P. Antonio, llamado el P. Abecia, y hallando al P. Rector en la cama con un crucifijo en la mano, comenzó á llorar el P. Abecia, sin que nadie pudiese alegrarle.

Entónces el P. Rector, para que pudiese darle la Extremauncion, le dijo con gran vigor: «¿Por qué llora, P. Abecia? si supiese la claridad en que nos hemos de ver presto los dos, no lloraria,» y luego volvió los ojos al Cristo.

Quedó consolado el clérigo, y dióle la Extremauncion, respondiendo á todos los versos, y acabada, se quedó mirando al Cristo y le entregó su alma á los 17 de julio de 1562.

La tercera fué, que quedó su rostro más hermoso que cuando estaba sano. Fué muy sentida su muerte; juntáronse todas las cofradías y cuantos clérigos habia.

Los que entierran, vinieron sin ser llamados, cargados de ramilletes de claveles con que adornaron las andas, y vestido con una rica casulla de la iglesia mayor, le llevaron allá á enterrarle en la sepultura del canónigo Medrano.

El P. Abecia murió luego al tercero dia, cumpliéndose la profecía del P. Rector. Otras cosas dijo el Padre que se cumplieron puntualmente.

P. NIEREMBERG.

# P. GASPAR DE ACEVEDO

Fué natural de Valladolid el P. Gaspar de Acevedo.

Entró en la Compañía ya hombre graduado, varon señalado en virtud, mortificacion y penitencia.

Alcanzó gran don de oracion; tenia cada dia á la mañana cuatro horas y á la tarde dos de oracion.

Por sus grandes prendas fué Rector del Colegio de Búrgos tres trienios continuados, y siempre muy amado de los de casa y de los de fuera por su apacible trato y condicion, y respetado de todos por su gran virtud.

De ordinario traia cilicio, el cual era un saco de cerdas asperísimo que tomaba todo el cuerpo, y, fuera de éste, traia una cadena de hierro á raíz de las carnes.

Dormia muy poco y de ordinario sobre unas tablas, cubierto con una sola frezada.

Tomaba cada dia una muy larga y recia disciplina, y muchas veces, cuando acababa de hacer plática los viérnes á los nuestros (como se usa en la Compañía) se iba con todos á la iglesia, y comenzando él primero, tomaban una disciplina que duraba los siete salmos penitenciales y la letanía de los santos, que él mismo decia, y fuera de esto, á sus sólas, tomaba él otras disciplinas extraordinarias que duraban otro tanto.

Ayunaba todos los viérnes á pan y agua; nunca bebia vino.

Estando solo en su aposento, le veian algunas veces que se ponia en las puntas de los piés, y dejándose caer, daba un gran golpe en el suelo con las rodillas, las cuales tenia abiertas de semejantes mortificaciones y llenas de callos muy duros del largo tiempo que estaba de rodillas, teniéndolas desnudas sobre la tierra. Señaláronle los Superiores para ir á las Indias; admitiólo con sumo gusto, porque era rara su obediencia; y la prevencion que hizo para esta jornada fué pedir de limosna sólamente lo que bastó para comprar un cilicio, como el que dijimos arriba que le tomaba todo el cuerpo de arriba abajo, tan áspero, que sacándole del aposento despues de su muerte, ponia horror y espanto sólo el verle, admirándose todos que hombre tan acabado y consumido pudiese traer cosa tan áspera; mas cuando Dios da la fortaleza y fuerzas con su gracia, podemos más de lo que pensamos.

Deshízose despues la jornada á las Indias, queriendo nuestro Señor que-

dase en aquella ciudad de Búrgos para bien de muchos; porque el año de la peste se quedó allí á ayudar á los apestados, y era el primero que acudia á confesarlos, y los buscaba á veces por las calles, hasta que á él tambien le hirió la peste estando hincado de rodillas confesando en la plaza á un pobre que moria apestado.

De allí se levantó herido, y con todo esto no cesaba de trabajar, hasta que el médico le ordenó se estuviese en la cama y curase, señalando un Hermano que hiciese oficio de enfermero y tuviese gran cuidado que no se levantase á tener oracion, porque, si se descuidaba alguna vez faltando de allí, cuando volvia le hallaba hincado de rodillas, deseando morir orando y haciendo la penitencia que por tan largo tiempo habia ejercitado.

De esta enfermedad murió, y hasta hoy vive fresca su memoria y ejemplo de sus virtudes en los que le conocieron. Acabó el año de 1565.

P. NIEREMBERG.

## P. DOCTOR ANTONIO DE ARAOZ

### I

ERA el P. Doctor Antonio de Araoz (que se puede contar por el duodécimo compañero de S. Ignacio nuestro Padre) natural de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, diócesis de Calahorra.

Fué su padre colegial en Valladolid del colegio del Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza, y asimismo fué alcalde de los hijosdalgo en la Chancillería de Valladolid.

Nació el P. Antonio de Araoz el año de 1516. Criáronle sus padres virtuosamente, y habiéndole enseñado las primeras letras, le enviaron á la Universidad de Salamanca siendo aún de poca edad, en la cual dió muestras de su raro ingenio, y así, oyó su curso de Artes, haciendo grandes ventajas á sus condiscípulos.

Habiéndole acabado, se graduó de bachiller en aquella Universidad, siendo de edad de diez y ocho años; despues oyó su Teología y se graduó de licenciado y doctor en ella.

Dióle nuestro Señor un deseo muy grande de ser religioso, y propuso de corazon de serlo, y, deseoso de ponerlo en ejecucion, vino á su tierra á ver á su hermana doña Isabel de Araoz.

Tenia esta señora mucho deseo tambien de servir á Dios en Religion; pero el señor de Oñez y Loyola, hermano de nuestro P. S. Ignacio, no lo consentia, ántes, como á sobrina de aquella casa, y tambien por el amor grande que la tenia, pretendia casarla, por lo cual no podia poner en ejecucion lo que tanto deseaba.

Estando en esta perplejidad, acertó á llegar nuestro Santo P. Ignacio á su tierra el año de 1535, viniendo de París, á ver si con los aires naturales convalecia de una grave enfermedad que con los estudios y trabajos de su santa vida habia adquirido.

Comunicó con él sus deseos y acogióse á su favor y refugio, y así, nuestro Santo Padre dió órden que fuese religiosa, como lo deseaba, y el mismo dia que le dieron el hábito de monja, él se partió para Italia.

Fue el P. Doctor Araoz al monasterio á ver á su hermana y á despedirse de ella, para irse á meter fraile; pero Dios nuestro Señor tenia ordenado otra cosa de él.

La hermana le alabó tanto á nuestro P. S. Ignacio, y tales y tan eficaces razones le supo decir, que le persuadió que le fuese á buscar.

Movido con la fuerza de las palabras de la hermana, determinó de ir á Francia, adonde entendia que estaba; y, así por esto, como tambien por ver los estudios de París, fué á aquella Universidad, y, no hallando ya á nuestro Santo Padre, se pasó á Roma en seguimiento de su causa el año de 1538.

Llegado á aquella ciudad, tampoco halló nueva suya, con lo cual se entretuvo en casa del Cardenal de Santiago, D. Pedro Sarmiento, el cual, por las raras partes de ingenio que conocia en el Dr. Araoz, le amaba mucho, y lo mismo hacia el marqués de Aguilar, que á la sazon hacia oficio de embajador por el emperador Cárlos V, el cual le trataba y acariciaba como á hijo.

Quísose volver á España nuestro Araoz á cumplir su propósito de meterse en alguna Religion, no hallando á nuestro Santo P. Ignacio; mas el dia que lo habia de hacer se fué á despedir del embajador, el cual le dijo que, yendo á saber de la Santidad del Papa Paulo III, si queria escribir con él á España, y tratando con Su Santidad de la causa de su ida en breve, no hallando á nuestro P. S. Ignacio, le dijo el Pontífice: «Pues ahora he sabido de un Cardenal que ha llegado aquí con otros compañeros suyos de Venecia».

Con este aviso el P. Araoz le buscó por Roma, y al fin lo halló con mucho contento de entrambos y de los demás compañeros.

No pasaron muchos dias despues de esto, cuando se levantó contra nuestro Santo Padre y sus compañeros en Roma una pesada y terrible borrasca, la cual el Santo Padre mucho ántes la habia previsto y profetizado, infamando malamente á los nuestros y principalmente á nuestro Santo Padre, publicando de él que en España, París y Venecia habia sido condenado por hereje.

Decian asimismo que era hombre perdido y facineroso, que no sabia sino pervertir todas las leyes divinas y humanas, y juntamente calumniaban los Ejercicios espirituales y ponian mácula en los compañeros, infamándolos asimismo de muchas cosas perniciosas y malas.

La causa de esta persecucion fué que, predicando en Roma un fraile piamontés, sembraba los errores de Lutero, inficionando disimuladamente el pueblo con su ponzoñosa doctrina.

Conocieron presto nuestros Padres el daño, y públicamente predicaron contra ella, probando ser falsa y perniciosa.

Ciertos españoles tomaron á defender la causa del religioso, y para poderlo hacer mejor, volviéronse contra nuestro P. S. Ignacio y sus compañeros, tomando por instrumento para esto á otro español llamado Miguel, á quien nuestro P. S. Ignacio en París habia hecho muchas y muy buenas obras.

Con esta calumnia tan sin fundamento corria la fama de S. Ignacio y sus compañeros por Roma tan manchada, que casi cuantos españoles habia en ella andaban medio corridos y como afrentados de que de un español se dijesen tales cosas; pero quien más lo sentia y le llegaba al alma, era Antonio de Araoz, como persona que tanto le tocaba, y así, le pareció hablar á nuestro Santo Padre sobre este negocio, como á deudo tan cercano, para disuadirle de lo comenzado.

Hablóle y díjole la mala fama que de él y sus compañeros corria por Roma, y que todos le tenian en mala reputacion, que él, como á quien tanto le tocaba, no podia dejar de sentirlo como era razon, pues le cabia tanta parte de aquella infamia, y no sólo á él, pero á todo su linaje; por lo cual le suplicaba muy apretadamente dejase aquella vida que habia comenzado y se redujese á mejor, pues era el mejor consejo, y que él le serviria en cuanto pudiese, haciéndolo.

Oyóle nuestro santo Padre con mucha atencion y muy despacio, y agradecióle su buena voluntad, y fuele disponiendo con tales razones, haciéndole capaz de la verdad, de tal manera, que el Dr. Araoz no le dijo más por entónces.

## II

*Cómo entró en la Compañía y vino la primera vez á España, y los cargos que tuvo en ella.*

Acabóse la persecucion dicha, habiéndose seguido la causa hasta la sentencia definitiva por nuestro Santo Padre, que no consintió que se dejase este negocio hasta este término, delante de Bernardino Cursino, electo Obispo Bitroveriense, Vicecamerario de la ciudad de Roma y gobernador general de su distrito, el cual dió la sentencia en favor de nuestro Santo Padre y sus compañeros en 18 del mes de noviembre del dicho año de 1538, declarando por ella ser falsos todos los rumores, murmuraciones y acusaciones por los contrarios esparcidas, y que así, mandaba á todos tuviesen y estimasen á nuestro P. S. Ignacio, á su doctrina y compañeros, por católicos, sin ningun género de sospecha: con lo cual cesó la tormenta y se siguió tranquilidad y bonanza.

Quedó nuestro Araoz contentísimo, visitando y tratando á nuestro Santo Padre muy á menudo, el cual le persuadió hiciese los Ejercicios de la Compañía.

Aceptólo de buena gana é hízolos con notable aprovechamiento de su alma, y quedó tan movido de ellos, que se determinó quedarse en la Compañía y seguir en todo al que habia procurado disuadir y apartar de lo que habia comenzado.

Determinó, pues, muy de veras el Dr. Antonio de Araoz de dejar el mundo y sus vanidades, y así, pidió á nuestro Santo Padre le admitiese en su Compañía, en la cual fué recibido el año de 1539 con mucho contento y gusto suyo y de los demás compañeros, que eran solos diez en todos, no siendo aún aprobada la Compañía, hasta que el año siguiente de 1540, la Santidad del Papa Paulo III la confirmó y aprobó en 27 de setiembre del dicho año, estando Su Santidad en la ciudad de Tíboli, seis leguas de Roma, de donde el mismo P. Araoz trujo á nuestro Santo Padre las Bulas de la confirmacion, habiéndole enviado por ellas, y no fué nombrado con los demás en ellas porque nuestro Santo Padre, por ser cosa suya, no lo consintió, y tambien por ser aun de poca edad, que no tenia más de veinte y tres años y no era aún sacerdote.

Al principio del año siguiente de 1541, tuvo necesidad de venir á España por algunos negocios suyos; y así, nuestro P. S. Ignacio le envió á despa-

charlos, y vino á pié con su hato á cuestas y pidiendo limosna, padeciendo hartos trabajos en tan largo camino.

Llegado á Barcelona, le mordió un perro en una pierna, estando pidiendo limosna, de lo cual estuvo más de veinte dias en el hospital curándose de la herida.

En sanando, tomó el camino para su tierra, y en ella despachó muy bien á lo que habia venido, con lo cual se tornó á Roma, y llegó á ella á los 23 de agosto del mismo año de 1541, llevando consigo á Millan de Loyola, sobrino de nuestro Padre S. Ignacio, hijo de su hermano mayor; y á Martin de Sta. Cruz, natural de Toledo, que despues fué Rector del colegio de Coimbra, y habiendo ido á Roma por su Procurador, murió allá año de 1547.

Llegado, pues, á Roma el P. Araoz, comenzó con mucho fervor y espíritu á hacer muchas mortificaciones públicas y secretas, cosa tan poco usada en aquel tiempo y tierra; entre otras, se vestia de los vestidos de seda de Millan de Loyola, y encima se echaba unas alforjas á cuestas y una escoba en la mano, y de esta manera salia por Roma; y en algunas partes de ella juntaba gente, y les predicaba con maravilloso espíritu y devocion, y á este tono hacia otras muchas mortificaciones.

Este mismo año le hizo nuestro Santo Padre ordenar de todas órdenes en Roma, y dijo su primera Misa en Sta. María la Mayor en la capilla del Pesebre, con particular devocion y ternura, ayudándole á ella el P. Pedro de Rivadeneira, siendo Hermano, el cual habia pocos meses que habia entrado en la Compañía.

Luego que se vió sacerdote, comenzó con más perfeccion á servir á nuestro Señor, y á darse mucho á la oracion y mortificacion, á que fué siempre muy inclinado todo el tiempo que le duró la vida. Comenzó á predicar en Roma en nuestra iglesia con gran concurso de gente y mucho provecho de las almas.

Luego el año siguiente de 542 hizo su profesion en manos de nuestro Padre S. Ignacio, en la iglesia de S. Pedro y S. Pablo de Roma, el domingo de la Quincuagésima; y el segundo dia de Pascua se partió segunda vez de Roma á España en compañía del gran siervo de Dios el Padre D. Diego de Eguía.

Vinieron todos á pié, y con sus libros á cuestas, pidiendo limosna de puerta en puerta, como era de costumbre en aquel tiempo hacerlo todos los de la Compañía.

Llegó á Barcelona, adonde á la sazon era virrey D. Francisco de Borja, marqués de Lombay, y tuvo particular conocimiento y trato con él, dándole entónces más entera noticia de la Compañía.

El año siguiente de 1543 se ofreció otra ocasion forzosa, que le hizo volver la tercera vez á Roma desde España á pié, como habia venido, y pidiendo limosna, como solia.

Llegado que fué á Roma, se comenzó á ocupar en predicar en italiano, como lo hizo con mucho fruto en otras muchas ciudades de Italia, confesando y tratando á mucha gente principal de aquella corte, entre los cuales confesaba tambien al Cardenal Sta. Cruz, que era todo el gobierno del Papa Paulo III, y despues fué Papa Marcelo II.

Su Santidad le mandó ir á Nápoles á visitar una Abadía del dicho Cardenal Sta. Cruz, y á otros negocios de mucha importancia, y fué el primero que de la Compañía entró en aquel reino, porque hasta entónces ninguno de los nuestros habia estado en él.

Estando, pues, ocupado el P. Araoz en esto, padeció entónces en Nápoles una terrible persecucion por ocasion de un español, llamado Juan de Valdés, hombre muy rico, y acreditado, y estimado en aquella ciudad á causa de tener un hermano secretario del emperador Cárlos V, por lo cual tenia mucha cabida con todos los señores de aquella ciudad.

Este, pues, como entraba con libertad en el aposento de su hermano, acertó á ver ciertos papeles que los herejes habian enviado al emperador desde Alemania, pidiendo por ellos libertad de conciencia y otras cosas, con tan mala doctrina, que de sólo leerlos Valdés, se inficionó y aficionó á ella de manera que comenzó á sembrar esta peste entre aquellos caballeros con quien tenia familiar trato y amistad.

Vino esto á oidos del P. Araoz estando allí, y comenzó con sus sermones y pláticas públicas y particulares á desengañar á los engañados, procurando apartarlos de aquel error ó errores en que habian dado.

Pero como los herejes han tenido y tienen siempre á la Compañía, desde sus principios, por acérrimo perseguidor y cuchillo suyo y de sus abominables sectas, y supieron que el P. Araoz era uno de ellos, comenzaron á perseguirle, sembrando entre toda aquella nobleza y pueblo mil calumnias y testimonios falsos contra el P. Araoz y su vida, y contra la Compañía, diciendo que eran alumbrados y gente mala y perversa, con otras muchas falsedades y calumnias.

Con lo cual comenzaron todos á recatarse de él y apartarse de su trato y comunicacion, de modo que el P. Araoz entendió por las obras la mala voluntad que le tenian, y tambien la causa de ellas.

Pero con todo eso no dejó de proseguir en lo comenzado, por ser obra de tanta gloria de nuestro Señor y bien de las almas, por las cuales de buena gana no sólo padecia con alegría la terrible persecucion y calumnias que sus

émulos falsamente le oponian, pero de mejor ofreciera la suya por la salud de cualquiera de ellos, á trueque de que no se perdiera; que tal era el celo que tenia este siervo de Dios.

Estando, pues, ocupado en esto, y tratando asimismo de la conversion del rey de Túnez, que á la sazon vino allí, predicando y ejercitando con mucho fruto los ministerios de la Compañía, le mandaron volver á Roma.

En llegando, dió noticia á Su Santidad de lo que pasaba en Nápoles y del fuego que se comenzaba á encender en aquella insigne ciudad por los herejes, digno de apagarse con tiempo, ántes que cundiese más por Italia.

Poco despues de esto el P. Alonso de Salmeron fué á Nápoles á la fundacion del colegio de la Compañía, el cual con su doctrina y públicos sermones y trato familiar que con todos tenia, apagó esta llama de manera que desde entónces acá está aquella ciudad libre de esta pestilencia.

En volviendo el P. Araoz de Nápoles á Roma, le mandó nuestro Padre S. Ignacio partir para España á pedimiento del rey D. Juan III de Portugal, y dió órden al P. Maestro Fabro, que á la sazon estaba en Alemania, pasase tambien á España, y los dos se juntasen en ella, y fuesen á Portugal, é hiciesen lo que el serenísimo rey D. Juan les ordenase.

Juntáronse los dos en Barcelona, y de allí pasaron á Portugal, y de allí tornaron á Castilla con la serenísima princesa doña María, cuando se vino á casar con el príncipe D. Felipe II.

Comenzóse el Concilio de Trento por este tiempo, y el Papa Paulo III envió á mandar al P. Fabro y al P. Araoz pasasen á Roma, con intento de enviar á los dos al Concilio.

Pero el príncipe D. Felipe quiso que el P. Dr. Araoz se quedase en España, por lo cual el P. Maestro Fabro se partió solo á Roma el año de 1546, adonde murió poco despues.

Viendo nuestro Santo P. Ignacio que la Compañía iba creciendo cada dia más, y que el trabajo del gobierno se aumentaba, determinó repartirle con algunos de ella; y así, el mismo año hizo al P. Maestro Simon Rodriguez Provincial de todo Portugal, y al P. Dr. Antonio de Araoz del resto de España, y fué el primer Provincial que hubo en ella.

El año de 1550 tornó á ir á Roma en compañía del Padre S. Francisco de Borja, siendo ya de la Compañía, aunque ocultamente, porque era el año del jubileo, y volvió con él el P. Araoz otra vez á su España.

Despues, el año de 558, partió otra vez para Roma el P. Araoz á la elec cion del P. Diego Lainez, por muerte de nuestro Padre S. Ignacio, siendo gobernadora de estos reinos la serenísima princesa doña Juana; y su Alteza, así porque habia peste en diversas partes de Castilla, como tambien por enco-

mendar su persona, le dió una provision y carta suya para cualesquier oficiales del principado de Cataluña y condado de Rosellon y Cerdeña, para que le dejasen pasar libremente y le hiciesen todo buen tratamiento á él y á sus compañeros, por cuanto iba á Roma á servicio de Dios nuestro Señor y de su Majestad.

Aunque esta ida á Roma no tuvo efecto por haber enfermado en el camino, pero fué otras dos veces, de manera que fueron seis las que partió á Roma, y las cuatro de ellas á pié, mendigando de puerta en puerta y con sus libros y hato á cuestas, lo cual consta de papeles escritos de su mano y letra.

Fué el P. Araoz Provincial de toda España, como se ha dicho, hasta que nuestro Padre S. Ignacio mandó al P. Maestro Simon que fuese Provincial de Aragon, y entónces quedó el P. Araoz por Provincial de toda Castilla, hasta que vino el P. Nadal á España á declarar las constituciones y reglas de nuestro Padre S. Ignacio, é hizo Comisario general al Padre S. Francisco de Borja de toda ella, y al P. Estrada Provincial de todo Aragon, y al P. Doctor Torres de Andalucía; y el P. Araoz quedó entónces por Provincial de toda Castilla la Vieja y Nueva, y fuélo hasta que despues vino segunda vez el P. Nadal á España por órden del P. Lainez, General de la Compañía, con ámplia potestad y nombre de Comisario de España y Francia, para distribuir y dividir las provincias.

Y así, se dividió esta provincia en dos, quedando el P. Valderrábano por primer Provincial de esta provincia de Toledo, y el P. Juan Suarez de la de Castilla la Vieja.

El P. Araoz entónces quedó por Comisario general de España, y lo fué hasta que en la Congregacion general que se hizo en Roma por muerte del P. Lainez, en que fué electo por General de la Compañía el Padre S. Francisco de Borja, le eligieron á él por Asistente por las provincias de España.

Mas no lo fué por haberse hallado algunas dificultades, así por sus ordinarias indisposiciones, como tambien por tenerle ocupado en esta corte la Santidad del Papa con negocios graves de mucho servicio de Dios nuestro Señor y bien de aquella Santa Sede, como nuestro Padre S. Ignacio le tenia ordenado por sus cartas, en una de las cuales, de 24 de julio de 1545, le dijo lo siguiente: «Y porque yo escribí, que por un año seria bien estuviésedes donde el príncipe, y en las comarcas donde os pareciese mejor, lo podreis hacer en todo. Vuestro en el Señor nuestro, *Ignacio*».

En otra del P. Maestro Lainez, siendo General, le dice: «V. R. en todo caso por caridad resida en la corte, pues hay colegio de la Compañía; porque estando presente y tan informado de la limpieza de la Compañía, pueda in-

formar de ella y desengañar á lo ménos á los que no quieren ser engañados, *Lainez*».

Y en otro capítulo de carta, el mismo P. Lainez le dice: «El estar V. R. en la corte (que llama su cruz, mal entendida y recibida), yo por mí la entiendo y he entendido que es bien que á tiempos V. R. la lleve, pues se ve el fruto de ella; pero, teniendo el oficio de Provincial, tambien creo que es necesario llevar esotra de visitar los colegios con comodidad y mirando por su salud; porque tambien en esto se satisface á la conciencia y se aprovechan las almas, y de esta manera se hará (pienso) más en la una parte y en la otra, y no se romperá con el salir de la corte, pues se va para tornar; pero en caso que se hubiese de romper, no parece que convenia el salir, sino hacer por letras ó por otros lo que conviene á la Compañía, y eso es lo que yo entiendo y quiero, *Lainez*».

El P. Maestro Jerónimo Nadal cuando vino á España le dejó ordenado lo siguiente: «Atienda V. R. con diligencia al cargo que tiene, etc.; tambien no se moverá de la corte; acerca de ella y en ella ayude en conservar en union y ayudar al bien público segun nuestra profesion, y especialmente en las cosas de la Santa Sede Apostólica, y del Papa, y del Concilio de Trento, y del Santo Oficio y de la Compañía universal».

Por las causas sobredichas y otras muchas pareció al bienaventurado Padre S. Francisco de Borja que era necesaria la asistencia del P. Araoz en esta corte, fuera de que por la muerte de la Santidad de Pio IV, el Papa Pio V, recien electo, le ordenó tambien, como su antecesor, acudiese en esta corte á los despachos y negocios de la Santa Sede Apostólica, por ser de mucha importancia.

Tambien la majestad del rey católico le mandó que en ninguna manera saliese de estos reinos por lo mucho que se servia Dios de su asistencia en ellos, con lo cual se hubo de quedar en España, aunque sin cargo alguno, hasta que vino nuestro Padre S. Francisco de Borja á ella con el Cardenal Alejandrino, y entónces le dejó á él y al P. Maestro Simon una cierta manera de superintendencia con ciertos capítulos y órdenes.

## III

*De su prudencia y modo que tenia de tratar con los señores de la corte.*

Fué este santo varon dotado de muchas y grandes virtudes y de raras prendas naturales, de grande entendimiento, prudencia, discrecion, elocuencia y mucha memoria.

Su caridad y talento en todo era admirable; porque no sólo eran muchas sus letras escolásticas y de escritura, mas en cualquiera cosa y materia que se tratase, parecia que en aquella se habia criado toda su vida.

Si de cosas reales le trataban, parecia que toda ella se habia ejercitado en ellas; si de tribunales, consejos y audiencias ó de otras varias cosas, á todo daba con su ingenio tan buena salida, que no habia más que desear ni buscar.

Asimismo era hombre de grande consejo y prudencia, por lo cual acudian á él siempre á tratarle muchos señores de ella, particularmente el príncipe Ruy Gomez de Silva, gran privado del rey D. Felipe II, el cual se solia retirar con él á comunicarle muchos negocios de importancia muchas veces y muchas horas, y lo mismo hacian algunos consejeros del rey y presidentes de sus Consejos; tanta era la estima y reputacion en que le tenian todos.

Lo mismo hacia D. Gomez de Figueroa, duque de Feria, el cual pocos dias faltaba que no estuviese con el P. Araoz, estando en esta corte, dándole parte de muchos negocios de gran importancia, como aquel á quien el rey D. Felipe encargaba muchos de calidad y confianza.

Y porque se vea el modo que tenia de tratar á estos señores y privados del rey, y la eminencia, nota y estilo de escribir con tanta elegancia y propiedad, segun el estilo y estimacion de aquel tiempo, en que se tenia por particular gracia jugar de algunos vocablos, pondré aquí algunas cartas que escribió á algunos de ellos, particularmente al duque de Feria, al cual, entre otras muchas que entre sus papeles se hallan de su letra y mano con otras para otros señores, decia así:

«Ilmo. Sr.: La que va con esta pudiera ella hacer profesion, pues ha pasado de año y dia; y como yo la hago de no pasar los términos de la mia, de puro encogido la he dejado de enviar; ni ahora la enviara, sino me forzara su criado de V. S. con su caridad y celo á escribirle, y habiéndolo de hacer por esta ocurrencia, parecióme que ella fuese á dar testimonio que no me ha faltado memoria de lo que debo.

»Mas tema V. S. que temo el tratar privados más que á los que lo están de juicio; porque hacen salir de él en cualquiera suceso; su favor se desvanece y entristece el disfavor.

»El dejarlos, habiéndolos antes tratado, parece melindre y ardid de hipocresía que, alejando, se acerca; el tratarlos sin grave ocasion, es dársela de que piensen lo que á las veces los hombres no piensan, y el curar y pensar bien estos pensamientos, es terrible pension y mayor de la que tiene el que piensa camellos ó caballos; pues es casi tan vil oficio el ser mozo de ellos

como de éstos; y el pensar hombre lo que ellos pueden pensar de él, no da pena de fuera sino hay culpa de dentro.

»De esta y del latido de la conciencia, que es el pulso del alma, suele en algunos nacer el demasiado recato y el temor de lo que otros pensarán y dirán.

»Piense, pues, V. S. y diga lo que fuere servido, que yo no pienso pensarlo, ni tampoco dejar de escribir esta por la ocasion que digo, ni de hacer lo mismo siempre que la tuviere de reñir á V. S. sin desacato.

»Querria tenerla, mas ¡ay de mí! que ha llegado V. S. á tal estado, que por ventura, ó no tiene de qué, ó no llegan las nuevas á mis oidos. Mas ¿quién soy yo para no saberlas si las hubiese? Mas ¿cuál V. S. para que nadie pueda decir sino flores y ejemplo de virtudes? ¡Oh! cuánto gustaria yo si pudiese acabar de creer que V. S. cree lo que creo, pues creo *in Deum*, Ilmo. Sr., y en esta fe quiero morir y vivir.

»Y aunque V. S. crea de mí que no creo lo que digo, creo el Credo, y es lo bueno que casi como artículo de él me ha predicado el conde de Melito mil cosas de V. S.; y como le tengo por tan verdadero, y á V. S. por tan justo, he estado por creerlo; mas, hablando de veras, alabo á Dios por ello, que cierto ha sido entrañable el gozo para mí. Nuestro Señor conserve á V. S. para su servicio. Amen. Amen.

»Tambien he gustado mucho que Juan de Vega sea tanto de V. S. ¡Oh! cuán útil y dulce cosa es la union entre los ministros de los príncipes.

»Nuestro Señor sea á V. S. el premio de lo que dice y hace en nuestras causas, las cuales espero en su misericordia tendrian otro nombre, si las sacasen en limpio, porque tal es la propiedad de la verdad, y quien la tiene y la trata, aunque le den tratos de cuerda y le hagan cargos sin recibirle descargos, y lo condenen sin oirle, vive contento, pues está escrito: *Conscientia mille testes;* no los habrá menester V. S. para probar que soy prolijo, *sed scribere iussit amor.* Guarde Dios á V. I. en su santo amor y temor, etc.»

Tambien se entenderá por otra carta que escribió á un privado del rey el espíritu, verdad y santa libertad con que á los privados trataba, y el deseo que tenia de su aprovechamiento espiritual, y cuán de veras trataba con ellos, entre los otros negocios graves y de peso, el que es de tanto como la salvacion de sus almas; dice así:

«Ilmo. Sr.: El Espíritu Santo habite siempre en el alma de V. S. Algunos se retiran á sus casas, y despues tiran más á la moneda que á la virtud, y se hacen más ricos que virtuosos, en que se ve que lo procuraron más por ahorrar dineros que trabajos.

»Otros se recogen entre sus vasallos, y les cogen la hebra de lana de la

sangre y del sudor, de manera, que si ausentes los deseaban ver, presentes los desuellan vivos. Y si los vasallos morian antes por verlos, mueren despues por verlos muertos, viendo su poco ejemplo y mal gobierno.

»Otros habrá, que serán lo que deben, y acertarán mejor á salvarse en sus casas que en las ajenas, y que servirán mejor á Dios cuanto más léjos estuvieren de la corte. Y así, ni á todos se ha de dar un consejo, ni todos se han de medir con una medida.

»Yo tengo por sano y santo recogerse los hombres á bien morir, dejando lo que les es ocasion de mal vivir, y por loable (y tan loable que plugiese á Dios lo hiciesen todos, aun los que están en la popa de la galera) el olear y enterrar la ambicion y pretension, y el echar áncoras al deseo temporal.

»Mas con todo esto pienso que como unos son buenos para sus casas, otros lo son tambien para las ajenas.

»Y aunque no tengo á V. S. por S. Juan Bautista en lo que hace, ni á mí por Evangelista en lo que digo, me parece, consideradas todas las circunstancias, que siendo verdad lo que supongo, que pudiendo ser parte con su rey para el bien público, debe V. S., olvidándose de su descanso particular, ofrecerse de nuevo al martirio, y suplicar á nuestro Señor se sirva de él, y lo acepte por sacrificio, dándole gracia para decir y hacer lo que debe, y servir en todo á Su Divina Majestad sirviendo á la humana.

»Pues si V. S. y los demás que al rey sirven y siguen no lo hicieren, será por culpa suya, y podrá ser que, por excusar ésta, se escuden alguna vez con el lugar y oficio que tienen, el cual no tiene la culpa, aunque por ventura tenga la ocasion; mas ésta el hombre se la trae consigo y la edifica con sus manos, de donde viene á desedificar á muchos con sus obras.

»No hay cartujo que no pueda ser distraido, ni cortesano que no pueda ser recogido y observante. Confieso que el primero tiene ménos aparejo para ser malo, y el segundo ménos ocasion para ser bueno; mas los dos tienen harta para ser cada uno el que quisiere ser.

»No hay en esta vida estado, por apartado de ocasiones que sea, donde no halle por dónde entrar el vicio, ni modo de vivir, que si es lícito, por ocasionado que sea, no halle la virtud puerta para entrar. Un soldado se va al cielo, y un Apóstol al infierno; el estado y el lugar ayudan grandemente, mas no bastan para salvar, si el que los tiene se desayuda y no quiere.

»Ni mejor estado ni más seguro lugar pudo haber que el de Lucifer en el cielo, el de Adan en el paraíso y el de Judas en la compañía de Cristo, y al fin con todo dieron en tierra.

»Esta que traemos á cuestas nos cuesta caro y nos hace estropezar, y resbalar, y aun arrodillar y dar de ojos con muy ligera ocasion en lo llano.

»Del monte sale quien al monte quema; y si la casa se arde, en ella está quien enciende el fuego, el cual aun en el desierto y en la zarza se pega, no pareciendo que allí le podia haber; y si en algunos no quema, es el milagro que vió Moisés.

»De nuestra gran flaqueza y de la ocasion, aunque sea pequeña, á pocos toques y golpes salen las centellas más que de los materiales con que las saca el pastor.

»Y por esto es bien andar el hombre sobreaviso y temor de sí más que de su estado, pues, siendo de los que están recibidos y aprobados por buenos, cada uno en el que tiene, puede estar en el de gracia; y si la pierde por ganar estados ó por otra cosa, pónganlo á cuenta de su desgracia y no á la de su estado.

»No hay para qué echar la culpa á la mujer como Adan, ni á la serpiente como Eva; en el oficial está la culpa, aunque en el oficio está la ocasion; esta es hechura de nuestras manos, y tanto más peligrosa cuanto es ménos fácil el poderla dejar.

»El principal autor del peligro y dador de la ocasion, entre otros enemigos, es el mismo hombre, y tan pernicioso, que si él no diese las llaves ó no abriese la puerta, nadie le entraria por fuerza en su casa, ni le hurtaria su hacienda; y como el hombre puede apartarse de todas cosas mas no de sí, es mayor la guerra que él se hace que la que le hacen los de fuera, pues ellos sin él no podrian dañarle.

»Por más que blasonemos del arnés y nos vistamos del nuevo hombre, siempre confinamos con la jurisdiccion del viejo hasta la sepultura; pues no sólo posamos á pared y media de él, mas aun vivimos de unas puertas adentro con él; y como donde quiera que hombre vaya, lleve á sí consigo, ¿qué lugar? ¿qué estado? ¿qué rincon hallará donde no se halle á sí mismo consigo? que es tan principal cuchillo y ponzoña, que pocos pueden decir: Vivo yo, mas ya no yo, sino vive en mí Cristo.

»Y muchos pueden hacer mala salida, si se confian del buen estado que tienen, y se descuidan de considerar que en él se tienen á sí, pues por poco que el cristiano se descuide, hallará en un punto perdido todo lo que ganó en muchos dias.

»Dios nos guarde de ladron de casa y de las faltas que nacen y se crian de nuestros corazones, que las del estado y del oficio con menores diligencias y cauterios se pueden curar.

»Así que, Sr. Ilmo., miremos cómo vivimos, qué pasos damos y con quién tratamos, pues traemos un enemigo capital á cuestas.

»Yo quisiera mucho hacer esto muchas veces, para acordar á V. S. que en

medio de los negocios de los reyes de la tierra, se acuerde del Emperador del cielo; y si no lo hago muchas veces, no lo ponga V. S. á la cuenta de tener poca con lo que á V. S. I. debe toda la Compañía, y yo en particular, sino á la que dejo de tener con Dios, que á mí de faltar con Él me nace el faltar con los hombres, pues quien la tiene verdadera con Dios, la tiene y tendrá con su prójimo, y no hacer lo uno, confieso es vigilia de no hacer lo otro.

»Anden los hijos del siglo sus caminos fragosos, sigan sus alcoranes falsos, adoren sus ídolos vanos, pensando que podrán hacer lo que deben con los reyes de la tierra, aunque lo dejen de hacer con el Rey del cielo, que si bien abren los ojos, verán que nadie puede ser bueno para otro, no lo siendo para sí, ni hacer lo que le dicta la ley humana, si deshace lo que le obliga la divina.

»Adivina y no acierta ni profetiza quien piensa ser fiel á su rey, siendo infiel á su Dios; y quien presume ser buen caballero, siendo mal prójimo.

»Porque, si el estar en desgracia del Criador deja al hombre sin gracia, ¿qué sabor ni saber podrá tener con la criatura? Y si ha embotado, como dice, la lanza del entendimiento y voluntad en ofensa de Dios, ¿cómo podrá dar gran lanzada á moro vivo en servicio del hombre?

»El entendimiento del pundonor, si anda ciego, y engañada la voluntad, cautiva y rendida la memoria, que está hecha una sentina, y sepulcro de huesos los sentidos exteriores, unos basiliscos y animales indómitos, desenfrenados, y al fin todo el hombre loco de atar, ¿cómo será cuerdo? Pues si es loco, no por Dios, sino para Dios, y loco para sí, ¿cómo podrá ser cuerdo para otro, haciendo el triste de sí mismo cuerda con que le aten?

»Si tuviera el hombre unas potencias para servir al hombre y otras distintas para amar á Dios, pudiera, aunque perdiera las unas, guardar las otras; mas siendo las mismas, y una ley que obliga á amar á Dios y al prójimo, teniendo flacas las potencias para Dios, ¿cómo las podrá tener fuertes para el hombre? Si locos para Dios, ¿cómo cuerdos para el hombre? Y si es mal criado para el Criador eterno, ¿cómo será bueno para el señor terreno?

»No es posible, aunque á muchos les parezca no imposible; mas, si miran la verdad y si cada uno se toma el pulso, hallará que cuanto más firme propósito tiene de no ofender á Dios, tanto mayor determinacion tendrá de no faltar al hombre; y verá tambien que, cuando se halla más flaco en guardar la ley divina, se hallará ménos fuerte en cumplir la humana; y asimismo conocerá que, cuanto se descuida en los mandamientos divinos, se hallará más fácil á olvidar los fueros de buen caballero, y, al fin, el no tener respeto á

Dios ni á su divina ley, le hará con más facilidad y ménos ocasion perder el que debe al hombre.

»Una alma habituada á ofensas de Dios, está en dos dedos de estimar en poco las del hombre; porque las potencias tullidas, heridas y enfermas en lo divino, fácilmente se enflaquecen en lo humano, y hasta que ellas sean restauradas y restituidas al primer estado con volver al de la gracia, caidas tienen las alas, como cortesanos que están en desgracia de su rey, y por ellos en cierta manera se pueden medir ellas, aunque la calidad y circunstancia del daño de ellas no sufren comparacion de ninguna pérdida y desgracia temporal.

»Y por no caer yo en la de V. S. siendo tan prolijo (que es harto más de lo que pensé cuando comencé á escribir), quiero acabar con decir que quien mejor sirve á Dios, sabrá mejor servir á su rey, y que quien tiene cuenta con lo primero, la tendrá con lo segundo, y tanto ménos faltará con los hombres cuanto ménos procurare faltar con Dios; y el faltar con ellos, es indicio de faltar con Él.

»De estos indicios, como de premisas, podrá V. S. inferir el cuidado que tengo de servir á Dios, viendo el poco que he tenido de escribir siquiera algunas veces á V. S., aunque ya siento tocarme á la puerta la herencia de nuestro padre Adan, llena de mil excusas, aunque es la fruta que más comen los golosos y perezosos como yo.

»Bendito sea el Señor que nos sufre, por cuyo amor suplico á V. S. haga lo mismo conmigo, sufriendo mis descuidos, y creyendo de mis entrañas que, aunque ruin, soy más cumplido y rico de condicion que de lengua, gloria á Dios, el cual guarde á V. S. I. en su santo amor y temor, para que acierte en todo á servir á Su Majestad divina y á la majestad humana, etc., *Araoz*».

Este era el modo que tenia de tratar con los grandes y señores de la corte y privados del rey en muchas cartas que les escribia, que por la prolijidad no se ponen más, aunque son tan espirituales y discretas, que se podian poner todas; pero por ésta se podrá juzgar su espíritu y deseo de ayudar á sus almas, como lo hacia en cuantas ocasiones le venian á la mano.

Fué insigne predicador y muy continuo en este ministerio, no faltando en él siempre que tenia salud. Su modo de predicar era con gran fervor de espíritu, mucha ternura, y con grande abundancia de conceptos morales, y con delicados discursos, acompañados con una gracia natural de que nuestro Señor le dotó, y así, siempre fué seguido de mucha gente con grande fruto de sus almas, porque sus palabras eran tan encendidas en amor de Dios, que parece que pegaba fuego con ellas á todo el auditorio; y así, en este ministerio fué muy estimado y tenido de todos y muy seguido. El rey D. Feli-

pe II gustaba de oirle muchas veces, y así, le predicaba en palacio; pero mucho más las serenísimas infantas sus hermanas doña María y doña Juana de Austria.

## IV

*La grande estima que de él tuvo la serenísima princesa doña Juana.*

La serenísima princesa doña Juana le fué muy aficionada y trató mucho á este Padre, y conociendo en él un gran caudal y talento, se sirvió de él en muchas cosas de grande importancia, y, por ser tantas, trataba muchas por escrito, y así, tenia muchos billetes y papeles de su Alteza, los cuales, con otros muchos de diversos señores, se hallaron despues de su muerte atados y sobrescritos de su letra, en que decia: «Estos papeles se vuelvan á la princesa como están,» y lo mismo de los demás de grande importancia y secreto, los cuales se dieron con gran fidelidad á sus dueños, ordenándolo así el P. Manuel Lopez, que entónces era Provincial y se halló á su muerte.

Cuando le enviaba á llamar la princesa doña Juana (que era muchas veces) le decia: «¿Qué más quiere vuestra Alteza, que no me puedo tener en pié?» Viendo esto la princesa, mandaba estuviese de manera que no se cansase, para poder tratar con él despacio varios negocios.

Trataba asimismo esta serenísima princesa los negocios de su alma muy de veras con el P. Araoz, por el grande concepto que de su santidad y trato espiritual tenia, como se verá por un billete que le escribió acerca de esto, que dice así:

«Muy alta y muy poderosa señora: Ya tengo hecho el memorial de la consulta del testamento, y en partiéndose el Provincial para Ávila, con licencia de vuestra Alteza iré á Valladolid, para dar órden en el testamento, y lo demás quedará para el codicilo, porque nunca debe dejar de estar cerrado el testamento para los que viven en este mundo vida tan incierta.

»Entre tanto, envío á vuestra Alteza lo que me mandó escribiese del rosario. Hice solos los cinco misterios, para ver si vuestra Alteza es servida que vayan de esta manera los otros, y para que comience á ejercitarse en éstos, y en el librito se podrán poner aquellos adonde el Señor diere mayor devocion, ó los que fueren más fáciles de meditar para vuestra Alteza y para sus criadas y siervas del Señor en este santo palacio.

»En lo de nuestro negocio de la Compañía de Zaragoza, plegue á Dios que le sepa pagar el bien que nos ha hecho y la consolacion que hoy me ha dado; mas si pido para ella lo que pido para mí, creo que tendrá duelos; y

si no lo pido y no se lo dan, ¡ay de ella! pues el que no participare de la cruz de Cristo, al salir de esta vida no tendrá entrada en el cielo.

»Bendito sea el Señor que tales esperanzas nos da en la tierra, y bendita tal Zaragoza, sepultura de mártires: ¡oh si alguna tuviera tan buen brazo que hiciera llegar una de aquellas piedras á Simancas! ¡oh quién la recogiera abierta la boca, y alzadas las manos, y dando voces de alegría! pues Cristo, verdadera piedra, venia á edificar nuestras almas.

»Ayúdenos vuestra Alteza á dar gracias al Señor, gozándose del beneficio que sus siervos reciben, y no admita pena, aunque venga so color de buen celo; porque, si antes éramos apóstatas, ahora vamos camino de imitar á los Apóstoles y á los benditos frailes de S. Francisco, que en su principio fueron en Lisboa apedreados.

»Y porque vuestra Alteza no diga que ántes soy para echar piedras, segun me detengo en ellas, que no para recibirlas, dejaré esta plática para mortificarme y por no mortificar á vuestra Alteza con larga escritura, lo que por ella no se sabe decir.

»Dé el Señor á sentir á su católico espíritu, para que gustando la suavidad del Señor en su providencia, guste y se goce en la divina bondad. Amen. De Simancas, hoy juéves, *Araoz*».

Con el familiar trato que tenia con los príncipes y la mucha estima que tenian de él y de su santidad, tenia mucha mano con todos, así por esto, como por ser muy desinteresado con ellos, porque nunca les pedia nada, ántes tenia tanta libertad con ellos, que quien no conociera su santidad, juzgara que era arrogancia ó soberbia, porque los trataba como si fueran sus iguales, y aun peor.

Al príncipe Ruy Gomez le solia tener en el patio ó en su celda aguardándole, sin que á él se le diese nada de hacerle esperar, con ser el que mandaba en aquel tiempo la corte. Y una vez, entre otras, diciéndole el portero que estaba allí, le dijo: «Tome esa llave de mi aposento, y diga al príncipe que me aguarde en él si quisiere, y si no, que se vaya».

Vino el portero, y no le dijo más de que vendria el Padre, que en su celda podria su Señoría aguardarle. Pero á cabo de gran rato que vino el Padre y entró en la celda, donde estaba el príncipe Ruy Gomez, le trató con mucha sequedad, como siempre lo solia hacer, y, llegado, le dijo: ¿Pues qué dijo el portero? Respondió el príncipe: «Que aguardase á V. P. que luego venia.» «No le dije yo eso, replicó el Padre, sino que dijese á V. S. que me aguardase en mi celda si quisiese V. S., y si no que se fuese.»

De esta manera, con tanta libertad trataba con estos señores, y no por esto les perdia el respeto debido, ni ellos á él, ántes hacia de ellos cuanto

queria; porque, como no pendia de ellos ni de sus mandos, riquezas, privanzas y favores, tratábalos con grande libertad, sin otro interés mas del bien de sus almas y el servicio que á nuestro Señor hacia en enderezarlos y darles consejos en todo lo que habian menester y ayuda para el bien de ellas, con lo cual le estimaban en mucho más.

Aconteció una vez en este colegio de Madrid que se ofreció un negocio de mucha importancia á la Compañía; pidióle el P. Rector que hablase á la serenísima princesa doña Juana sobre él, para que lo pidiese al rey su hermano; lo que hizo fué escribirle un papel, que dice así:

«A mala dicha tengo se me haya ofrecido ocasion de pedir á vuestra Alteza hable al rey nuestro señor sobre este negocio; vuestra Alteza lo haga, que pienso servirá en ello á nuestro Señor, y porque tambien con esto me librará de estos Padres».

Viendo la princesa lo que le pedia con tan pocas y sencillas palabras sin artificio dichas, holgó en extremo con el billete, y luego puso por obra lo que por él le pedia, de manera que tuvo efecto su peticion.

De esta manera y con esta llaneza trataba con todos, con lo cual tenia tanta autoridad y mano con ellos, que fácil le fuera alcanzar cuanto quisiera; pero él se guardaba bien de pedirles muchas cosas, y las que pedia, no habia negárselas, porque eran tan justificadas que no le podian decir que no.

## V

*De la gracia que nuestro Señor le dió en encaminar almas en su servicio, principalmente en gobernar los de la Compañía.*

Fué hombre el P. Araoz de grande oracion, y de grandes sentimientos, y ternuras y lágrimas, tanto que muchas veces se hallaba la almohada de su cama tan mojada de ellas, como si la sacaran de un rio.

Trató muchas almas de gente de grande espíritu, las cuales le reconocian por maestro, y estimaban en mucho tener una carta suya en respuesta de sus dudas, para enderezar su espíritu; y cuando la alcanzaban, la tenian como reliquia; y así, trataba por cartas muchas almas, encaminándolas con ellas en el servicio de nuestro Señor y en el camino de la perfeccion, las cuales eran tan llenas de espíritu y devocion, acompañadas de una santa discrecion, que eran muy estimadas de todos.

De estas cartas guardó algunas este siervo de Dios, las cuales el P. Manuel Lopez, Provincial, recogió, y haciendo dos copias de ellas, por ser tales y llenas de tanto espíritu, le pareció cosa muy á propósito enviarlas á las ca-

sas de novicios, para que las leyesen á los novicios de cuándo en cuándo, para consuelo y aviso de todos, por ser llenas de mucho espíritu, fervor y gran doctrina de oracion y mortificacion, como tan gran maestro de estas virtudes, por el ejercicio que de ellas tenia desde que entró en la Compañía hasta que murió.

Era esto en tanto extremo, que nuestro P. General Diego Lainez, avisado de ello, fué necesario le escribiese sobre ello, y así, le dice en un capítulo de una suya lo siguiente:

«Sabido he de buena parte que se trata mal, y no tiene cuenta con su salud, y que con todos los favores de la corte parece que va por la posta hácia el cielo; y aunque seria mejor corte, parece que no es menester darse más priesa de la que nuestro Señor quiere. Y así, conviene que ordene de mi parte V. R. á los compañeros que tienen cargo de ayudarle, que consultando con buenos médicos, y tomando el órden de ellos, representen con libertad á V. R. segun lo que cumple á su salud y comodidad conveniente cuanto al hábito, vestido y trabajos; que V. R. no rehuse de hacer lo que se ordena, sin primero pensarlo y encomendarse á nuestro Señor, y si no tiene compañeros aptos á esto, los tome V. R., porque importa».

Tornando al modo que tenia este señalado varon de tratar los prójimos, dió nuestro Señor al P. Araoz particular gracia en encaminar almas en su servicio en la vía espiritual, y así, trataba algunas, dándoles consejos y avisos espirituales, consolando las afligidas, desengañando asimismo á gente que trataba de espíritu, y encaminando sus ejercicios y trato con nuestro Señor de manera que supiesen guardarse de las ilusiones y engaños del demonio, el cual se transfigura en ángel de luz.

Sor Francisca de Jesus, hija de nuestro Santo P. Francisco de Borja, monja que fué de Sta. Clara de Gandía, de la Orden de las Descalzas de S. Francisco, fué persona tenida por religiosa de grande santidad, espíritu, oracion y trato con nuestro Señor, el cual la hacia en ella particulares regalos y favores.

Esta señora (que en el siglo se llamaba doña Francisca de Borja), gustaba mucho de escribir muy á menudo al P. Araoz, dándole particular cuenta de su alma y de las cosas que nuestro Señor obraba en ella, pidiéndole avisos y direccion para encaminarla en el servicio del Señor, y estimaba en mucho los que le daba, por el grande respeto que le cobró desde la primera vez que estuvo en Gandía.

Acabó esta señora santísimamente un viérnes á la hora que Cristo nuestro Señor espiró, y así lo pidió á Dios, el cual se lo concedió, dejando grandes prendas en la tierra de las que su alma goza en el cielo.

La serenísima princesa doña Juana sintió tiernamente su muerte, por ha-

berla traido desde Gandía para fundar el monasterio de las Descalzas, que su Alteza fundó en esta corte.

Fué asimismo este santo varon grande celador del bien y progreso de la Compañía y de que en ella sus hijos procediesen conforme al espíritu de nuestro Padre S. Ignacio, el cual tenia muy embebido en su alma por lo que le trató en Roma y por la mucha confianza que de él hacia nuestro Santo Padre, como á persona que en su nombre habia enviado á España, haciéndole Superior en toda ella.

Con el celo que tenia que todos los de ella acertasen á hacer sus oficios conforme á su obligacion, los amonestaba seriamente el atender á ellos con mucho cuidado, escribiéndoles muy á menudo acerca de este particular, y así lo hizo al P. Jerónimo Ruiz de Portillo, que era Rector del colegio de Valladolid, y juntamente acudia á los demás ministerios con los prójimos. Con estas ocupaciones el P. Portillo no podia atender á su oficio de Rector como era razon, y así, le escribió la carta siguiente:

«Pues yo tengo obligacion de mirar por mis hermanos, y esto por Cristo nuestro Señor y por la Compañía y ministerios de ella, sepa V. R. que todos desean que atienda más á las cosas de ese colegio de que tiene cargo; yo tambien, y que las ocupaciones de fuera sean sin perjuicio de las domésticas y propias de su oficio.

»Bien persuadido estoy que á donde quiera que V. R. trata, es con fruto; pero deseo que vea V. R. cuál es más agradable al Señor, el de casa ó fuera, *caeteris paribus*.

»Cuando se puede *unum facere et aliud nom omittere*, justo es que se haga, cuando hay tiempo para todo; pero sé que no le puede tener sobrado un Rector, si de veras y con cuidado ha de atender á las cosas de su oficio.

»A las personas que vienen á casa, es razon se dé primero recado. Dicho esto, remito los casos particulares á la caridad de V. R., pues espero será con granos de sal».

Al P. Valdés, Rector de Ávila, le escribió tambien en respuesta de una suya, en que se quejaba de la carga de Superior, en la cual le pinta cuál es su oficio, en que le dice así:

«Del oficio que la santa obediencia ha dado á V. R., tengo relacion de oidas y por escrito, y alabo al Señor, porque deseo bien ocupados á los que Su Divina Majestad ha dado talento para gobierno, que son diferentes nominativos de los que se aprenden en las escuelas.

»Otro hombre, otras potencias y otros sentidos, otro estómago y otro humor, y otros elementos pide el oficio de Marta que el de María, aunque ¡ay

de la casa adonde ellas no moran juntas! y ¡ay del que gobierna, sino tiene hermandad y amistad con ellas como Lázaro!

»Lacerado será el Rector sino tuviere á María, y lacerados los regidos sino tuvieren á Marta, pues ha de ser mártir por ellos y aun verdadero Abrahan, que muchas veces al dia ha de sacrificar á su Isaac y á su gusto por el provecho de sus ovejas, por el cual ha de morir el carnero atado por la cabeza, como Isaac por los piés y las manos. ¡Oh qué dulce lenguaje, pues el carnero queda muerto é Isaac mortificado! *Ora pro me, Araoz*».

En las pláticas ordinarias que hacia á los de la Compañía (que fueron muchas y muy frecuentes) procuraba embeber este espíritu en todos los de ella; las cuales eran de grande doctrina, y consuelo, y de mucha devocion y fervor, con que alentaba y animaba á los que participaban de su espiritual doctrina; y así, muchas de ellas escribian los nuestros y se aprovechaban de ellas.

Encomendaba mucho la caridad de la Compañía entre sus religiosos, y la comunicacion de nuestras cosas por cartas, porque no se resfriase; y así, gustaba mucho de saber de todos y de sus progresos, y pesábale cuando en esto habia descuido.

Porque el P. Doctor Torres, Provincial de la Andalucía, se debia de descuidar en esto más de lo que él quisiera, le escribió la carta siguiente:

«*Pax Christi.* Al P. Santa-Cruz, que ésta escribe por estar yo malo de un gran catarro, y tal que ha dias que no salgo de casa, he dado cargo que escriba siempre á V. R. dándole cuenta de las cosas de acá, como es razon; y así, remitiéndome en lo demás á la suya, en esta sólo diré, con licencia de V. R., que me admiro no poco, y otros muchos, de que ni V. R. nos haya escrito ni hecho escribir despues que de aquí partió; cosa indigna de usarse *inter eos, quorum cor unum est et anima una.*

»Esta union me da alas, no para reprender, *absit,* sino para suplicarle *per viscera charitatis,* pues el Señor se la ha dado tal, la ejercite con estos, que no ménos que los que allá tiene son sus hijos, pues la costumbre de la Compañía es la comunicacion *in spiritu charitatis.*

»Y pues se ve, Padre mio, cuán pronto es el espíritu del hombre á dejar la union y á turbarse *erga plurima, cum vere unum sit necessarium,* y como tambien lo sea, que arda siempre el fuego en el templo del Señor, menester es que el sacerdote le crie con echar leña, porque no se acabe.

»Y aunque los más finos materiales serán los interiores, para los poco ejercitados y flacos como yo, es menester *unum facere et aliud non omittere.*

»El P. Maestro Estrada ejercita en esto la caridad de nuestra Compañía que el Señor le ha dado, la cual se enciende con el trato á menudo, que no me es pequeña confusion, porque me gana sin duda con su diligencia.

»Bien sé, Padre mio, que la falta de las cartas de V. R. no viene por falta de ella, sino por sobra de muchas ocupaciones; gloria á Dios, el cual nos conserve *in vinculum charitatis, et pacis.* Amen. *Tuus, Araoz*».

Dióle asimismo gracia nuestro Señor para discernir espíritus, tanto, que en hablando con uno, parece que le leia todo su interior; y así le penetraba y entendia como si claramente le descubriera su corazon. Y con esto tenia gran caridad y compasion para con todos, compadeciéndose de sus aflicciones y trabajos.

Particularmente hacia esto con los de la Compañía, con lo cual conocian en él un paternal amor, y le amaban y reverenciaban como á verdadero Padre, socorriéndolos en sus necesidades corporales y más en las espirituales.

Tuvo una cosa muy particular este siervo de Dios y digna de ponderacion, porque, aunque era Superior y parece que pendia de él el aumento en lo temporal de los colegios, no se inclinó á buscar hacienda ni renta para ellos; si bien en el admitir nuevos colegios no juzgaba se debian aceptar fundaciones demasiado pobres, lo cual en aquellos tiempos no aprobaban muchos, sino que se debian admitir cualquiera.

Sábese que con la mucha mano y cabida que tenia con tantos príncipes y señores como en la corte trataba, con facilidad lo pudiera hacer; pero con todo eso, nunca se pudo acabar con él que lo hiciese, aunque á las veces se le ofrecian muchas ocasiones en que pudiera allegar buena parte.

Fué esto de manera, que preguntándole por qué hacia esto, viendo que la Compañía tenia tanta necesidad, respondia una y muchas veces que á otros tocaba tratar de fundaciones y dotaciones de colegios de la Compañía; pero que á él sólo le era dado plantar la opinion y santidad de ella en los corazones de todos, principalmente en los de los príncipes y señores con quien trataba. Y alegaba para apoyar esta doctrina muchos ejemplos de santos, particularmente de Sto. Domingo, el cual hizo renunciar á sus frailes algunas haciendas que otros habian procurado allegar para su Religion.

Con lo cual es cosa muy cierta que le tuvieron mucho mayor respeto y reverencia todos los príncipes con quien trataba, que le tuvieran si fuera por otro camino. Y así, tenia este santo varon tanta libertad y señorío en el trato con los señores, que espantaba.

Y vióse claro que no por esto perdió nada la Compañía, ántes ganó mucha opinion de santidad y estima grande de sus ministerios, no dejando con esto nuestro Señor por otras vías de acudir en lo temporal largamente al socorro de las necesidades temporales con larga y liberal mano, sin que faltase lo necesario, fundándose asimismo algunos colegios, siendo él Superior y Comisario general de toda España.

## VI

*De los colegios que se fundaron en su tiempo, y de las grandes tempestades que se levantaron contra la Compañía en España, y cómo resistió á todas.*

Siendo el P. Antonio de Araoz Superior en toda España, se fundaron en ella muchos colegios.

Primeramente, el año de 1545 tuvo principio el de Alcalá, que ha sido un seminario de la Compañía, como todos saben, para mucha honra y gloria de nuestro Señor y de la Compañía; pues de él han salido y salen cada dia tantos varones señalados en letras y santidad, y se han esparcido por todas las partes de la cristiandad, India, Japon, China, Filipinas, Méjico y Perú; y en su tiempo pasaron los nuestros á las Indias occidentales, negociando el P. Araoz el despacho de ellos con su majestad, y así, se fundaron en aquellas remotas partes muchas casas y colegios.

Fundáronse asimismo en su tiempo los colegios de Salamanca, de quien se puede decir lo mismo que del de Alcalá, el de Valladolid, Medina, Segovia, Plasencia, Madrid, Valencia, Gandía, Cuenca, Córdoba y otros muchos, de manera que, aunque este Padre no era aplicado á esto, nuestro Señor tenia el cuidado de hacerlo por otros medios.

Con la mucha opinion y santidad que habia cobrado, pudo con su autoridad resistir con grande valor á las muchas y graves tempestades que en su tiempo se levantaron en España contra la Compañía, como Religion nueva y no conocida en ella, que se puede creer sin duda que nuestro Señor le daba espíritu para con él oponerse á la corriente é ímpetu de estas tempestades, dándole caudal y fuerza para satisfacer á los reyes, príncipes y señores, y á los consejos y consejeros, con los cuales tenia mucha entrada, crédito y autoridad, con la cual y su grande prudencia y discrecion sabia muy bien defender la verdad, como lo hizo; y así, nuestro Padre S. Ignacio le mandó asistir de ordinario en esta corte, por ser tan necesario en ella su autoridad y presencia, por los varios negocios que ocurrian á la Compañía, y los demás Generales hicieron lo mismo, como hemos dicho.

De estas persecuciones fué la una la que el Maestro Fr. Melchor Cano, de la Orden de Sto. Domingo (que despues fué electo Obispo de Canaria, pero no pasó á su obispado) levantó contra la Compañía, diciendo de los de ella en público y en secreto muchas cosas ajenas de toda verdad é indignas de tal religioso, por no haber visto las Bulas y privilegios de la Santa Sede

Apostólica, que tenia la Compañía y por no haberse querido informar de la verdad con que ella procede en su instituto.

Fué esta persecucion muy molesta y larga, y tuvo muchas ramas, de la cual tratamos en la vida de S. Francisco de Borja, y así no la referiremos aquí.

Sólo diré que en esta ocasion nos favorecieron muchos religiosos de Sto. Domingo y muy graves, y tambien que de persecucion tan larga sacó nuestro Señor, como suele, gran bien y provecho para la Compañía; porque fué ocasion que en aquellos principios y tiempo que ella duraba, entrasen muchos hombres ilustres, doctos y graves, graduados de maestros y doctores, y algunos prebendados de diversas iglesias de la Compañía.

La causa fué, que oyendo al Maestro Cano en público y en particular lo que decia de ella, reparaban estos tales, pareciéndoles con mucha razon, que si un hombre docto y grave como él hablaba de esta manera contra tal Religion, que ó habia de ser con fundamento de que en ella habia lo que él decia de ella, ó si no lo habia, que era pasion y arrojamiento demasiado de un hombre de tantas prendas, las cuales le obligaban mucho á mirar lo que decia, siendo en materia tan grave y digna de tanta consideracion.

Para salir de esta duda procuraban informarse bien de la verdad de los Superiores de la Compañía, y particularmente lo hicieron en Valladolid, Salamanca y Alcalá.

Los Rectores de estos colegios los desengañaban mostrándoles las Bulas y confirmacion y aprobacion de nuestra Religion por la Santa Sede. De manera que con esto y con el familiar trato de los nuestros quedaban muy enterados y satisfechos de la verdad y admirados de que el Maestro Cano procediese tan al contrario de ella, sin quererse informar ni satisfacer de una verdad tan manifiesta.

Por esta vía y con esta red cogió nuestro Señor á muchos, moviéndoles por este camino con grande deseo de ser religiosos, de manera que con instancia pedian ser admitidos y recibidos en la Compañía de Jesus, á los cuales, habiéndolos examinado y probado sus deseos si eran firmes, los recibian, con lo cual creció mucho en aquellos principios, así en crédito como en número de sujetos hechos, cuales habia menester la Compañía.

Por lo cual el Santo P. Francisco de Borja, que á la sazon estaba en Valladolid, escribió á diversas partes de la Compañía rogasen á Dios por el P. Maestro Cano, como por tan bienhechor de ella, pues por su medio Su Divina Majestad le hacia tantas mercedes, ejercitándola por un cabo en paciencia y dándole harto en qué merecer, y por otro siendo instrumento para que tantos y tan principales sujetos se entrasen en ella á servir de veras á nuestro Señor.

Esta cosecha tan buena causó la persecucion del P. Maestro Fr. Melchor Cano y de sus valedores, de la cual Dios nuestro Señor defendió á la Compañía, haciendo en ella el P. Araoz con su mucha prudencia y valor muchas diligencias para componerla, de modo que á todas las partes estuviese bien.

Con su autoridad y crédito procuró sacar á luz la verdad de la Compañía, defendiéndola con mucha fuerza delante de los ojos de toda la corte, y de todos los consejos, y del Santo Oficio, con más estima y reputacion de nuestra Religion que antes tenia, siendo más conocidos los de ella por este medio y más estimados que antes que se levantase esta persecucion contra ella, la cual sosegó Dios nuestro Señor con mucha gloria suya y bien nuestro.

Acabada que fué esta tempestad escribió el P. Araoz á un ministro del rey y privado suyo lo siguiente, como hombre que estaba muy enterado de la verdad de la Compañía:

«Ilmo. Sr.: Jesucristo nuestro Señor dé á V. S. Ilma. muchos y muy buenos años, y pues estos se pasan, y no á paso corto sino en posta, razon es que todos abramos los ojos y enderecemos los pasos para el cielo, pues lo demás se ha de pasar, y aun más presto que los años, pues algunas veces en mános de un dia vemos acabarse los reyes, los privados y los favores.

»Siendo esto así, V. S. no deje de continuar lo comenzado, y alabo á Dios por lo que me escribe sobre ello y lo demás, que cierto para mí más gusto es ver á V. S. siervo de Dios del cielo, que privado del rey de la tierra.

»Por lo que hace en su servicio, saque como de dechado lo que debe hacer por el Eterno, al cual se debe enderezar todo lo que se hace en servicio de los hombres.

»Lo que á V. S. le han escrito (de que á mí me ha pesado) del Obispo Cano, V. S. sea cierto que el presidente nò tiene culpa, porque á un hombre tan eminente no se le puede poner silencio en cosas de doctrina.

»Y como él con el celo que yo tantas veces he dicho á V. S. (que cierto malicia en él no la juzgo) sospecha de nuestro instituto, no es bien le pongan silencio, ni menos á nuestra verdad está bien que los reyes ni privados respondan por nosotros en cosas de doctrina, pues así, no seria probada en el horno.

»La respuesta toca á nosotros cuando nos la pidieren, como á V. S. he dicho otras veces, y por eso estamos y hemos puesto nuestro real en público, y abierto nuestras tiendas en las universidades delante los rayos del sol (que son los hombres doctos), y si con esto trujésemos moneda falsa de doctrina, más nos habrian de atar como á locos, que castigar como á supersticiosos.

»Yo estoy cansado de estar aquí, y así, hubiera pedido licencia, pero estando aquí estos Padres no lo haré, porque, si me quisieren hacer caridad que nos veamos, me hallen presente, y esto he pretendido siempre, pues sin oir las partes, mal se pueden determinar las cosas.

»Al presidente se lo he suplidado, no sé si lo podremos acabar con ellos, que sin duda por el pueblo lo deseo, porque ver cisma entre religiosos es poco fruto para los seglares.

»V. S. me la haga de no escribir acerca de esto, porque ni á S. M. ni á V. S. quiero por protectores en cosa de doctrina, sino que la verdad de ella responda por ella: gloria á Dios, y con tanto seamos buenos y sirvamos al Señor, que lo demás todo es burla; y pues mueren los abades, como el de Parraces lo ha hecho estos dias, aparéjense los privados, etc.»

Otra persecucion fué la que el Arzobispo de Toledo D. Juan Martinez Siliceo el año de 1550 levantó contra la Compañía muy terrible por falsas informaciones, porfiando en que habian de ser los de ella de su jurisdiccion, como los demás clérigos lo eran, siendo exemptos de ella y de toda otra ordinaria, por bulas apostólicas, como todas las demas Religiones lo son, no bastando con este Ilmo. Prelado mostrarle las mismas Bulas y privilegios de la Compañía, dados de los Sumos Pontífices. Pero al fin sacó Dios nuestro Señor á la Compañía con victoria de todo.

Otra fué en Alcalá de un cierto doctor de aquella Universidad, el cual públicamente decia con mucha nota y escándalo, que la Compañía no era Religion, ni se podia llamar tal, y otras cosas á este tono.

Pero hiciéronle reportar examinando nuestras Bulas y privilegios. Con lo cual así él como toda aquella Universidad quedaron más desengañados y satisfechos, y la Compañía mucho más estimada y conocida que de antes.

En tiempo del mismo Padre se levantó en la ciudad de Plasencia otra persecucion muy perjudical contra la Compañía, y fué de la manera siguiente:

Habia en aquella ciudad una mujer que se llamaba María de Córdoba, hija de Alonso de Córdoba y de Catalina de Córdoba su mujer, la cual en vida de sus padres, con su parecer y consejo, hizo voto de castidad, y tomó hábito de beata, y perseveró en él hasta que sus padres murieron.

Confesóse con los Padres de la Compañía todo el tiempo que sus padres vivieron, y algunas veces en diversos tiempos con los PP. Francisco de Villanueva, Dr. Márcos de Salinas, Martin Gutierrez.

Era esta mujer de su natural habladora, imaginativa y melancólica; y así, tenia imaginaciones y ficciones, diciendo veia algunas cosas, y las publicaba y afirmaba como si fueran ciertas.

Los Padres que la trataban y conocian, íbanla á la mano, procurando no

diese crédito á sus devaneos é imaginaciones; y así, todo el tiempo que la dicha María de Córdoba se confesó con los de la Compañía vivió honesta y recogidamente, frecuentando los santos Sacramentos y ejercitándose en buenas obras.

Muertos sus padres, comenzó á confesar fuera de la Compañía y á proceder con libertad, mudando el hábito diferente de lo que pedia su estado, admitiendo visitas y conversaciones en su casa, y así, habia rumor se queria casar.

Con esto alzaron mano los de la Compañía de tratarla y confesarla, porque no se queria enmendar, y el escándalo era público en la ciudad, por haberla conocido con mucho recogimiento en vida de sus padres.

Predicando un dia el P. Juan de Castañeda, Rector de aquel colegio, á caso alabó la virginidad y estado de los continentes, y dijo que los que tenian hecho voto no se podian casar sin dispensacion y causas, y otras cosas á este propósito, y cómo Dios castigaba á los que retrocedian de lo comenzado y votado á su servicio.

Hallóse presente el hombre que se habia de casar con la dicha María de Córdoba, y con la doctrina de este sermon se retiró del casamiento, porque sabia del voto que tenia hecho, la cual, entendiendo se habia dicho por ella, comenzó á enojarse de nuevo con mucho sentimiento, y á formar quejas contra los de la Compañía, y á proceder con más libertad.

Por lo cual y por el escándalo público que daba en el lugar, los Padres que la conocian y habian tratado á sus padres, con deseo de su bien, la hablaron y reprendieron lo que de ella se decia. Con lo cual creció su enojo y comenzó á decir mal de los de la Compañía en público y secreto, en especial de los PP. Francisco de Villanueva, Dr. Salinas y Martin Gutierrez, levantando á ellos y á otros muchos falsos testimonios, particularmente al P. Martin Gutierrez, diciendo que enseñaban supersticiones, y revelaban las confesiones, y trataban con mujeres deshonestamente.

Persuadió á algunas otras mujeres de su calidad que hiciesen lo mismo, como lo hicieron, y al fin ella se casó con dispensacion, y su marido la llevó desde Plasencia á la ciudad de Coria, adonde vivieron por algun tiempo desavenidos, y mal casados, y con grande pobreza, y pasó hartos trabajos, hasta que murió bien arrepentida de lo hecho.

Vino este rumor á noticia del Obispo de aquella ciudad, que á la sazon era D. Pedro Ponce de Leon, el cual no era nada aficionado á nuestra Compañía, ántes se habia mostrado contrario á ella en las ocasiones que se habian ofrecido.

Nacióle esta aversion desde el tiempo que estuvo en Salamanca, por tra-

to familiar que tuvo con el Maestro F. Melchor Cano, y así le pegó su poca devocion.

Con esta mala voluntad adquirida tan de atrás, admitió de buena gana la ocasion presente, con la cual hizo cierta informacion secreta y sin parte con la dicha María de Córdoba y otras personas que ella habia inducido y movido para ello, aunque, á la verdad, en aquella ciudad tenian tanta estima y opinion de los de la Compañía, y de la santidad, y bondad de los dichos tres Padres, que no hizo daño este rumor, ántes movió á compasion, culpando y reprendiendo á María de Córdoba de su liviandad y modo de proceder.

El buen P. Martin Gutierrez, que á la sazon era Rector de aquel colegio, recibió pena con el dicho rumor por el daño que podia recibir la Compañía, y porque él era tan puro y cándido en su alma y cuerpo como es notorio á todos.

Era este siervo de Dios muy devoto de la santísima Vírgen, y estando un dia en oracion encomendándose á ella, y suplicándole alcanzase de su preciosísimo Hijo se manifestase y declarase la verdad acerca del falso testimonio que se le imponia de su honestidad, se le apareció la Santísima Vírgen, y le dijo: «¿De qué estás triste? ¿Tú no sabes que mi Hijo y yo estamos muy satisfechos de que en esto que te oponen, nunca en toda tu vida has ofendido á mi amado Hijo? ¿Pues por qué temes?»

Quedó con esta vision el siervo de Dios muy consolado, y tan animado á volver por la verdad de la Compañía y suya, que animosamente se opuso á sus émulos.

En este tiempo fue á visitar aquel colegio el P. Juan de Valderrábano, Provincial de esta provincia, y hablando al P. Martin Gutierrez sobre el caso, le dijo todo lo que le habia pasado, y el consuelo y ánimo que habia tenido con la merced referida, que le habia hecho la Madre de Dios.

Lo mismo dijo al P. Jerónimo Jimenez, Ministro que era de aquel colegio, para enterarlos de la verdad; y se le podia dar entero crédito, porque siempre fué grande y ejemplar religioso, y resplandeció en muy sólidas virtudes, y así, le concedió nuestro Señor una gran merced, que fué morir en Francia en poder de los herejes, preso y maltratado de ellos, cuando iban á Roma á la Congregacion general.

La informacion que hizo el Obispo de Plasencia, la guardó y quedó en su poder, tomando el original al Secretario, ante quien pasó; y pudo muy bien colegir de ella, sin otro descargo, la falsedad y testimonio que se oponia á los de la Compañía, por la grande satisfaccion y buena relacion que habia en aquella ciudad de los de ella, y en especial de aquellos tres Padres, por lo

cual por entónces no hizo diligencia alguna, ántes en lo exterior mostró satisfaccion y buena voluntad á los de la Compañía.

Despues el año de 1566 se celebró en la ciudad de Salamanca el Concilio provincial, al cual concurrieron muchos Prelados graves y doctos, y entre ellos el Obispo de Plasencia, y por su Majestad asistia en el dicho Concilio el conde de Monteagudo, D. Francisco Hurtado de Mendoza, que fué siempre grande amigo, protector y bienhechor de nuestra Compañía, hijo del conde D. Juan Hurtado de Mendoza, el cual fué tambien grande amigo y protector de nuestra Compañía, y cuando murió el P. Maestro Lainez, hizo las honras en su lugar, tan solemnes como las pudieran hacer por algun grande Prelado de su casa, por la grande aficion que á él y á la Compañía tenia.

En aquel Concilio hizo relacion el Obispo D. Pedro de lo que habia pasado en Plasencia, y presentó las informaciones que habia hecho secretas y sin parte; y habiendo oido su razonamiento y lo que las informaciones contenian, coligieron todos de ellas, sin más averiguacion, eran testimonios y falsedades que injustamente se oponian á los de la Compañía, y en particular á los tres Padres referidos.

Con todo eso, tomó la mano el conde de Monteagudo, y en presencia de todos habló gran rato en abono de aquellos Padres y de la Compañía, alabando mucho su instituto y modo de proceder, y el gran fruto que hacian en la Iglesia de Dios, y lo mucho que ayudaban á los Prelados, y la obligacion que tenian á defenderlos y ampararlos.

Luego habló D. Juan Manuel, Obispo que á la sazon era de la ciudad de Zamora, en la misma conformidad que el conde habia hablado, y añadió con mucha eficacia las palabras siguientes: «Yo juraré, Padres Reverendísimos, que no asiste en este Concilio el Espíritu Santo, pues se intenta tratar en él cosas tan graves y pesadas contra una Religion tan santa, y que tanto fruto ha hecho con su instituto y ejemplo en la Iglesia de Dios,» con otras palabras de grande ponderacion y estima.

Lo mismo hicieron otros Prelados, con lo cual el Obispo de Plasencia tuvo por bien y por más acertado callar, y cesar de su intento, y prosiguieron su Concilio.

Tuvo aviso de esto el P. Antonio de Araoz, y así, acudió á Salamanca desde Valladolid, y fué con el P. Martin Gutierrez, al cual hicieron presidir en unas conclusiones de Teología que se defendieron en nuestro colegio, á las cuales vinieron todos los Prelados teólogos que habia en el Concilio, y otros, y quedaron de nuevo muy aficionados al siervo de Dios P. Martin Gutierrez, porque era muy docto, y así, procedió en las dichas conclusiones con grande satisfaccion en letras y todo lo demás.

Y el P. Araoz con su prudencia y valor no sólo dió razon de la Compañía y de su instituto, oyéndole y respetándole los Padres del Concilio; pero desarraigó de sus corazones el mal concepto que habia pretendido imprimir en ellos el Obispo de Plasencia.

Con lo cual quedó aquella tempestad muy sosegada, y la Compañía con mas estima y autoridad de sus cosas, y el P. Gutierrez fué conocido y estimado de allí adelante de todos los Prelados.

Acabado el Concilio, volvió á Plasencia el Obispo, y el P. Juan de Castañeda, que era Rector en nuestro colegio, le suplicó fuese servido de averiguar la verdad de lo que habia pasado, para que en los tiempos venideros no hubiese alguna nota contra los dichos tres Padres ó contra alguno de la Compañía, dando traslado de lo que contra los de ella habia hecho; y si esto no queria hacer, á lo ménos quemase las informaciones y papeles que habia hecho contra la Compañía, pues confesaba que los habia llevado al Concilio y hecho de ellos demostracion.

El Obispo, que habia quedado confuso y corrido de lo que habia pasado en Salamanca, no quiso hacer lo que el Padre le suplicaba, ántes envió las informaciones que habia hecho secretas contra los de la Compañía, á la Inquisicion de Llerena, para que allí las guardasen.

Pareció al P. Rector acudir al corregidor, y presentó ante él una peticion larga, suplicándole mandase hacer informacion por un interrogatorio de doce preguntas.

El corregidor hizo la informacion con gran número de testigos de los más honrados, calificados y sin sospecha de aquella ciudad, por la cual constó claramente la inocencia de los dichos Padres.

Despues fué electo el dicho Obispo D. Pedro Ponce por Inquisidor General. Retiróse á un lugar de su obispado que se dice Jarandilla, para aguardar allí las Bulas de su oficio; detúvose el correo con ellas algo más de lo ordinario, por lo cual comenzó á sospechar habia quien lo impidiese.

De esta ocasion le cargó una profunda melancolía, con algun accidente de calentura, de lo cual murió, y cuando le querian amortajar, llegó el correo de Roma con los despachos, y por su muerte fué electo en su lugar por Inquisidor general D. Gaspar de Quiroga, muy devoto y aficionado á nuestro Padre S. Ignacio y á la Compañía, cuanto averso habia sido el Obispo de Plasencia, el cual murió con muestras de arrepentimiento de haber creido las quejas que de la Compañía le habian dado.

Otras muchas persecuciones se levantaron contra la Compañía en tiempo de este venerable Padre en los lugares adonde se fundaban casas y colegios de nuevo, así de religiosos, que en púlpitos y fuera de ellos hablaban libre-

mente contra ella, como tambien de otras personas seculares y eclesiásticas; á las cuales acudia el P. Araoz con su consejo, dando proporcionados medios, y haciendo todas diligencias en esta corte y fuera de ella, respondiendo de palabra y por escrito con mucha edificacion y santidad á los émulos de la Compañía.

## VII

### *Algunas de sus muchas virtudes.*

Tuvo el P. Araoz mucha mano con el rey, y más con sus privados y ministros, como hemos dicho, y por el consiguiente con los presidentes y Consejos, de manera que por este medio pudiera alcanzar para sí y para otros todo lo que quisiera; mas con todo eso fué tan recatado en esto, que con tenerla tan grande, y poder con ella asimismo hacer castigar algunos que contra la Compañía y contra su propia persona se habian desmandado, nunca lo hizo; mas decia: «Ya que no padecemos otras mayores persecuciones, trabajos y martirios, ¿qué mucho que padezcamos por Cristo algunos falsos testimonios, que los que los dicen no piensan lo son, y son imaginaciones suyas, sólamente nacidas á veces de buenas intenciones?»

Era exactísimo en que se guardase entre todos los de la Compañía el casto, puro y decente hablar, así en el púlpito y cartas, como tambien en el trato con los prójimos, y entre unos y otros, sin que hubiese mezcla de palabras profanas ni de mundo, y si la oia, la reprendia severamente.

Enseñaba á los nuestros á predicar al corazon y que huyesen de ostentaciones; tampoco consentia que fuesen muy decidores y palabreros, ni que predicasen sin el espíritu y doctrina sólida que la Compañía enseña y quiere.

Con esto, amaba á todos sus súbditos, y los reprendia con suavidad de sus faltas, y parece que todo lo sabia y que no se le escondia cosa.

Era asimismo muy amado y respetado de ellos, reconociendo en él muchas virtudes y santidad, con otras raras partes de que Dios nuestro Señor le habia adornado.

Era grande el señorío que tenia sobre sus pasiones; y así, aunque estaba interiormente muy pacífico y quieto, sabia muy bien mostrar exteriormente un rigor que espantaba, cuando era menester y queria ejercitar con humildad y paciencia á algun súbdito.

A los que él estimaba en mucho, les daba muchas ocasiones de paciencia, mostrándoseles severo y desabrido por algunos dias.

Una vez un Padre antiguo y grave le dijo: «Mucho aprieta V. R. á tal Padre». A lo cual respondió: «Dejadle, que esto es hacerle hombre y darle en que merezca; porque el que no es experimentado, probado y tentado, ¿qué sabe?»

Era asimismo amicísimo de consolar á los padres de los de la Compañía, y de mortificar á los hijos.

Otras veces decia en la quiete con grande gracia y gusto de todos, multitud de faltas de los religiosos, y decia luego: *¿Quis prohibet ridentem dicere verum?*

Era asimismo muy enemigo de que ninguno de la Compañía inferior, ni ménos Superior, diese mala nueva á nadie, como de muertes, pérdidas, ó caidas ó cosas semejantes; porque decia él que con ellas tomaban aversion al que primero se las decia, y, por el consiguiente, á toda la Compañía, si era religioso ó Superior de ella, y así, decia que otro hiciese primero este oficio.

Pero despues de hecho, era amicísimo de que á los tales se les consolase ó animase á llevar con paciencia estos trabajos. Y porque una vez un Superior faltó en esto, le dió una grande reprension, de tal manera, que de allí adelante se guardó bien de hacer este oficio, y aun se quedó con este dictámen, pareciéndole bueno.

Con estas partes era el P. Araoz muy amado de todos los de la Compañía: particularmente lo era del P. Francisco de Borja, el cual le respetaba y estimaba tanto que parecia extremo; y así, cuando vino á España con el Cardenal Alejandrino, fué menester hacerle grande fuerza para que estuviese en el aposento del P. Araoz, habiéndosele dejado y pasádose á otro, y asimismo estimaba en mucho su consejo y parecer, que dejó ordenado cuando volvió á Roma que no se hiciese nada sin que primero el P. Araoz lo ordenase y viese.

Con todas estas buenas calidades que habemos dicho de este Padre, no bastaron á que dejase de ser perseguido, y quizás ellas y la mucha mano que en todo tenia, eran parte para esto, ó la mayor. Pero como eran sin culpa, tomaba á Dios la mano y descubria la verdad.

Fué grande trabajador, y en su tiempo nadie le hizo ventaja, y con los muchos negocios y cuidados que de él cargaban, así de la Compañía respeto de los muchos oficios que en ella tuvo por toda su vida, como tambien de fuera de ella, que le faltaba tiempo para tanto; comia siempre tarde y muy parcamente, porque en esto siempre se fué á la mano con la mucha mortificacion con que se trataba.

Era inimicísimo de particulares y regalos, y para él lo de la comuni-

dad era mucho, por ser muy abstinente, y reprendia severamente á los Ministros y Rectores, cuando con su persona excedian de la comunidad, como una vez, entre otras muchas, lo hizo en este colegio porque el Ministro le dió á comer un pollo, andando achacoso y con muy poca salud á causa de estar siempre con gota y asma y otros achaques; pero con todo eso, ni pollo, ni ave, ni otros regalos jamás se los habian de dar, y así, llamó al Ministro y le reprendió ásperamente porque habia usado con él de aquella singularidad, matando para los sanos los pollos que habian de ser para los enfermos. A lo cual respondió el P. Ministro: «Cierto, Padre mio, que no son de casa, porque de limosna se han traido cuatro, y en casa no hay otro enfermo, gloria á Dios, más que V. R., que por saber que lo anda V. R. y que tiene necesidad, se lo he dado, que de otra manera no me atreviera á dárselo.»

Era amicísimo de la pobreza, y mostrábalo en cuanto podia; y con ser persona tan grave, su vestido era muy pobre, tanto que, cuando habia de ir á hablar á la princesa ó á otro señor principal, era necesario ponerle otro vestido algo mejor del que traia.

Cuando á las noches le sobraba algun pedazo de pan, ó un pedacito de manzana ú otra menudencia, lo primero que le habian de dar otro dia era lo que le habia sobrado, y nunca cenaba carne, sino unas yerbas, una manzana ó cosa semejante.

De su honestidad y candidez de alma y cuerpo se pudiera decir mucho; porque en esta materia eran rarísimas sus perfecciones, tanto que le aconteció tratar mucho tiempo y confesar á muchas mujeres, porque era incansable en este ministerio, sin verles los rostros ni saber qué talle tenian.

Y así, á mujeres enfermas, sin particular necesidad é importancia no le parecia se visitasen hasta que estuviesen levantadas, por la decencia de los religiosos; y era tan grande el recato que tenia en esto, que aun la declaracion de la sagrada Escritura en los *Cantares*, no le parecia que al pueblo se dijese más que el sentido espiritual, que era el que los aprovecharia sin daño.

Era asimismo muy devoto del Santísimo Sacramento, y visitábale cada dia muchas veces con grande consuelo y alegría de su alma; y con las muchas y diversas ocupaciones que tenia, no se descuidaba de esto y de cumplir con sus devociones, aunque fuese á la media noche; porque decia él que, si así no lo hacia, dejándolas un dia, las dejaria muchos; y así, jamás se acostaba hasta acabarlas, porque tenia por mejor quitar del sueño al cuerpo que el mantenimiento al alma.

## VIII

*Cuán bajamente sentia de sí, y otras muchas virtudes que tuvo.*

Era tan bajo el concepto que tenia este insigne varon de sí y tan poca la estima que hacia de su talento, que parecia en su trato y en su manera de proceder una criatura, con una humildad muy profunda, tanto, que cuando murió nuestro P. General Lainez, en sabiéndolo él, porque se le acababa el oficio de Comisario general, luego con mucha humildad, sujecion y rendimiento se ofreció por súbdito al P. Juan Suarez, que á la sazon era Provincial de Castilla, con lo cual dió grande ejemplo á todos, pues, siendo un hombre tan grave y de tantas dotes, se sometia tan humildemente á la obediencia de sus Superiores.

Pero para que esto mejor se vea, y tambien las muchas virtudes que habia encerradas en su alma, y la sinceridad y pobreza con que se procedia en aquellos tiempos de la primitiva Compañía con tanta santidad, pondré aquí lo que en un papel de su mano y letra tenia escrito; con él comprobaremos cuanto de este Padre habemos dicho: parece lo escribió en Roma cuando nuestro Padre S. Ignacio le enviaba á España con cargo de Superior, y dice así:

«Si por ventura *(quod absit)* me quisiere nuestro Padre tornar á España á tener el cuidado que de antes, no obstante el haberle informado lo que siento de lo poco que soy para ello, supuesto que yo no lo aceptaré si no me lo mandan por expresa obediencia que me obligue á pecado, pediréle lo siguiente:

»1. Lo primero, que en la misma patente me lo mande por obediencia.

»2. Que me dé facultad para elegir y substituir otro ó otros en mi lugar, para que puedan visitar y corregir con la misma facultad que yo, y que pueda tener descargada mi alma con los tales, así como él la descarga conmigo.

»3. Que estos los pueda mudar y elegir otros, segun pareciese convenir.

»4. Que han de ir á pié, acompañados, con dineros ó sin ellos, por ser esto muy necesario, así por otros respetos, como por no molestar á nadie para los gastos que, no habiendo de andar solos, no son pocos.

»5. Si esto no pareciese, que á lo ménos, antes de ir á pié, ó no ir solo, ó acompañado, con dineros ó sin ellos, lo ordene el Prepósito local de donde hubiere de partir, y lo mismo acerca del estar en las casas ó colegios, del vestir y comer y de lo demás, y me sea Superior en esto, para que yo proceda con más paz mia y edificacion de ellos.

»6. Que para este efecto envie una patente á los Prepósitos locales, la cual haya de enviar el Prepósito de donde yo partiere al otro donde voy, sin que yo haya de entender en ello.

»7. Suplicar al Padre que me dé licencia para hacer las penitencias que juzgare en mi conciencia, despues de haber hecho oracion y celebrado sobre ello.

»8. Si esto no se fia de mi prudencia, que pueda yo dar al Prepósito local donde estuviere, las razones que me mueven á hacer las penitencias, y que con su parecer las pueda hacer. Y si esto no, que á lo ménos las pueda hacer con consejo de mi confesor.

»9. Que yo llame á todos los sacerdotes de Reverencia, y que á mí no me llamen de Paternidad.

»10. Que no tenga lugar ni asiento señalado.

»11. Que todo el tiempo que estuviere en una casa ó colegio, haya de hacer el oficio que hallare que tiene el más mínimo novicio de la casa, ó el que el Prepósito me señalare.

»12. Que no usen conmigo de ningun respeto ni cortesía, sino de la manera que se tratan entre sí.

»13. Que siempre coma y cene con la comunidad, y la siga.

»14. Que el Prepósito local me señale el confesor con quien me hubiere de confesar por el tiempo que estuviere allí.

»15. Que los que vinieren por cosas particulares suyas á tratar ó negociar conmigo, estén prevenidos y advertidos todos que han de venir á pié y volver mendigando, ó que no sea á mi cargo buscarles viático, cuando no fuese necesidad extrema ó notable; y que el proveerlo en tal caso sea á cargo del Prepósito local; porque tengo experiencia del poco aparejo que hay para proveerlos, y del grande que hay para tentarse ellos no les proveyendo, especialmente, que estos serán muchos, segun nuestro Señor multiplica los sujetos.

»16. Los que vinieren llamados ó los mandaren de una parte á otra, nuestro Padre vea si irán á pié, sufriéndolo el sujeto corporal y *servatis servandis,* considerando cuán léjos ha de ir, ó quien le ha de proveer, la casa donde va, ó la de adonde viene.

»17. Si á nuestro Padre pareciere, señalarme alguno que me ayudase á escribir.

»18. Que no pueda tomar á ninguno para mí confesor sin consentimiento y parecer del Prepósito local.

»19. Que sin el parecer del mismo no pueda de noche ir á velar enfermos, y saber lo que á nuestro Padre parece acerca de esto, así por la volun-

tad, como por la salud, siendo dañoso el no dormir. Y si se abre esta puerta, será esto así continua ocupacion, especialmente á mí, que les ha parecido soy algo apto para ello.

»20. Que si parece que enviase á nuestro Padre los votos de todos, ó á lo ménos de los Prepósitos locales, ó de la mayor parte de ellos, en que juzgasen escribir que yo no era apto para tener este cuidado, me ofrecia por su benignidad de me lo quitar.» Hasta aquí el papel.

Pero para que más claramente se vea su espíritu, la mucha discrecion que nuestro Señor le comunicó, y lo que sentia de la virtud de la obediencia, y cómo estaba por ella en esta corte, pondré aquí una carta que el P. Araoz escribió al canónigo Vergara en respuesta de otra que le escribió, en que le decia que no habia quien le hallase sino en su tierra ó en la corte: trata en ella de la obediencia, y dice así:

«*Pax Christi*, etc. Un espíritu malo como el mio, no puede escribir á uno tan bueno como el de Vm. sin que el Espíritu Santo sea el tercero, que con ser la tercera Persona de la Santísima Trinidad y perfecto amor, hará que el que Vm. me tiene, sufra y disimule las culpas que me dice tengo en parecerle que, pues no me hallo sino en mi tierra y en corte, no podrán hallarme fuera de ellas, aunque querria, cierto, estarlo de ellas y de mí.

»¡Ay de mi, señor mio! que no puedo, porque á la tierra me tiro y llevo yo que lo soy, y á la corte me obligan de la obediencia, las cuales no tienen corte para acortarlas, si ya hombre no sirviese de trinchante en la casa del mundo.

»Mudo querria ser para no hablar, y manco para no escribir cosa que á la lengua y á la mano hace temblar, cuando pienso que estoy condenado al remo de esta galera.

»Y pues vivo en plaza sin puerto seguro, Vm., si está en él, me rescate, que seria ejercitar con su prójimo la caridad de cristiano, y esto se hará negociándolo con el P. Francisco, nuestro Comisario; y pues á Vm. no le costará más que decirlo, dígalo y hágalo por amor de aquel Señor, *qui dixit, et facta sunt, mandavit, et creata sunt.*

»¿Mas qué digo? Desdigo todo lo dicho, pues al fin todo le tiene, sino el fin de la obediencia, que es paz y gozo sin fin, finos son sus fines y refinos sus dejos. Triste y pobre del que en paño tan fino hace mancha, mancilla nos deberia hacer el tal.

»Téngala Vm. y tengámosla todos del que quiere querer, y quiere que quieran lo que él quiere, y tengámosla de quien en las muchas aguas no halla camino, de quien de la piedra dura no saca miel, de quien de la obediencia no saca paz y de la repugnancia victoria.

»Esta tendrá de sí quien hiciere sacrificio de sí; esta tendrá quien no quisiere querer, pues el tal sacará de las espinas uvas, de las zarzas lirios, de la arena perlas y del vil cobre oro precioso.

»Cáncer y pestilencia es la propia voluntad del que se busca á sí, y no á Cristo. Esta es langosta de Egipto, que come y roe *omnem herbam virentem.*

»Dichoso el llano que quiere estar donde quieren que esté, aunque sea un palo el que lo manda, cuánto más no lo siendo.

»Algunos, si los dejan caer en el suelo como la vara de Moisés, tórnanse serpientes, los cuales espantarian y escandalizarian, si Dios no estuviese de por medio: si la obediencia pone á uno como una vara y un palo en el suelo, mandándole residir á donde no gusta, busca el tal con venenosa prudencia los colores de la serpentina retórica, buscando excusas y alegando dificultades, como hijo de Adan; y así, dan muchos en grandes extremos, como son los que profesan la ley claustral de la propia voluntad observante, pues por ser sus constituciones claustrales, quieren que sus religiosos las guarden como observantes, aunque sean fueros desaforados del reino del propio amor, donde la propia voluntad es reina, señora y gobernadora; y así, aun á los muy cuerdos, con sus consultas y acuerdos hace hacer grandes insultos y tomar terribles bandos, haciendo que el activo con el contemplativo, y María con Marta riñan y gruñan.

»Hace que el religioso no tenga paz fuera de la provincia de su voluntad, y hace que, saliendo fuera de ella, muera luego, como el pez saliendo del agua.

»Fragua, urde contra la obediencia ejércitos de mil razones, que son las raposas, *quae demoliuntur vineam,* apellidando al *qué dirán*, y apelando á la prudencia del siglo, que es rejalgar de la obediencia, á la cual tiraniza la jurisdiccion y usurpa el señorío, *mittens falcem in messem alienam.*

»En estas guerras perecen los fuertes de Israel, *et arma bellica*, como en los montes de Gelboe, *ubi ceciderunt fortes.*

»Muchos pensaban serlo cuando peleaban contra el mundo y sus concupiscencias, mas despues, con sólo tocar la obediencia al arma, se rindieron y cautivaron, quedando cautivos de sus voluntades, por no querer cautivar sus entendimientos, de los cuales quedaron colgados como Absalon de los cabellos, y quedan sujetos á que cualquiera que pase los dé lanzadas mortales.

»Pues el soberbio y el que es amigo de su juicio de cualquiera contradiccion queda herido y llagado más que con la lanza, permitiéndolo así los juicios de Dios en pago y castigo de haber el tal seguido el suyo.

»De esta sequela se infieren y siguen todos los daños y males que vemos en los religiosos y aun en los seglares.

»El Superior manda ir al desierto, y el inferior quiere vivir en la corte; manda barrer, el inferior quiere mandar. De manera que el inferior mal informado, donde halla su voluntad allí halla su gusto, el cual es el rejalgar de la obediencia y enemigo capital de la verdadera mortificacion y resignacion.

Y ¡ay de mí! que por mí lo digo; porque cuando estoy en corte, me prometo milagros si estuviese en el desierto, y si estuviese en él me los prometeria en ella. Y así, como herido de esta serpiente, dias há que por la bondad de Dios he deseado que no me falte la triaca de la obediencia, sin querer mirar tiempos, lugares ni sitios, como algunos han hecho, fingiendo más fruto donde están ausentes del que les parece que pueden hacer donde están presentes.

»Y al fin se ve que este veneno no se puede curar sino con no curar de sí, entendiendo el inferior que su cura verdadera es el Superior, y que lo demás es locura.

»Y tambien temo lo habrá sido el haber dado tanta libertad á la pluma, y por ventura apartándome y saliéndome fuera del camino que comencé al principio; y, aunque así sea, quedaré sin pena, pues tiene mi culpa la suya, con aplicarme Vm. lo que está escrito: *Audivimus eam in Ephrata, et invenimus eam in campis silvae.*

Pues habiendo comenzado con intencion de ser breve, olvidando por ventura lo que al principio pretendí, hallo al fin derramada la pluma *in campis sylvae*, y aunque burlen y silben, poco lo sentiria, si me emboscase en los bosques y selvas del ciervo Jesus, cuyos siervos nos haga él mismo. Amen.»

Bien claro se muestra en estos pocos capítulos y carta, el espíritu, humildad, caridad, obediencia y discrecion de este señalado Padre, pues se tenia por tan para poco, y á todos se queria sujetar, y rendir, y obedecer, ántes que mandar; propio espíritu de los santos.

## IX

### *Su vejez y dichosa muerte.*

De los grandes trabajos que padeció despues que entró en la Compañía, yendo seis veces á Roma, y las cuatro de ellas á pié, con sus libros y hato á cuestas, pidiendo limosma y padeciendo muchas incomodidades en el camino, y así mismo de las muchas penitencias, asperezas, cilicios, ayunos y disciplinas, con que maceraba su carne, vino á cobrar algunas enfermedades ordinarias en que padecia mucho.

Y así por esto, como tambien porque estando el príncipe D. Cárlos muy peligroso y á la muerte en Alcalá de la caida que dió en esta corte, y en todas las ciudades de España se hicieron solemnes procesiones por su salud; andando este Padre en una de ellas desmayado y cansado, se entró en un zaguan, y en él se sentó á rezar por espacio de media hora poco más.

Acertó á estar regado, y así, cuando se quiso levantar se halló tullido, de manera que, sin poderse levantar, le llevaron al colegio, donde estuvo enfermo más de año y medio sin poderse menear.

Hiciéronle los médicos muchos remedios, y con todo esto aprevecharon tan poco, que no podia andar á pié, por lo cual los médicos le ordenaron que hiciese ejercicio á caballo, y así, fué necesario andar de allí adelante á mula, con grande mortificacion suya, y con harta vergüenza y repugnancia, por lo cual lo consultó con nuestro P. General, y su Paternidad se lo mandó por hartas cartas expresamente, y así, hubo de obedecer en esta parte á su Superior y á los médicos que se lo ordenaron, porque por sus continuas indisposiciones, achaques y vejez, no podia andar de otra manera.

Desde el año de 1566 que le eligieron por Asistente de España despues de la eleccion de nuestro Santo P. Francisco de Borja en General de la Compañía, aquel mismo año, como habemos dicho, se quedó el P. Araoz sin cargo ni oficio, hasta que el año de 71, que vino á España el P. Francisco, le dejó con alguna superintendencia.

Pero esa no era de manera que le diese cuidado el gobierno de la Compañía, con lo cual era grande el contento de su alma de verse descargado al cabo de la jornada, para estar más ligero para el bien y aprovechamiento de ella en lo espiritual, de que sólo trataba en los postreros dias de su vida, como se podrá colegir de una carta que sobre esto escribió á nuestro Santo P. Francisco de Borja antes de su muerte, la cual se halló escrita de su mano y letra, que es del tenor siguiente:

«Padre carísimo: Yo no escribo á V. P. á menudo por no tener qué, pues de las cosas de la Compañía sé lo que un extraño. Bendito sea el que con tanta verdad y ternura dijo, que era hecho extraño á sus hermanos, y peregrino á los hijos de su madre.

»Extraño y peregrino gozo debe ser el que en semejante caso suele sentir quien, sin acusarle la conciencia, se ve en tal estado más rico y más dulce que cuantos hay en el mundo.

»Bendito sea el Señor que tal misericordia me ha hecho, y por manos de V. P.; que esta es la disculpa que dizque dan á otros, que á mí ni por imaginacion me ha pasado tratar de ello, *absit*, ni ahora lo hiciera, sino por responder á lo que V. P. me dice siempre que me escribe acerca de las co-

sas que *foris fiunt,* y de los familiares y de nuestras mieses jamás *verbum ullum,* que es confirmar lo que dicen.

»El por qué V. P. lo sabe, pues sin estar para espirar, y casi ciego, trueca las manos. ¡Oh buen Jesus, cuán léjos está mi alma de echar mano á las de V. P. para destrocarlas como lo hizo José! Téngalas cruzadas, Padre carísimo, pues en esa cruz me libro yo de muchas; persevere así hasta la hora de la muerte que es darme la vida: *Ita convenit, Pater,* que yo sea Manases, no sólo olvidado, mas aun el mismo olvido.

»¡Oh buen Jesus, cuán olvidado tenia yo todo esto! Mas hácemelo acordar el cuidado que V. P. muestra por su gran caridad de que me olvido de escribirle.

»Confieso á V. P. que le escribo muchas, y porque en ellas se me va la pluma á espiritualidades, en pena de que las escribo sin saberlas bien sentir, las detengo; y ahora me combatia un tropel de ellas, y he querido residirle por no cubrir y ahogarme en el espíritu, por ventura, ruin, que me ha hecho decir lo que he dicho, pues pierden estas cosas el fruto del sentimiento cuando se muestra, como echan á perder las moscas la suavidad del ungüento.

»¡Mas ay! Padre mio, ¿quién vive sin moscas y sin mosquitos en sus sacrificios? pues aun al de Abrahan se atrevieron las aves, y no todos saben ecbarlas, pues á la tercera señal se rinden los encantadores de Egipto; de ellos y de él nos libre el Señor. Amen. Amen.

»Y es justo, aun justicia, que vaya ésta sin cubiertas de Raquel, sino que V. P. vea mis ídolos claros, y que, como pródigo, pierdo el fruto hablando que podia ganar callando.

»¡Oh cuán mal entiendo y sé este santo y rico ejercicio de las corrientes de Siloe, que van con silencio!

»El Señor ponga guardas á mi lengua como á parlera, y ate mi pluma como á loca, para que ni diga ni escriba cosa que me haga perder provecho, ni haga á V. P. ganar disgusto, pues deseo para su alma ganancias de más precio.

»Yo, Padre carísimo, no escribo á menudo á V. P. porque no tengo qué, y gusta mi alma más de lo que sabe decir, de no tener que escribir en materias que al parecer habrian de ser nuestras mieses y cosas familiares, y no de las que *foris sunt.*

»Mas pues V. P. así lo quiere y ordena, ay de mí si no atendiere; que eso debe ser lo mejor, pues cuanto ménos cibera tuviere que moler el entendimiento, se hará mejor harina, metiéndose hombre y encerrándose dentro de su círculo, sin salir ni saltar del cerco de su circunferencia, atendiendo á sí, dando el Señor su gracia, y retirándose dentro de sí como erizo.

»¡Oh vida rica y dulce la del que entendiese con verdad este lenguaje y supiese dar pasos dentro de su calzado, pues serian hermosos como los de la hija del príncipe!

»Mas ay de mí, Padre mio, que ni lo sé sentir ni hacer, alguna vez se me trasluce algo como por enigma, y atino un poco al rostro de Moisés por la tela del velo; mas soy tan ciego, que aun por la de cedazo no veo.

»Topo algunas señales y rastros por encima, y entiendo que hay dentro algun gran tesoro escondido. Reparo, y no sé ahondar como zahorí, ni vender la universidad de fuera por comprar el campo, y entrar en la universidad de lo de dentro, en la cual se deprenden las verdaderas letras y sólidas del espíritu.

»Socorra V. P. á este hijo, pues de los padres es atesorar para ellos, y pues el Señor le hace misericordia (que tal es sin duda) de dejarle en su rincon, alcáncele de Él verdad y virtud para saber hallar y gozar los tesoros y gozos de él.

»¡Oh qué plazas y qué espaciosas anchuras están sumadas y abreviadas en las dehesas del rincon, si bien supiésemos buscar los senos de sus rincones! En los cuales, entre los otros bienes, se topan las riquezas de las virtudes que retiran y arrinconan al cementerio y al sagrado del rincon, como huidas del maltratamiento que sus fiscales y alguaciles les hacen en lo público.

»Bendito sea el Señor que edificó y privilegió las ciudades del refugio, edificadas y privilegiadas para los retraidos; y séalo tambien, porque hubo montes seguros y fuertes para David, cuando huia de su alguacil y fiscal Saúl.

»Jacob huyendo de Esaú halló á la bendita Raquel y acogida en la casa de Laban, donde habia lugar espacioso para estar y permanecer.

»Este nos alcance V. P. del Señor, para que permanezcamos, y moremos, y acabemos en su gracia. Amen. Amen.»

Acercábasele ya á este grande varon el fin de sus dias; mas ¿cómo se puede llamar fin si es principio, y principio de vida y vida eterna?

Pero al fin, fin se puede llamar de los trabajos y penalidades de esta mortal vida y principio de descanso, y así, se le llegó el fin de ellos, y el tiempo de la retribucion y paga al jornalero fiel de la viña del Señor.

El cual, queriéndole llevar al eterno descanso para darle el premio de sus muchos trabajos, de las continuas indisposiciones que padecia, le vino á dar una enfermedad á manera de perlesía, de unas reumas que le bajaban al estómago, del grande y continuo ejercicio que tenia de la cabeza, con lo cual se le iba acortando la vida.

Curábale con mucho cuidado el Dr. Vallés, protomédico de su Majestad, el cual, visitándole un dia, salió muy triste de su celda, y preguntándole el

P. Manuel Lopez, que á la sazon era Provincial de esta provincia, qué sentia de su enfermedad, le dijo con lágrimas (por el mucho amor que le tenia): «Este hombre se nos muere, y no hay remedio de su vida.»

Entró luego el P. Manuel Lopez en su aposento, y llegándose á él le dijo: «Padre mio, V. R. ha sido padre de todos, y mio en particular cuando me dió los Ejercicios; los médicos dicen que este negocio es acabado.»

Alzó entónces el P. Araoz las manos y ojos al cielo, y dijo: «Bendito sea Dios,» y sin hacer más mudanza que esta, pidió le llamasen luego á su confesor, que era el P. Valentin Lopez, con el cual en breve se reconcilió por el cuidado grande que tenia de hacer esto muy á menudo.

Luego se trató de darle el Viático; trujéronle el Santísimo Sacramento, y recibióle con muchas lágrimas, ternura y devocion, y tras de él le dieron el de la Extrema-Uncion, y con mucha paz y conformidad con la voluntad de nuestro Señor, le entregó su alma á los 30 de enero del año de 1573, siendo de edad de cincuenta y siete años, habiendo gastado los treinta y cuatro de ellos en la Compañía, gobernándola y sirviéndola en oficios de Superior en España más de veinte años, dejando en ella con sus obras un gran testimonio y prendas de que su alma está en el descanso eterno.

Fué su muerte muy sentida en toda esta corte, porque era muy amado y conocido en ella de todos, y así, acudió á su entierro mucha gente principal, dando muestras de lo mucho que la habian sentido.

Hacen digna memoria de este señalado varon Juan de Rho en su *Varia Historia*, lib. II, cap. V; sólo advierto que erró el nombre propio del P. Antonio de Araoz, llamándole Juan.

P. NIEREMBERG.

## P. MARTIN GUTIERREZ

### I

ENTRE las personas insignes en espíritu y oracion que ha tenido la Compañía de Jesus, se puede contar con mucha razon el V. P. Martin Gutierrez, que selló su vida admirable con una tan dichosa muerte, que le valió por ilustre martirio.

Nació este insigne varon de padres más nobles que afortunados, en Al-

modóvar del Campo, lugar del arzobispado de Toledo y patria tambien del apostólico varon el P. Maestro Juan de Avila, tan conocido en España por su santidad, predicacion y escritos.

Habiendo aprovechado nuestro Martin Gutierrez en las primeras letras, fué á la Universidad de Alcalá á estudiar Filosofía, en la cual descubrió grande excelencia de ingenio.

Era con sus amigos muy alegre y gracioso, pero tan compuesto en sus costumbres, que no descubrió en ellas vicio.

El temor santo de Dios que enfrenó sus carnes, le tuvo siempre á raya, y no le dejó desmandar á las licencias que suelen otros estudiantes, aun de menor viveza que la suya.

Ayudábase de varias devociones que alimentaban su piedad. Entre ellas era ayunar miércoles y sábado cada semana á honra de la Vírgen Santísima, cuyo especial devoto y tierno hijo fué.

Del estudio de la Filosofía, llevado de su inclinacion más que de la necesidad, pasó al de su hermana la Medicina, como habla Tertuliano. Continuóla con mucha fama y nombre.

No le fué dificultoso por sus aventajadas dotes alcanzar ser colegial médico. Hizo todos sus actos hasta el *Alfonsina*, para graduarse de Doctor.

En este tiempo le hirió un rayo del cielo que le ilustró su entendimiento, para que ántes buscase la medicina de su propia alma, que la de los cuerpos ajenos.

Estaba en aquel tiempo en Alcalá por Rector de aquel colegio de la Compañía de Jesus el P. Francisco de Villanueva, persona de gran santidad y espíritu, á quien habia Dios escogido para maestro espiritual de muchos, y habia dado singular gracia para mostrar el camino del cielo por medio de los Ejercicios de nuestro Padre S. Ignacio.

A la fama de su santidad vino á él nuestro Martin; pidióle remedio de su espíritu, deseoso de acertar. Hizo los Ejercicios, donde le amaneció nueva luz; y aunque en ellos hizo gran mudanza de su vida, no la hizo por entónces del estado de ella.

Pero llevó tal píldora en su alma, que se esperaba no dejaria de hacer operacion, como decia el P. Villanueva.

Tras esto, parecióle tiempo de practicar lo aprendido y comenzar á curar; para lo cual escogió un pueblo razonable del arzobispado de Toledo, que se dice San Martin de la Vega.

Estando aquí haciendo su oficio, hacia tambien Dios el suyo con el nuevo médico; porque con el uso que tenia de tomar el pulso á los enfermos que curaba, quiso tal vez tomársele á sí.

Echó de ver de cuán flaca complexion era y de cuán débil natural. De aquí sacó esta razon, con que obrando dentro el médico celestial, se convenció: «Yo soy de complexion flaca, y naturalmente no puedo vivir mucho; ¿cuál, pues, es mejor? ó esto poco que tengo de vivir darme á curar los cuerpos ajenos con peligro de mi alma, ó gastarlo todo en curar mi alma, librándola de los manifiestos peligros á que está sujeta, con lo cual remediaré tambien mi cuerpo?» Y él mismo se concluyó, que esto era lo mejor, lo acertado y seguro; y aquello lo peligroso, incierto y lo peor.

Con esta conclusion dispuso de sus cosas, vínose á Alcalá, y contando al P. Villanueva lo que Dios habia obrado en él desde que salió de los Ejercicios, cómo le habia traido como diestro pescador al amor de la agua, ya á una parte, ya á otra, hasta que con aquella razon, al parecer liviana, mas á la verdad fuerte, le convenció.

Rogóle muy encarecidamente que fuese él parte para salir del agua, y dar el postrer salto en la tierra de la Compañía de Jesus, á la cual Dios le llamaba. El Padre entendió ser verdadera vocacion de Dios, é hizo lo que le pedia, recibiéndole el año de 1550.

Tuvo sus principios muy fervorosos, proporcionados á sus medios y fines. Dióle luego el P. Villanueva oficio de comprador, saliendo á vista de toda la Universidad, donde era tan conocido, con una pobre y raida sotanilla, á comprar lo que en casa era menester.

Y juntamente Dios nuestro Señor le iba comunicando tanto gusto en la oracion, que por tenerla tan continua, vino á perder la cabeza, y por quitarse del sueño para darse á ella, cayó en una enfermedad muy peligrosa, de la cual, luego que convaleció el año siguiente de cincuenta y uno, fué enviado á Salamanca á estudiar.

En su estudio mostró raro ingenio, porque, aun oyendo Teología, presidia á los actos que sus condiscípulos hacian, hallándose á ellos y replicando su Maestro el P. Maestro Fr. Pedro de Sotomayor, catedrático de Prima, y otros insignes varones.

Perseveraba todavía su dolor de cabeza, de manera que vino á no poder tener oracion; y recibiendo el siervo de Dios mucha pena de tan grande falta, acudió á la Vírgen nuestra Señora por remedio.

Postrado delante de una imágen suya, de quien siempre tuvo mucha devocion, le pidió con ansias de su corazon que le alcanzase algun modo de orar y de tratar con su Hijo benditísimo, sin que le impidiese su enfermedad.

Alcanzóselo la gloriosa Vírgen, y desde este tiempo le dieron por quince años continuos una tan suave oracion y tan sin trabajo alguno de su cabeza, que parecia que él no discurria ni obraba, sino que se lo daban todo hecho.

Con esto creció tanto en la devocion de la Vírgen, que la puso en el corazon de todos los del colegio tan viva, que cuando uno queria alcanzar de otro alguna cosa, por último medio se usaba decir que lo hiciese por amor de nuestra Señora, y ninguno se atrevia á negar lo que con tal medianera se pedia.

Acabados sus estudios y ordenado de sacerdote, su principal ocupacion fué de predicador y Superior; fuélo de Plasencia, Salamanca y Valladolid; porque su celo le hacia buscar almas para Cristo, tendiendo las redes de su predicacion; y su prudencia merecia ser empleada en el gobierno de los nuestros, y su capacidad y caridad le dilataba para dos ocupaciones tan grandes.

Tuvo gran talento de predicar; su principal gracia era convencer el entendimiento con tanta claridad de razones, que parecia haber visto las cosas que decia.

El fuego que Dios ponia en su lengua, encendido con la eficacia de su oracion, hacia en los oyentes efectos maravillosos.

Predicando el P. Fr. Alonso de Lobo en Salamanca, gran siervo de Dios é insigne predicador de la Orden de S. Francisco, llevábase la gente y solia decir: «¡Ah colegiales! ¿quién sacará una piedra fundamental de entre vosotros, y la traerá á llorar sus pecados á la Religion? Dificultosísima cosa será, que sólo Dios lo puede,» y cosas semejantes á estas, que parece hacian temblar la tierra.

El P. Gutierrez predicaba la vez que le cabia, sin mirar que la gente se iba tras el P. Lobo, aunque los que á él le seguian era la gente letrada. Y daba Dios tanta fuerza á las palabras suyas, que derribó gran copia de aquellos que el P. Lobo tenia por imposible rendir á Dios.

Cuando predicaba de nuestra Señora, excedíase á sí mismo, dejando á todos espantados de las cosas tan nuevas y tan excelentes que decia.

Cuando llegaba alguna cuaresma, poniéndose delante sus pocas fuerzas por sus continuas enfermedades y el trabajo de los sermones, decia á la Vírgen: «Ea, Señora, vos habeis de predicar, que yo no tengo fuerzas para ello.» Y aquella cuaresma salia de todos los trabajos de su predicacion con más salud y mejores sucesos.

Dábale Dios á manos llenas lo que habia de decir, por su grande humildad; porque muchas veces no pudiendo estudiar los sermones por tener enferma la cabeza, hacia á un estudiante de los nuestros, que era comunmente el P. Gil de la Mata, que se los hiciese; y hechos, se los llevaba dos dias antes y leíaselos hasta que él se hacia capaz de ellos, y esto sabiéndolo todos los de casa.

Si dudaba la propiedad de algun vocablo, salia de su aposento y al primero que topaba (aunque fuese H. Coadjutor y sin letras) se lo preguntaba.

Y aun despues de haberlos tomado de memoria, solia irse á la cocina, y ayudando al Hermano cocinero á limpiar yerbas ó cosas semejantes, le referia los sermomes que habia de predicar; mas, cuando los predicaba despues, les daba tal viveza y vida, que yéndole á oir el que los habia hecho no los conocia.

Tambien en las conversaciones particulares hablaba con tal fuerza de espíritu y evidencia de razones, que persuadia á cuantos hablaba.

Y por solo las palabras de este fervoroso Padre se movieron muchos á hacer grandes penitencias y rara mudanza de sus vidas; si bien se podrá decir de él, que negociaba más con Dios, que persuadia á los hombres; porque con su oracion recababa del cielo espíritu y gracia, no ménos para sí que para sus oyentes, para que se rindiesen á la voz del Espíritu Santo que por las suyas les entraba.

## II

### *Su alta oracion, visitas y favores singulares que recibió del cielo.*

Era altísimo el don de oracion con que el Señor le habia enriquecido, y en ella le regalaba con muchas visitaciones celestiales, así de devocion y ternura, como con hablas interiores, visitaciones é ilustraciones del cielo.

Fué muy regalado de la Vírgen Santísima, la cual se le apareció una vez resplandeciente como el sol, llena de gloria y claridad con un manto muy grande y extendido, debajo del cual tenia y amparaba á todos los de la Compañía.

Con la cual vision le mostró la Madre de misericordia cuánto cuidado tenia de esta Religion, y la devocion que los de ella la tienen, y cómo por eso los mira como hijos y cumple con ellos lo que dijo el Salvador de los de Jerusalen: «Cuántas veces he querido juntar tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas.»

Siendo Rector, solia, en acabando de comer, quedarse solo sobre mesa espacio de media hora, mirando á una imágen de nuestra Señora que tenia delante en el refectorio, y un cuarto despues de cena; lo demás daba al tiempo de la recreacion.

Despues de comer, salia tan movido de esta oracion y de la leccion espiritual que se leia en el refectorio, que para sosegarse le era forzoso entrarse por un rato en el primer aposento que se le ofrecia, y luego iba con los demás.

La familiaridad que alcanzó en el trato con la Vírgen fué singularísima, porque se le apareció otras muchas veces, y le descubria secretos y cosas que estaban por venir.

Siendo Rector de Plasencia y estando rezando Maitines, en el principio de ellos le reveló nuestra Señora, que á un Hermano llamado Bautista, que habia ido á Béjar á cierto negocio, una mozuela en el meson le solicitaba para que ofendiese á nuestro Señor con ella; y aunque el Hermano era de rara virtud, al punto le mandó llamar el santo Rector, para que se viniese, dejándolo todo.

Obedeció luego el buen Hermano, y declaró la importunacion de aquella mujer, diciendo cómo en el mismo tiempo en que el P. Rector le mandó llamar, habia padecido grande persecucion de aquella moza desenvuelta, y que por las oraciones del siervo de Dios habia alcanzado victoria.

Persuadió y animó este santo varon al P. Francisco Suarez, que tratase aquella cuestion que tan ingeniosa, erudita y piadosamente disputó: Si la gracia de sola la Vírgen excedió á toda la gracia de los Santos y Angeles.

Vino despues del cielo la misma Señora á dar las gracias al P. Rector Martin Gutierrez por aquel servicio que se le habia hecho, quedando el devoto Padre no ménos consolado que agradecido á los favores que á él y á los de la Compañía hacia esta Señora y Madre de misericordia.

Como era este siervo de Dios tan observante y riguroso consigo, dábale mucha pena que no fuesen todos así; afligíase de ver algunas faltas, aunque de poca importancia, en sus súbditos; las cuales se han de ver algunas veces en una comunidad, por observante que sea.

Estándose atormentando y carcomiéndose por eso, le mostró la Vírgen en un plato muy hermoso de oro un corazoncito arrugado y muy pequeño, y ahogado en dos gotas de sangre. Y preguntándole si le conocia, respondió que no. La Vírgen le dijo: «Pues ese es tu corazon, que en ménos agua se ahoga.» Y despues le mostró un corazon grande y capacísimo, y dijo: «Este es el corazon de Dios, que con tantos y tan abominables pecados de todo el mundo no se aprieta ni se ahoga, sino que con suma benignidad va ablandando los corazones duros y empedernidos, y va sazonando la fruta verde y aceda, para que sea á su tiempo madura y sabrosa.»

Y con esto desapareció la Vírgen, y el Padre quedó muy trocado y con un corazon más dilatado y desahogado, entendiendo que en esta vida la miseria humana es tan grande, que aun en los hombres más perfectos siempre hay faltas que enmendar.

Dióle tambien á entender la Sacratísima Vírgen que todos los que estaban en su colegio eran predestinados.

Estando una vez desconsolado porque no entraban colegiales mayores en

la Compañía, oyó una voz que le dijo: «No tengas pena, porque seis colegiales entrarán este año.» Y así se cumplió, como se lo significó el Señor, que descubria las cosas más secretas á este amigo suyo.

Un novicio, que despues fué Rector de muchos colegios, estaba con muy fuerte imaginacion, pensando qué seria de él de allí á algunos años, sin haber declarado á nadie su pensamiento, ni aun haber tenido lugar para ello. Pero con la luz que Dios comunicaba á su siervo, le reveló la imaginacion del novicio, porque le podria ser causa de alguna tentacion ó vacilacion en la perseverancia de su vocacion.

Díjole luego el P. Martin Gutierrez, pasando por la cocina donde estaba aquel Hermano: «No os quebreis la cabeza, Hermano, que de aquí á cincuenta años será lo que Dios quisiere; no teneis que pensar en eso, sino en hacer bien lo que de presente teneis entre manos.»

Con lo cual quedó el novicio no ménos espantado que sosegado, y con mucho mayor crédito y reverencia de su santo Superior.

Cuando murió su primer maestro de espíritu, el santo varon P. Francisco de Villanueva, no quiso el Señor encubrir la gloria que gozaba al P. Martin Gutierrez, y así se la reveló, mostrándole cómo el P. Villanueva gozaba de su gloria en premio de sus grandes trabajos y heróicas virtudes.

Favoreció mucho al P. Martin Gutierrez el glorioso Patriarca S. Francisco, y desde una vez que se le apareció, quedó muy devoto de sus hijos y sagrada Religion.

La devocion sensible que la infinita bondad de Dios comunicaba al P. Martin, era tan continua y las frecuentes visitaciones con que Dios le visitaba tan fuertes, que le derribaban en tierra.

Muchas veces le vieron en su aposento con una conmocion de manos y labios, y un semblante lastimoso que parececia se le queria saltar el corazon del cuerpo, y daba con él en tierra; aunque con el golpe, cuan presto tocaba en el suelo, tan presto volvia en sí y se ponia en pié.

En la Misa, que decia siempre en secreto, hacia estos meneos; luego se caia sin poderse detener en tierra. Y en acabando la Misa, en las gracias ordinariamente meneaba los labios y lengua tan recio y tan apriesa, con cierto sonido como suele un goloso relamerse cuando ha comido una cosa muy sabrosa.

Oyéronle muchas veces en su aposento dar bramidos como un toro, por serle tan continuos estos ímpetus.

Y para poder hablar y responder á sus súbditos cuando le venian á hablar á su aposento, tenia de ordinario un jarro de agua, del cual tomaba una poca en la boca, y con aquel fresco se entretenia oyendo, hasta que fuese tiempo

de responder, entónces la echaba y respondia brevemente lo que habia de hacer.

Estando una vez hablando con uno de casa, se puso repentinamente el rostro tan descolorido y mortal, que parecia acabarse. Luego que volvió en sí, le preguntó aquel religioso y pidió encarecidamente le dijese la causa de tanta mudanza. El le respondió: «No se maraville V. R., porque en este punto acabo de ver pasar por aquí á Cristo Señor nuestro de la manera que le llevaban por las calles de Jerusalen.»

La liberalidad con que Dios nuestro Señor concurria á su oracion, era muy cierta. Fué muy notado en Salamanca, que siempre que hacia oracion por alguno para que Dios le trajese á la Compañía, luego venia á pedirla; y así, en su tiempo entraron muchos de los cuatro colegios mayores que hay en aquella Universidad, como son el P. Dr. Francisco de Ribera, el P. Estéban de Ojeda, el Dr. Vera, el Dr. Medrano, el Dr. Vega y otros semejantes varones.

Tenia costumbre, cuando deseaba á alguno, hacer á todos los de casa que le encomendasen á Dios, y él lo hacia tan de veras, que ninguno de los que hizo encomendar á Dios dejó de entrar en la Compañía, sino el Dr. Muñoz, colegial de S. Bartolomé, al cual, visitándole el Padre, le preguntó cómo le iba. Y él respondió: «Hanme hecho Obispo, y con andar en medio de estas fiestas, ocho dias ha que traigo el corazon inquieto con los latidos y golpes que me dan de que entre en la Compañía.»

Díjole el Padre: «Otros tantos dias ha que un religioso de casa no puede echar á V. S. de la memoria, pidiendo á nuestro Señor le traiga á la Compañía.»

Tambien pidió al Señor morir con todo desamparo del mundo, y lo alcanzó, como luego se verá.

Pretendió el demonio muchas veces engañarle transfigurándose en ángel de luz, y siempre fué librado de sus astucias, acudiéndole nuestro Señor con su luz verdadera al tiempo de la necesidad.

Una vez que se le apareció el demonio en figura de nuestra Señora, sintiendo en su alma malos sentimientos, cayó en la cuenta de que no era posible ser aquellos efectos de buen espíritu, y así se libró de las asechanzas del enemigo comun; porque entre otros dones con que el Espíritu Santo enriqueció á aquella santa alma, fué uno la discrecion de espíritu.

Exteriormente tambien procuró el demonio perseguir al siervo de Dios, y desacreditar su virtud, especialmente en una ocasion con que ejercitó su pureza con un falso testimonio que le levantó en Plasencia una mujercilla liviana, que por haberse dedicado á Dios por voto, y querer públicamente casarse, la reprendió el Padre como su atrevimiento merecia.

Mas ella indignándose contra él, con aquella ira que dice el Espíritu Santo, que no hay ira sobre la ira de la mujer, dijo y publicó de él cosas muy feas, imposibles é indignas de un cristiano; ayudando á todo y aplaudiendo un Prelado de aquella Iglesia, de muchas letras y autoridad, mas de ningun afecto á los de la Compañía, el cual, hallando lo que deseaba, hizo informacion por los dichos de esta mujercilla, y la presentó en la Sínodo que en Salamanca se hizo el año de 1575 por diciembre, asistiendo á ella como metropolitano D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda.

Mas luego se echó de ver su pasion y se vió cuán descaminado iba su intento, especialmente con una jurídica informacion que hizo el corregidor, en que toda la gente noble, calificada y honrada que conocieron al P. Martin Gutierrez, hablaron tan honoríficamente de su virtud, honestidad y celo de las almas, que no se podia más pedir para canonizarle, deshaciendo los embustes de aquella mujercilla.

Pero más que todo valió el testimonio de la Vírgen; porque, estando el devoto Padre un dia en oracion, afligiéndose mucho por lo que se decia de su pureza, que tanto él estimaba, pidiendo á la Vírgen que le ayudase en aquel trabajo; ella se le apareció y le dijo estas palabras: «¿De qué estás triste? ¿No sabes que mi Hijo y yo, estamos muy satisfechos de que en esto que te oponen nunca en toda tu vida nos has ofendido? ¿Pues por qué temes?»

Con tal Consoladora quedó este siervo de Dios tan animado, que no dudó de oponerse á todos sus enemigos en defensa de su limpieza.

Con todos los favores y regalos que Dios le hacia, cuando decia sus faltas en el refectorio, que era muchas veces por su gran humildad, solia decir esta, que algunas veces estaba tan seco y tan sin devocion, que no osaba mirar á la imágen que tenia en su aposento.

## III

### *Su gobierno, celo y caridad.*

Su modo de gobierno era muy conforme al instituto de la Compañía. Tenia gran confianza de todos. Desde su aposento miraba las más mínimas faltas de la casa.

A los novicios hacia dar lo peor para su mayor abnegacion y prueba. Era gran celador y ejecutor del instituto de la Compañía y su pobreza.

Teníale mucha devocion y respeto doña Inés de Velasco, condesa de Mon-

terrey, hija del Condestable de Castilla, y deseaba regalar al siervo de Dios, viendo sus muchos achaques.

Un invierno, que es muy riguroso en Salamanca, envióle una sotana y manteo de buen paño; mas, aunque muchos le ponian delante su necesidad y la devocion de aquella señora, nunca se pudo acabar con él que lo recibiese.

Cuando estaban los de casa en su recreacion despues de comer y cenar, él les mezclaba en la plática algunas nuevas de las que religiosamente se podian contar; y si les hallaba hablando de ellas, los reprendia agriamente, dándoles buenas penitencias, diciéndoles que las nuevas que fuesen de contar, él se las contaria.

Su trato familiar era tan humilde, que de ordinario gustaba de tratar con los HH. Coadjutores, de manera que quien no le conocia, no echaba de ver que era Superior ni aun sacerdote.

Cuando los súbditos le comunicaban su conciencia y pedian remedio para sus faltas, él les descubria las suyas, y con esto les daba ánimo y confianza, y hacia más fácil y suave aquella comunicacion.

Yendo una vez en peregrinacion, por ejecutar más la obediencia y su mayor mortificacion, quiso que un novicio que llevaba consigo hiciese oficio de Superior, y le mandase.

Habiendo caminado una mañana un buen rato con gran calor, llegaron á un pueblo donde el Padre quiso quedarse y decir Misa; mas el novicio no lo consintió, y así, el Padre obedeció y pasaron adelante sin réplica. Despues solia decir el obediente Padre, que aquel novicio tenia talento para Superior, porque sabia mortificar.

Diciéndole una vez uno de sus súbditos: «Si V. R. se humilla tanto, ¿qué habemos de hacer nosotros? respondió: «Calle, Hermano, ¿no ve que dice un santo que el Superior ha de andar tan humilde que no ha de ser conocido entre sus súbditos?»

Viendo otro la continuidad que tenian los de casa á tratar con él sus cosas andando tan ocupado, díjole: «Padre, grande trabajo es entender con tantos.» «Antes (dijo él) lo tengo por grande descanso, porque los miro yo como á hijos de Dios, y así sus cosas me son suaves, y sus molestias más dulces que la miel.»

Viniendo una vez de camino, le llegó á abrazar (conforme se acostumbra en la Compañía) un Hermano lleno todo de achaques de piés á cabeza, y repentinamente quedó sano, que parece que con el abrazo se le envistió la salud en todo su cuerpo, y una singular alegría en su alma, cual deseaba el Padre que tuviesen los de su casa.

Aunque su natural complexion era de cólera adusta, nunca se vió turba-

BIBLIOTECA DE CASTILLA

do ni descompuesto, y parecia que era señor de sus pasiones. Sólo verle encendia en el servicio de Dios.

Era muy inclinado á penitencia; y así, estando (como siempre andaba) tan flaco, tomaba muy frecuentes disciplinas.

Una vez estando con una calentura continua, dijo que estaba consolado, considerando que si por su gusto fuera, viviera en un desierto haciendo rigurosa penitencia, y Dios queria que estuviese en cama y con almohadas, y por ser obediencia, que merecia más en ello que estando en un desierto por su voluntad.

La edificacion que daba este siervo de Dios para con los de fuera, y el provecho que hacia con ellos, fué tambien igual á su grande espíritu y santidad.

Hubo un otoño muchas enfermedades en Salamanca, y por espacio de cuarenta dias hizo que dos de los nuestros fuesen cada dia á los hospitales mañana y tarde, siendo en esto el primero y más continuo el piadoso Rector P. Martin Gutierrez.

Hacian las camas á los enfermos, barríanles las salas, limpiábanles los vasos inmundos, sin reparar en la hediondez y asco que causaban, todo con grande humildad y caridad. Consolaban á los enfermos, confesábanlos y animábanlos á llevar sus dolores con paciencia y á servir á nuestro Señor cuando estuviesen buenos.

Fué de grande admiracion todo esto para toda la ciudad, principalmente cuando vieron salia muchas veces en cuerpo el venerable Padre (tan estimado de todos y persona de tanta autoridad, así por sus grandes prendas, como por el oficio de Rector que tenia) y con un cántaro iba al rio por agua para servicio de los pobres, y volvia cargado con él por medio de la ciudad sin llevar manteo, como si fuera un esclavo.

Los demás de casa, viendo la humildad de su Rector, hacian lo mismo. Túvose por milagro grande de este siervo de Dios, que de tantos enfermos como hubo, no se murió ninguno todo el tiempo que él acudió al hospital, é hizo acudir á los de su colegio con la continuidad que hemos dicho.

Ni paró en ellos el fruto de su caridad, porque con el ejemplo del santo varon y con las exhortaciones que hizo á los que cuidaban de los hospitales, sirvieron de allí adelante con más cuidado y diligencia á los pobres.

Otra obra de mayor provecho hizo el P. Martin Gutierrez en la misma ciudad de Salamanca, porque el fuego de amor de Dios que ardia en su pecho, le enseñaba muchas industrias y santas invenciones con que ayudar á los prójimos.

Echó de ver que en la clerecía habia descuido en el cumplimiento de sus

obligaciones; el Obispo estaba ausente, porque habia ido al Concilio Tridentino; pero trató con el gobernador del obispado de su reformacion y enseñanza.

Hizo que se juntasen los curas y clérigos, repartiéndolos por parroquias, para que viniesen á una parroquia, y allí les iba á platicar el siervo de Dios todos los dias á una hora señalada las obligaciones de su estado, exhortándolos al cumplimiento de ellas. Y despues de haber bien instruido á los unos, hacia lo mismo con los otros, hasta que todos fueron bien informados del santo varon.

Acudian al principio los clérigos forzados y de muy mala gana; pero puso nuestro Señor tanta gracia en los labios del fervoroso Padre, y vieron en él tan buen celo y espíritu, y experimentaron en sí tanto provecho, que no sólo con gusto, pero muy agradecidos á la buena obra que se les hacia, venian todos.

Sesenta eran los que acudian en cada gremio. Lo que les trataba era de la suma dignidad del sacerdocio y el inestimable precio de las almas redimidas con la sangre del Hijo de Dios.

Encomendaba á los curas y demás sacerdotes cómo habian de cumplir con su oficio, cómo habian de enseñar á los rudos la doctrina cristiana, cómo habian de administrar los Sacramentos, cómo habian de decir Misa y rezar el Oficio divino. Todo lo cual hacia, no sólo enseñando, sino persuadiendo á hacerlo bien hecho.

Ocho dias solia gastar en platicar á unos, y luego pasaba á hacer lo mismo con otros, poniendo nueva escuela de virtud, hasta que reformó á todos con singular provecho, no solamente de ellos, sino de toda la ciudad; porque el aprovechamiento del pueblo depende de la bondad y cuidado de sus pastores.

Sirvió tambien la autoridad y opinion de santidad que tenian todos del P. Martin Gutierrez, para componer negocios bien arduos.

Encontráronse el corregidor de Salamanca y el gobernador del Obispo; fué grande la discordia que tuvieron, sin aprovechar un entredicho, y cesacion á divinis que se puso.

El remedio fué tomar la mano el santo varon para componerlos, con lo cual se concordaron con gran contento de todos.

Habia tambien dos bandos en la ciudad, siendo las cabezas principales dos caballeros de ella. No sólo muertes de algunos, pero guerra civil se temia. Fué el ángel de paz este siervo de Dios, que los sosegó é hizo amigos.

No fué ménos admirable en Valladolid este raro varon, porque no fué menos celoso. Y así, habiendo venido á aquella ciudad para ser Rector de

los nuestros, fuera de otras cosas que hizo, introdujo que se predicase en el patio de la Chancillería por la cuaresma, el cual ejemplo tomaron despues la Chancillería de Granada y la Audiencia de Sevilla.

Introdujo que se predicase tambien en la capilla de la Universidad. Y habiendo en Valladolid tres estudios de Gramática, hizo que se les hiciesen pláticas, y los compuso de manera como si fueran los estudios de la Compañía, frecuentando los Sacramentos, y acudiendo á otros ejercicios de devocion y piedad que usa la Compañía en sus escuelas.

Ordenó que al entrar y salir de leccion, se hiciese siempre oracion; y movió en todos tanta devocion á la Vírgen, que cada uno se queria esmerar en ser su devoto hijo.

No se estrechaba en nada la caridad de este gran amador de Dios y de las almas, y así, se extendió á los niños de las escuelas de leer y escribir que hacia se recogiesen todos los juéves en una iglesia, para enseñarles allí la doctrina cristiana.

Para con los pobres de las cárceles tuvo igual caridad, y no menor providencia con una Congregacion que ordenó y adelantó mucho, para remedio de sus necesidades corporales y espirituales; no tenian que comer, ni procurador ni abogado que les solicitase sus causas. Perecieron diez en pocos dias de pura necesidad, y algunos sin Sacramentos.

En el remedio de estos males velaba esta Congregacion. Entraron en ella el presidente de la Chancillería, los oidores, los letrados, los procuradores y muchos caballeros de la ciudad.

Daba cada uno su limosna para este efecto, fuera de la cual iban cada semana á servir dos á los pobres, dando principio á tanta caridad el mismo presidente.

Tenian particular cuidado de los enfermos. Demás de esto se encomendaba cada uno de la Congregacion de algun preso, para acabar con brevedad su causa y echarle presto de la cárcel.

Fué de tanta edificacion esta obra, que corriendo su fama á varias partes, procuraban imitar su ejemplo.

En estas y semejantes obras de fervor y caridad se ocupó toda su vida este celoso Padre, mirando siempre por el provecho de los prójimos, hasta que nuestro Señor quiso remunerar su vida llena de merecimientos, con una muerte desamparada de todo consuelo humano.

## IV

*Muere preso y maltratado de los herejes.*

Siendo Prepósito de la Casa Profesa de Valladolid, murió el Padre S. Francisco de Borja, General de la Compañía.

Por esta ocasion fué elegido en la Congregacion provincial el P. Martin Gutierrez, juntamente con el P. Juan Suarez, Prepósito de la Casa Profesa de Búrgos que habia entónces, para ir á Roma con el P. Provincial de Castilla, el P. Gil Gonzalez de Avila, para la eleccion de nuevo General; todos tres varones insignes.

Al pasar por Francia, llegando cerca de una ermita de nuestra Señora, se pararon á hacer oracion. Allí dió la Vírgen Santísima á su devoto hijo, P. Martin Gutierrez, buenas nuevas de su muerte, revelándole cómo dentro de ocho dias habia de morir, y partirse de esta vida miserable á la felicidad eterna.

No mucho despues vinieron todos tres á caer en manos de herejes hugonotes, que por asechanzas les prendieron junto á Cardellach: apartáronlos luego del camino entre unos montes, donde les despojaron del poco dinero que llevaban para su viaje.

Lleváronlos de allí á un castillo, donde les tornaron á examinar y despojar de las ropas, libros y papeles (y á las mulas de los cojines, cadenas y estribos), quitándoles los diurnales, cruces, imágenes rosarios y reliquias, las cuales ultrajaron ignominiosamente.

Mudáronlos luego á otro castillo con gran priesa: unos de los herejes iban delante, otros detrás, otros mezclados con los siervos de Dios. Decíanles por el camino mil injurias y palabras de afrenta, dando de palos á las mulas, y tambien á los que iban en ellas.

Un poco que cesó este rigor, se confesaron entre sí los Padres para esperar la muerte, ofreciendo á Dios su trabajo y peligro.

Los herejes trataban entre sí, y á los oidos de los mismos Padres, si los matarian ó esperarian el rescate. Unos decian: «Esperemos, que nos darán buen dinero por ellos.» Otros contradecian, alegando que eran españoles y clérigos; y «Su rey (decian) aconsejó al nuestro matase á nuestros predicantes y maestros; y si no fuera por estos, nuestra religion (así llamaban á su error) prevaleceria. Si á nosotros nos prendiese la Inquisicion de España, por ningun dinero nos soltaria.» Uno decia: «Yo daria veinte ducados por

alguno de estos, para matarle luego.» Otro añadia: «Yo diera doscientos ducados por lo mismo.»

Llegados á la fortaleza, chicos y grandes les preguntaban quién eran, si sacerdotes ó monjes, y otras cosas semejantes. A todos respondian los Padres la verdad, con gran humildad y rendimiento.

La determinacion fué que muriesen si no daban gran rescate; pedian cuatro mil ducados, y como no llegasen á ofrecer más que quinientos, un hereje dió una cuchillada al P. Gil Gonzalez, y otro llevó á los otros dos Padres á una torre, queriéndolos despeñar de allí; pero la esperanza de algun interés, aunque poco, detuvo su homicidio.

Dejáronlos en la torre, adonde tambien llevaron al P. Provincial, que estaba herido.

Entraron los siervos de Dios en consulta de lo que debian hacer. Uno decia: «No tratemos de rescate, que más vale morir por cristianos, católicos, y sacerdotes y enemigos de herejes.» Otro replicaba: «Algun dia hemos de morir, y por ventura presto, y podria ser que no hallásemos otro tal lance en nuestra vida, y pluguiera á Dios que no saliesen á partido de dineros, que cierto la ocasion era linda; mas al fin no merezco yo tan dulce y tan hermosa muerte.»

Fué la resolucion: «Ofrezcámosles lo que pareciere bueno por el rescate, porque no nos maten por la miseria del dinero; y hecho esto, queda el morir por Cristo, ofrezcámosle la vida.»

No cupo esta dichosa suerte sino al siervo de Dios P. Martin Gutierrez, que como más flaco y delicado de todos, vino del mal tratamiento á morir con tan grande desamparo como habia pedido muchas veces á Dios.

Dióle un dolor de costado, que en cinco dias le acabó, con tanta falta de todas las cosas, que ni aun que beber tenia, ni otro mayor regalo que un poco de vaca acecinada. Y para ayudarle á morir, de un cordon de la camisa y de un poco de cera se hizo una candela y una cruz. Asistióle el P. Juan Suarez en aquella hora, el cual cuenta su muerte con estas palabras:

«Habíale Dios prevenido pocos dias antes con grandes sentimientos de cómo no hay bien sino el que es eterno, ni hay mal sino lo que dura para siempre.

»Y allí le dió una alegría que manifestaba, como gustando de ella, y diciendo tener sed y beber hasta satisfacer. ¡Oh qué será Dios mio, tener sed y beber hasta hartar! ¡Gran cosa Dios!

»Comenzósele á levantar el pecho, y á vidriársele los ojos, y á caer una lágrima á las diez de la noche; á la entrada del quinto dió las últimas boqueadas, y con ellas el alma al que la crió, que confío yo fué derecha al cielo,

por la gran virtud que Dios le habia dado, por la buena doctrina y ejemplo que dió en la iglesia y en la Compañía, por la fe, paciencia y constancia que mostró en esta ocasion, porque al fin murió siguiendo su obediencia, habiendose confesado generalmente, y habiendo confesado entre los herejes y enemigos de la Iglesia católica, que era su hijo y sacerdote en ella, y murió estando preso por los que la aborrecian y perseguian. Plegue á Dios que vaya mi ánima adonde está la suya.

»Traia consuelo en su compañía, confiado que por él me habia de librar Dios de mal. Desconsoléme de su enfermedad, temiendo que, si Dios nos le quitaba, habia de ser por mis pecados ó por mi castigo.

»Decíale algunas veces cosas de Dios y de la otra vida, como quien se las acuerda en aquel punto, y cierto que con confusion y ternura harta mia. Ayudábale con una cruz que hice con un poquito de cera que nos habia quedado, porque muriese con cruz y con candela.

»Encomendéle el alma con un diurnalico que se quedó escondido del despojo, y acostéme á su lado donde estuve hasta la mañana sin ningun miedo, ántes con mucha seguridad y consuelo.»

No desamparó la Vírgen Santísima á su devoto hijo y grande siervo, despues de su muerte, porque habiendo fallecido sábado á las dos de la mañana, entró en el aposento una mujer con hábito de francesa, pero muy honesto, habiendo pasado á vista de la gente de guerra de la guarda de los franceses hugonotes, habló al P. Juan Suarez, y preguntóle en lengua que el Padre entendió, si tenian allí algun cuerpo difunto, y si estaba amortajado; y como no lo estuviese, ella sacó una sábana limpia que traia debajo del brazo, y le amortajó honesta y aseadamente, y le echó la bendicion. Y como el Padre se lo agradeciese y le ofreciese algun dinero, ella respondió: «No vine por eso,» y luego se salió.

Todos entendieron que esta mujer era nuestra Señora, ó persona enviada por ella, para remediar el aprieto de sus siervos vivos y la necesidad de su siervo difunto.

Enterráronle fuera de la villa junto á una cruz que estaba en frente de una iglesia. Y fué providencia de Dios que no se perdiese del todo la memoria del lugar donde fué enterrado; porque treinta años despues el P. Diego de Torres, por la mucha devocion y aficion que tuvo á este grande varon, yendo por Procurador de la provincia del Perú, y pasando por Francia, solicitó á los Padres de la Compañía de los colegios más cercanos á Cardellach que hiciesen diligencia para buscar el bendito cuerpo.

Hiciéronla con tanto cuidado, que le hallaron con ciertas señales y testimonios de que era él mismo; y cuando volvió de Roma, se le entregaron, y

le trajo consigo á España el año de 1603, entregándosele al P. Alonso Ferrer, Provincial de la provincia de Castilla.

Y aunque el colegio de Salamanca le pretendia por haber sido el P. Martin Gutierrez Rector de él muchos años; mas adjudicóse á la Casa Profesa de Valladolid, donde era Prepósito cuando fué elegido para ir á Roma.

Y puesto el santo cuerpo en una caja de plomo cerrada, se colocó sobre las gradas del altar mayor, al lado del evangelio, poniendo sobre la sepultura una losa con este letrero en latin:

*Patri Martino Gatierrez, nato Almodovar, huius domus Praeposito, singulari pietate, virtute, ac doctrina viro, in carcere apud haereticos Cardellaci, in Gallia Narbonis, vita functo anno* MDLXIII *aetat.* XLIX, *atque huc inde translato anno* MDCIII, *amoris ergo Patres D. D.*

Que en romance quiere decir:

«Al P. Martin Gutierrez, natural de Almodóvar, Prepósito de esta Casa, varon de singular piedad, virtud y doctrina, que preso por los herejes de Cardellach, en Francia, murió en la cárcel el año de 1563, á los cuarenta y nueve de su edad. De adonde se trasladó aquí el año de 1603. Los Padres de esta Casa en señal de amor le dedicaron esta sepultura.»

Los otros dos compañeros del siervo de Dios, despues de rescatados por los Padres de Leon de Francia, pasaron adelante su camino á Roma, donde el P. Gil Gonzalez comenzó á hacer oficio de Asistente, como habia sido electo en la Congregacion general ántes que llegase.

Estando allí, recibió una carta de Santa Teresa de Jesus, muy reverenciada por toda España por su santidad, en que le hacia saber, cómo nuestro Señor le habia mostrado al P. Martin Gutierrez en el cielo, gozando de su clara vista, con la aureola de mártir.

Tambien en la ciudad de Vitoria una monja del monasterio de Sta. Clara, gran sierva de Dios, que tenia particular don de profecía que el Señor le comunicaba, llamó al cura de S. Pedro de aquella ciudad, en cuya casa habian posado los tres Padres pocos dias habia. Preguntóle, ¿cuál de aquellos Padres era muy devoto de nuestra Señora? El le respondió que el P. Martin Gutierrez. Dijo ella entónces: «Pues hoy ha pasado de esta vida en Francia, y caminado á la eterna.»

Lo mismo declaró á su confesor, diciéndole que uno de aquellos tres Padres de la Compañía, que yendo á Roma habia pasado por allí, se habia ido al cielo, el cual era muy devoto de nuestra Señora; y añadió: «No le ha salido vana su devocion, porque la Serenísima Reina de los ángeles en alma y en cuerpo le ha dado colmadísimo premio.»

Para que por aquí entendamos las mercedes y favores que esta Reina

Soberana hace á los fieles devotos, y lo que nosotros debemos procurar serlo, y servir con entrañable afecto á esta Señora, y confiar en su amparo y proteccion.

Tambien se apareció este santo varon con rostro muy alegre al fervoroso P. Juan Fernandez, al cual dijo: «Ruégote que nunca te olvides de Dios;» exhortándole á la continua presencia de nuestro Señor, de la cual él ya gozaba en el cielo.

De este insigne varon escribieron muchos. El P. Francisco Sachino en la *Historia de la Compañía* en la segunda parte. Padre Antonio Balinguen en su *Calendario Mariano*. Padre Juan Burgesio, libro de *Patrocinio Virginis*. Padre Luis de la Puente, en la *Vida del V. P. Baltasar Alvarez*, cap. XXVII. Padre Jerónimo Plati, lib. I, de *Bono status religiosi*, cap. XXXIV. Jacobo Damiano, lib. IV. *Synopsis*, cap. I. Y su vida aparte imprimió Francisco Perez de Castilla, y la dedicó á D. Martin Gutierrez de Figueroa, su sobrino, caballero veinticuatro y depositario general de la ciudad de Jaen.

Tras todo eso, porque podrá ser se averigüen otras muchas cosas de este excelente varon, no quiero que perjudique mi cortedad al que más de propósito dedicare su pluma á sus muchas virtudes y hechos, que yo no he hecho más que poner aquí lo que está impreso.

P. NIEREMBERG.

## P. MIGUEL OCHOA

ENTRÓ este siervo de Dios en la Compañía en Roma, año de 1548. Recibiólo nuestro Padre S. Ignacio. Era de Navarra, ya de buena edad, muy docto y de rara virtud.

Antes de entrar en la Compañía, y sin saberlo él, tenia don y gracia de sanar enfermedades: estando el P. Polanco con calentura continua, cuidaba de él el H. Miguel Ochoa el cual acaso le dijo que en Barcelona habia sanado algunas enfermedades, diciendo ciertas oraciones.

Examinó esto el P. Polanco, preguntándole con qué palabras é intencion lo hizo, y en quién ponia su esperanza, y conoció que ni en las palabras, ni en la intencion habia cosa que no fuese santa, y que entónces esperaba de Dios la salud, y á Dios referia el Hermano la salud que adquiria el enfermo;

echó de ver que era hombre sencillo y cándido, dotado de Dios con gracia de sanidad, y quiso probarlo en sí mismo.

Consultólo con nuestro Padre S. Ignacio, que tambien lo examinó, y halló lo mismo que el P. Polanco; y así, prudentemente le dejaron aplicar sus oraciones, no el dia que era menor la calentura y duraba diez y ocho horas, sino el dia que era mayor y más ardiente; en el cual sintió el Padre gran confianza de que habia de cobrar salud, lo cual suele ser indicio de alguna merced que Dios ha de conceder, y dijo á Miguel que usase del don y gracia que Dios le dió para bien de otros, porque él esperaba salud por su medio.

El H. Miguel escribió unas palabras sagradas en un papel, y rezó delante del Santísimo Sacramento tres Pater noster y Ave Marías; despues colgó al cuello del enfermo la cédula, con lo cual sintió el Padre luego un gran refrigerio desde la cabeza á los piés, experimentando el don gratuito de Miguel, porque quedó sano y bueno.

Mas para que no hubiese sospecha de supersticion, le ordenó nuestro Santo Padre que de allí adelante no usase de aquellas ni otras palabras, ni ceremonias, sino que sólo echase una bendicion á los enfermos, y les pusiese las manos, y con sólo esto este mismo año, como diremos despues, sanó muchos enfermos de gravísimas enfermedades.

Por este tiempo, sin ser sacerdote, fué enviado á Tiber, donde fué cosa admirable lo que movió á toda la ciudad con sus sermones y continuos catecismos.

Ordenóse luego de Misa, y muchos hombres que en muchos años ó no se habian confesado ó lo habian hecho mal, encubriendo pecados, veníanse á sus piés, así de la ciudad como de pueblos comarcanos, á que ayudó mucho el don que tenia de sanar enfermos, porque muchos que venian por la salud corporal, la llevaban tambien en el alma, confesándose con él.

El año ántes de 1549 sucedió que Lucio Crucio, natural de Tíburi, se entró en la Compañía contra la voluntad del Obispo su tio, el cual, como intentase interponer la autoridad del Papa por medio de un Cardenal, para sacarle; nuestro Padre S. Ignacio previno á Su Santidad, que no sólo no oyó al Cardenal, sino que por medio de otro Cardenal le reprendió severamente.

Con lo cual quedó muy sentido el Obispo de Tíburi, y mostró su sentimiento por medio de su Vicario, el cual tambien fué muy contrario á los nuestros, y así, predicando el año siguiente de 1550 en Tíburi el P. Miguel Ochoa en la iglesia mayor á las mañanas y á las tardes, buscó ocasion para prohibírselo, y no hallándola, prendió en la cárcel á su compañero el H. Antonio Roboreo, porque, como vivian de limosna, la pidió de aceite, y esto hacian tambien otros.

El P. Miguel no se inmutó nada, ni habló en favor del Hermano; sólo dijo que si algo merecia Antonio, ello se veria.

Salió luego el Vicario, y preguntó al Padre con qué autoridad predicaba públicamente al pueblo, y daba Sacramentos siendo extranjero. Mostróle las Bulas, con que calló; aplacóse el Obispo, cuando le satisfizo que Dios habia llamado á su sobrino, y fué muy de la Compañía él y su hermano, padre del novicio.

El año de 1560 fué nombrado Rector del colegio de Oñate, y con el don que tenia de dar salud cobró tal nombre de santo, que concurrian á él enfermos de todas partes, y los sanaba en cuerpos y almas, confesándolos á todos, con lo cual hacia gran fruto en las almas.

Aquí, por la gran fe con que acudian, no sólo sanaba de calenturas con sólo poner las manos, sino de todas enfermedades, sanando cojos y mancos, y dando vista á ciegos, y lengua á mudos, con lo cual toda Vizcaya le estimaba como á santo.

Perseveró allí algunos años, y el de 1554 anduvo en mision por todos los pueblos con celo apostólico, salvando almas y sanando cuerpos de mucho tiempo enfermos con sólo ponerles las manos encima.

Y era tanta la fama de su santidad, que de muy remotas ciudades le traian enfermos que sanase, y Dios mostraba en él su poder sanándolos.

Toda su vida fué un ejercicio de caridad en obras de misericordia corporal y espiritual, y así alcanzó muchos premios de gloria con muerte dichosa correspondiente á su vida.

P. NIEREMBERG.

## P. BALTASAR ALVAREZ

### I

La vida del gran maestro de espíritu, el venerable P. Baltasar Alvarez, escribió otro muy insigne doctor de Teología mística, el P. Luis de la Puente, llena de muchas advertencias y consideraciones espirituales, pero, sacado en limpio, la historia es de esta manera.

El espiritualísimo P. Baltasar Alvarez fué natural de la villa de Cervera, obispado de Calahorra, adonde nació el año de 1533 de padres nobles.

Su padre se llamó Antonio Alvarez, y su madre Catalina Manrique; fué

muy bien inclinado desde sus primeros años, dando muestras en la niñez de la devocion que habia de tener cuando grande.

Sus ordinarios entretenimientos eran hacer cruces, altares y procesiones. Aprendió las primeras letras en su mismo pueblo, en las cuales como hubiese aprovechado bien, fué á la Universidad de Alcalá, donde oyó las Artes, y se graduó de Maestro, y prosiguió oyendo dos años de sagrada Teología con mucho provecho.

En este tiempo le iba nuestro Señor aficionando y labrando en la virtud, conforme á lo que de él se queria servir para bien de muchos.

Por la comunicacion que tuvo con un siervo de Dios comenzó á tomar dos ratos de tiempo, uno á la mañana levantándose, y otro á la noche, en que recorria su conciencia y meditaba algunas cosas que Dios le daba á sentir, y como hallase gusto en estos, vino despues á tomar más largos tiempos de oracion entre dia, con que se acrecentaba el gusto y el provecho de su alma.

El mismo hallaba en leer buenos libros. Por medio de estos santos ejercicios le dió nuestro Señor cuatro años antes de entrar en la Compañía un encendido deseo de hollar el mundo y seguir los consejos de Cristo nuestro Salvador.

Miraba su vida pasada cuán astrosa habia sido, como él decia, y cuán ingrato á quien tanto bien le habia hecho; parecíale que para servir á Dios de veras, y mirar por la salvacion de su alma, le convenia tomar estado religioso, adonde se alcanza esto con mayor seguridad y perfeccion.

Pero entibiábale en este buen propósito una disimulada tentacion y continuo pensamiento que le combatia, acordándose que sus padres gastaban con él mucho en los estudios, y no era bien desamparar en la vejez y último trecho de la vida á los que se la habian dado.

Allegábanse á esto importunas cartas que le escribian, en que le mandaban se encargase de dos hermanas pequeñas que tenia, porque si ellos morian, no tenian otro padre sino á él. Y, como tenia gran respeto á sus padres, hacian gran fuerza en su corazon estas razones, traíanle muy perplejo.

Pero no desamparó á este justo la luz del cielo, con la cual salió de su duda, y prevalecieron las razones del Padre celestial, deshaciendo las de sus padres carnales, dándole confianza de que Su Divina Majestad, como Padre de huérfanos, miraria por sus hermanas, y las pondria en estado, como lo hizo muy á gusto suyo.

No estaba resuelto qué Religion habia de tomar; estaba muy inclinado á la Cartuja, por parecerle más conforme á la inclinacion que tenia de recogimiento y penitencia.

Comunicó estos deseos nueve meses antes de entrar en la Compañía con personas doctas y espirituales con quien solia tratar, y en especial con un deudo suyo, muy siervo del Señor, el cual, habiendo encomendado este negocio á Dios, le respondió que si tenia deseos de dejar el mundo, se entrase en la Compañía de Jesus, la cual, como Religion nueva, florecia en grande santidad y fervor de espíritu.

Quedó toda su vida muy agradecido al que le dió tan acertado consejo. Y despues de muchos años, yendo camino, rodeó una vez diez leguas sólo por ir á dar las gracias al que habia sido instrumento para tanto bien como le habia hecho la Majestad divina.

Fué recibido en el colegio de Alcalá el año de 1555, á los veinte y dos de su edad, quince años despues que se confirmó la Compañía, en la misma edad que S. Bernardo entró en la Orden del Cister, otros quince años despues que fué fundada.

Y no sin algun misterio de la divina Providencia entró á los 3 de mayo, dia de la Invencion de la Cruz, como pronóstico del amor con que habia de abrazarla, y descubrir á muchos los ricos tesoros que están escondidos en ella.

Enviáronle luego los Superiores á la villa de Simancas, donde estaba el noviciado de toda la provincia, que abrazaba entónces las dos que ahora llamamos de Castilla y Toledo.

Era muy extraordinario el fervor de los novicios que allí se juntaban de varias partes, porque el Espíritu Santo los llenaba del mosto ó vino nuevo del espíritu propio de esta nueva Religion que habia plantado en la Iglesia.

Halló nuestro novicio por experiencia ser verdadera la razon que su pariente le habia dicho, y acordándose siempre de ella, procuró llevar adelante el fervoroso espíritu de sus primeros Padres, que tan vivo estaba en sus hijos, para que no se envejeciese ni entibiase por su culpa.

Animado con el ejemplo de compañeros tan fervorosos, comenzó á señalarse mucho entre ellos, esmerándose en procurar la excelencia de la mortificacion, penitencia, oracion y otras virtudes que resplandecieron en él por todo el discurso de su vida, como luego veremos; porque desde entónces comenzó á caminar por la senda estrecha de la perfeccion con el paso de gigante apresurado y fervoroso, que fue continuando hasta la muerte.

Y así, solia él decir despues á los novicios: «Mirad cómo vivís ahora, porque, de ley ordinaria, al paso que caminaredes en la probacion, caminareis el resto de la vida. Si en el noviciado sois tibios y descuidados en vuestro aprovechamiento, siempre os quedareis tibios é inmortificados; mas si caminais con fervor de espíritu, quedareis bien acostumbrados para proseguir del mismo modo.»

Solian acudir á Simancas el Padre S. Francisco de Borja y el P. Antonio de Araoz, que eran como dos ojos de la Compañía en España. Encomendaban los Superiores al H. Baltasar que los sirviese, para que con el buen olor de su modestia y fervor los edificase, y él quedase aprovechado con la luz que de tales lumbreras recibiese, especialmente del bienaventurado Francisco de Borja, que se le aficionó mucho por verle tan fervoroso y humilde.

No le duró mucho tiempo el recogimiento de Simancas, porque, faltando en un colegio de los cercanos quien hiciese la cocina, le enviaron allá para ser su cocinero, como quien tan aficionado se mostraba á oficios humildes.

Hizo tan de veras éste, como si toda su vida se hubiera de ocupar en él, descuidando totalmente de sí y de todas sus cosas, cuidando sólamente de agradar á sólo el Altísimo, en cuya casa (como él decia) no hay oficio bajo, ni ocupacion que no sea muy honrosa, remitiendo el tiempo que habia de durar á la providencia divina por medio de los Superiores.

Los cuales, como le vieron tan aprovechado, le sacaron del noviciado al fin del mismo año, para proseguir sus estudios.

En ellos y despues de acabados, iba siempre creciendo en todas las virtudes, las cuales mostró tener en excelente grado en cuantas ocupaciones y oficios tuvo, que fueron de Ministro, Rector, Maestro de novicios, Provincial y Visitador.

## II

### *Algunas virtudes suyas.*

Tuvo tan grandes ansias de darse largo tiempo á la oracion, que fué menester moderarlas y mortificarse en esto.

No se contentaba el siervo de Dios con sólo el tiempo de la regla; alargábase mucho más, pasando las noches de claro con su Dios.

Fuera de esto, cada año se recogia por muchos dias continuados, algunas veces pasaban de quince, para hacer los Ejercicios espirituales de S. Ignacio, dedicando todo este tiempo para sólo tener su conversacion en los cielos. Solia tambien tomar cada mes un dia y cada semana una mañana toda para Dios.

Caminaba con humildad por el camino de la oracion. No quiso subir de un vuelo á lo supremo de ella, sino ir por sus grados, poniéndose en el más bajo, hasta que Dios le mandase subir á otro más alto. Porque (como dijo S. Bernardo) no es cosa segura subir de repente á lo sumo, y pedir el ósculo del divino rostro, sin haber primero besado los piés y despues las manos del celestial Esposo.»

Conforme á esto el P. Baltasar fué caminando por las meditaciones y obras de las tres vías, que llaman purgativa, iluminativa y unitiva, comenzando por las primeras, para purificarse de culpas y mortificar las pasiones y los demás impedimentos de la perfeccion.

Por esto tenia especial cuidado de los dos exámenes de conciencia que usa la Compañía cada dia, uno general de todas las culpas, y otro particular de una especial falta para desarraigarla del alma, apuntando las veces que faltaba por la mañana y por la tarde, haciendo comparacion de unas á otras, y de las que faltaba un dia ó una semana, con las que habia faltado el dia ó semana precedente, para sacar en limpio cuánto se enmendaba.

De este ejercicio hacia grande caso, diciendo que era un modo de oracion práctica, con que se alcanza el propio conocimiento, que es raíz de la humildad, y la pureza del corazon, y la disposicion más importante para la familiaridad con Dios.

Con esta diligencia juntaba otra muy provechosa para medrar en la oracion, haciendo con ella un exámen ó reflexion sobre las cosas que entónces le habian sucedido, así de mal como de bien, para llorar y corregir los descuidos y para agradecer á nuestro Señor los buenos sentimientos que le habia dado.

Y porque no se le olvidasen, los apuntaba en un libro de memoria, notando el dia, mes y año, y la ocasion en que sucedian; y en él dejó escrito que estas verdades eran como brasas del cielo en el pecho, para que despertasen su tibieza, cuando se sintiese flojo, refrescando la memoria de ellos, tornándolos á rumiar despacio, para sacar nuevo provecho.

Todo el dia andaba entretenido, pensando los buenos sentimientos que habia tenido en la oracion de la mañana, comunicándole nuestro Señor con esta ocasion otros de nuevo.

Así lo confesó él mismo en el librito que hemos dicho, adonde hace esta pregunta: ¿Qué pensará uno entre dia? y responde de esta manera: «Si tiene abiertos los ojos, la oracion del cielo le hará todo el dia festivo. Porque como en palacio dan cada dia racion al que sirve bien, así nuestro Señor á los que le sirven con fidelidad se la da de los relieves de su plato con nuevos sentimientos de verdades que traen al alma bien sustentada y ocupada. Y yo experimento en la mia, que no puede digerir tantos bocados como la dan.»

Tenia grande devocion con todas las palabras del Redentor que refieren los Evangelistas, por el alto concepto y aprecio que habia hecho de su Persona divina.

Para las festividades de Jesucristo se disponia con particular diligencia, y así, se lo pagaba el mismo Señor con darle en ellas sentimientos divinos.

Sobre todos los misterios del Salvador tenia singular devocion con los de su santísima Pasion y muerte en la cruz, la cual traia muy fija en su memoria, y gustaba mucho de meditar en ella.

Preguntándole en este tiempo de qué manera tenia oracion, respondió que, en entrando en ella, le eran dados los piés benditísimos de Cristo crucificado, y allí se estaba adorándolos. Y puesto á estos piés meditaba la leccion tan alta de todas las virtudes, que este soberano Maestro leyó en la cátedra de la cruz, y sacaba encendidos afectos de mortificarse y crucificarse á sí mismo, y de amar y ayudar á los prójimos, por cuyo amor su Maestro padeció tales trabajos.

Era tan grande el provecho que de allí sacaba, que á todos los que comenzaban de nuevo á tener oracion, les aconsejaba la meditacion de la Pasion, como fuente de su aprovechamiento y espíritu.

Solia repetir muchas veces en sus pláticas ordinarias: «No pensemos que hemos hecho nada, hasta que lleguemos á traer siempre un Cristo crucificado en nuestro corazon,» y así le traia él.

Tenia siempre en su aposento un crucifijo, á quien estaba mirando amenudo, y por cuyo medio recibia señaladas mercedes y luz de muchas verdades, que decia á los que le hablaban, y á veces quedaba trasportado, entrando por las puertas de sus sacratísimas llagas, á engolfarse en el abismo de su infinita caridad.

Finalmente, lo que meditaba con especial sentimiento y fervor en Cristo crucificado, eran los tres compañeros que le siguieron desde el pesebre por todo el tiempo de su vida, y con más rigor en su Pasion y muerte; conviene á saber, la pobreza, desprecio y dolor, rumiando y desmenuzando las cosas particulares que encierra cada uno.

Quedábase algunas veces el siervo de Dios en éxtasis, suspenso el uso de sus sentidos. Una vez en Medina del Campo, estando en oracion de rodillas en su aposento, entró un Padre, y le halló rodeado de un admirable resplandor, indicio del que tenia en lo interior.

Otra vez entró un Hermano y le halló absorto y enajenado de los sentidos, de suerte que no le sintió entrar ni salir; y para que el Padre reparase en ello, quiso el Hermano cubrirle el rostro con un pañizuelo, y dejarle así. Preguntóle despues el Padre si sabia quién hubiese entrado allí. Y diciéndole el mismo Hermano cómo él habia entrado, le mandó que callase lo que habia visto.

Otra vez en Salamanca, estando estudiando, miró á un Cristo crucificado que tenia delante, y se quedó elevado fuera de sí, sucediéndole con otro Hermano lo mismo que acabamos de contar. Cuando estaba enfermo, le daban

muchos raptos, que juzgándolos los enfermeros por desmayos, le hacian varios remedios.

Una vez le dieron muchos para que volviese sobre sí, y como no volviese, hicieron luego un propio á Medina del Campo, de donde era recien venido, á preguntar qué enfermedad era aquella, y si la habia tenido algunas veces, y respondieron que no le hiciesen remedio, porque eran éxtasis que tenia muchas veces, y solian durarle algunos dias.

Alcanzó por medio de la oracion muchas cosas de Dios, siendo Su Divina Majestad muy liberal con su siervo, avisándole algunas veces cuánto se agradaba que le pidiese. Pidiendo una vez por un necesitado, oyó que le decian: *¿Por qué eres corto en pedir, si es Dios largo en dar?* como significándole que pidiese tambien por los otros necesitados.

Otra vez, pidiendo el buen suceso de un negocio, oyó estas palabras: *Yo te ayudaré como Rey;* y así fué en esta ocasion y en otras muchas, en las cuales oraba con tanto fervor por algunas necesidades, que antes de salir de la oracion quedaba certificado del remedio de ellas.

Una vez vió un coche en que iba la condesa de Haro, que habiendo arrojado los caballos al cochero en el suelo, iban corriendo á toda furia; llegando ya á un gran despeñadero, hizo el santo oracion porque no peligrasen los que iban dentro; fué cosa maravillosa, que luego pararon los caballos, sin haber recibido daño alguno los que iban en el coche.

Otras muchas cosas que alcanzó por la oracion y el heróico grado de contemplacion y union á que nuestro Señor levantó al P. Baltasar, despues lo diremos.

No puso este siervo de Dios menor cuidado con su mortificacion, procurando morir totalmente á sí mismo. Decia que los mártires, segun canta la Iglesia, *Mortis sacrae compendio, vitam beatam possident,* con el atajo breve de una buena muerte poseen descanso eterno y vida bienaventurada; así los justos bien mortificados, con otra breve muerte de su propia abnegacion alcanzan el descanso que en la tierra se puede tener. Y porque no ponemos de una vez cuero y cortezas en nuestra abnegacion, así andamos siempre gimiendo y llevamos la cruz sin morir en ella, que es propio de los hipócritas.

Con esta resolucion comenzó este santo ejercicio, y acometió con brío la mortificacion de lo que suele estar más arraigado, que es los siniestros de la condicion natural, la cual tenia á los principios seca y áspera consigo y con otros. Pero corrigióla y mortificó de tal manera, que se quedó con la aspereza para consigo, mostrando grande blandura y suavidad con los demás; al modo que se escribe de S. Ignacio nuestro Padre, que de su complexion natural era muy colérico, y con la mortificacion se mudó de modo que pare-

cia flemático. A cuya imitacion mortificó tanto el P. Baltasar su natural, que de rígido le trocó en blando.

El afecto de carne y sangre con los parientes, que tan natural y arraigado está en muchos corazones, le tuvo tan mortificado y sujeto, como si no tuviera padre, ni madre, ni deudos. Nunca se le oia decir de dónde era, ni qué parientes tenia, ni se metia en sus negocios.

Una vez que fue á Roma, aunque á ida y vuelta pasó por junto á su tierra tres leguas, no quiso ir allá ni avisar para que le saliesen á ver sus deudos. Las veces que fue despues, fué forzado por obediencia de los Padres Provinciales, y habiendo él propuesto muchas razones para impedirlo. Nunca quiso recibir de parientes cosa alguna, por no quedar más prendado ni obligado á visitarlos, diciendo que el religioso ha de poner los ojos toda la vida en no prendarse con demasía con ninguno de la tierra, ni pariente, ó amigo, ó deudo, sino ser como otro Melquisedec, sin padre, ni madre, ni deudo que le quite el privilegio de su religiosa libertad.

Tambien se esmeró mucho en la mortificacion de los sentidos, procurando no darles contento en nada. Venció la curiosidad de la vista con grande extremo, porque cuando fué á Roma, donde hay tantas cosas que ver, no quiso verlas, y mientras los demás andaban viéndolas, él se quedaba en oracion delante de los cuerpos de los santos, cuyas reliquias visitaba.

Yendo un dia del Corpus á la procesion, advirtieron muchas personas que todo el tiempo que duró, clavó los ojos en el Santísimo Sacramento, sin jamás apartarlos á mirar las danzas y las demás fiestas que le daban ocasion para ello.

Otra vez estando en Valladolid en un auto de la santa Inquisicion, le cupo un lugar desde el cual no podia mirar al tablado de los inquisidores y de los penitentes, sin mirar primero las mujeres que estaban en otro tablado delante del suyo; y pareciéndole esto de mucho inconveniente, sacó una imágen de nuestra Señora que solia traer consigo, clavó en ella los ojos y el corazon, y por siete horas que duró el auto no levantó los ojos de la imágen, ni supo más de lo que allí se habia tratado que si no estuviera presente.

No tuvo menor cuidado en la mortificacion del gusto; cuando le sabia alguna cosa bien, la dejaba al mejor tiempo.

No permitia que en la mesa se hiciese con él alguna particularidad; si le ponian algo bueno, dábalo á los que tenia cerca de sí; y si la porcion ordinaria que le cabia, era mejor que la que caia al que estaba á su lado, trocaba con él, y tomaba para sí lo peor; y cuando con disimulacion podia tomar el mal pan ó el más duro, lo tomaba, y ponia lo mejor y lo más blando al que estaba á su lado.

En sus enfermedades, cuando tenia mayor hastío, se hacia más fuerza á comer lo que le daban, porque el comer entónces era atormentar el gusto. Las purgas y bebidas de botica, por más amargas que fuesen, las tomaba con mucha pausa hasta la última gota, sin dejar nada, y aun se quedaba con ella enjuagando la boca para gustar más su amargura.

Una vez estando enfermo le pusieron un pollo sin abrir, y, con saberle muy mal, comió de él por mortificarse, hasta que el mismo que se le puso advirtió en ello y se le quitó de delante. Estas mortificaciones procuraba hacerlas de modo que otros no las advirtiesen, por huir de la honra y opinion de ser mortificado. Pero no podia encubrirlas, porque ya todos reparaban en ellas.

Una vez en un meson apénas tenia qué comer más que un huevo, y fingió que se habia caido de la mano en el suelo. Echó de ver el compañero que habia sido por mortificarse en aquella poca comida que habian hallado.

Era enemigo de cosas olorosas fuera de la iglesia ó del aposento de algun enfermo, cuando era necesario; y por mortificarse, aun siendo Superior, limpiaba él mismo los lugares inmundos. En su aposento buscaba incomodidades que fuesen materia de mortificacion.

En Avila escogió á tiempos un aposentillo tal que apénas se podia rodear, y tenia el breviario y otros librillos en una tabla sin mesa. Nunca se sentaba en silla ó en parte donde estuviese arrimado, aun cuando estaba convaleciente y el cuerpo pedia algun modo de descanso; y por esto nunca tuvo en su aposento silla, si no es de costillas y sin respaldar.

Fué muy rígido en tratar á su cuerpo con notable aspereza, porque decia que, estando un alma llagada de Cristo nuestro Señor, no está contenta si no lo está su cuerpo tambien. Porque como hay semejanza en los corazones, estando ambos llagados, así la hay entre su cuerpo y la Humanidad sacratísima de su Señor, que ve llagada y lastimada. Y de aquí es, que si su Señor no le da dolores y enfermedades en el cuerpo, él toma la mano en lastimarle y llagarle.

Asi lo hacia este santo varon, porque, como nuestro Padre S. Ignacio en el libro de sus Ejercicios encomienda tanto á los que tratan de oracion el uso de las penitencias corporales, así florecia grandemente en los nuestros con la oracion el espíritu de penitencia en traer cada dia cilicio y tomar dos disciplinas, una por la mañana y otra por la tarde, que duraban más de un cuarto de hora cada una, dormir sobre una tabla, no comer sino una vez al dia, estar puesto en cruz algunas horas, tomar disciplinas en refectorio por espacio de un salmo de *Miserere mei,* ó dos, y otras invenciones santas que inventaba el fuego del divino amor que ardia en sus corazones, para perseguirse y maltratarse, andando con una santa porfía de aventajarse los unos á los otros.

Los que conocieron á este santo Padre, afirmaron que se aventajaba en esta parte á los demás; y como casi siempre era Superior, así tenia más mano para hacer más grandes penitencias.

Tomaba cada dia tan recias disciplinas en todo su cuerpo de piés á cabeza, que por encarecimiento decian los que lo oian, que hacia temblar todo el cuarto.

Fué menester que el Provincial le pusiese tasa, y sus confesores, viendo que se iba consumiendo por el mal tratamiento de su cuerpo con cilicios, abstinencias y dormir sobre una tabla, obligábanle á que se moderase, porque no se le acabase la salud y vida, como habia sucedido á otros muchos de los nuestros por la misma causa.

Mortificaba sobre todo grandemente su voluntad, aunque en cosas de suyo buenas, cuando le impedian para otras mejores; y así lo hizo con las demasiadas ansias que tenia de tener tiempo para oracion, huyendo por esta causa del trato con los prójimos; y como entendiese por divina inspiracion que nacian de su propio amor, que deseaba su descanso y consuelo y no puramente el servicio de Dios, las mortificó y venció de manera que ya con mucho gusto acudia á las ocupaciones con los prójimos, pareciéndole que allí hallaria el mayor servicio divino que buscaba.

Y así, ponderando lo que dice S. Pablo con lágrimas, que habia muchos enemigos de la cruz de Cristo, decia él hablando con el mismo Salvador: «Desde aquí digo, Señor, que mi contento no lo quiero en afanar más tiempo para el cumplimiento de mis deseos, aunque buenos, sino en perderme por vos; no en que me deis más de lo que tengo, ni en tener salud ó comodidad, sino en que os sirvais de ello vos; y cuanto os alargáredes en ello, por tanto mayor favor lo tendré por ser amigo de vuestra cruz y acallar las lágrimas de vuestro Apóstol. No quiero ya poner mi contento en hacer lo que yo quiero, sino en lo que vos quereis: más quiero dejar de ofrecer, que hurtar el tiempo para hacerlo.»

Con este valor se privaba de sus santos gustos y deleites espirituales por el mayor gusto de Dios, que está en cumplir su santa voluntad; á este paso mortificaba tambien su propio juicio, y su honra, y estima, y generalmente cualquiera aficion á criaturas que en algun modo pudiese menoscabarle el fervoroso amor de su Criador.

Un Padre familar suyo contó que, reparando en verle algunos dias continuados muy pensativo, como quien deseaba alguna cosa ó tenia alguna pena, le preguntó la causa, y respondió: «Ando procurando recabar de mí, vivir como si estuviera en los desiertos de Africa, y que mi corazon esté tan desasido de las cosas de esta vida y de las personas humanas, y que venga á

estar tan solo de criaturas, como si en hecho de verdad viviera en los desiertos,» y así lo recabó.

Finalmente, no se gloriaba en otra cosa sino en la cruz de su Señor Jesucristo. Meditando una vez aquellas palabras de San Juan: «Estaban junto á la cruz de Jesus, María su Madre y la hermana de su Madre, etc.,» tuvo este sentimiento: «Estando Cristo nuestro Señor en la cruz, ha entrado en los suyos por punto de honra estar cerca de ella, y cuanto más cerca de ella, tanto mayor honra y mayor provecho. Y esto les vino del espíritu de Cristo, que obra en ellos lo que en el mismo Cristo. Él está en la cruz, y su Madre, y los justos cerca, y más cerca su Madre; pero los pecadores están apartados, y por esto, como dijo David, está la salud muy léjos de ellos.»

Fué muy amigo de la santa pobreza, estaba muy persuadido que consistia en ella la sustancia de la Religion; y así solia decir: «Ninguno se eche polvo á los ojos, ni se lisonjee con sentimientos, luces y gustos espirituales, si no hace buen rostro á este trago tan amargo de la pobreza evangélica; y entónces verá si la ama, si juntamente ama los compañeros de ella, que son hambre, sed, frio y desprecio. Porque quien busca honra en el vestido y no ser tenido por vil, no ama la pobreza; quien teniendo sed, no sabe sufrirla un poco, sino como animal se derriba al agua, no estudia en ser pobre; el que quiere que nada le falte y ser tenido por religioso, engañado anda.»

Conforme á este sentimiento practicaba la pobreza, escogiendo para sí lo peor en la comida, vestido y comodidades de aposento. Y aun en la sacristía tenia cuidado de tomar el ornamento más pobre que habia para decir Misa, diciendo que aun en aquello se entraba la vanidad y curiosidad.

Deseaba que le faltase de lo necesario; nunca quiso no sólo pedir, pero ni aun recibir cosa que le ofrecian muchas señoras que le trataban, parte por conservar la pobreza, y parte por no perder su santa libertad, haciéndose esclavo de los que se lo dan. Y como dice San Jerónimo, «aunque parece que los seglares se indignan cuando no se recibe lo que dan, por otra parte estiman al que no lo acepta, porque es grande la verdad y fuerza de la pobreza de Cristo.»

Nunca vistió ropa nueva; primero hacia que otro la estrenase y se abrigase con ella, y despues de algo traida, se la vestia él. Ni aun queria ponerse los zapatos, hasta que otro los trujese algunos dias, y dejasen de parecer nuevos.

Las pláticas que hacia, con ser de mucha estima, las escribia en sobrecartas por ahorrar de papel limpio. En su aposento le faltaban algunas cosas de las necesarias. Con tener necesidad de unas Concordancias, decia que

queria ántes andar algunos pasos más á la librería comun por amor de la pobreza, que tenerlas consigo.

No tenia otro asiento que un escabelejo ó una silla de costillas sin respaldar; y cuando algun señor de título le visitaba, decia con muy buena gracia: «Siéntese V. S. en este banco, como en casa de pobres, que en su casa sobran hartas sillas, donde se podrá despues sentar;» y se edificaban más de esto que si vieran el aposento lleno de sillas imperiales.

En Medina le dieron una vez de limosna una silla de terciopelo, y dijo que habia de ponerla en el sitio más honrado de la casa, y así, la envió á la cocina, donde estuvo hasta que se gastó y deshizo, para que los novicios que entraban á ayudar al cocinero se acordasen que habian de vivir al revés del mundo, y estimar en poco lo que él estimaba en mucho.

Era enemigo de andar cargado de cosas curiosas, aunque fuesen buenas, como imágenes, relicarios, estampas, agnus, cuentas y otras cosas semejantes; porque en tales cosas se pega más el corazon del religioso, como se ve por la impaciencia que tiene cuando se las quitan. Y aunque sea con título de darlas á otros, es bien ahorrar de este trabajo y carga, para que el corazon pueda consolarse con sólo Dios.

Decia que los amadores de la pobreza, que se privaban de sus comodidades, experimentaban lo que dijo David: *Rehusó mi alma recibir consuelo. Acordéme de Dios, y quedé consolado.* Mas los que buscan sus comodidades no tendrán este despertador para acordarse de Dios, y recibir de Él su consuelo.

Añadia que el amor de Dios y la confianza en su divina providencia eran remedios de la pobreza breves y abastados; porque á aquel que de verdad ama á Dios, nada le falta, no porque sobre abundancia de bienes en su casa, sino porque falta la gana de ellos en su alma; y al que nada desea de lo que se vende en la plaza, todo lo que en ella hay le sobra. Quien ama á Dios de verdad, quita su amor de otras cosas, y le pone en alcanzar esta sola; y por salir con ella, hace barato de todas las demás.

Su castidad fué de ángel. El mismo Padre vino á confesar que le habia hecho nuestro Señor merced de no sentir movimientos ni inclinaciones sensuales, con la continua devocion y recogimiento interior con que andaba siempre en la divina presencia; porque quien siempre mira que le está Dios mirando en todo lugar, por secreto que sea, procura no hacer cosa indigna de la presencia de Dios.

Una vez peregrinando, una mujer moza y de buen parecer, le acometió como á otro Josef estando á solas; mas él acudió á su acostumbrado refugio de la oracion, y no sólo se libró así de aquel peligro, mas ganó aque-

lla mujer para el cielo: hizo que, arrepentida de su pecado, se confesase.

Mas no se aseguró con esta victoria, ántes con un humilde temor de su flaqueza guardaba el tesoro de la castidad, huyendo cualquier ocasion de deslizar. Declaraba su temor diciendo que no tiene tanto peligro el que de una torre alta está colgado de un hilo de estambre, como tiene el hombre su limpieza entre las ocasiones de perderla.

El mismo Señor que le dió el don de la castidad, le enseñó el recato que habia de tener para conservarla con este sentimiento cerca de la miseria humana: «Habiéndote mostrado el Señor algunos dias atrás los manantiales de tu nada, y habiéndote experimentado tal, ¿cómo te puedes escandalizar de caidas ajenas, ni dejar de recatarte de las propias?»

De aquí aprendió á tener sumo recato, á nunca estar con mujer á solas. Cuando iba á visitar alguna, no se sentaba hasta que traian silla para su compañero; y como él trataba con muchas mujeres espirituales, decia que con éstas se ha de tener mayor recato, porque el amor espiritual suele pasar los límites y volverse en carnal, y el buen vino en fuerte vinagre.

Tambien consigo mismo á solas tenia gran recato en desnudarse y levantarse con toda honestidad, sin dejar ver parte de su cuerpo. Decia que se habia de reparar mucho en el modo de estar en la cama con postura religiosa y honesta; porque si los religiosos no tienen muerto el deseo de padecer, ¿qué menores cosas se les pueden ofrecer, que no descubrirse en verano estando sanos y con la ropa moderada que tienen? ¿Y cómo guardarán esta decencia, cuando se abrasen con alguna calentura y no los vea nadie, si no se van curtiendo?

## III

### *Su devocion, principalmente en la Misa.*

Tuvo siempre grande cuidado de cumplir la obligacion del oficio divino con rara perfeccion, sin que las muchas ocupaciones que tenia, y á veces se ofrecian de tropel, fuesen parte para que no antepusiese esta á las demás.

Y como la Compañía no profesa el uso del canto y coro, él rezaba sus siete horas canónicas con mucho espacio y sosiego, y á sus tiempos, y en lugar recogido, por quitar todas las ocasiones de derramar el corazon. Por muchos años le rezó de rodillas en medio del aposento.

Cuando por alguna indisposicion no podia estar así, estaba sentado, descubierto y sin arrimarse; porque la reverencia exterior ayuda mucho á la devocion interior, y para provocarse á ella decia: «Pensaré de rato en rato

cómo están los ángeles en la presencia del Señor, con conciencia muy limpia y reverencia muy íntima, y mirándome á mí, sacaré vergüenza de que faltándome limpieza, me falte tambien reverencia. Item me acordaré de lo que dijo nuestro Señor en Job: *Non parcam eis verbis potentibus, et ad deprecandum compositis.*»

De ordinario rezaba solo, sin compañero que le ayudase, por ir más despacio y poder detenerse algo en gozar de los sentimientos que el Señor le comunicase, deseando tambien no tener testigos de ellos; y por lo mucho que en sus pláticas se aprovechaba de los salmos y el espíritu que sacaba de ellos, se echaba de ver la grandeza de estos sentimientos, reparando mucho en cualquier palabrita.

Hasta en el persignarse y santiguarse era muy exacto, haciendo con especial devocion esta santa ceremonia. Dióle nuestro Señor á sentir que, cuando se santiguaba diciendo: «En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,» las tres divinas Personas le echaban su bendicion, y él lo hacia en nombre de ellas.

Mucho más resplandecia su devocion en la Misa, para la cual se aparejaba con gran diligencia, procurando suma pureza con examinar su conciencia muchas veces al dia y confesarse amenudo, y tener recogimiento antes de ir á decirla.

Decíala cada dia, por más ocupaciones y estorbos que se ofreciesen, y aunque anduviese caminos y hubiese por esta causa de perder comodidades y pasar peligros, como le sucedió en el camino de Roma, yendo y volviendo por Francia, y pasando por muchos lugares de herejes, con todo eso nunca la dejó; siempre la decia despacio, con tanto sosiego y devocion, que la ponia en los que la oian.

Uno de la Compañía confesó que se habia movido siendo seglar, á entrar en ella, viendo la devocion, modestia, gravedad y compostura con que dijo Misa é hizo los Oficios de la Semana Santa.

Otra persona que tenia más claros ojos, que fué santa Teresa de Jesus, oyéndole decir un dia Misa, vió que todo el tiempo que duró el sacrificio, tenia en la cabeza una diadema de grandes resplandores, indicio de la grande caridad y devocion interior con que la decia.

Algunas veces se recogia á decirla en una capilla secreta con solo el ayudante, deteniéndose más tiempo de lo ordinario, más ó ménos largo, segun las mercedes que Dios le hacia.

Solia hacérselas grandes y muchas veces. Por esto en sus necesidades, tentaciones, aprietos y negocios árduos acudia al refugio de la Misa, en la cual le comunicaba nuestro Señor luz de verdades y grandes sentimientos

espirituales, de mucho consuelo, enseñanza y aliento cerca de las cosas que habia de hacer ó padecer.

Hablábanle allí muchas veces los Angeles de la Guarda de las personas que confesaba y trataba, revelándole lo que habia menester el alma que le estaba encomendada. Por esto dijo en su libro Sta. Teresa de Jesus que el Santo Sacramento daba luz á este siervo de Dios, que era su confesor, para entender y penetrar sus cosas, que eran extraordinarias y bien levantadas, dando á entender que el mismo Señor por sí ó por su santo ángel se las manifestaba en la Misa.

Y no es maravilla que los santos ángeles que asisten siempre (como dicen los sagrados doctores) á este soberano sacrificio, viendo la mucha devocion con que este gran sacerdote le ofrecia, allí le hablasen y enseñasen lo que él deseaba para gloria del Señor, y le alentasen para hacer su ministerio con la dignidad y santidad que su alteza merece.

Por ventura le nació de aquí la especial devocion que tenia, no sólo con los Angeles de la Guarda, sino en particular (como él lo dejó escrito) con el ángel que presenta á Dios el sacrificio del altar, de quien se dice en el Canon: *Iube haec perferri per manus sancti Angeli tui.*

Acabada la Misa, se detenia largo tiempo con gran recogimiento y devocion, dando gracias por la merced recibida. Allí eran más frecuentes los sentimientos é ilustraciones de su espíritu, como se saca de las que escribió en su libro, diciendo muchas veces que se los dieron despues de dicha la Misa. De estos pondremos ahora sólamente algunos que hacen á nuestro propósito.

Uno fué el dia de la Epifanía. «Açabada (dice) la Misa, acordéme de la buena dicha de estos reyes, y deseándola para mí, oí la interior respuesta que me dijo: Ellos le adoraron y tú le llevas recibido.» Como quien dice: Mayor es tu dicha y la de los justos y sacerdotes de este tiempo, que no sólo adoran al Salvador, sino tambien real y verdaderamente le reciben y llevan consigo en el Santo Sacramento.

Mas, porque no todos aciertan á hacer esto como deben, le dió el Señor otro sentimiento en aquellas palabras de la Misa de este dia: *Ecce Magi.* «¡Maravilla, que los reyes, ricos y sabios busquen á Dios! ¡maravilla! ¡maravilla! ¿Por qué es tanta maravilla? Porque han de caer los ídolos, si han de recibir el Arca de modo que les sea de provecho. En los nobles ha de caer la honra, en los ricos el deleite, en los sabios la hinchada soberbia; cosas que ellos mucho aman, y por no desecharlas determinan á dejar el Arca de Dios, diciendo como los filisteos: No quede con nosotros el Arca de Dios, porque tiene la mano pesada y la aploma sobre nosotros.»

Otra vez le dió nuestro Señor este sentimiento: «Si la vida del alma basta para sí, y para el cuerpo con quien se une, y para todas sus partes, hasta la uñita del más pequeño dedo y el más triste cabello, ¿cuánto más la vida de Cristo, que es vida de Dios, bastará para sí y para el alma, viniendo á ella? Pues esto es lo que dijo el Señor: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, ipse vivet propter me.* Como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí.»

Diga, pues, el alma en comulgando: «Tu vida, Señor, bastará para los dos; tu santidad, tu potencia y tu riqueza. Un poquito de levadura en medio de mucha masa la sazona, ¿y tú en medio de un corazon no lo sazonarás?

»Y entiende que la causa de hallarse el alma dura en la comunion, suele ser, porque habiendo recibido en don al mismo Señor, no queda harta con esta dádiva, y quitando los ojos de ella, los pone en desear ternuras y lágrimas, y justamente es castigado en que no reciba el menor don quien no se harta con el mayor.

»Y si dijeres que lo haces por su contentamiento, responde á tu alma que es grande ignorancia pensar de contentar al Señor por otro camino del que Él quiere, y que es mejor cometer esto á su divina providencia, y tú armarte de paciencia.

»Y añade, que cuando Dios viene al alma, no deja sus bienes en su casa, no deja allá sus ojos misericordiosos, ni sus sabores y dulzuras, ni sus potencias y grandezas; no viene esquilmado, sino lleno; y así, quien tiene á Dios, tiene todos los bienes; y el mejor atajo para tenerlos todos, es apartar los ojos de ellos, y desear á Él solo, y no descansar hasta tenerle muy unido consigo; y entónces se cumplirá lo que dice David: *Satiavit animan inanem, et animam esurientem satiavit bonis.* Hartó al alma vacía, y llenó de bienes á la hambrienta.»

A este modo tuvo el P. Baltar despues de la Misa otros muchos sentimientos de varias verdades muy provechosas. Y como trataba de esta celestial feria al modo que le iba en ella por los grandes regalos y favores que él experimentaba en tales ocasiones, exhortaba á los sacerdotes y á los demás que comulgaban, á que no las perdiesen, imaginando que nuestro Señor les decia: «*Me autem non semper habebitis.* Daos priesa á negociar, porque no tengo de estar aquí siempre con vosotros.»

Para esto les traia estas admirables razones: «Estime siempre en mucho el tiempo que Su Majestad estuviere en el que comulga, atendiendo en él más á venerar su divina presencia y á suplicarle nos dé su bendicion, y á entender que no merecemos que nos muestre su cara, que no á discursos y

meditaciones largas; advirtiendo que no perdamos momentos de gozar de tan dichoso tiempo y de negociar con Su Divina Majestad conforme á lo que dice el *Eclesiástico*: «No se te pase la menor partecita del dia bueno.»

»Digo esto, porque á muchos les comen los piés por irse entónces de allí con color de acudir á la leccion, ó hablar, ó pasear, que es un frenesí intolerable; porque los largos ratos de oracion y leccion, ¿qué son sino unos gritos que damos al Señor para llamarle y traerle á nuestra casa? ¿Pues en qué seso cabe que hayamos gritado muchos ratos y años por este regalo, y que, venido, no veamos la hora que salirnos de ella?

»¿Qué nos pueden enseñar los libros, que no nos lo enseñe Su Majestad? ¿Qué sabor nos pueden dar las criaturas, que no pueda darnos Él mayor hartura? ¿Y qué santidad nos puede comunicar el trato y conversacion con ellas, que no la deje mayor la suya? ¿Qué tiene bueno la leccion, sino aficionar á este Señor? ¿Qué los ejercicios espirituales, sino inclinarle á nosotros?

»Y para esto se pueden ponderar las verdades siguientes, en que el alma habla con Su Majestad. El enfermo, Señor, que con vos no se alegra, muy caido está. ¿El alma que con vos no se alegra, cómo se alegrará? ¿El que con vos no se contenta, cómo no revienta? ¿El que en su casa os muestra mala voluntad, cómo otra vez os aguardará? El que teniéndoos por huésped, rabia por irse de casa, muestra que su corazon traba de otra parte. El que se cansa de estar con vos, habiéndole venido á honrar, que sois su Dios y todo su bien, con quien si negocia no tiene más que hacer; muestra que está frenético.»

Estas y otras sentencias decia este santo varon con gran sentimiento de la tibieza de los que dicen Misa ó comulgan, y no toman tiempo para gozar del Señor que han recibido.

Tambien mostraba la entrañable devocion que tenia al Santísimo Sacramento, en que se le iban los ojos tras él donde quiera que le veia, sin que fuesen parte regocijos, ni personas ó cosas exteriores, para dejar de mirarle siempre.

Visitábale amenudo en la iglesia, teniendo allí largos ratos de oracion, algunas veces las noches enteras, acompañándole y gozando de su presencia.

Lastimábase de ver cuán solos están los templos, cuán llenas las plazas, y cuán pocos son los que negocian con este Señor en este tribunal y trono que tiene en la tierra, habiéndose quedado para esto entre nosotros.

Tenia por gran favor de los religiosos tenerlo dentro de sus casas, para poder visitarle muchas veces de dia y de noche, con más facilidad que los seglares.

Cuenta él en su librito que, habiendo una mañana visitado en el tiempo de oracion todos los aposentos del colegio donde era Rector, como suelen hacerlo en la Compañía, para ver cómo están orando, se volvió á su celda con gran consuelo, considerando cómo estaba en medio de ellos el Santísimo Sacramento.

Ofrecióselo con grande alegría de espíritu que el colegio era un retrato del Cenáculo de los Apóstoles, adonde Cristo nuestro Señor, despues de su resurreccion se les apareció estando las puertas cerradas, y se puso en medio de ellos, diciéndoles: *Paz sea con vosotros*. Pues aquí tambien están las puertas cerradas, y los discípulos dentro, y Jesus en medio de ellos dándoles paz y union.

## IV

### *Su celo y trato espiritual con los prójimos.*

Tenia grande celo del aprovechamiento de sus prójimos, confirmándole nuestro Señor en él con muchas ilustraciones, causándole gran estima del instituto de la Compañía, y la merced que le habia hecho en llamarle para esta gran empresa de las almas.

Una vez habiendo hecho una buena obra, el dia siguiente por la mañana en la oracion vió á nuestro Señor con los brazos cargados de bienes, y como afligido con la carga, ganoso de ser descargado, y como agradecido á quien le descargase; pero con toda la gana que tenia, no se descargaba, porque no habian vasos donde se recibiesen sus dones.

Por aquí entendió que su obra era acepta á Su Divina Majestad, y que por medio de la caridad se alcanzaban de Él grandes bienes; y que se le mostró así, para que se animase á semejantes obras y despertase á otros para ejercitarlas.

Otra vez le dió á sentir que el amor de los prójimos era cosa muy sagrada, prueba del amor de Dios y de la obediencia del alma á sus mandamientos y santo agradamiento suyo; y los que no están sordos á sus voces, todos los oficios que les pide la caridad con los prójimos, los asientan de buena gana por su obediencia, y lo que dan á ellos de si y de sus cosas, hacen cuenta que lo dan á Dios, pues por Él lo dan.

Con esta consideracion les es dulce servir, y sufrir á los prójimos, y hacerse con ellos como una cera blanda, y si son ofendidos de ellos, darles de buena gana su perdon y gracia, buen rostro y dulces palabras, teniendo por cierto que cuales se mostraren con los prójimos, hallarán á Dios; si dulces,

dulce; si misericordiosos, misericordioso; si desabridos, desabrido; creyendo su palabra, que aun por experiencia consta ser muy verdadera, que con la medida que los midieren serán medidos.

Por esto las necesidades de los prójimos las miran como minas riquísimas con que crecen sus almas, y se enriquecen, y cada dia son mas ilustradas. «Entendiendo (dice) este sacramento escondido me admiré y le veneré.»

Y para que no desmayase con los peligros y dificultades que se ofrecen en este trato, le dió nuestro Señor á sentir el bien que se saca de ellas; y así, en descubriéndole los tesoros que se encerraban en aquel verso de David: «Los que navegan por la mar, rompiendo por las muchas aguas, esos verán las obras del Señor,» luego le dió á entender que los tales han de estar advertidos, que si de verdad descendieren al mar, se ha de alterar; pues por esto añadió el Salmista, que se levantó el espíritu de la tempestad, y las olas subian hasta los cielos, y bajaban hasta los abismos. Mas esto sucede para que clamen al Señor, y crezcan; no para que perezcan.

Dióle tambien nuestro Señor grande confianza en su amorosa providencia, y en la ayuda que nos da para semejantes obras, cerca de lo cual tuvo en la oracion muchas ilustraciones admirables en varias materias. Ahora sólo pondremos esta, con que se alentó mucho para sujetarse á las trazas de Dios.

«¿Qué desatino (dice) es pensar que acertarás en lo que Dios no te pone? ¿ó que no saldrá Su Majestad con el negocio que toma á su cargo, aunque los medios por donde quiere guiarle parezcan disparatados? Si el paje que sacó Jonatas para que volviese la ballesta y cogiese las saetas del lugar donde su amo las echaba, reparára en lo exterior que hacia, y que enderezando la saeta al blanco, la arrojaba muy léjos de él, dijera que su señor habia perdido el tino; mas entendida la verdad, era su acuerdo muy atinado. Pues á este modo los acuerdos del Señor, aunque muchas veces son juzgados de los ignorantes, son atinadísimos, y muy eficaces para salir con sus intentos, por cualesquier medios que tomare para ellos.»

Mas porque no diese en el otro extremo de desmandarse con demasía en este trato, le dió nuestro Señor á sentir que era necesaria grande virtud para entrar en él con seguridad.

«Grande (dice) para que tratando con perdidos no se pierda; y oyendo innumerables impertinencias, no sea impertinente; oyendo mil inmundicias, no se tizne; y para que no hinque la rodilla al ídolo de la honra, que el mundo adora. Y si para no perder es menester gran virtud, para guardarse á sí y á los prójimos, ¿cuál será necesaria? Tal ha de ser, que le sea sustento la ponzoña que á los sensuales ahoga y mata.»

Con mucha razon dijo S. Dionisio, que ninguno seguramente puede ser maestro en cosas divinas sin estas condiciones. Primera, que sea semejante á Dios. Segunda, que le saque Él á volar. Tercera, que no vaya descuidado; lo cual alcanzará colgándose de nuestro Señor por la oracion, con fe y confianza que le ayudará, pues le envia, y no querrá que se pierda en el negocio que hace por su mandato.

Pero de su parte ha de hacerse ojos como los animales del cielo, manteniéndose con recato, no dando licencia suelta á los ojos, ni á la lengua, ni á la mano, ni metiéndose en ocasiones que se pudieran escusar; que de ahí son las caidas, no en las que Dios mete; y examinando al fin del ministerio lo que ha hecho, y en lo que ha excedido, aplicando castigo y remedio para adelante.

En el trato con los hombres buscaba con purísima intencion á sólo Dios, y su divina gloria, y santo agradamiento, sin reparar en sus propios daños ó provechos temporales, ni en que las personas con quien trataba fuesen grandes ó pequeñas, principales ó bajas, sino en que Dios nuestro Señor, que tiene cuidado de todos, y redimió á todos con el precio de su sangre, se las enviase, moviéndolas á ello con su santa inspiracion, confirmándose en esto con lo que el mismo Señor dijo: «El que mi Padre me da vendrá á mi; y al que viniere á mi, no le echaré fuera, porque bajé del cielo, no á hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.»

Decia que no queria tratar más almas ni otras que las que Dios queria que tratase, y por sólo fin de agradarle, sin otro interés; para lo cual le movia mucho la queja que nuestro Señor dá por el Profeta Malaquias, de que no haya quien encienda las lámparas y el fuego del altar; ni quien despabile y avive las amortiguadas, y mucho menos quien haga esto gratuito de balde, y sin interés, puramente por servirle y por el bien de las almas.

Por lo cual procuraba tratar con tanta pureza á los penitentes, que ellos mismos echasen de ver, que sólo Dios, sin otros respetos humanos, le movia á tratarlos.

Acomodábase á los que trataba de cualquier suerte que fuesen, grandes ó pequeños, sin desdeñarse de los pequeños, ni dejar pegar su corazon á los grandes. Abominaba de los confesores, que quieren autorizarse por vía de los penitentes, aplicándose solamente á tratar gente lucida y no á otra.

Esta manera de trato llamaba baladí y de ninguna sustancia delante del Señor, que, como dice el Sabio, hizo al grande y al pequeño, y tiene igualmente cuidado de todos, y no quiere que sean despreciados los pequeños, ni que se deje de acudir á los grandes, no por la grandeza temporal, sino por el bien de sus almas.

De aquí le nacia conservar grande superioridad de espíritu, junta con grande afabilidad y muestras de amor, por lo cual grandes y pequeños le amaban entrañablemente, y juntamente le veneraban y respetaban; porque como no miraba en este trato más que el agrado de Dios, llevaba la superioridad del mismo Dios, con la cual rendia y sujetaba toda la grandeza de la tierra, que es muy corta comparada con la divina, de que estaba revestido como fiel ministro del Señor.

Los grandes que trataba, que fueron muchos, reconocian en él una superioridad de espíritu tan grande, que sobrepujaba á la grandeza que ellos tenian, cumpliéndose en él lo que enseñaba á otros, diciendo que habíamos de ser tales, que los que hablásemos se trocasen de manera, que cuando se apartasen de nosotros, fuesen hiriendo sus pechos diciendo: *Vere filii Dei sunt isti:* Verdaderamente estos son hijos de Dios, y tienen espíritu del cielo.

Así lo confesaban todos los que le trataban, no se atreviendo en su presencia á meter pláticas del mundo ni de cosas que no fuesen de Dios, esperando á que él las comenzase, por el gusto con que le oian y el respeto que le tenian.

A esta superioridad acompañaba gran libertad de espíritu en su trato; porque no amaba á los penitentes con amor imperfecto, que tiene mezcla de carne, sino con el purísimo amor de sola caridad y legítimo espíritu; no los amaba para sí, sino para Dios; no buscaba de ellos interés temporal, ni queria recibir las cosas que le ofrecian, por más que le importunasen, por no menoscabar esta santa libertad.

No trataba amistad tan particular y pegajosa que le trabase el corazon, conservándole libre para mudarse á otra parte y dejarlos cuando la obediencia se lo mandase; ni á ellos consentia que le amasen con amor bastardo é imperfecto; y así, cuando se ausentaba, aunque sentian mucho su ausencia, no osaban mostrar delante de él todo el sentimiento y pesar que tenian.

Por la misma razon no les quitaba á ellos su libertad, dejándoles tratar libre y desenfadadamente con algun otro confesor ó Padre espiritual de quien pudiesen recibir provecho para su alma, como esto no se hiciese por liviandad ó entretenimiento.

Sentia mal de los confesores que celan demasiado que sus penitentes no se confiesen con otros, y quitan á las almas la libertad de tratar con los que pueden aprovecharlas, que es un modo de cautiverio y sujecion. Y por esto algun dia de propósito no salia al confesonario, para que se confesasen con otro y con más libertad dijesen lo que por ventura con algun empacho no se atreven á declarar al ordinario confesor.

Y aunque su celo era grande y deseaba la salvacion de todos los del mundo; pero sabia bien que, cuando Dios mete á sus siervos en la bodega de sus preciosos vinos, ordena en ellos la caridad, para que si el vino del amor y celo les embriaga, la discrecion los enfrene y modere; y así, con gran prudencia no trataba más de los que podia sin daño de su espíritu, ni ponia los ojos en que fuesen muchos, sino en que fuesen muy aprovechados y les luciese el trato y comunicacion que con él tenian.

Decia que no es nuestro instituto darse á prójimos á diestro y á siniestro, asegurándose el corazon y perdiendo el espíritu: *Sed in pondere et mensura;* con la moderacion que se compadece con ser hombre espiritual, no faltando á los medios de su oracion y aprovechamiento propio, como en los instrumentos aquel uso es bueno que se compadece con sus filos; porque si el azuela los pierde, golpeará todo el dia, y no hará nada, y afilada hiciera mucho más en una hora; y el mejor obrero evangélico no es el que trae más gente tras sí, sino el que, sin descuidarse de sí, trae más aprovechados los penitentes, aunque sean menos; y así él ponia su cuidado en que los suyos se adelantasen en el servicio de Dios.

Parecíale que ninguno habia incapaz con la ayuda de los Sacramentos de poderse ir mejorando en perder los vicios y malas costumbres, y en adquirir las verdaderas y sólidas virtudes, aunque no fuesen todos para oracion mental y recogimiento interior; y así, no gustaba de vulgo, ni de tratar con los que querian añudar y estancar en su aprovechamiento; y como era conocido este espíritu que tenia, huian de él los que no sentian fuerzas para seguirle.

Mucho más se inclinaba al trato de los que pretendian de veras los más altos grados de perfeccion. Para ayudar á estos tenia singular don de Dios, y trabajaba mucho por aprovecharlos.

Decia que no sólo temia la cuenta estrecha que habia de dar de las faltas en que caen los que están á su cargo, sino tambien la que le han de pedir de las virtudes que no tuvieron, por no saber industriarlos.

Ayudaba mucho á sus penitentes, ya con palabras dichas de propósito para mortificarlos, ya con obras, mandándoles hacer lo contrario de su propia voluntad, ó dejar algo que era de su gusto; en lo cual tenia singular gracia, tocando á cada persona en lo vivo y en lo que más la importaba vencerse.

Hacíalo con tanta suavidad, que ninguno quedaba desabrido, ántes más aficionado y con mayor estima del bien que les hacia, y con mayores ganas de volver otra vez á sus piés.

A unas decia por modo de reprension: «Si yo hubiera hecho con otro lo

que he hecho con Vm. mas adelante estuviera en su aprovechamiento.» Y otras veces: «No perdamos tiempo, que es muy precioso para quien bien le aprovecha.» Decíalo de modo que quien lo oia quedaba con el corazon punzado y movido á salir de tibieza.

Con quien más al descubierto usaba de este medio era con las personas que á velas tendidas iban caminando á la perfeccion, cooperando con nuestro Señor en aguijarlas, y tambien para probarlas; porque ejercicios ó actos de oracion sin mortificacion, ó son ilusion ó no son de dura.

A todos aconsejaba que se venciesen en aquello á que sentian más repugnancia, y en cercenar conversaciones, visitas, cumplimientos y trajes supérfluos, ajustándose á todo lo que era más conforme á la humildad y decencia, segun su estado; en especial á ser muy sufridos y callados en las ocasiones que se ofrecen de humillacion y desprecio, diciéndoles que estos eran los lances con que las almas salen de laceria, y los debian desear como los mercaderes desean sus lances para aumentar su caudal.

## V

### *Fruto que hizo en Avila, en especial con Sta. Teresa de Jesus, cuyo confesor fué.*

Hizo en Avila grande provecho en muchas personas de insigne virtud. Habia entónces en aquella ciudad un buen número de clérigos virtuosos, que habia recogido y allegado á sí el Maestro Daza, varon de ejemplar virtud, para que le ayudasen á remediar almas y necesidades de pobres, no sólo dentro de la ciudad, sino por todo el obispado; pero en conociendo la santidad y grande espíritu del P. Baltasar, quiso, como humilde, imitar al glorioso S. Juan Bautista, que envió sus discípulos á Cristo nuestro Señor, enviándole él los suyos al dicho Padre, para que los tratase, enderezase y alentase.

El Padre los juntaba de cuándo en cuándo, y los hablaba de Dios tan altamente y con tanto fervor, que les duraba por muchos dias.

Señalábales la penitencia que habian de hacer, y el órden de vida que habian de guardar. Un dia de la semana venian á confesar con él, y le daban cuenta de sus conciencias; con lo cual salieron varones muy ejemplares, reconociendo ellos, y publicando el gran don de Dios que este santo Padre tenia en guiar las almas.

Lo mismo reconocian los demás que le trataban, y en especial un hombre principal llamado Agustin Osorio, á quien el P. Baltasar habia confesa-

do estando enfermo, y como despues que sanó volviese á verle en su misma casa, le habló en su aposento con tantas fuerzas y fervor de espíritu, que le rindió y trocó con extraordinaria mudanza, de modo que vivia como un religioso, ocupándose siempre en obras de misericordia; y mirando despues el banco donde habian estado sentados los dos, solia decir con admiracion: «¡Oh si este banco tuviera lengua, cómo pudiera decir las cosas tan altas y tan levantadas, y el espíritu con que me habló aquel santo P. Baltasar!»

Tambien ayudó mucho en su grande espíritu á Francisco de Salcedo, á quien Sta. Teresa de Jesus alabó tanto en su libro, y le llamaba *el caballero cristiano,* porque supo bien juntar la perfeccion de cristiano con las leyes de caballero, cercenando todo aquello en que el mundo es contrario á Cristo.

Mucho más ayudó á D. Francisco de Guzman, el cual, despues de haber dado heróicos ejemplos de virtud, deseó mucho entrar en la Compañía. No se le concedió por el gran bien que hacia en la ciudad; mas ya que no pudo cumplir su deseo en vida, quiso del modo que pudo cumplirlo en la hora de la muerte, viniéndose á morir á nuestro colegio, donde acabó santamente y fué enterrado en nuestra iglesia. Dijo cuando se moria que estaba con grande contento, porque sabia que habia de ir á gozar de Dios; y Sta. Teresa de Jesus testificó que habia visto su alma ser llevada de los ángeles á la gloria.

De esta manera trataba tambien el P. Baltasar algunos otros hombres principales y ciudadanos, dando á cada uno el modo de vida que más convenia á su estado, persuadiéndoselo de manera que lo guardaban siempre.

A un hombre de esta ciudad aconsejó que confesase y comulgase todos los lúnes, y lo cumplió por más de treinta y cuatro años que vivió despues, sin faltar ni mudar el dia, por la fe que tenia en las palabras de su santo confesor, y por este medio le hizo nuestro Señor señaladas mercedes en el alma, y experimentó la divina providencia en el remedio de las necesidades del cuerpo; porque en tiempo de frio, que en Avila suele ser riguroso, no teniendo rama de leña y mucha gente en su casa, le aconteció algunas veces hallar las carretadas de leña descargadas á su puerta; y todo lo atribuia á las oraciones de su buen Padre, el cual tambien tenia otro buen número de señoras y mujeres ejemplares en quien hacia semejante y mayor fruto.

Una de estas fué doña Guiomar de Ulloa, la cual enviudó muy moza, de diez y nueve años; y como tenia buen parecer, era tambien amiga de ser tenida por tal, y de componerse y andar galana.

Comenzó á tratar con el P. Baltasar. Pudieron tanto con ella sus palabras, que recabaron lo que tenia por casi imposible, que fué olvidarse del mundo, de sus galas y locuras, y entregarse muy de veras al servicio de nuestro

Señor, con cuyo favor alcanzó un gran desprecio de la pompa mundana.

Dejó los escuderos y criados; iba sola á las iglesias, llevándose ella debajo del manto un corcho en que sentarse. Por este camino alcanzó no pocas mercedes del Señor, cuya propiedad es honrar á los que por su amor se desprecian, y dar los consuelos del cielo á los que renuncian los de la tierra.

Este espíritu deseaba imprimir en las señoras que se confesaban con él, animándolas á romper con sus gustos, regalos y pompas demasiadas; las que no tenian ánimo para esto, huian de su confesonario, no queriendo oir de su boca lo que no querian acabar consigo de poner por obra.

Las demás ántes gustaban de ser labradas con este primor, como una sierva de Dios, llamada Ana Reyes, á quien el P. Baltasar labró á machamartillo, con rara mortificacion; la cual solia decir que con sólo el mirar la mortificaba, y el semblante grave y severo que á veces le mostraba, bastaba para entender si traia ella algunas cosas que le pudiesen ofender en su persona y vestido, y luego lo reformaba.

En lo que más se señaló el P. Baltasar en esta ciudad de Avila, fué en la ayuda que dió á dos excelentes mujeres que concurrieron allí en un mismo tiempo con raro ejemplo de virtud.

La una fué la Madre Mari Diaz, cuya santidad fué muy conocida y celebrada en aquella ciudad, y hasta ahora dura la memoria de ella. La otra fué Sta. Teresa de Jesus.

Inspiró nuestro Señor á la Madre Mari Diaz, que se confesase en la Compañía; tomó muy á su cargo el fervoroso P. Baltasar Alvarez perfeccionarla.

Puso la mira en quitarla todas las faltas é imperfecciones que en ella advertia, y en fundarla en profunda humildad y paciencia, en grande obediencia y resignacion, haciendo mil maneras de santas invenciones para mortificarla.

Respondíale seca y ásperamente cuando le preguntaba alguna cosa, haciéndola esperar largo tiempo, y que fuese la postrera en confesarse, habiendo venido primero que las otras; á veces la negaba lo que pedia, y la enviaba sin querer oirla; y habiéndola concedido licencia de comulgar tres veces cada semana por las grandes ansias que tenia de la comunion, en esto mismo la probaba y ejercitaba, para que la entrase más en provecho.

Y porque los justos que no tienen pegado el corazon á las cosas temporales, no sienten tanto la mortificacion en ellas, como en algunas espirituales en que tienen librado su consuelo, en estas han de ser probados, para que en todo estén resignados en la voluntad de Dios, y de Él solo estén asidos.

Para este fin la dijo una vez que no comulgase sin confesar con él; porque algunas veces la hacia confesar con otros.

Vino el dia siguiente, que era dia de comunion, y no quiso bajar al confesonario hasta que supo que otras tres ó cuatro estaban esperando; cuando bajó, hizo que se confesasen primero las demás que habian venido; entre tanto vinieron otras, y tambien las llamó primero: antes que acabasen, dió el reloj las once, y levantóse de su silla, diciéndola que volviese el dia siguiente.

Vino el otro dia: trazó el Padre las cosas de manera que sucediese lo mismo; y de este modo la tuvo más de veinte dias sin confesar ni comulgar; porque juzgó este santo varon que lo que dejaba este tiempo de ganar con los Sacramentos, lo recompensaba con el cuotidiano aparejo y hambre que tenia de recibirlos, y con los heróicos ejercicios de paciencia y mortificacion, que la disponian para poderlos recibir despues con mayor frecuencia.

Sentia mucho esta dilacion la Madre Mari Diaz; mas no osaba replicar por el respeto que le tenia, ni dejarle por el amor que le habia cobrado, aunque la trataba con tanta aspereza, que solia ella por gracia decirle: «Mi Padre, y las mis rencillas.»

Otra vez entró en la iglesia con chapines y báculo; venia, al parecer, autorizada; como el P. Baltasar la vió entrar, llamóla y díjola si queria hacerse dueña ó señora, que no le faltaba más á su soberbia.

Luego la mandó que se saliese á la calle y dejase allí los chapines, y entrase como habia de entrar, y como quien era.

Hízolo así al punto la sierva de Dios, sin mirar que los podian hurtar, y cuando volvió, la dijo que no comulgase en pena de su desvanecimiento, aunque, viéndola tan rendida y humillada, al fin se lo concedió.

A los principios era perseguida de los demonios; y despues que una vez la maltrataron mucho, tenia algun miedo, y por esto trujo un niño de los de la doctrina que durmiese en su aposento.

Entrando en él un dia el P. Baltasar, como vió el estradillo donde dormia el niño, y supiese la causa, la reprendió con aspereza, diciéndola: «¿De qué sirve ese niño? ¿no tiene vergüenza? ¿tan niña es, que se está á los principios á cabo de tanto tiempo? ¿y tan poca confianza tiene de nuestro Señor?»

Con esto luego echó de allí el estradrillo, obedeciendo á lo que el Padre insinuaba.

Estando en la tribuna de S. Millan, donde vivia con licencia del Obispo, solia salir de cuándo en cuándo á visitar algunas señoras principales. Díjola el P. Baltasar que ahorrase de tiempo para emplearle en vacar á Dios; y desde entónces nunca más salió á visitar á nadie; y quejándose las señoras

de su confesor, porque les privaba del consuelo que recibian en hablarla, ella no se excusaba, como suelen hacerlo algunas, echando la culpa á sus confesores; ántes le excusaba diciendo: «Mi confesor no me dice que no visite, sino que guarde mi recogimiento.»

Con estas y otras mortificaciones la ejercitaba este diestro maestro de espíritu, no sólo por el grande bien que ella recibia, llevándolas de tan buena gana, sino tambien para ejemplo de otros, y para que los negligentes viesen cuán dignos eran de reprension sus defectos verdaderos, pues así era tratada la que era inculpable en cosas que apénas tenian apariencia de defectos, y se alentasen á enmendar los suyos.

Cuanto ayudó al P. Baltasar á Sta. Teresa de Jesus, ella misma lo confesaba, porque preguntándola una de sus monjas si la estaba bien tratar con este santo Padre, la respondió: «Haríaos Dios una grande misericordia, porque es la persona á quien más debe mi alma en esta vida, y la que más me ha ayudado para caminar á la perfeccion.»

Y en el libro que hizo por mandado de su confesor, tratando cómo todo su bien estuvo en tratar con Padres de la Compañía, y del provecho que la hizo el primer confesor que tuvo, dice del segundo confesor, que fué el P. Baltasar: «Este Padre me comenzó á poner en más perfeccion; decíame, que para contentar del todo á Dios, no habia de dejar nada por hacer, y con harta maña y blandura me quitó las amistades.»

Y fué así, porque, como viese que esta sierva de Dios sentia gran dificultad en dejar algunas amistades buenas, pareciéndola ingratitud no querer bien, y mostrarlo á quien la queria bien, procuró quitarla este estorbo con destreza, persuadiéndola primero, que lo encomendase á Dios algunos dias, y que rezase el himno: *Veni Creator Spiritus*, para que la diese luz con que conociese cuál era lo mejor.

Hízolo así, y salióla tan bien, que nuestro Señor en un rapto la dijo: «No quiero que tengas mas conversaciones con hombres, sino con Angeles.» Y desde entónces nunca tuvo consuelo ni amistad con persona que no fuese muy sierva de Dios, cercenadas todas las imperfecciones y demasías que solia tener.

Fué grande la prudencia de este buen maestro en no querer arrancar de golpe estas amistades, sino ponerla en camino para que Dios nuestro Señor, cuya es esta obra, las arrancase; porque á esto ha de enderezarse nuestra industria con las personas á quien Dios suele comunicarse.

Fuera de esto, la mortificaba en reprimir las priesas que tenia en algunas cosas que pretendia, para que se hiciese señora de sí misma, aun en las cosas buenas que trataba; conforme á lo que dice S. Pablo: «Aunque muchas

cosas nos sean lícitas, mas no todas son convenientes, ni me quiero hacer esclavo de algunas de ellas.»

Una vez la Santa con mucha congoja le escribió una carta estando él fuera de Avila, pidiéndole que la respondiese luego, porque estaba muy fatigada. Mas el P. Baltasar, juzgando que importaba más mortificarla, y moderar aquellas priesas y congojas, respondió luego á la carta, y puso en el sobrescrito que no la abriese en un mes, y así lo hizo con harta mortificacion suya.

Mucho más la probó en el tiempo de sus borrascas, sobre el camino por donde Dios le llevaba, que era muy alto y extraordinario; porque alguna vez de propósito la decia cómo todos afirmaban, que era ilusion del demonio lo que tenia, y la daba á entender que le parecia lo mismo.

Quitóla la comunion por veinte dias para ver cómo lo llevaba. Ejercitábala con tantas mortificaciones, que estuvo muchas veces tentada de dejarle, porque la afligia y apretaba mucho; pero siempre que se determinaba á esto, sentia en su alma una grave reprension, que la decian que no lo hiciese, y así, perseveró con él, y vino á cobrarle grande respeto y amor.

Debíaselo bien; porque, enterado en la verdad del buen espíritu de la Santa con la luz que Dios le dió y con la que sacó de los libros espirituales que leyó para este fin, y con las pruebas que habia hecho; tomó muy á pechos el defenderla, y fué todo su consuelo y amparo para llevar las contradicciones que tuvo, y no desmayar con la diversidad de pareceres que hubo cerca de su espíritu.

Hablando ella de esto en el capítulo XXVIII de su libro, dice, que á los que le decian que estaba ilusa, y que sus revelaciones eran falsas, respondia que no podia ser, porque ella experimentaba en sí mucha mejoría en la disminucion de los vicios y aumento de las virtudes. Y luego añade estas formales palabras del P. Baltasar Alvarez, mostrando la estima que de él tenia:

«Mi confesor, que era un Padre bien santo de la Compañía de Jesus, respondia esto mismo, segun yo supe. Era muy discreto y de gran humildad; y esta humildad tan grande me acarreó muchos trabajos, porque con ser de mucha oracion y letrado, no se fiaba de sí, como entónces no le llevaba Dios por este camino; pasólos harto grandes conmigo de muchas maneras; supe que le decian que se guardase de mí, no le engañase el demonio con creerme algo de lo que le decia, y traíanle ejemplos de otras personas.

»Todo esto me fatigaba, y temia que no habia de haber quien quisiese confesarme. Fué providencia de Dios querer él durar y oirme. Mas era tan grande siervo de Dios, que á todo se pusiera por él; y así me decia, que no

ofendiese yo á Dios, ni saliese de lo que él me decia y no tuviese miedo de que me faltase.

»Siempre me animaba y sosegaba, mandándome que no le callase ninguna cosa, porque haciendo yo esto, aunque fuese demonio, no me haria daño, ántes el Señor sacaria bien del mal que él queria hacer en mi alma.

»Yo, como traia tanto miedo, obedecíale en todo, aunque imperfectamente, que harto pasó conmigo tres años y más que me confesó con estos trabajos; porque en grandes persecuciones que tuve y cosas hartas que permitia el Señor me juzgasen mal y mucho estando sin culpa, con todas venian á él y era culpado por mí, estando sin alguna culpa.

»Fuera imposible, si no tuviera tanta santidad y el Señor le animara, poder sufrir tanto; porque habia de responder á los que les parecia que iba perdida, y no le creian; y por otra parte habia de sosegar á mí y curar el miedo que yo traia.

»El me consolaba con mucha piedad, y si él se creyera á sí mismo, no padeciera yo tanto; que Dios le daba á entender la verdad en todo, porque el mismo Sacramento le daba luz, á lo que yo creo.»

Todas estas son palabras de Sta. Teresa de Jesus, en las cuales se echa bien de ver la humildad y prudencia del P. Baltasar, pues en cosas tan graves no queria gobernarse por su solo parecer, y cuán acertado era este; pues acertó entre tantos que erraron, y aprobó lo que ahora todos aprueban. Y en lo que dice en las últimas palabras, que el Sacramento le daba luz, apunta las revelaciones que tenia en la Misa cerca de las personas que tenia á su cargo.

Tambien le ayudó mucho en el intento que tuvo de hacer el monasterio de la Recoleccion; y aunque despues, viendo la contradiccion que habia, la mandó que cesase por algun tiempo, y con la duda que tenia se inclinaba á que no pasase adelante; mas nuestro Señor, que la mandaba proseguir con su intento, la mandó tambien dijese á su confesor que tuviese á la mañana oracion sobre aquel verso del salmo 91: *¡Quam magnificata sunt opera tua Domine! nimis profundae et sanctae sunt cogitationes tuae,* que quiere decir: ¡Cuán engrandecidas son, Señor, vuestras obras! muy profundos son vuestros pensamientos.

En esta oracion vió el P. Baltasar claramente ser aquello lo que Dios queria, y que por medio de una mujer habia de mostrar sus maravillas; y así, la dijo que no habia de dudar más, sino que luego volviese á tratar de la fundacion de su monasterio, y la enderezó y ayudó á hacer las constituciones y reglas con que ahora se gobiernan todos los demás que hay en su Religion, favoreciéndola tambien cuanto pudo á sus fundaciones.

Pagóle la Santa lo mucho que hacia por ella; porque, estando el P. Baltasar muy apretado con una tentacion de su predestinacion, dando y tomando sobre si habia de salvarse ó no, la Santa Madre se lo conoció y acudió á nuestro Señor para que le ayudase; el cual la reveló que se salvaria, y la mostró el aventajado lugar que habia de tener en el cielo, y le dió á entender que estaba en tan alto grado de perfeccion en la tierra, que no habia entónces en ella quien le tuviese mayor, y conforme á él le responderian despues los grados de gloria.

Recibida esta revelacion, dijo al P. Baltasar que se consolase, porque el Maestro decia (que así llamaba ella á Cristo nuestro Señor) que era cierta su salvacion. Desde aquel punto quedó tan consolado y animado, que echó bien de ver haber sido aquella revelacion del cielo.

Y la misma Santa lo contó á muchos otros Padres de la Compañía, y á algunas de sus monjas, y á otras personas religiosas que lo contaban por muy cierto; y el mismo P. Baltasar tuvo despues otra semejante revelacion.

Pero no quiero dejar de ponderar en esta revelacion, que al tiempo que sucedió y se dijo que excedia á los que entónces vivian en la tierra, habia muchos de insigne santidad en la Iglesia, en la Compañía y fuera de ella; y si entónces era tan aventajado en la santidad, ¿cuánto más lo seria despues que vivió algunos años, empleándose en obras heróicas del divino servicio?

Fuéle tambien mostrado á la Santa la grande santidad de este bendito Padre, por una corona de grandes resplandores con que, estando diciendo Misa, le vió coronado.

## VI

### *Su altísima contemplacion.*

Dijo tambien Sta. Teresa que en ningun punto de oracion hablaba al P. Baltasar que no fuese él delante; en lo cual dijo mucho, porque fué mucho lo que el Señor la dió; y semejante don ordinariamente no se da sino al que está muy medrado.

Pero presto veremos los grandes fundamentos que hay para creer lo que esta Santa dijo; porque habiendo detenido nuestro Señor á este su siervo por espacio de diez y seis años, como detuvo á Sta. Teresa diez y ocho, en el modo de oracion ordinario, fué levantado de repente á una excelente contemplacion y oracion heróica, de grande quietud y union, donde, como se dice de S. Dionisio Areopagita, *patiebatur divina*. De lo cual dando él cuenta, como humilde y obediente, al General de la Compañía, dice de esta manera:

«Llegados ya diez y seis años, á deshora me hallé con un corazon mudado y dilatado, con suelta de criaturas, con un pasmo semejante al de los bienaventurados, que dirán en el juicio final: Cuando te vimos, Señor, vimos todo bien y toda hartura.

»Aquí recibí muchas cosas juntas. Lo primero, aprecio de lo precioso, y saberlo distinguir de lo vil. Aquí hallé medios no difíciles para el cielo, y á mí entre una congregacion señalada para la Bienaventuranza. Aquí recibí inteligencia nueva de verdades, con que el alma andaba bien sustentada, que tenia por remate quietud y sosiego, hasta meterme en el pecho de Dios, de donde salian.

»Despues me faltó esto por un poco de tiempo, y volvia de cuándo en cuándo, y ahora más á menudo, gracias á Dios. Aquí recibí tambien alivio para vivir en cruz, trabajo y prueba mientras Dios quisiere.

»Fuí tambien perdiendo el miedo que por mi corazon estrecho y pusilanimidad tenia á hombres de mayor entendimiento y á los que eran santos, ante los cuales no osaba parecer, por verme deshecho entre ellos, y porque me veia sin entendimiento, persona y letras, y no me parecia que podia vivir sin un santo á un lado y un hombre de negocios á otro.

»Ahora me parece, que aunque á todos estimo y de todos me hallo necesitado, pero no de esa manera, sino que mejor viviré con Dios solo, en el cual todo lo tengo. Aquí me dieron inteligencia de la facultad del espíritu interior, para mí y para otros, segun aquello del salmo: *Quoniam respexisti humilitatem meam salvasti de necessitatibus animam meam.*

»Desde entónces experimenté una vida interior, dada de Dios, para regirme por Él, aun en cosas menudas. Las cosas que me solian acosar, hállolas ahora hechas mejor que si las pensara dias y noches, y vi por experiencia aquello de S. Pedro: *Omnem solicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis.*

»Y experimentando yo con qué dificultad vuelvo á mi puesto cuando no he hecho lo que debo, esto me ha sido un gran motivo y defensivo en el trato de los prójimos para hacer mi deber en él, no vaciándome, y para no pecar.

»Aquí recibí alivio en el gobierno, sin que me llevase tras sí, lo cual es obra de una voluntad libre y desembarazada, entre muchos cuidados, pasar sin ningun cuidado. Aquí recibí entrar dentro de mí con veras, y tambien se me fijó una como ordinaria composicion corporal de Cristo nuestro Señor.

»Aquí cayeron las ansias y tentaciones de tener mucho más tiempo para oracion, y experimenté que da Dios más en una hora de oracion al mortificado, que en muchas al no tal, y que me daba más por el camino de las

ocupaciones puesto por Dios, que no en el ocio y lugar de leer santos, que sin esa obediencia procuraba.

»Desde entónces las faltas me humillan, no me amargan, antes en cierta manera me alegran humillándome, porque descubren lo que hay, y sírvenme de que me fie poco de mí, y me pase á Dios, y me parece que son unas como ventanas del alma, por donde entra la luz de Dios, y veo que las faltas no queridas ni hechas á sabiendas (como dicen) no quitan las trazas de Dios; y así, no doy ni paro tanto en ellas, sino lo que basta para estar en vergüenza ante Dios, y entender que hemos menester dejarnos á nosotros; y las faltas ajenas me mueven á compasion, y veo que era impaciencia mia traerlos podridos, y que es menester sufrirlos, mirando poco á ellos y mucho á Dios; y á esto se sigue dar Dios los súbditos rendidos: *Qui subdit populum meum sub me*, etc.»

En su libro dice tambien: «Entrando en la oracion sentí la presencia del Señor, que estaba allí de una manera que ni se veia ni se imaginaba; pero sentíase, y aprendíase con más certeza y claridad que lo que se ve y se imagina, y los indicios de esto son:

«Primero, lo que así se ve obra más en el alma que lo que se imagina ó ve corporalmente. Lo segundo, obra paz y contento tan grande, que parece meter nuestro Señor al alma en su reino, y viéndose ella puesta en tanto bien, que ni lo imaginó ni lo mereció, dice al Señor aquello de David: ¿Quién es el hombre para que os acordeis de visitarle? Y lo que dice su Majestad que le dirán los justos el dia del juicio, cuando les diere razon del reino que les da: Señor, ¿cuándo te vimos ó te acogimos,? etc. Así le dice el alma: Señor, ¿qué servicios te he hecho yo? Señor, ¿cuándo te merecí tan grande bien?

»Lo tercero, sale de allí el alma, ni suya, ni de nadie, sino toda del que es todas las cosas, conforme á lo que dice David: «Una sola cosa pido y pediré, que es ser de los familiares de la Casa de Dios, porque me ha metido en lo secreto de su Tabernáculo.» Y allí metida el alma, comienza Dios á amanecer en ella y á mostrársela; allí la regala y la es dulce y tierna cosa mirarse á sí, como á tal, y pensar en los que ama por el Señor mucho más que si los amara por sí ó fueran suyos.

»Lo cuarto, en que pensando si puede el demonio fingir aquella bendicion, no se acaba de persuadir el alma, que sea de mal espíritu cosa que tan buena la deja y tan bien la pone con su Dios. Lo quinto, en que dice con S. Pedro: «Bueno es, Señor, estarnos aquí » Huye de todo sueño, y no se cansa de orar.

»Lo sexto, en que parece experimenta lo que dice S. Dionisio, cap. 1. *De*

*mística Teología,* que no entendiendo nada, trasciende toda inteligencia; parece que no conoce nada por una parte, y por otra no puede atender á otra cosa, ni dejar de tener mucha satisfaccion con la que tiene, sin verla ni tocarla, aunque está de ella más cierta y con más claridad que de todo lo que ve y toca.»

Por estas palabras se echa bien de ver la grande luz intelectual que nuestro Señor le comunicaba en la oracion, pues con ella entraba en el reino de Dios, que es el paraíso de sus deleites, y justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, y de ella salia tal, que ya no era suyo ni de otros, sino todo de Dios, con quien estaba unido y hecho un espíritu; y así, á cierta persona afligida dijo él mismo en buena ocasion, tratando de la oracion, que habia mucho tiempo que vivia ya en otra region, entendiendo, á lo que parece, lo que dice S. Pablo, que su conversacion era en los cielos.

De aquí procedió otro singularísimo favor que le hizo nuestro Señor, asegurándole que entraria en aquel reino eterno, para ser su perpétuo morador; así lo descubrió el mismo Padre al P. Gil de la Mata, que despues fué enviado al Japon, y volvió de allá dos veces por Procurador de aquellas Indias, para tratar de sus negocios con nuestro P. General.

Como un dia tratase familiarmente con el P. Baltasar de la dichosa suerte que tendria un alma si pudiese estar cierta de su salvacion por los peligros en que se mete en estas empresas por amor de Dios, le respondió: «Yo á lo ménos por palabras claras y expresas tengo seguro el negocio de mi salvacion; y esta es una de las misericordias que nuestro Señor hace á algunos, la cual más les sirve de espuela para correr que de freno para parar.»

Otra vez estando en oracion, vió una procesion de bienaventurados, y á sí entre ellos; y esta vision contó al Superior, dándole cuenta de la conciencia, y se sabe por relacion de dos personas de la Compañía, muy graves, y de ella parece que hace mencion en su relacion, cuando dijo que se halló de repente en una congregacion señalada para la bienaventuranza, y es conforme á la revelacion que de ello tuvo Sta. Teresa de Jesus.

Comunicóle tambien nuestro Señor grande sabiduría y ciencia, infundiéndole un alto y general conocimiento de verdades y ciencias sagradas.

Entró el P. Juan de Pineda en la Compañía siendo colegial en el colegio de Oviedo de Salamanca, y habia sido graduado en leyes, y temblaba de comenzar los estudios de Artes y Teología, pareciéndole que no podria salir con ellos; y para animarle á confiar en Dios, que supliria la falta de su industria, le contó en secreto que andando él con pena y tristeza por parecerle que por las muchas ocupaciones que tuvo cuando estudiante y despues de ordenado, no habia estudiado tanto como era necesario, y así, las

letras escolásticas le habian de hacer falta para los ministerios que usa la Compañía de confesar y predicar; pero habiéndose ejercitado mucho tiempo en la oracion, á deshora un dia sintió una luz extraordinaria en el entendimiento, con la cual vió y entendió tan claramente las verdades escolásticas y conclusiones teológicas, como si muchos años con gran curiosidad las hubiera estudiado, y desde entónces le quedaron tan impresas en el entendimiento, que nunca más sintió la falta que solia.

A otro Padre grave dijo que nuestro Señor le habia hecho merced de darle inteligencia de la divina Escritura y de las materias morales; y que desde el dia que recibió este favor, habia perdido el miedo que solia traer, sin atreverse á estar sin tener á su lado algun hombre muy docto con quien consultar luego las dudas que se le ofrecian.

Otras veces solia decir hablando de esto: «Yo no tengo mucho entendimiento ni estudio, mas con tratar almas buenas, leer santos y tener oracion, me ha hecho el Señor merced de darme inteligencia de la sagrada Escritura.

## VII

*Es insigne en el don de profecía.*

Esta luz que nuestro Señor le comunicó fué al modo de la lumbre de profecía, la cual (como dice S. Gregorio, á quien sigue Sto. Tomás) manifiesta dos cosas propias de solo Dios; conviene á saber, los secretos del corazon humano y las cosas que están por venir.

En entrambas cosas ilustró nuestro Señor á este su siervo, unas veces revelándole los secretos del corazon de las personas con quien trataba, para guiarlas con acierto.

Otras veces le revelaba cosas que estaban por venir, de las que dependen de nuestra voluntad, asegurando de ellas á las personas á quien tocaban.

Confirmacion de todo esto es lo que le pasó con el P. Francisco de Avila, que fué gran religioso en nuestra Compañía, y habiendo ido en la armada que el adelantado D. Martin de Padilla llevaba á Irlanda, á la vuelta murió en la Coruña; el cual, siendo estudiante seglar en Salamanca y mozo de gentil disposicion y valiente, venida la cuaresma, se recogió en nuestra casa, como otros muchos estudiantes lo hacen allí en aquel tiempo, para confesarse despacio y tener algun ejercicio de oracion.

No llevaba propósito de ser religioso, mas á pocos dias que estuvo recogido, le dió nuestro Señor una gran luz que le convenció el entendimiento de que le convenia dejar el mundo y entrarse en la Compañía por muchas

razones que se le representaron para ello; y aunque estas le hacian mucha fuerza, pero la voluntad estaba tan repugnante, que le daban congojas y bascas como de muerte. Erale necesario salirse á respirar fuera del aposento, porque le parecia se ahogaba.

Estando en esta congoja, llegó el P. Baltasar, y le animó y consoló diciendo que él lo encomendaria á nuestro Señor, y haria que los de casa hiciesen lo mismo.

Fué de tanta eficacia su oracion, que dentro de poco rato le dió nuestro Señor ánimo para romper por todas las dificultades que se le ofrecian, y se determinó con mucho fervor y lágrimas de entrar en la Compañía y estar en ella perpetuamente, aunque fuese reventando.

En acabando de arrojarse á los piés de Cristo nuestro Señor y de ofrecerle este sacrificio, sintió tanta mudanza en su corazon, que parecia bien ser de la diestra del Altísimo, y ya no sentia congojas, ántes grandísimo consuelo y un extraordinario y afectuoso deseo de ser recibido en la Compañía.

Volvióle á visitar el P. Baltasar, y habiéndole contado todo lo que por él habia pasado, le dijo con un rostro muy severo: «Dé muchas gracias á nuestro Señor por la merced que le ha hecho; ya yo sabia que esto habia de ser así: como cuando el Profeta Elías dijo á su criado que fuese á ver si se levantaba alguna nube del mar, y habiendo ido siete veces, á la postrera dijo: «Una nube pequeña, como la huella de un hombre, se levanta de la mar;» entónces envióle el Profeta al rey Acab, para que le dijese que se bajase del monte, porque venia grande lluvia; y así fué, que luego los cielos se oscurecieron, y llovió con grande abundancia; así yo tambien habia visto que esto habia de ser, esto quédese en su pecho.»

De las cuales palabras se sacaba bien lo que habia alcanzado de Dios con su oracion, y en ella se lo habia revelado. Esto dió por escrito el mismo P. Francisco de Avila.

Otro Padre familiar suyo contó tambien que, habiendo ya pedido la Compañía y díchole el P. Baltasar Alvarez que le recibiria, volvió el demonio á tentarle fuertemente, que le pesó de haberlo pedido; y queriendo salirse de los Ejercicios sin nota, pidió licencia al P. Baltasar Alvarez para irse á despedir de ciertos parientes, y á tratar con ellos un negocio que tenia.

El Padre le respondió: «Vaya con Dios, y como toma tiempo para mirar lo que ha de hacer, nosotros le tomaremos para mirar tambien lo que nos conviene.»

Por esta respuesta entendió que le habia conocido los pensamientos, y

determinó de quedarse, hasta que con efecto le recibieron en la Compañía.

Tambien el siervo de Dios D. Francisco de Reinoso, Obispo de Córdoba y ejemplo de Prelados, cuya santa vida es muy conocida y está ya publicada, cuando vino de Roma con muy gruesa renta eclesiástica, quiso recogerse algunos dias en la casa que entónces teniamos en Simancas, y hacer allí los Ejercicios espirituales de la Compañía, para poner órden en sus cosas y tratar de su perfecta reformacion; y como pidiese algun Padre á propósito para esto, diéronle al P. Baltasar, por ser tan diestro en este oficio; el cual un dia, acabado de comer, estando los dos sólos, como si le leyera el corazon, comenzó á decirle todos sus pensamientos é intentos, y las trazas que traia de Roma y todo cuanto por él pasaba.

Causó esto tanto espanto en el buen D. Francisco (como él mismo lo contó despues) que derramando muchas lágrimas por sus ojos, se puso en sus manos, para que trazase su vida como viese que se habia Dios de servir más de ella.

Salió de los Ejercicios tan industriado en las cosas de oracion y tan reformado en la vida, gastos y pompas del mundo, que causó no pequeña admiracion en todos los que le conocian, con provecho de muchos pobres, á quien socorria liberalmente con sus limosnas.

De allí adelante se iba de cuándo en cuándo desde Palencia, donde residia, á Villagarcía, donde estaba el P. Baltasar, á renovar los mismos Ejercicios, sacando de ellos grande bien para su alma, admirándose de los grandes dones que nuestro Señor habia puesto en el santo Padre.

Entre las personas que confesó y trató mucho en Medina, fué doña Elena de Quiroga, sobrina del Cardenal D. Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, la cual despues se entró monja Descalza Carmelita, donde vivió y murió santamente. Esta señora contó dos cosas notables que le pasaban comunicando con el P. Baltasar.

La una, que sus palabras se le pegaban al corazon más que las de los otros, y la encendian y enternecian con abundancia de lágrimas. «Una vez (dice) me hizo llorar mis pecados cien veces más que en toda mi vida los habia llorado; y duróme esto algunos dias, hasta que torné á él, y se lo dije; y él me respondió: «Gracias á Dios que sacamos agua de la piedra, y luego me consoló.»

La otra era, que echaba de ver por experiencia que la enseñaba lo que habia menester para su alma, como si viera claramente las necesidades que habia en ella. Algunas veces, antes que le contase la necesidad que traia, la daba el remedio que habia menester; y en particular, yendo una vez muy trabajada á hablarle, en entrando en el confesonario se lo conoció sin ha-

berle dicho palabra; y la primera que él dijo fué: «Ea, señora, buen año tenemos, gran cosecha ha de haber, trabajos con paciencia gran bien acarrean.»

Y otra vez, quejándose de la sequedad que padecia en la oracion, antes que ella le hablase, le previno diciéndola: «Si sequedad es buen año, buen año tenemos,» con lo cual quedó no poco alentada.

Esto mismo sucedió á otra sierva de Dios á quien por su mucha virtud concedian licencia de comulgar cada dia; y un dia que se iba á confesar, la hizo esperar dos horas, y cuando bajó al confesonario, la dijo todo lo que en aquellas dos horas habia pasado por su alma; con lo cual quedó admirada y alentada, dando por bien empleado su trabajo en aguardar, porque semejantes revelaciones hácelas Dios á sus ministros, no sólo para acreditarlos, sino para alentar á los que se confiesan y tratan con ellos, para que les entren más en provecho sus ministerios.

Vió tambien en espíritu el desconsuelo que tenia doña Ana Enriquez, hermana del marqués de Alcañices, estando ella en otro lugar apartado de Medina del Campo, donde á la sazon estaba este siervo de Dios. Suplicó á nuestro Señor con mucha instancia, diese órden cómo se viesen, para poderla consolar como habia menester.

Dióle Su Majestad en que se ofreciese luego hacer un camino con su marido, y pasasen por Medina, aunque era rodeo, y ella lo contradecia por no rodear; pero todas las dificultades venció la oracion del Padre, el cual la confesó y habló de tal manera, que hizo en ella una operacion extraordinaria, dejándola tan llena de consuelo, que vino á decirle que no le hablase más palabra, porque ya no podia llevar tanto.

Tambien afirmó que en otras varias ocasiones la dijo muchas cosas futuras que la habian de suceder, las cuales salieron así como se las habia dicho.

Estando tambien el siervo de Dios en Medina del Campo, un novicio tentado de dejar la Compañía é irse á la Cartuja, se resolvió de ejecutarlo, ofreciéndole el demonio buena ocasion para ello con fin de que perdiese lo uno y lo otro; porque una noche de verano, al tiempo que se cerraban las puertas de casa, se quedó escondido en la huerta, y saltando por unas tapias se salió.

El que visitaba las luces despues de todos acostados, como es costumbre, echó de ver que faltaba aquel novicio, y sospechando lo que podia ser, acudió al P. Baltasar Alvarez, que como buen pastor estaba en vela, orando (como solia) por su ganado. Cuando oyó esto, luego se fué á la capilla de nuestra Señora que hay en aquel colegio, y habiendo tomado la disciplina que solia, se estuvo toda la noche en oracion, suplicando á nuestro Señor y

á la sacratísima Vírgen, su Madre, se compadeciese de aquella oveja que iba descarriada.

Fué tan eficaz su oracion, que no sólamente fué oido, sino tambien le fué revelado que volveria libre de aquel peligro, que sin duda fué muy terrible; porque el pobrecito novicio que iba muy de priesa y muy congojado, pareciéndole que iban tras él y que á cada paso le alcanzaban, cuando llegó á la mitad del camino, le comenzó á turbar una fuerte imaginacion que le tuvo muy perplejo, ofreciéndole que en Aniago, que era el monasterio de Cartujos, adonde caminaba, no habian de dar crédito á lo que dijese; pues si le preguntaban de dónde venia, habian de saber que venia huyendo de la Compañía, y por el mismo caso no le recibirian. Tambien volver atrás parecíale cosa dificultosa, y quedarse en el siglo cosa afrentosa; pero siempre caminó hasta que llegó á la puente de un rio que está en el camino. Entónces acudió el lobo infernal ansioso de tragar aquella pobre alma, ofreciéndole á la imaginacion por mejor remedio para salir de su perplejidad, echarse de la puente abajo para ahogarse, y acabar de una vez con todo.

Apretándole mucho esta tentacion, fué nuestro Señor servido, por la oracion de su santo pastor, que en medio de aquellas tinieblas le pareciese un resquicio de luz que le persuadia volviese luego al colegio de la Compañía, facilitándoselo mucho; porque, como era de noche, no le habrian echado ménos, y por la misma parte donde se salió podia volver á entrar en la huerta antes que abriesen las demás puertas de casa, y en abriéndolas podia luego entrarse dentro, sin que nadie le viese ni reparase en ello.

Hízosele esto tan fácil, habiéndosele hecho antes tan dificultoso, que se resolvió á ejecutarlo; sucedióle puntualmente como lo habia pensado, ó por mejor decir, como el buen ángel se lo habia inspirado.

A la mañana, como el mismo que le habia echado ménos le hallase en casa, fuélo á decir al santo Padre, el cual le respondió cómo ya el lo sabia, dando á Dios las gracias por ello.

Pasados algunos dias llamó al novicio, el cual le contó todas las cosas que le habian pasado, y de ahí adelante quedó tan quieto, como si tal cosa no le hubiera sucedido. Por donde se ve el amor que nuestro Señor tenia á su siervo, pues no sólamente le concedia lo que le pedia, sino allí se lo manifestaba para aliviar presto su pena.

Estando en Avila, una mujer de las que se confesaban con el siervo de Dios, estando muy afligida por la ausencia de su marido, que tambien era muy devoto del P. Baltasar, y no habia podido saber de él muchos dias habia, vino á decir su trabajo á su santo confesor, para que la consolase. El la oyó, y se enterneció de verla llorar, llorando tambien con ella, hasta que re-

parando en lo que hacia, dijo: «¿Qué consuelo doy yo con llorar tambien? No lloremos, que todo se remediará, porque vuestro marido estará aquí sin falta esta semana:» así se cumplió, que aquella semana vino, y la mujer testificó que se lo habia dicho antes el P. Baltasar, con lo cual quedó más alentada para servir más á Dios, dándole gracias porque tan buen Padre y confesor le habia dado.

Otra cosa semejante sucedió al mismo marido de esta mujer, como él mismo lo contó á otro Padre de la Compañía, con quien se confesaba, despues que salió de Avila el P. Baltasar, y tratando de él le dijo: «¡Oh qué santo varon era este Padre! ¡y cómo pegaban fuego sus palabras! Una vez fuí muy desconsolado á hablarle, porque á mi parecer quedaba muerta mi suegra, y venia de llamar quien la enterrase; estaba yo con mucha pena de que no habia declarado algunas cosas de importancia; él me consoló, dándome á entender que aun no era muerta, y que tendria tiempo para declararlas. Fué así, porque alentado con estas palabras, volví á casa, halléla viva, declaró lo que yo deseaba, y luego se quedó muerta.»

Esto es lo que contaron estos afligidos casados, por cuyo consuelo reveló nuestro Señor á su santo confesor lo que habia de darles alivio en su trabajo.

Otra cosa no ménos admirable contó de sí mismo un Padre de la Compañía, muy fidedigno, el cual, andando fatigado por verse tan hombre y sin dotes aventajadas para ayudar á los prójimos segun nuestro instituto, fué á comunicar muchas veces esta tentacion con el P. Baltasar; y como todavía durase y no se atreviese á hablarle más sobre ella, encontróse con él un dia en un tránsito del colegio, y díjole muy despechado: «Padre, este trabajo todavía me persigue.» Respondió el P. Baltasar: «¿Parécele que hay en la Compañía medios para salvarse?» y como dijese que sí, replicó el santo varon: «Pues no sólo os salvareis vos, sino ayudareis á otros muchos que se salven, y vivireis contento en la Compañía.»

Con esto se le quitó del todo la tentacion, y se cumplió la palabra que en nombre del Señor le dió su siervo; porque este Padre fué despues un grande obrero en el colegio de Salamanca.

Supo tambien por revelacion una gravísima enfermedad que habia de tener en Valladolid; y así, cuando llegaba á aquella ciudad, en viéndola desde léjos, dijo á su compañero con sentimiento aquellas palabras que el Salvador dijo á sus Apóstoles cuando subia á Jerusalen á beber el cáliz de su Pasion: *Ecce ascendimus Hierosolymam, et filius hominis tradetur*, etc.

Fué así, que le apretó tanto, que estuvo dejado por muerto, y le habian ya echado la sábana encima del rostro, é ido á dar aviso al sacristan que tañese por él como por difunto. Pero fué nuestro Señor servido que como

por milagro tornó á vivir; porque el Superior de la casa, cuando ya tenia tan pocas esperanzas de la vida del enfermo, dijo al enfermero, que era su fiel compañero el H. Juan Sanchez, que se fuese á dormir y descansar un rato del largo trabajo que habia tenido.

Estando en la cama, sintió vehementes impulsos interiores, que le decian: «Levántate, y ve á dar de comer al enfermo.» No pudiendo resistir á tanta vehemencia, se levantó; quiso darle algo de comer: estorbábanselo los médicos, diciendo que seria acabar de matarle.

Él sentia tan grande fuerza interior de hacer lo que deseaba, que volvió al Superior, y al fin alcanzó de él licencia para darle un poco de sustancia que tenia aparejado, y, en dándoselo, comenzó á cobrar más aliento, y á tener alguna mejoría, hasta que poco á poco le sacó Dios de este peligro.

A D. Cristóbal Vela, que vino á ser Arzobispo de Búrgos, le dijo en Salamanca: «Tengo por cierto, señor Maestro, que Dios se quiere servir de Vm. en cosa más que ordinaria, de que yo no dudo ni dude Vm. como lo verá presto.» Luego le vino la provision del obispado de Canaria; mas como el D. Cristóbal estimaba en tanto el parecer del P. Baltasar, no quiso aceptarle, hasta que lo encomendase á nuestro Señor, y le dijese lo que habia de hacer; hizo oracion por ello con todos los del colegio, y respondióle que sin duda lo aceptase, y por este parecer lo hizo.

Otras cosas semejantes le sucedieron con las Carmelitas Descalzas, á las cuales por su mucha religion y espíritu gustaba de visitar y confesar algunas veces, consolándolas y alentándolas en el camino de la perfeccion; en especial á la venerable Madre Ana de Jesus, Priora del convento, que despues lo fué del de Madrid y de otros, la cual con toda aseveracion afirmaba que el P. Baltasar tenia don de profecía, porque muchos años antes la profetizó los trabajos grandes que habia de padecer en llevar adelante las trazas de su Sta. Madre Teresa de Jesus, fundadora de su Religion.

Y como ella dudase de algunas cosas que la decia, por parecer muy dificultosas, y que no sabia si podian suceder, el Padre la afirmaba que sin duda lo veria; y dándole cuenta de algunas cosas, cómo se iban cumpliendo, él se sonreia, diciendo que se holgaba, porque creyese al Señor y á los que en su nombre la anunciaban sus misericordias; que si fuera menester con su sangre firmaria que las gozarian las personas que se viesen en tales ocasiones y trabajos, como ella se habia de ver, y que habia de padecer más de lo que ella pensaba; todo se fué cumpliendo.

En el monasterio de Carmelitas de Salamanca entró monja una hermana de un Padre de la Compañía, la cual por sus enfermedades no pudo perse-

verar, y en saliéndose, fuese al monasterio de Sta. Isabel, para estarse allí recogida, mientras miraba lo que debia hacer.

Por instancia suya fué el P. Baltasar á hablarla y consolarla, y la dijo estas palabras: «No penseis que me cuesta poco el haber conocido vuestro espíritu; entended que os quiere Dios bien, mas no para que vais por este estado de monja Descalza; y creed esto como si os lo dijera un ángel de Dios.»

Ella por entónces quedó sosegada, pero despues de algunos años olvidada de esto tornó á ser monja del convento de Alba; y habiendo vivido la mayor parte del año del noviciado con mucha paz, sin saber la causa, no quisieron las monjas darla la profesion y hubo de salirse; y acordándose de lo que el santo Padre la habia dicho, se consoló y procuró vivir recogida y religiosamente en el siglo.

Del siervo de Dios H. Juan Jimeno dijo á los Padres de Zaragoza lo presto que habia de morir. Y á otros muchos de la Compañía profetizó lo que despues les habia de suceder, y sucedió como el siervo del Señor habia dicho.

## VIII

### *Maravillosa eficacia de sus palabras.*

Era tanta la fuerza del espíritu y la abundancia espiritual de su corazon que Dios le comunicaba por medio de la oracion y su familiar trato, que redundaba en sus palabras, en las cuales tenia singular eficacia para trocar los corazones.

Una mujer deseaba acudir á nuestra casa á confesarse de ordinario, como alguna vez lo habia hecho, por echar de ver que de allí alcanzaba el cumplimiento de su buen deseo; su marido y parientes se lo estorbaban, porque eran contrarios ó poco amigos de la Compañía; y si alguna vez sabian que iba, la maltrataban de palabra y obra: ella, inspirada de nuestro Señor, para remediar esto acudió al P. Baltasar, y pidióle que un dia fuese á su casa á visitar á su marido.

Concedióselo el Padre, y concertado el dia, juntó ella todos los parientes que se lo estorbaban, sin saber ellos para qué. Estando así juntos, entró el Padre, y habiéndolos saludado, comenzó á hablar de nuestro Señor y de la razon que hay para que le sirvamos de veras; habló tan altamente de esto, y con tanto fervor y fuerza, que hizo llorar á todos los presentes, dejándolos trocados, rendidos y muy aficionados á la Compañía, de tal manera, que de allí adelante no sólo no impidieron á aquella sierva de Dios su buen deseo,

ántes siguieron su ejemplo, y se determinaron de confesar y comulgar á menudo.

Más admirable fué otra mudanza que hizo pasando de camino por un monasterio de religiosos, donde tenia algunos conocidos; pidiéronle que hiciese una plática á todos juntos; hízola como se lo pedian, y fué tanta la fuerza con que habló, que persuadió á todos, sin quedar ninguno, se recogiesen por ocho dias á hacer los Ejercicios espirituales de la Compañía, ocupándose en oracion mental, leccion espiritual y exámenes de conciencia, y él se quedó allí á dárselos y ayudarlos, con licencia que tuvo del P. Provincial para esto, con los cuales y las pláticas que les iba haciendo en aquellos ocho dias, fué tan notable el provecho que hizo en todos, que sabiéndolo su Provincial, persona de prendas, los vino luego á visitar y ver lo que pasaba.

Como vió tal recogimiento, silencio y puntualidad en todo, quedó espantado; y animando á sus súbditos á que llevasen adelante lo comenzado, se fué á ver con el P. Baltasar, y se le ofreció á sí y á sus religiosos, con mucho agradecimiento, deseando ser su discípulo.

Estando un caballero enfermo del amor que tenia á una mujer con tanta vehemencia y furia que al fin le echó en la sepultura, fué nuestro Señor servido que el santo P. Baltasar le tratase en esta enfermedad.

Hablóle con tal fuerza de palabras y razones, que le clavaron el corazon y fueron cuchillos y martirizadores de su vida el tiempo que le duró, porque, con abrasarse vivo de este torpe amor, y haber entendido que viviera y sanara si se cumpliese su furioso apetito, ántes quiso morir que ofender á Dios y escandalizar al prójimo; lo cual sin duda es cosa rara y gran testimonio del fuego con que hablaba en virtud de Dios, el que pudo causar en este caballero tal fuego de amor celestial que reprimiese tan vehemente amor carnal; donde tambien se descubre cómo todo amor es fuerte como la muerte, pues el malo causa la muerte corporal, y el bueno la acepta y quiere por no perder la vida espiritual.

Con esta misma eficacia hizo otras mudanzas en algunos mozos ricos y gallardos de Medina, y los movió á entrar en la Compañía, estando ellos tan léjos de estos pensamientos, que más se ocupaban en jugar cañas y otros ejercicios de caballeros que no en imaginar de ser religiosos.

La misma eficacia tenia en las exhortaciones que hacia á los de casa los viérnes de cada semana, como se acostumbra en la Compañía.

En la primera que hizo cuando entró á ser Rector del colegio de Medina, habló con tanto espíritu, que parecia haber metido llamas de fuego en el pecho de cada uno; fué tal el fervor que sacaron, que les duró por muchos meses; despues le iba renovando con las demás pláticas.

Uno, entre otros de los que allí residian, con ser persona de autoridad y algo duro de juicio, decia que con una plática ó conferencia espiritual le enseñaba y movia de tal manera, que salia otro del que habia entrado; y otro semejante Padre se le rindió diciendo: «Obedezcámosle, que es hombre de oracion y le ayuda Dios.»

Finalmente, á la fama de su santidad y de la eficacia que tenia en sus palabras, muchas personas seglares y religiosas venian á Medina para comunicar las cosas de sus almas; unos que ya le habian tratado en otras partes, como el Maestro Daza, que venia desde Avila para renovar su espíritu con el fervor que le pegaban las razones de este santo varon; otros por lo que habian oido decir de él, como un religioso muy grave de la sagrada Orden de la Cartuja, por nombre Fr. Alonso de Robles, el cual pasando por Palencia, oyó decir á un Padre de los nuestros la grande estimacion que se tenia del espíritu que nuestro Señor comunicaba al P. Baltasar y del gran don que tenia de dar los Ejercicios de la Compañía, y como él desease hacerlos, fuese á Medina por hablarle.

«Recibióme (dice) como un ángel del cielo, con estar muy ocupado; estuve allí sesenta dias debajo de su disciplina, y puedo testificar con verdad, que aunque habia comunicado con muchos varones muy señalados y espirituales, ninguno llenó mi pecho más que él, en quien reconocí un grande espíritu, con grandísima confianza en nuestro Señor.»

A este propósito contaba otras cosas particulares que le sucedieron las veces que le habló fuera de esta.

## IX

### *Su gran caridad.*

El celo que tenia de las almas era tan grande, que por su amor no perdonaba á trabajo ni peligro.

Grandes muestras dió de esto estando en Salamanca con tercianas y sangrado dos veces; porque enviándole entónces á llamar una monja Carmelita Descalza que se estaba muriendo, y sentia gran desconsuelo en no verle antes de su muerte, porque era su confesor y por su direccion la habia hecho nuestro Señor grandes mercedes, y esperaba por su medio conservarlas en aquel aprieto; el santo Padre, aunque vió el peligro á que se ponia, se levantó de la cama para ir á consolarla; y diciéndole el Hermano enfermero que le haria mucho daño, respondió: «Mucho se ha de hacer por el bien y consuelo de un alma.»

Estando allá confesando á la monja, como iba flaco y recien sangrado, se desmayó; entró el enfermero que iba con él á socorrerle, y volviendo en sí la acabó de confesar, y la dejó tan consolada, que poco tiempo despues murió con mucha paz y serenidad.

Volvióse el P. Baltasar á casa con trabajo; acostóse, doblóse la terciana, y como el enfermero dijese: «Bien decia yo á V. R. que habia de hacerle daño esta salida,» respondió con grande paz: «Todo es poco para el consuelo de un alma.»

Tuvo mucha razon, porque si se dobló la fiebre, tambien se dobló la caridad con el ejercicio de sus doblados actos de amor de Dios y del prójimo, y hacer y padecer por su servicio, rompiendo por su salud corporal por acudir á la espiritual del afligido.

Pero no es razon pasar en silencio lo que contó la venerable Madre Ana de Jesus, Priora de aquel convento, hija muy querida de Sta. Teresa de Jesus, la cual con otras entraron entónces á la celda de la enferma, y con mucho fundamento entendieron que lo que parecia desmayo, era de verdad rapto del espíritu elevado en Dios, no sólo porque les parecia un serafin en el semblante del rostro, y les consolaba mirarle, sino mucho más, porque en volviendo en sí, las dijo que era singular la gloria que estaba aparejada para aquella enferma, y que dentro de pocos dias la gozaria; porque en ocho meses que habia estado en la cama, se habia perfeccionado más que otras muy buenas religiosas sanas en muchos años.

Es muy creible que este fuese rapto, como otros semejantes que tuvo, queriendo nuestro Señor premiar á su siervo el servicio que le hizo estando enfermo, con dar este regalo á su espíritu, aunque padeciese el cuerpo.

Aunque es gran caridad ponerse á peligro de que se agrave la enfermedad por el consuelo de un alma, pienso que lo es mayor ofrecerse á sufrir los tormentos del demonio por librar de ellos á la que los padece.

Esto hizo el P. Baltasar siendo Rector en Medina con un novicio que le dijo un dia que, aunque se hallaba bien en la Religion, habia una sola cosa que se le hacia muy áspera de llevar, mas por encogimiento no osaba decírsela. El P. Baltasar, temiendo algun daño de encubrirle cosa semejante, le mandó que se la dijese.

El novicio, por obedecer, le dijo: «No tengo cosa que me dé pena, sino es ver que V. R. cada noche, despues que estoy acostado, y quieta toda la casa, vaya á mi aposento y me azote tan cruelmente como hasta ahora lo ha hecho.»

Como oyó esto el P. Baltasar, luego sospechó lo que podia ser, y que el demonio tomaba su figura para hacer aquella crueldad, y echar de la Reli-

gion al que estaba tan contento en ella. Consolóle y certificóle que no era él, y avisóle que cuando viniese el que le castigaba y llamase á la puerta como solia, le dijese: «Si tiene licencia éntre, y sino váyase al aposento del P. Rector.»

Con este aviso se fué el novicio á su aposento, y á la noche, llegada la hora acostumbrada, vino el demonio á hacer lo que solia: llamando á la puerta, el novicio respondió mudando las palabras que el P. Baltasar le habia dicho, y así dijo: «Entre si tiene licencia.» El demonio, como es tan sutil, en oyendo la primera palabra, *éntre*, antes de oir la segunda, *si tiene licencia*, entró en un momento y castigó al Hermano como solia, con lo cual quedó más desconsolado que nunca lo habia estado.

El dia siguiente acudió al P. Rector y le refirió con gran congoja lo que le habia pasado, y cuán sin efecto habia sido su remedio. Mas, habiendo entendido que habia trastrocado las palabras, le animó y avisó de nuevo, que si volviese la noche siguiente, le dijese las palabras por el mismo órden que se las habia dicho, comenzando por: «Si tiene licencia éntre, y sino váyase al aposento del P. Rector.»

Vino el demonio, y el novicio, como estaba bien advertido, respondió al que llamaba las palabras al modo dicho; y así, el demonio no entró, mas fuese al aposento del P. Rector, y en él descargó su ira, azotándole cruelísimamente; y hecho esto, con gran ruido se fué y nunca más volvió.

Otro caso le sucedió en Villagarcía, en que mostró su mucha caridad. Habia de predicar un domingo por la mañana en nuestra iglesia (porque en semejantes lugares no rehusaba hacer este oficio); llegó entónces allí el Prior de S. Isidro de Leon, de camino para Salamanca; deseaba tratar con el P. Baltasar algunas cosas de su alma, porque le amaba y veneraba, y habia recibido gran provecho por su medio en unos Ejercicios que le dió. Iba con tanta priesa que no podia detenerse allí más que desde las siete que llegó hasta las diez del dia.

Hallóse el Padre perplejo, porque le cogió sin haber estudiado el sermon, que habia de ser de la caridad, conforme al Evangelio de la Dominica. Si acudia á la necesidad del que le buscaba y pedia que le oyese, faltábale tiempo para el estudio necesario; y si no le oia, dejábale desconsolado por no alcanzar lo que tanto deseaba; y habiéndolo encomendado á nuestro Señor, se resolvió en que el mejor estudio y aparejo para sermon de la caridad, era ejercitarla él primero con el prójimo que tenia necesidad de su consejo y consuelo, pues á cargo de Dios quedaba darle á su tiempo lo que habia de decir.

Y así fué, que se detuvo con el Prior toda la mañana hasta media hora

antes del sermon, la cual gastó en oracion. Despues predicó del amor de los prójimos más altamente que si hubiera gastado muchos dias en estudiarlo.

No habia cosa á que no antepusiese la caridad de su prójimo, y con este fin se abalanzaba este santo varon á todos los trabajos que eran menester por el consuelo de los prójimos, aunque hubiese de dejar los regalos y deleites espirituales de que gozaba en su recogimiento, diciendo con S. Pablo: «En todas las cosas procuro agradar á todos, no buscando lo que es útil para mí, sino lo que es útil para muchos, porque se salven.»

Pero para que se vea lo mucho que nuestro Señor gusta de que sus obreros se pongan á estos trabajos por hacer bien á los prójimos, aunque sea cortando el hilo de sus trazas y ocupaciones, pondré aquí un caso gracioso que sucedió al P. Baltasar excusándose de hacer una de estas obras, no por huir el trabajo, sino por acudir á otra que él juzgaba de mayor importancia, pero nuestro Señor le forzó á hacerla.

Llegó un dia á Valladolid de paso para Búrgos á un negocio que pedia mucha priesa y era muy importante. Estaba entónces en aquella ciudad en casa de doña María de Acuña, condesa de Buendia, una sierva de Dios llamada Estefanía, hija de labradores y muy sencilla, pero muy llena de dones celestiales y de grandes favores que el Señor la hacia en la oracion.

Como ella hubiese comunicado algunas veces con el P. Baltasar cuando pasaba por Valladolid, y entendiese la mucha mano que tenia con Sta. Teresa de Jesus, en cuya Religion deseaba entrar, pidióle que la hiciese recibir sin dote, como al principio se recibian algunas.

El Padre la respondió que si ella queria entrar por Freila, pues era más humildad, que él lo trataria. Contentóse de esto, y quedó el P. Baltasar con el cuidado de negociarlo; mas con las muchas ocupaciones de su oficio dilatólo por muchos dias.

Pasando, pues, por Valladolid esta vez, súpolo esta sierva de Dios, y envióle á decir con su confesor que mirase se dilataba mucho su negocio; el Padre la respondió que por la priesa que tenia y por estar ya de partida, no podia tratarlo entónces, que lo trataria á la vuelta, que seria muy en breve. Mas ella temiendo otra mayor dilacion por nuevos negocios que se le podian ofrecer, dijo con sinceridad á su confesor: «Pues no me quiere oir el P. Baltasar Alvarez, yo haré con Dios que me oiga.»

Fuese á orar delante del Santísimo Sacramento, y pidióle con tal fervor, que estando ya las mulas á punto y el Padre para subir y partirse, le dió de repente una calentura tan recia, que le obligó á irse á la cama; y entendiendo de dónde venia el mal, envió á decir á la Estefanía que le alcanzase

del Señor le quitase la calentura, y saldria luego á negociar lo que deseaba. Ella lo pidió y Dios se lo concedió, y así, concluyó el negocio aquella tarde, y á la mañana prosiguió su camino á Búrgos.

## X

### *Cómo se hubo siendo Maestro de novicios.*

El trabajo, cuidado y perseverancia que tuvo este siervo de Dios en criar los novicios de la Compañía y la destreza con que los gobernaba fué muy singular; y como nuestro Señor le escogió para un perfecto Maestro de espíritu, proveyóle de muchos discípulos capaces de su enseñanza; y así, tuvo gran número de novicios escogidos; unos, mozos nobles y de raras habilidades; otros, hombres ya hechos de muy buenas dotes, y algunos escogidos letrados y de grande opinion en el mundo.

Todos estaban delante de él como niños, venerándole con grande sumision y reconociendo en él la alteza de su magisterio espiritual; porque, como el mismo Padre confiesa en su relacion, concedióle nuestro Señor la inteligencia de la facultad interior del espíritu para sí y para otros, y con ella penetraba el espíritu, virtud y grados de perfeccion de los que trataba.

Luego comprendia la capacidad que tenia cada uno para aprovechar, el estado donde habia llegado, y lo que le faltaba, y el camino por donde queria Dios llevarle.

De aquí procedia que, en diciéndole una palabra, estaba al cabo de lo que le querian decir. Parece que les estaba viendo los corazones y leyendo lo que por ellos pasaba.

El modo, en general, que tenia de ayudar á la perfeccion de sus novicios era este. Lo primero, aficionábalos mucho al ejercicio santo de la oracion y trato con Dios, como quien sabia por experiencia que era fuente de los bienes espirituales.

A los principios, cuando entraban en la Compañía, guardaba con mucho rigor la constitucion, procurando que por todo un mes entero y sin interrupcion, estuviesen recogidos en un aposento, haciendo los Ejercicios espirituales, é industriándolos en todo lo que perteneciese al trato interior con nuestro Señor.

A los que eran ya hombres y comenzaban á gustar de este trato del cielo, dejábalos estar sesenta dias, y aún mas, para que se prendasen bien de Dios, y se descarnasen de los resabios del mundo, y se acostumbrasen á la soledad y recogimiento de la oracion, y á poder vivir á solas, y entretenerse

con sus buenos pensamientos, echando de sí las memorias é imaginaciones del siglo.

Gustaba mucho que los novicios trujesen ansias de oracion, y que cuando habian de pedir licencia para alguna cosa extraordinaria, fuese para tener algun rato largo de ella.

Y aunque el principal fruto de la oracion no son los buenos deseos, con todo eso hacia grande caso de ellos, como principio que son de las buenas obras, y alentaba á los que los tenian con un sentimiento que el Señor le comunicó en esta forma: «Si el deseo que tenemos es de Dios, el que le plantó abrirá camino para que brote y le dará salida; grano suyo es, Él le dará su crecimiento, porque sus obras son perfectas; pues sentís que comienza á poner piedras en el edificio, alegraos que Él le perfeccionará.»

De aquí es que no aconsejaba á los novicios la oracion como fin en que habian de parar, sino como medio muy principal para la reformacion de las costumbres y para la perfecta mortificacion de las pasiones.

Esta mortificacion era la segunda cosa que procuraba persuadirles y en que les ejercitaba, especialmente en materia de desprecio, para fundarlos en humildad.

Era tanto el fervor de los novicios, que andaban como á porfía buscando invenciones públicas y secretas para ser despreciados y tenidos en poco, fingiendo algunas veces tener poca habilidad, discrecion y letras, ó por lo ménos disimulando lo que tenian, y publicando lo que podia humillarlos y encubriendo lo que podia honrarlos.

En haciendo la falta, luego la decian públicamente en el refectorio, ó en la quiete ó recreacion, donde se juntan todos despues de comer ó cenar.

Pedian que les diesen reprensiones públicas y secretas, y que otros les dijesen las faltas que habian notado en ellos.

Tambien pedian salir fuera de casa á traer agua de la fuente y carne del rastro, y otras semejantes mortificaciones de que usaron los santos para más avergonzarse.

Buscaban el vestido más vil y roto, en la comida lo peor, en el trabajo cada uno era el primero, sin rehusar lo que se le ofrecia, ni quejarse de andar muy cargado. Traian los sentidos tan enfrenados, que era menester hacerles que levantasen los ojos y se divirtiesen en algo.

El rigor de las penitencias y asperezas era tan grande, que era necesario irles á la mano, porque no perdiesen la salud.

Finalmente, el noviciado parecia un mundo al revés, donde se amaba y buscaba lo que el mundo desecha, y se aborrecia y desechaba la honra y regalo que él tanto estima y procura, aunque les avisaba que huyesen de

caminos singulares; porque el verdadero fervor no está en buscar nuevas invenciones, sino en andar por los caminos viejos sin imperfecciones.

Entre otros que labró fuertemente fué el P. Antonio de Padilla, que despreciando el mundo y la grandeza de España, habiendo renunciado ser Adelantado de Castilla, se entró con notable fervor en la Compañía.

Mortificábale el siervo de Dios en lo vivo de la honra y del regalo, que son las dos cosas de que los caballeros mozos suelen estar más prendados; hacíale comer, no sólamente las cosas ordinarias de la comunidad, sino aquellas á que tenia naturalmente más aversion; y cuando sabia que gustaba de alguna cosa, mandaba que en comenzando á comerla, se la quitase el que servia, y hacíale ir á comer á la portería con los pobres, y que trajese el vestido más vil y desechado de la casa, y que ejercitase las demás mortificaciones públicas que hacian los otros novicios; á todo lo cual salia muy bien el H. Antonio, con deseo de no quedar inferior á los demás; ántes procurando aventajarse sobre todos, y cuanto mayor habia sido en el siglo, tanto más se humillaba en la Religion.

Y como los demás novicios acostumbrasen por mortificacion, vestidos de un sayo viejo, ir los sábados por la mañana con el Hermano comprador al rastro, como si fueran criados ó mozos de casa, y poniéndose una rodilla á las espaldas, traer por las calles un cuarto de carnero, y en las manos llevar una asadura; esto mismo hacia el H. Antonio, hollando al mundo, y triunfando de sus vanas pompas con estos ensayos.

Hacia el P. Baltasar á los novicios pláticas cada tercer dia, y las conferencias que se tenian el dia intermedio eran sobre lo que se habia tratado en las pláticas ó sobre otros puntos de la perfeccion en las virtudes.

Era tanta la fuerza y espíritu con que hablaba, que trocaba como queria los corazones, y los movia á lo que juzgaba convenir conforme á la ocasion presente; y de unas salian cabizcaidos, temerosos y mustios, sin hablarse unos á otros; de otras salian confiados, alegres y muy alentados, y siempre con resolucion de hacer lo que les decia; porque les allanaba todas las dificultades que podian ofrecérseles, y con la fuerza de sus razones les movia á romper por ellas.

En las pláticas atendia á la enseñanza de las cosas necesarias, para que los novicios entendiesen las obligaciones de su estado é instituto, y conforme á él se reformasen en lo interior y en lo exterior.

Ilustrábale el Señor para estas pláticas, como el mismo Padre confiesa en su libro, donde dice:

«He experimentado entendimiento, cosas, lenguaje y modo de proponerlas, descubriéndome de trecho á trecho lo que yo no supiera imaginar, guar-

dando el órden de su providencia en querer que hiciese yo alguna diligencia, aunque no demasiada, porque ésta ántes me dañaba; y saco esto de que no me da las cosas hasta el mismo tiempo en que es menester, y de la confianza engendrada de esta parte, por las muchas veces que esto ha usado conmigo.» Lo mismo era, y aún más, cuando respondia de repente en las conferencias espirituales.

No ménos fuerza, ni con menor provecho, tenian sus palabras en el trato particular con los novicios, hablando á cada uno una vez cada semana, señalándole el dia y la hora en que habia de acudir, para tomarle cuenta de su conciencia y aplicarle la doctrina universal de las pláticas segun su propia necesidad.

En estas pláticas particulares decia que consiste lo principal del oficio de Maestro de novicios, consolando á los afligidos, alentando á los desmayados, remediando á los necesitados y tentados, y ayudando á todos en su aprovechamiento.

En todo esto tenia especial gracia; y cuando los novicios acudian á decirle sus tentaciones, unas veces se les quitaban luego antes que les respondiese palabra, ordenándolo así nuestro Señor para que tuviesen mayor opinion de su Maestro, y para premiarles con esto (como advierte Casiano de los monjes del yermo) la fidelidad y claridad con que se manifestaban á sus mayores.

Otras veces les dejaba curados con sola una palabra que les decia; porque mientras le estaban hablando, estaba él en oracion, mirando á un crucifijo que tenia delante de sí, y el Señor le daba luz de lo que habia de responder, y con la respuesta obraba maravillosas mudanzas en ellos.

Un novicio que en el siglo habia sido hombre de negocios y dejado buenos casamientos que le ofrecian, como estuviese una vez muy afligido de una molesta tentacion de la carne, acudiendo á manifestarla á su Maestro, le dijo que deseaba volverse al mundo, donde podia pasar sin tan molesta guerra, viviendo casado en servicio de Dios.

Oyóle el P. Baltasar con mucha serenidad, y volviendo la cabeza le dijo con voz baja: «¿Religioso y casado paréceos bien? andad de ahí;» y con esto se salió el Hermano, y se le quitó la tentacion sin que más le volviese.

Revelábale Dios los secretos de los corazones de sus novicios, y de esta luz se aprovechaba para responderles, ó mortificarlos con no querer hablarlos; porque tambien tenia costumbre de hacer semejantes pruebas en ellos, haciéndolos esperar, y despues dejarlos sin decirles nada, cuando sabia que tenian caudal para llevar semejante mortificacion con provecho.

El P. Gil de la Mata contaba á este propósito dos cosas. La una, que ha-

biendo ido á Medina para tener allí el segundo año de su noviciado y gozar de la doctrina y ejemplo de tal Maestro, como le señalase para darle cuenta de la conciencia un dia particular y hora cierta como á los demás, y acudiese setenta dias que allí estuvo á la hora señalada, nunca le habló ni llamó, aunque echaba de ver que estaba esperando, y que habia venido á Medina sólo por comunicar con él sus cosas.

A los setenta dias le envió á llamar el P. Baltasar, y como se quejase á la despedida de no le haber dado una hora de audiencia, dando tantas á otros, entónces le respondió que la causa de no le haber hablado era porque sabia que no tenia tentaciones que le diesen pena, y otros que acudian á hablarle las tenian. Con esta respuesta quedó admirado de que supiese lo que pasaba en su corazon sin haberlo comunicado á él ni á otros, y con esto quedó contento y alentado.

Otra vez, estando en Valladolid, fué á hablarle una mañana sobre los deseos que tenia de ir al Japon, para ayudar á la conversion de aquella gentilidad; detúvole dos horas esperando, y con verle no quiso hablarle, para ejercitar su paciencia y humildad.

Volvió á la tarde, é hízole esperar otras dos horas. Despues le oyó sus deseos, y le dijo: «No os den cuidado, que si fuere voluntad de Dios que vais al Japon, de Roma vendrá órden de nuestro P. General para ello. Así se cumplió como lo habia dicho; porque algunos años despues fué enviado á esta mision, y se acordó de la profecía de su buen Maestro.

De aquí tambien procedia algunas veces que, habiéndole diversos novicios dado cuenta de sus tentaciones ó desconsuelos, no les respondia por entónces palabra, sino que lo encomendasen á Dios y él lo encomendaria, y despues, en la primera plática que les hacia, con ser general para todos, hablaba tan al corazon de cada uno, que quedaban curados y remediados de la necesidad que le habian comunicado; y cuando los aprietos eran más desesperados, sin que aprovechasen palabras, solia remediarlos con la eficacia de sus oraciones, que era muy grande. De lo cual sólo diré aquí este ejemplo.

Entró en Medina un seglar en nuestro colegio á hacer los Ejercicios espirituales de la Compañía con determinacion de quedarse en ella; pero el demonio, que no duerme y le pesaba de esto, acometióle el cuarto dia con una tentacion de volverse al siglo, tan fuerte, que se rindió á ella, y dijo al Padre que le daba los Ejercicios, cómo queria irse.

Este Padre le procuró persuadir con muchas razones que aquella era tentacion de Satanás para destruirle; mas no hizo en él alguna mella; y así, dió cuenta de ello al P. Baltasar Alvarez, que era Rector, el cual pidió al hombre que, siquiera por rogárselo él, se detuviese aquella noche hasta la ma-

ñana; hízolo así por el grande respeto que todos le tenian, temiendo que Dios le habia de castigar si no hacia lo que le pedia.

El santo varon se acogió á su refugio de la oracion, tomando primero una recia disciplina y gastando toda la noche en suplicar á nuestro Señor abriese los ojos de aquel tentado y rendido, y le quitase la tentacion.

Oyóle nuestro Señor, viendo el fervor y confianza con que se lo pedia; y por la vigilia de su siervo acudió con el remedio al tentado cuando estaba dormido; el cual vió entre sueños dos fieros hombres que estaban á la portería de nuestro colegio aguardándole para darle de puñaladas, amenazándole que si salia, sin duda se las darian y dejarian allí muerto.

Vióse por el suceso que el sueño era de Dios y de su santo Angel, porque despertó tan atemorizado y tan trocado, que no veia la hora de que amaneciese, para irse á echar á los piés del santo P. Baltasar, como lo hizo, pidiéndole con mucha instancia le recibiese en la Compañía; y recibióle despues que acabó los Ejercicios, con grande provecho de su alma.

Finalmente, ayudaba el siervo de Dios á los novicios mucho más con el ejemplo de su santa vida, siendo el primero en todas las cosas de perfeccion; porque ninguna cosa decia, ni platicaba, que no la viesen en él ejecutada y estampada; con lo cual traia un noviciado tan concertado y fervoroso, que en toda la provincia era muy afamado y celebrado.

Muchos Padres graves venian á recogerse algunos dias á Medina, para ser ayudados en su espíritu, no sólo con las exhortaciones y direccion de tan insigne Maestro, sino tambien por gozar del fervoroso ejemplo de sus novicios.

El gran predicador, P. Bautista Sanchez, estando en el colegio de Salamanca y acordándose de lo que pasaba en este noviciado, solia decir: «¡Oh quién tuviera una voz como de trompeta, que se oyera por toda la Compañía, con que dijera: ¡Medina, Medina, Medina! que era como decir: ¡Oh si todos pudieran ver, y gozar, y aprovecharse de lo que pasa en Medina! Y así, llegó hasta Roma la fama de este fervor.

## XI

*En todo gobierno es excelente.*

El mismo aprovechamiento sintieron los Hermanos estudiantes en Salamanca, y los de la tercera probacion que se usa en la Compañía en Villagarcía, mientras fué este siervo de Dios Rector en aquellos lugares, encendiendo á todos en deseos de grande perfeccion y mortificacion.

No apuntaré más que algunas, que, entre otras muchas, hizo en Salaman-

ca el H. Francisco de Córdoba, hijo del duque de Cardona, que poco antes habia sido Rector de la Universidad.

No perdió este fervoroso Hermano ocasion de humillarse y mortificarse, empleándose entre sus estudios en todas las cosas de humildad, diciendo que tenia mucha habilidad para semejantes cosas. Entre otros oficios humildes, se encargaba de las cabalgaduras, de darlas de comer y curarlas, diciendo que tambien se le entendia mucho de esto.

A esta sazon llegó á Salamanca un Padre con un rocin tan flaco, matado y maltratado, que estuvieron por echarle al prado por inútil. Mas él con licencia del P. Ministro se encargó de curarle; lavábale las mataduras, y curábaselas, y concertó un prado del otro cabo de la puente, donde estuviese algun tiempo.

Pidió licencia para llevarle y concedióselo, entendiendo que algun mozo de la casa le llevaria; pero él que vió la suya, tomó un sombrero y manteo muy viejo y lleno de remiendos, una grande estaca debajo del brazo, una soga y cantidad de estopas en las manos, y su rocin del cabestro, y llevólo por medio de la ciudad con los instrumentos que he dicho descubiertos, de modo que los viesen todos.

Pasó por junto á las escuelas, en tiempo que salian de ellas muchos colegiales y estudiantes que se le ponian á mirar, y quedaban pasmados de ver una persona tan principal, que habia sido Rector de aquella Universidad, ir de aquella manera con gran contento y con una boca de risa.

De este modo llevó su rocin al prado, triunfando de la vanidad y pompa mundana, con más gloria que los emperadores triunfaban de sus enemigos por todo Roma.

Como supo esto el Superior, reprendióle de que hubiese ido por allí; mas el santo varon que tenia especial gracia en encubrir sus actos de humildad, respondióle con grande paz: «Padre, yo como soy flojo, miré por qué camino podia ir más derecho y más en breve, y por esto fuí por allí.»

Despues de ordenado, tuvo tercera probacion con el P. Baltasar en Villagarcía. Estando allí, supo que un Hermano iba á Vieña, que está una legua de Villagarcía, á comprar unos lechones para criarlos en casa. Luego se ofreció á criarlos, diciendo que tenia gran talento para ello, como lo solia decir siempre para todas las cosas que eran viles y despreciables.

Pidió licencia de acompañar al Hermano, y á la vuelta, cansándose uno de los lechoncitos, el Padre le tomó y se le puso sobre los hombros al cuello, como pintan al pastor del Evangelio que trajo la oveja perdida, y como lo hizo Carlo Magno siendo monje en el monte Casino, guardando el gana-

do del convento, admirándose todos de que una persona que habia sido tan grande en el mundo se humillase á venir cargado con la oveja, y pues el lechon es cosa más vil y asquerosa, no es de pequeña admiracion ver cargado con él al que era tan noble, y fué Rector de la Universidad de Salamanca, y entre nosotros sacerdote tan estimado.

En llegando al colegio, empezó á hacer con adobes las pocilgas donde habia de recogerlos, y dábalos de comer á sus horas con mucho cuidado; era el tiempo muy caluroso, dióle el sol en la cabeza, y de esto le resultaron unas calenturas que le abrasaban.

En todas partes donde fué Superior el P. Baltasar, sustentaba con sus oraciones á todo el colegio, así en lo espiritual como en lo temporal. Pesando cada cosa por lo que es, lo que es virtud, santidad y religion estimaba sobre todas las cosas.

A los súbditos aventajados en virtud tenia en más que á los letrados y nobles que tenian grandes talentos sin tanta virtud; y cuando topaba alguno sin letras de aventajado espíritu, se estaba con él dias y noches en razon de ayudarle y aprovecharle.

De aquí es, que tantico de bien espiritual estimaba en más que cuanto habia de temporal, y no consentia que por procurar cosas temporales perdiese alguno ó menoscabase un punto de los Ejercicios espirituales.

Siendo Rector de un colegio necesitado, tenia un ministro muy cuidadoso, el cual venia á él muy congojado diciéndole las cosas que faltaban y era menester proveerlas luego.

El santo varon le respondia: «¡Qué congojado viene el P. Ministro! ¿ha comunicado esto con nuestro Señor?» El decia: «Aún no me han dado tiempo para rezar.» Entónces con mucho sosiego le enviaba diciendo: «Esto ha de ser lo primero, váyase á su celda, y rece, y tenga oracion, y despues vuélvase por acá, ¿piensa que no tiene dueño este ganado? dueño tiene que no le costó tan poco que lo deje perder, vaya con Dios y piense que no cuelga esto de su industria.»

Ibase el P. Ministro á hacer lo que el Padre le ordenaba, y muchas veces, cuando volvia, hallaba la necesidad remediada por medios que le parecian milagrosos, mereciendo esto la fidelidad y confianza en Dios que tenia su Rector.

Era el primero en todas las cosas de la comunidad, en la oracion, en exámenes, en acudir á la mesa, y salir de la recreacion, y en acudir á barrer y á semejantes oficios donde acuden todos.

Y porque es costumbre en la Compañía que todos por su turno frieguen en la cocina un dia, él fregaba siempre el primer dia de mes, aunque no hu-

biesen dado vuelta los demás, y con este ejemplo tenia fuerza para hacer á los otros que fuesen puntuales.

Loaba mucho el bien que hay en seguir la comunidad, diciendo que es lo que mucho agradaba á Dios y sobre lo que habia echado su bendicion.

A los que le pedian licencia para hacer cosas extraordinarias de penitencia, se lo libraba en que procurasen andar con el comun en todo, sin querer exenciones y privilegios singulares, y que se aventajasen en hacer esto con espíritu.

Esta merced señalada pedia él á nuestro Señor, que le diese gracia y la salud que bastase para andar con todos, y se la concedió; porque, aunque tuvo hartos achaques, disimulaba con ellos por no faltar al comun de todos, experimentando que los tales son ayudados de Dios, y medran en el espíritu, y tienen tiempo bastante para hacer sus ejercicios espirituales y sus oficios bien hechos.

Solia decir que valia más vivir un poco ménos, ó con ménos salud, siguiendo la comunidad, que no vivir mucho tiempo ó tener entera salud, teniendo particularidades ofensivas con pesadumbres de otros.

Estaba siempre de un mismo temple, de manera que no era menester esperar tiempo, lugar, ni ocasion para tratar con él.

El semblante exterior era apacible, con una santa gravedad; de modo que se hacia amar y respetar, juntando y hermanando todos el amor con la reverencia filial; y aunque tomaba figuras de severidad rigurosa para ejercitar á los súbditos, luego se volvia á su semblante ordinario.

Por otra parte era muy inclinado á honrarlos en lo público y delante de los seglares, hablando honoríficamente de ellos y tratándolos con el respeto que pedia el estado de cada uno.

Miraba tambien los semblantes de los súbditos; no consentia que alguno anduviese mucho tiempo triste y cabizbajo, diciendo que en la casa de Dios nadie habia de andar triste sino alegre, y más disimulaba el exceso en alegría que en la tristeza.

Compadecíase de los que caian por flaqueza, ó tenian recio natural, y acariciábalos para remediarlos; á veces pedia á los Provinciales se los enviasen á su colegio para ganarlos con su blandura y direccion, y de este modo rindió y trocó á algunos con mucha caridad y destreza, porque sus palabras parece que amansaban las fieras.

Tenia grande constancia en guardar todo lo que pertenecia á su oficio, por menudo que fuese, ni descuidaba de ello hasta el último dia y hora en que le dejaba, como se verá por esta menudencia, que es indicio de lo que hacia en cosas mayores.

Para cumplir la regla que tiene el Rector de visitar algunas veces á los que están en oracion, señaló el dia del viérnes, y ninguno dejó de hacerlo, por más ocupaciones que tuviese ni por más trabajo que hubiese pasado la noche antes; tanto, que el mismo viérnes que salió de Villagarcía para ser Provincial de Toledo, habiéndose de ir luego despues de oracion, visitó todos los aposentos, como solia; porque el buen Superior, con título de que se acaba presto el oficio, no ha de aflojar, haciéndolo el último dia con el mismo cuidado que el primero.

Con la misma exaccion y fruto hizo los oficios de Visitador de la provincia de Aragon y Provincial de la de Toledo, en la cual ocupacion murió.

Cuando le señaló para este oficio el P. Everardo Mercuriano, General de la Compañía, dijo que daba á aquella provincia en el P. Baltasar lo mejor que tenia. Y cuando acabó la visita de Aragon, que fué en tiempo que acabaron otros muchos Visitadores de otras provincias, dijo que ninguna habia sido como la del P. Baltasar.

En todo el tiempo que fué Superior, tuvo grande cuidado en promover el ministerio de leer latin, criar bien la juventud y enseñar la doctrina cristiana.

El mismo solia salir muchos domingos por las tardes con los niños de la escuela y con los estudiantes del estudio, cantando la doctrina por las calles ó guiando la procesion de ellos, y en la plaza ó á la puerta de una iglesia hacia las preguntas de la doctrina cristiana á los niños con muy buena gracia, y de ellas tomaba ocasion para hacer una plática y exhortacion para la demás gente que allí se juntaba.

Siempre mezclaba tambien algun punto del amor de Dios y de la perfeccion para los que trataban de ella, que siempre habia algunos de estos en el auditorio. Esto mismo hacia en los caminos, cuando paraba algo en algunos lugares.

Viniendo de visitar la provincia de Aragon, y pasando por Cervera su patria, los pocos dias que allí se detuvo salia con su campanilla en las manos por las calles para recoger los niños y enseñarles la doctrina cristiana, cosa bien nueva en aquella tierra, admirándose los que le conocian de ver persona tan grave ejercitar oficio tan humilde; pero él no le tenia sino por muy alto, y por esto no se desdeñaba de hacerlo; y así, con más libertad le encargaba á los demás para que le hiciesen con cuidado.

Era tan consumado este divino varon en todas las cosas que le encargaban, que de diversas partes desearon gozar de su doctrina y luz.

Pidiéronle con tanta instancia para Provincial del Perú, que lo concedió nuestro P. General, señalándole para que partiese á las Indias, á lo cual no

replicó el humilde y obediente P. Baltasar, pero impidiéronlo otras personas por el gran fruto que hacia en estas partes y dejara muchos hijos espirituales huérfanos.

## XII

*Con muchas maravillas le favorece el Señor.*

Fué tambien escogido para ir á Roma por Procurador de la provincia de Castilla, como se usa en la Compañía cada tres años, para tratar á boca con el P. General los negocios de la provincia, y determinar si se ha de juntar Congregacion general.

En todos los caminos que hizo, así en este de Roma como siendo Visitador y Provincial, iba lo más en oracion y diciendo cada dia Misa. Y así, experimentó grandes efectos de la providencia divina.

Una vez, en Francia, saliendo con sus compañeros despues de comer de una ciudad á otra, que distaba cuatro leguas, avisáronles que no echasen por una senda que iba á un monte; porque habia en él salteadores, sino por unos prados y aguazales que estaban llenos de agua, por los cuales podian caminar más al seguro.

Llegados á estos prados y entrando en el agua, comenzaron á hundirse las cabalgaduras hasta las cinchas, y pareciéndoles imposible caminar de aquella manera tan largo trecho, pues al principio estaba el agua tan profunda, y temiendo los atolladeros que necesariamente habian de topar, pararon todos, dudando de lo que harian; oyeron voces de un muchacho que estaba en la ribera y les decia que no iban bien, sino que echasen por la senda que iba alrededor del lago hácia el monte.

Comenzaron á dudar si Dios les enviaba este aviso, y era bien tomarle, ó si este mozo era echadizo de los salteadores para engañarlos, como de verdad lo era; y así, inspirados de Dios, se resolvieron de proseguir su camino, aunque se les renovó y aumentó el temor, viendo venir por el mismo lago una barca con muchos remeros vestidos de colorado, que saliendo de la parte del monte iba hácia donde ellos estaban, y temieron no fuesen los mismos ladrones, que viendo cómo no habian echado por la senda, querian cogerlos á su salvo en medio del agua.

Pero presto se les quitó este miedo, viéndolos saltar en tierra é ir su camino adelante; sólo quedaba el temor si iban errados, el cual crecia mientras más caminaban; de modo que habiendo entrado por el agua como media legua, les pareció temeridad pasar adelante, y se determinaron de volverse por el mismo camino.

A esta sazon vieron venir por donde ellos habian caminado un caballero muy lucido, corriendo por el agua como por tierra firme, y llegado á ellos, les saludó muy cortesmente y les dijo que le siguiesen sin miedo, porque él sabia bien el camino, y les guiaria á su salvo.

Hiciéronlo así, y diéronse tanta priesa, que acabaron de salir del lago antes que el sol se pusiese; y en saliendo del lago, les dijo el caballero el camino que habian de tomar para el pueblo donde iban, que estaba de allí no más de media legua, y no habia peligro ni dónde poder errar.

Dicho esto, á vista de todos desapareció, advirtiendo que ni fue adelante, ni atrás por el agua, ni á un lado ni á otro; y así, todos reconocieron haber sido particular merced del Señor, de haberlos librado por su santo Angel.

Tenia por aquel tiempo especial devocion el P. Baltasar con los santos ángeles, como consta de un sentimiento que tuvo á los 22 de diciembre de este mismo año de 1571, y le cuenta por estas palabras:

«Estando en la oracion de la mañana, me hizo nuestro Señor una merced, que la tuve yo por muy grande favor, que me inclinó con grande particularidad á la reverencia de los ángeles, del que anunció la Encarnacion á nuestra Señora, y á Él su Pasion, y al que presenta al Padre eterno el sacrificio del altar, como á medio de la estimacion y reverencia que se ha de tener á estos ministros.

»Item, me incliné á otras tres compañías de ellos; conviene á saber, á los que asistieron á Cristo nuestro Señor orando, peleando y caminando, y á los que asisten á los justos en estas tres cosas, y á los ángeles de mis oficios, al Custodio de mi alma, y á los particulares de los Padres y Hermanos que estuvieran á mi cuenta.

»Y desde esta hora me tuve por obligado á su particular reverencia, por la obediencia del Señor, entendiendo que Él me habia encomendado á todos ellos por especial encomienda y mandamiento suyo.»

Siendo, pues, este santo varon tan devoto de los ángeles y del que asistia á Cristo nuestro Señor en sus caminos y guía á los justos en los suyos, no es de maravillar que uno de ellos viniese á guiarle en esta ocasion.

No fué cosa ménos maravillosa lo que le sucedió cuando volvia de visitar la provincia de Aragon, pasando por Cervera su patria, de donde se partió para Búrgos, acompañándole un hermano suyo llamado Gaspar Alvarez, con un mozo de á pié.

Hacia un tiempo muy trabajoso de aguas y nieves, y estaban tales los caminos en algunas llanuras, que más parecian lagunas que caminos; pero el último dia fué más trabajoso, porque les llovió todo el dia sin parar.

Llegaron á hora de comer á una posada donde estaban unos hombres jugando y perjurando el santo nombre de Dios á cada palabra.

Pidióles el santo varon que por amor de Dios no jurasen; mas, como estaban encarnizados en el juego, no tomaron su aviso, ántes se empeoraron; y esto le daba tanta pena por ver á su Dios ofendido, que sin esperar más á que descansasen las mulas, ni á que se aderezase la comida, él mismo se entró por la cabalgadura y se salió luego, obligando con esto á los demás que le siguiesen.

Anduvieron algunas leguas lloviendo á cántaros, sin topar lugar ni persona que les enderezase.

Iba el santo Padre un tiro de piedra de los demás por irse en oracion; pero llegando á un llano tan lleno de agua que parecia un rio, como era ya noche y no podia topar el camino por donde se habia de ir, hubo de aguardar á los demás, los cuales llegados no sabian qué se hacer, porque veian á todos los lados grandes atolladeros.

Pidióles el santo Padre se encomendasen á nuestro Señor, y tuviesen confianza que los ayudaria y guiaria. Hiciéronlo todos así, y despues de haber estado un rato parados, y haber dado algunas voces, para ver si les oia algun pastor ó caminante que los guiase; como no le hubiese, acudió nuestro Señor con su presto socorro; porque vieron venir de repente un hombre en un cuartago blanco, el cual, juntándose con ellos, les preguntó que dónde caminaban, y como le respondiesen que á Búrgos, dijo él con muy buena gracia: «Pues vamos todos allá, síganme, que yo sé bien el camino, y por donde yo entrare podrán entrar seguramente.»

Iba delante con su caballo blanco, que por serlo, aunque era de noche, podian mejor divisar la guía. Encontraron un jumento caido debajo de una carga de leña y á un muchacho junto á él muy afligido que la llevaba, y el de á caballo sin detenerse, con sólo tocar al jumento, le levantó del suelo en un momento.

Reparaban á veces en seguirle, considerando que los metia por medio de las aguas sin parecer camino; mas, con todo esto, le seguian, porque les aseguraba y quitaba el miedo con el gran ánimo que continuamente les daba.

Pasados aquellos lagunajos, se juntó con el P. Baltasar, yéndose los dos un gran trecho adelante hablando en buena conversacion.

Su hermano del Padre, viéndolos caminar tanto y que el mozo de á pié no podia seguir su paso por ir ya cansado de los muchos lodos, les dió voces diciendo al santo P. Baltasar que no anduviese tanto y que tuviese compasion de aquel pobre mozo de á pié, y aun de todos, que los llevaban arrastrando.

No hubo acabado de decir esto, cuando vió junto á sí y al mozo al que

iba en el cuartago blanco, con estar bien apartado, como se ha dicho, y asiendo de la mano al mozo, le subió á las ancas con tanta facilidad como si fuera de paja, y luego se tornó á su plática hasta que llegaron á Búrgos á las diez de la noche.

Quiso el P. Baltasar despedirse de su guía por tratar con su hermano lo que habia de hacer en Búrgos, mas la guía no admitió esto, diciendo que los queria poner á la puerta de casa por donde habian de entrar y que de allí se iria; y así, pasó adelante guiándolos con el mozo á las ancas, y en llegando á la puerta, le dijo que se apease, y le puso el cordel de la campanilla en la mano para llamar, y al punto desapareció sin verle ir por una parte ni por otra, aunque el mozo atentamente miró por él, y los que venian atrás bien cerca tampoco pudieron verle, tanto, que el hermano del P. Baltasar reparó en ello, porque queria agradecerle la buena obra que les habia hecho, y preguntando á su hermano por él, respondió: «Fuese porque tenia que hacer,» y con esto se entró en el colegio.

Todos entendieron ser un ángel, pero el santo varon dijo en secreto que habia sido un Hermano santo de la Compañía, llamado Juan Jimeno, á quien el P. Baltasar, visitando la provincia de Aragon, conociendo su gran virtud, la habia descubierto y honrádole mucho, y cuya muerte habia sucedido en este mismo tiempo, y fué enviado por Dios para guiarlos, y que le habia dicho: «Porque me honraste en vida, me ha Dios enviado á que te saque de este peligro.»

En Roma no quiso gastar tiempo fuera de casa, sino en visitar los santuarios y estaciones de aquella santa ciudad, no queriendo ver otras curiosidades ni antigüedades de las muchas que allí hay, gustando más de estarse en oracion.

Visitó á nuestra Señora de Loreto, donde fué muy regalado de la Madre de Dios, y le encargó la misma Vírgen que fuese muy devoto de su Esposo San José.

Trajo de Roma un retrato de Sta. María Mayor, que pintó San Lúcas, y le colocó en una capilla de Medina del Campo, donde solia el siervo de Dios pasarse las noches enteras.

Esta devocion del P. Baltasar con la Reina del cielo la tuvo toda la vida y fué tan grande, que el demonio, rabioso de verle tan devoto, puso grande esfuerzo por derribarle, procurando con terribles tentaciones apartarle del trato con Dios nuestro Señor y con su Madre Santísima; y como el Padre reparase en esto estando en oracion, díjole el demonio claramente: «Afloja tú y aflojaré yo, particularmente en dejar de hacer esa devocion que haces á esta mujer que llaman María.»

## XIII

*Su humildad y desprecio de sí.*

A todas las virtudes del P. Baltasar sustentaba una profunda humildad, porque era en extremo el desprecio que de sí hacia y de todas las cosas del mundo, humillándose á todos, aun cuando era Superior de todos.

Cuando fué por Provincial á la provincia de Toledo, se fue luego á los aposentos de los Padres ancianos, é hincado de rodillas, les pedia la mano para besársela.

Deseaba ser despreciado de todos. Para esto procuraba encubrir cuanto podia los dones que habia recibido de la mano de Dios, y todo lo natural ó sobrenatural que pudiese campear delante de los hombres.

Y como tuviese en los principios repugnancia á esto, pareciéndole que hacia mucho en callar, ofreciéndosele este pensamiento: ¿Por ventura no encubrió y disimuló más el Hijo de Dios?, luego se sosegó y avergonzó, y puso mayor cuidado en encubrir las misericordias que el Señor le hacia, que eran muchas, y por esto se han sabido pocas.

Pero túvole muy grande en descubrir sus faltas naturales, diciendo que él no tenia persona, ni letras, ni entendimiento, ni cosa por donde pudiese ser estimado; y no sólo esto sino sus pecados publicaba para este fin mismo, como lo hizo con el P. Gil Gonzalez de Avila, cuando vino por Visitador de la provincia de Castilla, siendo él Rector de Medina.

La primera vez que le habló despacio, dándole cuenta de su alma fuera de confesion, le dijo tambien todos cuantos pecados habia hecho en su vida, sin poderle el P. Visitador ir á la mano. De lo cual quedó tan espantado y edificado, que bajando á decir Misa, no acertaba á decirla como atónito de tan heróico acto de humildad.

No se envanecia con los altos dones y oficios que el Señor le daba; porque, con ser sus cosas tan dignas de ser estimadas, él las tenia en tan poco, que escribia sus pláticas en papeles viejos y sobre cartas.

Decia que todos los de casa le confundian y enseñaban, y él gustaba de aprender de todos, aunque fuese de sus mismos novicios.

Permitió Dios para probar á su siervo, que padeciese algunas persecuciones y testimonios, que sin culpa de algunos, le levantaron, en los cuales se habia como si no le tocaran, poniendo por obra lo que decia á otros, que no hay perfecta humildad sin humillaciones, ni paciencia sin recios combates, y que lo principal de la virtud está en aprovechar tales lances, y el aprovecha-

miento principalmente consiste en saber bien humillarse, sufrir y callar, aventurando su honra por amor de Dios.

Y en confirmacion de esto, para alentar á los de su colegio, dijo él mismo en una plática, que una vez la habia aventurado y desde entónces el Señor le habia comenzado á hacer mercedes á manos llenas; y la ocasion fué que en una Congregacion provincial se dijo de él una cosa harto grave, y por ella fué reprendido públicamente delante de todos los Padres, y pensando si seria bien dar razon de sí, estaba perplejo, porque un Padre de los más graves y santos que allí habia, le persuadia que lo hiciese, pues con tanta verdad podia hacerlo, y aun le obligaba á ello, por ser de tanta importancia su buen nombre en las cosas de virtud, así para los de casa como para los de fuera.

Mas, viendo que este consejo era muy conforme á su gusto natural, no se fió de él y habló á otro Padre muy siervo de Dios, el cual le dijo que haria un grande sacrificio de sí á nuestro Señor en callar y no responder por sí en público ni en secreto; y así lo hizo y sucedióle tan bien con Dios nuestro Señor, que premió con larga mano tan heróico silencio, que muchas veces le agradeció el buen consejo y le guardó siempre en todas ocasiones y en las que vamos contando, mientras los Superiores no le mandaban por obediencia dar razon de sí y de sus cosas.

Diciéndole en Salamanca un Hermano muy familiar suyo la poca razon que ciertos Padres tenian en sentir mal de sus cosas, le atajó la plática, diciendo: «A esos Padres tengo yo sobre mi cabeza, porque son á quien debe mucho mi alma, y por cuyo medio se me ha seguido mucho bien y provecho.»

Yendo por Rector á Villagarcía, donde estaba uno de estos Padres y habia de ser su súbdito, como este mismo Hermano le dijese que allí podia darle á entender lo mal que con él lo habia hecho, respondió: «A quien mas veneraré y consultaré será ese Padre.»

Y como encargase mucho al Sotoministro que regalase mucho á uno de estos Padres, y anduviese con especial cuidado de que nada le faltase, admirado el Sotoministro que lo sabia, le dijo: «¿Cómo V. R. me manda regalar á tal persona?» El respondió con gran mansedumbre: «Hágalo por ganarle, y si no lo ganare, ganaréme á mí.»

Otro del colegio tambien le contó las cosas que de él se decian, y el Padre se sonrió con muestras de notable alegría, y reparando en ello el que le hablaba, le preguntó de qué se alegraba tanto. Respondióle con gran regocijo: «De que ahora entiendo que me quiere Dios bien, pues me lleva por el camino de los suyos; porque ha dias he vivido con cuidado de parecerme que el Señor me tenia olvidado.»

«En otro caso semejante, contándole una cosa bien pesada que ciertos

Padres graves habian hecho contra él con buen celo, lo que respondió fué: «En verdad que de aquí adelante á esos Padres tengo de encomendarlos á Dios cada dia en la Misa,» y como lo dijo, lo hizo, cumpliendo á la letra lo que dice el Salvador: *Orad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos.*

De esta manera se fué aprovechando de los lances que Dios le enviaba, para comunicarle por este camino la paz que alcanzó, con un ánimo superior á todos los sucesos prósperos y adversos, sin que fuese parte ninguno para estorbar ni alterar su corazon.

Acerca de su modo de orar tuvo mucho que sufrir; porque algunos decian de él estaba iluso, por ser aquellos tiempos de los *alumbrados,* que fueron en España de tanto escándalo; pero, ordenándole los Superiores que declarase su modo de oracion y que diese razon de ella, la dió tan buena, que tapó la boca á todos sus calumniadores, y los Superiores le estimaron mas, y pusieron en mayores cargos, entregándole el gobierno de tan principales provincias como tuvo, aunque él lo estimaba todo en poco.

Viniendo el P. Diego Miron de Roma por Visitador de Portugal, se aficionó mucho al P. Baltasar por su gran santidad, y le pidió con grande encarecimiento que quisiese ser su compañero en aquella visita, mas él lo rehusó con humildad, diciéndole que tenia gran deseo de volverse á la quietud y sosiego de Medina, y á gozar del olor que da de sí la probacion con el fervor que traen los novicios; lo cual era grande ayuda de costa para despertar un alma, y el oficio de Maestro de novicios el más aparejado que hay en la Compañía para hacer á un hombre santo.

Oyendo el P. Miron esta respuesta, quiso tentarle y descubrir la virtud que en él habia, diciéndole que mirase bien, que era gran cosa en aquella ocasion ser su compañero, porque el que lo fuese tomaria noticia de varias provincias, y cuando él se volviese á Roma, quedaria por Superior y Visitador de todas.

Entónces, riéndose el P. Baltasar le respondió: «Oh Padre mio, si supiese la poca gana que tengo de esos oficios por sus autoridades, y la repugnancia que siento á ellos, y en cuánto más estimo estar toda la vida en un rincon al olor del noviciado, no me convidaria con ellos.»

Con esta respuesta quedó el P. Miron satisfecho, y cesó de lo que pretendia.

## XIV

*Muere siendo Provincial de Toledo, y hónrale Dios mucho.*

Con todo eso no se pudo escapar de haber tenido los mayores gobiernos de España, y últimamente, acabó su feliz jornada siendo Provincial de la provincia de Toledo, porque habiendo visitado la Casa Profesa de Toledo, y el colegio de Alcalá, y la casa del noviciado de Villarejo de Fuentes, trabajando con gran fervor en las pláticas que hacia, así á los de casa como á los seglares en la iglesia, para abrasarlos á todos, si pudiera, en el amor de Dios, comenzó en el Villarejo á hacer las diligencias necesarias para ganar un gran jubileo que habia concedido aquel año la Santidad del Papa Gregorio XIII por el feliz suceso de las cosas de la Iglesia.

Ayunó con todo rigor las dos semanas que el jubileo señalaba, sin que nadie se lo pudiese estorbar, aunque tenia bastante excusa, por estar muy debilitado y cargado de achaques.

Enflaquecióse mucho el cuerpo con el ayuno, aunque el espíritu se iba disponiendo para lo que le estaba esperando ya. Allegóse á esto el grande calor que hacia y los soles que habia pasado por los caminos, por ser el mes de julio, y así, en llegando al colegio de Belmonte, le dió una calentura, de la cual los médicos y los de casa hacian poco caso, mas el santo Padre entendió que era llegada su hora, y luego se comenzó á prevenir para la muerte.

Hizo una confesion general con su compañero el P. Alonso de Montoya; comulgó con muy gran devocion, y muy con tiempo pidió y recibió la Extremauncion con grandes muestras de la reverencia, amor y aprecio que tenia de estos santos Sacramentos y de los bienes que por ellos se le comunicaban, y de la merced que Dios le hacia en querer llevarle para sí.

No queria admitir visitas, por estar desocupado para orar y tratar más con su Dios; y aun diciéndole su compañero que señalase alguno en su lugar, respondió: «No me hable, Padre, de negocios, que no es ahora tiempo de eso.»

Andaba por decirle el médico el peligro de su enfermedad y cuán al fin estaba de su vida, y comenzó á hablarle por rodeos, temiendo declarárselo. Como el santo Padre lo entendiese, díjole con grande señorío: «No tiene que temer el decirme que me muero, porque no se me da nada de vivir ni me pesa de morir.»

Otro Padre, viendo el contento con que mostraba salir de la cárcel del

cuerpo, le preguntó si se holgaba de morir; y el respondió: «Sí en algun tiempo, ¿por qué no ahora?» Con esto dió á entender la satisfaccion interior que le daba su buena conciencia y la grande confianza que tenia de su salvacion.

¿Y qué maravilla la tuviese al cabo de su vida tan santa, especialmente habiendo tenido (como se ha dicho) revelacion de que era de los escogidos para el cielo?

Acudieron todos los del colegio á su tránsito con muchas lágrimas que derramaban tiernamente por sus ojos, y aunque todos deseaban que en aquella hora les dijese alguna cosa de edificacion, el santo varon no quiso interrumpir su oracion ni la plática interior que con su Dios tenia trabada, en cuya presencia, con gran silencio y sosiego dió fin á su peregrinacion el dia séptimo de su enfermedad, á las cinco de la tarde, á los 25 de julio, dia de Santiago Apóstol, de quien era muy devoto, el año de 1580, á los cuarenta y siete años de su edad y veinte y cinco de Compañía.

Quedaron todos muy desconsolados por verse privados de un tal dechado de virtud y del provecho que esperaban habia de hacer en aquella provincia con su gobierno.

Sabida su muerte en aquel pueblo, acudió mucha gente por la fama de su santidad, porque no habian tenido ocasion ni lugar de tener de él otra noticia.

Hubo en varias partes muchas revelaciones de su dichosa muerte y grande gloria.

Estando en Búrgos una sierva de Dios, beata de San Francisco, muy penitente y de grande oracion, en la cual era muy regalada de nuestro Señor, y recibia algunas revelaciones de cosas futuras, que puntualmente sucedian como ella decia, y á veces oia una voz que la mandaba algunas cosas que hiciese ella misma, siempre de grande provecho y con grandes conjeturas de que todo procedia de buen espíritu; estando, pues, un dia en oracion, oyó que la decian: «Ven y hallarte has á la muerte de un gran siervo mio,» y arrebatada en espíritu y puesta delante de un enfermo, vió que alrededor de su cama estaban muchos varones eclesiásticos, echando de sí gran resplandor, y entre ellos gran muchedumbre de ángeles.

Despues entraron otros cinco con hábito eclesiástico, pero con mayor gloria y resplandor que los primeros, uno de los cuales tenia tan clara luz y tan resplandeciente, que pensó era Cristo nuestro Señor, pero dijéronla que no lo era.

Este tomó al enfermo por la mano derecha y levantóle, y puestos los otros cuatro á los lados y los demás alrededor, ellos y los ángeles llevaron su san-

ta alma al cielo con grande regocijo y música, y quedándose dos ángeles con el cuerpo, le ungieron é incensaron.

Habiendo esta persona visto tan solemnes exequias y la subida del alma tan gloriosa, pensó que era un Obispo de Italia, gran siervo de Dios, á quien ella tenia gran respeto y amor; pero fuele revelado que no era aquel, sino el Provincial de la Compañía de Jesus de la provincia de Toledo.

Luego que esto vió, como dijimos, el mismo dia en que murió en Belmonte el P. Baltasar, vino á contarlo á su confesor que era el P. Cristóbal de Rivera, varon verdaderamente santo, prudente y de grande espíritu, el cual averiguó con cuidado lo que le habia contado, y cuando vino la nueva de la muerte del P. Baltasar, haciendo comparacion de todas estas circunstancias, halló que de él se habia de entender esta revelacion,

Y como la misma persona de ahí algunos años en Valladolid, á donde habia ido, fuese preguntada de lo que pasó por el P. Francisco de Salcedo, de nuestra Compañía, sobrino del mismo santo Padre, ella respondió que lo tenia escrito en un librito donde solia apuntar las mercedes señaladas que nuestro Señor solia hacerla, y daba de ellas cuenta á su confesor, y que despues que recibió ésta, cómo vió subir aquella alma con tanta gloria al cielo, no podia olvidarse ni dejar de encomendarse cada dia á ella, y que despues vino á saber que era el P. Baltasar Alvarez.

Por lo cual, vistas todas las circunstancias de esta revelacion, y la santa vida de la que tuvo á quien Dios hacia semejantes mercedes, y que despues tuvo otra de la muerte y gloria de la Santa Madre Teresa de Jesus, y que al fin acabó bien su jornada, se puede tener por cierta la dicha revelacion, y que los santos del cielo y los ángeles, de quien este santo varon fué devoto en esta vida, vinieron á honrarle en la muerte.

Y pues aquel varon de grande resplandor no era Cristo nuestro Señor, puédese creer que era nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio, cuyo hijo era el enfermo, ó el glorioso Apóstol Santiago, en cuyo dia fallecia, ó algun otro de aquellos en quien tenia devocion más especial.

La Santa Madre Teresa de Jesus supo la muerte de este santo varon estando ella en Medina del Campo, y sin poderse contener estuvo más de una hora llorando, sin que nadie fuese parte para consolarla, y preguntándola cómo, sintiendo tan poco las cosas del mundo, sentia esta tanto, respondió: «Lloro porque sé la grande falta que hace y ha de hacer en la Iglesia de Dios este su siervo;» y en diciendo esto, se quedó arrobada más de dos horas.

Lo que pasó en este rapto no lo dijo, mas sabemos que dijo muchas veces la revelacion que tuvo del alto grado de santidad que el P. Baltasar te-

nia en la tierra, y de la grande gloria para que estaba predestinado en el cielo.

Y despues de muerta la santa, se apareció á otra sierva de Dios, muy devota de la Compañía de Jesus, que estaba muy afligida, y para consolarla en su trabajo la dijo entre otras muchas cosas, estas formales palabras que eran á propósito para su consuelo: «Yo tambien soy hija de la Compañía, y tuve confesor en ella, y ahora en el cielo le reconozco y le respeto.»

Y es cierto que entendió esto del P. Baltasar Alvarez, porque aunque tuvo primero otros, pero este fué el que le duró más tiempo, y la ayudó con más cuidado hasta poner en ejecucion sus altos intentos, y de quien ella se preciaba de tenerle por confesor y maestro. Y pues en el cielo le reconoce ahora y le respeta, señal es que tiene allá su lugar y silla tan eminente, como la habia visto cuando vivia acá en la tierra.

Pero, fuera de esto, quiso nuestro Señor tambien que el mismo difunto hiciese despues tales obras, que confirmasen las que habia hecho cuando vivo, y la santidad y gloria que por ellas habia alcanzado; porque (como se saca de la sagrada Escritura) los santos en el cielo no pierden el cuidado de las personas que tuvieron á su cargo en la tierra, ántes, como tienen la caridad más pura y están siempre en la divina presencia, oran por ellos, y con sus oraciones les negocian la ayuda que han menester para durar y crecer en el bien que les habian persuadido en esta vida.

Y así, como el glorioso P. Baltasar tenia entrañado el celo de ayudar á las almas que estaban á su cargo, aun despues de muerto fué continuando su oficio con algunas, ayudándolas en sus aflicciones y alentándolas á perseverar en el bien comenzado.

Entre estas personas pondré en primer lugar á doña Ana Enriquez, señora principal y espiritual, bien acosada de trabajos cuando casada y despues de viuda, la cual por la gran devocion que tuvo con este santo varon, despues que supo su muerte y experimentó las ayudas que entónces recibia por su medio, escribió una relacion de todo por estas palabras, dejando algunas por abreviarla:

«Habiendo sabido la enfermedad del P. Baltasar Alvarez estando yo en Valladolid, fuí el dia de la Transfiguracion á la Casa Profesa de la Compañía para confesar y comulgar, y por saber la nueva de su enfermedad.

»Dijéronme cómo habia fallecido, lo cual me causó tan grande sentimiento, que no se puede decir, por lo mucho que perdí en él de mi consuelo y alivio en tiempo que estaba recien viuda y muy afligida. Y aunque algunas personas que sabian esto procuraban consolarme, no hacian en mí efecto sus razones.

»Acostéme aquella noche así triste; á la mañana, despertando muy temprano, me acordé de este santo Padre, y luego con su memoria se vertió por mi alma una grande alegría, cosa bien de notar en mi condicion, y en tal sazon, y tan de presto, y sin poner yo nada de mi parte, y júntamente en lo interior me persuadian con muchas razones que no estuviese desconsolada.

»Esta persuasion era con una suavidad y regalo grandísimo, y en brevísimo tiempo se me dieron á entender muchas cosas con que se acallaban las faltas que por su ausencia entónces se me representaban, y entendia que se remediaban con más ligeros correos para el cielo, que eran las estafetas más libres de peligros, porque juntamente se daba á entender con cuántos inconvenientes se comunicaban en el suelo aún los siervos de Dios.

»Yo no sé cómo me veia tan cerca de lo que al sentido me parece léjos, que era cosa maravillosa. Quedé tan consolada antes que me levantase de la cama, que aunque yo quisiera estar triste, no pudiera.

»De esto gocé toda aquella mañana en la iglesia de la Compañía y tres dias arreo. Desde esta hora me pareció le sentia á mi lado, no sólo con la imaginacion, sino con otro modo muy diferente.

»Pasados estos tres dias, aunque yo quisiera sentirle así, no podia; mas en lo interior me regalaba mucho su memoria, como tambien en su vida, estando ausente, me hacia algunas veces una compañía regaladísima y purísima, más que si estuviera presente, aunque esto no era siempre que yo lo queria.

»De ahí á algunos años, á 17 de noviembre de 1587, víspera de S. Gregorio Taumaturgo, habiendo tenido grandes aprietos interiores, púseme una noche á rezar algunos salmos, y aunque me enternecia con algunos versos, sentia gran soledad y dábame pena parecerme que no tenia persona á quien descubrir mi sentimiento conforme á mi deseo; y con esto me quedé arrojada, vuelto el rostro á la pared.

»Habia yo dicho algunos dias antes á una amiga mia que conoció al P. Baltasar: «¡Oh qué diera yo por ahora poder hablar con este Padre!» Y estando léjos de que esto podia ser, me hallé con él sin pensar; y aunque no le veia con los ojos corporales, lo sentia cabe mí, á mi lado derecho, haciéndome una compañía regaladísima; sentíale con majestad y llaneza, y representábanseme muchas cosas de las que en su vida pasó y habló conmigo, y tan claramente como cuando era vivo y sentia su espíritu.

»Habléle de cosas pasadas y presentes ternísimamente. Lo que con él pasé y con los términos que fué, no podré ni sabré decirlo; parecia que sin hablar me respondia, consolaba, y enseñaba, y se ofrecia á ayudarme.

»Habléle de mi confesor y de otras cosas, y sentíale benigno para con-

migo, y que con su vista se daba fin á la tormenta que me habia traido crucificada.

»De mil cosas me daba luz sin hablar, y aclarábame el trato y amistad espiritual que conmigo habia tenido, y me parece que me veia el alma. Díjele: «¿Mi Padre, no me dice nada?» Y parecióme que hizo una seña hacia el cielo, inclinándome allá, y significándome la grandeza de aquel estado, y esto me hizo grande efecto.

»Descubrióseme su santidad, y lo mucho que habia servido á nuestro Señor, y díjele que las vidas de otras personas andaban públicas, y cómo estaba la suya tan en silencio. Respondióme sin hablar, de modo que lo entendí: «No importa,» dándome á entender que de aquí al dia en que todo habia de salir á luz habia poquito, pues era temporal; con lo cual me comunicó un olor y estima grande de la eternidad.

»El dia de S. Andrés siguiente tuve otro grande aprieto de tristeza por cierta palabra que me habian dicho, y yendo á comulgar con esta afliccion, sentí á mi lado derecho á este santo Padre de la manera que la vez pasada, y sin verle con los ojos corporales ni hablarme, le sentia y le entendia.

»Habléle, y de presto se deshizo la niebla que me habia cubierto el alma, y me sentí sana y alentada; parecíame le tenia como padrino para enseñarme, y cuando alzaban la hostia en la Misa y la adoraba, le sentí cabe mí, haciendo gran reverencia al Santísimo Sacramento.

»Todo esto me pareció prenda de lo mucho que puede con Dios, y que es Su Majestad servido que me ayude visiblemente; y mostrándome yo agradecida de que me hubiese socorrido tan á tiempo, me dió á entender que á Dios lo debia, por donde echó de ver la fidelidad que tenia y siempre tuvo con nuestro Señor.»

Otra persona muy sierva de Dios y conocida y respetada por tal, contó que estando su alma en un gran desamparo interior, se acordó del santo P. Baltasar, y con sentimiento le dijo: «Padre, ayudadme,» y de ahí á un poco le vió en vision imaginaria á su lado derecho, y la estaba haciendo muy apacible compañía, y entónces le dijo: «Padre mio, ¿es posible que á quien tanto bien hicistes y quisistes en la tierra, ahora que estais mejorado no me ayudareis? Ayudadme.»

Pero todavía se estaba el alma en aquel desamparo, hasta que oyó dentro de sí estas dos palabras interiores, que le pareció eran suyas: «Arribar para la perfeccion,» con lo cual se alentó, y conociendo su necesidad y la superioridad del santo, extendió el brazo hacia donde sentia su presencia, diciéndole: «Padre, dadme la mano,» y el santo Padre se la dió, y vió la mitad de su brazo vestido, como le traia acá cuando vivia; asióle con la mano

de la muñeca, y diósele á entender que esto era prenda de la confianza que habia de tener de que se cumpliria la voluntad de Dios en ella, como lo deseaba.

Con esto se quitó la presencia regalada que la hacia, mas no la representacion tan viva del medio brazo vestido, asiéndole por la mano al modo dicho.

Un Padre de la Compañía grave y muy letrado que tuvo mucho trato con el P. Baltasar en vida, contó que en sus necesidades grandes y pequeñas, espirituales y corporales, encomendándose á nuestro Señor por los méritos de este su siervo, habia hallado remedio y alivio.

Esto le sucedió algunas veces y tuvo por género de milagro el remedio que halló en cierta cosa que le apretaba mucho. Y en otra grande afliccion, encomendándose á él mismo, sintió interiormente que le respondia que en semejantes necesidades habia de acudir á nuestra Señora; hízolo así, y sintió grande aliento.

Otra vez en Belmonte, haciendo lo propio, sintió que le habló en voz baja, y comenzando la razon que le decia con voz exterior, la acabó con voz interior ó inspiracion.

Y no sin misterio ha querido nuestro Señor que todas estas señales hayan sido para alivio de personas afligidas, porque de camino él descubriese la gracia que tuvo de consolarlas en vida, y la que el Señor le hará de consolar por su intercesion á los que ahora se lo pidieren en sus trabajos.

Desearon sus reliquias muchas personas, así seglares como religiosos de la Compañía, y con el favor de doña Juana de Castilla tiene la cabeza de este siervo de Dios la casa del Villarejo de Fuentes.

Despues, por mandado del P. Cláudio Aquaviva, General de la Compañía, y á peticion de la provincia de Castilla y de doña Magdalena de Ulloa, fundadora de Villagarcía y otros colegios, fueron trasladados sus huesos al noviciado de Villagarcía, donde están ahora en una capilla de los novicios, junto al Santísimo Sacramento, con mucha decencia y veneracion.

Las veces que descubrieron su cuerpo, no echaba mal olor de sí, ántes sintieron algunos Padres grande olor y fragancia, y hasta ahora la está esparciendo de sus heróicas virtudes y obras maravillosas.

Entre las que ha obrado nuestro Señor por este siervo suyo despues de su muerte, se puede contar lo que sucedió al P. Gonzalo Perez, persona de gran bondad y sinceridad; estaba con una mano hinchada y muy mala, vió un cuadro del P. Baltasar; entendió, por ser ya muy viejo y no tener buena vista, que era de nuestro Padre S. Ignacio, y llegándose á él, y tocándole con su mano hinchada, le dijo: «Santo glorioso, pues dais salud á los extraños, dadla tambien á vuestros hijos y sanadme esta mano.»

Hallóse al punto bueno y con la mano seca y enjuta como si no hubiera tenido mal en ella. Fué muy contento, diciendo que S. Ignacio le habia sanado, tocando la mano á su imágen.

Dijéronle entónces, que no era la imágen de S. Ignacio, sino del P. Baltasar: «Poco importa eso, dijo el buen viejo, que el hijo haria lo que se le pedia al Padre.»

La vida de este gran siervo del Señor escribió, como hemos dicho, el P. Luis de la Puente, muy cumplidamente. Y no fué poco historiadora de las virtudes de este insigne varon Sta. Teresa de Jesus.

De él tambien hacen insigne mencion el P. Fr. Diego de Yepes, el P. Rivera en las *Vidas de Sta. Teresa* y P. Antonio Balinguem en su *Calendario Mariano.*

P. NIEREMBERG.

## P. ANDRÉS ASENSIO

Fué el P. Andrés Asensio persona de grande ejemplo y muy solícito operario, muy dado á la oracion, y por medio de ella le dió nuestro Señor muchas almas que convirtió á mejor vida.

Aunque tenia buenas letras y gran prudencia, era humilde en el trato exterior al parecer del mundo; y nuestro Señor respondia á su deseo y celo, de manera que no trató persona alguna eclesiástica ó seglar, que no la persuadiese á hacer los Ejercicios de nuestro santo Padre, conforme á la capacidad que hallaba en cada uno, para este ó aquel modo de orar, y así, los sacaba con gran fruto de las almas y mudanza de vida mala en buena ó de buena en más perfecta.

En particular se vió esto en personas graves y prebendados de la Iglesia Catedral de Palencia, donde este Padre vivió muchos años, que despues de haber hecho los Ejercicios, duraron mucho tiempo con gran ejemplo, cercenando faustos y entretenimientos, y ejercitándose en mucha oracion y penitencia, y gastando sus haciendas con pobres y en obras pías, hasta que murieron dejando muy buen nombre y ejemplo.

Entre otras fué la mudanza que hizo un canónigo de allí, que despues de tener la canongía y antes, vivia como mozo galan sin ordenarse y olvidado de sus obligaciones.

Dióle el Padre los Ejercicios y mudó la vida. Ordenóse luego de Misa, daba buen ejemplo; un solo año vivió, pero con tal edificacion, que restauró lo que habia antes desedificado.

Con el mismo medio mudó á otro caballero disoluto que gastaba su hacienda en juegos y pasatiempos, y despues nunca más jugó, sino se ocupó en frecuentar los Sacramentos, dar limosnas á los pobres y en otras obras pías, y mostró el afecto que cobró á la Compañía en que puso una cláusula en un mayorazgo que fundó, que si faltase heredero, pasasen á la Compañía mil ducados de renta para fundar un colegio de la Compañía donde el P. Provincial quisiese.

Mucho le pesó de esto al demonio, y así, quiso desacreditar á este Padre con esta fraude. Confesó el P. Asensio un hombre que estaba determinado á vengarse de otro, y nególe la absolucion porque no quiso deponer este mal propósito.

Fuese algo perplejo este hombre pertinaz á su casa, y el demonio tomando la figura del P. Asensio, fué á su casa á media noche y dió grandes golpes á su puerta; abrióle el hombre, y dijo el demonio: «Soy el P. Asensio, que he tenido mucho escrúpulo de no haberos absuelto injustamente, porque teneis mucha razon de vengaros y lo podeis hacer muy bien, porque vos sois el agraviado.»

Con esto se fué el demonio fingiendo haberle absuelto, y diciendo que bien podia comulgar, que le perdonase el rigor que usó con él.

Quedó el hombre muy dudoso de cosa tan nueva, y asentósele que semejante consejo no podia ser del P. Asensio, y que debia de ser el demonio.

A la mañana fué al Padre y le contó lo que le habia pasado, é hizo una buena confesion, y perdonó la injuria, y obedeció al Padre en cuanto le ordenó.

Otra cosa testificaron de vista todos los Padres antiguos de aquel colegio, y fué, que habiendo muerto cinco años habia muy santamente el P. Asensio, abriendo la sepultura en que fué enterrado al modo que los demás para enterrar otro, vieron que el cuerpo del P. Asensio estaba entero, sus manos puestas y levantadas como el mismo dia que le enterraron, quedando todos admirados del caso, teniendo esta incorrupcion de su cuerpo por señal de la gran pureza que este varon apostólico tuvo en el alma y cuerpo toda su vida.

P. NIEREMBERG.

# P. FRANCISCO CORDOBA Y H. JUAN ORTUÑO

No es lo más admirable ni provechoso que tienen las vidas de los santos los milagros que han obrado, sino sus heróicas virtudes; y por estar llena de ellas la vida del mortificadísimo P. Francisco de Córdoba, me ha parecido digna historia, aunque breve, por haberlo tambien sido sus años, de ponerla aquí para ejemplo de grande perfeccion y desprecio del mundo.

Fué este siervo de Dios hijo del duque de Cardona y Segorbe. Siendo ya de edad, fue á la Universidad de Salamanca con la autoridad que convenia á su grandeza y casa.

Fué Rector de aquella insigne Universidad. Tocóle Dios el corazon con los sermones que oyó del gran siervo de Dios P. Martin Gutierrez, para que despreciase al mundo y hollase toda su grandeza; y así, renunciando todas las cosas, se entró en la Compañía de Jesus el año de 1571.

Tuvo grande dicha en haber tenido casi siempre por Superior al santo varon P. Baltasar Alvarez, así en el noviciado como en sus estudios, y últimamente en la tercera probacion que usa la Compañía tengan los que han acabado su teología.

En todas estas partes y estados fueron heróicos los actos de humildad y mortificacion que hizo este fervoroso mancebo.

Desde el principio tomó muy de veras seguir la perfeccion, y se le entrañó tanto el espíritu de la Compañía, que solia él decir muchas veces que todas las cosas de ella le cuadraban mucho.

En los primeros Ejercicios que hizo le dió nuestro Señor tan grande contento con el estado que habia escogido, que viniéndole á visitar el Maestro Estéban de Ojeda, colegial del colegio de Cuenca, con quien tenia estrecha amistad, no pudiendo creer que estuviese tan contento como lo mostraba; para asegurarle y desengañarle, con no tener costumbre de jurar aun cuando era seglar, quiso entónces hacerle juramento de ello, diciéndole: «Estoy tan contento y persuadido á que esta vida es la que me importa para mi aprovechamiento y salvacion, que aunque ahora me dieran el Sumo Pontificado y cuanto el mundo me puede dar, no hiciera mudanza, ántes lo tuviera todo por escoria;» por lo cual el mismo Maestro que andaba ya tocado de nuestro Señor, se resolvió de seguir el mismo camino. Entró en la Compañía, y vino á ser su maestro en Artes.

Acabados los Ejercicios el H. Francisco, le encargaron el oficio de refito-

lero, y era tan grande su consuelo y fervor, que le barria de rodillas besando el suelo y regándole con lágrimas, pegando devocion á cuantos le miraban.

Esmeróse mucho en la abnegacion y mortificacion de sí mismo, y para fundarse en profunda humildad, aborrecia todo lo que el mundo estima, encubriendo todo lo que podia serle ocasion de honra, y ofreciéndose á todo lo que podia ser causa de su mayor desprecio.

Con una prudencia más que humana, haciendo esto por humillarse, lo disimulaba de manera que no se entendiese que lo hacia por virtud y de industria, sino por no saber ó no poder más, para ser así más despreciado, de lo cual pondremos algunos ejemplos muy notables.

Por mortificarse gustaba mucho de servir al cocinero, no solamente cuando novicio, sino tambien cuando estudiante.

Pedia los dias de fiesta y asueto licencia para ir á la cocina y ayudar á barrer y fregar y aderezar la comida: «Porque yo (decia) aprendí mucho de este menester allá fuera en el mundo, y querria aprovecharlo con dar una buena olla á los siervos de Dios.»

Procuraba tambien encargarse de las cabalgaduras, de darlas de comer y curarlas, diciendo que tambien se le entendia mucho de esto.

A esta sazon llegó á Salamanca un Padre con un rocin tan flaco, matado y maltratado, que estuvieron por echarle al prado por inútil; mas él, con licencia del P. Ministro, se encargó de curarle; lavábale las mataduras y curábaselas, y concertó un prado del otro cabo de la puente donde estuviese algun tiempo.

Pidió licencia para llevarle y concedióselo, entendiendo que algun mozo de casa le llevaria, pero él que vió la suya, tomó un sombrero y manteo muy viejo y lleno de remiendos, una grande estaca debajo del brazo, una soga y cantidad de estopas en las manos y su rocin del cabestro, y llevólo por medio de la ciudad con los instrumentos que he dicho descubiertos, de modo que los viesen todos.

Pasó por junto á las escuelas en tiempo que salian de ellas muchos colegiales y estudiantes que se le ponian á mirar, y quedaban pasmados de ver una persona tan principal, que habia sido Rector de aquella Universidad, ir de aquella manera con gran contento y con una boca de risa.

De este modo llevó su rocin al prado, triunfando de la vanidad y pompa mundana, con más gloria que los emperadores triunfaban de sus enemigos por toda Roma.

Como supo esto el Superior, reprendióle de que hubiese ido por allí, mas el santo varon que tenía especial gracia en encubrir sus actos de humildad,

respondióle con grande paz: «Padre, yo como soy flojo, miré por qué camino podia ir más derecho y más breve, y por esto fuí por allí.

Pero más adelante pasó su humildad, porque, con tener muy buen entendimiento y gran juicio, se hacia del bobo, y aposta decia algunas boberías para que le tuviesen en poco.

Habiendo de predicar un dia en el refectorio, como suelen hacer los Hermanos estudiantes, movió una duda sobre cierto punto que tocaba á la vida del santo de quien predicaba, alegando que estaban encontrados dos libros, de los que llaman *Flos Santorum,* en lo que contaban de aquel punto; y en la respuesta para declarar lo que sentia, dijo: «Aténgome á lo que dice el *Flos Santorum* de Zaragoza, porque tiene la letra más gorda y la entiendo mejor,» y aunque los oyentes se sonrieron, él quedó muy sosegado, como si no alcanzaran más de lo que dijo.

Para su mayor ejercicio permitió nuestro Señor que un Hermano estudiante, entre otros, no entendiese el espíritu que movia á este siervo de Dios, pensando que de verdad era tan bobo como él se hacia.

Con esto reíase y mofaba de sus cosas, como de simplezas y boberías, atribuyéndolas á cortedad de entendimiento y poca capacidad, sin recatarse de decir esto en su presencia; más el humilde Francisco no perdió esta buena ocasion de aumentar la humildad juntamente con la caridad, procurando regalar y honrar al que le despreciaba. Cuando servia á la mesa en el refectorio, dábale el mejor plato que llevaba. Cuando iba á la recreacion, ó al asueto ó al campo, poníase de ordinario junto á él por tener alguna ocasion de ser escarnecido.

Como su maestro el P. Ojeda reparase en esto, preguntóle qué significaba sentarse siempre junto á tal Hermano, dando señales de tanta amistad con nota de singularidad; y despues de haberle apretado mucho á que le diese razon de ello, porque bien entendió que habia algun misterio, le respondió que la causa era porque aquel Hermano le conocia y trataba como merecia. «V. R. (dice) y los demás, hácenme mucha honra, como si yo fuese algo, y esto no me hace algun provecho; mas este Hermano conóceme y póneme en el lugar que merezco, haciendo escarnio de mi y de mis cosas, y esto es lo que me importa y con este me conviene tratar como suelo.»

Con esta respuesta quedó su maestro admirado de la profunda humildad de su discípulo.

Otra cosa sucedió á los dos, en que tambien la descubrió grandemente, yendo á predicar los domingos de la cuaresma á una aldea que está como dos leguas de Salamanca.

Iban á pié poco á poco; el Padre predicaba y confesaba, y el H. Fran-

cisco enseñaba la doctrina á los labradores, juntándose con los niños muchos hombres y mujeres y casi todo el lugar por las tardes; hizo en ellos extraordinario provecho y amábanle tanto, que la cuaresma siguiente pidieron los labradores que fuesen los mismos Padres á hacerles el bien que les hicieron en la pasada.

A pocos domingos que fueron, por el dicho de algunos estudiantes que acudian allí de Salamanca, vínose á entender quién era el H. Francisco, y comenzaron todos á hacerle mucha honra y algunos hubo que le llamaron *Señoría*.

Sintió esto grandemente y procuró con toda destreza deslumbrarlos, diciendo que habia sido cocinero y labrador y que les podia examinar en cosas de labranza. Mas como esto no bastase, para quitarles su persuasion y el respeto que le tenian, hizo grande instancia con su maestro para que no le llevase más á tal lugar, y al Superior para que no le enviase; y finalmente, se le concedió por no afligirle, porque le daba tanta pena verse honrado, cuanta á los del mundo que les quiten la honra.

Y para que se vea cuán de corazon le salia esto, diré lo que le pasó con un Hermano condiscípulo con quien se concertó que uno á otro se avisasen con caridad de las faltas que advirtiesen, y como el otro Hermano acudiese algunas veces á pedirle que cumpliese lo concertado, él se acusaba de negligente, prometiendo la enmienda, hasta que, apretado más un dia del compañero, le respondió que la ocupacion interior que tenia con sus muchos defectos no le dejaba mirar á los ajenos.

Y es así, que honrando á todos, á sí solo despreciaba, y teniendo vista de lince para mirar sus culpas, no tenia ojos para reparar en las ajenas.

Nunca decia mal de nadie, y á todos queria meter en sus entrañas, sirviendo, regalando y consolando cuanto podia á los enfermos, llevando de su parte muy adelante la caridad y cuidado que en la Compañía se tiene con ellos.

Mas para prueba de su virtud permitió nuestro Señor faltase con él este cuidado en una de sus enfermedades. Habia ido fuera de la ciudad el Hermano enfermero, que era eminente en su oficio, quedando en su lugar el que le ayudaba, que era un Hermano Coadjutor novicio, que habia sido labrador y tenia poco caudal y ménos industria en materia de regalar enfermos.

A este tiempo cayó enfermo el H. Francisco de unas recias tercianas; curábale el enfermero con tanto descuido y tan al uso de su aldea, que comenzó á empeorar con algun peligro.

Entre otros notables descuidos del novicio enfermero, sucedió que se purgase el H. Francisco un dia de sábado, y el novicio, como recien entrado y criado en aldea, olvidóse de poner olla aparte para el purgado, y al tiempo

que le habia de dar el caldo, tomó un cuarto de ave y echóle á cocer en la olla de la Comunidad, que suele ser de asaduras y ollas de grosura.

Llenóle una escudilla de caldo de estas cosas, llena de grasa, y como el enfermo la gustase, parecióle mejor no tomarla; de ahí una hora llevóle el cuarto de ave por cocer, duro como un madero y cubierto de la grasa que estaba por encima de la olla cuando le sacó de ella; no pudo atravesar bocado.

Estaba desflaquecido por haber purgado mucho y por los sudores con que le dejaban las tercianas, faltándole el socorro que los buenos enfermeros dan en ellos, pero con todo esto nunca se quejó, ni dió señales de disgusto ni quiso hablar palabra hasta que, viendo el riesgo que corria de perder la vida, le vino escrúpulo de si podia con buena conciencia dejarse morir por no hablar.

No se atrevió á resolverse por sí mismo, y por la tarde envió á llamar á un Padre muy espiritual y anciano que allí estaba, que era el P. Gonzalo Gonzalez, y era tenido por muy riguroso contra sí mismo, pareciéndole que con la respuesta que tal persona le diese quedaria seguro.

Contóle debajo de gran secreto lo que pasaba, y puesto su caso, le preguntó si seria más perfeccion callar y dejarse morir, que representar su necesidad á los Superiores, porque él estaba determinado de hacer lo que fuese mejor. ¡Oh varon verdaderamente resignado y muerto al amor propio!, pues por no perder un punto de perfeccion estaba resuelto á querer padecer tanto trabajo, y á morir en la demanda, pudiendo atajarlo todo con decir una sola palabra.

Oyó el prudente maestro de espíritu la duda que le proponia, y como diestro médico quiso probar y adelantar la virtud y paciencia del enfermo, diciéndole que callase y se resignase en las manos de Dios, y no quisiese malograr ocasion tan gloriosa de padecer, como se le habia entrado por sus puertas.

Con esto le dejó y se fué luego al Superior, y dándole cuenta de lo que pasaba, acudieron con gran presteza y caridad á remediar esta necesidad, quedando por una parte el H. Francisco medrado con haberse ofrecido á callar, sin temor de su peligro; y por otra remediada su necesidad por la industria del buen médico.

Todos echaron de ver que en colegio donde tanto amor y cuidado habia con los enfermos, no pudo suceder tal olvido y descuido sin traza de la divina providencia, para que se descubriese más la heróica virtud del enfermo.

En la obediencia fué extremado é igual á los Padres antiguos; holgábase sumamente cuando le mandaban cosas repugnantes al sentido, y principalmente las de humildad, dándose ejemplo en esta virtud uno á otro, el

H. Francisco y otro condiscípulo suyo llamado Juan Ortuño, compañero de sus obediencias y mortificaciones.

Era entónces Sotoministro de aquel colegio el P. Juan Rodriguez, varon santo, muy callado, muy riguroso y penitente y por extremo obediente á todo lo que le encargaba el P. Rector, para hacer bien su oficio.

Habíale encargado que ejercitase á los Hermanos estudiantes, así teólogos como artistas, y mucho más á los artistas, que eran casi novicios, en mortificaciones y oficios bajos; y el buen Sotoministro, que de suyo era amigo de semejantes ejercicios, con el estímulo de la obediencia era muy diligente en cumplir con ella, ejercitándolos á todos en varias ocasiones, y mucho más el H. Francisco y H. Juan, de los cuales tenia mayor satisfaccion, haciendo en ellos extrañas pruebas.

Estaba aguardando á la puerta del General á que se acabase la leccion, y luego llamaba á los dichos Hermanos y los enviaba á la cocina á fregar las ollas y los platos y á otras ocupaciones semejantes que reservaba cada dia para ellos, á las cuales acudian con más alegría que á la leccion, sin quejas y sin proponer que les diesen tiempo para pasarla, y aunque su maestro sentia esto y hablaba por los discípulos para que no les ocupasen en tal tiempo, mas ellos no curaban de otra cosa sino de la obediencia y de mortificarse con mucho contento y alegría.

Podráse echar de ver cuánto se esmeraban en esta virtud por algunas cosas que tuvo ocasion en que mostrarla más el H. Juan Ortuño, que no es justo dejemos de acompañar su memoria con la de su santo compañero, nuestro Francisco.

Una tarde de invierno muy tempestuosa de gran ventisca y nieve, el P. Juan Rodriguez al anochecer encontró con este Hermano junto á la barandilla de un corredorcillo que caia á un patio pequeño, y díjole: «Juan, aguardaos aquí hasta que yo vuelva, porque os tengo de ocupar en cierta cosa.»

Fuése el Padre, y olvidóse con otras ocupaciones de lo que habia dicho; mas el buen Hermano, como si fuera de piedra, no se movió un punto de aquel lugar con hacer terrible frio y afligirle la ventisca y la nieve que entraba por la barandilla le cubria los piés.

Eran ya las nueve de la noche, y no habia venido á cenar con los demás á primera ni segunda mesa. Echóle ménos un condiscípulo suyo; avisó de ello á su maestro, hicieron diligencias por toda la casa para saber dónde estaba.

Como no le hallasen preguntaron por él al P. Juan Rodriguez, el cual, como estaba olvidado de lo que habia mandado, respondió que no sabia de

él; vánle otra vez á buscar, y pasando por el corredorcillo ya muy tarde, le hallaron yerto de frio, casi cubiertos los piés de nieve; y como su maestro le reprehendiese y preguntase qué hacia allí á tal hora y en tal tiempo, respondió con mucha paz, que el P. Juan Rodriguez le mandó aguardar allí hasta que volviese, y que no habia vuelto.

Quedaron todos admirados de esta obediencia, y sin duda, si no fueran á avisarle, se estuviera allí hasta la mañana con grande alegría.

En el patio de este colegio habia entónces unas eras de flores y estaban repartidas entre los Hermanos estudiantes con órden del P. Ministro que cada uno echase en la suya tres calderos de agua cada dia, para que se conservasen, por ser verano.

Una semana llovió mucho, y con todo esto el H. Ortuño echaba cada dia en su era sus tres calderos de agua. Estando muchos á la mira, y riñéndole su maestro porque regaba la era lloviendo tanto, respondió con gran modestia y humildad: «Padre, á mí me mandaron que echase cada dia tres calderos, y no me dijeron, que si lloviese, no los echase.»

Admiróse el Padre de la santa sinceridad que mostraba su discípulo en obedecer con obediencia ciega lo que le ordenaban, y calló.

Pero mucho más se admiró de la rara obediencia que mostró en otro caso. Oía con los Hermanos las Artes un sacerdote muy virtuoso y ejemplar, pero muy rudo y desmemoriado, porque por un oido le entraba la leccion y por otro le salia.

Encargó al H. Ortuño su maestro, que cada dia, acabada la leccion, la pasase á este sacerdote y le ayudase lo que pudiese para dársela á entender; hízolo con extraordinario cuidado, teson y amor, acudiendo á todo lo que le preguntaba, á cualquier hora, con una caridad increible, sin dar jamás muestra de impaciencia ó enfado, con echar de ver con certeza que era trabajo sin fruto y sin esperanza de que habia de saber algo; y cuando su maestro le preguntaba cómo le iba con el compañero, sólo respondia: «Hace todo lo que puede.»

Todos estaban admirados de este sufrimiento, porque otros condiscípulos se cansaban al tercero dia de pasarle la leccion, mas él era infatigable en su encomienda.

Pero no dejaré de contar lo que entónces le sucedió, mostrando lo mucho que veneraba aun lo que era sombra de obediencia. Sentábanse al principio del estudio, por S. Lúcas, sobre unas piedras á pasar su leccion; viéndolos una vez el Superior, dijo por gracia: *In mensibus erratis super lapidem non sedeatis*. En los meses cuyo nombre tiene R, no es bien sentarse sobre piedras.

El, como era tan obediente, tomólo tan de veras, que desde entónces hasta fin de abril, aunque su compañero se sentaba en la piedra, él se estaba en pié, y en viniendo mayo, se sentó tambien, y preguntándole algunos, que repararon en esto, el misterio que tenia, respondió con gran sencillez que el P. Rector habia dicho que no se sentasen en piedras los meses que tenian R en su nombre, y por eso no se habia sentado hasta que entró mayo.

Esta misma verdad y puntualidad guardaba con todas las cosas de obediencia, por menudas que fuesen; y muchas veces le sucedió, estando escribiendo, llamar á otra cosa con la campana ordinaria, ó en nombre del Superior, y entrando luego de propósito quien podia á ver el papel, hallaba la letra comenzada sin acabar, por acudir con presteza, conforme á nuestra regla que así lo encarga.

De aquí vino la exaccion con que hacia el exámen particular de una sola falta, como en la Compañía se usa, guardando todas las advertencias de él, hasta la mínima de apuntar y conferir las faltas de un dia con otro, lo cual hizo en la última enfermedad, hasta un dia antes que muriese, teniendo el librito donde las apuntaba escondido para que ninguno le viese, en lo cual quiso imitar á nuestro Padre S. Ignacio, de quien se escribe lo mismo, porque se preciaba grandemente de seguir los pasos del Santo Fundador, que nuestro Señor le habia dado por su guía.

Pues ¿qué diremos de lo que pasó en esta enfermedad postrera, la cual fué una postema secreta y muy penosa que le impedia estar sentado? Encubrióla algunos dias, parte por no pensar que era de tanto peligro, como de verdad lo era, y parte rehusando mostrarla al cirujano, de que tenia empacho por su grande honestidad.

El dolor le hizo dar señales de su mal, forzándole, cuando estaba en el General, á no sentarse derecho, sino como de lado.

Advirtiólo su maestro, y preguntóle la causa; y como le dijese que era un nacidillo en una de las sentaderas, replicó el maestro: «¿Pues por un nacidillo se ha de sentar así?» «Razon tiene vuestra Reverencia,» respondió el santo Hermano, y los tres dias siguientes se sentó derecho, con sentir graves dolores sin dar muestra de ellos; pero creció tanto el mal, que por órden del Superior le vieron el médico y el cirujano, y descubrieron su grande peligro.

Hicieron en él extraños martirios y carnicerías, por haber cundido el mal muy á lo interior; y él, como si fuera una piedra, ni rehuia á la mano que le martirizaba, ni dió señal de dolor, ni un mínimo quejido; admirándose todos de tan heróica paciencia y fortaleza.

A todos los que le visitaban mostraba el rostro alegre y respondia con grande apacibilidad, diciendo: «Puesto estoy en las manos de Dios, haga de

mí conforme á su santa voluntad, ni temo de su mano la muerte, ni me espanta el dolor.»

Al fin, llegó el remate de sus trabajos, y le intimaron que su mal no tenia remedio. Alegróse con la nueva de su muerte; hizo una confesion general con el P. Estéban de Ojeda, su maestro, vertiendo copiosísimas lágrimas por sus pecados, con ser tan leves que afirmó su confesor que no sólamente no halló en él pecado mortal, ó duda de cosa que lo hubiese sido, pero ni pecados veniales graves hechos con malicia y advertencia, con estar entónces en la flor de su juventud, pues no pasaba de veinte y tres años.

Acabada la confesion, pidió con afectuoso corazon y lágrimas al P. Rector que hiciese traer una ó dos cargas de estiércol sobre que espirase, porque le seria de gran consuelo verse morir como merecian sus gravísimas culpas.

Con estos y otros afectos muy encendidos de amor de Dios, habiendo recibido los demás Sacramentos, le entregó su espíritu con la suavidad y paz que merecia su santa vida, la cual verdaderamente fué admirable; su silencio perpetuo, su caridad con todos muy notable, una honestidad angélica en vestirse y desnudarse, y tan grande pureza de conciencia, que su maestro y otros andaban con cuidado mirando si hallaban en él alguna falta ó imperfeccion, y nunca pudieron hallarla.

Para consuelo de los de casa hizo el P. Baltasar Alvarez una plática de las heróicas virtudes de este santo Hermano, y de ellas dijo que no causaban menor admiracion, que las que se cuentan de los santos Padres del y[illegible]no.

Mas, como nuestro Dios siempre es el mismo, y su mano nunca está abreviada, no es de espantar que sea ahora tan liberal en hacer mercedes á sus fervorosos siervos, como lo fué en los siglos pasados; porque, si queremos cooperar con su gracia, obrará en todos y por todos los que se dispusieren cosas admirables y dignas de su infinita grandeza.

Este fué el dichoso fin de este santo compañero de nuestro Francisco, á quien dió nuestro Señor alguna más vida para que edificase más tiempo á todos.

Al cual, prosiguiendo con tan heróicos ejercicios de obediencia, mortificacion y humildad, le regalaba la infinita bondad de Dios y enriquecia con sus dones celestiales, especialmente en las comuniones ordinarias, donde le sucedian cosas bien extraordinarias.

Por todo lo cual, como tenia ya mucha edad, le ordenaron de sacerdote al segundo año de su Teología, con grande repugnancia suya, porque dado que las ganas de la comunion más frecuente pudieran ponérselas de tomar

tal estado, mas la grandeza de la dignidad le encogia por su mucha humildad.

Despues de ordenado, como tenia suficiencia de letras para ello, con su buen juicio confesaba los domingos y fiestas, pero pidió á los Superiores que le diesen licencia para confesar sólamente á los pobres y á los negros y gente baja; á estos se aplicaba y no á otra gente.

Si acudia á él alguña persona de lustre, le acomodaba con otro confesor, y él llamaba á los pícaros, y les decia: «Venid á mí, que yo tambien he sido pícaro,» y hacia con tanto fruto su oficio, que salian de sus piés los penitentes muy aprovechados.

Cuando los hablaba fuera de confesion en cosas de sus almas, era con tanta humildad y afabilidad, como si fuera un hombre bajo como ellos, procurando dárselo á sentir así, para que él quedase más humillado y ellos más alentados á tratarle sin encogimiento.

Aplicábase tambien á tratar los criados y mozos de casa, y despues de comer se iba á platicar con ellos de sus oficios, y, á vueltas de esto, del que debe tener por único el buen cristiano, que es su salvacion, enseñándoles la doctrina y á servir á la Misa; y traíalos tan aprovechados en la modestia y compostura exterior y en frecuentar la confesion y comunion, que parecian religiosos.

Acabados los estudios, fué á tener su tercera probacion con el mismo P. Baltasar Alvarez al colegio de Villagarcía, donde hizo tambien extraordinarias mortificaciones, porque siempre fué en el fervor novicio, y vino á morir aquí entre novicios, haciendo este año su tercera probacion, para ir de ella bien probado al cielo, y su muerte tuvo ocasion de una insigne mortificacion que hizo para más humillarse.

Supo que un Hermano iba á Vieña, que está una legua de Villagarcía, á comprar unos lechones para criarlos en casa. Luego se ofreció á criarlos, diciendo que tenia gran talento para ello, como lo solia decir siempre para todas las cosas que eran viles y despreciables.

Pidió licencia de acompañar al Hermano, y á la vuelta, cansándose uno de los lechoncicos, el Padre le tomó y se le puso sobre los hombros al cuello, como pintan al pastor del Evangelio, que trajo la oveja perdida y como lo hizo Carlo Magno guardando el ganado del convento, admirándose todos de que una persona que habia sido tan grande en el mundo, se humillase á venir cargado con la oveja; y pues el lechon es cosa más vil, no es de pequeña admiracion ver cargado con él al que era tan noble, y fué Rector de la Universidad de Salamanca, y entre nosotros sacerdote tan estimado.

En llegando al colegio, comenzó á hacer con adobes las pocilgas donde habia de recogerlos, y dábalos de comer á sus horas con mucho cuidado.

Era el tiempo muy caluroso, dióle el sol en la cabeza y de esto le resultaron unas calenturas que le abrasaban, y como él mismo dijo, sin comparacion era mayor el ardor que sentia por dentro que el que parecia por de fuera.

La enfermedad apretó de manera que al onceno dia le acabó, habiendo recibido todos los Sacramentos con mucha devocion y aceptando la muerte con grande conformidad con la divina voluntad, como la tuvo siempre despues que entró en la Compañía.

Aunque no fueron muchos los años que vivió en ella, fueron muchos y muy grandes sus merecimientos por su continuo y extraordinario fervor en las humillaciones, mortificaciones y santas obras que arriba quedan referidas, y así, seria muy copioso el premio que recibió por ellas.

No me parece que para estimar la santidad de este siervo de Dios son menester más milagros que las heróicas virtudes que quedan referidas, pues cada acto de ellas es un milagro.

Todo lo que queda dicho de este fervoroso Padre, lo escribe el P. Luis de la Puente en diversas partes de la vida del Venerable P. Baltasar Alvarez.

P. NIEREMBERG.

## H. SANCHO DE AUSA

Fué grande el fervor de este siervo de Dios y grande su dicha en morir y morir obedeciendo. Era natural de Navarra, de la ciudad de Pamplona.

Entró en la Compañía, de diez y nueve años, en la Casa Profesa de Valladolid, y en solo un año de noviciado aprovechó tanto con el trato continuo con nuestro Señor, que parecia de mucha edad.

Esmeróse mucho en la obediencia, como hijo verdadero de la Compañía, y tomó esta senda con tanto cuidado que llegó á la perfeccion.

Dióle una calentura de que murió, y el tiempo que duró la enfermedad se esmeró en la obediencia con más rigor que nunca, y lo mismo hizo en la paciencia, porque desde que comenzó la calentura, le abrasaba la lengua de modo que se le puso muy negra y áspera.

Padecia gran sed, y aunque tenia siempre por órden de los médicos un jarro de agua á mano para enjuagarse, mas con tenerla tan cerca y estar sin testi-

gos muchas veces, en más de ochenta dias que duró la enfermedad no tragó una gota, considerando en la sed que padeció Cristo nuestro Señor en la cruz, al cual quiso imitar y servir en esto; y como le habian ordenado que no bebiese, guardó rigurosamente este órden de obediencia, como lo dijo á su confesor.

Pagóle Cristo nuestro Señor esta fiel obediencia é imitacion de su sed con aparecérsele Él mismo crucificado, dos dias antes de su muerte, de la manera que él le habia tenido en su corazon todo aquel tiempo, diciendo con él juntamente: *Sitio.*

Parecíale al Hermano que tenia en su mano un vaso de un licor suavísimo para dar á Cristo nuestro Señor, de que el mismo Cristo recibió gran gusto, y mostrándosele el Señor apacible, le preguntó el Hermano: «Señor mio, ¿soy yo de vuestros escogidos?» respondióle que sí, y volvióle á preguntar: «Señor, ¿habeisme de llevar con vos?» díjole: «Sí, hijo, yo te llevaré conmigo,» y desapareciendo la vision, quedó el Hermano con tan grande paz y alegría en su alma, que mostraba bien ser efecto que Dios le dejó con su vista, y diciéndole su confesor que debia de ser sueño, respondió con aseveracion: «No, Padre, tan despierto estaba como ahora que hablo con V. R.»

Murió de allí á dos dias con mucha paz y sosiego, como quien iba á recibir el cumplimiento de tan gran promesa.

P. NIEREMBERG.

## H. PEDRO DE ARTIAGA

ERA en el siglo el H. Pedro de Artiaga una persona muy noble, y siendo ya de mucha edad, pidió entrar en la Compañía.

Rehusaba el P. Araoz recibirle por esto y porque estaba enseñado á vivir con gran regalo, mas su porfía venció, y fué recibido en Valladolid.

Y aunque los Superiores le daban estudios para que se ordenase de Misa, no quiso sino servir en oficios humildes de Coadjutor con gran fervor; y el que en el siglo, por achaques que tenia, se regalaba, se acostaba más tarde que todos y se levantaba algunas horas antes, por dar más tiempo á la oracion.

Hizo oficio de hospedero, que es muy trabajoso, y era de ver la caridad

con que en verano limpiaba y lavaba las camas de madera porque los huéspedes no tuviesen chinches; y con este oficio hacia otros no de ménos trabajo, y acompañaba todo el dia, y cuando venia cansado, hallaba cuatro y cinco huéspedes que acomodar.

Viejo de más de sesenta años tomaba cada dia una disciplina, y lo mismo teniendo cuartanas. Pidió á nuestro Señor que un hijo solo que tenia entrase en la Compañía, y lo alcanzó, que fué el P. Manuel de Rojas, persona de gran estima por sus letras, prudencia y santidad.

Fué muchos años lector de Teología en San Ambrosio, y Rector de aquel colegio.

Era el H. Pedro muy devoto de las ánimas del purgatorio, y hacia cada dia muchas cosas por ellas, y sucedió en su muerte una cosa admirable que se detuvo su alma en su cuerpo sin salir de él, no hallándole los médicos pulsos muchos dias, sin saberse la causa natural de conservarse aquella vida, hasta que la noche de Todos los Santos, en que la Iglesia comienza á hacer conmemoracion de los difuntos del purgatorio, se lo llevó nuestro Señor, queriendo que subiese al cielo con las ánimas que aquella noche subian allá, acompañado de ellas, como agradecidas.

Tuvo este H. Pedro, un negro esclavo que dió á la Compañía, el cual, imitando á sus amos, se mortificaba notablemente, y llegó á tener tanta virtud que los Superiores le fiaban en la cocina de Medina los novicios para que los gobernase y á ratos los mortificase.

Traia otros negros á confesar, y un dia en la plaza una frutera le dió un bofeton, y él se hincó de rodillas y volvió el otro carrillo. Admiró este hecho á mucha gente que lo vió, y dijeron: «Bien parece negro de los de la Compañía de Jesus.»

Siendo él cocinero, cuando veia ir á fregar á sus amos, el H. Pedro de Artiaga ó P. Manuel de Rojas, lloraba viéndolos esclavos de Cristo y que él los mandaba.

Era tanta la estimacion que habia de este negro, que estando enfermo, le iban á servir por devocion y consuelo los Padres graves y le lavaban los piés de rodillas.

P. NIEREMBERG.

# P. FRANCISCO DE ESTRADA

El P. Francisco de Estrada fué el primero que despues de los diez compañeros con que fundó nuestro Padre S. Ignacio la Compañía, entró en ella y abrió el camino á los demás, y por esta causa y buenas prendas y raros talentos muy amado del Santo Patriarca.

Nació este insigne varon en la villa de Dueñas, del obispado de Palencia, y habiendo gastado su niñez y primera edad loablemente, pasó á Italia, y en Roma por medio del Dr. Pedro Ortiz asentó con el Cardenal de Nápoles, Juan Pedro Carraffa, que despues fué Papa, y en su coronacion se llamó Paulo IV, y le sirvió de paje.

Pero al mejor tiempo fueron despedidos él y otros españoles que estaban en su servicio de casa del Cardenal; y hallándose desabrigado y sin remedio, se fué al Monte Casino en busca del Dr. Ortiz, que se habia retirado á aquella santa casa para hacer los Ejercicios espirituales, que le daba nuestro Santo Padre, con mucho reposo y quietud.

Topó nuestro Francisco de Estrada á nuestro Santo Padre que volvia ya á Roma, y movido de sus palabras y santa conversacion, le acompañó y se volvió con él, y en Roma hizo los Ejercicios, teniendo por maestro espiritual al mismo Santo Padre, y se resolvió de seguirle y obedecerle, y así lo hizo, siendo de edad de veinte y dos años, en el 1538, dos antes que el Papa Paulo III confirmase la Compañía.

Habia estudiado ya latinidad y un poco de lógica, y pasados algunos dias, le envió nuestro Padre S. Ignacio á peregrinar á pié y pidiendo limosna, vestido pobremente de un sayo largo azul y unos valones pardos y un manteo corto de buriel, con un boton de hueso, que era de nuestro Santo Padre y lo habia usado y traido muchas veces.

Despues el P. Estrada decia que le parecia que nuestro Señor le habia infundido el mismo espíritu, como á Eliseo con el pálio de Elías; y no se engañó y la experiencia lo mostró, porque por todas partes por donde pasaba parecia que pegaba fuego, y hablaba tan altamente y con tanta ternura de las cosas de Dios, que abrasaba los corazones de la gente que le oia, y se iban tras él y le rogaban que les hiciese pláticas en sus oratorios y cofradías.

Y en la ciudad de Montepulciano, por donde pasó el Vicario, le mandó que predicase en público, y él lo hizo, y fué tanto lo que movió con sus sermones toda aquella ciudad, que ella misma suplicó á su Obispo, que estaba

en Roma, que diese órden que el H. Francisco de Estrada predicase allí aquella cuaresma, y el Obispo lo hizo, y el Hermano predicó, aunque con harta repugnancia, pero con extraordinario concurso y tanta admiracion y aprovechamiento de toda aquella ciudad, que cuando salió de ella, gran número de gente le acompañó y se fué tras él, y no parecia se podia apartar de él.

Volvió á Roma de su peregrinacion, y nuestro Santo Padre, para más humillarle y para que no se desvaneciese con lo que Dios habia hecho por él, le envió á servir á la cocina.

Allí en Roma tuvo estrecha amistad con los Cardenales Gaspar Contarino y Reginaldo Polo, y les hizo algunas pláticas por su mandado con grande admiracion de los que le oian, juzgando que aquel Hermano tenia espíritu de Dios.

En el principio del año de 1542 fué enviado de nuestro Santo Padre á pié á París, para que allí prosiguiese y acabase sus estudios; mas por la guerra que entónces de nuevo se encendió entre el emperador Cárlos V y Francisco I, rey de Francia, todos los españoles fueron echados de aquel reino; y así, fue el H. Francisco de Estrada con otros compañeros á la Universidad de Lovaina, en Flandes, donde comenzó á predicar en latin en aquella Universidad con tanto concurso, aplauso y fruto de los oyentes, que bien se echaba de ver que era negocio de Dios.

Casi todos los maestros y estudiantes le oian, y eran tantos los que venian á él y personas graves para tratar de sus almas, que le ocupaban todo el dia y buena parte de la noche sin dejarle tiempo para estudiar los sermones; quedando cansado, hurtaba del sueño y se ponia en pié en medio del aposento, para que el sueño, que le fatigaba mucho, no le oprimiese.

Pero nuestro Señor le socorria y favorecia en aquella necesidad, porque durmiendo aquel poco tiempo que podia, se le representaban las homilías de S. Juan Crisóstomo, que aún no habia leido, tan vivamente que despues en el púlpito las decia como si las hubiera estudiado muchos dias, y movia á todo el auditorio con ellas á devocion, perfeccion y virtud; y cuando partió de Flandes para venir á Portugal, más de diez estudiantes de grandes habilidades y maestros le siguieron y entraron en la Compañía.

En Portugal se ordenó de Misa, estudió y predicó en muchas de las más principales ciudades de aquel reino con tan grande concurso y aplauso, que era menester madrugar mucho para poderle oir, y tener los asientos prevenidos del dia antes.

En la ciudad del Puerto pasaba el auditorio de tres mil personas, y cuando iba de una ciudad en otra, muchos le acompañaban y seguian por la devocion y estima que de este apostólico varon tenian.

De Portugal le mandó nuestro Santo P. Ignacio ir á Salamanca al tiempo que la Compañía padeció una grave persecucion, que en gran parte sosegó, con otras enemistades de particulares que habia en aquella Universidad, vistiéndose de la persona del injuriador, y echándose á los piés del agraviado con muchas lágrimas, diciéndole que él era el que le habia ofendido, que hiciese de él lo que quisiese, y le perdonase, como en efecto lo hacian.

Despues anduvo por las más principales ciudades de Castilla, Valencia, Cataluña y Aragon, de cuya provincia fué Provincial, haciendo el mismo oficio de predicador apostólico con extraordinario y maravilloso fruto de las almas, enmendando los vicios, reformando las costumbres, haciendo frecuentar los santos Sacramentos, y que se acrecentasen las virtudes con fervoroso deseo y estudio de religion.

Muchos, movidos de los sermones de este siervo de Dios, hicieron divorcio con el mundo, y entraron en la Compañía y otras Religiones, y otros se retiraron á los desiertos, y todos sirvieron al Señor en perfeccion, y entre los insignes sujetos que trujo á la Religion, fué en Búrgos un mozo llamado Juan Carrera, que deseaba sumamente entrar en la Compañía; acudia á hablar al P. Estrada para que le ayudase para ello, el cual procuraba disuadirle, porque le parecia tenia aún poca edad y ser delicado para el trabajo.

Con todo esto instaba el mancebo, y como el Padre le vió tan perseverante, por desviarle y parecerle no saldria á ella, le dijo: «Yo predico mañana, oidme, y si me supiéredes relatar el sermon, yo os ayudaré y seré parte para que os reciban.»

El Carrera aceptó de muy buena gana la condicion; oyó el sermon, y despues de comer, se fue al P. Estrada, y le refirió todo el sermon con las mismas palabras que lo habia predicado y autoridades que habia traido.

El Padre se espantó, y le dijo: «Ahora veo que sois llamado de Dios y que es voluntad suya que entreis en la Compañía, yo os ayudaré;» escribió al Provincial y luego le recibieron; fué grande siervo del Señor y tuvo familiar y sensible trato con el Angel de su Guarda, hablando con él como un amigo con otro, y acabó felizmente en las Indias.

Su manera de predicar de este varon apostólico no era con temores y espantos, sino con razones vivas y eficaces, envueltas en una maravillosa dulzura y muy tierna devocion, y ayudábale en gran manera la voz, que era suave, clara y tierna é igual á la accion con que lo daba á entender; que decian ordinariamente todos que el P. Francisco de Estrada predicaba cantando, no porque supiese los puntos de la música, sino por los altos y bajos de la voz tan á propósito de lo que decia, que se descubria bien el afecto y encendimiento interior del predicador.

Preguntóle una vez el P. Rivadeneira la causa de la mocion que comunmente causaba en todo el auditorio. Y él respondió que era particular don del Señor porque de su parte no habia cosa que pudiese causar aquel efecto tan grande; porque, aunque es verdad que él se encomendaba á nuestro Señor y estudiaba y pensaba lo que habia de decir en el púlpito, pero que cuando subia en él no sentia cosa de particular ternura y devocion; mas despues, estando predicando, á deshora, unas veces al principio y otras al medio, ó al fin del sermon le daba nuestro Señor por su misericordia una luz y un impulso interior con que él se enternecia y ablandaba, y en aquel mismo momento se enternecian y compungian los oyentes, porque, movido el orador, se mueven los que le oyen, y encendido el corazon del que predica, enciende y abrasa á los demás.

Verdad es que este santo varon de su parte se disponia y ayudaba mucho para recibir este favor y gracia del Señor, porque era muy devoto, muy dado á la oracion, al estudio y recogimiento y á la penitencia, y en un tiempo se disciplinaba tres veces cada dia, una por las ánimas del purgatorio, otra por la conversion de los que están en pecado mortal, y la tercera por toda la Iglesia universal.

Y con predicar tanto y ser tan grande el trabajo de sus ocupaciones, hacia otras penitencias y mortificaciones para domar su carne, y así, la tenia muy sujeta y rendida á la razon, y tan pura, que se tiene por cierto fué perpetuamente vírgen.

Una vez, estando enfermo, fué necesario que el médico le viese su cuerpo; él no lo consintió, diciendo con gran sencillez y candor: «Yo estoy vírgen, y ninguno hasta ahora ha visto mi cuerpo ni quiero que le vea.»

Era muy devoto de nuestra Señora, la cual reveló á algunas personas que buscasen á este siervo de Dios, y les mandó hiciesen lo que les dijese, representándoles su persona para cuando le encontrasen, como sucedió.

Habiendo, pues, predicado tantos años en tantas partes, en italiano, latin y castellano, y con tan admirable fruto y satisfaccion de todo género de gentes, estando ya cansado, se retiró en la Casa Profesa de Toledo, en un apartamiento donde habia capilla para decir Misa para darse más á Dios.

Aunque predicaba algunas veces, su principal estudio era en la oracion y leer los santos Doctores y rumiar y meditar la sagrada Escritura, sin admitir las muchas personas que le querian visitar, sino era raras veces y á quienes no se les podia negar la entrada, porque él atendia al silencio y á la soledad, aun con los mismos de casa.

Todas sus pláticas y razonamientos eran de Dios, con mucha dulzura y suavidad, y estando en este estado aparejándose para la muerte, le dió una

enfermedad y, recibidos con mucha paz y sosiego de su alma los Santos Sacramentos, acabó en el Señor á los 26 de octubre año de 1584, en la Casa Profesa de Toledo, donde está enterrado, á cuyo entierro concurrió mucha gente de la ciudad que sintió la falta de tan gran Padre.

Gonzalo de Illescas en su *Historia Pontifical,* lib. VI, cap. XXVII, párrafo último, hace honorífica mencion de este siervo de Dios, de cuyas excelentes virtudes se podria decir mucho más.

P. NIEREMBERG.

## P. MARTIN DE SANTO DOMINGO

EL apostólico P. Martin de Santo Domingo fué natural de Alba de Tormes, cuatro leguas de Salamanca, hijo de padres honrados, aunque él hacia tan poco caso de su nacimiento y deudos, que no pocas veces, preguntado de dónde era y si tenia parientes, respondia: «Soy de este mundo, y voy caminando para el otro.»

Estudió en Salamanca su Teología, y allí mismo procedió con tanta honestidad, recogimiento y modestia, que no sólamente á los seglares, sino á los mismos religiosos causaba admiracion.

Llamóle Dios á la Compañía, y él luego obedeció á su voz, y la pidió, y fué recibido en ella y enviado á la casa de probacion de Medina del Campo el año de 1570, en dia señalado de Pascua del Espíritu Santo.

Enviáronle despues al colegio de Monterrey, donde se ejercitó en los ministerios de la Compañía, especialmente en discurrir por toda aquella tierra, atendiendo con grande ansia á la salvacion de las almas, sin perder un punto de tiempo de sus ejercicios espirituales y devociones.

De Monterrey fué enviado á Santiago, donde tendió las velas de sus fervorosos deseos, y se ocupó muchos años en misiones, alumbrando la gente ruda de aquel arzobispado con sus sermones, y trayéndola al conocimiento del Señor.

Y porque este Padre fué uno de los escogidos de Dios y de los que más se señalaron en estas misiones, quiero aquí declarar algo más en particular el modo que tenia en ellas.

Ante todas cosas informábase diligentemente de las partes más necesita-

das y remotas de aquel arzobispado, y allí gustaba de ir; y cuanto eran más pobres y más faltas de comodidad y regalo, tanto gustaba más de ir á ellas, porque decia que ordinariamente cuanto habia ménos de lo temporal, tanto Dios nuestro Señor era más liberal en lo espiritual, así en los consuelos y regalos interiores, como en la miés abundante y remedio de las almas.

Despues, antes de salir, se armaba y aparejaba con muchas horas más de oracion, con entrañables deseos de la salvacion de las almas, con muchas disciplinas, ayunos, gemidos y suspiros, y decia muchas Misas, y pedia á sus amigos que se las hiciesen decir, para que nuestro Señor le ayudase en aquella batalla, porque habia de pelear con muchos, fuertes y poderosos enemigos.

Estando, pues, así aparejado y dispuesto, salia con su compañero á su mision, y procuraba llegar al pueblo donde iba el sábado ó víspera de fiesta, y aposentarse en la casa más cerca de la iglesia, en que hubiese algun apartamiento; en él hacia componer dos pobres camas de unas pajas, con unas groseras sábanas y sus mantas de sayal, y en este apartamiento no habia de entrar jamás mujer alguna por ninguna vía.

Luego el dia siguiente les predicaba con grande espíritu, declarando á la gente que eran embajadores de Cristo, y que venian en su nombre para reconciliarlos con Dios, encareciendo con palabras graves y eficaces el beneficio que Dios les hacia en convidarlos con la paz, y de cuánta importancia era una confesion con confesor que los entienda, y que ellos se atrevan á descubrirle sus conciencias, y cuán consolados y trocados quedarian si así lo hiciesen.

Daba nuestro Señor tanta fuerza á sus palabras, que no se puede con pocas explicar; y buena señal era de lo que Dios obraba en sus corazones el ver la gente que concurria de todos los pueblos vecinos, que era tanta, que algunas veces, por estar la iglesia tan llena, no podian romper los nuestros por ella para ir al confesonario, y era necesario llevarlos en hombros de hombres para poder pasar, y alrededor de la iglesia no se veian sino carros cargados de comida y bastimentos, y de gente enferma y cabalgaduras, aunque la más de la gente venia á pié.

Venian de tres, y cuatro, y más leguas con tiempo lluvioso y frio, mojados y traspasados de hielo con grande incomodidad y trabajo; y por ser tantos, era forzoso que aguardasen cuatro y seis, y aun ocho dias que viniese su vez para confesarse.

El buen Padre se deshacia porque no les podia dar recaudo tan presto como deseaba; porque, aunque él desde la mañana hasta la noche se ocupaba en confesar y consolar á los que venian, sin comer bocado todo el dia,

como eran tantos, no podia acudir á todos, ni despacharlos tan presto como deseaba.

Al anochecer tenia mucho cuidado de mandar á las mujeres que se fuesen á recoger por aquellas aldeas, cada una donde pudiese, antes de la noche, y quedábase buen rato confesando á sólos los hombres.

Era tanto el gusto que su alma recibia en ver lo que Dios nuestro Señor obraba en aquellas almas, y los sollozos y lágrimas con que lloraban sus pecados, y se convertian á Él, y proponian de enmendarlos, que no se acordaba ni de comer ni de reposar un poco, porque todo el tiempo le parecia poco para emplearse en unas ferias tan ricas y en una granjería tan preciosa.

Toda la semana gastaba en confesar, sin comulgar á ninguno hasta el domingo, porque decia que el mundo estaba perdido por la falta del respeto que se debe á los divinos Sacramentos, que se administraban y recibian como por costumbre y con tan poca reverencia, que no era maravilla que no obrasen en los que los recibian los efectos que obrarian si se recibiesen con el debido aparejo y devocion.

Por esto celebraba las comuniones con la mayor solemnidad y aparato que en una aldea se podia. Llevaba del colegio lo más que podia que sirviese á esto, buscaba el mejor ornamento, juntaba toda la cera de todas las cofradías y mucho incienso y perfumes, y de esta manera el domingo se hacia la comunion solemne, subiéndose él en un tabladillo y declarándoles la disposicion con que se habian de allegar á aquel santísimo Sacramento.

Entraba luego á decir la Misa, y un poco antes de la comunion poníanse las toallas, andaban dos incensarios á los dos lados del sacerdote, tocábanse las campanas, y era tanta la quietud y silencio, que, con estar la iglesia muy llena, no se oia sino suspiros y lágrimas, y despues de la comunion con otra plática les enseñaba á hacer gracias á Dios, encomendándoles que considerasen bien lo que habian recibido, y el huésped que tenian en su casa; y cuando les tenia más tiernos y blandos, sacaba un crucifijo que traia consigo, encareciéndoles que sus pecados le habian puesto en la cruz, y cuán grave, feo y abominable es el pecado, pues quitó la vida á Dios.

Una de las cosas que más procuraba este Padre en estas misiones era plantar en los corazones de toda la gente la devocion de la Santísima Vírgen nuestra Señora y de su Rosario, porque experimentaba la eficacia de esta devocion para todas las necesidades espirituales y temporales del pueblo, especialmente para alcanzar la castidad los hombres flacos y rendidos á sus apetitos sensuales, y arrancar de la república las malas costumbres y envejecidas.

Para esto llevaba gran municion (que así la llamaba) y gran número de

rosarios, y muchas bestias cargadas de esta mercadería, y partia los rosarios con una imágen á los que confesaba, enseñándoles cómo le habian de rezar, de manera que no quedaba ninguno sin su rosario puesto al cuello; y recibíanle con tanta devocion, que siendo de muchos años, los traian y rezaban.

Para que mejor lo supiesen hacer, rogaba muy encarecidamente al rector ó cura de la iglesia que leyese á menudo á sus feligreses una tabla que él le dejaba, en que estaban escritos los misterios del Rosario, y la experiencia enseñó de cuánta importancia fué este medio para reformar y cultivar aquella gente, y que nuestra Señora la tomaba debajo de su amparo y la favorecia.

Muchas veces vinieron al Padre algunas personas que estaban en pecado mortal y olvidadas totalmente de su salvacion y de la otra vida, las cuales eran avisadas del ángel del cielo y de la misma Sacratísima Vírgen que acudiesen á confesarse enteramente con aquel Padre, porque él les daria remedio de sus males, y si no lo hiciesen, se condenarian; y por ese medio venian con grandes ansias y se echaban á sus piés, y se ponian en sus manos, y hacian todo lo que les mandaba, haciendo gracias á nuestro Señor que por aquel camino los hubiese sacado del infierno.

Ayudaba mucho para este rendimiento y fruto de las almas el concepto que tenian de este siervo de Dios, porque le miraban como á santo y como á hombre venido del cielo; y á la verdad, su vida era tal, que no se engañaban; porque fuera de verle trabajar todo el dia y parte de la noche con tanta ansia, esfuerzo y alegría, sin comer ni descansar, que cuando á la noche comia algun bocado era, sin admitir algun regalo, unos huevos ó un poco de vaca y mantenimientos groseros de labradores, no podian dejar de amarle, y reverenciarle, y obedecer á palabras tan amorosas que salian de corazon tan encendido, porque este Padre fué adornado y abrasado de una caridad de Dios y de los prójimos, que no parece estaba en sí cuando se atravesaba alguna cosa tocante á la honra de Dios ó á la salvacion de las almas, la cual procuraba con una sed insaciable y con un teson tan continuo y perseverante que parecia incansable.

Diciéndole una vez un Padre que era grande y pesado trabajo confesar y tratar gente tan ruda, respondió él con muy buena gracia: «¿Piensa, Padre, que la salud de las almas no ha de costar nada? Pregúnteselo á Jesucristo lo que le costó cada alma, y por ahí verá cuán poco es lo que hacemos en comparacion de lo que hizo nuestro Señor y á su imitacion hicieron los santos por las almas.»

Demás de esto era humildísimo, porque creia de sí que no era para nada y que todo lo que hacia era nada. Si le daban algun cargo dentro de casa

que pareciese de alguna estima, no le podia sufrir, sino que con mucho silencio y disimulacion procuraba que le descargasen de él.

Lo peor de casa era para él lo mejor en sus ojos; el vestido pobre y corto, los zapatos remendados y gruesos, el bonete viejo, aunque todo lo que traia era limpio.

Todo su trato era con los humildes. Teniendo talento para predicar en la ciudad de Santiago y en otras partes de lustre, no lo queria hacer, porque decia que él no era sino para labradores y aldeanos.

Jamás hablaba de sus cosas sino para abatirlas y aniquilarlas, y si otros hablaban de ellas en su alabanza, se corria y paraba colorado.

En el refectorio siempre andaba por el suelo, ó besando los piés de los que comian, ó comiendo á los piés de ellos.

Pues ¿qué diré de su oracion y trato familiar con nuestro Señor? ¿qué de su mortificacion y penitencia? Cuando estaba á solas todo era darse á la oracion, y cuando salia de ella para ayudar á los prójimos, no perdia al Señor de vista.

Tenia sus ejercicios y meditaciones repartidas para las fiestas. Era devotísimo de la santísima Humanidad de Cristo nuestro Redentor, y en meditar su vida y muerte gastaba la mayor parte del año, y tenia tanta hambre de la oracion, que no parecia se podia ver harto de ella.

De la Vírgen Sacratísima fué perpetuo y devotísimo esclavo, y decia que si habia algun bien en su alma, todo le habia venido por medio de la Reina de los ángeles, á quien desde niño comenzó á rezarle el Rosario cada dia y continuólo toda la vida, rezándole cada dia de rodillas, gastando una hora en rezarle.

Ayunaba todos los sábados á nuestra Señora y las vísperas de sus fiestas; y en estos dias él se señalaba, así en rezar el Rosario más largo, como en otras horas de oracion que tenia; y andaba tan alegre y consolado en ellas, que parecia no cabia en sí de placer, y que habia recibido alguna singular gracia y merced de la Vírgen.

Tenia tanta fe y confianza en su amparo y proteccion, que le parecia que no podia pedirle cosa que no la alcanzase. Y verdaderamente que esta Señora le favoreció de manera que parecia que andaban á porfía, él en hacerle servicios, y ella en hacerle misericordias.

Con esta confianza emprendia cosas árduas y al juicio humano imposibles, y á él le eran fáciles con este favor de la Vírgen. Muchas veces le faltaba el sustento en la tierra pobre y fragosa por donde andaba, y milagrosamente le Reina del cielo le proveia.

Levantábansele en algunas partes persecuciones, y echábanle de la casa

y lugar donde estaba con baldones y afrentas, y en un punto se sosegaba toda aquella borrasca, y volvia, y hacia más fruto.

No se puede fácilmente creer las conversiones de almas perdidas que alcanzó por medio de la Vírgen, las necesidades corporales que remedió, las viudas que él consoló, las doncellas que casó, los pobres desamparados y enfermos que socorrió; decia que no podia faltar este oleo de la misericordia de la Vírgen, como ni el de Eliseo faltó, mientras hubiese vaso de devocion y confianza para con ella.

No fué el menor favor que la Reina de los ángeles le hizo el haberle alcanzado una pureza angélica y una castidad no de la tierra sino del cielo.

Los que le confesaron generalmente, afirman que nunca hallaron en él un sólo pecado venial en materia de limpieza; porque habia llegado á un grado tan heróico en esta virtud, que parecia insensible, y que como un ángel no tenia movimientos ni incentivos de hombre.

Y con oir cada dia tantas confesiones y tratar de tantas deshonestidades para remediarlas, pasaba por ellas cómo el sol por los lugares inmundos, sin ensuciarse en un mínimo pensamiento; y así, no se puede decir lo que aborrecia el vicio de la deshonestidad, y lo que procuraba desterrarle de la república; porque decia que olia tan mal á Dios nuestro Señor, como á nosotros los perros muertos.

Contra este vicio predicaba á menudo con grande espíritu, encarecimiento y eficacia; y por desarraigarle de toda aquella tierra, procuró que se instituyese una casa en que se criasen algunas doncellas desde su tierna edad en toda honestidad y pureza, para que la fuesen pegando á las demás.

Para esto, cuando anduvo en las misiones, exhortaba tanto la gente á la devocion de la Vírgen; despues que por sus pocas fuerzas no pudo continuar las misiomes, hizo hacer una imágen de nuestra Señora muy linda y perfecta, y ponerla en su altar, para que todos le cobrasen devocion y acudiesen á ella, diciendo que para alcanzar del Señor la castidad y limpieza de corazon, el más eficaz medio de todos es pedírsele por intercesion de la Vírgen.

Andando, pues, ocupado y embebecido y como absorto en servir á la Vírgen sacratísima, y plantar en las almas de los fieles la devocion para con ella, le dió la enfermedad de la muerte, y luego llamó al P. Gaspar de Avila, su fiel compañero, y díjole: «Padre mio, nuestra hora es llegada; ya el Señor quiere sacarme de la cárcel de este cuerpo. Y aunque ha dias que por su gran bondad y misericordia estoy aparejado para esta jornada, todavía es muy diferente verla de léjos ó mirarla presente. Para esta hora son los amigos verdaderos, encomendadme muy de veras á Dios. No querria que en-

trase aquí nadie á verme, sino vos, para tratar á solas este negocio con Dios,» con quien gastaba todo el tiempo, sin querer hablar con nadie.

Confesóse, pidió la sagrada comunion y recibióla con extraño gozo, acompañado de lágrimas, y luego dijo al mismo Padre que se la habia traido: «Ya sabe, Padre, que tengo á Dios en mi casa, déjenme por un buen rato tratar con Él, y no entre aquí nadie.»

Al cabo de una hora, volviendo á visitarle el mismo Padre, le halló hecho un fuego y su rostro resplandeciente como un ángel, y luego comenzó á decir: «Cristo nuestro Señor y la Vírgen, Cristo nuestro Señor y la Vírgen,» á los cuales nombraba porque los tenia presentes, que vinieron á consolarle en aquella hora; y á los catorce dias de la enfermedad, recibida la Extremauncion, un sábado, 1.º de mayo y de los gloriosos Apóstoles S. Felipe y Santiago del año de 1593, trocó esta vida miserable por la eterna, á los cincuenta y ocho años de su edad.

Al tiempo del espirar abrió los ojos, y miró con gozo al cielo, y levantó las manos, y se dió un golpe en los pechos, y de esta manera acabó.

Su muerte fué sentida no sólo de los de casa, sino de toda la ciudad de Santiago, y grandes, pequeños, ricos y pobres, porque todos le tenian por santo, y le amaban como á Padre, y tenian en él lo que habian menester.

En la enfermedad de que murió le sangraron, y sacáronle muy mala sangre y podrida; y diciéndole esto el enfermero, respondió él tan presto: «¿Qué piensa que es la causa de tanta corrupcion? los pecados (dice) de los hombres me tienen de esta manera, porque son ponzoña y veneno mortífero, que no sólamente matan á los que los tienen, sino sólo su mal olor corrompe é inficiona á los que andan cerca,» que es señal de lo mucho que sentia los pecados y ofensas de Dios.

Despues de su muerte apareció lleno de resplandor y gloria á cierta persona, y le consoló con su presencia, y alentó á sufrir trabajos por amor de Dios.

Y á otra persona que estaba en mal estado, del cual en vida el buen Padre le habia sacado, y ella, como flaca, habia recaido, tambien se la apareció y la reprendió severamente, y ella compungida se enmendó, y se apartó de aquel estado, y de allí adelante sirvió al Señor.

La vida de este siervo del Señor escribieron el P. Gaspar de Avila, y despues el P. Pedro de Rivadeneira.

P. NIEREMBERG.

# P. FRANCISCO DE MORALES

ERA este Padre antes de entrar en la Compañía cura de San Vicente, parroquia principal de Avila, y muy amado de todos, y en especial de la gente noble.

Mostró Dios antes que entrase que le queria por instrumento para salvar muchas almas; porque, entre otras cosas que le acontecieron notables, fué una que, caminando en invierno desde Avila á otro lugar, habia nevado é iba por un camino que tenia á un lado y otro una vara de nieve en alto, y aunque la senda por donde iba era hoyada, salió la mula de la senda, y metiéndose hasta las cinchas en la nieve, iba con furia sin poderla volver á la senda ni hacerla parar, hasta que topó con una mujer que en una peña acababa de parir, y la criatura con el gran frio estaba para espirar. Bautizóla, y luego la mula volvió á la senda sin dificultad, porque el Angel de Guarda de aquel niño la llevó y la volvió, como es de creer.

Despues que entró en la Compañía de Jesus, fué mucha la gente que á él acudia por remedio de sus almas, y él las acudia con gran fervor, sin mostrar jamás cansancio, deseando siempre que tras unas priesas de confesiones sucediesen otras mayores.

Acontecíale muy ordinario en dias de mucho concurso haber confesado toda la mañana hasta cerca de la una, y, no viniendo gente, á la tarde irse á las cárceles y hospitales y trabajar hasta la noche.

Llamaba á estos lugares sus jardines donde se recreaba. Veníale muchas veces asco y horror del mal olor de los calabozos y de los enfermos de males contagiosos, y para vencerse, visitaba primero estos calabozos y aquellos enfermos, y abria la boca, y respirando por ella y por las narices, recibia aquel mal olor hacia dentro, y en pago de esta victoria le quitó Dios aquel horror y estaba entre ellos como si estuviera entre rosas y claveles, sin jamás recibir daño.

Acontecíale tenderse en el suelo para oir las confesiones de los que estaban en los calabozos enfermos, y llegar su oido á la boca de los enfermos podridos y asquerosos, como si fuera cosa de mucho gusto.

Importunaba á los Superiores le enviasen á estos lugares; y para cada dia de la semana tenia su cárcel y hospital donde ir, trabajando tanto á las tardes como á las mañanas.

Él era el primero que iba al confesonario y el postrero que salia de él, porque acudia á él mucha gente, á la cual pegaba la virtud y sinceridad y el deseo que él tenia de agradar á Dios.

Acudia más á la gente pobre y desamparada y á las almas más perdidas, para las cuales le habia dado Dios nuestro Señor gran gracia, como se vió en hombres condenados á muerte por sus delitos, que estando tan duros y obstinados que parecian unos demonios, por su medio los ablandaba Dios y deshacia en lágrimas.

Estando un condenado subido ya en la escalera para darle el traspié, pidió atencion, y con grande afecto dijo que, cuando alguno se viese en aquel trance, llamase al P. Francisco Morales, que le iria con él muy bien.

El modo que en esto tenia no era decir muchas razones, sino ponerse en oracion delante del Santísimo Sacramento largos ratos, con muchas lágrimas y afliccion de su espíritu, que á veces parecia arrancársele el alma, y tomaba rigurosas disciplinas y otras grandes penitencias.

Iba de la oracion á la persona que traia entre manos una y otra vez hasta que la vencia, y lo más ordinario acababa esta batalla poniendo al penitente un devoto crucifijo en las manos, y decíale una razon muy breve rogándole le tuviese en las manos un rato, y sentado en el suelo el Padre junto á él, poníase en una profunda oracion acompañada de tantas lágrimas, que no pudiendo de ninguna manera el penitente resistir, lloraba rindiéndose á todo lo que le mandaba.

Salia de esto el Padre tan fatigado como si hubiera pasado una recia y rigurosa enfermedad, y á su confesor decia que, cuando se le ofrecian semejantes ocasiones, le temblaban las carnes, porque decia le acababan la vida; y con todo eso jamás les hurtó el cuerpo, ántes las acometia con gran fortaleza, y aunque algunas veces los Superiores le querian librar de este trabajo, no lo consentia, hasta que del todo le faltaron las fuerzas.

Residiendo en el colegio de Avila el año de 1581 que corrió el catarro por toda España, y morian muchos, y estaban en nuestro colegio enfermos casi todos, era el P. Morales, ya viejo, el consuelo de todos, aunque no podia acudir cómodamente á los enfermos; tenia las veces del Obispo para dar Viáticos y Extremaunciones, con que hizo á nuestro Señor grandes servicios.

Uno fué que, visitando la cárcel, topó al entrar con un hombre que andaba en pié, tomóle el pulso y díjole: «Paréceme que no estais bueno, bien será confesaros.» Confesóle, luego le dió el Viático y la Extremauncion, y luego murió. A este modo le sucedieron en otras partes casos raros.

Estando en Soria, topó en la calle un hombre pobre enfermo; hízolo recibir en un hospital, y á las diez de la noche se acordó que no le habia confe-

sado; pidió al Superior le diese licencia para irle á confesar. Fue y confesóle, dióle el Viático y Extremauncion, y al punto murió.

En mucho años que estuvo en la Casa Profesa de Valladolid nadie le oyó palabra descompuesta ni áspera, y en su alegría exterior mostraba la paz de su alma.

Fué muy obediente y de gran celo de la honra de Dios. Dos años antes de su muerte tenia gran afliccion de ver los pecados que contra Dios se cometian, deseaba morirse por no verlos, que el celo de la honra de Dios le lastimaba el corazon.

Padecia grandes dolores de orina, y fatigarónle más cuatro dias antes de la Purificacion de nuestra Señora del año de 1595; y por ser mucha la gente que acudia á confesarse y mayor el deseo de ayudarles, sufrió el dolor sin decir cosa, con ser gravísimo.

Despues de mediodia, acabadas las confesiones, se fué á la cama desde el confesonario, declarando su enfermedad.

Visitándole su confesor de allí á dos dias, que habia estado ausente, le recibió con grande alegría, y dijo: «A buen tiempo viene, Padre, no se me quite de mi cabecera hasta enviarme al cielo;» y si estaba algun rato sin visitarle, le enviaba á llamar, y quejándose decia: «Haga cuenta, Padre, que no tiene otra hacienda que hacer sino ayudarme hasta que yo muera, y así, no me deje un punto.»

Esto decia porque tenia gran fe en los que Dios le habia puesto en su lugar y nacia de su profunda humildad, juzgándose por insuficiente para pelear á solas.

En veinte y seis dias que estuvo enfermo le ejercitó Dios como á varon perfecto. Los dolores de la orina eran tan fuertes que todos los miembros de piés á cabeza quedaban atormentados de la violencia que padecian, y tan frecuentes, que entre dia y noche apénas le dejaban reposar ni dormir una hora.

A los dolores se añadian tan grandes desconsuelos interiores y uno como desamparo de Dios.

Hacia nuestro Señor fuerte en él, mostrando su poder en afligirle y darle fortaleza para estas pruebas con igualdad de ánimo y constancia, y con tanta humildad y amor para con Dios, como una hija muy regalada que cuanto más enojo le muestra la madre, más se abraza con ella y con más amor le responde, y el Señor, como amorosa madre, á veces regalaba su alma con extraordinarios consuelos interiores.

Aparecióse estos dias el Señor por diversas veces, y la Vírgen Santísima, de quien era muy devoto y habia muchos años que cada dia rezaba de rodillas su Rosario delante del Santísimo Sacramento.

De estas visitas y apariciones dieron testimonio el P. José de Acosta, que era entónces Prepósito, y el P. Felipe de Acuña, que era su confesor, á quien el siervo de Dios se las declaró.

Crecieron tanto un dia los dolores de la orina, que le hicieron gemir y llorar, y quejándose á nuestro Señor el Padre porque le apretaba tanto, le respondió: «Tú te estás quejando y yo me estoy riendo de verte,» y con esto se le mudó la pena en consuelo, y dijo: «¿Qué quiero yo más, Señor, que daros gusto? si vos reis con mis dolores, vengan muy en hora buena.» Quedó su alma fortalecida y abrasada en amor con esta visita.

Todos estos dias tuvo continua oracion hasta los postreros, que dijo á su confesor que ya no podia sino á ratos. Su oracion era unos coloquios con la Santísima Trinidad, y con Jesucristo nuestro Señor, y con su Santísima Madre, amorosos y humildes, llenos de amorosos afectos. Entrar en su aposento era entrar en una casa de oracion.

Supo que sus hijos de confesion sentian mucho su partida y que lloraban amargamente, y como él los amaba con ternura, vióse afligido entre dos como contrarios, el amor del prójimo y el encendido deseo de ver á Cristo, el cual le dijo que más hijos de confesion tenia en el cielo que los que acá dejaba, y que á estos podria ayudar despues de su muerte mejor; que era de más consideracion el contento que con su entrada en el cielo recibirian los que allá tenia y todos los Santos, que la tristeza de los que acá dejaba, y en particular le señaló algunos de los justiciados, á los cuales él habia ayudado en aquel trance.

Quedó con esto quieto y sin estorbos para salir de la cárcel. Mostró ser verdad esta el Señor en un caso que, estando para morir, encomendó á su confesor tuviese mucho cuidado de una señora que él confesaba y andaba muy afligida, y añadió: «Aunque yo me la llevaré presto conmigo.»

Calló el confesor sin dar parte de esto á esta ni á otra persona, y á pocos dias despues de la muerte de este Padre, enfermó esta señora á principio de setiembre siguiente, y decia á los que la curaban: «Mi santo viejo hace esto, mi santo viejo me llama,» y envió á llamar al Padre á quien quedó encomendada, y vió que en seis meses poco más que le faltó el Padre, sin maestro, con sola enseñanza del cielo habia alcanzado excelentes virtudes, en tanto grado, que le parecia haberse hecho á sí misma la ventaja que un gigante á un enano ó niño recien nacido.

Murió, como llamada del cielo, santamente; y con ser su enfermedad ocasionada á mal olor, no sólo no lo habia en el aposento, sino tan bueno que consolaba á los que amortajaban el cuerpo y entraban á verla.

Volviendo á nuestro P. Morales, dos dias antes de espirar se le turbó un

poco el juicio, y lo que decia era imaginando que estaba confesando; entre otras cosas acababa diciendo: «Mirad, que cumplais la penitencia.»

Estando en su juicio, con grande deseo de salir de esta vida y no ser molesto á los enfermeros y mucho más con deseo de ver á Cristo, se le apareció el mismo Señor, y mostrándole una figura de la muerte espantosa y horrible, le dijo: «¿Tú sabes lo que pides? mira lo que deseas,» y respondió con amor y afabilidad, como solia: «Señor mio, ¿esa no me ha de venir de vuestra mano?» el Señor respondió: «Sí:» dijo él: «Pues no penseis espantarme con esa figura, que no la temo viniendo por vuestra mano.»

En veinte y seis dias que estuvo en la cama se reconcilió los más dias, y comulgaba cada semana dos veces, ganando un jubileo plenísimo que concedió Su Santidad á toda la Iglesia; y recibida la Extremauncion, salió su alma con gran quietud para entrar en la eterna.

Llegaban sus hijos á besar sus piés y tocar sus rosarios á su cuerpo, y esto hacian en su sepultura despues de muchos dias.

Refirió de él el P. José de Acosta, Prepósito de la casa entónces, que como el P. Morales no tenia vista, que le costaba mucho trabajo leer un renglon, todo el tiempo que estaba en su celda estaba en oracion, y que jamás le vió replicar á obediencia ni decir palabra de que se pudiese quejar presente ó ausente alguno, y que le dijo algunas cosas de cuando el dicho Prepósito estuvo en Roma, que no las podia saber sino por revelacion, y diciendo el P. Ministro de aquella casa Misa por él el dia que falleció, se le mostró en el altar muy alegre, y mirándole con una risa agradable.

De lo que dijo de él el P. Prepósito se coligió que nunca pecó mortalmente en toda su vida, que lo examinó mucho con él mismo, porque sabidos los pecados de que él pedia perdon, eran veniales, muy ligeros.

Murió á 20 de febrero de 1595 años.

P. NIEREMBERG.

# P. DOCTOR JUAN FERNANDEZ

## I

PUÉDESE celebrar con los varones más raros de su siglo el fervoroso P. Juan Fernandez, pues en letras, en predicacion, en oracion, en santidad, fué hombre admirable, y en todo fué grande, sino en el cuerpo, que cuanto era menor, fué mayor su ánimo y espíritu.

Fué su patria la ciudad de Toledo, donde nació de ciudadanos honrados el año de 1538. Estando preñada de él su madre, le pareció que tenia dentro del vientre un naranjo muy verde y cargado de naranjas, queriéndola significar nuestro Señor con esta vision, que el hijo que habia de parir habia de florecer en virtudes y santas obras, siendo un predicador suave por una parte, y por otra muy ágrio en reprensiones.

Cuando llegó á dos años, cayó en una enfermedad muy peligrosa, de la cual recibió su madre tanta pesadumbre, que pidió á nuestro Señor estando preñada, que si Su Majestad era servido, escogiese antes para llevarse entónces á la criatura que tenia en su vientre, que el niño Juan se le muriese.

Oyóla nuestro Señor sus ruegos, concediéndola más de lo que le pedia; porque el niño enfermo cobró salud, y el que tenia en el vientre salió bueno y sano.

Siendo aún pequeñito nuestro Juan, era tanto el gusto que tenia de oir sermones, que obligaba á su madre á llevarle consigo á la iglesia; y cuando volvia á su casa, con no saber aún bien hablar, remedaba con grande gracia á los que habia oido.

Una vez en particular, habiendo oido al predicador reprender los afeites, entrando unas mujeres en su casa, se quitó una mantilla, y poniéndola en su carretilla como paño de púlpito, las comenzó desde allí á reprender porque se afeitaban, amenazándolas que se habian de ir al infierno, y añadiendo otras palabras que habia oido al predicador en la iglesia.

Con estas cosas iba Dios nuestro Señor descubriendo el ministerio en que se habia de servir de aquel niño.

Pusiéronle sus padres luego á la escuela, y á su tiempo al estudio, el cual tomó con tanta aficion, que echando de ver que le querian quitar de él, se fué á una imágen que dicen de nuestra Señora del Pilar en la santa iglesia, donde pidió con gran afecto á la Vírgen mudase la voluntad de sus padres, y no permitiese le apartasen de lo que tanto deseaba.

Quedóse en esta oracion dormido, y apareciéndosele nuestra Señora, le certificó que estudiaria, y le serviria en la Compañía de su Hijo. Con este favor despertó muy consolado, y en agradecimiento de él hizo luego voto de perpetua castidad.

Prosiguió con sus estudios, como la Reina del cielo se lo habia prometido, juntando con ellos gran virtud. Comunicóle nuestro Señor ya en este tiempo un don de oracion tan tierno y suave, que para gozarle mejor, acostumbraba á salirse solo al campo; y si hacia mal tiempo, se iba á una iglesia, y allí tenia una ó dos horas de oracion, dándole nuestro Señor en cada palabra del *Padre nuestro* altísimos y muy tiernos sentimientos, con lo cual fué cobrando tan gran amor y estima de Dios y de las cosas eternas, que todo lo demás le parecia estiércol.

En esto fué creciendo cada dia, como tambien en los estudios de las Artes y Teología, en las cuales ciencias mostró tan grande habilidad y memoria, que habiéndolas acabado de estudiar de diez y ocho años, era tenido por aventajado estudiante, de quien se decia comunmente que sabia á todo Sto. Tomás de memoria.

Y no se estrechó su erudicion á solas estas facultades, sino que abrazó á todo género de buenas letras, y en las lenguas hebrea y griega salió tan aventajado, que leyó esta con partido en la Universidad de Toledo. Y entre otras hizo una vez en el cabildo de aquella santa iglesia una oracion el segundo dia de Pascua, de tan excelente latin y rara erudicion, con tanta gracia y gravedad, que admiró á todos, y le dieron buena ayuda de costa para sus estudios, en que se adelantaba cada dia, no se aventajando ménos (como hemos dicho) en la virtud, porque la tuvo rara aun siendo seglar, y conservó siempre pureza virginal.

Acabados sus estudios en Toledo á los diez y ocho años, se vino á la Universidad de Alcalá. Allí con el ejemplo de algunos toledanos que se entraron por este tiempo en la Compañía, le movió nuestro Señor á entrarse en ella, como lo hizo el año de 1556.

## II

### *Éntrase en la Compañía, y afervorízase con una rara vision.*

Fué su vocacion divina, porque, estando una vez en el campo, como solia, encomendándose á nuestro Señor, y suplicándole le enderezase por el camino en que más le habia de servir, oyó una voz interior que con grande claridad le dijo: «Ve á la iglesia mayor, que allí te declararé mi voluntad.»

Fue á la iglesia, y oyendo cantar en una capilla; se fué á ella, y las primeras palabras que oyó en llegando fueron las del Evangelio: *Optimam partem elegit sibi Maria, quae non auferetur ab ea;* y luego oyó otra voz del Señor, que le dijo, que aquello queria de él, y que aquella mejor parte era la Compañía de Jesus; y así, entendiendo la voluntad divina con tanta claridad, se fué disponiendo para ella hasta ejecutarlo.

Despues de recibido en la Compañía, estuvo algun tiempo en Alcalá, y de allí fué enviado á Plasencia, donde, bien mozo, comenzó á predicar con extraordinario celo y provecho de sus oyentes.

Parece profetizó el bienaventurado Padre S. Francisco de Borja lo que habia de ser el P. Juan Fernandez, y cómo Dios le habia escogido para predicador suyo; y así, cuando le envió á ordenarse, le dió un libro de los Evangelios muy curiosamente encuadernado, en significacion de la excelencia de su predicacion.

De Plasencia pasó á Valladolid y leyó Teología. Desde allí, por órden de S. Francisco de Borja fue á Roma, donde leyó tambien Teología escolástica y positiva, junto con predicar continuamente en italiano.

En esta santa ciudad le sublimó el Señor á mayor grado de perfeccion con ocasion de una notable vision que tuvo. Leyendo aquí en Roma Teología este siervo de Dios, y tratando la materia de la Santísima Trinidad, deseaba ver á Dios, y estando una noche con más encendido deseo de esto que otras veces, fué arrebatado en espíritu, y parecióle que tres hermosísimas doncellas se le pusieron delante, y le dijeron: «Vente con nosotras, si quieres ver al que deseas,» y le llevaron á un palacio semejante al que pinta S. Juan en su *Apocalipsis*.

Llamaron á la puerta, y respondió de dentro una persona hermosísima y de grande autoridad, y dijo: «¿Qué quereis?» Ellas respondieron: «Traemos esta alma, que desea mucho ver la Santísima Trinidad.»

Abrió y entró una de las doncellas con el alma, y las dos se fueron. Vino luego un ángel, que le dijo: «Aguarda aquí, porque esta doncella y yo veremos si hay lugar para que veas lo que tanto deseas.» Quedóse solo, y mirando el patio y entrada y cuatro escaleras por donde se subia al palacio, estaba fuera de sí, porque eran tales que no se podian explicar.

Con el deseo que tenia de ver lo que pretendia, comenzó á subir por una escalera de aquellas, y halló una sala. Yendo á entrar en ella, le salieron á recibir seis etíopes disformes, haciendo burla de él, y le subieron en un púlpito, mandándole predicar, y le tiraban cosas con que le lastimaban, y al fin le derribaron del púlpito, y á la caida dijo: «¡Ay, desdichado de mí!»

Ellos respondieron: «Si fueras desdichado, otra cosa fuera,» y desaparecie-

ron. El Padre se levantó y se halló sano, y deliberando qué haria, entró más adentro en otra sala y encontró con otros semejantes; sentáronle en un banco, y puestos tres á un lado y tres á otro, comenzáronle á hablar con tantas voces y tal desórden, que dijo: «¡Ay, desdichado de mí, que me matais!» Y ellos: «Si desdichado fueras, otra cosa fuera,» y dejáronle.

Entró más adentro, y saliéronle otros tantos de tropel y dieron con él en el suelo, y despues de bien acoceado, tomaron una olla de pez y resina ardiendo, y diéronle un baño por las renes. Estando en este tormento, se quejaba diciendo: «Desdichado de mí, ¿á qué vine aquí?» Y ellos le dijeron: «No eres desdichado, porque, si lo fueras, de otra manera fueras tratado,» y desaparecieron.

El se levantó y entró en un jardin donde habia muy suaves olores y músicas, y de léjos vió un alma vestida de rayos de sol con varias labores verdes. Pensó que era algo de lo que deseaba; fué á ella, y con grande reverencia la dijo: «Dime, señor, ¿quién eres?» «Soy (respondió) un Hermano de la Compañía de Jesus que vive en ella siete años.» Díjole el Padre: «¡Gran gloria tienes!» Respondió: «¡Ay! que no tengo sino gran dolor, y este es mi purgatorio, porque fuí negligente en el amor de la Santísima Trinidad, con cuyo favor en el mundo conservé la limpieza de mi carne, y así, me abraso en llamas de deseos que tú no ves.»

Estando en esta plática, vino el ángel y dióle una buena reprension porque se habia atrevido á entrar allí. Y añadió: «Dice el Señor, que tornes al mundo, que aún no estás para verle;» mas el Padre, con muchas plegarias y lágrimas le rogaba que no le volviese al mundo. Respondió que aquella era la voluntad de Dios. «¿Pues que haré (dice) que no sé de aquellas hermosísimas doncellas que me guiaban, ni aun las conozco?» Díjole el Angel: «Son la fe, esperanza y caridad que contigo andan, aunque no las ves.» Y añadió él: «Dime, santo ángel, ¿quién son aquellos que tan mal me maltrataron?» Respondió: «Los que te echaron del púlpito son las faltas que cometes predicándote á ti mismo por agradar á los hombres, y no buscando puramente la gloria de Dios y el aprovechamiento de las almas.

»Los que te atormentaban con las voces y desórden, son las faltas que cometes en las quietes y recreaciones, queriéndolo hablar todo é interrumpiendo á otros. Los que te atormentaban con la olla de pez y resina son algunas negligencias que has tenido en los pensamientos sensuales.»

Con esto volvió en sí el Padre, y para confirmacion de la verdad de esta vision, le quedaron por muchos dias los dolores de los riñones y espaldas; y así, entendiendo el santo varon que aquellas faltas le fueron impedimento para ver lo que deseaba, y que todo aquello fué avisarle que las enmendase,

pidió á nuestro P. General licencia para no ir á las recreaciones ordinarias, y se la concedió; y así, lo guardó de allí adelante, procurando corregir las faltas que le habian notado.

Al cabo de algunos años preguntó á su ángel, que le solia hablar y enseñar muchas cosas, si agradaba ya al Señor en sus sermones, y le respondió que á gusto de Dios predicaba.

## III

### *Trabaja mucho en Flandes en los ejércitos católicos.*

De Roma fué á Loreto, de donde pasó á Flandes al ejército real con el P. Antonio de Salazar, estando el Sr. D. Juan de Austria retirado en Luxemburgo, por haberse vuelto á levantar los Estados por el año de 1576.

Allí estuvo cinco años predicando, y confesando, y padeciendo extraordinarios trabajos, que por amor de los prójimos y por parte de los herejes le sucedian.

Estimóle en tanto su Alteza, y le trataba con tanta veneracion, que le consultaba todas sus dudas, siguiendo de ordinario su parecer. Llevóle consigo á la batalla naval y despues á Flandes. Y aunque tenia por su confesor un Padre grave y docto de San Francisco con quien se confesaba algunas fiestas principales; pero todo lo particular de su conciencia lo comunicaba con el P. Juan Fernandez, haciendo con él sus ordinarias confesiones, que eran bien á menudo, y con su direccion anduvo tan concertado desde que le trató, que parecia un religioso.

Ningun dia, por más apretado que estuviese de enemigos, dejó de tener una hora de oracion retirada; últimamente, para disponerse para la muerte, se confesó generalmente de toda su vida y le ayudó á morir, y despues de algunos dias le apareció al Padre estando en un colegio nuestro, y le dijo: «Padre Juan Fernandez, ¿cómo os habeis olvidado de los amigos?»

El Padre le dijo: «No me he olvidado, señor, ¿más qué es menester ahora que yo haga?» Díjole que tenia necesidad de que le ayudase con sus sufragios é hiciese ciertas cosas.

Hizo el siervo de Dios con muchas veras y presteza lo que le pidió, diciéndole Misas, haciendo por él oracion y penitencias, y haciendo á los demás que hiciesen lo mismo; al cabo de pocos dias le tornó á aparecer ya glorioso y resplandeciente, diciéndole que ya iba al cielo, y muy agradecido á las buenas obras que habia hecho por él.

En cosa ninguna se daba gusto este santo varon; siempre andaba que-

brando su voluntad, y era esto tanto, que los compañeros que tenia ponian todo cuidado en mirar por él en su comer, vestir y trato, porque, en faltando de mirarle, él se mataba de hambre y se enflaquecia, que no quedaba para hombre.

Una vez viéndole el Sr. D. Juan de Austria cuán descolorido andaba, le dijo qué era lo que se decia de los de la Compañía que se ahumaban con pajas para ponerse el rostro amarillo y amortiguado; y él desabrochándose su sotana y jubon, descubrió un saco de cilicio que le tomaba todo su cuerpo, y dijo: «Señor, estas son las pajas con que nos sahumamos.» De lo cual quedó bien maravillado y edificado su Alteza.

Habiendo sucedido el duque de Parma en el ejército por muerte del señor D. Juan de Austria, puso cerco sobre la ciudad de Mastric por tiempo de cuatro meses, en el cual el P. Juan Fernandez hizo cosas notables, con que tenia muy edificadas las naciones del ejército; porque cada dia predicaba tres ó cuatro sermones, sin tener otro libro más que su breviario y Biblia, de la cual se servia poco, porque la sabia en gran parte de memoria.

Sus sermones eran tan doctos y con tanta fuerza y espíritu dichos, que traia tras sí toda suerte de gentes, subiéndose sobre un atambor, puesto sobre él una tablilla, y sufríase hacer esto por ser él de pequeña estatura.

Oíale innumerable gente, y extendíase tanto por el campo el auditorio cuanto no pudiera llegar á todo naturalmente la voz del predicador. Pero la virtud de Dios la esforzaba para que de todas partes se oyese y entendiese.

Dándose un asalto á la ciudad por la parte donde el foso estaba muy hondo y sin agua, fué tan brava la resistencia del enemigo, que de la continua artillería y mosquetería que se jugaba del muro, cayeron muertos en el foso más de 1.000 españoles y 23 capitanes, y Fabio Farnesio, primo del duque.

Fué tanta la compasion que el P. Juan Fernandez tuvo de ver tantos heridos que se morian sin tener quien los ayudase, que el mismo dia al poner del sol, se arrimó al foso de la muralla con espanto de todo el ejército por el manifiesto peligro de la mosquetería enemiga que no dejaba escapar persona que descubriese; y fingiendo estar herido, se dejó caer del foso abajo rodando como muerto de tal manera, que viéndole el enemigo (porque aún hacia claro) dió voces de alegría, diciendo que habia muerto á un clérigo.

Estúvose el buen Padre entre los muertos como si fuera uno de ellos hasta que anocheció. Entónces comenzó sobre aquellos frios cadáveres, tirando á unos de los brazos y á otros de las piernas, diciéndoles: «¿Hermano, vives? yo soy el P. Juan Fernandez, que os vengo á confesar para que se salve vuestra alma.» Y de esta manera confesó 42 soldados, algunos de los cuales oyén-

doles suspirar por estar debajo de otros cuerpos muertos, los revolvia para sacar los vivos y confesarlos.

Al fin, acabada su empresa antes del alba del dia, se subió á gatas lo mejor que pudo arriba todo ensangrentado con el crucifijo en las manos.

De este trabajo y corrupcion de cuerpos le dió una grandísima calentura que se pensó le acabara. Y tres ó cuatro dias despues, sabiendo que de unas minas que se habian volado, y de una escaramuza habian salido más de 1.000 españoles heridos, contó á su compañero, que era el H. Vicente de Zelandre, mozo robusto y de gran persona, una vida de un Santo que, hallándose enfermo, por no faltar á la caridad del prójimo, hizo que le llevase su compañero á cuestas, queriéndole persuadir hiciese con él lo mismo.

Tomóle, pues, el Hermano sobre sus hombros á horcajadas por ser pequeño y de poco peso; y porque no cayesen con algun vaiven por el mucho lodo que habia, llevó un gran baston en la mano con que se sustentaba, y el Padre por encima de su cabeza se afirmaba. De esta manera le llevó por todos los cuarteles de una tienda en otra confesando á los que tenian necesidad.

Cansóse el Hermano de este trabajo, y mientras estaba confesando á uno, pasó el conde Anibal Altemps, general de los tudescos, con una hacanea blanca, y contándole lo que pasaba, se apeó de ella y se la dejó.

Como acabase el siervo de Dios su confesion, el Hermano, haciendo que le tomaba para ponérselo en los hombros como solia, le arrojó sobre la hacanea, y repugnándole el Padre grandemente, pareciéndole que se escandalizarian los soldados viéndole tan bien acomodado, vino á este concierto que el Hermano le llevase de la rienda, y dos soldados fuesen á los lados teniéndole porque no cayese.

Pocos dias despues, habiendo ya convalecido, como el sitio iba muy á la larga por la mucha resistencia del enemigo, los pobres soldados padecian; para los cuales el P. Juan Fernandez, por la grande opinion que habia ganado entre todas las naciones, sacó grandísimas limosnas, y no queriendo él embarazarse, procuró un administrador seglar, al cual mandaba que comprase calzas, zapatos, jubones, camisas, pañuelos y algunos regalos para los enfermos, y repartíalos segun la necesidad de cada uno, consolándolos con su mucha caridad.

Enviaron ciertos señores al príncipe de Parma para su entretenimiento un hombre mágico que hacia y deshacia cosas secretas y extraordinarias. El P. Juan Fernandez, como lo supo, envió á decir al príncipe con su compañero el H. Vicente, que echase aquel mago del ejército, que no era razon que tal hombre como aquel estuviese en ejército de príncipe cristiano.

El príncipe, aunque le tenia mucho respeto, porque todo cuanto el Padre

le pedia lo solia remediar, detúvose en echarle por guardar cortesía al que se lo envió. El celoso Padre encomendábalo mucho á Dios, diciendo Misa porque Dios no castigase al ejército por aquel nigromántico.

Sabia esto el príncipe é íbase entreteniendo por la causa dicha, hasta que el Padre envió otra vez al H. Vicente que le dijese que echase aquel hombre de su ejército y sino que se iria de él.

Húbolo de hacer el príncipe porque el santo varon no saliese de su compañía, y por enviarle con más honra, teniendo respeto á su señor, le dió una cadena de oro y un caballo y otras cosas hasta valor de dos mil ducados.

Como esto supo el sirvo de Dios, envióle otro recaudo diciéndole que, pues habia dado dos mil ducados al demonio, que á él le habia de dar cuatro mil para Dios, y si no que se iria del ejército. Húbolo de hacer el príncipe, y dióle cuatro mil ducados, como le habia pedido. Tan grande era el valor de este humilde Padre, que aunque pobre en sí y de cuerpo tan pequeño y contentible, se hacia temer y reverenciar de los generales y mayores capitanes del mundo, reprendiéndolos con santa libertad.

Todos aquellos cuatro mil ducados los gastó el santo varon en comprar vestidos, sayos, jubones, calzas, sombreros y cosas semejantes, para repartir entre los pobres soldados que eran infinitos. Hízolo divulgar para que todos trajesen cédulas de confesion y comunion, y así lo repartió, dejando á todos consolados en el alma y cuerpo, y echándole infinitas bendiciones.

Afirmaba su compañero el H. Vicente, que en todo el tiempo que le acompañó, así en campaña como fuera de ella, jamás comia más que una vez al dia, y bebia agua, y comia gazpachos por templar su cólera.

Y ninguna noche, aun estando en el ejército con yelos y frios, dejó de levantarse á media noche, y luego hacia una recia disciplina de manera que siempre hallaba las espaldas de la camisa llenas de sangre, la cual acabada, se asentaba en la cama, que era de paja, y cubierta con alguna manta la cabeza, se estaba su hora ú hora y media cantando entre dientes con muchas pausas los Salmos de David, repitiendo á veces algunos versos más que otros.

Acabado esto, se vestia y rezaba su Oficio con mucha devocion; despues decia su Misa en público, en que se detenia como media hora. Pero una ó dos veces en la semana la decia en secreto, por espacio de tres y de cuatro horas, en algun monasterio retirado, porque habia algunos desamparados, comenzando á las siete de la mañana, y su compañero ayudándole hasta el *Memento;* entónces se iba á casa á poner la olla y aderezar lo necesario y volvia hacia las diez, y le hallaba ordinariamente en el *Memento* derramando lágrimas, el rostro como amortecido, y acabando el *Memento* con muchos suspiros.

Acabada la Misa y gracias, iba á comer. A esta hora venian algunos solda-

dos á confesarse, á los cuales el Hermano despedia diciéndoles que volviesen despues, encubriéndoselo al Padre; mas entendiendo el siervo de Dios el engaño, se levantaba de la mesa y los confesaba, y decia á su compañero cuánto importaba un alma, y que, ya que los soldados tenian devocion de confesarse, importaba hacerlo luego antes que se les pasase, porque suele pasarse presto el fervor á los seglares y más á los soldados; y que el dia del juicio daria Dios sentencia contra él si otra cosa hiciese, y diria: «Traidor, por comer á tu gusto dejaste perder las almas.»

Viendo este extraño fervor, le dijo un dia su compañero: «Padre, V. R. ayuna tanto y se disciplina, y se ejercita en obras de caridad con tan continua mortificacion de sus gustos y pasiones; ¿yo que soy su compañero y no hago eso, que será de mí?» Respondió el Padre: «Hermano mio de mi alma, yo no quiero obligaros á esto, ni quiero condenaros; pero á lo ménos os doy ejemplo: mirad vos en vuestra conciencia lo que os conviene.»

Otro dia vinieron algunos pobres á la puerta estando fuera el compañero, y fué el santo varon á la despensa y les dió cuanta comida habia. Volviendo el compañero á casa, se comenzó á mostrar enojado porque no hallaba qué cenar. Y diciéndole que aquello era contra la pobreza, le respondió que si todos los pobres supieran hallar tan bien lo necesario como él, que no lo diera; y que si él se hallara con la necesidad que aquellos pobres, que él fuera á pedir limosna para sustentarle.

Esto hizo muchas veces, especialmente estando enfermo; porque aguardando que el Hermano saliese de casa, iba como podia y tomaba la carne y aves que tenia, y asomábase á la ventana, y en viendo al pobre le llamaba y se lo daba; y cuando el compañero volvia, no hallaba nada. Por lo cual fué necesario que nuestro P. General le ordenase que estuviese sujeto al H. Vicente, su compañero, en cuanto tocaba á su salud y regalo de su persona.

Predicaba de ordinario con todas sus enfermedades dos y tres sermones cada dia, y luego iba desde el sermon á confesar y ayudar á los prójimos.

Tomada Mastric, y no habiendo quien predicase cerca del Adviento á los franceses, que habia muchos en el ejército, encomendándose á Dios hizo en español los sermones que por las tardes del Adviento habia de predicar sobre el *Apocalipsis,* y dióselos al H. Vicente para que se los tradujese en francés; y no sabiendo palabra de aquella lengua, los decoró y predicó con tal espíritu y tan buena pronunciacion y estilo, como si se hubiera criado en aquella lengua; tanto, que al bajar del púlpito le cercaban los señores franceses, dándole el parabien y alabándole el lenguaje y modo que habia tomado de predicarles, pensando que realmente lo sabia; siendo así que aun las salutaciones y palabras de cortesía que le decian, no las entendia.

Libró nuestro Señor á su siervo de manifiestos peligros milagrosamente. Estando una vez en un campo á pié y solo, sin poder ponerse á caballo por la turbacion de verse cercado de muchos herejes y por la poca fuerza que tenia, levantando los ojos al cielo y pidiendo favor al Ángel de su Guarda, se sintió levantar como si le tomaran en brazos, y sin poner en el estribo ni ayudarse él nada, se halló á caballo y puesto en seguro.

Otra vez, caminando solo, le salió al encuentro un hereje en un caballo, muy armado; y enderezando contra él sus armas y acometiéndole con gran furia, con semblante feroz le preguntó si era jesuita, y respondiéndole animosamente que sí, se trocó de manera que le pidió la mano y se despidió de él cortesmente.

Más es de maravillar, que no sólo le guardaba Dios su persona sino tambien las cosas que se le perdian. Yendo otra vez de camino apresuradamente por temor de enemigos, se le cayeron las alforjas, y llegando al colegio donde iba, las halló ménos, y sintiendo la falta porque llevaba en ellas sus cartapacios y sermones, pidió á su Angel de Guarda mirase por ellas, é hiciese de manera que no se perdiesen. Cosa maravillosa, á la mañana llegó á la puerta un mancebo de buena disposicion y parecer, y dijo al portero que diese aquellas alforjas al P. Juan Fernandez, sin quererle decir su nombre.

Llevóselas al Padre, y él las tomó y preguntó con gran regocijo al Hermano portero, quién se las dió y qué señas tenia. Y dándole las señas, dijo él: «Vaya, que ya le conozco; vaya, que ya le conozco,» quedando muy agradecido á Dios y á su Ángel, que tanto miraba por sí y por sus cosas.

## IV

*Sus admirables virtudes por todo el resto de su vida.*

En Flandes estuvo cinco años, gastándolos en estos y semejantes ejercicios, aunque al principio de ellos estuvo en Lovaina leyendo Teología; de ahí vino á París, y predicó en lengua francesa algun tiempo, como si hubiera nacido en ella.

De París volvió á la provincia de Castilla, donde leyó Escritura en Salamanca, y en ella y otros colegios por espacio de catorce años, los postreros de su vida, se ejercitó continuamente en predicar casi todas las cuaresmas á cuatro ó cinco sermones cada semana, con extraordinario aplauso y con un celo de la gloria de Dios, que se abrasaba; y mucho más los últimos dias de su vida, en los cuales, diciéndole que no trabajase tanto porque hacia más que sus fuerzas podian llevar y se consumia, respondió muchas veces que

no queria la vida para vivir, sino para emplearla en el servicio de las almas, y que seria para él grande gloria si acabase en su oficio, llevándole desde el púlpito á la sepultura.

Fué tambien muy celoso del ministerio de enseñar la doctrina, lo cual hacia algunas veces muy autorizadamente. Hacia poner en la plaza una mesa cubierta con una alfombra, y sobre ella una silla, donde se sentaba con la sobrepelliz puesta y juntamente el manteo, el cual se quitaba despues para la plática que solia hacer con gran fervor y fruto.

Nacia en él este celo de un ternísimo amor y devocion que tenia á la Santísima Trinidad, deseando entrañablemente que todos la conociesen y sirviesen. De aquí era, que donde quiera que se hallaba, luego procuraba introducir algunas obras de gran servicio de nuestro Señor y provecho de las almas, como en Valladolid una Cofradía con sus leyes y reglas del amor de Dios, en que se ejercitaban todas las obras de piedad y misericordia para con los prójimos.

En Toledo hizo una casa ó hospital donde se recogiesen las mujercillas que de noche se quedaban á dormir por las calles y portales entre otros pobres, con muchas ofensas de Dios; y concertó con unos clérigos que tuviesen cuidado cada noche de andar con sus linternas, buscándolas para recogerlas.

Fué hombre muy penitente. El tiempo que de noche tomaba para reposar, lo hacia los seis años postreros de su vida en el suelo, sin otra ropa más que el vestido ordinario, y, cuando mucho, sobre una estera, ó tabla ó corcho.

Usó de levantarse á la media noche á tomar una disciplina, y lo restante de la noche pasaba en oracion, y lo mismo hacia entre dia todos los ratos que le sobraban de su estudio y ocupaciones.

La presencia que tenia de nuestro Señor era continua y con copiosas avenidas de sus divinas consolaciones y sentimientos altísimos, que no le cabian en el corazon, y le hacian salir de sí; porque, aun estando estudiando, por momentos se levantaba de la silla con tal raudal de consuelos, que le hacian dar saltos, y palmadas, y otras señales exteriores, en que brotaba su interior gozo, diciendo: «Gracias á Dios: oh mi Dios; gloria sea á Vos, mi Dios y Señor,» y otras amorosas oraciones con que parecia respiraba su abrasado corazon en amor divino.

Por el movimiento y saltos, que como á otro David le hacian dar los júbilos de su espíritu, rompia con estarse en casa en su aposento más zapatos que el Hermano más trabajador y andador.

El trato que tenia con nuestro Señor era como de hijo con un amoroso padre, acudiendo á él con grande confianza en todas las cosas. Y así, como

en los postreros años de su vida sintiese al poner del sol algunos desmayos que le impedian la oracion, se fué á nuestro Señor un dia de la Santísima Trinidad, y quejándose amorosamente, le dijo: «Señor, ¿no sabeis vos que no tengo otro gusto que vuestro trato? ¿pues por qué al cabo de mis dias me lo quitais dándome aquestos desmayos?»

Oyóle la Santísima Trinidad, y aquel Señor que reveló el remedio de higos con que habia de sanar el rey Ezequías y no lo quiso hacer él por sí, reveló á este su siervo el remedio de su achaque, diciéndole que, cuando le hubiese de venir el desmayo, tomase un diente ó medio de ajo con un trago de agua y luego se le quitaria. Así lo hizo y así lo experimentó, que al instante se le quitaba el mal, pudiendo con remedio tan fácil tener oracion y proseguir en el estudio de la sagrada Escritura.

Con estar muy enfermo y flaco, no se pudo acabar con él que admitiese un poco de ave ú otra cosa más que una porcion ordinaria de carnero, y á la noche, cuando más, dos huevos, sin ningun género de fruta al principio ó fin de la comida, ni tocaba al extraordinario que en los dias de Pascua se da.

La estima que tenia de la mortificacion le hacia no sólo mortificarse á sí mismo, sino desear grandemente y procurar que todos los religiosos fuesen muy mortificados, á lo cual les exhortaba y escribia á los Superiores los medios con que habian de mortificarse y conservar el espíritu de mortificacion.

Decia que el fundamento de toda la vida espiritual estaba en las palabras de Cristo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y tome su cruz y sígame.» Y los que son de Cristo, como dice el Apóstol, crucificaron su carne juntamente con sus concupiscencias; que para esto se sirvieron de dos cosas los santos, porque son dos las partes del hombre que se han de mortificar: la una, la voluntad racional con todo su libre albedrío; la otra, el sentido con todos sus apetitos.

Y así, para domar la parte intelectiva, usaron del voto de la obediencia, y para mortificar la parte sensitiva, la penitencia y aspereza. Pero algunos no tan perfectos se descuidan en la penitencia, juzgando que la mortificacion interior de la voluntad y juicio propio importa más, como es así; pero no advierten que están eslabonadas estas dos mortificaciones de la parte racional y sensitiva; porque si no se doma la carne, no se sujetará la razon, porque la lleva la carne tras sí, como caballo desbocado que despeña al que le gobierna.

Por eso S. Pablo dijo que castigaba su cuerpo hasta reducirle á la servidumbre de la razon, porque el castigo del cuerpo ha de llegar hasta que (como un esclavo) se sujete á la razon. Y por no mirar este término que puso S. Pablo, se ha ido resfriando en muchos el espíritu de penitencia.

Señalaba tambien buen número de penitencias que pudiera cada uno hacer sin daño de la salud, como eran, tomar cada dia algunos golpes de disciplina, ayunar uno ó dos dias cada semana, otro dia traer cilicio, dejar los extraordinarios en la comida, guardar silencio algunas veces en las recreaciones, no dar razon de sí ni excusarse sino á más no poder, no porfiar ni decir palabra picante, perdonar de corazon los agravios, traer el vestido remendado y viejo, no pedir nada, no salir con seglares á cosa ninguna de recreacion, no salir á ver fiestas ni procesiones, no mirar cosas curiosas y otras cosas á este modo.

Era hombre de pocas pláticas y de ninguna recreacion ó entretenimiento, aun de los que usan los religiosos; si alguna conversacion le era necesaria tener con los que le visitaban, era siempre hablar de Dios y contar ejemplos de santos, de que tenia gran copia allegada.

Fué grande amador de la pobreza, y crecióle en gran manera esta aficion desde una vision que de ella tuvo en esta forma. Estando un dia en oracion, fué arrebatado en espíritu, y le pareció que iba por una calle muy roto y andrajoso, y que al fin de la calle veia una iglesia con muchas luces, y andando hácia ella, sintió que venian tras él á detenerlo, y volviendo la cabeza, vió que venia á él un negro fierísimo, y él de temor echó á correr tambien á la iglesia, y en ella, no se teniendo por seguro, se fué hácia donde le parecia estaba el altar mayor y entróse dentro de un hermoso velo que estaba pendiente en la capilla mayor desde la bóveda hasta el suelo.

Apénas levantó el velo, cuando vió de la otra parte unos hermosísimos campos, y en ellos, divididos por sus cuarteles, estaban los ciudadanos del cielo con tales insignias, que cada cual mostraba la suerte que tenia.

En uno vió á la Vírgen Santísima acompañada y festejada de ángeles, en otra los Apóstoles, en otra los mártires, y así las vírgenes y confesores por su órden. A este modo vió el cuartel de las Religiones, y reconociendo á los de la Compañía, que estaban con ropas ricas y vistosas de gloria y palmas en las manos, entonando mil alabanzas á Dios, fuese para ellos, y el que hacia oficio de portero, mirándole con atencion, le dijo con semblante amoroso: «Bien podeis entrar sin miedo, que esa pobreza testifica que sois de la Compañía de Jesus y digno de la nuestra,» y yendo á entrar, se le cayeron todos aquellos harapos, y se halló vestido como los demás, y con su palma en la mano, y cantando con ellos.

De aquí salió tan aficionado al vestido vil y pobre, que el manteo y sotana traia siempre tan viejos y raidos que perdian el color, y era grande el desconsuelo que sentia cuando le daban vestidos nuevos ó que no estuviesen muy gastados.

Los que traia interiores cuando murió, no podian servir á un pobre, porque solia él tomar su jubon cuando le tenia roto, y pidiendo al Hermano ropero algun pedacillo de lienzo, remendársele él mismo, no queriendo dejar al Hermano hacer este oficio; y teníale tan lleno de remiendos uno sobre otro, que estaba como capa de pobre.

Tuvo una vez necesidad de un bonetillo para abrigar la cabeza, y con ser cosa tan poca, no quiso que se le hiciesen nuevo, sino fuese á la basura donde el ropero habia arrojado los retazos viejos que no eran de provecho, y de allí tomó los que eran necesarios para su abrigo y hacer un becoquin, de que tenia mucha necesidad.

Viniendo una vez á Toledo, traia la sotana tan vieja que sus parientes se avergonzaron y pidieron al P. Juan Manuel, Prepósito, que le mandase tomar una nueva que le hacian, porque con él no lo pudieron alcanzar. Aguardaron al tiempo del dormir, y quitáronle la sotana sin que él lo sintiese, la cual sólo se solia quitar para tomar el sueño necesario, y en su lugar pusiéronle la nueva.

Cuando lo echó de ver, no se la quiso vestir, y enviándole á llamar el Padre Prepósito, respondió que no tenia allí su sotana, y ordenándole que viniese con la nueva, vino por obedecer, y entrando en el aposento se arrodilló, pidiéndole por Jesucristo le volviese su sotana; y diciéndole cuán corridos andaban sus deudos de verlo tan pobre, recabó con el P. Prepósito que dentro de casa le dejase traer su sotana vieja, y que cuando saliese fuera á predicar, se pusiese la nueva. De esta manera le quisieron engañar muchas veces, poniéndole algun vestido nuevo en lugar del viejo, y luego lo buscaba, de manera que nunca se salió con lo que se pretendia.

Sólo una vez en Salamanca, para haberle de hacer dejar un vestido interior que tenia hecho pedazos y podrido y tomar otro nuevo, se hicieron de concierto el P. Ministro de casa con otros dos, y entrando en la sacristía donde el siervo de Dios estaba para decir Misa, uno despues de otro hacian grandes ascos como que allí habia algun mal olor de cosa podrida y sucia, y despues de bien mirado, convinieron que no podia ser aquello sino de aquel vestido podrido del P. Juan Fernandez, con lo cual, bien afligido, dijo él que aquel olor que ellos sentian no era sino olor de sus grandes pecados. Al fin, convencido por la reverencia que se debia al sacrificio que iba á celebrar, se lo hicieron tomar y le vistió.

Sabida cosa fué entre los Padres espirituales y Superiores que trataron su alma, que guardó perpetua virginidad en su cuerpo y alma, con una conciencia purísima y una simplicidad de paloma, junta con grande prudencia.

En la obediencia fué señaladísimo con un respeto á los Superiores, que de-

lante de ellos estaba con tanta atencion y reverencia como si viera á Jesucristo.

Estando una vez un Superior hablando á un súbdito un poco rebelde, viéndole que no se rendia á hacer lo que le ordenaban, con grande espíritu le dijo: «Hermano, por la santa obediencia rodar,» y luego se echó á rodar por un corredor adelante con harta confusion de aquel Hermano.

El trato que tuvo con nuestro Señor fué muy continuo y altísimo; con pasar gran parte de la noche en oracion, entre dia, fuera del estudio de sus sermones, todo lo gastaba con nuestro Señor, porque no salia de casa ni tenia otra ocupacion, fuera de lo necesario para su estudio.

Los últimos años comenzó á escribir sobre la Sagrada Escritura, y compuso aquel su erudito *Thesaurus divinarum Scripturarum.*

Era humildísimo y gran despreciador de sí, y decíase á sí: «¡Oh alma! eres una hoja seca metida en una caja de oro de la manutenencia de Dios, cerrada con la cerradura de caridad. Si permite Dios abrir la caja, volarás como Judas á los infiernos, y no tienes que gloriarte; que el oro y perlas de la caja no son de la hojarasca.»

Otras veces decia: «Eres el dedo meñique del pié de Cristo, que vives con el espíritu de Jesucristo. Está contento con tu puesto, que lo mejor del cuerpo, que es el espíritu, está todo en ti y todo en toda parte de ti.»

Pero con ser rara su humildad, cuando se atravesaba alguna cosa de la honra de Dios, tenia brío y espíritu de Elías. Acontecióle una vez, predicando en Valladolid el domingo de Lázaro con grande auditorio, llegar allí un coche en que iban unas señoras que salian al campo acompañadas de algunos caballeros á caballo; quiso el cochero romper por medio del auditorio, el cual se comenzó á alborotar.

El Padre, vestido de un celo divino, mandó con palabras mayores que no pasase por allí; y así se detuvo, y uno de los caballeros que allí iba le mandó que pasase adelante sin hacer caso de lo que el predicador decia; mas el cochero no se atrevió espantado de las palabras que oyó al P. Juan Fernandez, que como trueno le asombraron.

Quedó aquel caballero muy sentido y quejoso del Padre, como de hombre descortés y mal criado, y, en efecto, vino á buscarle y á darle sus quejas con mucho enojo; mas el Padre con gran severidad y gravedad le dijo: «Vos conoceísme? ¿sabeis que soy sacerdote de Dios y que he tenido en mis manos al mismo Dios?» Respondió el caballero: «Si sé.» «Pues hincaos de rodillas y besadme la mano;» díjoselo con tanto imperio y fuerza, que el caballero no pudo hacer otra cosa, como despues él mismo decia.

Levantóle del suelo el Padre, y luego se echó á sus piés y dijo: «Esto he

dicho por el respeto que se me debe como sacerdote y ministro de Dios, que en lo demas yo soy un hombrecillo imprudente y pobre, y erraré en mil cosas, y suplico á V. merced me perdone,» y tomó la mano del caballero y se la besó, quedando los que estaban á la mira edificados y admirados.

Otra vez, yendo camino, topó un ladron que le queria robar, y con el mismo espíritu y valor le dijo que mirase con quién hablaba, porque era sacerdote y ministro de Dios, y que le besase la mano, y con esto le detuvo y le hizo temblar de reverencia, y dándole algunos saludables consejos, prosiguió su camino.

Otras veces, cuando era menester ó para su humillacion ó para edificacion de los otros, callaba y sufria con paciencia los denuestos é injurías que se le hacian.

Acontecióle, estando en Palencia, ir á predicar á la iglesia mayor y llegar tarde. Habia un personaje de aquella iglesia que estaba disgustado con él por haberle el Padre reprendido. Este, deseando que el Padre no predicase, hizo que se fuese entreteniendo la Misa hasta acabarla, y que despues se dijese Nona para que no tuviese tiempo de predicar.

Mas, como toda la gente estaba aguardando, subió el P. Juan Fernandez en el púlpito; sintió tanto esto aquel prebendado, que arrebatado de cólera y furor, arremetió al púlpito, y echando mano del Padre, dió con él del púlpito abajo, diciendo: «¿Ya no os he dicho que no vengais aquí á predicar? ¿para qué venis?» Y el Padre con grande humildad, paciencia y admiracion de los circunstantes, bajó su cabeza y se volvió á su casa.

Después, preguntándole los que conocian su celo y valor, cómo no habia vuelto por la honra de Dios y callado tanto, respondió que así convenia, porque la noche antes le habia mostrado el Señor todo lo que aquel dia le habia de suceder, y mandádole que callase y no hablase palabra, porque muchas veces por ejercitar nuestro Señor á sus siervos y darles materia de paciencia, disimula con grandes desacatos que se hacen contra su divina Majestad, sufriendo por el mayor mérito de sus escogidos las ofensas de los hijos de perdicion.

## V

### *Muchas de sus revelaciones, profecías y visitas del cielo.*

Comunicóle nuestro Señor en la oracion regalos y sentimientos muy particulares, descubriéndole cosas por venir y otras que sucedian en partes bien distantes; de esto quedó un cuaderno de su mano en el colegio donde murió,

en el cual tiene muchas, señalando el año y el dia y el modo como se lo mostraba nuestro Señor, aunque por cifra, que sólo le servia de memoria.

Estando enfermo en Lovaina el P. Antonio Salazar de la enfermedad de que murió, contaba muchas cosas de la gran virtud y mortificacion de este Padre, y llegando muy al cabo, vínole á visitar desde el ejército el P. Juan Fernandez, y viéndose, se abrazaron tiernamente, pidiéndole el P. Salazar perdon de las molestias que en el camino le habia dado, contradiciendo á sus mortificaciones, rogándole que le quisiese muy de veras encomendar á nuestro Señor, para que tuviese misericordia de él.

Apartando, pues, los brazos del enfermo, quedóse el P. Juan Fernandez junto á la cama, derecho en pié más de hora y media en éxtasi, con el rostro sereno y alegre, y al cabo de él le vino una grandísima abundancia de lágrimas, con suspiros fervientes sin hablar palabra.

Al fin de todo abrió los ojos como si despertara de algun sueño, diciendo: «¡Ay buen Jesus!» y con una cara risueña dió al Padre enfermo una palmada, diciendo: «Esté alegre vuestra Reverencia, que tengo gran confianza de que nos habemos de ver en el cielo.»

Halláronse á este rapto presentes el P. Juan Sarlemio, Viceprovincial de aquella provincia, y el H. Vicente de Zalandre que desde la muerte de este P. Salazar, comenzó á ser compañero del dicho P. Juan Fernandez, y como testigo de vista contaba muchas veces algunas de las cosas referidas.

Otra vez en Toledo, como no viniese á comer á la hora que solia, fue un Hermano á su aposento á ver si tenia algo, y hallóle elevado y absorto, puestos los ojos en un crucifijo que tenia delante, y como llamado, no respondiese, pensó que estaba muerto, y llamó al P. Juan de Mariana, el cual entrando en el aposento y haciendo el ruido que pudo, no despertó, y así se estuvo hasta la tarde que volvió en sí.

Muchas fueron las veces que le hallaron y vieron en oracion arrobado, enagenado y como fuera de sí, con el cuerpo derecho, y la cabeza tiesa, y los ojos abiertos, y fijados en un crucifijo, y otras veces de otras maneras, y levantado en el aire.

Otras oia cantar á las vírgenes del cielo y á los santos ángeles alabanzas de la Santísima Vírgen, y él cantaba con ellos.

Para que mejor se entienda la causa de los extraordinarios favores que Dios hacia á este su siervo, así por sí como por sus santos y ángeles que iremos contando, así de apariciones como de revelaciones, se ha de presuponer que este santo Padre habia llegado á una candidez y simplicidad tan extraña que parecia un niño, aunque muy prudente en lo que tocaba al servicio de Dios y sus prójimos, porque estaba persuadido que como él trata-

ba con Dios trataban todos, y como á él trataba Dios, así trataba á todos.

Y con esta sencillez y verdad trataba á los santos como á siervos de un mismo Señor, á quien él y ellos servian con toda voluntad y como amigos familiarísimos, que unos á otros se ayudaban para este fin, dándole parte de sus secretos en todas las cosas que acontecian.

Con la misma sencillez y verdad no se empachaba de descubrir las misericordias que Dios le hacia, primeramente á su Superior, á quien no tenia nada encubierto, y despues á cualquiera de sus Hermanos, á quien decia sus cosas, cuando se ofrecia ocasion, como un niño las descubre á otro.

Donde, como en sus primeros años se muriese su padre, le apareció cada dia por espacio de un año pidiéndole que hiciese algunas diligencias de que tenia necesidad para salir del purgatorio. El las hacia; al cabo del año le apareció glorioso, agradeciéndole lo que por él habia hecho como buen hijo; y pensando que á todos sucedia esto, como supiese que á un Hermano se le habia muerto su padre, se fué á él y le preguntó si se le habia aparecido. El Hermano, maravillado de tal pregunta, le dijo que por qué decia aquello. El le respondió que pensaba que á todos se aparecian sus padres, como á él le habia aparecido el suyo, contándole lo que le habia pasado.

Tuvo particular devocion y familiaridad con el Angel de su Guarda, y recibió de él singulares gracias y favores, y encarecia mucho las obligaciones que los hombres tenemos á los Santos Angeles de nuestra Guarda, por el cuidado y amparo que tienen de nosotros; y pegaba esta devocion á todos, y con razon, porque él habia experimentado esta proteccion y favor de su Angel; porque trataba con él todas las cosas tan familiarmente como si le viera.

Pedíale que le alumbrase y enseñase cuando no sabia, que le encendiese cuando se hallaba tibio, que le despertase cuando dormia, y, finalmente, en todas sus dudas y necesidades recurria al Santo Angel de su Guarda como á tutor, curador, ayo, maestro y guía.

Era tan grande la comunicacion que con él tenia, que rezaban salmos juntos; y el santo Ángel le despertaba de noche para que alabase al Señor. Pero porque una vez, por estar muy cansado, no acudió tan presto al llamamiento del Angel, se le ausentó por algunos dias, hasta que con ayunos, lágrimas y mucha penitencia le aplacó y tornó á su antigua familiaridad.

Entre otras músicas que le hicieron los espíritus celestiales, una víspera de S. Miguel oyó tres órdenes de ángeles cantar dulcemente alabanzas al divino Esposo por su infinita hermosura y celo que tiene que le amemos, de modo que ni un momento quiere que apartemos de Él los ojos.

Otra vez oyó que cantando le exhortaba un santo Angel á ofrecer á Dios

caridad y humildad. En otra ocasion vió á los ángeles que cantaban delante de Jesucristo, celebrando la Majestad de su divina presencia. Otro dia oyendo cantar á los ángeles: *Misericors et dominator Dominus escam dedit timentibus se*, comenzó él mismo á cantar con ellos con mayor voz.

Oyó tambien, á 10 de febrero, á S. Mauricio y sus compañeros que con suavísima música celebraban haberse llegado á ellos S. Víctor, por la gloria que de allí resultaba á nuestro Señor.

Enseñábanle los bienaventurados é instruíanle en las cosas de espíritu. Aparecióseles una vez S. Francisco Javier lleno de gozo y dulzura; cuando le vió tan afable el P. Juan Fernandez, se arrojó á los piés y besábaselos, pidiéndole le enseñase á agradar á Dios. El Santo le abrió un libro con letras de oro, encargándole el temor santo de Dios.

Otra vez se le apareció el siervo de Dios P. Martin Gutierrez; venia con un rostro muy afable y alegre, y díjole: «Ruégote que nunca te olvides de Dios.» Respondióle el P. Juan Fernandez: «¿Pues podré acaso olvidarme de Dios?» Replicó el P. Martin: «Héte dicho y avisado de esto, por las muchas distracciones de varios pensamientos que suelen impedir la continua presencia y memoria de Dios.»

Una víspera de S. Pedro, estándose preparando para predicar otro dia, se le apareció el Señor juntamente con S. Pedro, al cual dijo el Hijo de Dios: *Frater, duc istum ad praedicandum.*

Revelóle tambien nuestro Señor el martirio del P. Rodolfo Aquaviva y sus cuatro compañeros, que mataron los gentiles de Salsete; y como el P. Juan Fernandez preguntase al Angel que le asistia por qué permitia que muriesen tan buenos Padres, le respondió: «Porque serán mártires de Cristo.»

Cuando se edificaba nuestra iglesia de S. Antonio que tenemos en Valladolid, se le apareció nuestro Padre S. Ignacio sobre el edificio, diciéndole cómo habia de ayudar y asistir á aquella fábrica, y significándole un suceso raro que de allí á cinco dias aconteció, con estas palabras: «Yo no clavaré el pico de hierro en la tierra.»

Fué cosa maravillosa que al quinto dia que cayó de lo alto de la obra una barra de hierro de 14 libras, y dando en un Hermano de los nuestros, llamado Martin Gonzalez, le pasó por las espaldas la sotana, jubon y camisa; hízole solamente en la espalda un rasguño como de una punta de aguja, largo como de un palmo, y volviendo á horadar la camisa se le quedó allí, sin caer en tierra la barra, ni el Hermano, el cual quedó muy sano, como nuestro Santo Padre se lo habia prometido á su siervo. Fueron testigos de esta maravilla cuanta gente habia en la obra.

Tambien, cuando se ocupaba el P. Juan Fernandez en establecer la Con-

gregacion del amor de Dios, vió á S. Ignacio que le envió desde el cielo un mensajero con una carta, la cual decia: «Lo que hasta ahora ha hecho el P. Juan Fernandez lo ponga á su cuenta; pero de aquí adelante yo pondré á la mia lo que se hará en la Congregacion del amor de Dios.»

Otro dia vió que muchas saetas de oraciones iban al corazon de Cristo, las cuales impedian nubes de pecados; mas las hacian lugar un suave viento del fuego de Cristo. Díjole tambien el santo Angel, estando el siervo de Dios velando: «Veo á la Cofradía del amor de Dios por sí sola, pero el amor de Dios renueva todo el mundo.»

Otra vez oyó una voz que decia: «Congregad esas gentes, armad esas flotas, enviad á ese amor,» dándole á entender que fuese la armada al Perú, que iria segura. Otra vez le pareció que estaba delante del tribunal de Cristo, y oyó que decia el Señor: «Menester tengo de una casa de penitencia en que se reciban las mujeres arrepentidas de la casa pública.» El fervoroso Padre dijo: «Señor, yo os daré esa casa,» y el Señor con rostro muy alegre respondió: «Sea en hora buena,» y dentro de un mes cumplió el Padre su palabra.

Vió otra vez al Hijo de Dios que tenia á los lados dos serafines que le cubrian los piés con un paño carmesí, y que salia una voz de su trono que dijo: *Dominus facit prodigia super terram, auferens bella usque ad fines terrae.*

Vió en otra ocasion á Inglaterra como una terrible fiera que, bramando, queria embestir contra España, pero echándola cebo hácia otra parte, se divirtió de su presa.

En Palencia, estando un Padre malo sin que hiciese caso de su mal por parecer liviano, dijo el P. Juan Fernandez al P. Rector que le hiciese confesar y disponerse, porque de aquella se habia de morir, y, fuera de todo pensamiento, se murió.

Estando orando con lágrimas por un religioso difunto, oyó una voz que le dijo: «¿Por qué lloras?» Y levantó sus ojos y vió á Jesucristo con el rostro airado que de sus dos manos echaba dos espantosos rios de fuego, y estando él temblando le dijo: «No ores por él, porque está condenado.» Bajó los ojos y vió al desdichado arder en los infiernos, y el un rio de fuego le daba por la cabeza y el otro por las renes, y el malaventurado, viendo que le miraba, se tapó el rostro de vergüenza con las dos manos.

Diósele á entender que era sensual y propietario, fuera que murió fugitivo. Por lo cual, habiendo contado esta vision á otro Padre con mucha tristeza suya, luego despues de comer en la recreacion los dos Padres Juan Fernandez y el que se lo oyó, se desposeyeron de ciertas cruces que tenian en presencia del P. Manuel Lopez, Rector, y de aquí se divulgó en toda Castilla y se puso esta vision en estampas que andaban en manos de todos.

Vió tambien salir del purgatorio y subir al cielo el alma de su madre, acabando de decirle un treintenario de Misas. Vió tambien ir al cielo el alma de una hermana suya beata, y que la salieron á recibir su madre y Sta. Bárbara, cuya devota habia sido, y otra vírgen cantándole un motete en alabanza de la virginidad que habia conservado hasta su muerte.

En el colegio de Medina murió un Hermano novicio, que se llamaba Juan Perez, sin la Extremauncion y Eucaristía por Viático, aunque habia comulgado algunas veces. Estando los de casa con alguna pena y cuidado, y estando el P. Juan Fernandez, tres dias despues, dictando á un Padre lo que habia de imprimir, con un repentino sobresalto alzó los ojos y manos al cielo, y dijo al compañero: «Gracias á Dios que ya nuestro Hermano Juan está en el cielo, ahora acaba de salir del purgatorio,» con lo cual los de casa se consolaron.

Estando otra vez en el mismo colegio, el P. Antonio Larez convaleció de manera, que á veces se levantaba y acudian á visitarle los de casa con su caridad. Tenia el P. Juan Fernandez su aposento pared por medio, y sintiendo el ruido de las visitas, preguntó qué era aquello. Supo lo que era, y dijo á su compañero: «¿No diria al P. Larez que sepa su Reverencia que le tiene el Señor aparejada la corona y premio de sus buenas obras, y que la alcanzará muy presto?; que se dé mucha priesa el poco tiempo que tiene á granjear y negociar con Dios y excuse de visitas cuanto fuere posible.»

El compañero se excusó de ir con este recaudo, y el P. Juan Fernandez se fue el dia siguiente al aposento del P. Larez, y él se le dió; y aunque luego no se hizo mucho caso de él por sentirse el enfermo mucho mejor, pero hízose dentro de seis dias, que solos duró el P. Larez, y se conoció ser la palabra del santo varon revelacion del cielo.

Tambien en el colegio de Palencia vió el alma del P. Pedro Caraoz á las dos de la mañana ir muy contenta al cielo, habiendo muerto el dicho Padre la tarde del dia antes.

Estaba en el mismo colegio el año de 1593 un cantero asentando una piedra de la ventana grande del coro, y se le cayó, y allí encima de la cornisa le mató luego, con grande sentimiento del P. Rector Diego de Sosa y de los demás Padres.

Para consuelo de ellos, el P. Juan Fernandez llamó al P. Francisco de Ribera, que tenia cuidado de la obra, y díjole que se consolase, que aquel hombre habia muerto en buen estado, porque se habia confesado y comulgado el domingo antes, y que aquella misma mañana habia visto subir su alma vestida de blanco de su cuerpo, y que en saliendo, se le volvió á mirar como lo dejaba tendido y muerto.

Leyendo Escritura en el colegio de Salamanca, aunque acudia poca gente á oirla, como es de costumbre, el siervo de Dios instó mucho un dia que le pusiesen bancos, que habian de venir muchos oyentes y que serian menester; y fué así, que acudieron tantos, que fueron bien menester los bancos que se pusieron.

Estando en Toro, á donde habia ido á predicar desde Palencia con el Obispo de aquella iglesia, habló gravemente contra unas representaciones, que allí se hacian, de comediantes, que el Obispo prohibia, y amenazólos con el castigo de Dios.

El dia de la degollacion de S. Juan, representando uno en un entremes la persona del bobo, los compañeros le hurtaron la comida que traia en una cestilla, y él haciendo el despechado, hacia grandes exclamaciones, invocando á Júpiter, Juno, Venus y otros semejantes demonios, y puesta una rodilla en tierra, con un puñal en la mado, llamaba á la muerte, diciendo que, si no venia, él se mataria.

El que representaba de burlas, cayéndose hácia atras quedó muerto de veras, y pensando los otros que todo esto era representacion, metiéronle en la cámara de donde salian los representantes, mas, queriéndole levantar, hallaron que era muerto. Divulgóse el caso, y el Padre revolvió sobre él y causó en todos un temor extraordinario, advirtiendo cómo acudia Dios á cumplir las amenazas de su siervo.

Era cosa particular que, cuando estaba más debilitado, como en los últimos años de su vida, que estaba tan deshecho y decaecido con la mucha penitencia, oracion y mortificacion, que apénas se podia tener en pié, y para ponerle en el púlpito era necesario que le llevase su compañero en brazos; en comenzando el sermon, sentia tan grandes fuerzas, que los oyentes se maravillaban.

Tratándole de esto, dijo algunas veces que se sentia tal, que podia trastornar la iglesia; y no es maravilla por las ayudas que Dios le daba. Pues un dia bajando por unas escaleras de casa á predicar, le apareció el Apóstol San Pablo, y le dijo: *Eia, Ioannes, esto bono animo, ambo enim hac hora simul concionabimur.* Y le tuvo toda aquella hora consigo en el púlpito, viéndolo el santo varon, como él lo tenia apuntado en un librillo suyo en que escribia de su mano las misericordias de Dios, diciendo: *Apostolus Paulus, et ego ex eodem suggestu per totam unam horam concionati sumus.* Tambien se le apareció Santa Teresa de Jesus, y otras santas y almas gloriosas que vió salir del purgatorio.

## VI

*Revélale Dios que es predestinado y muere santísimamente.*

Para echar el sello á las misericordias que Dios hizo con este su siervo, le reveló su divina Majestad que era uno de sus predestinados; y así, estando en su aposento en oracion sentado, hizo de repente tanta mocion en la silla en que estaba, conmoviendo todo el cuerpo, que se echó de ver en el aposento y puerta de él, pues hasta el pestillo y aldabilla de ella con el ruido que hacia daba que reparar á los que por allí pasaban.

Avisado de ello el P. Rector, entró en el aposento y dijo: «¿Qué es esto P. Juan Fernandez?» El respondió como fuera de sí de júbilo: «¡Oh Padre, que soy del número de aquellos bienaventurados que ven la cara de Dios!» Dándole á entender que el haberle revelado esto era la causa de los saltos de contento que daba su corazon, y hacia tan reciamente conmover el cuerpo.

Cierto ya de su eterna salud, hacia muy poco caso de la del cuerpo, trabajando más cuanto más veia que se llegaba su fin: no queria la vida para vivir sino para emplearla en el provecho de las almas, deseando acabar en su oficio, y los postreros dias andaba tan ansioso de verse desatado del cuerpo por poder libre volar á su Dios, que decia que ya en esta vida no veia cosa que le detuviese, porque á ninguna tenia aficion, ni gustaba de manjar alguno, y no sabia que le quisiese ya Dios por acá.

Y á la verdad, estaba ya cierto de su partida, porque medio año antes que muriese, estando el P. Jerónimo Lacariaga escribiéndole el segundo tomo de su *Thesaurus Scripturae*, que no se ha impreso, le dijo que él no habia de acabar aquella obra porque nuestro Señor lo queria asi.

Y habiéndose despedido en el púlpito del auditorio, y dicho que aquel seria su último sermon, muy pocos dias antes de su última enfermedad, estando en su ordinaria disposicion, se fué al P. Diego de Sosa, su Rector, á hora desacostumbrada y pidió le confesase, no haciendo esto sino con el ordinario confesor de casa. Confesose muy despacio generalmente de toda su vida y en harto breve tiempo, diciéndole que lo hacia porque estaba muy cercana su muerte.

El segundo dia de marzo le comenzó una calentura continua que, aunque no muy recia, por la poca resistencia del sujeto, dió que temer, y en este dia le apareció Cristo y su Madre, y le dijo que se previniese porque de allí á ocho dias vendrian por él.

Viéndose, pues, el santo Padre con esperanzas tan próximas del cumpli-

miento de su deseo, no cabia de gozo, cantando en voz alta cánticos y salmos que significaba muy bien su singular alegría, y hablando con Dios decia muchas veces: «Vamos, Señor, vamos,» con unas palabras tiernísimas que mostraban bien cuán certísima tenia su salvacion.

A los ocho dias vino Cristo á cumplir su palabra, y regalándole como á siervo querido, recibidos todos los Sacramentos con mucha devocion, dióle su alma á las tres de la mañana, con suma paz y sosiego, en el colegio de Palencia, á los 9 de marzo de 1595, estando en los cincuenta y ocho de su edad y casi cuarenta de Compañía.

Luego que se supo en la ciudad su muerte, acudió innumerable gente con el sentimiento posible, y los más conocidos entraron en casa, y sin poderlos resistir ni dejar de condescender con su devocion, se llevaron como cosa de mucha estima á pedazos sus vestidos que traia debajo de la sotana, siendo tan pobres que para un mendigo no pudieran servir.

La demás gente acudió al cuerpo á besarle los piés y manos, y á cortarle los cabellos de la cabeza, y tocarle sus rosarios, hasta que, pasado buen espacio de tiempo, con mucha dificultad fué enterrado su cuerpo, en un ataúd que tenian aparejado, dentro de la sepultura en nuestra iglesia, donde sosiega en paz gozando su alma de la eterna bienaventuranza y del que para tanto bien le crió.

No es razon de callar que, estando dos caballeros pidiendo al P. Rector un pellejillo de cabrito que le habia dado una señora para su abrigo con ánimo de guardarle como preciosa reliquia, llegó el hijo mayorazgo de esta señora de parte de su madre á decir al P. Rector que besaba á su Paternidad las manos, y que una cabritilla con que ella habia servido al P. Doctor Juan Fernandez, no se le habia dado más que prestada; y así, que le hiciese merced de dársela porque la pensaba poner en cabeza de mayorazgo por la más rica prenda que en él tenia; de esta manera se deben estimar la reliquias de los santos, más preciosas que los tesoros de los reyes.

Escriben de este fervoroso varon el P. Sachino, en su *Historia* Felipe Alegambe y el P. Rivadeneira en el libro de los *Escritores de la Compañía* y en la historia de las *Provincias de España*.

P. NIEREMBERG.

# P. JUAN SUAREZ

ESCRIBIÓ de este siervo de Dios el P. Luis de Valdivia, cuyo testimonio me ha parecido referir aquí por sus mismas palabras, el cual, hablando del P. Juan Suarez, dice así:

«Fué natural de Cuenca y colegial del Monte Olivete, en Salamanca, donde entró en la Compañía año de 1551 para mucho bien de ella, porque fué dos veces Provincial de esta provincia de Castilla despues que se dividió de la de Toledo, el primero y el quinto, y dió principio admirable á la de Sevilla y Visitador de esta provincia.

»Fué varon de señalada perfeccion y muy sólidas y heróicas virtudes: tenia una intencion pura y sencilla en todas sus acciones y gran don de oracion y trato familiar con Dios, como un amigo con otro; muchos ejemplos tuvo en que esto se vió, pero solo referiré uno.

»Llamaba Dios para la Compañía en Salamanca á una persona de grandes talentos que estudiaba en la Universidad y él resistió con gran fuerza por estar muy arraigado en el siglo; pero nuestro Señor usó de rigor y dióle un recio tabardillo, que al seteno dia le puso en lo extremo, porque los médicos le desahuciaron.

»Cayó entónces en la cuenta; llamó á un Padre de la Compañía que era su confesor, á quien dió parte de la vocacion que Dios le habia dado y de su rebeldía á los toques divinos, y pidióle suplicase á Dios por él, porque los médicos decian moriria sin duda al dia siguiente y dejaria este siglo que no quiso dejar con tiempo.

»Fiado el confesor de la oracion del P. Juan Suarez, le dijo: «No tema Vm., espere en Dios su salud, que si propone firmemente de responder á su vocacion, dentro de ocho dias tendrá salud.» El enfermo hizo luego voto de entrar en la Compañía, y el confesor vino luego al P. Juan Suarez y le dió cuenta del caso, y cómo, fiado de sus oraciones, habia prometido aquello, á que habia sentido impulsos interiores de confianza cuando lo prometió.

»El P. Juan Suarez que tenia pocas palabras, respondió: «Encomendémosle á Dios,» ¡cosa maravillosa! sin tratar más de ello, vuelve el confesor al enfermo dentro de siete dias, y hállale al umbral de su puerta, bueno, sano y dispuesto á cumplir su voto, como de hecho lo cumplió, y vivió en la Compañía, como hombre que escapó de su sepultura, muy agradecido á Dios.

»El año de 1554 salió el P. Juan Suarez de Salamanca para Sevilla por ór-

den de S. Francisco de Borja; estando enfermo y sin proponer ni alegar su enfermedad, se partió con calentura, porque le habia escrito su Superior que, como quiera que estuviese, se partiese luego.

»Quiso Dios premiar esta obediencia con darle salud milagrosamente, porque, sin duda, el Santo Francisco de Borja tuvo revelacion de la extremada necesidad que habia de que la Compañía apresurase su entrada en Sevilla, y así, ordenó con este aprieto lo dicho al P. Juan Suarez, y que, llegado á Sevilla, buscase una casa en que cupiesen una docena de Padres y las alhajas necesarias, y que en estando esto á punto, le avisase, porque él mismo queria ir á Sevilla á dar principio á aquel colegio por lo mucho que entendia se habia de servir nuestro Señor de él.

»Llegó á Sevilla el P. Juan Suarez, de edad de veinte y nueve años, por noviembre de 1554 con el H. Juan Gutierrez. Presentóse ante el Provisor, que era el Licenciado Cervantes, que despues fué Cardenal y Arzobispo de Tarragona, con las bulas y privilegios de la Compañía, y pidió licencia para predicar y confesar.

»Habíase prevenido escribiendo al P. Maestro Juan de Avila que le aconsejase qué predicaria en Sevilla, encomendándolo á nuestro Señor; y el Maestro Avila lo encomendó á Dios y escribióle que predicase el Credo en Sevilla. Lo cual fué verdaderamente divina voz por las herejías que habia allí ocultas.

»Comenzó á predicar el Credo en la plaza y confesar, visitar cárceles y hospitales, andando de hospital en hospital, y durmiendo á donde le querian acoger. Aficiónosele la gente de modo, que un caballero, llamado Hernan Ponce de Leon, sabiendo que venian á fundar, le ofreció sus casas principales para principio, y otros le ofrecieron todo lo necesario, con que lo tuvo todo á punto, y dió aviso á S. Francisco.

»En el ínterin que el Padre S. Francisco venia, le honraron dándole un sermon en la catedral el dia del Apóstol Sto. Tomás; y él estudió un sermon de la caridad, porque el Evangelio era: *Hoc est praeceptum meum.* Y estando en el púlpito, cuando comenzó á dar el reloj las diez, se le olvidó todo el sermon sin acordarse de cosa alguna, y él dijo á nuestro Señor con mucha humildad: «Señor, si me quereis mortificar, aquí estoy, pero si Vos lo quereis predicar, mejor lo predicareis que yo.»

»Dicho esto, acabó de dar el reloj, y él se sintió interiormente animado y se le ofreció un tema nuevo de la fe y una abundancia de cosas, que se le representaban como si las hubiera estudiado, que se las iban diciendo interiormente, y él se dejó llevar y no servia más que de instrumento con su lengua para decir lo que le daban, fundando lo que probaba de la fe con Concilios y lugares de santos que él jamás vió.

»De esta, manera guiado del Espíritu Santo, predicó una hora larga, y en acabando, fué extraordinario el aplauso que hubo y la opinion que cobró.

»Saliéronle acompañando dos canónigos de aquella Iglesia, Constantino y Egidio, y diciéndole que desde que Sevilla era Sevilla no se habia predicado tal sermon. Eran estos dos canónigos herejes disimulados que entónces no se conocian, y cobraron miedo á la Compañía, y de este sermon coligieron la guerra que la Compañía les habia de hacer, porque ellos iban contaminando á Sevilla con su doctrina luterana, y el P. Juan Suarez, predicando el Credo en la plaza y declarando la doctrina católica sin saber que Dios guiaba aquella contra esotra.

»Los mismos canónigos le iban á oir á la plaza para ver cómo fundaba lo que enseñaba, y con esto se veia obligado el P. Juan Suarez á oirles tambien algunos sermones por pagarles la honra que le hacian, y en estos sermones reparó en dos puntos, el uno fué alabar la Iglesia de hermosa y santa, sin decir que habia en ella pecadores creyentes y justos, significando que todos son justos con la fe sola, que es doctrina luterana.

»El otro fué, el dia del Santísimo Sacramento, engrandecer la Majestad de Dios que está en el Sacramento, ahuyentando sin sentir la gente de su frecuencia, los cuales puntos, como no los decia claros, dudaba el P. Juan Suarez y sentia escrúpulo si lo diria al Santo Oficio, é interiormente sentia que sí, que lo avisase, de que dió cuenta, y de secreto le mandaron que los oyese, y señalaron otros predicadores que los oyesen, y de aquí tuvo principio el prenderlos despues la Inquisicion y reparar el daño que en Sevilla habian hecho, hacian é hicieran, si Dios nuestro Señor no tomara este medio de llevar allí la Compañía, y al P. Juan Suarez, el cual refirió lo dicho al autor que esto escribió de la manera que lo he referido aquí, y añadió que, cuando predicó aquel sermon milagroso en la catedral y volvió á casa, quiso escribir lo que habia dicho, mas de palabra ninguna se acordó.

«Cuando llegó el Padre S. Francisco de Borja, no le contentó estar en casas tan principales, y pasóse á una casilla vieja y pobre, llena de goteras que caian dentro de su mismo aposento y sobre la misma cama, y daba gracias á Dios porque esto era conforme á su deseo de pobreza.

»Pasaron en estos principios grandes necesidades y trabajos: un dia llegó la hora de comer y el P. Juan Suarez, que era Rector, avisó á S. Francisco de Borja que no habia cosa que comer en casa, ni dinero con que comprarlo; recogióse dentro de sí un poco el Santo, y dijo: «Toquen á comer á su hora, y fiad de Dios.» Al tocar á comer, llegó á la puerta un escudero que traia un criado cargado de comida abundante; dijo el Santo varon entónces: «Estas son lecciones de Dios para que aprendamos á fiar en Él.»

»En este tiempo sucedió que habiendo llegado á Sevilla para embarcarse á las Indias una señora, llamada doña Martina, mujer del gobernador de Chile, D. Pedro de Valdivia, que iba en busca de su marido y llevaba consigo una sobrina suya de doce años, llamada doña Catalina de Miranda, y acaso posaban junto á esta casa pobre donde se pasó el Santo Padre, y como tocasen á Misa en nuestra iglesia, que era un portalico pequeño, fueron ambas á oirla y salió á decirla S. Francisco de Borja.

»Ellas no le conocian ni tenian noticia de la Compañía; y al volver á decir *Dominus vobiscum*, vieron que su rostro resplandeció como el sol. Estaban solas en la iglesia, porque era muy de mañana, y atónitas con aquella novedad que veian siempre que volvia el Santo el rostro, se fueron á Sto. Domingo y contaron el caso á un religioso de su tierra que allí estaba, el cual les dijo: «Encomendad á Dios esta Religion que es nueva ahora; que ese Padre tiene fama de santo, que fué grande de España, duque de Gandía.

»Entónces la doncellica doña Catalina de Miranda asentó en su corazon este principio, que fué el que la hizo despues santa. «Si así honra Dios la virtud y á los que le sirven, yo propongo desde hoy de servirle con todo cuidado.»

»Díjolo y cumpliólo, porque desde entónces hasta que murió, no hizo pecado mortal ni aun venial deliberado y de malicia.

»Enseñóla Dios por toda la navegacion á castigar su cuerpo con unas tenacillas de estuche de mujeres, dándose cada noche quinientos pellizcos con ellas, y haciéndose sangre toda, y rezando á media noche tres Rosarios de rodillas, y cinco Padre nuestros, y cinco Ave Marías por la Compañía de Jesus.

»A esta señora topé despues en Chile, sin saber yo nada de esto, ya vieja de sesenta y seis años, tan santa, que habia veinte años que desde la media noche estaba seis horas en éxtasis, y traia de aquella edad un asperísimo cilicio; habia hecho muchos milagros y tenido revelacion doce años antes que habia de ver la Compañía en Chile, como la vió. Y de todo esto y de otras muchas cosas suyas muy grandes me dió cuenta esta señora, siendo Superior en el reino de Chile.

»Y despues, la segunda vez que vine á España cuando se trataba de la beatificacion de S. Francisco de Borja, declaró debajo de juramento este caso, que estaba oculto cuatro mil leguas de España.

»Estando el P. Juan Suarez en Sevilla, fué Consultor del Santo Oficio y tan estimado de los inquisidores, que en todo seguian su consejo, porque era prudentísimo varon.

»Quiso antes Constantino ser de la Compañía. Consultólo el P. Suarez con

los inquisidores, cuando no se sabia que fuese hereje y sólo el tribunal con su gran secreto lo entendia; y esta consulta hizo el P. Juan Suarez más por cumplir con los demás Padres de la Compañía (á quien habia hablado sobre ello el mismo Constantino) que no porque él tuviese inclinacion á ello; que ya tenia sospechas por los avisos que él dió al tribunal; pero hizo esto por no desacreditarle más con los de casa, á los cuales dijo que aquellos señores, como tan Padres de la Compañía, le habian dicho que no era cordura recibir un hombre mayor que habia de ser carga más que alivio para la Religion; con lo cual con gran prudencia deshizo el negocio el P. Juan Suarez, y á Constantino le dijo que pensaria que acá le habian de ocupar en púlpito ó confesonario, y no habia de ser así, sino en la cocina y huerta, y que para esto no tenia salud.

»Despues, cuando le habian de sacar á ajusticiar públicamente á Constantino, fué llamado el P. Juan Suarez para que le disuadiese de sus errores, que estaba pertinaz; y para esto se encomendó á nuestro Señor, y rezando aquel dia las horas canónicas, tuvo un sentimiento particular de aquel verso del Salmo CXVIII. *Lex Domini immaculata convertens animas*, etc.

»Pareciéndole que un hombre que fué católico primero y docto echaria de ver que no era camino verdadero el que llevaba, siendo doctrina acompañada de tantos pecados; cuando entró á hablarle en las cárceles, le dijo sólamente este verso: *Lex Domini immaculata,* con el sentimiento que en él tuvo, sin manifestárselo á él.

»Entónces le tocó Dios á Constantino, y dijo: «Tiene V. P. razon, que ley tan llena de manchas como la que yo abracé no puede ser del Señor,» y con esto se redujo á nuestra santa fe católica, y murió bien.

»El otro canónigo ya habia muerto en las cárceles secretas.

»Volvió el P. Juan Suarez á la provincia de Castilla, y fué el primero Provincial, despues que se dividió, y visitó á pié toda la provincia todo el tiempo de su provincialato, y lo mismo la segunda vez que tornó á ser Provincial.

»Gobernóla siempre con extraordinario consuelo de todos, y fué oráculo de esta provincia, porque su consejo y prudencia fué rara; y así, siempre los Provinciales que le sucedieron consultaban con él todas las cosas, no sólo siendo Prepósito de la Casa Profesa y Consultor de provincia, sino siendo súbdito.

»Era el consuelo de todos los desconsolados; acudian á él en todas sus aflicciones y desconsuelos y en sus necesidades espirituales y corporales, y los procuraba con efecto remediar, y salian de él consolados, porque era grande su piedad y el amor que, como Padre de la provincia tenia á todos.

»Lo mucho que padeció cuando en compañía del P. Gil Gonzalez y del

P. Martin Gutierrez fueron presos de los herejes cuando iban á Roma á la la eleccion de General, ya se ha referido en otra parte.

»Hallóse presente cuando murió enla prision el santo P. Martin Gutierrez, y vió entrar una señora muy grave y honesta á las ocho de la mañana del dia siguiente que murió, y dijo al Padre: «¿Teneis aquí un cuerpo difunto?» respondió el P. Suarez que sí; dijo ella: «¿Teneisle amortajado?» respondió que no; dijo la señora: «¿Quereis que le amortaje yo?» él respondió que les haria gran merced y caridad; traia una sábana limpia, y pusieron el cuerpo sobre la sábana, y amortajóle limpia y aseadamente, y luego le echó su bendicion, y ofreciéndole los Padres dineros por lo que habia hecho, dijo ella que no habia venido por eso, y se salió.

»Preguntaron los Padres á los herejes quién habia sido aquella Señora, y de ninguna manera se pudo saber, ni los herejes creian que mujer alguna hubiese allí que tal hubiese hecho.

»Esto escribió entónces en una carta el P. Juan Suarez, y un año despues un fraile de S. Francisco, confesor de una monja de Sta. Clara de Vitoria, dijo al P. Juan Suarez que esta monja le dijo á él: «¿Acordaisos de unos Padres de la Compañía que pasaron por aquí á Roma? pues á uno de ellos, que era muy devoto de nuestra Señora, le ha dado premio de su devocion,» y por las señas y circunstancias que entónces hubo, cuando esta Señora entró á amortajarle, que habló en lengua que entendia el Padre, y ella entendió el español, y estar ante las puertas de la cárcel muchos herejes hugonotes, se asentó en el ánimo de todos haber sido nuestra Señora.» Estas son palabras del mismo P. Juan Suarez, que escribió al P. Francisco de Salcedo.

»Visitando la provincia, llegó á una iglesia de la ciudad de Leon, donde estaban exorcizando un endemoniado, y dijo el demonio al P. Juan Suarez: «A tu casa fuí, poco gané anoche y presto lo perdí;» y volviendo al colegio, averiguó el P. Juan Suarez que dos de casa la noche antes tuvieron un encuentro, y despues de hecho el exámen se habian ambos reconciliado con mucha humildad.

»Siendo Prepósito de la Casa Profesa, y estando un novicio con un grande dolor de estómago dos dias habia, llamó al P. Juan Suarez á quien el novicio servia, y díjole que le pusiese las manos en el estómago; díjole el siervo de Dios: «¿Teneis fe que sanaréis? respondió el novicio: «Sí, Padre.» «Pues tomad las manos, dijo el Padre, y ponedlas vos mismo con vuestra fe;» hízolo así, y luego se le quitó el dolor.

»Otra vez estuvo este novicio escribiendo desde salir de quiete hasta las cuatro de la tarde, y estaba el novicio muy fatigado de la cabeza y no osaba decir nada, sólo en su corazon dijo: «¿Es posible que este santo viejo no echa

de ver que no soy de hierro?» A este pensamiento de su corazon respondió el P. Juan Suarez: «Teneis mucha razon, andad y descansad, y decid que os den de merendar.» Quedó el novicio admirado de que le conociese el corazon.

»Cuando cayó una vez enfermo, no de la enfermedad de que murió, le exhortó el P. Luis de la Puente que se aparejase para bien morir, respondió: «Muy necio hubiera sido yo si hubiera aguardado para este tiempo el aparejarme,» porque cada dia se aparejaba estando bueno. Libróse de esta enfermedad, y despues de ella volvió á trabajar en servicio de su Religion.

»Es mucho lo que la provincia de Castilla le debe, porque de haber visitado á pié la provincia le quedaron tantos achaques como tuvo en la vejez.

»Tercera vez fué á Roma á negocios gravísimos de ella y de toda la Compañía, y estando despues jubilado de cuidados en el colegio de San Ambrosio, dijo á su compañero: «Yo he servido cuanto he podido á mi Religion, y cuando ya no puedo por mis enfermedades, lo suplo con oraciones; y decia que entónces estaba pagando sus deudas, porque habia quitado á su alma muchas horas de oracion cuando gobernaba, y entónces se las restituia.

»Murió santamente en aquel colegio, habiendo vivido en la Compañía cincuenta y dos años; tenia sesenta de edad.» Todo esto es del autor referido al principio de esta vida.

P. NIEREMBERG.

## P. ANTONIO DE TORRES

FUÉ el P. Antonio de Torres profeso antiguo de nuestra Compañía, varon apostólico de gran fervor y celo de almas, en las cuales trabajó mucho y con notable provecho, primero en España y luego en las Indias, y últimamente, de vuelta de ellas, en España en la ciudad de Palencia, donde residió muchos años, el resto de su vida, dándole Dios en premio de su gran celo muchas almas que convirtió y perfeccionó, porque en cuantos confesaba dejaba asentada la virtud y temor de Dios, y en particular en las misiones en que anduvo ocupado santamente mucho tiempo, á donde verdaderamente pegaba fuego, moviendo á penitencia y á la confesion, y hacia muchas confesiones generales de mucho provecho.

Fuera de esto, en los lugares dejaba asentado que todo el año se contase

un ejemplo el viérnes y tomasen disciplina, lo cual se continuó en la ciudad de Toro y otras muchas partes.

Tenian mucha eficacia sus palabras; era rígido consigo; tomaba cada dia tres crueles disciplinas y traia penosísimos cilicios; su cama era un escaño.

Viniendo de predicar sudado, se quitaba una camisilla de áspero cilicio y se vestia otra enjuta de lo mismo; y aunque venia á las doce á la posada despues de predicar, se ponia de rodillas á hacer exámen por espacio de un largo cuarto de hora, y no queria recibir regalo ni presente alguno; y si importunado recibia algo, lo enviaba á los pobres.

No solia dormir en cama ni desnudarse. Tenia cuatro horas de oracion cada dia; y predicando del infierno una vez en la plaza le vieron muchos del auditorio mudado sobrenaturalmente el rostro en ángel de luz con gran resplandor.

Siendo Rector, topó en un camino un pobre enfermo que no podia por su flaqueza llegar á la ciudad, y le puso sobre sus hombros y atravesó con él por medio de Palencia hasta el hospital, con gran edificacion de los que lo vieron.

Introdujo allí la cofradía de la Caridad para curar vergonzantes, é hizo que entrase en ella la gente más principal, y á veces han pasado los enfermos de ciento y sesenta.

Murió este varon apostólico en Palencia, con gran opinion de santo, el año de 1596.

P. NIEREMBERG.

## P. JUAN DEL CASTILLO

SUELEN los prudentes médicos hacer particular memoria en sus escritos de los sucesos prodigiosos que en dolencias extravagantes acontecen, juzgando que puede ayudar su noticia á su arte de medicina.

Ni tampoco dejará de servir el *Arte de artes*, como habla S. Gregorio, de guiar almas y gobernar espíritus, tener noticia de los extraordinarios que por caminos desusados y con tentaciones extravagantes suele labrar nuestro Señor, que es admirable en sus santos. Y porque puede servir á esto el modo con que ejercitó al P. Juan del Castillo, me ha parecido no callarlo.

Las cosas admirables de este ilustre varon recogió el gran siervo de Dios P. Sebastian de Sarmiento, que por ser su testimiento de tanta autoridad como su santa vida, le pondré aquí, y es el siguiente. Hablando del P. Juan del Castillo, dice así:

«El parentesco que con su padre yo tenia dentro del tercero grado, y la amistad que tuvimos, estudiando en Leon, por espacio de seis años, antes de entrar en la Compañía, y la que despues de nuevo trabamos en Vellimar por espacio de casi tres años, y el mucho consuelo y bien que de esta amistad recibió mi alma, me obligan á hacer memoria de este gran varon, para honra y gloria de Dios nuestro Señor y de su Santísima Madre, cuya devocion singular, que siempre la tuvo, fué el medio por donde Dios le hizo singulares mercedes; porque le llevó nuestro Señor por un camino volando al término de la perfecta caridad y de la gloria que goza.

»Todo lo que dijere, lo supe de su boca, diciéndomelo á mí con ocasion de algunas necesidades espirituales que yo tenia y comunicaba con él; y antes de comunicarle yo esta gran necesidad de mi alma, con haber estado juntos en mision muchos dias, nunca me descubrió cosa suya, y de allí adelante continuó el darme cuenta de lo que le sucedia; y preguntándole yo por qué no se me habia descubierto antes en la mision, me respondió que lo habia querido hacer, y sintió impulso interior que no lo hiciese por entónces, y cuando se comenzó á descubrir, tuvo tambien impulso de Dios y de su Santísima Madre, que entónces era tiempo de descubrírseme.

»Fué el P. Juan del Castillo hijo de un caballero de Búrgos, llamado D. Diego del Castillo, y de una señora devotísima de la Madre de Dios, la cual pidió á la Santísima Vírgen le diese un hijo y prometió de ofrecérsele todo á su servicio; y dióle al P. Juan del Castillo, á quien desde muy chicuelo enseñó á ser devoto de nuestra Señora, diciéndole, cuando tenia cuatro años, que le habia ofrecido todo al servicio de la Vírgen y que así lo hiciese para cumplir su promesa.

»Y con esto el niño con singular regalo y gusto y con especial providencia del cielo comenzó á gustar de la devocion de nuestra Señora, rezándola el Rosario cada dia y creciendo en el amor de esta Señora, y acudiendo á ella con confianza como hijo á madre.

»Ya grandecico, fué llevado á casa de D. Francisco de Sarmiento, cuando visitaba la chancillería de Valladolid, en cuya casa aprendió latin y virtud.

»Despues, siendo el Sr. D. Francisco Obispo de Astorga, fuimos los dos juntos á estudiar latin á Leon, á donde con el trato de los de la Compañía se aficionó más á los ejercicios de virtud, comulgando á menudo.

»Poco despues de dos años, le metió nuestro Señor en el camino de la ora-

cion y meditacion de la vida y muerte de Cristo, y sin tener otra guía, con el soplo del espíritu navegó tanto, que tenia más de cuatro horas de oracion cada dia, con tantas lágrimas y consuelo que, si no fuera por el estudio, todos los ratos empleara en esta divina sabiduría y luz más excelente que la de las ciencias humanas.

»Y para más disimulacion se subia á una torre alta con el cartapacio en las manos para que pensasen que estudiaba, y así lo pensé yo cuando le buscaba. Y este ejercicio de oracion continuó todo el tiempo que estuvo en Leon y el que estudió teología en Baeza, obispado de Jaen, á donde fué por Obispo el Sr. D. Francisco Sarmiento.

»Acabó sus estudios con gran satisfaccion de sus letras y virtud, y en ordenándose de Misa, le tomó por su confesor el señor Obispo, y con él comunicaba los negocios por el caudal de letras y espíritu que tenia.

»Allí leyó un curso de artes. Era persona de grande ánimo en cosas dificultosas y árduas.

»Pero sintió que Dios le llamaba á mayor perfeccion, que al fin era casa de palacio aquella, aunque muy concertada, y despidiéndose del señor Obispo, se fue á Búrgos, dejando las esperanzas ciertas de que el Obispo le diera alguna canongía.

»Vacó en este tiempo el beneficio de Gumiel de Izan, que vale más de quinientos ducados, en el obispado de Osma. Opúsose á él y llevólo: hizo oficio de cura con gran satisfaccion, y sintióse llamado para la Compañía de Jesus con grandes impulsos; por otra parte le parecia cosa imposible á sus fuerzas y á su condicion.

»Al fin, se venció y fué á Vellimar, y viendo la quietud de aquel puesto del cual salen á correrías de mucho servicio de nuestro Señor, se aficionó más á entrar allí, dando lo que pudo á aquel colegio de ochocientos ducados que tenia de renta.

»De allí fué enviado á Villagarcía al noviciado. En este tiempo andaba con gran deseo de hacer total entrega de su voluntad al Señor por medio de su Santísima Madre, pareciéndole que mientras la voluntad no estuviese entregada del todo, no saldria con lo que deseaba alcanzar.

»Para esto tomó por medianera á la Santísima Vírgen María y á Sta. Inés, por inspiracion particular que para esto tuvo. No habia medio año que allí estaba, cuando le dió el Señor una oracion levantada con abstraccion de sentidos y gran consolacion.

»Comunicábalo con el Maestro de novicios, el cual sospechaba no fuese alguna ilusion por ser tan á los principios; pero, considerándolo bien, conoció ser cosa de Dios. Anduvo algunos dias alentado con este favor de oracion,

en la cual se sentia grandemente regalado de nuestra Señora, y se sentia tan abrasado en su amor, que deseaba ocasiones de padecer por ella grandes cosas, y con este deseo se iba disponiendo para otras mercedes.

»Comenzaron luego á dar aldabadas á las puertas de su corazon unos pensamientos con impulsos eficaces que de tal manera se ofreciese al servicio de Cristo y de su Madre que, si fuese menester, se pusiese en manos de los demonios, para ser de ellos maltratado por amor de Cristo y de su Madre Santísima.

»Dábanle molestia y cuidado estos pensamientos, así por la eficacia y fuerza con que venian, como por lo que representaban y pedian, que era ponerse en manos de infernales espíritus; y no se atrevia á decir que sí en su corazon.

»Mas, comunicando esto con nuestro Señor y con su Madre, un dia diciendo Misa con el Santísimo Sacramento en las manos, sintió una habla interior de Cristo nuestro Señor, que le facilitaba lo que él tanto temia; ¿y qué mucho era que estando debajo de su amparo se pusiese por amor suyo y de su Madre en manos de demonios? Con lo cual se resignó en las manos de Dios y de la Vírgen, para que en él se hiciese su voluntad, aunque fuese ponerle en manos del infierno.

»Con esto quedó consolado y quieto su espíritu, y dentro de pocos dias, en oracion vió á la vírgen Sta. Inés con excesivo resplandor y hermosura, que le animó de parte de Cristo y de su Madre á padecer mucho, y le alabó su resignacion, y que convenia fuese entregado á los espíritus infernales para que le atormentasen, que siempre tendria cierto el favor de Cristo y de su Madre y suyo, que todo seria para mayor gloria de Cristo y su Madre y bien propio.

»Quedó grandemente animado y consolado con esta vision, y animado á padecer cualesquier tormentos de demonios; y en desapareciendo la vírgen, al punto sintió entrar un tropel y legion de demonios, que con algazara y alborozo hacian gran ruido y alboroto, atormentándole los oidos con mil blasfemias que le hacian decir á su pesar contra Cristo y su Madre, y decian todos: «Ya eres nuestro, no hay que tratar de otra cosa.»

»Fué grande el poder que permitió nuestro Señor á los malignos espíritus, que llegaron á tomar por instrumento la boca de este siervo de Dios, para blasfemar de Su Divina Majestad contra toda la voluntad del Padre.

»Mas fué cosa maravillosa que todos estas blasfemias, aunque se decian muy recio, no las oia ni pudo oir persona alguna sino el mismo Padre, porque los demonios no tenian licencia sino de atormentarle á él; y este fué el mayor tormento que le pudieron dar, el cual se sintió extrañamente nuevo en este combate por ser cosa para él no vista, ni oida, ni leida; y lo que más

le atormentaba, eran las blasfemias que contra la Vírgen le hacian decir á su pesar.»

»Todo esto comunicó al P. Maestro de novicios, á quien tambien se le hacia muy nuevo este camino, y le dijo que comunicase todo lo que le pasase, que Dios descubriria su intento. Cada dia crecian estos combates á la manera que crecian las mercedes que de Dios y de su Madre recibia.

»Hablábanle los demonios al oido sin tomar figura corpórea; inducíanle á que se saliese de la Compañía ya con halagos, ya con amenazas y espanto: «Salte, decian, que yo te haré el hombre más señalado del mundo, y te daré el conocimiento de cuanto está escrito sobre la sagrada Escritura, y te pondré en la dignidad que quisieres, y si esto no quieres, á lo ménos éntrate en otra Religion, la que quisieres, y no estés con esta gente que es la más mala del mundo; ¿quien te mete con estos, pudiendo vivir en una vida regalada?»

»Y como nada de esto aprovechaba, volvian la hoja, y decian que juraban y votaban por Dios y por su cielo que no habian de parar hasta hacerle salir y revolver las cosas de modo que los mismos Padres le echasen; y habian de hacer que todo el mundo creyese de él que era discípulo del anticristo; pero dábasele poco de esto, como estaba prevenido en las promesas divinas.

»Otras veces, estando en oracion, le daban los demonios una música de instrumentos para divertirle, y hacia harto en poder divertir de ella el oido y considerar en Dios; y cuando más no podia, aprovechábase de la música, rastreando por ella la del cielo.

»Otras veces, al tiempo de levantarse, se apoderaban de sus piés y manos que no le dejaban levantar ni ir á las pláticas de los novicios hasta que su Maestro venia al aposento, y le contaba lo que pasaba.

»Vez hubo que saliéndose al campo los dos camino del monte, el P. Maestro de novicios se sintió á deshora trabado su cuerpo, que no podia ir atrás ni adelante, y el novicio le dijo que él tambien estaba de la misma manera, y despues de un buen rato el mal espíritu los dejó y soltó, quedando el Maestro admirado, y por otra parte muerto de risa.

»Cuando estaba solo en un aposento, le daban grita los demonios con tan grandes voces que le aturdian y quebraban la cabeza blasfemando; mas ninguno oyó jamás nada, que así lo queria nuestro Señor.

»En fin, tales fueron los embustes del demonio con él, que su Maestro se persuadió que estaba espiritado y endemoniado, y enviaron de secreto por el P. Diego García, que estaba en Salamanca, para que le conjurase y sacase los espíritus.

»Vino, y sólos en la capilla, ante el Maestro de novicios le conjuró, y para mayor tormento y prueba del Padre respondia el demonio tomándole la len-

gua para responder, haciendo creer á los Padres que estaba endemoniado, y al cabo de pocos conjuros, fingia que salia, dando la señal que le pidieron, que fué apagando la lámpara.

»Grande era el sentimiento del Padre, porque no se atrevia á decir nada, viendo las muestras que el demonio habia dado contra su voluntad en señal que estaba espiritado; mas la confianza que tenia en la Vírgen le consolaba.

»Vuelto á Salamanca el P. Diego García, tuvieron los demonios gran chacota de haberle infamado á él y engañado á su Maestro de novicios que pensó que estaba ya todo acabado con aquel medio. Mas despues se desengañó y conoció ser aquella guerra permitida del Señor, que decia S. Pablo: *Datus est mihi stimulus carnis meae Angelus Sathanae, qui me colaphizet.*

»Y primero que llegase á conocer esto, se persuadió que este Padre no convenia para la Compañía, y faltó muy poco para despedirle, si el Señor no le hubiera escogido para servirse de él.

»En este tiempo solia sentir grandes sequedades y desamparos, y tambien despues de ellos grandes consuelos y regalos del Señor, por los cuales daba por bien pasado lo pasado.

»Aprovechábase de la imágen de nuestra Señora y de su Hijo, y besábala muchas veces; y una le acaeció parecerle que le habia dado la imágen un ósculo con labios de carne; dió cuenta de ello á su Maestro, y díjole que cuando otra vez lo sintiese, apartase de sí la imágen, soltándola de las manos; hízolo así, pero cuando la soltó, sintió un tan gran temblor del alma y cuerpo, que le dejó no ménos maravillado, y comunicándolo á su Maestro, le dijo que no lo hiciese más, que si nuestra Señora queria hacerle ese favor, porque reverenciaba su imágen, era bien admitirlo como de su mano.

»Otra vez sintió lo mismo comulgando, con gran regalo de su alma, y despues el demonio le daba grita: «Yo era el que te di el beso, y no Cristo;» y hacia de esto mucha chacota; y preguntándole qué sentia él de ello, dijo que no se sabia determinar, y así, no hacia caso sino de lo principal. Así pasó algunos meses con esta diferencia de embustes; y viendo su Maestro su gran ánimo y que Dios le animaba, y reconociendo en él la singular devocion y confianza que en nuestra Señora tenia, se aseguraba de todo.

»Al fin le enviaron á Medina del Campo, adonde estuvo algun tiempo muy malo del tratamiento que le habian hecho los demonios; mas el Señor le dió salud, y ejercitóse en confesar, con edificacion grande de los de casa.

»Lo cual fué causa que le enviasen al colegio de Vellimar, para que allí acabase de descubrirse su espíritu, porque los Superiores aun no acababan de enterarse de él, como me lo dijo á mí el P. Cristóbal de Ribera, Viceprovincial; y de allí algun tiempo no acababa de decir bien de él, y entre otras

cosas, le oí decir que tenia gran don de tratar almas y conocer espíritus; y echábase de ver en el teson que siempre tuvo en reducirlas á Dios, aunque fuese con gran trabajo suyo.

»Estando en Vellimar, fué ejercitado de los demonios en la oracion, que teniendo muchas horas con gran sequedad no sólo de la voluntad, sino del entendimiento que le sentia como atado para no poder discurrir; mofaban de él los demonios, diciendo: «¡Oh qué linda oracion que tiene el señor, qué discursos, qué sentimientos! ¿qué haces ahí hecho un poste?» Porque el Padre, cuando más no podia, lo que sacaba era que de sí no era más que una piedra insensible delante de Dios; otras veces se consideraba vuelto en su nada, y con esto pasaba con paciencia estos ratos de tormento.

»Otra vez le decia el demonio: «Bien quisiera el señor ahora tener oracion, escuche, que yo le he de enseñar cómo la ha de tener;» y comenzaba á enhilar unos discursos admirables, mas el Padre hacia poco caso de ellos y del que los hacia, y con esto le dejaba.

»Otras veces, yendo á visitar á nuestra Señora de Gamonal, que es una devotísima imágen que está cerca de Vellimar, le daba una reprension, cómo tenia atrevimiento de estar delante de tan gran Señora ni alzar los ojos á ella, siendo tan vil y ella tan alta; que se fuese de allí. El Padre sacaba gran bien para sí, y por otra parte le despreciaba como á inmundo espíritu.

»Otras veces ponian en él las manos, atormentando su cuerpo con excesivos dolores, y su alma con inauditas blasfemias, llamándose unos demonios á otros. Lo que sentia más era el desamparo que sentia de la Vírgen y de su Hijo, y le era á par de infierno.

»Una vez, yendo yo á su aposento una tarde, le hallé echado sobre una arca muy afligido y desfallecido, que á puros tormentos le habian hecho lanzar la comida toda, y entónces me dijo que no sentia nada de lo que sus enemigos le hacian, en comparacion de lo que sentia el dicho desamparo.

»Otras veces le atormentaban con decir mil blasfemias contra la Vírgen y contra Dios; á vuelta de ellas decian cosas con gran despecho y regaño, que no dejaban de serle ocasion para mucho consuelo, porque decian que Dios habia perdido el juicio, y que así, el mundo estaba perdido, despues que se dejó gobernar por una mujer; que no podian llevar á paciencia que la diese Dios tanta mano, y que por no sufrir esto, quisieran perder el ser; que les hacia Dios mil agravios, que en cayendo una alma en las manos de esa Señora (que así la llamaban por desprecio) aunque la tuviesen á la puerta del infierno, se la sacaba de las garras, y que todo el infierno no se podia valer con ella; y dando á entender este despecho con regaño, blasfemaban de Dios y de su Madre Santísima, le decian que no le querian mal por otra

cosa, sino porque la queria y amaba, y que votaban le habian de llevar al infierno para vengarse de él.

»El les respondia que le llevasen, que con sólo invocar el nombre de su Señora les pensaba hacer guerra; y ellos con furia decian que, por no oirle nombrar tal nombre, no le dejarian entrar allá; mas despues de haber blasfemado gran rato de la Vírgen, volvia el principal y decia: «Mira, sábete que estoy como borracho con la rabia infernal que tengo, y por eso digo tantas cosas contra tu Señora, sin haberme hecho por qué: jamás me dió un papirote, aunque más la persiguiese, y pudiendo fácilmente acrecentarme los tormentos, nunca lo hizo, mereciéndolo yo, porque es tan buena como esto, sino que yo desatino con mi pena.»

»Otras veces, tomando disciplina, se la tomaban y le daban cuatro ó cinco azotes crueles, echándosela donde no la hallaba hasta la mañana.

»Todos estos trabajos le pagaban el Señor y la Vírgen con darle otros ratos de una oracion sosegadísima, en que se habia más *passive* que *active:* con un simple entender ó concebir, ó por una especie le daba Dios conocimiento de muchas cosas, como del misterio de la Santísima Trinidad, de la Vírgen y de Sta. Inés, á las cuales traia presentes siempre como si las viera, aunque no las veia, y recibia grandes favores y regalos.

»Tal fué el que diré, que algunas veces, durmiendo, pasaba toda la noche en esta presencia y oracion, echando él de ver que todos sus sentidos y la armonía de ellos reposaban, mirándolos como si su alma estuviera fuera del cuerpo, siendo su alma en extremo regalada y consolada así de Sta. Inés como de la Vírgen, que le animaba á padecer cada dia más; y así, siempre andaba su alma llena de gozo, sin que cosa ninguna bastase á impedírselo, ni las ocupaciones exteriores.

»Y así, cuando salimos al campo los que allí estábamos, él nos regocijaba y era el primero que se entretenia con tanta alegría que á todos nos la ponia; yo le miraba que volvia el rostro á otras partes por disimular la risa y alegría que de esta presencia brotaba en su alma.

»Cuando decia Misa y tenia en las manos el Santísimo, solia el demonio decir mil blasfemias contra Cristo, llamándole Jesusito, y que él le habia puesto como merecia, y que otro tanto habia de hacer con él. Atábale las manos y plegábale la boca de manera que por gran rato no le dejaba comulgar, de sintiéndose afligido por la nota que podia dar á los pocos que asistian.

»Otras veces se reia mucho de él, que adoraba un poco de pan; que allí no estaba Cristo, que era todo burla; mas al siervo de Dios se le daba poco todo, y con esto regañaba el demonio por el poco caso que de él hacia.

»Solia algunas veces al dia ir á visitar el Santísimo Sacramento, y el de-

monio le decia: «¿A dónde va el caballero? pues vuélvase por donde vino,» y de tal manera le ataba los piés, que le era forzoso volverse al aposento, juzgándose por indigno de tal visita.

»Viendo yo la gran devocion que tenia á la Santísima Vírgen, reparé en que no tenia imágen ninguna suya; dile yo una, y de allí á pocos dias le pregunté por ella, que no la veia; díjome que, estando una noche encomendándose á ella y teniéndola en las manos hincado de rodillas junto á la cama donde tenia la luz, llegó el demonio con infernal coraje, y tomándole la mano se la llegó á la llama y quemó la imágen, diciendo que tambien quisiera quemar la mano si pudiera.

»Dile otra, y esta le duró muchos dias. Acaeció que hubo de ir á mision en la cuaresma con el P. Gaspar Suarez á Castro de Urdiales, y, despues de venido, le pregunté por la imágen, y contóme que el sábado de la Dominica *in Passione*, en la noche habia venido de la iglesia de confesar, cerca de las diez, y despues de colacion y rezar, queriéndose encomendar á nuestra Señora y estudiar el sermon de otro dia, cerca de las doce oyó lo mismo que arriba, se la quemó y apagó la luz, diciendo: «Estudie ahora á oscuras,» y encomendándose á Dios y á su Madre, se acostó, y á la mañana confesó como solia, y predicó el mejor sermon que jamás habia predicado; y preguntándolo yo al compañero dijo lo mismo. Mas ¿qué mucho, si suplió el Señor lo que el Padre habia de estudiar?

»No fué ménos admirable lo que acaeció con una imágen de nuestra Señora, de papel, que yo hoy dia tengo con gran consuelo mio. Envióme el Superior fuera á un lugar á donde habia de estar ocho dias: en el ínterin el P. Juan del Castillo llevó esta imágen mia á su aposento porque él no tenia ninguna, y estando el dia sereno, en entrando en su aposento el Padre con la imágen, se indignaron de modo los demonios que se levantó un nublado sobre nuestra casa y huerto, y comenzó á apedrear tirando piedras como avellanas gruesas y como si las dispararan con escopetas, echando gran cantidad de piedras en sola nuestra huerta, jurándole que, si la imágen no fuera ajena, la hicieran quinientos pedazos.

»Vine yo despues, hallé la imágen en su aposento y contóme el caso; yo pregunté lo de la piedra á los Padres, y dijeron que, sin pensar, vino una nube que casi los quiso anegar, y descargó gran cantidad de piedra en la huerta.

»Comunicándole yo cierta tentacion, me dijo que pocas noches antes le habia sucedido lo que diré. Habia de ir á predicar á un lugar, y despues que se acostó, le representó el demonio una mujer desnuda, de increible hermosura, que con palabras, gestos y movimientos le solicitaba á torpes pensamientos y mociones, soplando el demonio el fuego con gran furia, y de esta manera

le tuvo toda la noche sin dormir, con gran tormento de alma y cuerpo, y tenia la cabeza como un pandero.

»A la mañana se volvió á nuestro Señor y á su Madre, y les dijo que hasta cuándo habia de durar aquel tormento. Con esto desapareció la mujer y las tentaciones: levantóse fatigado á decir Misa, y en comenzando, le restituyó el Señor las fuerzas del cuerpo y cabeza con gran gozo de su alma, dando por bien pasada la noche de atrás.

»Otra vez iba á pié muy de mañana á predicar y habia de pasar por un camino donde habia una barranca honda y larga; en entrando, encontró una mujer de buen parecer y traje, y se estaba componiendo los cabellos y toca. Espantóse el Padre de ver á tal hora y en tal puesto tal mujer; ella se levantó y fué á él con palabras halagüeñas, mas el Padre, desviándose de ella, dejó su camino y tomó una senda que va á una ermita, y así se escabulló de ella dudoso de si era el demonio en hábito de mujer.

»Decíale el demonio que tenia tan gran odio á nuestra Señora, que cualquier cosa que le perteneciese la aborrecia por eso mismo.

»Ofreciósele ir á caballo á un lugar cercano, llamado Santa María, y con un muchacho que sabia el camino muy bien: íbale el demonio diciendo que aquel lugar aborrecia más que todos, y allí tenia más canallas de demonios que en otros para destruirle y llevar de allí más almas al infierno, por tener el nombre que tenia, y que no fuese allá porque se lo pagaria; y sin sentir los llevó el demonio por un camino que se hallaron en unos grandes hoyos y barrancos, legua y media del lugar, sin poder atinar al camino ni al lugar; mas al fin, atinaron con el favor de nuestra Señora, aunque llegaron tarde y le recibieron los clérigos con gran ceño, diciendo que no era ya tiempo de sermon ni confesiones; él predicó otro dia, y se movió mucho la gente á confesar.

»Entre otros, uno dijo que queria confesarse generalmente, que tenia la conciencia estragada; instruyóle el Padre y remitióle para otro dia de mañana. El demonio le disuadia que no lo hiciese, y como no pudo, venida la mañana, le hizo creer que el Padre se habia ido: creyólo entónces y no vino á la iglesia hasta muy tarde, pensando que era ido. Hallóle confesando y contóle lo que pasó y confesóse bien.

»Aquí tambien en la posada comenzó el demonio á tentarle por medio de una mujer que se le apegaba con muchas palabras blandas y cariñosas, y oyéndole predicar, se la trajo Dios á confesar y quedó muy trocada.

»A la vuelta salió muy de mañana á pié y en ayunas, y como hacia gran calor, se fatigó mucho; dijo Misa á las dos leguas, y prosiguió su camino con fatiga, que era flaco de complexion. Ibanle dando grita los demonios, que por qué no pedia á la Señora, que tanto le queria, le enviase algun alivio;

mas él lo pasaba con gran contento por amor de su Señora y de su Hijo, y no dejaron de consolarle al entrar en una iglesia muy caluroso.

»Al salir, le llamó una mujer principal, sin conocerle, y doliéndose de él, le pidió fuese á su casa, donde le regaló y dió de almorzar, y prosiguió su camino.

»Yendo por obediencia á Búrgos á pié, siempre visitaba á nuestra Señora, que estaba en el camino; á la vuelta comenzó á llover al salir de la ciudad con gran furia, y el demonio se iba riendo de él, y decia que para él guardó aquel nublado; que gustaba mucho de verle tan mojado por la Señora; y llegaba hecho una sopa de agua lleno de alegría.

Otras veces, viniendo de predicar, pasando por junto á nuestra Señora, se apoderaba el demonio de su voz y lengua, y le hacia decir á voces blasfemias contra nuestra Señora, y su pena era no le oyese alguno, lo que nunca Dios permitia, que era gran maravilla.

Cuando encomendaba á Dios alguna alma necesitada, le decian los demonios que quién le metia en esto, que cuidase de sí y dejase á los demás, y por esto le atormentaban. Mas, rogando á Dios por una persona, supo de Dios que tenia propósito de salirse de la Compañía, y habló le disimuladamente de modo que el otro mudó su intento.

Ninguno sabia en casa nada, porque lo tenia secreto, y aquella persona dijo despues: «Mucho sabe este Padre, nunca tal pensara.» Despues porfió en su salida, y entendió que de allí á tres dias habia de peligrar, y fuese al confesor suyo, y dijo le avisase á aquella persona, que un Padre de casa dice que mire por sí, que de aquí á tres dias se ha de ver en peligro de muerte; y al tercero dia le dió un parasismo, que quedó como muerto; volvió en sí con gran dificultad, y el médico dijo que de aquel accidente raros escapan.

Aunque siempre tuvo gran concepto de la Compañía, mucho más despues que entró en ella, y desde la guerra de los demonios para que saliese de ella, y decia que este instituto era eficacísimo en sus medios para hacer hombres santos en breve tiempo, si se guardaba con cuidado.

Decíale el demonio á menudo que no habia gente que más aborreciese en el mundo que á los de la Compañía, y que así, les hacia continua guerra más que á nadie, y que tras de uno de otras Religiones andaba un demonio, y tras cada uno de la Compañía iban diez demonios, á la cual procuraba destruir y acabar en todas partes; y que habia de echar muchos fuera de los mejores sujetos de la provincia; y esto fué poco antes que saliesen algunos muy aventajados que despues salieron, lo cual le aumentaba á él la opinion de la Compañía.

Las mercedes que nuestro Señor le hacia, sentia que eran en órden al bien de las almas, ofreciendo por ellas cualquier pesadumbre ó trabajo.

Cuando confesaba á alguno, antes de absolverle, le encomendaba á algun santo ó santa del cielo que cuidase del bien de aquel alma, y con esto decia que sentia gran provecho. Tratábalos con tanto amor, que á todos los dejaba consolados y edificados, y decian de él que era un santo, y este nombre tenia en la comarca de Búrgos, el *Santo*.

Todas las batallas de los demonios maltratándole, eran con mayor rabia de los infernales espíritus, porque reducia las almas á su Criador. Llevábalo con paciencia, y con recurrir á Dios y á nuestra Señora como á Madre. Mas el demonio le decia que tenia mejor madre que él, que era la esencia divina.

»Por esta causa era ordinario no dejarle dormir casi noche ninguna, atormentándole gran tropel de demonios; y á la mañana, cuando era menester acudir á las almas, se sentia de nuevo reparado con el favor de Cristo y su Madre Santísima, como si hubiera tenido muy buena noche, y muy pocas habia sin tormentos.

»Habia de ir á predicar un dia de la Magdalena, y aquella noche y mañana le atormentaron tan mal, que despues del sermon le dió una recia calentura, y en el camino le trató mal el demonio, y veníale haciendo mil amenazas. Llegó tan malo que se juzgó ser cosa de cuidado, y ser necesario llevarle á Búrgos, y yo quise ir allá con él á ser su enfermero; pasó adelante la enfermedad, y el médico, que era el doctor Oliva, andaba con cuidado por ser la enfermedad aguda.

»Llegó la víspera de Sta. Ana, que por ser madre de nuestra Señora, la amaba mucho. Estuvo aquel dia muy malo, y encomendándose á ella, sintiéndolo el demonio, le decia que aquel dia, por ser su víspera, le habia de hacer muy buena fiesta. Vino la noche, y acostados todos, entró un tropel de demonios.

»Habia luz encendida, y con gran tropel y ruido dijo el uno: «Muy contento estará, señor, con la víspera de Sta. Ana; pues en verdad que ha de tener una muy buena noche.» Mataron la luz, y quitáronle cuanta ropa tenia, y la cama, y echáronla por el aposento; sacáronle los colchones, y los echaron en el suelo, dejándole encima de la estera de la cama, y arrastrándole por encima de ella, y arañándole los piés, y manos, y piernas, como yo despues le vi.

»El Padre se levantó con gran trabajo, y, como á gatas, anduvo buscando la ropa, y la volvió encima de la cama, con estar tan debilitado, porque no se sintiese á la mañana lo que habia pasado; y ya que la hubo vuelto y echádose en ella, volvieron diciendo: «Pensaba el caballero que habia hecho algo,» y volviéndole otra vez á descubrir, le quitaron la ropa, y le estuvieron

maltratando hasta que tañeron á levantar; y entónces porque no se echase de ver, volvió como pudo la ropa.

»A la mañana fuí á verle; halléle muy descaido y mal parado, arañadas las manos y los piés. Contóme todo lo que habia pasado; vino el médico, y viéndole, salió muy descontento de él, diciendo que estaba muy peligroso, y á las once del dia le dió un sudor con que quedó libre de toda calentura.

»A la tarde el médico, que era aventajado en medicina, viendo una tan súbita mudanza en el pulso y accidentes, callando se salió con un Padre, y preguntó: ¿Qué Padre es este? Respondió que era un Padre como los demás; y dijo: «No es posible sino que aquí hay alguna cosa sobrenatural y milagrosa, porque, segun las muestras que dió la enfermedad y reglas de medicina, era imposible semejante mejoria.»

»Visto el mal tratamiento que la noche antes le habian hecho, me pidió me estuviese con él hasta que se hallase con más fuerzas; yo lo hice, y la primera noche fué grande el ruido que sentí dentro del aposento, queriéndome poner miedo para que me fuese.

»Otra noche, estando hablando los dos de nuestra Señora, me dijo: «Escuche lo que están diciendo: «Callad perros, no trateis de eso, que nos atormentais.»

»Estando una vez el Padre, á mi parecer, durmiendo, le pregunté si dormia, y me respondió que no, porque no le dejaban sus enemigos con las varias representaciones de cosas que le traian á la imaginacion. Una de ellas era un ramillete de diferentes plumas y colores de grande hermosura, con que le querian llevar el pensamiento; mas él sacó provecho de él, acordándose de las varias y excelentes perfecciones de nuestra Señora, y con esta memoria se deshizo el ramillete todo, convirtiéndose las plumas en lanzas. Dijeron ellos: «Bastaba haber consagrado el ramillete á la Señora, para que sus plumas se tornasen lanzas contra nosotros.»

Hasta aquí es el testimonio del P. Sarmiento, confesando lo mismo otros muchos que conocieron al P. Castillo y reconocieron y veneraron sus grandes virtudes.

Fué despues enviado el P. Juan del Castillo al colegio de Avila, donde se señaló, como toda su vida religiosa lo hizo, en obediencia, celo de las almas y tan gran humildad, que por no parecer sabia algo, no se queria meter en cosas de letras. Y al paso que él se aventajaba en estas virtudes, fué tambien perseguido de los infernales espíritus.

De allí le envió la obediencia por morador y operario á la Casa Profesa de Valladolid, donde vivió casi tres años. Trabajó mucho en ella; nunca dijo de no á cosa que le ordenasen, ni alegó ocupacion ó cansancio. Todas las

mañanas estaba en el confesonario hasta la segunda mesa, y las más de las tardes, si le mandaban ir á los hospitales ó cárceles, tan léjos estaba de sentir repugnancia, que no habia para él mayor gusto; si á predicar á las aldeas y plazas, al punto iba. Duró la memoria suya en las cárceles de chancillería y ciudad mucho tiempo.

Tenia mucha familiaridad con el Angel de su Guarda. Entre otras maravillosas visiones que tuvo fué una, que estando comulgando nuestros Hermanos una Pascua de Pentecostés, y diciendo la Misa el venerable P. Luis de la Puente, vió que bajó sobre ellos el divino Espíritu.

Su confesor dijo que le habia dicho el P. Castillo que los primeros seis meses de entrado en la Compañía, le hizo nuestra Señora grandes y extraordinarios regalos, disponiéndole para los recios encuentros del enemigo comun, cual, sin ser él señor de sí, le movia las manos para que con ellas se diese recias bofetadas. En la cama le abrumaba y cansaba de manera que no le dejaba levantar; algunos se desedificaban de verle levantar tarde, que no sabian el secreto, y que en las quietes, sin ser señor de sí, le hacia el demonio decir tantas y tan continuas gracias y donaires, aunque ninguno perjudicial ni menos religioso, que hacia perecer de risa á todos, y esto á quien deseaba la perfeccion y la tenia, aunque disimulada, dábale notable pena.

Lo que más le fatigaba era un temeroso pensamiento, de que el demonio que tenia dominio sobre su cuerpo, por permision divina no le hiciese alguna vez en público hacer cosa con que deshonrase á su religion. Este cuidado le enfermó y le mató.

Lo que el demonio pretendia con estas vejaciones, era que dejase la devocion con la Vírgen, porque así se lo decia muchas veces en la enfermedad de que murió. Pocos dias antes de morir, le atormentó grandemente, que fué la postrera que tuvo esta licencia, y luego le dió Dios tal fortaleza y señorío sobre los demonios, que temblaban de él como cachorrillos y le rogaban que no los atormentase en la otra vida.

Despues murió en paz y fué á gozar la corona de estas victorias. Fué su dichosa muerte en la Casa Profesa de Valladolid á 4 de mayo de 1599.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Luis de Valdivia.

P. NIEREMBERG.

# H. JUAN DE LA CARRERA

SIENDO el H. Juan de la Carrera muchacho de catorce años, pretendió ser de la Compañía en Búrgos; mas el P. Francisco de Estrada, por ser tan niño y para probar más sus deseos, le dilataba con disimulacion la entrada. Y como era Dios el que le llamaba, no dejaba de hacer mucha instancia el Hermano al P. Estrada, el cual dijo una vez por vía de entretenimiento y con deseo de que no le importunase tanto: «Yo tengo de predicar mañana en San Gil, si vos me repitiéredes el sermon como yo le predicare, entónces trataré de que os reciban.» Sucedió así, que el mismo dia del sermon, despues de comer, entró el H. Carrera, y dijo que venia á repetir el sermon que habia predicado el P. Estrada, para que le cumpliese la palabra, y repitió el sermon desde el principio hasta el cabo, repitiendo todas las cosas en el mismo órden y casi por las mismas palabras, de manera que los que estaban con el Padre se espantaron de ver en tan poca edad cosa tan rara, y mucho más cuando supieron el concierto hecho entre los dos. Dijo entónces el P. Estrada: «No sois vos el que habeis repetido el sermon, sino Dios que os quiere, aunque tan niño, para su Religion.»

Entónces escribió al P. Provincial, y fué luego recibido en la Compañía, y comenzó á vivir de manera que se mostró bien haber sido vocacion divina. Aficionóse mucho á la oracion, siempre andaba pensando en Dios, trayéndole presente en su corazon; hacia tantas penitencias, que era menester irle á la mano; su obediencia era muy puntual.

Fué muy devoto de nuestra Señora, y particularmente del Ángel de su Guarda, con quien llegó á tanta familiaridad, que trataba y hablaba con él como con un amigo suyo, y el mismo Angel le respondia con palabras exteriores á cosas y dudas que le preguntaba, y él le despertaba cada mañana para que se levantase á oracion. Sucedióle una vez que por estar cansado no se levantó tan apriesa cuando su Angel le llamó, y castigó Dios esta falta quitándole aquel gran consuelo que recibia con el trato familiar con su Angel, y aquel tan particular favor de despertarle, que ya no acudia á hacer este oficio como antes. Sintió mucho el Hermano la falta de este favor, y comenzó con ayunos, penitencias y oraciones á pedir á Dios perdon, andando de ordinario llorando y tan desconsolado, que el santo P. Gaspar de Acevedo, su Rector, no le podia consolar y le animaba á padecer aquel desconsuelo que habia de ser víspera de algun bien grande.

Despues de tanto desconsuelo quiso nuestro Señor consolarle con muchos y grandes favores que le hizo en la oracion, permitiendo que su Angel le llamase á las mañanas y le hablase familiarmente como antes, y así, le dijo la primera vez, que aquella tan penosa ausencia habia sido por la falta pasada de poca puntualidad al llamamiento de Dios, por cuya voluntad él le llamaba á la oracion, que escarmentase para otra vez. Esta era la vida del H. Carrera, con la cual edificaba, no sólo á los de casa que la sabian, sino á todos los de la ciudad, que cuando le veian, se compungian viendo su rara modestia exterior. Despues le enviaron á Méjico, donde trabajó y murió gloriosamente.

P. NIEREMBERG.

## P. FRANCISCO DE RIBERA

Fué este sabio Padre natural de Villacastin, diócesis de Segovia; estudió en la Universidad de Salamanca, siendo colegial del colegio mayor del Arzobispo. Salió varon doctísimo en las sagradas letras, á las cuales desde su primera edad se habia inclinado.

Acabados sus estudios, volvió al lugar de su patria, donde perfeccionó el estudio de la sagrada Escritura con la doctrina essolástica y con aprender bien la lengua latina, griega y hebrea, en que salió consumado.

Estando en esta ocupacion, acertó á pasar por allí el P. Martin Gutierrez, entónces Rector de Salamanca, gran celador de las almas, á quien nuestro Ribera siguió como á maestro y guía de toda perfeccion, el cual, entre otras cosas, le aconsejó, que dejase por algunas veces el estudio y se emplease en predicar la palabra de Dios por los lugares circunvecinos al suyo (lo cual puso por obra), y que era muy útil y provechoso al alma entregar á Dios su voluntad.

Con estos y otros saludables consejos se halló tan fervoroso en el espíritu y bien de las almas, que determinó dejar el mundo y entrarse en la Compañía, en la cual fué recibido por el mismo P. Martin Gutierrez, en Salamanca, el año de 1570, siendo de edad de treinta y tres años.

Despues, al quinto de su entrada, determinó la Compañía instituir una cátedra de Escritura en Salamanca, y viendo á nuestro P. Francisco de Ribera

tan suficiente en esta profesion, le nombró por primer lector de ella, y la tuvo diez y seis años.

Fué oido y recibido en la Universidad con gran aplauso, desde que comenzó á leer hasta que dejó la leccion, con el ejemplo de la vida, la cual fué tan llena de virtudes, que más parecia uno de aquellos primeros Padres de la primitiva Iglesia, que doctor moderno. Y como entendia tan bien la divina Escritura, hallaba en ella con qué enriquecer su alma de virtudes y obras santas.

Era de excelente ingenio, de agudo sentir, de gran memoria en la leccion de los Padres, de singular y rara modestia y pureza de ánimo, y últimamente, adornado con todas las virtudes religiosas que se pueden considerar en que fué instruido en la casa de novicios de Medina del Campo, por aquel gran maestro de santidad, P. Baltasar Alvarez, cuyas pisadas siguió.

El cuidado en la obediencia fué tan grande, que ninguna ocupacion ó negocio le apartó de él, aun en la observancia de la regla más mínima de la Compañía. Nunca bebió entre dia sin licencia. Las cartas ó papeles que recibia ó enviaba, siempre las habia de ver el Superior, sin atreverse á hacer nada sin licencia.

Era su humildad igual á su sabiduría. En la quiete se juntaba siempre con los HH. Coadjutores, y les referia alguna historia de la Escritura. Nunca se le vió hablar palabra ociosa, ni perder un momento de tiempo, ni fuera de su aposento, sino á lo precisamente necesario. Su devocion era tanta, que traia consigo un vidrito con agua bendita para tomarla á menudo, para remision de los pecados veniales.

Tuvo gran don de oracion; todo el tiempo que podia de dia y de noche gastaba en ella, y se valia para la inteligencia de la sagrada Escritura de este divino socorro de la oracion, principalmente cuando se le ofrecia alguna dificultad.

A esto juntaba continuos ayunos y rigurosas penitencias del cuerpo. Algunas veces, estando predicando, le vieron rodeado de un extraordinario resplandor, y una vez que Cristo estribaba sobre sus hombros, con un rostro muy afable y sereno. Y exclamando el siervo de Dios, decia entre otras cosas: «¡Oh admirable y soberana dignidad de las sagradas Letras, que no hay ápice ni tilde en la sagrada Escritura, que no esté lleno de misterios!» Y decia Cristo Señor nuestro: «Este es ¡oh alma! el que con verdadero y genuino sentido, y con aquella verdad que yo le infundo, explica mis Escrituras. Ha conocido bien su precio y estimacion, y que yo lo alcancé á mi Iglesia con el derramamiento de mi sangre; gózate de que le tienes por confesor, obedece á sus palabras y consejos, si quieres hacer mi voluntad.»

Con estas ocupaciones y santos ejercicios pasó este santo y sabio varon de esta vida á la eterna, en Salamanca, por el mes de noviembre del año de 1591. Fué su muerte á las ocho de la noche, y el dia siguiente á las diez estaba ya su alma en el cielo. Así lo supo por revelacion y lo escribió una santa religiosa Carmelita Descalza, estimada por tal del mismo P. Ribera y de los demás del colegio de Salamanca, que la conocian y trataban.

El Padre á quien ella lo escribió guardó mucho tiempo el billete. Ha ilustrado este santo varon á la Compañía con sus obras tan insignes como son sobre los *Doce Profetas menores,* sobre el *Apocalipsis* y *Epístola ad Hebraeos* y lo del *Templo de Salomon* y sobre el *Evangelio de S. Juan.*

Fué muy devoto de Sta. Teresa de Jesus, á la cual trató mucho, y escribió su vida despues de muerta, y recibió de ella muy grandes mercedes.

P. NIEREMBERG.

## P. ANTONIO DE PADILLA

DON Antonio de Padilla, adelantado mayor de Castilla, conde de Santa Gadea y heredero del condado de Buendía, entró en la Compañía de Jesus, en la Casa Profesa de Valladolid, á 8 de marzo de 1572, de edad de quince años.

Fué su vocacion muy probada y examinada, porque por órden del conde de Buendía, su tio, entre, otras pruebas, se juntaron tres Padres graves, uno de la Orden de Santo Domingo, y otro Descalzo Recoleto de San Francisco, y otro de la Compañía, los cuales delante de su madre y el conde su tio examinaron sus deseos y propósitos, y procuraron por diversos caminos dilatar la ejecucion de ellos por algunas razones que habia. Y, viéndose apretado con las que le proponian y con la autoridad de tales personas, se hincó de rodillas delante de ellos, y, sin podérselo estorbar, hizo voto de ser religioso y de hacer cuanto pudiese por ser de la Compañía de Jesus.

Enmudecieron todos sin hablar palabra en ello ni en otra cosa por un gran rato. Despues con muchos ruegos acabaron con él que, antes de ejecutar su deseo, fuese á Toledo á verse con D. Pedro Manrique, su tio, canónigo de aquella santa iglesia, que tambien despues entró en la Compañía, y murió en ella con gran edificacion de los que le conocian, el cual le habia escrito sobre

ello, poniéndole delante algunas cosas de que hacen mucho caso los hijos del siglo y los que aman á sus deudos con amor de carne y sangre, opuestas á su intento santo, y pidiendo le enviase por escrito las razones que le movian á hacer tal mudanza.

Envióle D. Antonio ocho pliegos escritos de su mano, y en ellos las fuertes razones que le movian á entrar en la Compañía, y mostrando el tio estas razones al Dr. Velazquez, canónigo Magistral, que despues fué Arzobispo de Santiago, para oir su parecer, le dijo que si aquellas razones eran de su sobrino, le parecia negocio de Dios y que no podia estorbarse aquella vocacion.

El tio le escribió que bien se echaba de ver que aquellas razones no eran suyas, sino de algun religioso letrado. A lo cual respondió D. Antonio, habiendo acabado de comulgar, jurando por el Señor que habia recibido, que las razones que habia escrito eran suyas, sin que nadie se las hubiese dictado, firmándolo de su nombre; y mostrando el tio esta respuesta al doctor Velazquez, dijo que no se podia dejar de creer, ni era lícito impedir tal determinacion.

Con todo eso, quiso el tio verse con él para mayor satisfaccion, como se habia determinado en Valladolid. Partióse luego D. Antonio á Toledo á ver á su tio, el cual procuró examinar más la vocacion de su sobrino, si era de Dios, ó liviandad de mozo; no para estorbárselo, sino para guiarle á lo que más conviniese. Y por esta causa no queria que por entónces su sobrino fuese á la Compañía de Toledo.

Pero D. Antonio no se hallaba consolado fuera de ella, y así, se iba allá las veces que podia; y topándole un dia su tio en la Casa Profesa, le mostró desabrimiento por ello. Visto esto, D. Antonio determinó de concluir de una vez este negocio, y así, delante de su tio hizo voto de no salir de nuestra Casa Profesa sin ser recibido en la Compañía. Con lo cual suspenso el canónigo desistió de hacer más pruebas. Y porque no convenia recibirle sin dar cuenta á su madre, el P. Provincial de la provincia de Toledo le exhortó á que volviese á Valladolid, y que desde luego se diese por recibido, si no le recibiesen en la provincia de Castilla.

Llegado á Valladolid, estuvo en su casa mientras le hacian de vestir, consolando á su madre, y recibiendo su bendicion, y la de su abuela, y á 8 de marzo vino á la Casa Profesa en compañía de D. Gomez Manrique su tio, caballero muy estimado del Católico Rey D. Felipe II por el valor grande de su persona, donde fué recibido con extraordinario consuelo suyo.

Su madre, doña María de Acuña, que entónces era condesa de Buendía, cuando le echó la bendicion para venirse á la Compañía, quedó traspasada

de dolor con el gran amor que le tenia, como á hijo único heredero de tan ilustres casas, de modo que no se meneó de un lugar, ni pudo comer ni dormir en veinticuatro horas.

Habia tenido antes tan gran piedad y valor, que con saber desde el principio lo que su hijo trataba, no se lo estorbó ni le dió muestras de que le pesaba, ántes cuando entendia que se entibiaba en sus deseos, se quejaba á su confesor de la Compañía porque le dilataban tanto el recibirle, porque estimaba más su salvacion, y verle en un rincon de la casa de Dios, que en las casas de los reyes, donde les deudos querian ponerle.

Y aunque vió despues la casa y hacienda de su hijo en otros deudos, y á sí misma privada de ella por no gozarla él, nunca se arrepintió de la oblacion que hizo á Dios de lo que tanto queria, y le importaba; ántes cada dia que le veia, se gozaba más de ver á su hijo en la casa de Dios.

En el noviciado aprovechó mucho el H. Antonio, porque con la luz que tenia del Señor y su buen juicio, olvidó todo lo que era en el mundo, y fuele nuestro Señor labrando por medio de un grande Maestro de novicios que tuvo, que fué el venerable Padre y gran siervo de Dios Baltasar Alvarez, persona de tan gran espíritu y tan amado de Dios como todos saben, el cual le impuso muy de veras en la mortificacion de su carne y sentidos.

Un sábado, porque el H. Antonio no comió el plato de livianos que daban á la comunidad, sirviendo á la mesa el P. Baltasar Alvarez, le dijo públicamente: «Comedlo, Hermano, y venceos, que más vale este plato en la casa de Dios, que cuantos comen regalados los señores del mundo en sus casas, y hasta que os hagais á comer esto, no habeis de comer otra cosa,» y así, ordenó que ocho dias arreo le diesen á comer asadura, y á cabo de muchos años, siendo Lector de Teología, á un su discípulo le dijo, que desde que se venció en comer este género de manjar hasta entónces, le habia hecho Dios merced que ningun plato del refectorio le sabia tan bien como este, y que ningun dia de la semana era para él tan regalado como el sábado.

Echóse de ver que el regalo era del cielo, pues siempre comia entónces el postrero á la segunda mesa, porque decia la última Misa; y así, la escudilla y racion que comia venia á ser la postrera de la olla de la comunidad y la peor.

Cuando sabia el santo P. Baltasar que el H. Antonio gustaba de algun manjar, en comenzando á comerle, hacia se le quitase el que servia á la mesa, y le mandaba que fuese á comer con los pobres á la portería.

Probábale tambien mandándole que trajese el vestido más vil y desechado de la casa, y que ejercitase más á menudo las mortificaciones públicas que hacian los otros novicios. A todo lo cual salia muy bien el H. Antonio,

con deseo de no quedar inferior á los demás; ántes procuraba aventajarse á todos, humillándose tanto más en la Religion, cuanto mayor habia sido en el siglo.

Iba por mortificarse algunos sábados con el comprador al rastro, con un sayo viejo y una rodilla sucia á las espaldas, y, como si fuera criado ó mozo de casa, traia por las calles un cuarto de carnero y una asadura en las manos, hollando el mundo y triunfando de sus vanas pompas.

Con estos ensayos de que él recibia gran contento, le infundia nuestro Señor el espíritu de humildad. Habíase en el trato con los de casa como si fuera el menor de ellos, lo cual guardó despues toda su vida, deseando siempre el postrer lugar, y aborreciendo toda altura y la grandeza de las dignidades. Y así, criado con esta leche de un espíritu humilde, desechó con gran valor el arzobispado de Búrgos, cuando se le dieron, diciendo que á él para morir le bastaba una cama vieja de cordeles.

Tambien le ejercitó el P. Baltasar Alvarez en la mortificacion de su voluntad y juicio, y así salió tan obediente y rendido á los Superiores, que era de gran ejemplo á todos.

Fué mostrando despues en los estudios un entendimiento para las cuestiones metafísicas y teológicas, tan profundo, y agudo, y claro, que se admiraban sus maestros. Leyó casos de conciencia primero en Avila, porque no tenia salud para encargarle curso de Artes, y se temió la perdiera con aquel trabajo.

De allí le enviaron á leer Teología al colegio de S. Ambrosio en Valladolid, porque su madre pidió con instancia no le llevasen á Salamanca, sino donde ella le gozase.

Sus papeles eran muy estimados de los hombres de ingenio, porque comprendia primero toda la materia, y todo iba tan conexo y consecuente que admiraba; iba luego al punto, y ahondaba las dificultades más que hasta entónces, adelantándolas mucho.

Tenia gran celo del honor de la Compañía y de su doctrina. Y así, porque en una Religion calificaron mal y sin razon algunas proposiciones del P. Luis de Molina, él se opuso y defendió en un acto por probable todo el libro del P. Molina; y lo que él defendió y afirmó salió despues libre de censura por decreto del Pontífice Romano.

En el púlpito discurria con gran ingenio y agudeza y muy á las costumbres, y dijo de él el Católico Rey D. Felipe II, que no era menester más para mover el P. Antonio á los oyentes, que verle en el púlpito, porque su persona predicaba desprecio del mundo y de sus vanidades.

Imitó mucho á su maestro el P. Baltasar Alvarez en la aficion á la ora-

cion y ejercicios espirituales ordinarios y el recogimiento extraordinario de cuando en cuando. Y para esto se iba los más años al colegio de Villagarcía por ocho y por quince dias, y entónces acudia á las pláticas de los novicios y á otros ejercicios de devocion como si fuera uno de ellos; y esto hacia por las fiestas de Navidad, Semana Santa y Pascuas de Resurreccion y Espíritu Santo, y por lo ménos en las vacaciones generales ó cuando habia hecho una larga jornada, reparando en estos dias el fervor que suele entibiarse con los estudios ó multitud de negocios.

Fué Rector del colegio de S. Ambrosio y del de Salamanca, é hizo ambos oficios con tanta entereza y celo de la observancia, que muchos le notaban de riguroso y que apretaba demasiado; de lo cual quiso dar satisfaccion en la última enfermedad de que murió en el colegio de S. Ambrosio; cuando le dieron el Viático, estando presentes todos los Padres y Hermanos del colegio, dijo que afirmaba delante del Señor que habia de recibir, que en todo su gobierno no habia hecho cosa que no entendiese que era la mayor gloria de Dios, con lo cual quedaron más certificados los que siempre habian de él entendido lo mismo.

Sin embargo de haber vivido con este cuidado, tenia mucho temor de morirse, por la cuenta que habia de dar á Dios, y así le decia: «Si Vos, Señor, lo hubiésedes de hacer conmigo como yo lo he hecho con Vos, mucho trabajo tendria yo.»

Viéndole un Padre tan temeroso, le preguntó que si le remordia la conciencia de algun pecado mortal en cuarenta años que habia estado en la Compañía. Y respondió: «¡Jesus, qué monstruosidad tan grande! ¡religioso y pecado mortal! no hay que tratar de eso.»

En recibiendo el Viático, le quitó nuestro Señor este temor con una celestial visita, en que se le comunicó mucho, y en ella le dió gran confianza de su salvacion.

Pidió que le dejasen solo, y con estar tan consumido, levantó el medio cuerpo y estuvo dos horas en oracion, desarrimado aún de las almohadas, hablando con un crucifijo muy devoto con gran ternura y afecto, lo cual admiró á los que le miraban por los resquicios de la puerta.

Tuvo revelacion de Dios de la hora de su muerte; y así, acabada esta oracion, dijo á su confesor á las siete de la mañana: «Esta noche irá mi alma á cantar maitines al cielo.» El confesor le dijo que más plazos le daban los médicos: tornó á decir lo mismo, y, hablando entre sí, se le oian estas palabras: «Señor, ¿qué tengo que temer, si me habeis dicho que me teneis dentro de vuestro corazon? Siendo así, vamos donde quisiéredes, que no hay que temer.»

A boca de noche le dieron la Extremauncion, y pidió perdon á todos de las faltas de toda su vida. Y pidiéndole un Padre, que cuidaba de él, que se acordase de él en el cielo, dijo: «Sí haré, que allá no hay ingratos.» Despues dijo: *Lætatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus;* y diciendo esto, dió su alma al Señor á las once de la noche del dia en que dijo que habia de ir á cantar maitines al cielo, dejando consolados á los de casa y muy satisfechos de que recibió colmadísimo premio de los estados que dejó acá por seguir á Cristo, y por lo mucho que trabajó en la Compañía. Su muerte fué á 29 de noviembre, año de 1611.

P. NIEREMBERG.

## P. SEBASTIAN SARMIENTO

FUÉ natural de Búrgos el P. Sebastian Sarmiento, é hijo de padres muy nobles. Fué su padre Comendador de Calatrava y caballerizo mayor de la princesa doña María; criáronle con mucho cuidado en virtud y las primeras letras.

Entró en la Compañía en la ciudad de Leon, á donde su tio el Obispo de Astorga, D. Francisco Sarmiento, le envió á estudiar latin á nuestro colegio. Movióse con el ejemplo que oyó contar de la entrada en la Compañía del bienaventurado Francisco de Borja.

Era entónces Rector de Leon el P. Estéban de Ojeda, el cual, hasta tener respuesta de su tio que ya era Obispo de Jaen, no juzgó era bien recibirle, por ser gran benefactor de la Compañía. Mas, en viniendo la respuesta suya en que se daba por muy contento que su sobrino fuese de la Compañía, fué recibido en ella á 8 de enero de 1581.

De allí fué enviado á la probacion á Villagarcía, á donde tuvo por Maestro de novicios al P. Juan de Sigüenza, cuya santidad fué muy conocida. Procedió en el noviciado con gran cuidado de su aprovechamiento y muy rico de virtudes. Toda la vida le duraron los santos propósitos que de allí sacó.

Despues oyó su curso de Artes en Logroño, y su Teología en Salamanca. Fué escogido estudiante, pero jamás aflojó un punto en su aprovechamiento espiritual.

Fué combatido de escrúpulos y de varias tentaciones en este tiempo de

sus estudios, pero nuestro Señor le consoló en ellas asistiéndole una vez dos ángeles, que le cantaron con música celestial esta cancion:

*Cuando la divina esencia*
*Sus ojos puso en esta alma,*
*Por los grados de la Cruz*
*Dispuso de levantarla.*
*Con esta disposicion*
*La eterna sabiduría*
*Quiso esta alma enriquecer*
*Con la corona de vida,*
*La cual le pondrá el gran Rey*
*En el su dichoso dia,*
*Cuando parta del destierro*
*Para la eterna vida.*

Quedó consolado notablemente y animado á caminar con más fervor con este favor y merced; particularmente, desde que se ordenó de sacerdote, renovó su espíritu con nuevos fervores, ejercitando actos heróicos en todas las virtudes, haciendo todas sus obras con la mayor perfeccion que podia, y ayudándose mucho de la devocion de nuestra Señora, que desde niño habia ido creciendo en él.

Preparábase mucho para la Misa, la cual muchas veces decia en lugar retirado, por detenerse algunas horas gozando de esta mesa celestial más despacio.

Salió eminente predicador, que juntaba con una grande elocuencia que Dios le dió, un gran espíritu y celo, buscando sólamente la gloria de Dios nuestro Señor en sus sermones y el provecho de las almas, huyendo siempre de buscarse á sí ni gloria suya con sumo cuidado, para lo cual se armaba con la oracion, penitencias y ejercicios de humildad profunda.

Mostró este celo en la Montaña en tiempo de peste, aventurando su vida por salvar almas. Escribió al Prelado para que hiciese parecer á los curas que se ausentaron, y á las justicias para que obligasen á los escribanos á asistir á los testamentos, desvelándose en el remedio de los pobres enfermos, y él fué el que echó las primeras zanjas en el colegio de Santander.

En la oracion fué muy señalado: toda su vida tuvo cada dia cinco horas de oracion, despues de haber cumplido con todas las demás obligaciones de su estado sacerdotal y ocupaciones de obediencia, y esto inviolablemente sin faltar dia ninguno.

Demás de esto, todo el dia era una continua oracion, porque andaba en la divina presencia unido á Dios y obrando cuanto hacia para darle gloria y agradarle, mezclando muchas oraciones jaculatorias. Fué en la oracion muy favorecido de Dios, con visitas é ilustraciones sobrenaturales y hablas interiores.

Tenia gran imperio sobre los demonios, y lanzó algunos de los cuerpos y almas juntamente con su oracion, y fué muy perseguido de ellos y maltratado, pero siempre victorioso. Seria cosa larga contar las veces que le maltrataron, y libró á muchos que eran perseguidos de ellos, pidiendo á Dios que lo que habian de hacer en otros, hiciesen en él mismo.

La penitencia y mortificacion correspondian á su oracion, porque al principio, á imitacion del glorioso Santo Domingo, de quien era muy devoto, tomaba en el noviciado tres disciplinas cada dia: despues le moderó esto el Superior, reduciéndolas á una, y él la hacia tal, que equivalia á las tres, y esto á la media noche ó antes de despertar los demás.

Primero usó cilicios de cerdas que le tomaban todo el cuerpo, despues los convirtió en cadenas de hierro con gárfios en brazos, muslos, cuello, piernas y morcillos de los brazos, para que en todas partes de su cuerpo sintiese dolor. Unas veces se ponia unas de estas cadenas, otros dias otras, y á veces todas juntas, cuando habia cosas graves, y solia decir á aquellos con quien se entendia: «Hoy es dia de armarnos de todas armas.»

Fuera de esto, se castigaba, cuando sentia en sí algun pensamiento de vano contento, con arrancarse los cabellos de la cabeza, y así, tenia peladas algunas partes de ella, y era menester, por la fealdad que esto causaba, darle allí con tinta. Otras veces llegaba los dedos á la vela, como que despabilaba, quemándoselos. Echaba chinillas en los zapatos para que al andar le lastimasen.

Solia meter la mano en la faltriquera ó en el pecho, como para sacar el pañuelo, estando delante de gente, y era para punzarse con unas púas de hierro que tenia dedicadas á esto, para castigar luego ó la palabra ociosa ó el pensamiento en que tuvo alguna negligencia, y de estas ocultas mortificaciones exteriores tenia muchas.

Era tan agradable á Dios esta su oracion y penitencia, que habiendo preso en Búrgos un salteador muy facineroso, el cual estaba tan endurecido y obstinado, que yéndole á confesar el P. Lujan, no quiso oirle palabra de Dios por más medios que el Padre tomó, antes con libres palabras le echó de sí, por lo cual el P. Lujan dió cuenta de ello al P. Sarmiento, el cual toda una noche armado de cilicio todo su cuerpo, ante un crucifijo oró con instancia por él, y el dia siguiente fué á la cárcel y hallándole obstinado y libre, sen-

tado el Padre junto al preso, levantó su corazon á Dios, y con abundancia de lágrimas le encomendaba á nuestro Señor.

El preso lo advirtió, y le dijo: «¿De qué llora Padre?» Respondióle que de compasion de verle así aherrojado y lastimado. Dijo el preso: «No llore de eso, Padre, que yo soy el que lo padezco y no él.» Díjole el Padre que se animase, que le queria Dios hacer misericordias grandes.

Concibió el hombre esperanza y sintió blando su corazon; confesóse con gran contricion, y despues publicaba con lágrimas á todos por las calles sus pecados, conociendo que debia mil muertes por ellos, y acabó con gran edificacion de todos, lo cual fué fruto de la oracion y penitencia del P. Sarmiento.

Era grande su humildad, y gustaba mucho de oir sus faltas y decirlas en el refectorio; y á un Padre que le dijo las faltas de sus sermones, se lo agradeció mucho, y suplicó que los dias que allí estuviese se las dijese con su caridad, de que quedó el Padre muy edificado.

Huia mucho de ser Superior, y sentia de sí que no era para ello; pedia muchas veces ir á servir al cocinero y enfermero, y llevaba licencia para que le llamasen de vos, y ejecutaba cuanto le mandaban con gran exaccion y silencio.

Su mansedumbre era grande. Una vez topó unos niños que estaban jugando con un pajarillo atado á un hilo, y despues le iban pelando para matarle; díjoles el Padre: «No le mateis, niños, dejadle ir á alabar á Dios libre.» Hiciéronlo los muchachos, y despues el pajarito venia á su celda á cantarle todos los dias, y se le subia encima agradecido á la vida que le dió.

La devocion de nuestra Señora era su refugio, así en la oracion como predicando, cuando se hallaba frio ó indevoto; y entre dia en sus ocupaciones para mejor acertar, la invocaba con oraciones jaculatorias y experimentaba luego su favor. Ayunaba todos los sábados y vísperas de la Madre de Dios, desde que era estudiante en Leon, á honra de esta soberana Señora. Rezábale con mucha devocion el Rosario y otras devociones.

Recibió de ella grandes favores y mercedes. Por su intercesion se escapó de un gran peligro contra la castidad; porque una señora moza, principal, de oirle algunos sermones se le aficionó y le envió á llamar á su casa, fingiéndose enferma, para confesarse; mas cuando le descubrió su mal corazon, él se encomendó á nuestra Señora, y salióse á fuera llamando á una criada, que pedia su ama un jarro de agua, y con esto se escapó y en su celda la encomendaba á nuestro Señor, y le alcanzó el dolor y vergüenza de sus pecados y la mudanza en mejor y muy santa vida.

El celo que tenia de las almas mostró en las ansias que tuvo de pasar á las Indias, que se le trocaron los Superiores en las misiones que hizo á las

montañas, donde procuró extirpar muchos vicios con su predicacion y doctrina; el de la ignorancia culpable de las cosas divinas, y el de la embriaguez, y cantares torpes, y hechicerías.

Profetizó á toda aquella tierra un gran castigo que habian de ver por sus pecados, y vino luego una grande pestilencia, en que se cumplió todo lo que el siervo de Dios dijo.

A un extranjero inglés, porque no se volviese á su tierra á ser hereje, le alcanzó un oficio, escribiendo sobre ello al mismo rey, el cual le respondió dos veces fiando de él el negocio, y concediéndole el oficio que pidió para el inglés. A otro, predicando, reprendió de sus pecados públicos, y púsole tanto temor, que al séptimo dia murió con dolor de sus pecados.

Predicó despues en Valladolid y en otros colegios con gran fruto. Despues vino segunda vez por predicador á Búrgos, adonde le dió la enfermedad de que murió, y antes de caer en la cama, tuvo revelacion de que estaba cerca su muerte, y se confesó generalmente con gran dolor de sus pecados.

Pidió al P. Rector, sintiéndose ya enfermo, que los que entrasen á verle no le hablasen sino de nuestro Señor. Su enfermedad fué tabardillo y dolor de costado.

Rehusó mucho que no le mirasen si apuntaba el tabardillo, porque no viesen las señales que habia en su cuerpo de sus cilicios y disciplinas y golpes de los demonios; pero fué fuerza verle, y hallaron su cuerpo tan acribillado, y sus carnes tan lastimadas, que se admiraron los médicos. La calentura iba apriesa consumiéndole, y él no cesaba jamás de los coloquios divinos con la Santísima Vírgen, y con el Angel de su Guarda, y los más con Cristo nuestro Señor y con la Santísima Trinidad.

Tres veces acometieron los demonios al aposento, primero en figura de unas aves negras, volando por el aposento. La segunda con un gran ruido de cencerros, para divertirle de su oracion. La tercera en figura de gatos, mostrándose los dientes unos á otros, como regañando y maullando. Lo cual todo vieron los que allí estaban. El siervo de Dios les dijo: «Llegad, si podeis y os han dado licencia para castigarme, desventurados, que por vuestra soberbia perdistes á Dios.»

La Santísima Vírgen le defendió y consoló, quebrantando las fuerzas de los malignos espíritus; de modo que ya la cuarta vez sólo movieron con grande ruido unos ramos que allí habia, y nunca más volvieron.

Apareciéronsele Cristo nuestro Señor y su Santísima Madre, consolándole; y él agradecido á tan gran merced, quiso levantarse de la cama y postrarse en el suelo. Cantaban los ángeles suavemente, y dijo á su confesor: «¿No

oye V. R. esta música?» el cual le detuvo para que no se arrojase al suelo. Pasados tres Credos que gozó de este favor, quedó con tan gran gozo (porque allí fué juzgado, y oyó la sentencia favorable de su salvacion) que no cesaba de dar gracias á Dios, y pedir á todos las diesen por tan gran merced. Ya habia recibido el Viático con grande devocion.

Quedó muy trocado despues de esta visita, los sentidos tan vivos y alegres del gran gozo que tenia su alma, hablando con mucha afabilidad con todos. Segunda vez oyó despues la música de los ángeles, y preguntó si oian los Padres la música, y con ella, volviendo el rostro al otro lado, voló su alma al cielo, á 8 de agosto de 1613, de cuarenta y nueve años de edad, y treinta y tres de Compañía.

Apareció luego á doña Marina de Escobar, lleno de gloria, como él lo habia dicho; que fué su confesor en Valladolid, y otras personas vieron su alma que la llevaban los ángeles al cielo, y oyeron la música.

Profetizó su dichosa muerte dias antes, y otras cosas que se cumplieron. Todos tomaban reliquias de su cuerpo y aposento. Fué enterrado en una caja en lugar aparte, y cumplióse la cancion que tantos años antes le cantaron los ángeles.

Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Francisco Prado.

P. NIEREMBERG.

## P. GUILLERMO BATHEO

NACIÓ el P. Guillermo Batheo en la isla de Irlanda por los años de 1566. Sus padres fueron caballeros de lustre de la provincia de Lagenia, y en ella señores de Drimconrache y otras villas; criáronle con la leche pura de la santa fe romana y en costumbres virtuosas.

Habiendo muerto sus padres, y sucediendo, como mayorazgo que era de su casa, en sus tierras y posesiones, no le envaneció la nueva herencia tan opulenta y calificada, ántes dió mayores ejemplos que nunca de cristiandad y templanza y de un juicio maduro y prudente. Y habiéndose ofrecido al virey de Irlanda negocios de importancia, de que dar cuenta á la reina de Inglaterra, Isabel, escogió para esta embajada los juveniles años de D. Guillermo Batheo, por ver que en ellos hacia ventaja á las canas de otros.

Cayó muy en gracia á la reina nuestro Bhateo, especialmente por la grande eminencia en tocar todo género de instrumentos, y por saber enseñar la arte de memoria con excelencia y otras muchas dotes que le granjeaban toda estimacion.

De los favores de la reina y blandos halagos de la más próspera fortuna, y de todas las delicias de la gran corte de Lóndres, sacó el venturoso mancebo desengaño y propósitos firmes de servir á solo el Rey de reyes, singular beneficio que le hizo el cielo, que lo que á los más de los mortales les es de tropiezo, á él les sirviese para llegarse más á Dios nuestro Señor.

Determinó por entónces no más que hacer vida eclesiástica y estudiar y ordenarse de sacerdote, y para cumplimiento de estos designios dió la vuelta para su patria. Llegado á Irlanda saliéronle muchos ricos casamientos por verle, no sólo señor de tantas tierras, pero valido de la tierra y en gracia de sus virreyes.

No le entibiaron tantas caricias del mundo sus eficaces propósitos de vida apartada de matrimonio, y así, determinó de renunciar el mayorazgo en su hermano segundo, y como propuso esto, así lo ejecutó, y dejando á su hermano dueño de todo, dió consigo en los Estados de Flandes, donde vacó algo á los estudios, y mucho más á los ejercicios de oracion y mortificacion.

Hacia una vida de todo recogimiento, de mucha penitencia y continuo trato con Dios nuestro Señor, por la cual mereció que el mismo Señor le tocase con fuertes inspiraciones de servirle en Religion.

Resuelto de dejar el mundo y sujetar su voluntad á la ajena, tuvo muchas perplejidades sobre cuál de tres Religiones que florecian en toda observancia escogeria, la Cartuja, la de Capuchinos ó la Compañía de Jesus; un fervorosísimo deseo de la salud y conversion de las almas le inclinaba con ímpetu á nuestra Compañía, pero temia en las salidas en beneficio de estas mismas almas y en el trato con los pecadores, no echase ménos el dulce reposo de la suave contemplacion que pide retiro y soledad.

Estando en esta duda rendido el cuerpo á las fatigas interiores del alma deseosa de acertar el camino del mayor agrado de la voluntad divina, habiendo cerrado los ojos corporales á un breve sueño, en él le hablaron aquellas palabras del cap. x de S. Juan, vers. IX: *Ingredietur, et egredietur, et pascua inveniet,* y anhelando por lo que esta sentencia indicaba, fuéle significado que el pasto y manjar que deseaba, lo habia de hallar en las entradas y salidas que hiciese en la Compañía de Jesus por el amor de las almas; esto es, jugo en la oracion y suave presencia de nuestro Señor en todas las ocupaciones.

Alentado con tan benigna promesa, trató luego en Flandes, donde entón-

ces se hallaba, de entrar en la Compañía, y lo alcanzó; mas á pocos meses de noviciado, por verle ya los Superiores tan medrado en las materias de espíritu, le señalaron por compañero del Maestro de novicios.

Habiendo dado raros ejemplos en todas virtudes en el noviciado, fué enviado al colegio de S. Omer, donde se cria numerosa juventud inglesa católica, que ha sido la restauracion única de aquel reino, conservando la semilla de la fe católica á pesar de las máquinas y crueldades de la herejía que procuraba extinguirla.

Aquí ayudó en letras, y mucho más en virtud, y toda espiritual enseñanza á aquellas tiernas plantas; pero estando muy fatigado de achaques, y corriendo la salud del cuerpo mayor riesgo cada dia, por órden de nuestro P. General pasó á Italia, y acabó los estudios en el colegio de Pádua.

Aquí dió principio á aquel celo abrasado del bien de las almas que le duró toda la vida; todo su gozo era tratar de esto, sin hallar dificultad en cosa que se hubiese de vencer por hacer bien á un alma. De dia y de noche estaba aparejado para acudir á cualquiera que le llamase, y él los buscaba con solícito cuidado en las cárceles y hospitales, y donde quiera que sospechaba haber necesidad, con una especial inclinacion á la gente pobre y más abatida.

Estando así, como ensayándose para lo mucho que le restaba por obrar en adelante, sucedió haber Su Santidad nombrado por Nuncio Apostólico para la isla de Irlanda, y para que esforzase á los católicos en la guerra que traian con herejes ingleses por la fe romana, al P. Ludovico Mansonio, de nuestra Compañía, varon de excelente fama de santidad, prudencia y letras.

Señalóle nuestro P. General por compañero al P. Guillermo Batheo, y así dió la vuelta juntamente con el Nuncio para la corte de España, de donde habian de llevar ciertas instrucciones necesarias. Estando aquí, por haberse hecho paces entre las coronas de España é Inglaterra, no tuvo efecto la ida del Nuncio á Irlanda, y volviendo el P. Mansonio á Italia, quedóse el P. Batheo en Valladolid, donde se hallaba entónces la corte, y de ahí pasó á la Universidad de Salamanca, teatro glorioso que Dios le tenia reservado para infinitos é ilustres triunfos alcanzados del infierno.

El instrumento que Dios nuestro Señor tomó para esto principalmente, fué un singular don que comunicó á este espiritualísimo Padre de dar los Ejercicios de nuestro Padre S. Ignacio; esta gracia fué tan rara, que hacia de las almas todo lo que queria; no se le vaciaba el aposento nunca de gentes de todos estados que venian á ser instruidos de él.

Siguióse gran reformacion en caballeros y ciudadanos; pero á donde se esmeró más lo que Dios obraba por medio de los Ejercicios de San Ignacio,

fué en la juventud, flor de ingenios que de toda España concurre á aquella insigne Universidad.

Pobláronse los monasterios de novicios; veíanse muchos mozos nobles en la flor de su edad dar de mano á los pasatiempos y tratar con todas veras del negocio de la salvacion eterna; y basta para entender cuán admirable y colmado fué este fruto, que las conversiones singulares de almas y dignas de particular reparo y con circunstancias extraordinarias, pasaron de trescientas.

En el mismo tiempo puso el P. Guillermo particular cuidado, en que á los más pobres se les enseñase la doctrina cristiana, y se les acudiese con algunas limosnas; y no paró hasta hacer Congregacion de pobres á cargo de la nobleza de aquella ciudad, donde la hay tan grande, la cual dura hasta hoy en dia con tanta edificacion.

Acudió por el mismo tiempo al seminario de su nacion, que está en aquella noble Universidad, del cual en espacio de cuarenta años que está á cargo de la Compañía de Jesus, han salido á cultivar la viña de Irlanda más de trescientos sujetos, habiendo muchos de ellos leído Teología en las Religiones en que entraron, regentado las primeras cátedras en las más nobles academias de toda Europa; otros, inmortalizando su nombre con libros doctísimos y eruditísimos, que imprimieron; otros, sido Primados, Arzobispos, Prelados de Iglesias dentro y fuera de Irlanda; otros, padecido cárceles y muerte por la fe católica, y sido en vida reverenciados por los milagros que obraron.

A gran parte de estos alcanzó en aquel tiempo el P. Guillermo, y les adelantó en espíritu notablemente, y enseñó el canto y ceremonias eclesiásticas; y fué principal autor de que con industria de ellos y superintendencia suya y de otros Padres de la Compañía de la misma nacion, se compusiese el libro intitulado *Ianua linguarum,* tan útil y provechoso para los que comienzan la latinidad. La priesa que se han dado en otras naciones á traducir este libro y á locupletarlo, muestra bien por cuán provechoso le han tenido en toda Europa.

Pero, si tanto cuidaba el P. Batheo del aprovechamiento de otros, no era menor la vigilancia del suyo; ninguno le vió perder el menor rato de tiempo; andaba siempre levantando el corazon al cielo; tres veces al año hacia los Ejercicios espirituales de nuestro Santo P. Ignacio por ocho ó diez dias, ó más si le dejaban; cada mes tenia un dia de Ejercicios, que llamaba el dia de su reformacion, y aquel dia no comia nada en todo él hasta la noche.

Era observantísimo de sus reglas y obedientísimo á cualquiera mandato de sus Superiores; la castidad angélica, el recato y modestia suma; amaba

por extremo la pobreza, y por maravilla vistió nunca cosa nueva; no sabia ninguna diferencia de dineros, y siempre que habia de hacer camino, era menester enseñarle la distincion de los dineros que llevaba para sustentarse.

Los caminos que no fuesen muy largos los hacia á pié, sin cuidar de regalo alguno, contentándose con cualquiera cosa que topaba; el sueño era muy breve y sobre tablas, ó vestido ordinariamente; las disciplinas rigurosas, el cilicio áspero y frecuente, de suerte que era menester en esta parte reñirle no pocas veces los Superiores; la devocion con la Vírgen Sacratísima muy cordial, á quien ayunaba los sábados, y tenia dos horas de oracion, contemplando sus encomios; y todas las vísperas de fiestas de la Vírgen las ayunaba á pan y agua, en reverencia de tan gran Señora y Madre suya.

Siendo esta la vida del P. Guillermo, no era menor la fama de su grande espíritu, que volaba por toda España, especialmente del don tan singular que tenia de dar los Ejercicios de nuestro Padre S. Ignacio, y así, para este efecto fué llamado para Madrid, á instancia de grandes personas, el año de 1614.

Estando disponiendo de dar los Ejercicios á tan altos sujetos, quiso nuestro Señor atajarle los pasos y llevarle á su reino celestial, y así, asaltado de un tabardillo muy grande, habiendo recibido con singular devocion todos los Sacramentos, dió el alma al Criador, al seteno dia de la enfermedad, en 17 de junio del mismo año.

Era Profeso de cuatro votos; murió de edad de cuarenta y ocho años, de los cuales vivió quince en la Compañía. Tuvo despues de su muerte un sacerdote muy ejemplar revelacion de su salvacion.

Hace honorífica mencion del P. Batheo entre los escritores de la Compañía el P. Felipe Alegambe en el *Catálogo* de ellos.

P. NIEREMBERG.

## P. MIGUEL SOLER

ERA el P. Miguel Soler natural de Aragon. Entró en la Compañía ya sacerdote, acabados sus estudios en la provincia de Castilla la Vieja, y él traia del siglo mucha virtud adquirida, la cual creció tanto en la Religion, que llegó á un altísimo grado de perfeccion y santidad.

Lo más del tiempo de su estado religioso vivió en el colegio de San Ambrosio en Valladolid, no sin gran providencia divina, porque, como es seminario de estudios donde se crian los Hermanos de la Compañía estudiantes, tuviesen todos cuantos se fuesen criando, y los mismos maestros que allí leyesen un raro ejemplar de perfectísima santidad, y tambien para que no sólo los maestros, que todos los que allí hubo fueron de gran santidad, y entre ellos el venerable P. Luis de la Puente y el P. Doctor Andrés Martinez, sino los Provinciales y Prepósitos de la Casa Profesa y Rectores del mismo colegio, viesen, gozasen y testificase la rara y extraordinaria santidad de este gran varon, la cual á todos edificaba y consolaba, y causaba grande admiracion, y en él se echaba de ver que tiene Dios en su Iglesia escondidos muchos santos de rara y admirable santidad, que no quiere manifestarla con milagros ni otras cosas exteriores en este siglo, guardando su manifestacion con mucha mayor gloria que la de muchos canonizados para el otro siglo de la eternidad.

Pero, aunque el vulgo no conozca comunmente la santidad sino por milagros y cosas exteriores que la testifiquen, los varones sabios y espirituales que notaban las acciones todas del P. Miguel Soler, no podian dejar de venerarle por un grandísimo santo. El P. Provincial Cristóbal de los Cobos testificó que en cuantos habia visto en las provincias de Italia, Francia y todas las de España, no habia topado varon de tan consumada santidad; y los que vivieron allí cuarenta años testificaron que nunca le notaron imperfeccion ni mudanza en su rostro de turbacion alguna, sino siempre una paz, y quietud y serenidad celestial.

Su caridad y amor á Dios nuestro Señor, y el celo de su gloria, se mostraba en que, en oyendo hablar de Dios, se mudaba en otro varon, oyéndolo con gran alegría y promoviendo la plática: no era ménos su caridad con los de casa y con los de fuera.

Su obediencia era tan perfecta que no parecia que habia en él voluntad ni juicio sino el del Superior, presto á todo lo que le ordenaba y con una gran alegría. La reverencia á los Superiores interior y exterior era como si viera al mismo Dios, y á veces, yendo detrás del Superior, iba haciendo reverencias en él al mismo Dios.

Su modestia y compostura exterior era uniforme cuando estaba á solas en su celda ó fuera de ella delante de otros; jamás levantaba los ojos del suelo sin necesidad, ni meneaba mano ni cabeza que no fuese con motivo razonable; y con ser esto así, cuando habia ido fuera, solia decir despues su culpa en el refectorio, de que habia desedificado á los de fuera con su poca modestia.

A cualquier hora que le buscasen desde la una del dia hasta las siete de la noche en su aposento, le hallaban en pié en oracion, que todo su trato era en el cielo.

Su humildad era profundísima: ocupáronle muchos años en leer *mínimos*, y estaba con un contento en aquella ocupacion que admiraba, y en ella se aprovechaba cuando conjugaban los niños amo, amas, usando de esta oracion *Ego amo Deum, tu amas Deum* para hacer actos de amor de Dios: los niños todos le tenian por santo y así le llamaban; y D. García de Salazar, Oidor de la Audiencia, fué su discípulo y testifica que todos le conocian por santo.

De esta ocupacion le sacó la obediencia por conocer la flaqueza de su cabeza, y algun tiempo hizo oficio de Ministro, y jamás nadie se ofendió de él, porque él mismo suplia por su persona cuando alguno proponia que no podia hacer algo que le ordenaba, y decia: «Tiene razon, yo lo supliré,» y él lo suplia con gran caridad.

Las mercedes que recibia de nuestro Señor en la oracion no se saben, porque él era muy callado y humilde encubridor de sus cosas. Su mansedumbre y paciencia fué rara; su sinceridad, y candidez, y bondad era tanta, que siendo confesor de los de casa, si algun Padre ó Hermano confesaba alguna culpa venial tosca, como una mentira advertida, solia decir: «No debió de advertirla sin duda,» y respondiendo el penitente: «Sí Padre, yo me acuso que tuve esta malicia,» tornaba á decir: «Bien, bien, no debió de advertirlo,» porque como la pureza de su alma era tanta, y estaba tan léjos de su corazon falta alguna de aquellas, le parecia que seria lo mismo en todos los demás.

Tuvo gran discrecion de espíritu, y así, quietaba fácilmente almas escrupulosas con una palabra que les decia: cualquiera accion suya era hecha con la mayor perfeccion que se podia imaginar.

Verle en el altar diciendo Misa, ó en el refectorio comiendo, ó tratando con alguna persona, era un dechado y ejemplar de santidad, así fué toda su vida y tal fué tambien su muerte, dejando opinion de un varon santísimo.

Despues de muerto, le retrataron en San Ambrosio, para memoria de tal varon; y ha obrado nuestro Señor por él algunos milagros.

P. NIEREMBERG.

# P. ALONSO RODRIGUEZ

VIVE hasta hoy y vivirá la memoria del Venerable P. Alonso Rodriguez, por sus admirables escritos de Teología mística, que para el ejercicio de las virtudes se puede dudar si hay otros más provechosos.

Fué de nacion español y natural de Valladolid. Entró en la Compañía en Salamanca, movido de los sermones que el fervoroso P. Juan Ramirez entónces predicaba, y cuando tomó este nuevo estado, era ya graduado en Filosofía.

Hiciéronle Rector del colegio de Monterrey, y allí por espacio de doce años leyó Teología moral con tanto aplauso y concurso, que sus doctos escritos eran muy buscados y apetecidos, y despues en el Andalucía se hicieron varios traslados, y uno de ellos tuvo en grande estima el P. Tomás Sanchez, valiéndose de su doctrina en los consejos que escribió.

En este mismo tiempo predicaba en Monterrey muy á menudo al pueblo, y en los lugares circunvecinos enseñaba á los rústicos la doctrina cristiana y demás cosas tocantes á la fe y buenas costumbres.

Desde allí le enviaron á Valladolid, donde leyó por algun tiempo casos de conciencia en la Casa Profesa, y finalmente, pasó á la provincia de Andalucía por órden de nuestro P. General Cláudio Aquaviva, para mucho bien de ella, especialmente para la crianza de los novicios, señalado por Maestro de ellos y Rector del colegio de Montilla, el cual oficio continuó por espacio de doce años, sin otra interrupcion sino la que fué menester para el viaje de Roma, en que fué electo para vocal en la quinta Congregacion en compañía del santo P. Francisco Arias, y otra en que el mismo P. General le ocupó en la inspeccion de la guarda de las reglas, que como á tan gran celador y ejecutor de ellas, se le dió esta comision, que él ejecutó con la exaccion y puntualidad que todas las demás que corrieron por su cuenta, sin perdonar trabajo ni diligencia, obrando siempre perfectamente, y como decian algunos, lo sumo de potencia, sin límite ni tasa.

Cuando fué á la provincia de Andalucía, llevó consigo al P. Gaspar de Vegas para ministro y compañero en la educacion de los novicios, persona tal, que despues fué Maestro de ellos en la de Castilla; y en la ausencia que hizo á Roma este gran maestro de espíritu, su intento fué tener tal compañero que le pudiese fiar todo el oficio de Rector, obligaciones y cuidado del gobierno de los antiguos, para emplearse él del todo en la enseñanza espiri-

tual de los novicios, que aun en el temporal y exterior gobierno de ellos era tambien el todo el P. Gaspar; de modo, que aunque viese el P. Alonso hacer alguna falta, ó á su noticia llegase el corregirla, remitíalo al Ministro, diciendo: «Vaya, Hermano, diga al P. Ministro le dé penitencia.»

Con esto se retiró á un perpetuo encerramiento en su aposento, que se puede comparar al que tuvieron los más retirados anacoretas del desierto, y aun creo que les excedió en saber juntar este retiro con las obligaciones y trato de los prójimos, que pedia su instituto. No salia del aposento sino á decir la última Misa, ménos cuando habia de comulgar á los novicios. Acabadas de dar gracias, desde la sacristía se iba al refectorio, si no era cuando fregaba en la cocina á comida y cena. Y fué tal este retiro, que aun para quitarse el cabello nunca salió de él, sino hacia esto despues de comer.

Jamás salió fuera de casa si no era las Pascuas, para dárselas al marqués de Priego, patron del noviciado; fuera de esto, nunca le iba á buscar, y si el marqués venia á verle, no por eso dejaba sus Ejercicios espirituales. Aconteciole algunas veces venirle á ver cuando estaba el siervo de Dios rezando, el cual, sin hacer caso de un señor tan grande que le estaba aguardando, prosiguió muy despacio en su rezo, y despues de acabado, le admitió, diciendo que habia estado ocupado con otro mayor Señor.

La falta que podia hacer este insigne varon en los oficios de Rector y gobierno exterior de los novicios, suplia con tener media hora señalada, para que cada dia el Ministro le diese cuenta de todo lo que hacia y gobernaba, y el siervo de Dios le daba las órdenes y avisos convenientes, con tan grande y menuda direccion de todo, como si estuviera en todo y no atendiera á otra cosa. Esto hacia todos los dias, y con el Procurador era lo mismo, pero no cada dia.

Cuán constante y firme haya sido este retiramiento se significa bien con lo que le pasó al P. Provincial con un criado de la casa, que habiéndole dado cierto gusto y queriéndole premiar, le dijo viese en qué podria hacerle otro tal. Respondió con su lenguaje sencillo, pero bien significativo del retiro que guardó este religioso Padre: «Lo que le suplico, Padre, es, que vea yo á este mi P. Rector, que ha once años que le sirvo, y nunca le he visto la cara.» «¿Pues cómo ha sido eso?», replicó el Provincial Respondió el criado: «Está siempre metido en su custodia.» Fué menester que el P. Provincial enviase á decir al P. Rector que se llegase allí, para que al criado se le diese aquel tan fácil y justo contento.

En los primeros dias que entró en esta casa, no admitió el gobierno, sino lo dejó á los que lo habian tenido hasta entónces, y estuvo atento á todo, como aprendiendo lo bueno y reparando en lo que pudiese parecer

mejor, dando principio á sus admirables pláticas, que despues salieron impresas.

En la oracion y trato con Dios fué aventajado este insigne varon, pero no quiso nuestro Señor supiésemos lo que le pasaba en ella particular y distintamente, porque su silencio en hablar de su persona, y acciones, y cosas que le tocasen, fué el mayor que se puede imaginar.

Jamás se oyó en su boca: «Yo hice, yo tengo, yo puedo,» ni en bueno, ni en malo, ni alabándose, ni humillándose, porque decia que los que de palabra se humillan y abaten, era humildad de garabato, porque es dar ocasion que les alaben á lo ménos de humildes.

Este trato con Dios en la oracion fué continuo, que no habia tiempo determinado para él, á mañana y tarde; y para darse con más libertad á este santo ejercicio, cerraba las más veces la puerta y ventana de su aposento. Habia puesto riguroso entredicho á cualquiera deleite de los sentidos, para no dar lugar á ninguno. Las conversaciones vanas le molestaban, las recreaciones inútiles aborrecia; sólo tenia su gusto en el encerramiento, en el cual tenia una ventana que salia al altar mayor de la iglesia, para que el Santísimo Sacramento fuese su continuo recurso.

La oracion era su descanso; procuraba huir las visitas de seglares. En los últimos años de su vida, en los cuales no tenia á su cargo el gobierno, gastaba todos los dias cuatro horas en oracion, y aunque tenia este Venerable Padre tan gran retiro y su pensamiento continuamente en el cielo, su trato era notablemente apacible y con entrañas bañadas en la caridad de Cristo nuestro Señor, sin especie de amargura y tristeza, ántes brotaba en unas risitas agradables y suaves; ni cuando gobernaba se olvidaba de dar trazas maravillosas para el aumento y adorno del colegio que tenia á su cargo.

Desde sus principios fué este siervo de Dios muy observante amador de la obediencia y sus reglas; y en los oficios humildes de casa él se hallaba el primero. Tenia grande afecto con la pobreza, y así, nunca tenia cosas de estima; admitia sólo los libros necesarios; apetecia más los vestidos traidos, sin querer tomar de todo lo que le daban para su uso más de lo que era forzoso, y si de esto le faltaba algo, no lo pedia, ni queria cosa extraordinaria en la comida, y si acaso le daban alguna cosa de gusto, la ponia de modo que perdiese la suavidad y deleite, y por algunos años se abstuvo de comer fruta.

En su conversacion era muy mirado y prudente. Todos los dias antes de decir Misa se confesaba; gastaba muchas horas con grande gusto en oir confesiones, y despachaba primero á los que eran más pobres y desvalidos.

Tuvo una santa costumbre, que le duró aun siendo viejo y cuando apénas se podia levantar de la cama, y era que todos los viérnes en el refectorio besaba los piés á los religiosos de casa.

Cuando volvió de la jornada de Roma este Venerable Padre, fué á la ciudad de Córdoba, donde tuvo á su cargo las cosas espirituales otros doce años continuos, y entónces compuso los tres tomos de que gozamos, tan llenos de celestial doctrina y espíritu; y á un librero, diciéndole que se vendian muy bien sus libros, le respondió: «Importa eso muy poco,» que lo que hacia al caso era si se aprovechaban bien de ellos los compradores, porque todo su fin en imprimirlos era el bien de las almas y la gloria de Dios, y aunque lo que escribió fué en castellano, despues se ha traducido en varias lenguas, y se han repetido muchas veces las impresiones.

El año de 1606 fué á Sevilla para hallarse en la Congregacion Provincial, donde gastó lo restante de su vida en la Casa Profesa, ayudando á muchas almas en el espíritu, y dió los últimos remates á sus escritos.

En los dos últimos años estaba tan débil y enfermo, que no se hallaba con fuerzas para decir Misa, mas, por no carecer del Pan celestial, recibia la sagrada Comunion cada dia de mano ajena. No perdonaba tampoco á algunos rigores que podia hacer en esta edad, y diciéndole un Padre que se fuese á la mano y se moderase, que ya no tenia fuerzas para nada, le respondió con una sentencia digna de un tan gran maestro de espíritu: «El dia que uno no trabaja, bien se puede contar entre los muertos.»

Finalmente, habiendo recibido los Sacramentos, murió con mucha paz y sosiego, á los noventa años de su edad y setenta de Religion, habiendo mucho tiempo que habia hecho los cuatro votos solemnes.

Fué su muerte á 21 de febrero de 1616. Hízose el entierro con mucho concurso de gente y personas de todos estados, procurando cada cual con gran afecto y ternura besarle las manos al difunto, tocar rosarios y alcanzar alguna reliquia, venerando un retrato de este Venerable Padre que hizo un famoso pintor.

Fué varon adornado de heróicas virtudes y dotado de mucha santidad, imprimiéndola primero en su corazon que en los libros que dejó escritos.

Reconociéronla tambien muchos que le conocieron y trataron; y así, viniendo á esta corte de paso un Oidor de Valladolid, que iba á serlo de la sacra Rota de Roma, encomendándole los Padres el negocio de la beatificacion del P. Luis de la Puente, dijo: «Está bien, ¿pero por qué no me piden lo mismo para el santo P. Alonso Rodriguez?»

Otro devoto de este siervo de Dios deseó mucho tener una reliquia de su cuerpo, y hallando modo de visitarle secretamente, le halló hasta entónces en-

tero, y arrancándole la reliquia que deseaba, salió tanta sangre de ella que llenó un lienzo.

Escribió de este siervo de Dios el P. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*.

P. NIEREMBERG.

## P. LUIS DE LA PUENTE

EL P. Luis de la Puente fué de nacion español y natural de Valladolid. Desde su primera edad fué inclinado á la virtud. Siendo de veinte años pidió le recibiesen en la Compañía, y fué en ella admitido el año de 1575, habiendo acabado la Filosofía y cursado dos años con gran utilidad en la sagrada Teología. Y aunque es verdad que estuvo mucho tiempo luchando consigo, dudoso de la Religion que escogeria, porque su afecto le llevaba á la sagrada Orden de Santo Domingo, pero por otra parte le combatian tantas mociones interiores para que entrase en la Compañía, en especial cuando consideraba el fruto copioso que en ella cada dia se experimenta, procurando la salud de las almas, que le parecia imposible resistir los divinos avisos.

Salíase al campo á templar un poco con el desahogo su pena, y allí á rienda suelta prorrumpia en gemidos y se anegaba en suspiros y lágrimas. Pedia á Dios humildemente no permitiese que él ignorase su gusto en tan dudoso conflicto, pues sólo deseaba cumplir su voluntad.

En esta dudosa contienda estuvo seis meses, pero siempre que se recogia á la oracion y mostraba sus deseos en la presencia de Dios, se inclinaba mucho á pensar que queria su Majestad que fuese de la Compañía; en fin, se resolvió de todo punto á entrar en ella, movido de los sermones del P. Martin Gutierrez, varon de esclarecida santidad, y admirado de la modestia que el P. Francisco Suarez tenia en las disputas de la sagrada Teología.

En Medina del Campo echó nuestro Luis los primeros cimientos de su santidad, pasando allí su noviciado, en donde estaba entónces todo con aquel fervor que el P. Baltasar Alvarez poco antes habia plantado; y allí se ejercitaba con tanto denuedo en tan insigne palestra de santidad, que ya desde entónces se miraban en él los demás como en un escogido dechado de perfeccion.

Despues, por mandado de los Superiores prosiguió los estudios, en los cua-

les dejó muy atrás á todos sus condiscípulos por su claro ingenio, ánimo fervoroso y maduro juicio.

Ordenóse de sacerdote el año de 1580, y acabó el curso que llaman de Aristóteles, leyéndolo públicamente en Leon, y profesó la sagrada Teología con mucha agudeza, gravedad y erudicion, envidiando todos en sus actos públicos su agradable modestia, la cual él antes habia amado y admirado en el P. Francisco Suarez.

Pero como se aventajase no sólo en religion y pureza de vida, sino tambien en ingenio y doctrina, ordinariamente le ocupaban en los cargos de Rector y Maestro de novicios, los cuales ejercia con grande aprobacion. Pero por la poca salud que ordinariamente tenia, le fué forzoso cortar el hilo al gobierno y pública enseñanza, y recogerse á los particulares escritos, en que estampó lo que él mismo por mucho tiempo habia aprendido con su perpetua mortificacion y continuo uso de meditacion; y así, no tanto sacaba de otros libros cuanto por experiencia decia.

Porque, haciendo breve suma de su vida y virtudes, en primer lugar amaba tanto la pobreza que siempre usaba de vestidos traidos; contentábase con pocas alhajas, y siempre comia los manjares ordinarios en el refectorio con todos los demás, sino es que fuese precisamente por alguna enfermedad.

Siempre guardó castidad intacta, mostrando bien en el semblante y modo de proceder su virginal pureza.

A los Superiores que habian sido antes ó discípulos ó súbditos suyos, obedecia admirablemente, no haciendo cosa sin tomar primero su consejo, y cuando él era Superior, señalaba á otro á quien él obedeciese y le consultase sus cosas.

Era en su conversacion suavísimo y muy agradable á todos, y tan desconfiado de sí mismo, que siendo admirable su ingenio, doctrina y prudencia, sujetaba su parecer al de otro cualquiera, posponiéndole pronto á la censura ajena.

Las virtudes y ornatos que tenia, procuraba encubrir con vigilancia notable, y delante de todos en la comunidad se acusaba y manifestaba de ordinario sus faltas; estaba inflamado de ardiente amor de Dios, en cuya presencia andaba continuamente.

Tenia mucha familiaridad con Dios, fomentándola con perpetua oracion. Tenia tanta devocion y afecto con el Santísimo Sacramento, que muchas noches se le pasaban sin dormir, postrado en tierra delante de él; y de dia le visitaba muy amenudo, gozando de suavísimos deleites, y algunas veces con divinas ilustraciones era iluminado.

Hacia sus ejercicios con tanto fervor, que le parecia casi de ordinario que

la vehemencia del fuego divino le quitaba la vida; tanta era la fuerza del divino espíritu que le llevaba; y en significacion de esto, estando un dia de Pentecostés comulgando á nuestros Hermanos, vino el Espíritu Santo sobre ellos, como lo vió un gran siervo de Dios.

Estando orando algunas veces, y pidiendo á Dios fuerzas para poder con su divina gracia procurar la salud de las almas, se le infundia tan copiosa la luz celestial, que sin poder más consigo, se levantaba de la oracion, y se paseaba para mitigar los divinos ardores; y prorrumpiendo en suspiros y lágrimas, decia: «No más, Señor, no más, no tanta luz, basta, basta,» y le parecia que el aposento se ardia en vivas llamas, y que todo él, interior y exteriormente se quemaba, y que si Dios no templaba la fuerza del fuego, era forzosa su muerte.

Desde entónces se atrevió á empezar á escribir y procurar la salud de los prójimos, con espíritu verdaderamente apostólico. Procuró con gran conato que le mandasen ir á las Indias; pero como no se lo concedieron, animaba á muchos con su consejo para que fuesen. Treinta años estuvo enteros tan atareado y ocupado en la salud de las almas, que jamás descansó del trabajo.

Estando en Villagarcía el año de 1599, pidió encarecidamente que le asignasen al servicio de los apestados, en cuyo oficio asistió con admirable cuidado.

Tenia notable energía para mover los ánimos, facilidad en conocer y discernir espíritus, y fuerza en sus eficaces palabras para sosegar los corazones inquietos. Los ocultos pensamientos de los que le consultaban, conocia con luz divina, no sin gran admiracion de todos.

Muchas cosas le enseñó Dios, siendo de Él sobrenaturalmente ilustrado. Con solas sus palabras libraba á muchos de tentaciones molestas y aflicciones vehementes. Tenia su cuerpo tan mortificado y sus pasiones tan sujetas, que estando treinta y seis años enteros con gravísimas enfermedades y agudos dolores, lo llevaba con tan sereno rostro y resignada paciencia, que era admirado de todos. Los médicos afirmaban sin género de duda, que era milagrosa su vida. Muchas veces se veian ángeles, que con fomentos, unciones y otros refrigerios le confortaban la vida, que casi se le iba á acabar.

Veinte años antes de su muerte hizo voto de no cometer con advertencia pecado alguno, por leve que fuese; porque en los mortales bastantemente estaba cierto no haber caido en su vida. Y así, desde aquel tiempo jamás se pudo notar en él cosa que fuese digna de reprension; de suerte que el mayor trabajo que su confesor tenia, era buscar materia suficiente sobre que cayese la absolucion.

Poseia juntamente con esto liberalísimos dones de la mano de Dios, cuales son facilidad en lágrimas, gracia para sanar los enfermos, espíritu de profecía y admirable y sobrenatural prudencia. Muchas veces veian su cuerpo todo resplandeciente, otras que cuando oraba le cercaba un globo de lucidísimo fuego, y otras que estaba suspenso en el aire echando rayos de sí, temblando toda la casa, y al parecer desencajándose el maderaje de su lugar.

No sin mucha conjetura se piensa por cosa cierta, que, anticipado, previno el dia y hora de su muerte dichosa; porque pidió con prisa acelerada le diesen los Sacramentos, y con mucha discrecion afirmó se llegaba su fin; despues estuvo por espacio de tres horas componiendo ciertos escritos; hecho lo cual, como quien tan bien habia acabado todo lo que, segun la vida mortal, estaba á su cargo, empezó aquel glorioso cántico de Simeon, diciendo: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, in pace;* y de allí á un poco, pronunciando aquellas palabras: *In manus tuas, Domine commendo spiritum meum,* espiró con mucha quietud y sosiego en la ciudad de Valladolid á 17 de febrero, año de 1624, á los setenta de su edad, y cincuenta de su entrada en la Compañía.

Despues de muerto quedó su rostro más sereno que estando vivo, flexibles y tratables sus manos, y con mucha frecuencia se veian ángeles que rodeaban su cuerpo y le hacian como escolta.

Celebróse el entierro con dilatado concurso, y era la veneracion de todos tan grande, que devotos le rasgaban las vestiduras, y le cortaban los cabellos para guardar por reliquias; hiciéronse tambien las exequias con aparato solemne, en que se pusieron famosos elogios.

Fué sepultado de la manera que suele la Compañía enterrar á los santos varones; y despues de diez y nueve meses, á 18 de setiembre del año de 1625, fué trasladado su cuerpo á otro más digno lugar, y aunque estaba la mayor parte comido, pero (cosa que se atribuye á milagro) sin rastro de mal olor quedó la cabeza incorrupta, enjutos y sin lesion los sesos.

A muchos se ha aparecido despues de su muerte rodeado de luces gloriosas; á los cuales, ó declaraba la inmensidad de los bienes eternos que poseia, ó, recreándoles con la vista, les hacia algun beneficio. En diversas veces le vieron con vestiduras diferentes y varias, y otras adornado con la insignia del lauro doctoral, por lo que, inspirado de Dios, escribió en sus provechosos escritos.

Fué cosa particular, que despues de muerto acudia frecuentísimamente desde el cielo á visitar y enseñar á su hija espiritual la Venerable vírgen doña Marina de Escobar, trayendo hábito y vestido de la Compañía, como cuando estaba vivo.

Escribió muchas obras en nuestra lengua materna, que tradujo en latin nuestro P. Melchor Triviño, que son las que sumariamente se siguen. *Meditaciones de los más principales misterios de nuestra fe, de la vida y pasion de nuestro Señor Jesucristo, de la Vírgen Santísima, de los santos y Evangelios ocurrentes, con la práctica del modo con que se ha de tener la oracion en estas materias,* dividido todo en seis partes. *De la perfeccion del hombre cristiano, de cualquier estado que fuere. La vida del P. Baltasar Alvarez.*

Tambien escribió las siguientes obras latinas, que son: *Exposiciones morales y místicas sobre los Cantares,* que contienen unas pláticas y tratados de todos los misterios y virtudes de la religion cristiana.

Demás de esto escribió en romance, para saber confesar, comulgar y oir Misa con perfeccion y rectitud. Dejó tambien escrita la *Vida de la admirable vírgen doña Marina de Escobar,* como confesor suyo, hasta el tiempo de su muerte, que fué el año de 1624.

Puedo pedir perdon á los que conocieron íntimamente á este gran varon, por haber hablado tan cortamente de él; mas no he hecho sino descubrir un pequeño rayo de los grandes resplandores de sus virtuosas obras y dones divinos; porque resplandecieron en él singularmente el de sabiduría, y espíritu profético, y otras gracias milagrosas y maravillosas que piden más larga historia.

P. NIEREMBERG.

## P. ALONSO EZQUERRA

FUÉ el siervo de Dios, Alonso Ezquerra, natural de la villa de Alfaro; su padre se llamaba Fernando Ezquerra, y su madre Juana Diaz, personas muy estimadas y principales en aquella tierra, de los cuales nació nuestro Alonso por los años 1535.

Desde niño fué compuesto y devoto, inclinado á la Iglesia; aprovechó mucho en los estudios mayores, y habiéndose graduado en Cánones en Salamanca, pasó á Roma, y obtuvo de Su Santidad el Arcedianato de Vizcaya y canongía de Calahorra.

Fué tambien cura de Villalba, que le rentaba mil ducados cada año, y Visitador de los obispados de Córdoba y Cuenca, y Provisor de aquel gran Pre

lado, D. Pedro Portocarrero, que movido de la fama de la sabiduría, prudencia, celo y entereza de costumbres de nuestro Alonso, le sacó de Calahorra para introducir por su medio la reformacion que deseaba en su obispado de Cuenca.

Fué mucho lo que en estos oficios hizo y trabajó con copioso fruto y singular estimacion de su persona; todos le tenian por persona de gran entereza, celo y virtud, como verdaderamente lo era, con que aprovechó á muchos, y entre ellos á su mismo padre, porque, viviendo sin temor de Dios y en gran peligro de su condenacion, fue su hijo á reducirle, mas no pudo recabar con él volviese sobre sí y concertase su vida; y aunque echó de ver que con persuasiones suyas no podria corregirle, no desconfió de remedio, sino determinó negociar con nuestro Señor con oracion y penitencia lo que no habia podido recabar con avisos y exhortaciones humanas.

Prometió el piadoso hijo hacer por su padre muchas penitencias y devociones, y, entre ellas, rezar cada dia á la Vírgen Santísima su Oficio, con lo cual mereció cumpliese Dios sus santos deseos; porque con una enfermedad que envió nuestro Señor al padre de Alonso, le mudó el corazon de manera que no se conocia, diciendo á voces que por su hijo se salvaba, y de esta manera murió muy consolado.

Al mismo punto que espiró, reveló el Señor á nuestro Alonso la muerte de su padre, para que, como por sus oraciones le ayudó para salir de sus culpas en esta vida, con las mismas le ayudase á salir de sus penas en la otra. Y así, despues de haber estado muy ocupado una noche y bien cansado de despachar muchos negocios por el Obispo de Cuenca, D. Pedro Portocarrero, apénas se acostó, cuando luego muy apriesa se tornó á vestir y se puso á rezar el Oficio de difuntos.

Admirando esto un hermano suyo que lo observó, le preguntó otro dia qué causa le movió á levantarse tan breve y repentinamente, habiéndose acostado tan cansado. Él le respondió que porque acababa de morir aquella noche su padre y queria ayudar á su ánima con sus oraciones, las cuales continuó despues por muchos dias y noches, porque en él era muy ordinario gastar gran parte de la noche en devociones, y estar largos ratos puesto en cruz.

Aunque por su gran virtud era Alonso de Ezquerra muy amado de todos, la rectitud que guardaba en los oficios que tuvo le ocasionó que algunos, aunque muy pocos, le aborreciesen y procurasen hacer mal; pero defendíale nuestro Señor, favoreciendo su buena intencion y celo.

Siendo Arcediano de Vizcaya en la catedral de Calahorra, hubo cierta competencia entre los racioneros y canónigos de esta Iglesia, en la cual el Arcediano favorecia á los canónigos por parecerle que tenian razon.

Ofendióse tanto de esto un racionero más apasionado, que solicitó á un hombre perdido para que hiciese algun agravio al Arcediano, cuando fuese ó saliese de la iglesia. El hombre le aguardó en una cuesta que habia antes de llegar á la iglesia; estando el hombre en la parte superior, y desde allí le tiró una gran piedra, que dándole en la cabeza, le derribó en el suelo, teniéndole todos los que lo vieron por muerto, por ser el golpe en la cabeza y tirado desde alto y con piedra tan grande, pero el Arcediano se levantó bueno y sin herida alguna, diciendo que no era nada; sólo quedó el pacífico varon con este cuidado que no hiciesen daño alguno á quien se le habia procurado hacer á él tan grande.

Todos sus oficios ejercitó con gran celo, solicitud, prudencia y recato, como se podrá echar de ver por lo que él mismo cuenta en su libro, donde dice que, siendo Visitador en el obispado de Cuenca, le llevó un cura á ver una endemoniada, y á instancia suya comenzó el cura á conjurar al demonio, que en aquella ocasion estaba muy furioso, y yendo el conjuro adelante, le dijo al cura le mandase declarase por qué causa habia entrado en el cuerpo de aquella mujer.

Hízolo el cura en nombre del Señor, y el demonio respondió: «¿Helo de decir claro?» Entónces, receloso el Visitador de que el demonio, como espíritu de inmundicia, no hiciese de las suyas, le dijo al cura le mandase se lo dijese primero al oido en secreto, y segun la cosa fuese, le mandase la dijese ó la callase.

Hízose así, y habiéndole entendido, le dijo: «Si eso es para gloria de Dios, te mando lo digas claro.» Obedeció el demonio, y dijo: «Entré en esta mujer por una maldicion que la echó su padre,» y hallando ser verdad que su padre estaba muy enojado contra ella porque se habia casado contra su voluntad, nuestro Alonso Ezquerra dió traza para que luego se reconciliase la hija con su padre, pidiéndole perdon, y despues por medio de la invocacion de S. José, salió el demonio mal de su grado.

Quien quisiere ver más á la larga este caso, le hallará en el libro de *Nuestra Señora* del P. Ezquerra, en el paso duodécimo, capítulo II, que yo sólo he querido apuntarle para que se vea la prudencia y recato con que procedia.

Ocupado en estos empleos eclesiásticos, llegó este devoto varon hasta los cincuenta y dos años de edad, cuando sus grandes dotes y oficios le prometian muchos aumentos en el siglo; mas dejólo todo con gallarda resolucion por seguir desnudo á Cristo Señor nuestro, y vivir y morir en su Compañía, causando no pequeña admiracion á los que con ojos de la carne le miraban en tanta altura.

En materia de costumbres tuvo en la Religion poco ó nada que dejar el

que en el siglo habia vivido tan cuidadoso de su salvacion, tan celador de la de sus prójimos. El fervor que tendria en su noviciado se deja bien conocer por el que conservó toda su vida.

Fué muy de admirar en persona de sus prendas se amoldase tanto á la Religion, haciéndose como niño en ella, teniéndose por el criado y esclavo de los demás; y así, faltando el despensero, pidió con grande instancia aqueste oficio tan humilde, pareciéndole que no era bien le ejercitase otro, estando él para poderlo hacer, aunque juzgaba que á él le venia muy ancho.

Acabado el noviciado, le empleó la santa obediencia en los ministerios y trato de los prójimos; despues, no sin gran violencia suya, fué Rector del colegio de Cuenca con notable acepcion de los de dentro y fuera de casa, venerándole todos como á santo.

Desde allí vino al colegio de Alcalá, donde por espacio de algunos años hizo el oficio de Prefecto de espíritu y confesor de los de casa, hasta que la falta que le sobrevino de los oidos obligó á aliviarle de este empleo, siendo cuando lo ejercitaba, con su gran celo y prudencia el alivio de los Superiores, y con su amor y blandura padre de los de casa, en quien reconocian una perfecta copia de los muchos y excelentes dechados de santidad, que con elocuentísimo estilo recopiló en el tomo II de la *Historia* de aquel colegio que compuso por órden de los Superiores.

## II

### *Sus virtudes religiosas.*

Esmeróse siempre mucho el P. Ezquerra en el estudio de la mortificacion; tomaba cada dia dos veces disciplina con tanto rigor, que los que vivian en su tránsito se vieron obligados á pedir al Superior se las moderase; los cilicios tambien eran cuotidianos.

Siendo ya de ochenta y dos años, siete dias antes de su muerte, entrando en su aposento el Hermano que le acudia, le cogió de repente que estaba quitándose un áspero cilicio de hierro, de puntas tan agudas y tan asidas á la carne, que no podia el santo viejo desprenderlas. Riñóle el Hermano, y díjole, que para qué hacia semejantes excesos. Respondióle el Padre que porque estaba cercana su muerte.

Admirable fué el teson que tuvo en castigarse, pues ni edad tan anciana como la de ochenta y dos años, ni los muchos achaques, ni los rigurosos frios del invierno, ni los molestos calores del verano fueron parte para que este fervoroso viejo diese algunas treguas á su cansado cuerpo. Todos los dias le

hacia sufrir el cilicio y el castigo de las disciplinas hasta sus últimos años, mientras se lo permitieron los Superiores. Ayunaba siempre con gran rigor los advientos y todos los sábados y viérnes del año.

En un librito que le hallaron despues de su muerte, donde por consejo de sus confesores los años pasados escribia los sentimientos y mercedes que nuestro Señor le comunicaba en la oracion para que no se le olvidasen, y con el olvido cesase el agradecimiento, dice que le habia nuestro Señor dado á sentir que la carga de su cruz no sólo no gasta, pero aun ayuda á las fuerzas del cuerpo, y que el modo de gozar el alma del cuerpo es gastándole para su bien; así como se dice goza uno de su hacienda cuando la gasta en las comodidades del cuerpo, y al contrario, cuando la tiene muy guardada en el cofre, decimos no sabe gozar de ella.

Esta misma constancia guardó en la mortificacion del gusto. Luego que entró en la Religion propuso en reverencia de la Santísima Vírgen de dejar todo lo que fuese de algun regalo. Jamás echaba salsa en la comida, hasta las yerbas (si el del lado no lo advertia) se las comia como venian de la cocina, sin echarles aceite y vinagre; sal nunca la probó de su mano ni bebió vino en muchos años, hasta pocos meses antes de su muerte, que por sus achaques le obligó el Superior á que lo bebiese.

No admitia regalos en su aposento, aunque tan debidos á su mucha edad y prolijos achaques. El último invierno de su vida le envió el Superior, por la necesidad que vió tenia por sus achaques y vejez, cierto dulce para que se desayunase por las mañanas. El Padre lo extrañó mucho, hasta que, haciéndole instancia lo tomase por ser medicina muy á propósito para un achaque penoso que padecia, se rindió y lo aceptó.

Apénas habian pasado cuatro credos, cuando, como si el regalo fuera veneno, sin haberlo probado, salió de su aposento muy sobresaltado en busca del Superior, y en encontrándole le suplicó encarecidamente se volviese á llevar aquel regalo, porque, como nunca habia usado de él en la Religion, no se hallaba ahora con él ni podia quietarse su espíritu, teniendo en su aposento semejante cosa.

Fué hasta la muerte gran seguidor de la comunidad, que no es pequeña prueba de su mortificacion; y llegó á tener tanto gusto en esto, que lo que más sentia en sus achaques era el verse impedido para no poder seguir en todo la comunidad. Fuera cosa larga detenerme á referir los artificios de que usaba, estando sordo, para levantarse con todos y acudir á las demás cosas de la comunidad.

Era severísimo juez en castigar en su persona cualquier apariencia ó sombra de falta, sin que en el tribunal de su conciencia valiese para excusa del

castigo el haber faltado por inadvertencia; y así tenia escrito en su librito: «Los actos desordenados, aunque sean inadvertidos, los he de castigar con alguna penitencia en los hábitos malos en que tienen su raíz.»

Mucho más excelente fué en la abnegacion perfecta de sí mismo y en la mortificacion de su propia voluntad, en que tuvo copiosa materia, especialmente los años últimos de su vida, y así, le previno nuestro Señor con tiempo y le animó para tan dura pelea; porque, meditando el Padre una vez en la aparicion de Cristo nuestro Señor á los dos Discípulos que iban á Emaús, y deseando su alma hallar modo cómo hacer fuerza al Señor para que se quedase con ella, oyó la respuesta interior, pero clara, que le dijo: «Hazte fuerza á ti y harásmela á mí.» Con lo cual entendió que era enseñarle á pelear contra su propia voluntad.

Otra vez en unos Ejercicios, ofreciéndose todo afectuosamente á nuestro Señor, oyó interior, pero claramente que le decian que él era como el que decia á un amigo: «Tomad esos quinientos ducados,» y nunca se los entregaba, ni los sacaba del arca. Propuso entónces con la divina gracia de enmendarse y gastarse todo en servicio de Dios.

De esta mortificacion tan perfecta le provenia una rara pureza de cuerpo y alma, en que siempre fué recatadísimo, y despues en la Religion la tuvo tan grande, que podria parecer á alguno demasiada.

Era de su natural muy salado y apacible en sus conversaciones, bien entendido en la poesía y ejercitado en ella; con todo eso, despues que entró en la Religion, meditando un dia en la pureza virginal de la Vírgen María, dice en su librito le habia dado nuestro Señor á conocer que los pensamientos blandos y amenos, como de prados, jardines, fuentes, etc., no decian con la entereza y delicadeza de la perfecta castidad, y desde entónces propuso con la resolucion que él solia, de no darles lugar en su alma, y mucho ménos en su lengua, y así lo guardaba exactísimamente.

Aseguró esta preciosa joya de la pureza de su alma con la grande humildad que conservó en su corazon toda su vida religiosa, holgándose con sus desprecios, de la cual le nació que, estando ya muy sordo, se puso al cuello una tablilla del A, B, C, con un puntero, no tanto para que le hablasen, señalándole las letras que formaban las palabras que le querian decir, cuanto por hacerse más contentible con aquella insignia.

En la guarda de la pobreza fué tan menudo como el novicio más escrupuloso; buscaba y gustaba de que se le diese lo peor; y si tal vez le obligaba el Superior se vistiese algo nuevo, andaba corridísimo; y cuando era Superior no admitia cosa que fuese nueva, y una ropa que le hicieron una vez, por más que lo procuraron, no se pudo recabar con él que se la pusiese.

Dábale una vez un Hermano un rosario, y reparando estaba ensartado con unas hebras de seda, no quiso recibirle, hasta que se ensartase en una cuerda de vihuela. Estando enfermo, le llevó un Hermano un bizcocho y no pudo hacérsele comer, diciendo el siervo de Dios que aquel era manjar muy precioso, y que para él una corteza de pan sobraba.

Nunca dispuso de un pliego de papel ni de alguna medalla ó estampa ó cosa semejante sin licencia del Superior, ni se le conoció alhaja de algun valor. Sus cuadros y láminas preciosas eran dos estampas de papel, harto gastadas, una de Cristo crucificado y otra de su Santísima Madre, y con ellas despertaba y cebaba su devocion.

Confirmóle nuestro Señor grandemente en este tan raro desasimiento de las cosas de la tierra, desde un dia que, meditando la pobreza del establo de Belen, en que habia nacido el Niño-Dios, y cotejándola con las camas y ricos pañales en que nacen los hijos de los reyes, oyó en lo interior de su alma estas palabras: «Aquella es mejor tierra, que ménos se pega.»

En la obediencia fué puntualísimo, y ya sabian los que le trataban que la razon perentoria para persuadirle alguna cosa, era alegarle lo ordenaba así el Superior. Decia que el religioso habia de ser como una bola, que toca á la tierra en un punto, y que con el pié que le tocasen habia de rodar hácia donde le echasen. No se atrevia á dar paso que no fuese registrado con la obediencia, pidiendo licencia para cosas harto menudas.

Sucedióle una vez (pondré el caso con sus mismas palabras) «Ordenándome el Superior una cosa, propuse con alguna fuerza, y se encomendó á otro; al otro dia ofreciéndome, como otras veces lo hago, por siervo y esclavillo de la Santísima Vírgen, oí interiormente que me decia: «¿Para qué te quiero yo, sino para que trabajes, sirvas y obedezcas?» Y fué con tanta fuerza esta reprension, que tuve confusion y vergüenza y abundancia de lágrimas. Y en saliendo de la oracion, fuí al Superior á decirle tuviese por bien cumpliese yo con aquella obediencia, concediómelo y sosegueme.»

Desde entónces quedó tan escarmentado viendo no le habia sido bien contado aquel modo de proponer en el acatamiento de la Santísima Vírgen, su Señora, que nunca más propuso.

Visitábanle en la última enfermedad que tuvo dos de los mejores médicos de la Universidad de Alcalá, y reconociendo por una parte la gravedad del mal, que eran unas tercianas dobles, recísimas, y por otra que el pulso indicaba más fuerzas de las que su edad prometia, se determinaron por único remedio á sangrarle; sólo reparaban en si el Padre vendria bien en ello; avisáronselo por señas y al punto ofreció el brazo para que se ejecutase lo que los médicos ordenaban, y lo mismo hizo cuando le recetaron la segunda san-

gría, que se le hizo el mismo dia en que murió, que fué al quinto, dejando admirados á los médicos con tan rara obediencia y resignacion.

Así estas virtudes, como las demás con que tenia su alma enriquecida, las alimentaba con un continuo riego de una fervorosa oracion y familiar trato con nuestro Señor, y su Santísima Madre, y del santo Angel de su Guarda, y otros santos con quienes tenia especial devocion.

Las mercedes, las hablas interiores, las luces, visiones y regalos que aquí se le comunicaron, piden más delgada pluma, y algunas no las fió el mismo P. Ezquerra de la suya, contentándose con sólo hacer mencion del dia y festividad en que habia recibido aquel singular favor.

Algunos no es justo pasarlos en silencio, ya que este siervo de Dios, como tan humilde, los tuvo tan secretos en vida, que ni uno comunicó á los que más íntimamente le trataban, lo cual no es leve indicio nacian de buen espíritu.

Pondrélos con las mismas palabras que este siervo de Dios los escribió, así por no ofenderlos con las mias, como porque á los que conocieron al P. Alonso Ezquerra, y su gran verdad y sinceridad, ellas con su autoridad se los persuadirán fácilmente.

## III

### *Favores que recibió del Señor hasta su muerte.*

El dia que se rezó del Angel de la Guarda, el año de 1621, que en Cuenca fué á 6 de octubre, por las concurrencias de otras fiestas, recibió el favor que el mismo siervo de Dios cuenta por estas palabras:

«Acabando de tener oracion por la mañana, vi en vision imaginaria á mi lado un mancebo robusto y hermoso, armado el cuerpo, los brazos desnudos, con un capelo á modo de rodela en la cabeza y una lanza en la mano, con el yerro de forma de los dardos ó saetas; entendí era el Angel de mi Guarda, y despues de haber dado gracias á nuestro Señor y al mismo Angel, me parece le dije, que, pues se mostraba tan afable, queria gozar de la merced, y paseándonos por el aposento le comencé á pedir perdon del poco respeto que le habia tenido toda mi vida, y de las muchas descortesías que con él habia usado en las ofensas que habia cometido contra nuestro Señor.

«Prosiguiendo en este coloquio, de repente me vinieron copiosas lágrimas, y siempre paseándonos, hasta que me puse de rodillas á rezar las Horas menores, y él estuvo á mi lado en pié, y me acompañó al altar mientras dije Misa, y al tiempo del consagrar se quitó el capelo y se puso de rodillas, y así

estuvo hasta haber consumido, y despues me fué acompañando, y me parecia que por llevar en mi pecho el Santísimo Sacramento me miraba con más respeto que antes de decir Misa, y dúrame esta vision ya ha dos dias; y he advertido que al rezar el Rosario y las demás oraciones de nuestra Señora, cuando pronuncio el santísimo nombre de María, se me acerca más; hasta ahora los efectos han sido oracion más quieta y fervorosa, dolor de pecados, cercenar la comida y haber ahuyentado pensamientos impertinentes.»

Al principio gastábase mucho este devotísimo varon en la oracion vocal, hasta que, dando gracias despues de haber celebrado al tercer dia de una semana de Ejercicios: «Vi (dice) más clara y más interiormente que jamás le habia visto á Cristo nuestro Señor, hermosísimo y resplandeciente, que se asentó dentro de mí mismo y como teniéndome las manos de mi alma, que me pareció la veia en figura humana como un niño hermoso, me dijo: «Estate un poco conmigo.»

Entendí que queria que las gracias de despues de la Misa fuesen meditando en Su Divina Majestad y no con oraciones vocales; cesé de ellas con intencion de proseguirlas despues, y de esta manera, teniéndome de las manos, estuve un rato mirándole con los ojos del alma con grande consuelo; pasado este rato, proseguí con las oraciones vocales, y ya ha tres dias que doy gracias en esta forma, que me hace esta misma merced, y despues entre dia se me ofrece esta misma presencia suya algunas veces.»

Con este y otros semejantes favores bien se dejan ver los deseos, las ansias y la devocion con que llegaria esta bendita alma á comer el Pan de la vida.

Eran tan continuas las mercedes que recibia en la oracion, y tan grande la estima que concebian todos del P. Ezquerra por este tiempo, por lo que reconocian en su aspecto y trato de los destellos del cielo, que su espíritu humilde, temeroso de sí mismo, suplicaba á nuestro Señor instantemente que para contrapeso de esto dispusiese las cosas de manera que sus flaquezas y miserias fuesen conocidas de todos, y algunos tuvieron por efecto de esta peticion los penosos achaques, las aflicciones y las sequedades y desolacion que padeció en los últimos meses de su vida.

Era tan dado á la oracion, que parece no vivia de otra cosa, y á este paso era grande la estima que tenia de ella y el cuidado de lograr el tiempo que tenia señalado para ella. Preparábase atentamente, y acabada la oracion, gastaba casi media hora en examinarla; casi todo el tiempo que le sobraba de la oracion mental le gastaba en la vocal, mezclándola siempre con unas jaculatorias tan devotas y fervientes, que pegaba fuego á los que, sin ser vistos del Padre, se las oian.

Los últimos años no se le caia de la boca el Ave María y el Gloria Patri; y estaba tan habituado á esta devocion, que durmiendo y en lo más ardiente de sus calenturas la estaba repitiendo. Mientras tuvo salud, rezó siempre el Oficio divino y el de nuestra Señora de rodillas.

La más ordinaria materia de su oracion era la Pasion de Cristo nuestro Señor, de la cual fué devotísimo, y la vida y admirables virtudes y excelencias de la Santísima Vírgen. ¿Quién ignora cuán señalado fué el P. Ezquerra en la devocion de piedad para con esta Señora? Lleno está de ella el libro que en honra suya sacó á luz con título de *Pasos de la Vírgen Santísima.* Y fué tan particular la asistencia de esta Señora y tan grande la dulzura y suavidad de espíritu que sentia cuando le compuso, que le escribió todo de rodillas, gastando catorce años en escribirle.

La elegancia y elocuencia del estilo que muestra en este libro, la copiosa y exquisita erudicion de varios autores y diferentes materias, particularmente en las morales, en que fué doctísimo y de muy acertado parecer, han sido muy estimadas y alabadas aun de los más eruditos. Todo el resto de su vida se conservó en una continua presencia de esta Señora, y tuvo singular gracia en imprimir en los corazones de los que trataba una tierna y filial devocion para con ella.

Todos los sábados y vísperas de sus festividades, ayunaba en reverencia suya y salia con disciplina al refectorio. Todos los dias le rezaba su Oficio entero, el Rosario y otras muchas devociones que tenia. Cuando pasaba por donde hubiese alguna imágen suya hincaba la rodilla en tierra, y si no recelaba registro, proseguia por algun tiempo regalándose con esta Señora, como lo pudiera hacer un hijo muy querido con su madre, si la encontrara despues de larga ausencia.

Increibles parecerán los favores con que aun en esta vida quiso galardonar á este su siervo y devotísimo capellan la Reina de los ángeles, á quien no conociere la noble condicion de esta gran Madre, y la incomparable liberalidad con que acostumbra galardonar aun los más pequeños servicios.

Parece habia tomado á su cargo esta Señora el amaestrar á este su siervo en el camino de la perfeccion; ella le enseñaba lo que habia de hacer; ella le reprendia las más leves imperfecciones y purificaba de ellas su alma; ella le introducia con su Santísimo Hijo y le regalaba y consolaba como amorosa Madre.

Meditando una vez en aquel verso: *Lava quod est sordidum,* vió á su alma con los ojos espirituales en forma de una niña vestida de diferentes andrajos, que entendió significaban sus afectos á las cosas temporales de sus hermanos, y haciendo un acto de dolor, vió que la Santísima Vírgen con un paño

limpiaba su alma de aquellas inmundicias, pero que quedaban algunos granos pegados al alma.

Suplicóle que le limpiase del todo, y la Madre de misericordia prosiguió quitando los granos. «Despues de esto (dice) quedó una llaga grande de la cual salia materia y sangre; limpiábamela, pero siempre manaba. Duróme esta vision casi toda la hora de oracion de la mañana y el exámen de ella, y mientras recé las Horas menores del Oficio del dia y del menor de la Vírgen, y comencé á rezar el Rosario, y vi que la Vírgen Santísima perseverando en curarme la llaga, la esprimió y cerró y limpió, aunque quedó la cicatriz, la cual no habia quedado en los demás granos.

»He buscado en mi alma el vicio rey, que entiendo eso significa esta llaga, y por ahora me parece ser el amor de mis deudos y pensamientos de sus comodidades temporales.

»Otra vez, acabando de hacer el acto de contricion, vi (á mi parecer fué con vision intelectual) que la Vírgen Santísima, mi Señora, me daba á comer el divinísimo corazon de su Hijo Sacrosanto, y quedó el mio blando, suave y fervoroso para su amor; y esta merced me duró más de un año, todos los dias, y algunos dos ó tres veces, hasta el dia del Corpus de 1631, en el cual en la oracion de la mañana, en el Ave María con que le doy principio, se me representó la Vírgen con una hostia grande en las manos, dándome á entender estaba consagrada y que la recibiese, y vi que la hostia que habia visto entera estaba ya partida, y puestas las dos partes como las pone el sacerdote para consumirlas, y que me la llegaba á la boca, y yo dije con toda reverencia y devocion: *Domine non sum dignus,* etc. Y recibí la hostia, dándomela la Vírgen, y besando yo las puntas de los dos dedos con que la traia. Los efectos presentes fueron humildad y copiosas lágrimas.»

En los Ejercicios del año de 1623, habiéndolos enderezado á la union de su alma con nuestro Señor, en las gracias de la última Misa de estos Ejercicios, pidiéndole á la Vírgen Santísima le alcanzase esta merced: «Me pareció (dice) con conocimiento extraordinario, que tomaba en sus virginales manos mi alma, y la entraba en la sacratísima llaga del costado de Cristo, y que Su Divina Majestad ayudaba á esto.» En esta preciosísima llaga moraba esta bendita alma; aquí satisfacia su sed; aquí descansaba gozando de los más regalados vinos de su amado, y decia con la Esposa santa: *Quia meliora sunt ubera tua vino.*

No se puede decir en pocas palabras la devocion que tenia con la Pasion de Cristo Señor nuestro. Tenia en su aposento una cruz de madera de buen tamaño, y poniéndosela en los hombros, andaba por largo espacio de tiempo por su aposento, haciendo sus estaciones de las dos estampas de papel,

de que ya hice mencion, y de cuándo en cuándo se dejaba caer en el suelo, debajo de la cruz, en memoria de cuando Cristo Señor nuestro cayó con ella.

A estas estaciones juntaba las disciplinas rigurosas que dije arriba, como tambien dije ayunaba todos los viérnes del año en reverencia de la Pasion de Cristo Señor nuestro. De su frecuente meditacion le nacia una gran ternura que sentia cuando le nombraba, y una afectuosa compasion de los dolores y afrentas de este Señor.

Considerando un dia la sentencia que dieron de muerte contra el Salvador: «Alcé (dice) los ojos del alma á Su Divina Majestad, como doliéndome de esta desatinada blasfemia, y Su Divina Majestad me volvió los suyos amorosos, y me abrazó, y suplicándole que fuese abrazo eterno, me pareció me embebia todo en sí mismo, y desde allí juntos llevamos la cruz hasta el Calvario, con particular satisfaccion de mi alma.»

Con esta meditacion de la Pasion del Salvador se encendia el siervo de Dios en un ardentísimo amor de este Señor, deseando dar por él la vida. A este fin por muchos años hizo instancia á Su Divina Majestad le concediese la gracia del martirio, y por acercarse más á la ocasion, el año de 626 escribió apretadamente al P. Provincial le señalase para las misiones de Indias entre infieles.

Trocó el Señor la gracia que él pedia en otra, dándole un prolijo martirio de su divino amor, por medio de una vejez cansada, llena de achaques muy penosos y muy contrarios á su natural, llevándolos con gran paciencia, y queriendo de buena gana vivir tanto tiempo muriendo, ántes que apartarse un punto de lo que era gusto de su Dios.

Por ventura quiso significarle la Divina Majestad este martirio de amor en una maravillosa vision que el Padre refiere por estas palabras: «Meditando la prosa: *Veni Sancte Spiritus*, en aquella palabra, *Veni lumen cordium*, se me representó el Espíritu Santo en figura de paloma, asentado sobre mi corazon, que con el pico le heria en diferentes partes; parecíame eran heridas de amor. Y así, en este largo martirio el juez, y el ministro que le ejecutó, y la causa y motivo que en él hubo, fué el amor divino.»

De este gran amor para con Dios se originaba un ardiente celo de la salvacion y perfeccion de sus prójimos, derramaba por esto muchas lágrimas, acrecentaba penitencias, no perdonaba á ningun trabajo.

En cierta ocasion dábale gran pena se estorbase el aprovechamiento de un su encomendado, y pedíale á nuestro Señor afectuosa é instantemente lo remediase; estando en lo más fervoroso de su oracion, oyó que le decia Cristo bien nuestro: «Por ventura conduéleste tú más de los hombres que

yo.» Y de esta respuesta concibió grandes esperanzas de que Su Majestad le habia de remediar presto, y así sucedió.

Murió este devotísimo Padre á los 17 de julio del año de 1637; era dia de viérnes entre las once y doce de la noche, cuando comenzaba el sábado, no sin particular providencia de nuestro Señor, para que quien habia empleado su vida en la meditacion é imitacion de su santísima Pasion y de los pasos admirables de María, en su muerte tuviesen parte los dos dias dedicados á su veneracion, y así, murió á la media noche en el confinio de ambos dias.

Lo cierto es, que conforme las fuerzas que indicaba el pulso el viérnes en la tarde, ni los médicos ni los de casa entendian caminára tan apriesa.

Murió recibidos los santos Sacramentos, el de la Eucaristía por Viático, y despues el de la Extremauncion muy á tiempo. Mientras le decian la recomendacion del alma, estaba él adorando con muestras de singular dulzura las sacratísimas llagas de un Crucifijo, y en acabando de leerle la Pasion por S. Juan, dió su bendita alma al Señor, en quien piadosamente confiamos le cumplió en este trance lo que en vida tan ansiosamente le habia el Padre suplicado, como lo dejó escrito por estas palabras: «Suplicando muchas veces afectuosamente que el camino de mi alma á la hora de la muerte fuese por la llaga del costado de Cristo á su santísimo Corazon, se me dijo en la oracion de la mañana: *Intellectum tibi dabo, et instruam te; in via hac, qua gradieris, firmabo super te oculos meos.*

El Señor sea bendito por las maravillas que obra en sus siervos, y en este no fué poco admirable.

Su vida escribió el P. Andrés de Rada, y de él hace memoria Felipe Alegambe en su *Biblioteca*.

P. NIEREMBERG.

## H. FRANCISCO DE MONTEMAYOR

ESTE bendito Hermano y fiel siervo del Señor tuvo tal opinion de santo en todos los que le conocieron y trataron, así seglar como religioso, que unánimes y conformes le dieron esta aclamacion, y á la medida del concepto que hicieron de él, fué la estimacion que tuvieron de su santidad, juzgándole por digno de ser escrito en el catálogo de los varones ilustres de

nuestra Religion, en la cual entró santo, vivió santo y murió con opinion de santidad, y como de tal escribieron su vida para ejemplo de seglares y religiosos, los Padres y Maestros que tuvo en la Compañía y el P. Miguel de Arbizu, en cuyas manos murió, y siendo Provincial de Castilla, me la envió para que se pusiese en este libro para comun edificacion.

Por obedecerle en todo y para mayor crédito de la verdad, la he querido imprimir en la misma forma y estilo que la envió, aunque sea diferente del mio, siguiendo en esto á Fr. Laurencio Surio, que lo hace así en las vidas de los santos para mayor crédito de la verdad; va dividida en párrafos, conforme á nuestro estilo, y dice así:

## I

### *De su nacimiento, patria y educacion.*

Nunca cesa la providencia divina de fundar el hermoso edificio de la Iglesia militante sobre montes santos de perfeccion, como nos lo dice David: *Fundamenta eius in montibus sanctis,* y entre estos podemos contar con mucha razon y fundamento al religioso y observante H. Francisco de Montemayor, en quien resplandece mucho la misericordia divina, levantándole á esta altura, siendo humilde y pobre su orígen, con que se conoce que no es Dios aceptador de personas, y que no daña la falta de los lucimientos que ama el mundo, ni aprovecha la sangre ilustre, heredada de los mayores, si se vive mal; y más importa la virtud que el mayor lustre.

Nació el H. Francisco de Montemayor en un pueblo de Castilla la Vieja llamado Puras, y podemos tener por pronóstico feliz de su grande pureza este solar. Su padre se llamaba Alonso Lopez, y su madre Brígida de Montemayor, labradores honrados y pobres, aunque ricos en virtud y dichosos en la conformidad de voluntades con que vivian contentos.

Quiso Dios darles para más estrecho lazo de la vida maridable un hijo, á quien pusieron por nombre Francisco, y á quien miraron desde su nacimiento como á prenda querida que nuestro Señor habia sido servido de darles para consuelo y alivio de los trabajos de esta vida.

No tenia Francisco dos años, cuando le llevó Dios á su padre, privándole de este arrimo y dejándole sin la educacion con que los padres crian en virtud á sus hijos con el freno del temor paterno, que es el más poderoso para refrenarlo.

Quedó huérfano Francisco, y viuda su pobre madre, la cual, aunque sintió este golpe, pero, como virtuosa y cristiana se conformó con la voluntad

divina y templó parte el dolor con el hijo que le quedaba, esperando que le daria buena vejez.

Temia que su hijo no se criase mal, por ser hijo de viuda á quien faltan fuerzas y bríos para corregir el ímpetu de un mal natural, inclinado á seguir su antojo; mas presto le alivió esta fatiga la buena inclinacion y suave natural que su hijo mostraba en los primeros años de su infancia.

Conoció que era muy dócil y rendido, y que le habia dado Dios un alma cual dice el Sabio que su Majestad le habia concedido; conviene á saber, muy sin embarazos, ni resistencias de malas inclinaciones para escribirse en ella la ley divina. Y aunque es verdad que los niños, como tiernas plantas, han menester arrimos para que no suban torcidas, Francisco era de tan dócil condicion y tan bien inclinado, que no le hizo falta este remedio.

Procuró su buena madre que aprendiese á leer y escribir, y así por su pobreza como por la poca comodidad que suele haber en lugares cortos, sólamente tomaba las lecciones que algunos piadosos le daban por verle tan aficionado á las letras y diferente de las travesuras de los otros muchachos.

Tambien era forzoso que nuestro Francisco fuese á guardar algunas ovejuelas de su madre. Apacentaba cuidadoso su ganado, y juntamente daba pasto á su alma con rezar sus devociones, levantar el corazon á Dios, que como Padre amoroso le prevenia en la soledad con sus luces para que le amase.

Recreábase su tierno espíritu con tiernas jaculatorias, pidiendo á la misericordia divina le guiase; y si alguna vez queria divertir la fatiga del oficio, decia algunos cantares buenos que habia oido; era en él muy ordinario, y de su genio esta cuartilla:

*¡Quién jamás no te ofendiera,*
*Dulce Pastor de las almas!*
*Quien no te sirve, ¿qué tiene?*
*Y á quien te sirve, ¿qué falta?*

Siempre que venia del campo, pasaba por la iglesia y hacia oracion; los dias de fiesta pedia al cura del lugar le diese leccion, y no habia quien se negase á peticion tan justa y santa.

Así pasó Francisco hasta los quince años de su edad, y viendo que su buena madre apénas tenia para sustentarse á sí sola, trató de buscar á quien servir, para remediar con su soldada la estrechez con que vivian.

Encaminóse á un pueblo circunvecino que se llama Fuente de Coca, y á poca diligencia encontró lo que deseaba, porque ya sus virtudes y cristiano

modo de proceder le habia dado á conocer en aquellos lugares comarcanos.

Recibióle allí por criado un labrador rico, sin querer le diese fiadores, pues le abonaban sus costumbres. Tuvo á grande suerte el encontrar con tal mozo, y diciéndole á Francisco cómo estaban bien informados de su proceder, él mostrando su encogimiento y humildad, les prometió servir con toda diligencia.

Poníala grande en la labranza. Al reir el alba salia al campo con sus bueyes, pasaba de camino por la iglesia, y postrándose de rodillas delante de una devota imágen de nuestra Señora, le pedia su favor para que aquel dia no ofendiese á su Hijo, sino que le amase con todo su corazon y toda su alma. Despedíase con ternura de la Reina de los ángeles, y proseguia su camino.

Ni por esta devocion perdia cosa alguna la labor del campo, en que imitaba al cortesano labrador S. Isidro de Madrid, por quien los ángeles tomaron muchas veces la esteva y ararón la tierra con él, premiando el cielo su devocion.

No se olvidaba entre estas ocupaciones agrestes de cultivar la tierra de su alma, llevando copiosos frutos de virtudes que admiraban á todos en un mozo de labranza; mas no se limitan á personas los socorros de la gracia divina.

Confesaba y comulgaba con mucha devocion cada ocho dias, ó por lo ménos á los quince, y si le daba licencia su confesor, las solemnidades de Cristo Señor nuestro y de su Santísima Madre.

Guardaba los ayunos de la Iglesia puntualmente, trabajando todo el dia, y algunas veces sólamente con pan y alguna escudilla de potaje, y si le daban alguna otra vianda, la repartia de limosna á los pobres.

Todos los viérnes ayunaba á la Pasion de Cristo Señor nuestro, y los sábados á la devocion de la Vírgen; y con razon admiraba á todos la rara abstinencia de este mozo, pues cuando muchos buscan excusas para no ayunar, él ayunaba con tanto rigor, teniendo tanta causa para no estar obligado á este precepto por el grande trabajo que es lidiar todo el dia con terrones; mas el amor ardiente de Dios y de los palacios eternos, da admirables fuerzas para empresas árduas y dificultosas, y sin duda que el cielo le comunicó un aliento muy singular á nuestro Francisco, con que pudiese llevar penitencia tan extraordinaria por las circunstancias que he referido.

Esmeróse tambien en otras virtudes. La piedad con su madre era como de hijo muy sujeto y rendido á su obediencia. Algunas veces, pidiendo el beneplácito á sus amos, la iba á ver, llevándole algun socorro del salario que ganaba, y juntamente la consolaba con palabras del cielo, exhortándola á

llevar con paciencia y conformidad los trabajos de esta miserable vida y la falta de bienes temporales.

La caridad con los pobres era muy especial. Un dia, estando él orando con su par de bueyes, llegó un pobre desarrapado á pedirle limosna, y no hallándose con que remediarle, consideró que el pobre estaba casi desnudo, y él, fuera de estar decentemente vestido, tenia fuera de él la capa. De aquí se determinó á dársela al pobre, el cual, contento con aquella limosna, no esperada, desapareció en breve.

Proseguia los dias de fiesta en aprender á leer y escribir, y continuaba sus santos ejercicios, frecuentando los santos Sacramentos, y un dia se quedó tan absorto, por haber recibido el de la Eucaristía, que no advirtió que el sacristan cerraba la puerta, y así, la dejó cerrada. Cuando volvió á la tarde á hora de vísperas, le halló tan devoto como si entónces acabara de recibir el Pan de los ángeles, y cuando el sacristan pensó que le diese quejas por haberle dejado tanto tiempo sin libertad de salir y en ayunas, ántes le rindió muchas gracias porque le habia dado tan buena ocasion de estarse de rodillas, dando gracias á aquel Señor Soberano, que se habia querido hospedar en su alma.

Por las tardes de fiesta iba á una ermita del campo cerca del lugar, y juntando allí algunos niños, les enseñaba las oraciones y doctrina cristiana, para que temiesen á Dios desde la niñez, fijando en sus corazones la memoria del fuego infernal que está aparejado para los malos, y delicias de la gloria para los que mueren en gracia, mereciendo con buenas obras la vida eterna.

Despues hacia una cruz de dos palos, y sirviendo de guion, iba él descalzo por aquel campo y sus malezas, lastimándose malamente los piés en los cardos, espinas y rastrojos. Cantaba las letanías y otras oraciones; respondian los niños, alegrando con voces tan devotas á los espíritus soberanos, para quien no hay voces más sonoras que las que publican la gloria de su Hacedor y con piedad invocan su clemencia, como lo hacian estos niños en el campo, de este su siervo enseñados y guiados.

## II

### *Su penitencia en este tiempo y su recato.*

En este mismo tiempo añadia al continuo trabajo nuevas trazas de mortificarse y hacer penitencia, todas invenciones de su fervor. Usaba de varios cilicios de cerdas, sogas, ñudos y cordeles fuertes con que maltrataba su

cuerpo, aunque fatigado de las tareas rústicas, que bastan para moler al jayan más robusto; y no paró aquí su ansia y fervor, porque inventó otro género de mortificacion, que descubrió su ama, la cual tenia grande concepto de la virtud de su criado.

Advirtió un dia que Francisco andaba encogido el cuerpo y sin aquella viveza y vigor que acompaña á los pocos años. Díjole que le dijese qué traia, que así le ataba; y aunque el santo mozo quiso ocultar el rigor de su penitencia, tantas y tan apretadas instancias le hizo y tan ejecutivas la buena y piadosa señora, que le fué forzoso el decirle que era la cadena de hierro de las mulas, y que la traia cruzada por las espaldas y el pecho. Quedó confusa la mujer de saber tal género de mortificacion, y que un mozo tan ángel domase su carne con aquel instrumento que halló la industria para atar y rendir brutos irracionales.

Cuatro meses anduvo ceñido con cadena de hierro este siervo vigilante, de quien tienen mucho que aprender los que no tienen tan sujetas sus pasiones y sienten mayor rebeldía de la carne, que este ángel en carne mortal tan puro y mortificado.

Aseguran los amos á quien sirvió, que jamás dormia en cama, para dar algun alivio al fatigado cuerpo. Entraron muchas veces á su aposento á deshora, y halláronle sentado en un banquillo arrimado á la cama, y cruzados los brazos, que parece todo su descanso era la cruz, y que en ella sólamente hallaba su devocion alivio.

Viendo tan rara austeridad consigo, le dijo su amo que por qué no se desnudaba y tomaba algun reposo para poder trabajar despues con más aliento, que no queria Dios que se matase. Agradecióle la voluntad, y le respondió que estuviese cierto que tomaba el descanso necesario, pues no se hallaba fatigado ni le hacia falta alguna el dormir en cama.

¿Quién duda que gastaria muchos ratos de la noche en encomendarse á Dios, ya con afectos interiores, ya con la oracion vocal, quien con tanta descomodidad pagaba el tributo preciso del sueño al cuerpo y sentidos, que trabajaban todo el dia en la labor del campo?

Miraba con mucho cuidado por el aumento de la hacienda que corria por su cuenta; y no le tenia menor de que no se hiciese el menor daño á los bienes ajenos, de lo cual dió bastantes muestras en varias ocasiones. Un dia, por atender á recoger las mieses, se le fueron los bueyes á una heredad vecina; volvió la cabeza, y aunque vió que entónces entraban, quedó muy corrido y congojado de su descuido; fue volando á echarlos de allí, y no contento con esta diligencia y ver que no habian hecho daño de consideracion, al otro dia fue á confesarse del poco cuidado que habia tenido, y á saber

qué debia hacer en aquel caso, en el cual no habia tenido la menor culpa.

Otra vez, guardando la era, se juntaron algunos mozos que iban á hurtar uvas; y si bien les dijo que no se podia hacer daño á nadie, los otros, enojados, le amenazaron sino les acompañaba; con lo cual, por evitar mayores males, les dijo iria con ellos. Partieron desde allí todos, y nuestro Francisco se iba quedando atrás, sin que se echase de ver, y así, cuando llegaron á la viña y se reconocieron, faltaba Francisco al asalto.

Volvieron los mozos con el hurto y no quiso tomar ni un grano, como si tuvieran veneno, ántes les reprendió el mal que hacian, y quiso Dios que callaron y le estimaron más de allí adelante; porque, aunque los malos ó imperfectos, cuando están ciegos por cumplir su gusto, lleven ágriamente á quien no condesciende con ellos, despues reconocen los subidos quilates de aquella virtud tan fina, que no quiso hacerles compañía en el quebrantamiento de las leyes divinas; tan exacto y atento era en la guarda de los mandamientos divinos.

Y aun afirman con juramento algunos sacerdotes y otras personas que le criaron y le conocieron, que no advirtieron en él culpa venial; y parece que, andando con cuidado, no se les pasarán por alto, por cuanto los que no siguen vida tan ajustada y estrecha, reparan en los átomos de los que se profesan siervos de Dios, y los quieren muy ajustados, como de los religiosos nos dejó escrito la sierva María Teresa de Jesus en sus avisos espirituales.

Adonde parece que echó el resto y se armó con armas dobles fué en la guarda de la castidad, que como espejo cristalino se empaña fácilmente, y en que, como dijo Agustino, es continua la batalla y rara la victoria.

Por este fin fué admirable su modestia y recato, el cual importa mucho, y se declaran en algunos casos que le sucedieron. Envióle su amo á moler una fanega de trigo á Mojados, y aunque iba en compañía de otro vecino, con quien pudiera divertir el cansancio del camino ó extender la vista por los campos, se ocupó las tres leguas en leer en un libro espiritual, que se intitula *Manual del Cristiano*.

En llegando al molino, llevó las cabalgaduras á beber, y viendo que llegaban al rio tres mujeres, se volvió luego al molino, hasta que despues las llevó, cuando le pareció que estaba el paso libre y el rio sin aquel estorbo, que le pareció grande á su vigilancia en su pureza, y no hay alguno que no sea muy digno de evitarse en semejante materia.

Para cargar los costales nunca queria valerse de la ayuda de las mujeres, por ser necesario en semejantes ocasiones dar la mano para recibir en ambos brazos el peso del costal, y con esa traza levantarle mas cómodamente; aguardaba alguno otro hombre, ó á costa de mayor afan suyo no queria to-

car el fuego, por evitar el peligro que hay de abrasarse, pues por menores causas se han levantado horribles incendios, como sabemos por historias, y cada dia, por nuestra desdicha, los experimentamos semejantes.

No era amigo de hallarse en los bailes que en semejantes lugares suele haber los dias de fiesta. Francisco se salia al campo con su libro, y todo su contento era leer en él y meditar aquellas verdades. Si era de noche, se retiraba á su aposento, y allí se estaba á oscuras, aunque con mucha luz del cielo, porque se avivaban en él centellas de amor y caridad, y así, le oyeron decir que quisiera él tener modo y suficiencia para ir á tierras de gentiles á enseñarles el camino del cielo y sacarlos de la ceguedad en que viven, y que fuera dichoso de dar la vida en tan glorioso empleo, como lo es el morir por Cristo nuestro Salvador.

Y como su alma pensaba en empresas tan celestiales, tenia los bailes y festines por lo que son en la verdad, tiempo perdido; por lo cual era rara la modestia de sus ojos que apénas los levantaba de la tierra, habiendo hecho el concierto con ellos, que dice de sí hizo el santo y paciente Job, medio importantísimo para conservar la preciosa joya de la castidad y vivir como ángeles en cuerpo humano, y de otro modo se pone á grande riesgo el que da entrada en su corazon á objetos que son eficacísimos para rendir la voluntad más pertrechada.

## III

*Deja de servir en la labranza del campo, y comienza á estudiar.*

Por más que se oculte la virtud, siempre da noticia de sus resplandores, y á poca diligencia se divisan. Vino por la cuaresma á predicar en aquel lugar un religioso de nuestra Señora de la Merced, del convento de la villa de Olmedo; aposentóse en la casa de los amos de nuestro Francisco de Montemayor, y á pocos dias advirtió lo singular de su virtud, modestia y deseo de aprovechar en su alma.

Gustaba mucho de hablar con él, por ver que sin enseñanza alguna alcanzaba luces de muchos desengaños en la vida espiritual, y más de lo que prometia su edad y estado; veia que ayudaba muchas Misas, que era frecuente su asistencia delante del Santísimo Sacramento; y considerando los dones que el cielo habia depositado en aquel jóven, prorrumpió un dia delante de mucha gente, diciendo: «¡Quién tuviera el alma de este mozo! confusion es de los que le tratamos; levántanse los indoctos (como dice Agustino) y nos arrebatan el cielo.»

Pareciéndole á este religioso que fuera bien sacar á este mozo á esfera más dilatada donde pudiese con más provecho volar su espíritu, le preguntó si sabia leer y escribir, y sabiendo que tenia mediana suficiencia, le exhortó á que estudiase, pues aplicándose con su virtud al estudio, sabria lo suficiente en pocos años para ser un ejemplar sacerdote.

Encogióse á esta propuesta el humilde mozo, pareciéndole que hacia mucho caso de él el Padre predicador, y estimando la merced que le hacia, le respondió que se le ofrecian muchas dificultades, y que pidiesen ambos luz á Dios para acertar en lo que más le agradase y conviniese al bien de su alma.

Con esta ocasion se avivaron más los deseos que tenia de aprovechar á las almas y procurar que todos amasen á Dios. Propuso de hacer algunas obras buenas por este fin, esperando de la providencia divina la resolucion más acertada.

Para estudiar se le ponian delante muchos inconvenientes, la poca posibilidad que tenia su madre para darle estudio, la dificultad de acomodarse á servir, el dejar la labranza, en que habia ya pasado algunos años, y hallarse de más de veinte, y, consiguientemente, más á propósito para proseguir beneficiando la tierra como hasta entónces, que para desmontar la espesa selva de los rudimentos de la gramática, y tomar nuevo rumbo y totalmente opuesto al que habia seguido.

Por otra parte se hallaba con alientos de atropellar con montes de dificultades á trueco de conseguir ocupacion en que pudiese desahogar su espíritu con darse más á leer libros espirituales, tratar más tiempo de trato familiar con Dios, y poder comunicar á otros con sus palabras el tesoro de la vida espiritual y el conocimiento de las cosas del cielo; pues por falta de este conocimiento viven muchos sepultados en los horrores de muchas ignorancias.

Pasáronse algunos dias entre estas dudas, á las cuales dió fin la determinacion de que seria más conveniente y agradable á nuestro Señor el estudiar sin reparar en dificultades, pues otros muchos empezaron de tanta edad y salieron bien con su intento, y habiendo ámor á una ocupacion, no hay dificultad que no se venza.

Tomada esta resolucion, dió cuenta de ella á sus amos, diciéndoles que estaba tan agradecido al buen pasaje que le habian hecho, que por mejores comodidades que le salieran en aquella ocupacion no los dejara, mas que él se hallaba inclinado á mudar de ejercicio; y que así, le diesen licencia para seguir esta estrella, porque entendia seria del servicio de Dios.

Entristeciéronse los amos porque los dejaba á quien tenian no por criado sino por hijo, de quien hacian en su hacienda toda confianza, y por cuya causa les parecia les hacia el cielo mil bienes; y pienso no se engañaban, pues

vale mucho un justo para el bien de los que viven en su compañía, y sus oraciones detienen el brazo de la justicia divina, para que no ejecute el enojo que le merecieron nuestras culpas; mas al paso que le querian bien no le quisieron estorbar sus intentos, y así, se despidió de su casa con sentimiento de todos.

Habiéndose despedido de sus amos, se partió á Puras, su patria; dió cuenta á su madre de los propósitos que traia, y le pidió diese su beneplácito, para que con él y su bendicion emprendiese la tarea del estudio y determinase á dónde habia de ir, para dar feliz principio á las letras.

Mucho gozo recibió la madre en oir los nuevos propósitos de su hijo, y concibiendo ya esperanzas de que habia de alcanzar el ver á su hijo cantar Misa, que es el fin mayor que se ponen por delante semejantes personas (y no se engañan si consideran la dignidad del oficio y la pureza de vida que pide en los que le ejercitan) le concedió la licencia que pedia, y animándose, le dijo que, cuando no se acomodara, ella se lo quitaria de la boca por sustentarle, ó venderia sus alhajuelas y bienes porque saliese con su pretension.

El hijo le ofreció serle lo ménos cargoso que pudiese; que para él un pedazo de pan le bastaba, y le estimó la oferta, tanto más digna de agradecimiento cuanto era ménos su caudal que el ánimo que mostraba, para que por falta de alimentos no desistiese de pensamientos tan honrados y santos.

Hay en la villa de Arévalo un colegio de la Compañía de Jesus, en el cual se enseña la virtud y letras á la juventud de aquella comarca, y los padres de ésta envian sus hijos á este estudio, para que bebiendo de estas aguas puras, lleven muchos frutos de aprovechamiento, y se hagan sujetos hábiles para los puestos de la república.

A este seminario de buenas letras se determinó de ir Francisco, con la licencia y gusto de su madre. Llegó á la villa y encaminóse al colegio de la Compañía, para verse con el P. Prefecto de aquellos estudios y ofrecerse á su disposicion y por el discípulo más humilde de todos.

Entró en el colegio, y lo primero, para tener buena estrella, quiso hacer oracion en la iglesia al Santísimo Sacramento, y pedirle su favor á la Vírgen, y así lo ejecutó, arrodillándose delante de su Dios y rezando á nuestra Señora del Populo, que está en el altar colateral al lado del Evangelio.

Mientras cumplia con su devocion nuestro nuevo estudiante, bajó el P. Prefecto de los estudios, y cuando vió un mozo ya tan crecido y como quien venia de arar, temió no fuese de algunos que por huir el trabajo á que su nacimiento y fortuna les destina, quieren estudiar y ser malos estudiantes y sacerdotes regalados, pudiendo ser buenos labradores.

Hablóle Francisco al Padre diciéndole que el era mozo de veinte años, y

que hasta entónces se habia ocupado en el campo, venia á estudiar pareciéndole que el cuidado y amor lo vence todo; que se ponia resignado en sus manos, para que entónces y despues, si le pareciese, le hablase claro en cuanto al proseguir con el ejercicio; que no se perdia nada en probar.

Quedó pagado el Padre de la modestia, resignacion y palabras circunspectas de Francisco, admirando que un mozo sin cultura y ocupado toda la vida en cultivar la tierra, supiese decir razones tan medidas y mostrase tanto caudal y asiento.

Animóle á tomarlo con veras y con la puntualidad que prometia, ofreciéndole él asistir en todo cuanto pudiese para que llevase adelante sus designios, y alentándole con el ejemplo de nuestro Padre S. Ignacio de Loyola, que por el provecho de las almas comenzó á estudiar los primeros rudimentos de la latinidad entre los niños á la edad de treinta y tres años.

Muy consolado se partió el recien llegado con la buena acogida que halló en la caridad y entrañas amorosas del Padre. Buscóle casa y compañeros á propósito, y la señora de la casa y ama de los estudiantes, que era de muy loables costumbres, le dió muchas gracias al Padre por haberle encaminado á su posada un mozo tan virtuoso y de tan lindo natural, que era ejemplo de todos los estudiantes.

## IV

### *La vida que hizo cuando estudiaba.*

Entabló una vida de estudiante muy ajustada. A la mañana se levantaba con mucha puntualidad y daba muchas gracias á Dios por los beneficios recibidos; pedíale gracia para no ofenderle, encomendábase á la Reina de los ángeles y al Angel de su Guarda.

Con esta prescripcion salia de casa, y en la iglesia de la Compañía tenia de rodillas una hora de oracion con los religiosos, procurando imitar en la virtud á los que habia escogido por maestros de ella y de las letras.

Salia de la oracion muy animado y dispuesto para aprovechar en el estudio. Atendia con mucho cuidado á la explicacion de lo que enseñaba el maestro; oia despues Misa con todos, pero con muy diferente devocion.

Volvíase á la posada con silencio, los ojos fijos en tierra y siempre, al pasar, hacia profunda reverencia y se arrodillaba en el suelo, por mal tiempo que hiciese, á nuestra Señora de la Capilla, que está en una ermita distante trescientos pasos de aquella calle, haciéndole desde léjos profunda reverencia siempre que entraba y salia en el estudio, cuyo ejemplo tomaron muchos estudiantes.

Su comida era muy parca, porque su madre no podia acudirle con largueza, y de eso poco que le enviaban, era milagro lo que hacia y cómo lo repartia su mucha caridad. Cada semana le venian algunos huevos y vaca y cuatro panes de dos libras y media, los cuales repartia con otros por ser el año caro.

A dos mujeres pobres y bien nacidas les daba los dos panes, pareciéndole, y con mucha razon, que es muy bien empleada la limosna en personas honradas, á quien el empacho les embarga la licencia y libertad del pedir; pues primero pegarán la boca á una pared que reducirse á mendigar. Y para que la limosna fuese más acepta, usaba de una traza muy de su caridad. A las Ave Marías llamaba en la casa donde vivian, y á quien bajaba entregaba los dos panes, diciéndole que se los habian entregado para que los diese á su merced, con que hacia el beneficio muy puramente, pues ni aun queria que tuviesen la obligacion del reconocimiento.

Admiradas las señoras de tan nuevo modo de dar, le dijeron que les declarase el bienhechor. El respondió que no tenia órden de decirlo, que á él se los daban, y los traia sin más inquirir. Parecióle que podia peligrar su humildad si volvia, y así, determinó de enviarlos de allí adelante por un estudiante confidente suyo, el cual lo ejecutaba fielmente, y hoy es sacerdote de muchas prendas, y atestigua lo que queda referido, en que pienso podiamos comparar la piedad de Francisco con la de S. Nicolás, Obispo, el cual remedió á tres honradas y virtuosas doncellas arrojándoles de noche por una ventana cantidad bastante para casarse, y si muy excesiva á dos panes, tambien lo eran las rentas. En concurso de acciones tan piadosas, sólamente se queda el juzgar los excesos para Dios, que examina los corazones.

Quedábase nuestro estudiante con solos dos panes para toda la semana, y causa mayor admiracion que de ellos repartia á los pobres que llegaban á su posada, porque no le sufria el corazon ver á sus ojos necesidades de los prójimos y no remediarlas segun su posibilidad, la cual extendia los senos más anchurosos de lo que podia juzgar la prudencia humana; y así, parece forzoso ó que su asistencia fuese milagrosa, ó la multiplicacion del pan, pues no es fácil de entender cómo un mozo de veinte años se pudiese sustentar siete dias con lo que podia sobrar de dos panes, que tan liberalmente repartia á los pobres.

Los condiscípulos y el ama se lo avisaron á su madre, de que su hijo no tenia modo en hacer limosnas del pan que le enviaba. La madre le dió su aviso diciéndole que, aunque era bueno dar limosna, debia ser con prudencia y más en un año tan estéril, en que los más poderosos se mostraban escasos por acudir primero á los pobres de casa; con cuánta más razon debia él medir el

deseo de hacer bien con sus fuerzas, pues era cierto que ella afanaba de dia y de noche para socorrerle.

A estas razones respondió el caritativo mozo, diciéndole que fiase en Dios, que multiplica lo que se da á sus pobres; y cuando no aumenten los bienes de esta vida, libra con grandes usuras el premio de la otra. «Cuando Vm. vuelva á casa, le dice, ha de hallar una fanega de pan que le envia un hombre piadoso.»

Como la buena madre tenia bien conocida la virtud de su hijo, no tuvo qué replicarle. Despidióse de él contenta de haberle visto bueno, y cuando llegó á su casa, halló puntualmente el trigo que su hijo le habia asegurado.

Cosa es que muchos experimentan, que sensiblemente se reconoce aumento en la hacienda del que hace limosna y tiene compasion de los pobres de Cristo; y cuando no tuviéramos tantos, bastábanos el ejemplo de aquella viuda Sareptana, que socorrió al Profeta Elías en año estéril, y no le faltó en adelante la harina, haciendo Dios este y otros milagros, para que no se estrechen los fieles en socorrer menesterosos. Dar á los pobres, dijo Ambrosio, era echar lo que se da en censo, cuyas hipotecas son la omnipotencia divina, que asegura ciento por uno y la vida eterna.

Bien estaba en esto nuestro estudiante, cuando tan francamente repartia de los panes, y tambien no dejaba de dar parte de los otros manjares á los condiscípulos, porque no sabia tener cosa propia; y siendo tan templado en el comer, solia echar ceniza en la comida para mortificar el gusto, aun en el corto alivio que concedia forzosamente al cuerpo.

Proseguia con el mismo cuidado á la tarde á sus lecciones, y despues de ellas, al anochecer, tenia una hora de oracion en la capilla de nuestra Señora, adonde recibia muchos sentimientos y favores, y no dudo que supiéramos muchos, si no se hubiera Dios llevado á sus confesores antes que él muriese.

Despues de la oracion se recogia á la posada, y antes del estudio iban todos á venerar la imágen de la Vírgen, que tenian de papel, con otras estampas que le adornaban, para pedir luz á la que es Madre de ella.

Estudiaba con teson el tiempo señalado, en que era muy puntual; y aunque al principio sentia mucha dificultad en el estudio, despues la fue venciendo, y se aventajó mucho.

Al fin del estudio, antes de cenar, era inviolable el decir la letanía de nuestra Señora todos hincados de rodillas delante de su imágen, y era esta costumbre tan firme, que diciéndole á uno de los compañeros que se acostase, por no estar muy bueno, respondió, que cómo, sino habia rezado la letanía. Tanta fuerza tiene el buen ejemplo, y tan grande atencion se mereció la virtud de Francisco, el cual cenaba muy poco y se recogia á su aposentillo,

porque nunca quiso, por la decencia, durmiese otro en su aposento; y tambien la causa era que él proseguia con no acostarse en cama ni desnudarse, y tomaba tan recias disciplinas, que ponian horror. Deponen los que fueron sus compañeros, que sentian los golpes, y que estaban salpicadas de sangre las paredes. Si la letra con sangre entra, bien se valia Francisco de este remedio.

Aprovechaba mucho en la oracion con el trato de los Padres y con los libros espirituales que leia, de donde sacaba puntos que meditar, y muchos ratos de la noche los gastaba en este ejercicio, á que fué siempre muy inclinado, pues, aun cuando era pastorcillo, hallaba pasto en estos pensamientos; y así, deponen que por aquel tiempo se estuvo una noche de Navidad en la iglesia desde los maitines hasta el mediodia, oyendo Misas y meditando el nacimiento del Niño Dios y aquella fineza admirable de que quedaban atónitos los espíritus soberanos.

Hacíase presente el aviso que dió el Angel á los pastores, y como él era pastor, se llegaba al número de los otros, para gozar de aquellas luces y dulzura en que se desataba todo el cielo.

El mismo afecto conservó á este santo y provechoso ejercicio cuando servia en Fuente de Coca, adonde, estando enferma de peligro su ama, se quedó á velarla una noche por aliviar de este trabajo á la hija de la ama, á quien con afecto y cariño de hija la asistia de dia y de noche; y aunque Francisco venia tan molido del campo, no quiso omitir este ejercicio de misericordia.

Como la hija estaba con cuidado de la enfermedad de la madre, no pudo descansar tan á sueño suelto que no despertase muchas veces. Quiso ver si el enfermero se habia dormido ó si la enferma queria algo, y asomándose á la puerta sin hacer ruido, vió con admiracion que el enfermero estaba de rodillas á una esquina del aposento en oracion, con semblante tan compuesto y devoto, que podia pegar devocion y dar materia de alabar á Dios á quien le mirase, y así, no se pudo contener, sino que llamó á una hermana suya, para que admirase aquella rara virtud en su criado, el cual, como se dió siempre á este ejercicio, que es la llave de los tesoros de Dios, sacó de él muchas medras espirituales; y como fué creciendo en él, crecieron tambien en su alma las flores y plantas de las virtudes; porque la oracion es la fuente que da vida con su riego á todas ellas, y sin esta fuente se marchitan y agotan con el calor y estío de las pasiones que nos combaten.

El que cuando mozo de labor ocupaba como queda dicho los dias de fiesta, fácilmente se deja entender cuáles serian ahora sus ocupaciones en dias semejantes. Confesaba y comulgaba con frecuencia, segun la direccion de su Padre espiritual. Tenia las horas de oracion señaladas; oia sermon cuan-

do le habia, no con vana curiosidad, sino con ansias de su aprovechamiento, y se puede sacar muy grande si los oyentes y tal vez los predicadores (que es cosa lastimosa) no malearan este ejercicio é inficionaran las aguas puras de la palabra de Dios.

Por la tarde se salia al campo á estudiar, y le seguian muchos de los condiscípulos atraidos de su condicion y santas palabras con que los tenia suspensos, añadiendo algunos ejemplos que leia en la doctrina cristiana del Cardenal Belarmino.

Cuidaba que fuesen lícitos sus juegos, y tambien introducia que el que perdia en el juego, rezase una Ave María de rodillas; y cuando el sol iba bajo, rezaban á coros el Rosario de esta Señora, á quien como verdaderamente devoto suyo, procuraba que todos sirviesen y mostrasen en las obras el ser esclavos suyos.

Grande atractivo tiene la virtud y el hablar de cosas que, como tan sobre las humanas y de tanto valor, no pueden dejar de aficionar la voluntad, si se conocen. A la noche se recogian para continuar sus distribuciones.

Juntaba con el cuidado del estudio el fervor de su aprovechamiento, y así, continuaba en el estudio sus ayunos, mortificaciones y sangrientas disciplinas, en que eran de grande número los azotes que tomaba, como refieren los que tal vez los contaron.

La devocion al Santísimo Sacramento y á nuestra Señora eran los dos polos de este cielo de perfeccion y el norte á que miraba en todas sus acciones, las cuales tenian admirados, y con razon, á sus maestros, que le trataban muy de cerca y conocian los progresos que hacia así en la virtud como en las letras; que como el temor de Dios es el mejor principio para la sabiduría, así es la disposicion más á propósito para sus creces y aumentos.

Otras devociones tenia tambien Francisco al Angel de la Guarda y á otros santos, y por haber sido muy especial la que tuvo á S. Luis Gonzaga, estudiante de la Compañía de Jesus, me ha parecido ponerla aparte en el capítulo que se sigue.

## V

### *De la singular devocion que tuvo á S. Luis Gonzaga, y beneficios que alcanzó de Dios.*

Informan al corazon las noticias que entran por los sentidos y le tienen del color que llevan. Importa mucho que aquellas sean sanas para que el alma conserve entera salud.

Como Francisco deseaba aprovechar y llenar su pecho de motivos para el

fervor, teniendo noticia de S. Luis Gonzaga, estudiante de la Compañía de Jesus, y que consiguió en la edad juvenil los mejores realces de la perfeccion, hizo diligencia para haber su vida á las manos, adivinando copioso fruto en leerla, pues sólamente mirar su imágen, le encendia en deseos de su imitacion.

No fué dificultoso el conseguir lo que deseaba, porque luego se la buscó el maestro, á quien dió noticia de su buen deseo; llevóla contentísimo á la posada para leerla. Fué notable el consuelo que recibió su alma sabiendo los fervores de un mozo Angel, que despreciando lo más lustroso del mundo, se acogió al puerto de la Religion, en que murió á los veinte y tres años de su edad con calificacion de santo. Propuso de imitar esta idea de virtud muy singularmente, y sacó de ella nuevos realces para la vida espiritual que con la divina gracia habia comenzado.

Grande fué la devocion y afecto santo que le cobró Francisco á S. Luis Gonzaga. Apénas apartaba su libro de sí, consigo le llevaba al campo, y abriéndole para leer y recorrer alguna de sus heróicas virtudes, no se podia contener su aficion sin que lo dijese á otros, llamándolos para que viesen las maravillas que obra Dios cuando quiere, y las que se advierten en este Santo.

No sólamente gustaba de saber estas virtudes, sino procuraba imitarlas, porque noticias que, siendo luz al entendimiento, no pasan á ser persuasion á la voluntad, hacen las faltas más reprensibles. Mucho alababa y con afecto ponderaba las virtudes y mortificaciones de S. Luis, príncipe del imperio y marqués de Castellon; mas no se quedaba en palabras, sino que pasaba á ejecuciones, que esta es la devocion fina y verdadera con los santos.

Fuera de estas finezas, buscó algunas estampas del Santo, y una traia en el pecho, otras en los libros, y á donde decian la letanía á la imágen de nuestra Señora, como queda referido. No se sabia apartar de la imágen de su Luis, y así, la tenia en todo lugar, para que en cualquiera mirasen los ojos á quien tenia en el corazon.

Como experimentaba muchos consuelos y aumentos en espíritu con esta devocion, trató de dilatarla, no sólo á los condiscípulos, sino á los que estaban más léjos, que es propio de la caridad comunicar el bien que se tiene; y así, María Santísima, en hospedando al Verbo Encarnado en sus entrañas, se partió con priesa á las montañas de Judea á visitar á su prima Sta. Isabel y librar á Juan de las cadenas del pecado.

Partióse, pues, nuestro Francisco á Puras, su patria, y llevó la estampa de S. Luis para mostrarla á todos é introducir su devocion y dar noticia de sus amables virtudes. Como estaba tan bien opinado en su tierra y todos veneraban su virtud y santo modo de proceder, recibieron con gusto estas no-

ticias, y les cayó muy en gracia el ser devotos de un ángel en la vida, agradeciéndole que les llevase á su tierra tan buena devocion.

Ya en el lugar era cosa muy frecuente el encomendarse á S. Luis Gonzaga é invocarle en las aflicciones, y quiso Dios honrar á su siervo y juntamente hacer más plausible la devocion introducida por Francisco, favoreciendo sensiblemente á los que afectuosamente se encomendaban al Santo.

Sintieron los vecinos del lugar de Puras su patrocinio en sus trabajos y enfermedades, y ninguno adolecia que luego no pidiese le trajesen la estampa de S. Luis Gonzaga, por la cual quiso Dios dar saludes milagrosas, y aunque fueron muchas, referiré algunas, omitiendo las demás por ser muy semejantes.

Un hombre, vecino del mismo lugar, llamado Luis Diaz, se halló muy fatigado de un recio y fuerte dolor de estómago, y habiéndose intentado varios remedios, no aflojaba el dolor. Acudió á los divinos, y acordándose de S. Luis, pidió con grande instancia que le llevasen la imágen de papel que habia sanado otros enfermos, que esperaba en Dios y en los merecimientos del Santo le habia de mitigar dolor tanto.

Apénas entró el Santo en su casa, cuando sintió notable mejoría y cesaron los dolores que le tenian como en una prensa, y de allí adelante no le repitió este mal, y esta buena suerte la atribuyó, despues de Dios, á la intercesion de S. Luis Gonzaga, y quedó muy devoto suyo por toda su vida.

En el mismo pueblo de Puras vivia una mujer llamada María de Ortega, la cual se sintió muy mala por causa de un humor maligno que le acudió á los brazos y le causaba intensos dolores. Llamó á los cirujanos, y reparando bien en el achaque, convinieron que era muy peligroso, y que se debia poner en él ahora todo cuidado para tener buen suceso, por temer que el brazo se encancerase.

Mandaron que se dispusiese para el mejor acierto de la cura con sangrías, jarabes y purgas, que son evacuaciones prévias para que se curen semejantes males. Quedó bien desconsolada María y con grandes temores no se le enfistolase alguno de los brazos.

A esta sazon se halló allí nuestro Francisco, porque habia ido á ver á su madre, de quien era vecina esta mujer. Sintió su caridad la enferma, porque la animó á esperar en la piedad divina que daria la salud como á otros muchos dolientes solia darla. Sacó el rosario, y con una medalla de él, que era de S. Luis, le tocó el brazo haciendo una cruz.

Afirma que luego se fué sintiendo mejor, y sin otros remedios, dentro de ocho dias se halló libre del mal y se deshizo aquel nublado, cobrando entera salud como si tal humor pestilente no le hubiera acudido á los brazos, por

lo cual dió muchas gracias á Dios, que le habia sacado de aquel peligro.

En la villa de Arévalo tenia una señora á un hijo suyo de pocos años tan malo de unas apostemas, que visitándole dos cirujanos para curarle, y aplicándole varios medicamentos, vinieron á ser sin provecho por la fuerza del humor que vencia la industria del arte, y así, no se veia mejoría y habia pocas esperanzas de su vida.

La madre sentia amargamente el mal de su hijo, y no cesaban sus ojos de llorar, por el amor que le tenia, viendo que las diligencias humanas aprovechaban tan poco. En esta ocasion Francisco acudió á su remedio, díjola que esperase en la misericordia divina, y le encomendase á S. Luis. «Yo espero en Dios, señora, que ha de tener salud este ángel por la intercesion de San Luis.» Así sucedió, con mucho regocijo de la madre y agradecimiento á su bienhechor.

Con estos beneficios que alcanzaba de Dios la intercesion de S. Luis Gonzaga, tuvo grande aclamacion en el lugar de Puras, adonde consiguió la salud á muchos enfermos de calenturas ardientes, y todos con uniforme aplauso y culto colocaron la imágen del Santo en el altar mayor de la iglesia, para que pudiesen acudir á pedirle favor; y hoy dia, cuando esto se escribe, está la dicha estampa en Fuente de Coca, porque oyendo los moradores de este lugar lo bien que les iba á los de Puras, pusieron medios para llevarla y ser particioneros de este socorro celestial, con obligacion de restituirla á su primer puesto.

De este modo extendió la devocion de S. Luis Gonzaga su imitador y devotísimo H. Francisco, siendo estudiante seglar; y no sólo fueron los beneficios que hizo por este medio para la salud del cuerpo, sino en muchos para asegurar su salvacion, sacando de esta lectura y vida desengaños para quitar estorbos en el camino del cielo y dar libelo de repudio al mundo, como algunos mancebos de muchas esperanzas lo ejecutaron con el trato y familiar conversacion de Francisco y de los buenos libros en que leia y procuraba que otros leyesen, por los cuales habla Dios á los fieles, y quien huye de ellos no quiere acertar en el camino de la vida eterna.

## VI

### *Cómo entró en la Compañía de Jesus, y su aprovechamiento en ella.*

Alas da el amor de Dios para que pueda volar un alma á la cumbre de la santidad y estrecha union con el Criador de todas las cosas, en la cual consiste su dicha.

Los santos ejercicios en que se ocupaba Francisco, la devocion al Santísimo Sacramento, á María Santísima y á S. Luis, le disponian cada dia para dar un salto de las olas del mar del mundo al puerto de la Religion y estado más perfecto con que esmaltase el oro de sus virtudes.

Sintió estas inspiraciones del Espíritu Santo, y como estaba tan dispuesta su alma, prendieron fácilmente estas centellas en él. Comenzó tambien á padecer varias tentaciones con que el demonio procura apagar semejantes luces á quienes Dios misericordiosamente las reparte, porque conoce que les conviene para su salvacion.

Entre otras con que suele batir el muro de la constancia, le parecia la más fuerte que no era bien dejar á su madre en los últimos tercios de la vida, habiéndole socorrido con tanto cuidado en sus estudios. Este suele ser el tiro reforzado con que, con pretexto de obligacion, oculta el demonio el anzuelo, para desquiciar á los que llama Dios del camino que más les importa, como vemos en el Evangelio de S. Mateo, á donde un mancebo le dijo á Cristo que le diese licencia para ir á dar sepultura á su padre, y Su Majestad no le dió esta licencia al parecer tan justificada, ántes le dijo que le siguiese y dejase á otros ese oficio. Favor es divino y gracia muy especial suya que se halle la luz que guía seguramente al puerto entre las borrascas de tentaciones.

Diósela á Francisco, y respondiendo interiormente á estas dudas, determinó dar cuenta de sus combates al confesor, pareciéndole que, como santo y docto, le diria lo que debia hacer, pues este es el medio que Dios tiene en la Iglesia para salir de perplejidades y conocer su voluntad y discernir los buenos espíritus de los malos, y con él camina segura la conciencia y no se desobliga á Dios, menospreciando sus santas inspiraciones ó buscando trazas y divertimientos para que se oscurezcan, como si en no sentirlas consistiera la felicidad, y no en recibirlas y obedecerlas como voces que da nuestro Padre celestial á los que en esta peregrinacion caminan por sendas peligrosas á donde muchos perecen.

En fin, habló con su confesor, y le dijo cómo nuestro Señor le daba muchos y frecuentes impulsos de ser religioso de la Compañía de Jesus, y aunque se le ofrecian no pequeñas dificultades, la batería habia sido tanta, que no podia tener quietud ni sosiego hasta declararse y desahogar su espíritu, con dar parte de sus pensamientos al que tenia en lugar de Dios, que le diria lo que mejor le estuviese.

No le hicieron novedad al Padre estos deseos, y habiéndole oido, le respondió que ambos lo encomendasen á nuestro Señor, para que lo guiase como más convenia para su gloria y bien de su alma; que le aseguraba asirtirle en

todo lo que él pudiese, y allanar las dificultades que estorbasen sus buenos intentos.

Partióse muy consolado de la presencia de su confesor y Padre espiritual, y poniendo en ejecucion lo concertado, ofreció á la Majestad divina muchas obras buenas y penitencias, porque guiase su vocacion conforme á su divina voluntad, la cual deseaba se hiciese en todo.

Temia no le castigase Dios quitándole estos deseos de dejar el mundo, y ponia de su parte, con la divina gracia, diligencia para conservarlos; porque, si el que los tiene busca divertimientos ¿qué mucho que se vuelen y le deje Dios sin los mejores socorros con que pertrecha á sus predestinados?

Continuaba hablar á su confesor y darle cuenta de los deseos con que aspiraba al estado religioso y de la Compañía de Jesus, por emplearse en el bien de las almas y dejar las pretensiones del mundo de una vez.

Dilataba el Padre la resolucion para asegurar la materia, y viendo que habia pasado un año de pretension, y habiéndose informado que la madre de Francisco podia pasar lo que le restaba de vida como hasta entónces, y que él no tenia tan á la mano con que acrecentarle el caudal, pues primero habia de tener con qué ordenarse; se resolvió, para mejor acierto, de hablar al P. Rector del colegio, y que así él como los Consultores determinasen lo que pareciese mayor gloria de Dios, que es el fin y blanco que quiso nuestro glorioso Padre tuviesen sus hijos en todas sus determinaciones.

Con este buen resguardo hicieron su consulta, y todos unánimes y conformes dieron sus votos en su favor, juzgando que les traia Dios un santo á la Religion; pero ordenaron que sacase licencia de su madre, porque, como era pobre, no diese queja de quitarle su hijo, habiéndole menester. Recibió esta nueva con el gusto que se puede pensar de quien tanto la deseaba, y dando mil gracias á la divina Majestad por la merced que le hacia, trató de sacar la licencia de su madre, como se le ordenaba.

Partió de Arévalo para su lugar, y entró en la casa de su madre, la cual le recibió como á hijo tan digno de todo amor, no sólamente por el parentesco tan cercano, mas mucho más por su apacible condicion y virtudes, que son amables aun á los que no las siguen. No acababa de declararse, porque temia el disgusto que habia de recibir naturalmente, oyendo semejante determinacion, pero fiado en Dios le dijo:

«Yo he venido, señora, á dar á Vm. cuenta de mis intentos, y aunque le serán de algun sentimiento, confio que el amor que tiene á lo que me está bien, lo vencerá. Dios me ha dado deseos de ser religioso de la Compañía de Jesus, y conseguir este estado es mi mayor felicidad, y esté Vm. cierta que, si ahora me ofrecieran mucha renta eclesiástica, no la estimara en com-

paracion de verme hijo de S. Ignacio de Loyola y en la Compañía de Jesus, porque importan muy poco las rentas, sino se asegura cuanto fuere posible la salvacion. No dudo que le está bien á Vm., pues á cuenta de Dios queda el ampararla, y cuando no lo pase mejor que hasta aquí, logrará muy grandes tesoros de gloria, por hacer á Dios este sacrificio.»

La madre sintió naturalmente el golpe, que en estas ocasiones representa el amor natural con visos de perderle, como si el hijo que se entrega á Dios se perdiera totalmente, ó como sino fuera de provecho alguno, sin atender que se libra de muchos riesgos, y sólamente se logra lo que se ofrece á Dios, el cual galardona en esta y en la otra vida á los padres que tienen aliento para hacer este holocausto á Dios nuestro Criador; mas como cristiana y que habia aprendido de su hijo la cuenta que debemos tener de la otra vida, le dió grata licencia, y con lágrimas en los ojos le abrazó apretadamente, y le echó la bendicion muy cumplida.

Consolóla el hijo con razones cristianas, y se despidió de ella y de algunos del lugar, diciéndoles cómo iba á recibir la ropa en la Compañía de Jesus.

Llegó á Arévalo, y mientras habia hecho su jornada, habia venido la licencia del P. Provincial, que se hallaba cerca al presente. Fué recibido con grande júbilo de su alma, y no menor gozo de los Padres, por ver su virtud.

En recibiéndole, fué el novicio á Villagarcía, donde está el noviciado de la provincia de Castilla. Entró en este paraíso, visitó el Santísimo Sacramento y subió á ver al P. Rector, el cual le recibió con mucha caridad y gozo, el cual creció cuando vió el buen informe de su virtud.

Contentísimo se halló en verse en la casa de Dios entre tantos siervos suyos, y admirando su modestia, silencio y alegría espiritual, conoció por experiencia lo que dijo el Profeta Rey: *Melior est dies una in atriis tuis super millia.*

Su vida en el noviciado fué tal, cual se podia esperar de un mozo que era santo en el siglo. Añadió á sus ejercicios el mayor realce, que es vivir en obediencia, y no hacer accion alguna sin mirar este norte, que este es el mayor sacrificio, porque por los otros se ofrecen á Dios otras cosas ménos estimables, por este se ofrece á Dios la propia libertad, que es lo que más se estima, y un religioso desde la mañana á la noche no hace en cosa su voluntad, ni en el descanso que toma.

Puso delante de los ojos el libro de las reglas de nuestro glorioso Padre, y ajustóse de modo á todas, con ser muchas y algunas muy menudas, que jamás le notaron la menor falta, habiendo algunos hecho reparo con singular advertencia; y en esto se dice una perfeccion tan exacta y de tanta glo-

ria de Dios, que sólamente la puede comprender quien sabe la dificultad que hay en vivir sin imperfeccion en la observancia de reglas tan numerosas y delicadas.

Era el primero en la oracion, en el rosario, en la leccion espiritual, en las disciplinas del refectorio; y habiéndolas registrado primero con el Prefecto de espíritu, mortificaba su cuerpo con penitencias, y ántes era forzoso irse á la mano.

Recogia como abeja solícita los buenos ejemplos que veia, y así, era su vida un perpetuo ejercicio de virtudes.

En la humildad echó muy hondas raíces; cuando conversaba con los connovicios en el tiempo que se puede hablar, decíales su pobre orígen, las ocupaciones que habia tenido de pastor de ovejas y mozo de labranza, y se reconocia indigno de ser compañero en la Religion de quien no lo pensara en el siglo; atencion que muchos debieran tener, para contenerse dentro de los límites de una humildad reconocida, con que de corazon estimase á los otros por mayores, y como á tales los respetase.

Los oficios más humildes en los ojos del mundo apetecia, pareciéndole que no debia ser de más alta esfera por profesar perfeccion que lo fué antes; fuera de que en la Religion no hay oficio de que se pueda tener empacho, pues todos se hacen por aquel Señor, que por el bien de los hombres nació entre dos brutos, y padeció las afrentas de una cruz, siendo el resplandor del Padre; ¡oh cómo se avergonzará nuestra soberbia á vista de esta consideracion!

Sentia mucho cualquiera palabra de alabanza, y se le cubria el rostro de virginal empacho. Su obediencia era muy exacta, y la modestia muy hija de la imitacion de S. Luis Gonzaga, el cual habiendo caminado en compañía de la Emperatriz, no la miró jamás al rostro. Toda esta exaccion y mortificacion de los sentidos es necesaria para la guarda de la flor de la castidad.

El ajustamiento de esta vida tan mortificada y regular nacia de su mucha oracion, á la cual se dió como á su propio oficio. Andaba tan en la presencia de Dios que, sin advertir delante de quién estaba, prorrumpia en tiernas alabanzas de su dueño y quedaba como corrido cuando reparaba que le habian oido; acusaba su divertimiento y lo atribuia á su poco caudal, el cual, á la verdad, empleaba en Dios, por lo cual es loable semejante divertimiento, que á ser por otras causas, aunque sean de estudio, téngole por falta de urbanidad y poca atencion que no debe embargar cosas fútiles y de poca monta, cuales son todas las mundanas.

Cuando la obediencia lo permitia, se retiraba á su aposento, y allí desahogaba su corazon en suspiros amorosos. Vino una vez un novicio, y llevándole á

que viese el colegio, abrieron acaso el aposento del H. Francisco, y le encontraron puesto de rodillas, el rostro como una escarlata, haciendo tiernos coloquios á un santo crucifijo que tenia en las manos, y regándole los piés con lágrimas de sus ojos.

Cerraron luego por no interrumpir fervor tan peregrino, y quedando el nuevo novicio con espanto y admiracion, preguntó quién era á aquel Hermano, y todos le respondieron que un connovicio santo y ejemplar; y cuando fué á ver al P. Rector, que entónces era el P. Alonso del Caño, despues Visitador de la provincia de Toledo y Provincial de esta de Castilla, persona de toda estimacion, no sólamente por haber entrado en la Religion siendo colegial mayor del Arzobispo y catedrático de la Universidad de Salamanca, mas mucho más por su ejemplar vida; le dijo con admiracion que en un aposento habia visto á un Hermano con tal devocion, que era asombro. Respondióle el Rector con palabras de mucho peso: «Hermano mio, si quiere aprovechar en la Religion y ser hijo verdadero de nuestra Compañía, comunique con el santo Francisco de Montemayor, hágasele muy familiar, y hallará en su trato espiritual mucho bueno que aprender.»

Hay en el mismo tránsito de los novicios una puerta que sale á la capilla donde está el Santísimo Sacramento, y hay en esta capilla muchas reliquias. A este *Sagrario* (que así le llaman) acudia muchas veces á visitar á su Dios, y á tener largos ratos de contemplacion celestial; y no se contentando con el tiempo que tienen señalado los novicios para oracion, Rosario y otras devociones, procuraba añadir más.

Pedia licencia al Superior para gastar en este retrete del cielo mucho más tiempo; y aun cuando todos los novicios alguna tarde de fiesta van una hora á la huerta de la casa para no tener siempre el arco tirante, él pedia licencia para estarse en el *Sagrario*, que era su más gustosa recreacion.

Habia fama comun en la casa que el H. Francisco no perdió la gracia bautismal, y estando un dia conversando con otros, le preguntó con sencillez un novicio si era verdad lo que se decia. Saliéronle los colores al rostro, y divirtió la plática con destreza por encubrir la virtud con humildad.

Aunque era tan ángel en el natural, no aflojó en su mortificacion y penitencia, que siempre andan juntas con la oracion. Procuraba su mortificacion en todas las cosas y no darse gusto en alguna; era forzoso tenerle la rienda en las disciplinas y ayunos, porque no perdiese totalmente la salud é impidiese mayores bienes.

En las ocasiones de paciencia, que es á donde se muestra más la virtud, daba bastantes muestras de haber aprovechado, y así, nunca se desabria con sus Hermanos, ni aunque le dijesen alguna palabra con ménos caridad, repli-

caba á ella, mostrando en esta paz la que tenia en el alma; y para que en todo hubiese amargura, desazonaba algunas veces con ajenjos las comidas que suelen regalar más al gusto.

## VII

*Es enviado por la obediencia á Avila á leer gramática.*

Desde el colegio de Villagarcía, á donde residió un año previniéndose para aprovechar á otros y echar hondas raíces en las verdades y desengaños, le envió la obediencia al colegio de Avila para que leyese la cátedra de menores, juzgando que cumpliria bien con este oficio, sacando buenos discípulos en virtud y letras.

A la primera señal de la campana bajaba á su tarea; pedia cuenta de sus lecciones á los estudiantes; corregia sus yerros con prudencia, mezclando con el rigor suavidad.

Trabajaba mucho para que no perdiesen tiempo sino que aprovechasen en la gramática, y principalmente en la virtud y devocion de la Vírgen y santo temor de Dios, porque nó entra la sabiduría en el alma que es cueva de pecados y madriguera de vicios.

Consideraba lo mucho que importa á la república cristiana que se crie la juventud con buena doctrina, pues de aquí no sólo depende lo restante de su vida y buen fin de ella, sino que haya buenos jueces, magistrados y Obispos de la cristiandad.

Tuvo aquí más cuenta con la observancia de sus reglas y votos, por ser forzoso mayor cuidado á donde se ofrecen más ocasiones. No recibia alguna cosa sin licencia del Prelado, siendo muy exacto en la guarda de la santa pobreza, y por su mayor hermosura deseaba que su vestido fuese muy pobre aunque limpio. En el aposento tenia una estampa de papel, y porque una que le dieron tenia no sé que adorno, no la quiso tener.

En la obediencia no hallaba dificultades; él mismo facilitaba lo que le parecia gusto del Superior, no sólamente ejecutando lo que le ordenaban, sino juzgando lo mismo y conformando su voluntad con la de su Prelado, á quien miraba en lugar de Dios.

Su pureza siempre fué angelical, y si pudo acrecentar la modestia exterior, en este tiempo se esmeró más en ella, porque tenia más ocasiones de divertir los ojos; y así, cuando acompañaba á los Padres en las visitas, procuraba estar retirado y leer algun libro devoto, teniendo todo este tiempo leccion espiritual, y si le preguntaban algo, respondia con espiritu y encogimiento,

y su trato era tan religioso con todos, que le llamaban el *Maestro de menores santo.*

Aquí no se olvidó de la mortificacion; nunca se arrimaba, ó ya estuviese en pié ó sentado. Todos los dias tomaba rigurosas disciplinas; el cilicio le traia muy de continuo y era bastantemente áspero y riguroso. Todas las vísperas de nuestra Señora y de las festividades de Jesucristo, de nuestro glorioso P. San Ignacio y otros santos, ayunaba á pan y agua y pedia cada vez licencia al Superior para hacer estas penitencias, porque decia que en las licencias generales se pierde el mérito de rendirse á la voluntad de otro; si los Superiores hallaban dificultad de darle estas licencias atendiendo á otras causas de más gloria de Dios, traia razones para allanarlas y mortificarse más.

A todos les daba ayuda en sus oficios, y él acudia con puntualidad á los que se le encargaban en casa, no perdonando á trabajo porque saliesen bien hechos, como quien queria agradar con ellos, no á hombres, sino á Dios, por cuyo amor los hacia. Daba cuenta de su conciencia con mucha claridad á los Superiores ó Prefectos de espíritu.

Rezaba de rodillas la Corona de nuestra Señora, y principalmente todos los sábados tenia media hora más de oracion, meditando en los privilegios y excelencias de esta Señora; y estaba con tanta hambre del santo y provechoso ejercicio de la oracion que, fuera de tener la hora señalada delante del Santísimo Sacramento, cada dia se recogia muchas veces á la iglesia para alargar más el tiempo al trato familiar con Dios, del cual sacaba notables medras para su alma, y una grande conformidad con la voluntad divina, así en lo próspero como en lo adverso.

Quien leyere aquí las ansias que padecia de tener oracion, pensará que tenia siempre grandes consuelos y regalos en ella; mas no era así, porque como á varon fuerte le ejercitó el Señor con muchas sequedades y desconsuelos, haciéndose el cielo de bronce, penalidad que da Dios á las almas aprovechadas, y que han crecido ya tanto en la virtud, que les quita las dulzuras con que suelen prender las tiernas plantas, que trasplantadas de la vanidad del mundo, empiezan á echar raíces en la vida espiritual, como de uno y otro tenemos ejemplos en las vidas de los santos.

Mas no por estos desconsuelos y desvíos dejaba el rumbo que con las luces celestiales habia tomado; así como el girasol sigue á su planeta, no sólo cuando está descubierto, sino tambien cuando las nubes y vapores de la tierra le ocultan y embarazan los rayos, este siervo fidelísimo del Señor se careaba con Él cuando le escondia sus luces, como cuando le bañaban los rayos de su consolacion.

En los ministerios de la Pasion de Cristo nuestro Bien sentia más consue-

lo y era devotísimo de ella, por lo cual le pidió á este Señor que le sacase de esta mortal vida en el dia de viérnes, en el cual obró nuestro rescate en medio de la tierra; y queriendo Dios galardonar á su siervo, le dió ciertas prendas de que habia de morir este dia, y así, lleno de gozo decia llanamente á los de casa que su muerte habia de ser en viérnes, y el suceso confirmó la verdad de la profecía.

Semejante gracia deseó y la alcanzó S. Luis Gonzaga, como consta de la *Vida* que escribió el P. Virgilio Cepari, part. 2.ª, en el cap. IX, y en esta semejanza se reconoce la uniformidad de afectos de ambos á dos.

## VIII

### *De su dichosa muerte y testimonios de su virtud.*

Lo que más anhela el amor verdadero es estar en presencia de la prenda que ama; y como el H. Francisco amaba sobre todas las cosas á su Dios, fomentaba en su pecho fervorosas ansias de verle y gozarle por una eternidad.

En esto pensaba muchas veces y recibia grande consuelo de considerarse en aquel último trance; que quien vive ajustadamente, como dice S. Gregorio, abre con alegría y gozo cuando el Señor y Esposo llama. Sólamente le asaltaba un pensamiento que le daba pena, y es, que si la enfermedad fuese tal que le privase del juicio, estaria aquel tiempo sin acrecentar el caudal de la gracia y sin hacer coloquios con el Bien de su alma.

Mucha pena le daba al santo mozo el que en aquella ocasion pudiese pasar tiempo que no se emplease en fervores y diligencias para punto tan peligroso, en que no va ménos que una eternidad de gloria, y es el puerto adonde en su entrada es contingente el peligrar los navíos de más alto borde.

Estando en estos santos pensamientos, le inspiró el cielo una rara y extraordinaria traza con que pudiese prevenir aquel daño contingente, y ganar en sana salud el tiempo que se podia malograr si acaso la enfermedad se apoderase de la cabeza. No hay mercader más solícito en sus ganancias como el que tiene luz del cielo en granjear grados de gloria, la cual merece cualquiera diligencia.

En suma, fué prevenirse con tiempo para morir, y haciéndose presente á aquel punto, ejercitarse en los actos de amor que entónces quisiera ejercer y hablar despacio con su Dios, con el afecto que en trance tan apretado quisiera estar; y para que fuese más viva y propia la representacion, muchas veces al dia, y especialmente la hora que á mediodia se recogia á su apo-

sento, se componia como si fuera el lecho de la desnuda tierra, en que le habian de poner difunto, y estando en ella recostado, tomaba en las manos un santo crucifijo, y á su presencia desataba amorosos coloquios del corazon, suspiros del pecho y lágrimas de los ojos.

«Señor, Dios mio y Redentor de mi alma (decia), á vuestras llagas me acojo y en ellas tengo de guarecerme. Veo, que no os he servido como era razon á tan Suprema Majestad del cielo y tierra. Perdonadme, Dueño mio, Dios de mi alma, esta ingratitud; no mireis mis pecados, sino sólo á vuestra misericordia. Dadme, Señor, tan grande dolor de mis culpas que se me parta el corazon. Esta y otras muchas vidas que tuviera os las ofrezco, ¿y qué es esto para las finezas de vuestro amor, con el cual padecisteis por este vil esclavo?

»Llagado os miro, mi Dios, de piés á cabeza, ¡y yo, vil gusanillo, busco comodidades! Agudas espinas taladran estas sienes; mis locos pensamientos son la causa; aheleada la lengua, traspillados los dientes, cárdenos los labios, reprenden la desatencion y arrojo de mis palabras, y las manos y piés traspasados con duros hierros, acusan los muchos de mis malas obras.

»Perdonadme, Dios amoroso, y por vuestra sagrada Pasion salvad al que redimisteis con vuestra preciosa sangre. Encomiendo mi espíritu en vuestras manos.» Aquí no le dejaban pasar adelante los sollozos y suspiros que arrojaba de lo íntimo de su corazon.

Duraron estos ejercicios nueve dias, y al fin de ellos se sintió no bien dispuesto, y pareciéndole que queria Dios sacarle de esta mortal vida, apresuró el paso para acercarse á la otra. Fué á pedir licencia al Superior para ayunar á pan y agua, y continuó con más fervor sus ejercicios.

Creció la mala disposicion de modo que fué forzoso avisar de ella al enfermero, y rendirse á la cama. Vinieron los médicos y reconocieron que su enfermedad era tabardillo; y así, que por el peligro de subírsele á la cabeza el mal, era bien recibir los Santos Sacramentos.

Regocijóse con la nueva mucho más de lo que suelen otros entristecerse con semejante aviso, por estar pegados á los bienes fantásticos y aparentes de esta vida, á la cual los siervos de Dios miran como destierro de aquella patria celestial, y así, desean salir cuanto antes del destierro, y gozar de su patria, adonde tienen bienes, y gustos verdaderos, y todas las delicias, y honras que pueden imaginar, si bien aquellos puros deleites no caen en imaginacion humana.

No se puede significar la devocion con que se reconcilió, y la disposicion con que recibió al Huésped divino para Viático de la jornada que deseaba hacer con su favor. Recogióse en recibiendo el Viático, y se quedó á

sólas con su Dios en el pecho, teniendo singular presencia de Su Divina Majestad, de la cual en su vida no se apartaba ni la perdia de vista, haciéndole nuestro Señor este favor tan singular lo más de su vida, como él dijo al P. Antonio de Ibarra, su confesor.

A los primeros términos de la enfermedad le cogió el frenesí la cabeza, y le duró por nueve dias, con que se conoció que habia sido más que ordinaria inspiracion el disponerse en salud á morir por temor de que podia los nueve dias dichos no estar en su entero juicio.

En la última enfermedad los crecimientos fueron tan grandes, que presto le postraron y le desahuciaron los médicos; y aunque, como hemos dicho, se le turbó el juicio con la fuerza del mal, despues de haber recibido el Viático al principio, se le dió el Sacramento de la Extremauncion.

Aguardaban los del colegio el cumplimiento de la profecía, y le vieron, porque, encomendándole á nuestro Señor todos los religiosos del colegio, y diciéndole la recomendacion del alma, dió su espíritu al Señor en viérnes, entre doce y una del dia, á 13 de abril de 1635.

Pudieran tener los que vieron la muerte del siervo de Dios algun sentimiento que una voluntad tan fervorosa como la suya no tuviera seguras las luces del entendimiento, cuando se le acababa la de la vida; pero quiso Dios avisar con esto á todos, que quien quiere asegurar la salvacion, imite al H. Francisco de Montemayor, disponiéndose en la salud á morir, y haciéndose muchas veces presente á aquella hora, en la cual no puede el alma negociar con tanta quietud y seguridad como quisiera lo que le importa tanto, porque los accidentes estorban ó coge el juicio un frenesí semejante; aunque la misericordia Divina le dió todo el lugar necesario á nuestro enfermo para recibir el Viático con mucha devocion y ternura, y despues la santa Extremauncion.

## IX

### *Su entierro y aclamacion de santo.*

Luego que en la ciudad de Avila se divulgó que habia muerto el *Maestro de menores,* acudió mucha gente al colegio á su entierro; y con ser el difunto tan recogido y retirado, era tanto el crédito que habia ganado de santo y virtuoso, que pedian sus alhajas por reliquias; y por satisfacer á la instancia piadosa de algunas personas afectas, se les dieron algunas.

Asistió á su entierro, sin haberse hecho el menor convite, todo lo más noble de la ciudad, así de lo eclesiástico como de lo seglar, y varias personas de todos estados, de autoridad y letras, vinieron á dar el pésame al P. Rec-

tor del colegio de haber perdido un sujeto de tan señalada virtud, y á quien Dios habia querido ilustrar con las demostraciones referidas.

La virtud por más retirada no se esconde, porque, como es luz, se difunde por los menores resquicios. ¿Quién dijera que á un Hermano estudiante, que habia poco tiempo que estaba en el colegio, habian de honrar tanto los moradores de aquella ciudad?

Murió á los veinte y seis años de su edad, y á los dos y medio de Compañía, con que habiendo sólamente medio año que hizo los tres votos religiosos, parece que sólo aguardaba nuestro Señor el que se ofreciese en víctima agradable á sus ojos, para llevarle á la vida eterna.

No sólo los vecinos de Avila han acreditado la virtud del H. Montemayor, sino otras muchas personas han testificado con sus dichos la santidad del difunto en todos estados. Los amos á quien sirvió en el siglo afirman que hacia una vida inculpable y penitente, con mucha mortificacion y trato celestial, sin faltar á las obligaciones de sus dueños.

El licenciado José García, cura del mismo lugar de Puras, y el licenciado Alonso García, clérigo presbítero, vecino de Montejo de la Vega, en el obispado de Avila, dicen que era muy célebre y respetada la virtud de Francisco de Montemayor en el estudio. Fueron estos sacerdotes sus compañeros, y otras muchas personas confirman lo mismo con juramento.

El Rector del colegio de Arévalo dice que, siendo el dicho Hermano estudiante seglar, era de conciencia tan pura, que no le hacia ventajas el novicio más fervoroso en la Religion. El Padre que de ordinario le confesaba, tenia por rara su virtud y por muy singulares sus penitencias, y á boca llena le llamaba santo, y así le llaman los de su patria. A su ejemplo atribuye otro religioso el haber dejado el mundo.

El P. Alonso del Caño hizo especial estimacion de su virtud, como se colige de las palabras que tengo referidas. En Avila fué muy estimado de todos, y cuando hacia la doctrina en la plaza, como se acostumbra, concurria mucho número de gente á oir (como decian) á un Hermano de la Compañía santo, y sus palabras no desdecian de este concepto porque eran eficaces y salian forjadas, no de las florestas de estilos floridos sin fruto, sino en la fragua de su continua oracion.

El Prefecto de espíritu del colegio de Avila y su confesor aseguran que fué santo, y que así lo conocieron en la cuenta de conciencia que las daba; y pidieron su cíngulo y otras alhajuelas por reliquias, para satisfacer á la piedad de algunas personas devotas y afectas que las pidieron.

Despues que murió en Avila, fué á su ocupacion otro religioso de Villagarcía que habia sido su connovicio; entró en su aposento á vivir sin repa-

ro alguno, y halló á caso un pedazo de carta de letra del H. Francisco, y como si hubiera hallado un tesoro, la guardó con mucho aprecio, y á la vuelta escribió estas cláusulas su afecto:

«Esta carta es del H. Francisco de Montemayor, el cual imitaba en todo la vida de S. Luis Gonzaga; murió leyendo *menores* en Avila con opinion de santo, de los de fuera y de los de casa.» Y es de notar, que despues este religioso se deshizo de todos sus papeles de humanidad, Artes y Teología escolástica, y reservó únicamente la carta, ó borrador de ella, del H. Francisco de Montemayor, teniéndola por más estimable papel de todos los que tenia. El P. Miguel de Arbizu, Rector que era entónces del colegio de Avila, y despues del de Salamanca y Provincial de Castilla, escribió la carta de difunto á los colegios, y es un epílogo de lo que hemos referido, en que dice grandes loores de sus virtudes, y cómo siempre fué tenido y aclamado por santo y de grande perfeccion de todos sus maestros y condiscípulos, y de los discípulos que tuvo cuando leyó.

Pudiéramos traer otros testimonios y cartas que ennoblecen la santidad y virtud heróica del sujeto de que hemos escrito; mas omitímoslo por la prolijidad, y porque los referidos son mayores de toda excepcion, y persuaden bastantemente lo que pretendemos, que es proponer para la gloria de Dios y bien de nuestras almas, la idea de vida ejemplar que tuvo el H. Francisco de Montemayor, al cual llevó Dios á tan pocos años de religioso por lo que sabemos dice la *Sabiduría* en el cap. IV: *Consummatus in brevi explevit tempora multa; placita enim erat Deo anima illius, propter hoc properavit educere illum de medio iniquitatum.*

Mucho tiempo vive el que ejercitó gloriosas acciones, ni el tiempo se debe regular por el movimiento del primer móvil, sino por el número de los merecimientos. Llevóle á Dios el agrado la alma de nuestro estudiante, y así se apresuró á sacarla de este mundo.

Mucho temor puede dar la vida virtuosa del H. Francisco á los que viven como sino hubieran de morir, olvidados de aquella última hora, en que conocidamente peligrarán, sino se han dispuesto en la vida. A los religiosos puede servir de confusion el conocer las ansias de este Hermano por asegurar su salvacion con ventajas, volviendo los ojos á su propia tibieza y poco aprovechamiento, y á todos será espuela para correr con fervor por el camino de la virtud y asegurar el último fin para que fueron criados.

Nuestro Señor nos dé sus luces y nos acreciente los deseos de servirle, para que gocemos de su divina presencia por una eternidad. Amen.

P. ANDRADE.

# P. MANUEL DE TEIXEIRA

UNO de los religiosos que por ilustre y señalado en santidad, religion y celo de las almas venera y aplaude la provincia de Castilla con singular estimacion y comun voto de todos los que le conocieron y trataron, es el P. Manuel de Teixeira; y porque en el discurso de su vida hubo casos ejemplares que pueden aprovechar á muchos, la quise poner aquí, sacada de la que copiosamente escribió la misma provincia para comun edificacion de todos.

Fué este siervo de Dios portugués de nacion, natural de la villa de Estremoz, en el arzobispado de Evora. Su nacimiento fué el año de 1568 á 27 de setiembre, dia de S. Cosme y S. Damian, en que tambien nació la Compañía, siendo aquel dia confirmada por Religion de la Sede Apostólica, que parece le crió Dios desde su nacimiento para ella.

Su padre se llamaba Juan de Oliveira del Carvallar, y su madre Victoria Teixeira, personas nobles y de más estimacion que hacienda.

Murieron ambos el año de 1580 (que comunmente llaman del catarro, por el que cundió en toda Africa y Europa) dejándole huérfano y pobre, en compañía de una hermana tan pequeña como él.

Compadecida de ambos una devota mujer rica y noble de Estremoz, los recogió en su casa, moviéndole Dios el corazon para que no se perdiesen aquellas dos criaturas que habia escogido para religiosas, como lo fueron, la hermana en un monasterio de monjas, y Manuel en la Compañía de Jesus; y pudo decir con verdad lo que de sí dijo David: *Mi padre y mi madre me dejaron, y Dios me tomó para sí,* porque desde luego parece que le adoptó por su hijo, previniéndole con su gracia y haciéndole singulares favores para su conservacion, como se verá en los que ahora diré.

Doce años tenia cuando murieron sus padres, y el fuego de la peste andaba voracísimo por toda la tierra; él, como inocente y sin cautela, se metió entre los apestados del campo, viendo curar á unos y enterrar á otros; pegósele el contagio con tal fuerza, que en sintiéndose herido, perdió las fuerzas y el aliento, y cayó en tierra desviado del camino sin remedio humano; pero no le faltó el divino, porque Dios que cuidaba de él como de hijo, llevó por aquel paraje á un cofrade de la Misericordia, que llevaba consigo el ciruja no para curar apestados, y divisándole entre las matas, fueron á él, y le ha-

llaron como muerto con una landre pestilencial y una calentura ardiente, que le tenia fuera de sí.

Abrióle el cirujano la apostema, aplicóle las medicinas, y fué nuestro Señor servido que respirase y mejorase, y que dentro de breve tiempo alcanzase salud.

No le duró mucho, porque, caminando de Estremoz á Olivenza y llegando á unos zarzales, se espantó la cabalgadura en que iba y le arrojó de golpe en una espesura de cardos y espinas tan agudas, que le lastimaron el cuerpo, llagándole por muchas partes; y como era de pocas fuerzas, no pudo vencer las espinas, y cuanto más hacia para desasirse, más se espinaba, como el pájaro, que cuanto más revolotea, más se liga.

Daba voces y no habia quien le socorriese; llamó á Dios y á su Santísima Madre, y fué luego socorrido de quien le oia y le amaba, porque le depararon una piadosa mujer que pasaba por el camino, y movida de piedad como el Samaritano del Evangelio, le sacó de entre las zarzas y le fue quitando las espinas y limpiándole las llagas; mas faltándole el vino y el aceite que tuvo el Samaritano, le puso en su jumento y le llevó, no al hospital, sino á su casa, y le curó con mucha piedad y regalo, hasta que alcanzó entera salud, la cual reconoció de la mano de Dios, y le dió muchas gracias por ella.

Conocióse desde luego que Dios le habia escogido desde la pila para siervo suyo, porque le dió una inclinacion admirable á todas las obras de virtud y un grande aborrecimiento á los vicios, un natural blando, devoto y compasivo, condicion apacible y tan obsequioso y servicial, que robaba los corazones de todos, y podemos decir de él que como crecia en la edad, crecia en virtud y santidad para con Dios y los hombres, porque su ocupacion ordinaria era rezar y orar, asistir en la iglesia á los divinos Oficios, servir á las Misas.

Confesaba y comulgaba á menudo, tenia sus ayunos y penitencias y sus ratos de recogimiento, retirándose á meditar en los misterios divinos; compadecíase de los pobres, haciéndoles el bien que podia, y en aquella tierna edad hacia una vida religiosa, siendo el mismo Dios su Maestro, que le enseñaba con la luz interior de su alma el camino de la perfeccion con la santidad de la vida.

Todos le miraban como á un ángel del cielo, y llegó á tanto grado, que enviando una señora noble de Estremoz á pedir á una grande sierva de Dios que vivia en Lisboa, que la encomendase á Dios y ciertos negocios que traia entre manos de mucha importancia, le respondió que dentro de su tierra tenia persona bien valida del Señor, que lo podia hacer mejor que ella, que era Manuel de Teixeira, pequeño en la edad y grande en los méritos.

Si esto escribió por fama que habia tenido de grandes hombres ó por noticias de Dios no se sabe de cierto; pero sabemos que le buscó aquella señora, y le encomendó sus negocios, no para que los diligenciase con los hombres, sino con Dios, y en adelante le miraba y respetaba como á santo.

Y Dios parece quiso confirmar esta opinion, porque movidos de ella, le llamaron para que visitase á una mujer enferma de recias calenturas, pidiéndole que la encomendase á Dios, y le pusiese las manos sobre la cabeza. Avergonzóse el humilde y honesto mancebo de oir esta peticion y excusóse con mucho encogimiento; pero las instancias fueron tales, que más por fuerza que de grado concedió lo primero de encomendarla á Dios, pero no lo segundo de tocarla con las manos; y fué Su Divina Majestad servido de que luego mejoró, y alcanzó entera salud, con que creció en el pueblo y la comarca la opinion que tenia de santidad, y de lo que valia con Dios.

Antes de cumplir los quince años de su edad le faltó la piadosa mujer que le tenia en su casa, porque la llevó á la suya Dios nuestro Señor con opinion de santidad. Quedó segunda vez huérfano Manuel; mas el verdadero Padre, que es Dios, no le faltó, y así, le deparó un piadoso sacerdote, que le recogió en su casa y le tuvo como á sobrino, dándole todo el lugar que pedia para orar y encomendarse á Dios.

Pero Su Majestad que le queria ejercitar en paciencia, le quitó presto este arrimo, llevándole para sí y dejando á Manuel solo. Buscó entre sus parientes alguno que le recibiese, pero todos le volvieron las espaldas; costumbre antigua de los hombres, que los pobres se hallan tan faltos de parientes, como los ricos abundantes.

Mejor lo hizo un criado de su padre, que compadecido de él, le llevó á su casa aunque su caudal era corto; pero el buen Manuel agradecido á la buena obra que le hizo, le quiso ayudar apacentando un rebaño que tenia de cabras. Aquí consideró los lances de la fortuna en la vuelta que habia dado la suya, pues en tan pocos años habia mudado tantos dueños, y se hallaba pobre, huérfano, pastor de ganados y criado del criado de sus padres.

La ocupacion era á propósito para darse á la oracion, y así, gastaba la mayor parte del dia en rezar y contemplar en el cielo, y en los misterios divinos; y como Dios le tenia destinado para diferentes empleos, dióle vehementes deseos de aprender á leer y escribir para valerse de los libros devotos, y tomar noticia de las vidas de los santos.

Espoleado, pues, de estos deseos, dejó el oficio de pastor, y asentó plaza de aprendiz en casa de un sastre, adonde tenia un amigo que podia enseñarle; y con la codicia que tenia, trabajaba de dia y aprendia de noche á costa de gran trabajo.

Tres años duró en esta tarea, hasta que salió con su intento, sin aflojar un punto en la virtud y ejercicios de sus primeros años; despues de los cuales, movido del espíritu divino y acompañado de dos amigos virtuosos, fue peregrinando á pié á nuestra Señora de Guadalupe, á donde hizo voto de castidad perpetua delante de aquella santa imágen, y se detuvo con sus compañeros seis meses, sirviendo á los pobres del hospital con mucha caridad, despues de los cuales partió á Salamanca con designio de estudiar y hacerse apto instrumento para servir á Dios en el ministerio de las almas.

Entró en Salamanca pobre y desconocido, sin más amparo ni arrimo que el de Dios y su grande confianza, que es el más firme y verdadero, y el que nunca falta á los que se fian de Él, como no faltó á nuestro estudiante, porque en once años que estuvo en aquella Universidad, tuvo lo necesario cumplidamente para estudiar, ya sirviendo, ya haciendo oficio de ayo á personas honradas, que como le veian tan virtuoso, todos le pretendian para valerse de él.

Los tres primeros años estudió la lengua latina y la griega con tanta suficiencia, que entendia cualquiera libro griego bien, y toda su vida rezó las oraciones en griego para no olvidarla.

Despues oyó las Artes y Teología, y cursó en la Cosmografía y esfera, y aprendió las Matemáticas, y tambien aprendió la Teología moral, y la Escritura, y en todo salió aprovechado, porque como no perdia partícula de tiempo; con el favor y gracia de Dios aprovechó en todas estas ciencias, que despues le aprovecharon para sus intentos.

Pero en lo que más aprovechó, fué en el estudio de la virtud, haciendo vida religiosa y perfecta en hábito secular; porque, como dice el que escribió su vida, si se hubiera de pintar un estudiante perfecto, se habia de pintar la vida de Manuel de Teixeira, porque no hay virtud que se pueda pedir en un estudiante perfecto, que no resplandeciese en él en grado superior; la modestia, la honestidad, el recogimiento y silencio, la aplicacion al estudio, el amor y respeto á los maestros, la humildad y sufrimiento en las injurias, la penitencia y oracion con el ejercicio de las otras virtudes.

Usaba de ásperos cilicios, y cotidianas disciplinas, y ayunos de pan y agua las vísperas de los santos, y en especial las de nuestra Señora; ayunaba todos los viérnes del año, dormia poco y velaba mucho.

Nunca iba á leccion sin haber tenido por lo ménos una hora de oracion mental. Todos los dias rezaba las Horas de nuestra Señora, y el Rosario de rodillas, oia Misa, visitaba los altares y ganaba muchas indulgencias por sí y por las almas del purgatorio.

Confesaba y comulgaba á menudo, y daba gracias con mucho espacio y

devocion; oia sermon las fiestas, y por las tardes, cuando los otros estudiantes iban á los juegos y comedias, él se iba á los hospitales á servir á los pobres, y á donde habia fiestas devotas á gastar el tiempo con Dios; huia de las malas compañías como peste de la juventud, y buscaba las buenas; y así, todo su trato y conversacion era con religiosos espirituales, tomando sus consejos y documentos para su alma.

Las vacaciones hacia alguna romería á santuarios devotos; y, finalmente, en todo era un dechado de virtud, que con su ejemplo predicaba y movia á devocion á cuantos le miraban; y no sólo con las obras exhortaba á las virtudes, sino tambien con las palabras, persuadiendo á los que trataba á retirarse de los vicios, y vivir en el temor de Dios; y tal vez sucedió que, sabiendo que un estudiante se hallaba en ocasion de ofender á Dios, fue con presteza á su casa, y le quitó la ocasion, y le redujo al camino de su salvacion.

Fué buena prueba de todo lo que se ha dicho el fruto que hizo en sus compañeros y amigos, porque todos los que tuvo á su cargo y los que vivieron con él, entraron religiosos y fueron personas de mucha monta en sus Religiones, confesando que debian su vocacion, despues de Dios, á su amigo y compañero Manuel de Teixeira.

Hubo uno que resistió á sus consejos, aprisionado con las cadenas del siglo, y viendo el siervo de Dios su resistencia, se valió de oracion y penitencia, suplicando á nuestro Señor que le diese fuerzas y valor para despreciar el mundo; y aquella noche estando durmiendo, tuvo una horrible vision en que vió abrirse el suelo de su aposento y descubrirse una horrenda sima de inmensa profundidad, de la cual salian monstruos terribles, que asiendo de él, le querian echar en ella; y forcejeando para defenderse, con la fuerza de la agonía despertó tan sobresaltado y temeroso, que todo el resto de la noche gastó en lágrimas, y contricion de sus pecados, y en hacer propósitos firmes de seguir los consejos de su buen compañero, como lo hizo en amaneciendo, tomando el hábito de la Religion.

Cuando vino á Salamanca, no conocia á los de la Compañía más que por el nombre, ni los habia visto, ni tratado jamás, y cuando los comenzó á conocer, le robaron el corazon, y luego asentó plaza de discípulo en nuestro colegio, no ménos para la virtud que para las letras; guiándose en todo por su consejo y direccion, y en premio de sus buenas obras Dios le llamó para la Religion, á cuya voz respondió luego como siervo fiel; y por no venir solo trajo consigo dos compañeros, y entraron en la Compañía, y fueron muy buenos religiosos en ella.

Como era tan conocida su virtud, no hubo dificultad en recibirle, ántes

mucho gusto y consuelo de todo el colegio, que dieron muchas gracias á Dios por haberles dado tan santo y buen compañero. Fué recibido á 18 de abril de 1599 años, á los treinta de su edad.

A los compañeros enviaron luego al noviciado de Villagarcía, y á él le detuvieron siete meses en Salamanca, valiéndose de sus buenas prendas para los ministerios del colegio, que se halló necesitado de él.

Pasado este tiempo, fué á Villagarcía, adonde tuvo por Maestro de novicios al santo P. Luis de la Puente, debajo de cuya disciplina salió tan aprovechado como su santa vida lo mostró; porque decir en particular lo que aprovechó en cada una de las virtudes, fuera materia muy larga y que pedia un grande libro; basta decir que en todas fué perfectísimo, y que todos le miraban como á un S. Bernardo novicio y como á un espejo de santidad y perfeccion.

Viéndole, pues, tan aprovechado los Superiores, y que en poco tiempo habia llegado á la cumbre, adonde otros en muchos años, le sacaron á los cuatro meses de noviciado para la Casa Profesa de Valladolid, adonde á la sazon estaba la corte.

Aquí estuvo algun tiempo haciendo oficio de Coadjutor, y de aquí le enviaron al colegio de Monforte á leer gramática, adonde gastó seis años en esta ocupacion. Cumplidos los cinco años de Compañía que pide nuestra Religion, sin despensarle un dia aunque era tan entrado en edad y tan buen filósofo y teólogo, le ordenaron de sacerdote y le dieron licencia de confesar y predicar, obedeciendo en todo esto como un niño á su Superior, con sumo silencio y rendimiento, dejándose en sus manos como en las mismas de Dios.

Aquí comenzó su apostolado, que le señaló Dios en el reino de Galicia, el cual alumbró con la luz de su doctrina y fertilizó con la lluvia y el grano de su predicacion; porque, así como el fuego encerrado en las entrañas de la tierra rompe para salir por todas partes con indecible fervor, así el fuego divino del celo de la salvacion del mundo, que estaba encerrado en el pecho de este varon apostólico, rompió con admirable fervor, discurriendo por todas partes á predicar, y confesar, y á traer las almas á Dios.

El tiempo que leyó gramática hizo oficio de operario, como sino leyera, confesando en casa y fuera, á los enfermos y á los sanos, de dia y de noche, siempre que se ofrecia, con una sed y ansia insaciable de ganar alguna alma para Dios. Lo mismo hizo cuatro años que fué Ministro en el colegio de Monterrey, sin que el cargo de Superior le embarazase confesar ó predicar ó asistir á los enfermos.

Las fiestas y domingos que no habia concursos en casa, salia por la comar-

ca á las aldeas y pueblos cortos á enseñar la doctrina cristiana á los labradores y gente del campo, y á confesarlos, y predicarlos y encaminarlos en su salvacion.

Viendo los Superiores su fervor y el fruto que hacia en los pueblos, le absolvieron de la cátedra, y le dieron un Padre compañero, no sólo en el hábito, sino tambien en el espíritu, cual se requiere para el ministerio de las misiones que es el primero de la Compañía y el blanco y fin de nuestra vocacion, para el cual señaló S. Ignacio nuestro Padre á los profesos de cuatro votos, que son los hombres doctos, y los de grandes talentos de predicar y enseñar, y los insignes maestros de la Religion, como quien tan bien sabia lo que era menester para hacer este grande ministerio como se debe hacer, y como le hizo este varon apostólico por espacio de treinta años con admirable fruto de las almas y crédito de la Compañía; pluguiera á la Majestad de Dios que todos lo hiciéramos como él.

Anduvo todos los obispados de Galicia, que es de las tierras más necesitadas de España, y la más pobre y de mayores incomodidades. Salia á pié con su compañero, sin más Viático que la confianza en Dios, que es el mejor de todos, que nunca faltó á los que no le faltan, como le sucedió á este su siervo á quien todo le sobró, porque estaba contento, como S. Pablo, con un pobre vestido con que cubrirse, y una corta comida con que sustentarse, y al que no pide más, todo le sobra.

Aposentábase en los hospitales, si eran decentes, conforme nuestra regla, y sino en un pajar, ó adonde con decencia pudiese estar. Contentábase con una tabla y unos sarmientos por cama, y por abrigo su manteo.

Tomaba parcamente de la comida que le daban aquellos pobres labradores, que muchas veces era un poco de centeno cocido; y cuando habia pan de trigo ó algunas legumbres guisadas á su modo, era un grande banquete.

No pocas veces llegaba mojado por lo mucho que llueve en aquella tierra, y no hallando albergue, se recogia en su manteo sobre unas pajas, gozándose de tener la cama semejante á la que Cristo tuvo en su pesebre el dia de su nacimiento.

Al trato apostólico de su persona correspondia el fervor de su predicacion y la infatigable asistencia del confesonario, porque sus palabras eran llamas que encendian los corazones, y sus razones ascuas que los abrasaban en amor de Dios y aborrecimiento de los vicios. Sus reprensiones eran eficaces, tan fuertes y con tal energía, que, como la vara de Moisés, herian los corazones más que de piedra, y sacaban arroyos de lágrimas con que lavaban las manchas de sus pecados.

No se oian en sus auditorios sino llantos, gemidos y suspiros, clamores al

cielo nacidos de verdadera contricion y dolor de sus culpas, ansias y fervores de servir á Dios.

De noche velaba en oracion; en amaneciendo, y muchas veces antes, estaba en el púlpito ó el confesonario, conforme á la necesidad y disposicion del tiempo. Del púlpito bajaba al confesonario, y del confesonario iba al púlpito. Nunca salia de la iglesia hasta que se hubiesen confesado todos; y por esto muchas veces perseveraba confesando hasta las dos y las tres de la tarde, y por la tarde hasta bien entrada la noche; y si era necesario para despachar á los labradores, los oia hasta las diez y las once, que se retiraba á tomar algun alivio para volver al trabajo.

No es posible reducir á número las confesiones generales que hizo en estas misiones, las almas rematadas en su obstinacion que sacó de pecados, las malas amistades que deshizo, las enemistades que compuso, los pleitos que estorbó, los fuegos que apagó entre pueblos que se querian dar batalla, las malas costumbres que quitó, las buenas que introdujo, la frecuencia de Sacramentos que entabló, tan necesaria para la salvacion como olvidada en aquellos pueblos, las ignorancias que desterró de ellos con la luz de su enseñanza.

Era de manera, que no los conocia quien antes los habia tratado, y despues de la mision del P. Manuel de Teixeira, parecian otros diferentes en la devocion y cristiandad, y en el modo de proceder, así como la tierra inculta llena de cardos y espinas parece otra diferente despues de labrada y cultivada y trocada en vergel ameno y en deleitoso paraíso, que tales dejaba los pueblos para los ojos de Dios este fiel siervo suyo.

Movido, pues, del fruto que experimentaba en las misiones, persuadia á los religiosos de casa que se empleasen en ellas con muchas y buenas razones; y para moverlos más, contaba algunos casos ejemplares que le habian sucedido en ellas, de los cuales apuntaré aquí algunos para enseñanza de los que los leyeren.

En una aldea padecia una mujer casada grandes fatigas y malos tratamientos de su marido por injustas sospechas que tenia de ella; vino á confesarse y consolarse con el P. Teixeira, el cual la animó mucho á la paciencia, prometiéndole de parte de Dios que presto tendria paz con su marido, y dejaria aquellas vanas sospechas.

Cuando volvió á su casa, arrebatado de cólera el marido, la habló con gran de ira, preguntándola de dónde venia. Respondió con mucha humildad, que de confesar con el P. Teixeira y ganar el jubileo. «Pues si tan santa es (dijo) meta las manos en ese fuego, que no se quemará.»

La sencilla mujer, segura de su conciencia, tomó las brasas en las manos

y las tuvo un buen rato sin quemarse, con pasmo y admiracion de su marido, que viéndola sana y sin alguna señal del fuego, se arrepintió de lo pasado; y cobrando grande concepto de su virtud, trocó los malos tratamientos en caricias y las sospechas en estimacion, y vivieron en gran paz, como se lo habia ofrecido el P. Teixeira.

Otra persona habia callado muchos años un grave pecado en las confesiones, y estaba tan vencida del empacho, que aunque el buen Padre predicaba con grande eficacia contra este vicio que tanto cunde en los lugares pequeños apoderado de la gente ignorante, nunca se resolvia á confesarle; las palabras del Padre eran dardos que atravesaban su corazon y andaba espinadísima con el remordimiento de la conciencia, sin tener valor para vencerse.

Batallando consigo en esta guerra tan prolija, vió de noche un lebrel negro que amenazaba despedazarla; tuvo gran miedo y turbacion, pero no quitó la causa que era el pecado encubierto. Volvió segunda y tercera vez, que tales instancias hace Dios al alma para sacarla de sus vicios y encaminarla al cielo, pero los pecados envejecidos echan tan hondas raíces, que ni con tales amenazas salen los pecadores de ellos.

Una noche pasaron las amenazas á ejecuciones, arremetiendo aquel lebrel infernal al pecador, y tomándole en las uñas y los dientes para despedazarle, con el dolor y sentimiento abrió los ojos del alma para ver su daño; clamó á Dios y á su Santísima Madre, á cuya voz huyó aquella infernal bestia; y perseverando toda la noche en lágrimas y contricion de sus culpas, vino en amaneciendo á buscar el médico de su alma, al santo P. Teixeira, y se confesó con él generalmente, y quedó quieto y seguro, sin padecer más aquellas guerras interiores y exteriores que causan los pecados escondidos como viborezno en la conciencia.

Una mujer tenia costumbre de maldecir fácilmente; predicó el bendito Padre contra este vicio, y como no hiciese caso de sus reprensiones, la castigó Dios tan de contado, que maldiciendo á un hijo suyo de dos años diciendo, el diablo te lleve, se le arrancaron de los brazos sin ver quién se le llevaba, y le desaparecieron.

Su espanto fué igual al sentimiento; lloraba y gemia la pérdida de su hijo, y con más dolor creyendo que le habia llevado el demonio, á quien ella le habia dado, como cuenta S. Gregorio en sus *Diálogos* que arrebató otro de los brazos de su padre porque juraba y blasfemaba.

Vino al P. Teixeira llorando su desventura, y él la consoló, diciéndola que Dios la castigaba porque no se enmendaba de aquella mala costumbre. La mujer ofreció la enmienda con lágrimas, y Dios, que sólo quiere del pe-

cador la enmienda, le volvió su hijo vivo, al cual hallaron en un monte sin lesion alguna. Y causó tal temor este suceso en toda la tierra, que desterró el vicio de maldecir, que estaba apoderado de ella.

Predicando en un pueblo con el espíritu que solia contra el vicio de la deshonestidad, se convirtió un eclesiástico que vivia amancebado con escándalo del pueblo; confesóse con el Padre, el cual para que la cura fuese más segura y permanente, le dió los Ejercicios de nuestro Padre S. Ignacio.

Dejóle reducido, advirtiéndole que no volviese más á los vicios pasados, porque seria peor la recaida que la primera caida, y armaria contra sí la ira de el Altísimo, y le vendria su castigo; mas, en volviendo el Padre las espaldas, volvió él á sus vicios, haciendo fuerza á la mujer para conseguir su gusto, y Dios que castiga estas alevosías, las castigó en él tan de presente, que le quitó la vida una noche de repente en los mismos brazos de su ocasion, pasando de las delicias carnales á las penas infernales, á ser atormentado eternamente; que tal castigo merece quien vuelve á Dios las espaldas despues de haberle esperado tantos años y perdonado tantas veces.

En apoyo de las descomuniones le sucedieron otros dos casos ejemplares. El primero fué, que un mozo hurtó cantidad de dinero; el dueño sacó una descomunion contra él; sabiéndolo, no hizo caso de ella, y como fueron agravando censuras, siendo fuerte y robusto, se fué secando y consumiendo, y quedó un esqueleto tan sin fuerzas ni virtud, que no se podia tener en pié, y andaba arrastrando por la tierra.

Llegó el P. Teixeira con su mision á aquel pueblo, dióle parte el mozo de su desdicha, y el Padre le exhortó que restituyese lo ajeno y saliese de la descomunion; y porque no tenia bastante caudal, le compuso con la parte; y con su beneplácito le absolvió, y fué cosa admirable que con la absolucion recibió la salud y estuvo bueno y fuerte para poder trabajar como de antes.

El segundo fué que, pasando un descomulgado por un prado verde y ameno, vió otro que le seguia que, como pisaba las yerbas, se secaban y quedaban las huellas señaladas entre lo verde en la yerba seca; advirtióle de ello al descomulgado, el cual admirado y compungido, trató luego de absolverse, y cesó aquel efecto que causaba la descomunion, y el P. Manuel de Teixeira predicó el uno y otro caso en crédito de las descomuniones de la Iglesia, ponderando cuánto se deben temer y los efectos que causan en las almas, significados en los que causan en los cuerpos.

Tambien solia contar, persuadiendo á cumplir los votos que se hacen á Dios y á sus santos, que predicando en un pueblo, se convirtieron dos que estaban mal amistados, y el hombre hizo voto á la Vírgen nuestra Señora de

no volver más á aquel vicio; pero no le cumplió, porque dentro de poco tiempo hizo instancia á la mujer para juntarse con ella, y en fragante delito le embargó la justicia divina, dándole un flujo de sangre, con que acabó la vida en pena de su inconstancia y de no haber cumplido el voto que hizo á nuestra Señora.

Estos y otros muchos casos le sucedieron, que solia repetir para mover al temor santo de Dios á los hombres, y á detestar los vicios; á los cuales podemos añadir el que le sucedió con un Hermano estudiante, que no haciendo el aprecio que debia del grado de Coadjutor espiritual que le dieron los Superiores, solia baldonarle por él, siendo dignísimo por su santidad, predicacion, letras y misiones, y por el fruto que hizo en ellas con tanto crédito de la Compañía, del supremo que hay en ella.

El buen Padre callaba y llevaba con humildad aquellos baldones, pero Dios que los oia, castigó al baldonador con la pena del talion, porque entrando á estudiar, no fué posible, forcejando dos veces diferentes, aprender una proposicion de *Sumulas;* y corrido y avergonzado, salió de la Compañía, que así humilla Dios la soberbia de los vanos y vuelve por la honra de los humildes.

No se limitaba su fervoroso espíritu á las misiones de los pueblos, porque de la misma manera continuaba en los colegios predicando, enseñando y confesando incansablemente, con una hambre y sed de las almas insaciable; y no sólo hacia fruto en los de fuera, sino tambien en los de dentro, porque su conversacion era tal y el ejemplo de su vida, que movia á todos al fervor de la virtud y á caminar á la perfeccion; y así, los compañeros que tuvo en las misiones y los que vivieron con él en los colegios, mejoraron grandemente sus vidas y se adelantaron mucho en perfeccion, y sacó muchos discípulos grandes misioneros.

Deseó y pidió ir á las Indias á convertir los infieles, y no lo pudiendo alcanzar, persuadió á otros que fuesen, los cuales trabajaron apostólicamente en aquellas tierras, convirtiendo muchas almas á la fe de Cristo con indecible gozo suyo, juzgando que por su medio lograba sus intentos.

Su primera mision y en la que puso más cuidado fué en la de su alma, que debe ser la primera siempre, porque si esta se pierde, todo se pierde, y aunque gane el predicador todo el mundo, nada le aprovecha si á sí no se aprovecha, por lo cual nuestro santo predicador puso su mayor cuidado en adelantar siempre su alma en virtud y santidad.

Tenia muchas horas de oracion; andaba continuamente en la presencia de Dios; rezaba las Horas canónicas de rodillas con grande atencion y devocion, y para tenerla, rezaba primero el Oficio del Espíritu Santo, pidiéndole

que viniese á su corazon y le inflamase con su fuego celestial; añadia á esto el de la Cruz, considerando lo que en cada hora de aquellas padeció Cristo por su amor.

Era muy devoto de la Santísima Trinidad, y siempre que la nombraba, hacia profunda reverencia y parecia bañarse de un consuelo celestial. Lo mismo le sucedia con el nombre santo de María, de quien era muy devoto.

La Misa decia con mucho espacio y devocion, por ocupado que estuviese, y entre dia visitaba muchas veces el Santísimo Sacramento, y cuando podia tenia la oracion delante de él.

Fué temerosísimo de Dios, y observantísimo de las reglas de la Religion, y de tan pura conciencia, que afirmó quien le confesó generalmente que no perdió en toda su vida la gracia bautismal.

Ayúdole mucho á esto la áspera penitencia con que maceraba su cuerpo. Todos los dias tomaba una sangrienta disciplina; andaba vestido de cilicios; su cama era una tabla, y, cargándole las enfermedades, un mal jergon en que dormia vestido; ayunaba algunas veces cada semana á pan y agua, y los miércoles, y viérnes, y sábados, y vísperas de nuestra Señora rigurosamente.

Muchas veces comia de las sobras que dejaban los demás, otras salia á comer con los mendigos á la puerta reglar, y buscaba el más asqueroso para comer con él en un plato, y luego les besaba los piés á todos. Tal fué siempre su humildad y el desprecio que tuvo de sí.

Cuando visitó el P. Alonso Carrillo su provincia el año de 1613, mirando sus grandes merecimientos, juzgó mal de los Superiores que le dieron el ínfimo grado de la Compañía, mereciendo por sus altos méritos el mayor; y así, para corregir este yerro, le ofreció la profesion de cuatro votos, y le dejó carta para que, en llegando á su colegio, el Provincial se la diese; mas el humilde Padre no la quiso recibir, teniéndose por indigno de aquel grado y por muy honrado con el menor de la Religion.

La virtud de la pobreza fué admirable en este santo varon, porque no hubo pobre mendigo que le aventajase en ella; el vestido, el aposento, las alhajas, la comida, la bebida, que fué siempre agua cruda, hasta la pluma y el papel que usaba, eran pobres y desechados, no admitiendo cosa de lustre por ningunas instancias; tan rendido á la voluntad de los Superiores, como sino la tuviera propia, porque nunca tuvo más que la suya, y como por su humildad miraba á todos como á Superiores, les obedecia y servia con grande amor y caridad.

Era manso, obsequioso y tan agradecido, que tenia escritos todos los que le hacian bien, para servirlos y encomendarlos á Dios; y si con los sanos tenia esta caridad, ¿cuál seria con los enfermos? Les visitaba y consolaba y re-

galaba en la forma que podia cuanto le era posible, y por esto y por su dulce condicion era amado de todos, y siempre le miraban como á un ángel del cielo.

Fué muy devoto de S. Ignacio nuestro Padre, y procuró introducir su devocion en toda la tierra de su apostolado. Llevaba su firma siempre que salia á visitar los enfermos y con ella su santa imágen, y Dios obraba por su medio muchas maravillas, con que introdujo su devocion en toda aquella tierra, adonde guardaban su dia como de fiesta.

Sucedió que saliendo un labrador á trabajar en su era un dia del Santo, le dijeron otros que cómo no le guardaba y procuraba ganar el jubileo que se ganaba aquel dia en la Compañía, á que respondió inconsideradamente: «No me dará S. Ignacio de comer á mí y á mi casa sino trabajo su dia.»

Luego sintió el castigo de Dios, porque le dió un dolor vehementísimo en la cabeza, que le cogia en los oidos y caminaba á la boca, y le dió con tal fuerza, que le derribó en el suelo y le quitó las fuerzas para trabajar, haciéndole guardar el dia por fuerza al que no quiso de grado; pero reconociendo su culpa, pidió perdon al Santo y ofreció guardar su fiesta y gastar el dia en su iglesia, con que luego mejoró y vino á nuestro templo á cumplir su promesa, con que así él como los demás se confirmaron en su devocion y en la que habian comenzado de guardar su fiesta por persuasion del P. Manuel Teixeira.

En otro lugar cercano á Monterrey, se encendió un furioso fuego que abrasaba las mieses, el aire soplaba, las llamas se embravecian, los campos y huertas perecian con un incendio tan terrible, que parecia un infierno; la gente clamaba sin hallar remedio; salió el cura con el pueblo á ver si le tenia.

Acordóse que traia en el breviario una estampa de papel del glorioso S. Ignacio nuestro Padre, y sacándola, con grande fe dijo: «Vos, glorioso Santo, que viviendo apagaste el incendio de los vicios, y desde el cielo favoreceis á los menesterosos y afligidos, apagad este fuego y consolad á este pueblo, que con tan grande afecto invoca vuestro favor.»

El clamó, y todos clamaron: «S. Ignacio, S. Ignacio, tened misericordia de nosotros;» diciendo esto, echó la estampa en el fuego adonde iba más furioso, y luego amansó y se detuvo, y, como si hubiera caido una gran lluvia de agua, se apagó milagrosamente, y para que se viese que Dios habia obrado aquella maravilla por intercesion del Santo, quedó su imágen entera y sana, y sin lesion alguna en medio de las llamas, la cual tomó el cura con grande reverencia, y la mostró al pueblo, y todos la adoraron de rodillas, dando gracias á S. Ignacio por la merced recibida, y con grande acompañamiento la llevaron á la iglesia, no ménos para reverenciarla como preciosa reliquia,

que para valerse de ella en las calamidades y trabajos que en adelante les viniesen; frutos todos de la devocion que plantó el santo P. Teixeira.

Llegóse el año de 1635, en que cumplió los sesenta y seis de su edad, y queriendo nuestro Señor premiar sus merecimientos y llevarle á descansar á su reino, le envió seis meses antes una penosa enfermedad de accidentes y corrimientos, que le derribaron en la cama, con muchas llagas en las piernas y en otras partes del cuerpo, que le causaban gravísimos dolores, que el siervo de Dios llevaba con gran paciencia y conformidad con la voluntad de Dios; y su caridad fué tal, que no cesó de confesar con grande benevolencia á los que venian, hasta que le agravó de manera, que con dificultad podia hablar. Entónces, viendo que se acercaba su hora, llamó á un religioso del colegio, sobrino suyo, que habia vivido seis años en su compañía, y, como por último testamento, le dió saludables consejos para adelantarse en espíritu y cumplir con su vocacion, y luego se retiró con Dios en lo íntimo de su corazon, regalándose con Él con dulcísimos coloquios.

Recibidos todos los Sacramentos, cercado de los religiosos del colegio de Monterrey, donde vivia, dió su alma á Dios, mártes 16 de abril, con la paz y serenidad que habia vivido, el año de 1635.

Su rostro quedó más hermoso que le tenia viviendo; sus miembros tratables y flexibles; y para manifestar Dios sus grandes merecimientos, exhaló su cuerpo un olor celestial, dando desde luego el que habia de tener despues en el cielo. Este olor sentian todos los que llegaban á besarle las manos y los piés como á santo, y era de participantes, porque le tenian los lienzos que le ponian encima, y los rosarios que le tocaban, con admiracion universal de todos.

Corrió la fama de su muerte y del olor que despedia su bendito cuerpo, y vinieron de todos los pueblos comarcanos así eclesiásticos y religiosos, como seglares, un número sinnúmero de gente, aclamándole todos por santo y apóstol de Galicia, y pidiendo alguna cosa suya por reliquias. Embistieron en el cuerpo, y en un momento no le dejaron barba, ni cabello, ni parte alguna del vestido, sintiendo todos el olor celestial que exhalaba.

Los Padres del colegio con ayuda de la justicia seglar le defendieron porque no le hiciesen pedazos, y tomaron por arbitrio repartirles los papeles escritos de su mano, los cuales tomaron y guardaron por reliquias, y Dios obró por ellas algunos milagros en testimonio de su santidad, como ahora diremos.

Con este concurso y aclamacion se celebró su entierro como de santo, depositando su cuerpo en la bóveda principal de nuestra iglesia, que es el entierro de los condes de Monterrey, patrones del colegio.

Una doncella de Verin, llamada María, hija de Domingo Blanco y María García, estuvo enferma mucho tiempo de recias calenturas, sin hallar alivio en cuantas medicinas le hicieron. Sus buenos padres movidos del concepto de santidad que tenian con el P. Teixeira, vinieron al colegio á pedir alguna reliquia suya; diéronles un paño que habia tenido sobre su cabeza, y en poniéndole sobre la enferma, cesó la calentura y estuvo buena, testificando los médicos que la salud era milagrosa, alcanzada de Dios por los méritos de su siervo.

Divulgóse este milagro por el pueblo, y vinieron á ver la enferma sana gran número de personas, movidos de la curiosidad y deseo que tienen los hombres de ver milagros y cosas extraordinarias, entre los cuales fué Andrés Gomez, mercader de paños en el mismo pueblo; y como le contasen el suceso, pidió el paño del santo Padre para llevarlo á su mujer, que estaba enferma de recias calenturas; hallóla con el crecimiento, díjole la salud que habia recibido la otra niña, y con gran fe de ambos le pusieron el paño sobre la cabeza, y luego cesó el crecimiento, y con él la calentura, y quedó del todo buena, dando mil gracias á Dios y al santo P. Teixeira por la salud recibida.

Un pobre muchacho tenia llagada una pierna de la mordedura de un perro, y compadecido un Hermano del colegio de Monterrey, le aplicó los remedios que pudo, pero estaba la llaga tan encancerada, que no hicieron efecto.

Viendo, pues, la salud que daban á muchos las reliquias del P. Teixeira, tomó un pedazo de la venda con que curaba sus llagas, y diciendo: «Vos, santo Padre, que en vida cuidastes de los pobres con tan grande caridad, mostradla ahora con este pobrecito, sanándole la pierna;» aplicó la venda á la llaga y luego mejoró, y dentro de poco estuvo sano y bueno.

El cirujano de Verin, que se llamaba Diego de Soto y curó al siervo de Dios en su última enfermedad, tenia un hijo muy malo en quien habia probado cuantos remedios enseña la medicina, y viendo que no aprovechaban, le habia llevado á varias romerías, y todo sin fruto.

Habia guardado la venda con que sangró al P. Teixeira, y movido de la fama de sus milagros, se la puso á su hijo en la cabeza, y fué Dios servido que luego mejorase el hijo y cobrase salud con igual gozo suyo y de su padre, que no cesaba de publicar la merced que Dios le habia hecho por los méritos del P. Teixeira.

Estas y otras muchas maravillas obró nuestro Señor en apoyo de su siervo y para crédito de su santidad, y tantas por medio de su rosario que no cesan de llevarle á todos los necesitados de Verin, y Monterrey, y de los

pueblos comarcanos, y se guarda en nuestro colegio por singular reliquia, glorificando Dios en el cielo y en la tierra á quien le glorificó y sirvió con tanta fidelidad y amor, no buscando otro interés más que su honra y servicio.

Démosle gracias por todo, y pidamos á Su Divina Majestad nos la dé para seguir sus pisadas, imitando sus ejemplos.

P. ANDRADE.

## H. JUAN DE NOAIN

EL fervoroso y santo H. Juan de Noain, nació en el reino de Navarra, en un pueblo pequeño que se llama Jayonal, aldea de Pamplona, distante una legua de la ciudad.

Sus padres fueron labradores, personas honestas y de buena vida, los cuales criaron á sus hijos en el santo temor de Dios; pero con quien más se esmeraron fué con nuestro H. Juan, amándole tiernamente, así por su buen natural como por la obediencia y sujecion que siempre les tuvo y el descanso que les dió, ayudándoles á cultivar sus tierras y beneficiar su hacienda.

Pero Dios que le habia escogido para otra labor superior que la de los campos de la tierra, comenzó desde sus tiernos años á ilustrar su alma con luces y sentimientos celestiales; porque, apénas habia cumplido los seis años de su edad, cuando le representó vivamente los tormentos y penas del infierno, la desdicha de los condenados y la duracion eterna de su tormento sin remision ni término de aquel fuego.

Y fué tan grande el temor que concibió de su condenacion eterna, que hizo firmísimo propósito de no pecar en toda su vida por no caer en aquel fuego sin fin, que en un niño de seis años que no sabia distinguir entre pecado grave y leve, fué obra de la mano poderosa de Dios, que en aquella tierna edad le previno con su santo temor, para que no cayese en culpa mortal y conservase desde entónces su gracia y amistad.

Así pasó tres años guardándose de todo pecado y apartándose de cuanto le podia apartar de Dios, hasta que llegó á los nueve de su edad, en la cual, estando solo en el campo mirando la grandeza y hermosura de los cielos, le dió nuestro Señor otra vision ó representacion de la gloria, de que gozan los

bienaventurados en su corte, tan alta y soberana, que su alma se bañó de un gozo inefable y una dulzura y consolacion tan extraña, que no la podia declarar, y con deseos tan encendidos de alcanzar y gozar aquella bienaventuranza, que diera por ella mil vidas que tuviera.

Como no sabia cómo lo podria alcanzar, juzgando que rezar, oir Misa y asistir en la iglesia como sus padres le enseñaban, era el medio para conseguirla, comenzó darse á estos ejercicios cuanto podia, hurtándose á los del campo y labranza, para servir en la iglesia y rezar á Dios y á sus santos para alcanzar la gloria que ellos gozaban.

Diez y nueve años perseveró en este género de vida, dándole Dios al corazon continuas voces para que dejase el mundo y le siguiese por el camino de la perfeccion, á que ni respondia ni resistia.

Deseaba alcanzar la gloria y temia caer en el infierno, y espoleado con estos dos acicates, rezaba, trabajaba y se apartaba de los pecados como de la muerte, hasta que, apretado del remordimiento de su conciencia y de las voces que Dios le daba, determinó de hacerse ermitaño, pareciéndole que allí serviria á Dios seguro de caer en pecados.

Trató de la ejecucion y halló tantas dificultades, que desistió de este intento y tomó otro mejor, que fué hacerse religioso, que á su parecer era vida más segura para ir al cielo. Tomada esta resolucion, dió parte de ella á sus padres, los cuales mostraron tan grande sentimiento de esto, que le dijeron se echarian en un fuego si tal hacia, porque le tenian para báculo de su vejez y abrigo de sus hermanos.

Traspasaron estas palabras el corazon de nuestro Juan, porque por una parte se hallaba combatido de las voces de Dios, y por otra de los gemidos y sentimientos de sus padres; éstos le detenian y aquéllas le espoleaban á dejarlos: olas venian y venian, el agua le llegaba á la boca, y sus ojos derramaban arroyos de lágrimas para no anegar su corazon.

Hallándose sin consejo en tan deshecha tempestad, se fue á los piés de la Santísima Vírgen, de quien era muy devoto; allí clamó, lloró, gimió y derramó su corazon, pidiéndole favor y la mano para no anegarse en el combate de tantas y tan contrarias olas como combatian su alma, y luz para elegir lo mejor y lo que habia de ser para mayor gloria de Dios.

No se hizo sorda á sus ruegos la Reina del cielo, que como madre de afligidos, oye siempre á los que llaman á sus puertas, y antes de levantarse de sus piés, le dió luz para conocer lo que habia de hacer y calor de espíritu para ejecutarlo, que fué dejar el mundo y sacrificarse á Dios en el ara de una santa Religion, y esto con tan gran firmeza, que luego hizo voto á Dios y á la misma Vírgen María de cumplirlo, sin volver un paso atrás, aunque por

ello viese quemar vivos á sus padres; ántes le dió una ansia tan grande del martirio, que quisiera hallarse entre moros y entre infieles que le despedazasen, para derramar su sangre por su Redentor.

Con esta resolucion, buscó á un clérigo amigo suyo para darle parte de ella y comunicar con él la Religion en que habia de entrar. El sacerdote le disuadió al principio su resolucion, pero el fervoroso Hermano fué más esforzado en esta lid, porque le habló con tal espíritu y le dió tales razones, representándole la importancia de la salvacion eterna, los riesgos del siglo para conseguirla, la seguridad de la Religion, las penas del infierno, la grandeza de la gloria y, sobre todo, la eternidad sin término ni fin, que le rindió y trajo á sus intentos, y ambos de un mismo parecer se determinaron á ser religiosos.

El clérigo le persuadió que tomase el hábito de Sto. Domingo, á quien tenia devocion, pero, oyendo el H. Juan que los de la Compañía iban á tierra de infieles y derramaban la sangre por Cristo, como él estaba picado en el deseo del martirio, se resolvió á entrar en nuestra Religion.

Aquí comenzó el demonio su batería para estorbar sus intentos y detenerle en su ejecucion, jugando de todas sus armas, unas veces al descubierto y otras en lo interior, con temores, congojas, aflicciones de lo que le habia de suceder, representándole montes de dificultades que vencer en la Religion, y el desamparo de sus padres y hermanos que dejaba en el siglo con necesidad, los amigos, los parientes, las comodidades y lo demás que el astuto enemigo suele ofrecer para engañar á los que de otra manera no puede vencer.

Quiso valerse en estos combates del amparo de la Santísima Vírgen, que era toda su defensa y el puerto de sus naufragios, para lo cual una noche del Juéves Santo, en que se halló muy acosado de estos combates, subió á una ermita suya que estaba en un montecillo, adonde solia ir á orar para pedirle remedio y favor en aquella lid.

Para mayor reverencia y devocion, se descalzó de pié y pierna, y en las tinieblas de la noche comenzó á subir el monte, como Moisés á la zarza que ardia y no se quemaba; pero, al subir, oyó diferente voz que él, porque el demonio que le hacia guerra, dió ahullidos y bramidos espantosos, mezclados con voces humanas que le ponian temor.

Turbóse el siervo de Dios oyendo á tal hora en aquella soledad tan espantosos ahullidos; paró un rato, y recobrándose con el favor de Dios, invocando el de su Madre Santísima, pasó adelante; llegó á su ermita, y postrado á los piés de su imágen, oró devotísimamente y fué confortado en su espíritu con tan fervoroso aliento, que luego sin más dilacion se partió al colegio de la Compañía de Jesus de Pamplona.

Pidió ser recibido en ella, contando al Superior los lances y contradicciones que habia pasado; y en premio de su victoria le recibió el Superior el año de 1600, á los veintiocho de su edad, con igual gozo suyo y de los religiosos del colegio por tener tal compañero, de cuyo fervor confiaban que habia de ser gran santo y una columna de la Religion.

Bien se deja entender el aliento y fervor con que comenzaria la carrera quien tanto tiempo la habia deseado y prevenido desde su niñez con tan singulares favores de Dios; y cuanto el demonio habia procurado detenerle, tanto con mayor brío y aliento comenzó á caminar en el servicio de Dios.

No cesaba de la oracion, dándole continuas gracias por la merced que le habia hecho en traerle á la Religion: trabajando y descansando, caminando y estando quieto en casa y fuera, comiendo y ayunando, de dia y de noche, siempre tenia su mente y su corazon en Dios.

Cuantos ratos podia ganar de sus ocupaciones, tantos gastaba en la iglesia en dulces coloquios con Dios.

Hizo tal renunciacion de sí mismo en las manos del Superior, que no hubo criatura más rendida á su padre que él á la obediencia de sus Prelados, más humilde que la tierra, tan continuo en el trabajo, que nunca alzaba la mano de él; la misma caridad para con todos, sirviendo como un esclavo á cuantos le habian menester, sin airarse, ni enfadarse, ni disgustarse con alguno aunque le tratase mal; en todos miraba á Dios y servia como á Él.

Ocúpose algunos años en los oficios humildes de cocinero y despensero con más aplicacion y gusto que si fueran los más altos de la Religion; y vista su mucha caridad, en una grande hambre que hubo por aquel tiempo en Pamplona, le encomendó la obediencia la limosna de los pobres.

Aquí fué adonde hizo alarde de su grande caridad, porque, fuera de lo que le dieron los Superiores para socorrer á los necesitados, buscó gruesas limosnas, con que hacia todos los dias banquete franco á los pobres de pan, carne y vino, á que acudian con la prisa que les daba su necesidad; y parece que Dios lo multiplicaba en sus manos, porque habia para todos y los dejaba contentos y gustosos, que no era poco, siendo tantos y dificultosos de contentar.

Él lo buscaba, él lo guisaba y él lo repartia, agasajándolos y acariciándolos con más amor que si fueran sus propios hermanos; y sucedió venir uno entre otros, tan llagado, que á todos causaba horror; mas el siervo de Dios con más caridad que todos se llegó á él y le acarició y regaló de obra y de palabra, con dulces razones, buena comida y la limosna que pudo.

Y pagóle nuestro Señor de contado su extremada caridad en la moneda que suele pagar á sus escogidos, dándoles mucho que merecer, porque el

olor que de sí despedia el llagado era tal, que le turbó la cabeza, y alteró el estómago al siervo de Dios, y le pegó el contagio con su aliento con tal vehemencia, que le derribó en tierra sin sentido.

Lleváronle á la enfermería, y el mal le apretó de manera, que dentro de pocos dias le puso en el extremo de la vida con grande sentimiento de todos; sólo él parecia no sentir lo que lloraban los demás, llevando su enfermedad con tanta igualdad de ánimo y conformidad con la voluntad de Dios, que á todos consolaba el que habia de ser consolado, y edificaba y enseñaba á llevar los trabajos por amor de Dios, el cual enferma y sana, da la vida y la quita como es servido; enfermó y sanó á este siervo suyo.

Y fué así, que llegando una noche el Padre espiritual del colegio á visitarle, sintió que hablaba con algunas personas; entró en el aposento y hallóle solo; preguntó con quién hablaba, respondió con sinceridad y verdad, que con muchos pobres que le habian visitado, y una santa que no conocia le habia puesto las manos sobre la cabeza, con que se habia aliviado y mejorado mucho.

El efecto declaró que no fué imaginacion, porque desde aquella hora estuvo otro diferente, y en pocos dias sanó del todo y pudo trabajar, restituyéndole Dios la salud por medio de los pobres por quien se la habia quitado, para que esmaltase su corona la paciencia que le habian labrado la caridad y la limosna.

Pero no es de pasar en silencio lo que le sucedió en lo recio de la enfermedad: teniendo tan postrado el apetito, que no podia pasar bocado, preguntóle el enfermero si se le antojaba alguna cosa: apeteció unos pájaros que solia comer en el siglo; ni los habia ni sabia adónde buscarlos, pero Dios que vela para dar gusto á los que le dan gusto, se le dió á este siervo suyo, porque á la misma hora llegó un aldeano no conocido á la portería del colegio con aquellos pájaros que apetecia el enfermo; preguntó por él, y dijo: «Dénle estos pájaros que gustará de ellos,» y luego se fué sin ser más visto ni oido, y el buen Hermano los comió y mejoró del hastío que padecia.

Despues de haber servido en el colegio en los oficios más humildes con igual aprovechamiento de su alma y edificacion de todos, que por su grande humildad y ejemplo le miraban como á santo, le ordenaron los Superiores que asistiese en la ciudad de Tafalla, cuatro leguas de Pamplona, á cuidar de la hacienda que tiene allí el colegio, oficio de igual trabajo y confianza, así por asistir allí solo y dueño de sus acciones, como porque tiene á su cargo el golpe de la hacienda á su disposicion y mandado.

De todo dió tan buena cuenta como la habia dado en el colegio de lo que tuvo á su cargo; y en lo primero que puso la mira fué no descaecer un pun-

to en el aprovechamiento espiritual de su alma, que es el primero y principal cuidado que ha de tener siempre el religioso que dejó el mundo y entró en la Religion, no el de aumentar haciendas, ni solicitar pleitos, ni ser eminente en el tráfago de los negocios.

Este santo Hermano, ejemplo de su estado, aumentó en esta ocupacion sus devociones y los ratos de oracion que tenia en el colegio, el silencio y la leccion espiritual, llevando siempre consigo algun libro al campo con que interpolar el trabajo de la labranza.

Levantábase una y dos horas antes de amanecer á tener su oracion con mucho espacio; á las cuatro de la mañana iba á la parroquia de S. Pedro de Tafalla, adonde cantaban los Maitines, y asistia á ellos, y oia Misa con mucha devocion, y rezaba las estaciones, y luego volvia á casa y daba recaudo á los labradores, exhortándoles á que rezasen y se encomendasen á Dios; y él mismo los acompañaba, llevando los azadones, las rejas y otras cosas necesarias, como si fuera su criado y ellos sus amos; y esto no sólo por el campo, sino por la ciudad á vista de toda la gente, para ser despreciado.

Hubo vez que anduvo diez leguas cargado con más de una arroba de estos trastos, y diciéndole cómo habia podido caminar tan largo camino con tan grande trabajo, respondió: «En mi vida fuí más descansado, porque meditando en la cruz tan pesada que llevó Cristo nuestro Bien por las calles de Jerusalen, se me hizo tan leve el peso, y la carga tan liviana, que no la sentia por el gozo que me causaba en el alma.»

Los dias de fiesta gastaba en la iglesia confesando, y comulgando, y oyendo Misas, y asistiendo á los divinos Oficios, y á los sermones y pláticas, sin permitir que le tratasen de negocio alguno, por importante que fuese, con tanto extremo, que llegando á hablarle una persona principal en materia muy grave, no le quiso oir hasta salir de la iglesia, diciéndole que aquel lugar sagrado era sólo para los negocios de Dios, y no para los temporales, y ménos para los profanos, de que el seglar quedó muy edificado.

Procuraba que los criados que trabajaban en la hacienda viviesen ejemplarmente, que rezasen, oyesen Misa y guardasen las fiestas; y en jurando ó en dando mal ejemplo, los despedia, aunque supiesen mucho de labranza, anteponiendo siempre el servicio de Dios á todos los intereses temporales; que es el medio mejor para acrecentarlos, y los que toman el camino contrario, anteponiendo lo temporal á lo eterno, pierden lo uno y lo otro, los bienes del cuerpo y los bienes del alma.

Sirva de ejemplo á esta materia lo que le sucedió un dia en que se armó una recísima tempestad de truenos, y rayos, y piedras de granizo, que arrasaba los campos; el buen H. Noain estaba en la viña, que era la mayor par-

te del sustento de la casa, y con una confianza grande, hincado de rodillas, hizo oracion á Dios, suplicándole que reservase aquella viña, porque se habia de decir Misa con el vino de ella.

Fué cosa milagrosa á juicio de cuantos lo vieron, que todos los pagos de viñas y huertas que alindaban con ella se apedrearon y asolaron, dejándola en medio entera, sana y sin lesion alguna, y dió vino en abundancia por los méritos y oracion del santo Hermano, que con este nombre le llamaban todos los vecinos de Tafalla, merecido por sus heróicas virtudes y el ejemplo que les daba.

Como el oro de su santidad era tan fino, púsole Dios en el fuego del crisol de muchas ocasiones de paciencia, para que descubriese sus quilates, y con cuánta razon le amaba y hacia mercedes.

La primera y la menor fué que un hombre rico y terrible se ofendió tanto contra el santo Hermano, porque echó de nuestra viñà unos bueyes suyos que la maltrataban, que como si le hubiera hecho una gravísima injuria, le dijo mil baldones, oprobrios y palabras pesadas, oyéndolas el manso cordero con admirable paciencia, sin responderle palabra; y más indignado con el sufrimiento del Hermano, con que debiera amansarse, descargó sobre él una gran carga de palos, sin hacer mella en su paciencia, callando y sufriendo por el amor de aquel Señor que llevó tantos por él; y como si el malhechor fuera el agraviado, así quedó disgustado y ofendido del santo Hermano, y le miraba como á su enemigo, sin hacerle cortesía, aunque el Hermano se le hacia.

El cual, doliéndose más de la ofensa que hacia á Dios que de la suya, habiéndose llegado la Semana Santa, y pareciéndole que aquel hombre comulgaria en pecado por el odio que le mostraba, se entró por sus puertas con una boca de risa, y preguntándole que á qué venia, respondió: «Vengo á comer, porque no tengo hoy preparado nada:» sentáronse, y comieron, y se reconciliaron, y quedaron muy amigos en adelante, venciendo su grande paciencia la dureza y malicia de aquel mal considerado.

Pero no fueron estos golpes los mayores en que ostentó los quilates de su invencible paciencia y la fineza del oro de su caridad; otros tuvo más duros de sufrir y más difíciles de vencer, que fueron las batallas del demonio que continuamente le acometia con pensamientos lascivos y representaciones feas, para hacerle caer en pecado; y aunque se armaba con la oracion y penitencia, macerando su cuerpo con ayunos, cilicios y disciplinas, y con el trabajo de la labor del campo, y las inclemencias de los tiempos que no son las menores penitencias, nunca se daba el enemigo por vencido, ántes cada dia le armaba nuevos lazos para hacerle caer en ellos, porque, como

dijo S. Antonio, la guerra de los soldados es breve, pero la de los monjes desde que se alistan en la milicia de Cristo, hasta que salen de este mundo; y como estas luchas tiraban al alma, sentíalas el siervo de Dios mucho más que los dolores del cuerpo.

Tres veces le solicitaron mujeres desenvueltas, hallándole solo, pero no desarmado, porque siempre lo estaba con el santo temor de Dios y el amor de la pureza, con que salió vencedor. Otra vez le acometió una mesonera moza, que aposentaba á los hombres en su casa y á los vicios en su alma, y el buen Hermano salió huyendo cuando oyó el silbo de esta serpiente, y se guareció en la iglesia, no por ser delincuente, sino por no serlo, y allí delante del Santísimo Sacramento estuvo en oracion, pidiendo con humildad á nuestro Señor que le tuviese de su mano.

Y fué tan importuna esta lid, que hallándose cómo S. Pablo fatigado, aunque no vencido, rogó á Dios una, y dos, y tres veces, que se la conmutase en alguna penosa enfermedad, que más queria padecer mil en el cuerpo, que aquella guerra en el alma; y fué oido del Señor, porque le sobrevino un dolor agudísimo en la cintura y el vientre y parte del estómago, que le impedia la respiracion, y sentia en lo interior tal afliccion y tormento como si víboras y culebras le royeran las entrañas; y reconociendo que Dios le conmutaba las batallas de las tentaciones en estos martirios, los sufria con admirable paciencia, dándole gracias por ellos.

Cinco años le duraron estos dolores continuos, y el mal humor que los causaba bajó á una pierna, y se le encanceró de manera, que fué necesario abrírsela desde lo bajo hasta la rodilla, y hallando el hueso podrido, le cortaron tantos pedazos, que llenaron una escudilla y le quedó un hueco del tamaño de un huevo; un año entero duró esta enfermedad y su cura con acres medicamentos, sin oirse de su boca una palabra de sentimiento, y confesó á su Prelado, que fueron tales sus dolores, que no alcanzaba á entender cómo podian ser mayores los del purgatorio.

Pero sucedióle lo que á Sta. Teresa de Jesus en semejante ocasion, que estuvo considerando cuando á Cristo le tendieron en la cruz y le taladraron sus piés sagrados con los clavos, y con esta consideracion todos sus dolores tuvo por flores que su Majestad le enviaba del árbol de su santísima cruz, que aunque amargas de su cosecha, las hacia dulces el baño de su sangre.

Aunque con el ejercicio de tantas enfermedades sufridas con tanta paciencia, y las victorias conseguidas de su enemigo con tan grande gloria, quedó tan superior á él que le despreciaba como á una hormiga, y no hacia caso de sus batallas; con todo eso sentia verse en ellas, y temia no le dejase Dios caer por sus pecados, por lo cual, con el consejo de su confesor, pidió á los

Superiores que no le sacasen del colegio para estar más seguro con el abrigo de sus hermanos y la direccion de sus Padres espirituales.

Atendiendo á su consuelo, señalaron otro que asistiese en las haciendas, y á él le dieron oficio de portero por estar ya convalecido de la pierna; aquí entabló una vida de un S. Diego, portero del convento de S. Francisco de Alcalá, á quien tomó por dechado de sus acciones, imitándole en cuanto fué posible.

Era la misma caridad con los pobres, consolándolos, acariciándolos y dándoles largas limosnas; con todos era liberal, y sólo consigo escaso, porque fué siempre pobrísimo, sin tener alhajas, ni vestidos, ni cosa propia más que lo precisamente necesario.

Con los seglares era muy agradable, manso y benigno; siempre les hablaba de Dios y de las cosas del cielo, palabras encendidas en el fuego divino que ardia en su corazon, y era esto de manera, que muchos venian á la portería á sólo oirle, y decian que no habia sermon tan fructuoso como un rato de plática del H. Noain, que los enseñaba y movia á ser santos.

Las treguas que le daba la portería, gastaba de rodillas en la iglesia delante del Santísimo Sacramento en oracion y contemplacion de los misterios divinos, en que recibió muchas luces y noticias del cielo, de que pondremos aquí algunas para nuestra enseñanza.

Por tener algun recelo, como santo, de si habia hecho condigna penitencia de los pecados de su vida pasada, en particular de los que habia cometido en el siglo, pidió á nuestro Señor que le diese luz para conocerse y conocerlos y poder confesarlos, y con la luz interior vió en el centro de su alma una bola grande negra y asquerosa, llena de gusanos que andaban por encima de ella, unos pequeños y otros grandes, negros y blancos, y diósele á entender que eran los pecados que habia cometido en el siglo, y que por virtud de la penitencia se le habian perdonado, con que se humilló en el acatamiento divino y quedó tan deseoso de purificar su conciencia, que decia que, si le dieran licencia, saldria por las calles diciendo á voces sus pecados.

Estando otra vez encomendado á Dios tres doncellas que deseaban ser esposas suyas, se enagenó de los sentidos y luego le cercó una luz celestial, con que vió como en una cifra ó geroglífico representársele en el Santísimo Sacramento todos los misterios de la humanidad de Cristo, desde la Encarnacion hasta su muerte en la cruz, y verle glorioso en los cielos á la diestra del Padre, adorándole todos los escogidos, y con singularidad nuestros primeros padres Adan y Eva, á quien desde entónces amó con afecto singular.

Representóle tambien el misterio inefable de la Santísima Trinidad, de que hablaba despues con acierto y tal inteligencia, que sobrepujaba á su ca-

pacidad; vió el trono soberano de la Santísima Vírgen y la gloria de todos los santos, el purgatorio y el infierno, todo lo cual miró con sentimientos muy singulares que le sirvieron para humillarse más y afervorizarse en el servicio de Dios, y en mucho tiempo no borró esta imágen de su alma, la cual tuvo por beneficio particular de Cristo y de su Santísima Madre, por la caridad que tenia con aquellas doncellas y las diligencias que hizo para que se consagrasen á Dios.

Finalmente, á los sesenta y ocho años de su edad, habiendo gastado los cuarenta en la Compañía, lleno de años y merecimientos, le llevó Dios á descansar á su gloria, habiéndole declarado primero el dia y hora de su muerte, la cual dijo doce dias antes que muriese, y sucedió puntualmente, que fué el primero dia de Pascua del Espíritu Santo á las siete de la tarde.

Treinta dias estuvo enfermo, en que se preparó para la jornada, recibiendo con grandísima devocion los Santos Sacramentos de la Iglesia, y con tiernísimos coloquios cercado de todos los religiosos de la casa, partió de esta frágil vida á gozar de la eterna por todos los siglos de los siglos el año de 1640.

Su vida escribió el Rector de su colegio, y más copiosamente un religioso que vivia en su compañía, para edificacion y ejemplo de todas sus virtudes.

P. ANDRADE.

## P. LUIS DE VALDIVIA

Es digno de memoria el P. Luis de Valdivia por sus obras y por sus escritos, porque despues de haber obrado heróicamente, se empleó en hacer memoria de los varones insignes de la Compañía, cuyos manuscritos nos han dado mucha luz para estas noticias.

Fué grande sujeto, por cuyas manos y consejo ha obrado Dios muchas maravillas en el servicio de su Iglesia, siendo casi innumerables las almas reducidas por las misiones del P. Valdivia en las provincias de Arauco y Chile.

Los abusos que con su valor se quitaron á los que mandaban á los indios, sacando de durísima esclavitud á aquella gente por su predicacion y doctrina, han sido de gran servicio de Dios, como lo han conocido en todos los tiempos los mayores ministros de esta monarquía, fiando á su arbitrio y direccion los gobiernos de paz y guerra en las provincias de Arauco y Chile,

y dando órden á los gobernadores para que estuviesen á la del P. Valdivia; y por este medio aseguró la majestad del señor rey D. Felipe III aquellas provincias á la obediencia de la Iglesia, difiriendo á las disposiciones del P. Valdivia la paz y la guerra, el gobierno, educacion y enseñanza de aquellos indios, en que trabajó incansablemente haciendo gloriosa á nuestra nacion y á la Compañía en las obras que ejercitó á suma gloria de Dios y provecho de aquellas almas, empleándose felicísimamente en todos los ministerios de cátedra, púlpito y gobierno, misiones continuas, educacion de indios, en que padeció tan grandes trabajos, que sola su gran paciencia, socorrida de Dios con particular providencia y socorros suyos, pudiera haber llevado tan gran carga; llevóla no sólo con igualdad de ánimo, sino con suma alegría.

Vino á España el año de 1607 enviado de las provincias del Perú, para informar á su majestad y ministros el estado de aquellos reinos.

Admiraron al rey y á sus Consejos el celo grande de la gloria de Dios, el amor de la salud de las almas, la comprension de las materias, la diversidad de medios para ajustar negocios de grandísimas consecuencias y dificultades, la verdad y entereza con que la decia, y obligaron á hacerle dueño de todo, descansando la real conciencia y la de sus ministros con las disposiciones del P. Valdivia.

Y para que como dueño de todo atendiese al remedio de aquellas provincias, se le ofrecieron de parte de su majestad los puestos de mayor autoridad é independencia, y el arzobispado de Chile, que rehusó este insigne varon con suma eficacia y desprecio de los bienes temporales, dejando á uno de los mayores ministros, que le hizo las ofertas de parte de su majestad, admirado y confuso de tan religiosa repulsa y sumamente edificado de haber hallado en el P. Valdivia el desprecio de las honras igual al celo de las almas.

Volvió á las Indias á la ejecucion de lo que habia determinado su majestad y el real Consejo de las Indias; en ellas obró con sumo valor y celo en ejecucion de la mayor conveniencia del bien público, haciendo una la causa de Dios y del servicio de su majestad católica.

En aseguracion de estas resoluciones no tuvo la mejor atencion á los interesados, rompiendo con ellos por hacer lo más conveniente, en que padeció en las comodidades, en la honra y en la salud, viéndose muchas veces á peligro de perder la vida, que le intentaron quitar con violencia y con veneno, levantándole feos testimonios, de que le libró Dios sacando de ellos más lucido el crédito de su persona y sus virtudes, conociéndose en aquellos y estos reinos el gran celo de la gloria de Dios y el valor independiente con que obraba el P. Valdivia, sin respetos temporales, atento sólo á lo eterno, al bien y provecho de las almas.

Faltó el martirio al fervor de este celoso Padre, no faltaron sus deseos á la corona de mártir, siéndolo tantas veces en el sentimiento, cuantas oia que lo eran sus compañeros en el efecto; y lo que más afligia su corazon en sus últimos años, era no haber logrado la dicha de ser mártir, y pocos meses antes de su muerte hizo voto de volver á Chile á buscar lo que tanto deseaba.

Por librarle los gobernadores de aquellas provincias de las asechanzas de los indios y de las persecuciones continuas de los que manejaban las armas y el gobierno, hallándose reprendidos y resentidos en la oposicion que el P. Valdivia hacia á sus injusticias; determinaron, pues, los gobernadores de las provincias del Perú, por no perder del todo tan gran sujeto, pasar por el desconsuelo de que les faltase y remitirle á España, como lo hicieron el año de 1621.

Llegó á Madrid, adonde recibió de su majestad (Dios le guarde), las honras que le habia hecho su padre el año 1608. Agradeciéronle los ministros en nombre del rey nuestro señor las cosas que habia asentado en las provincias de Chile y Arauco, venciendo inmensas dificultades.

Escribióse á los gobernadores de aquellas provincias estuviesen á las ordenanzas del P. Valdivia, autorizándola su majestad con su real decreto y firma, reconociendo su real Consejo que la conservacion de aquellas provincias en la religion y en la obediencia de su majestad, consistian en conservar lo que el P. Valdivia habia obrado y en seguir lo que dejaba dispuesto.

Ofreció su majestad con grandes instancias se quedase en la corte, sirviéndole en la plaza del real Consejo de las Indias, á que se resistió el religioso Padre, volviendo á dar á conocer cuán asido estaba á su vocacion, cuán independiente de las estimaciones del mundo, y cuán atento á tratar de su salvacion, apartándose con toda fuerza de todo lo que le podia ser de impedimento.

Hiciéronle instancia los ministros á que se quedase en la corte para tomar de su comunicacion el camino más seguro en los accidentes que se podian ofrecer en el gobierno de aquellas provincias. Determinóse el P. Valdivia á no vivir en la corte, ofendiéndose de las ocupaciones de ella y amando el retiro de una celda en su provincia.

Para satisfacer el mandato de su majestad y deseos de sus ministros, formó un papel en que puso todos los medios en que se podia ocurrir á los casos que se ofreciesen en las provincias de Chile y Arauco; presentóle al Consejo de Indias, el cual le consultó á su majestad, que mandó se guardase y por él se atendiese al gobierno de aquellas provincias.

Besó la mano á su majestad y despidióse de los ministros, sintiendo todos

la falta de tan gran sujeto y admirando el desasimiento que en él vieron de las cosas del mundo; fuese á su provincia de Castilla el año de 1622.

Recibióle la provincia como á hijo tan estimable suyo y Padre que tanta estimacion y lustre habia granjeado á su Religion en estos reinos y en las provincias de las Indias. Diósele el oficio de Prefecto de estudios en el colegio de S. Ambrosio de Valladolid; hízole con toda exaccion, siendo suma edificacion en su vida y modo de proceder, y habiendo sido dueño de tanto, sólo parecia habia sabido ser súbdito, teniendo una exacta obediencia y humilde rendimiento á los Superiores.

En las materias de los estudios le hallaron tan cabal como si no hubiera tratado de otras ni faltado un dia á la cátedra. En las resoluciones de los casos que se le consultaron, los más graves de estos reinos, le hallaron de gran juicio, suma erudicion y presteza en ellos.

Esto le hizo tan venerable, que lo más estimado de aquella real Cancillería y la nobleza de este reino, acudian al P. Valdivia como á oráculo, el cual sintiéndose ya viejo para las ocupaciones de los estudios, y no cansado para el ejercicio de nuestros ministerios, pidió á los Superiores le llevasen al colegio de nuestro Padre S. Ignacio.

Fue á él y encargóse de la Congregacion de los sacerdotes que tuvo muchos años á su cargo con suma edificacion, criándolos en grande virtud y enseñanzas, dándose los Señores Obispos de aquella ciudad por obligadísimos de su asistencia, y fiando del P. Valdivia los negocios más graves de su gobierno.

El tribunal de la santa Inquisicion halló en este gran sujeto todo lo que pudo desear para la resolucion, calificacion y consejo de sus más graves determinaciones, y así, las fiaba todas á las letras, virtud y juicio del P. Valdivia; y el santo varon en todas estas ocasiones, tomando el trabajo de ellas, se negó siempre al aplauso, atado de un confesonario de gente pobre, como si sus talentos no hubieran dado cobro de los negocios más árduos en las provincias que anduvo.

Finalmente, todos los estados, reinos y repúblicas le tuvieron por doctor y predicador y consejero, y la Compañía por un hijo verdadero, en quien halló practicada toda la enseñanza de nuestro santo instituto.

La ponderacion de las virtudes del P. Valdivia, los casos que le sucedieron, las peregrinaciones y navegaciones que hizo por el bien de las almas, lo mucho que escribió, de que quedan libros enteros, y últimamente, la *Historia de la provincia de Castilla,* no caben en esta sumaria relacion, porque sus acciones piden historia muy particular.

Finalmente, despues de tan ejemplar y provechosa vida, á 5 de noviembre del año de 1624 llevó nuestro Señor á este señalado varon á darle el pre-

mio de sus trabajos, de ochenta y un años de edad, sesenta y tres de Religion y cuarenta y dos de profeso; el accidente que le acabó fué muchedumbre de flemas, que haciendo asiento, le vinieron á ahogar.

Díjosele el peligro y recibió la nueva con igualdad de ánimo y grande conformidad con la voluntad de Dios; dispúsose con continuos actos de virtudes, ejercitadas con la atencion de su grande juicio y fervor de su afectuosa voluntad.

Con haber sabido tanto en todas facultades y manejo de negocios, estos dias sólo parecia no habia aprendido más que el saber morir bien.

Pidió los Sacramentos con tiempo, recibió el Viático y la Extremauncion con suma advertencia, ternura y lágrimas, respondiendo á lo que se le decia, regalándose en tiernos coloquios con Cristo y su Madre.

Todo esto escribió de este señalado varon el P. Pedro Pimentel.

P. NIEREMBERG.

## H. LORENZO DE PADILLA

FUÉ D. Lorenzo de Padilla un caballero natural de Málaga, de muy noble sangre, muy señalado en el tratamiento de su persona, y de grandes y aventajadas partes en todo lo que el mundo estima.

Tocóle Dios cuando la fortuna se le mostraba más próspera y blanda y la corriente de los bienes temporales más le llevaban tras sí, pero él puso los ojos en el cielo y cosas eternas, y de allá, como quien pasa un rio arrebatado para que no se desvanezca la cabeza, dió al siglo y á sus pompas de mano, entrando en Salamanca, donde estudiaba, en la Compañía de Jesus el año de 1555.

Vivió poco tiempo, pero en el seso y sólidas virtudes se puede contar entre los muy ancianos, porque de todas dejó maravillosos ejemplos: por uno que se referirá de su humildad se colegirá los muchos que se hallan.

Peregrinando una vez, siendo novicio, llegó á cierto pueblo tarde puesto ya el sol, y aunque muy cansado y mucho más fatigado de la hambre, fué forzoso, antes de recogerse al hospital, dar una vuelta al pueblo pidiendo alguna limosna; llegó, entre otras, á la puerta de cierta casa cuando tambien su dueño entraba á recogerse, y como en las aldeas viven con las malicias tan

crecidas y avillanadas, parecióle al señor de la casa que un mozo tan encogido en sí y de tan ruin pelo (como le tienen los novicios cuando peregrinan) no podia venir á restituirle nada; tomó la mano y asentósela muy pesada de palabra, llamándole bellaco, vagabundo, ladron y otras injurias semejantes que le dictó la pasion; á todo lo cual el Hermano no respondió más que si fuera mudo, hasta que, acabado el sermon, le dijo con mucha blandura que le perdonase por la ocasion que le habia dado, y que bien veia cuán justamente se habia indignado contra él, pues si Dios le dejase de su mano, mucho peores cosas haria que las que habia dicho, y que así, merecia cualquiera pena.

«Verdad es respondió, el villano, y así os la quiero yo dar,» y arrastrándole por un brazo le metió en su casa y comenzó á descargar sobre él una multitud de bofetones y coces, hasta que, satisfecha su cólera, le volvió á sacar á puntillazos por la puerta sin que el H. Lorenzo hablase á todo esto palabra, ántes se fue luego muy poco á poco modestamente por la calle sin hablar palabra, oyendo muchas y malas que desde el umbral quedaba diciendo su injuriador.

Encontróle antes de doblar la esquina un licenciado pasante que le habia conocido en la Universidad rodeado de criados y estimado del mundo, y puesto en mayor fausto que sufria la profesion de estudiante, é hízole una muy humilde y cortés reverencia.

Admiróse mucho de ello el que le habia maliciado, y preguntóle quién era y si le conocia; dióle noticia el licenciado de la calidad de la persona, y refirióle el estampido que su entrada en la Compañía habia dado en Salamanca, con lo cual el hombre confuso no sabia que hacerse. Dábale poca pena la ofensa de Dios y el agravio hecho al prójimo tan inocente, pero temia mucho el daño temporal que le podia recrecer si diese queja el injuriado ante la justicia; con este temor dió cuenta al licenciado de lo sucedido, suplicándole intercediese por él, como lo hizo.

Mas quien habia dejado tan de veras la honra del siglo, muy léjos estaba de darse por agraviado, y oyendo con risa la intercesion, dijo: «No me han hecho agravio alguno, señor; muy merecido tengo el tratamiento que me hicieron; yo me tuve la culpa en llegar á aquella hora, y él mucha razon en recatar su casa; lo que suplico á Vm. es que se venga conmigo y que me alcance perdon, que yo me conozco culpado.»

Y diciendo y haciendo sin que se pudiese acabar otra cosa con él, caminó junto con su pasante á casa del injuriador, y puesto de rodillas ante él y sonroseado el rostro, los ojos en el suelo, las manos juntas y levantadas, le suplicó con toda humildad por las entrañas de Jesucristo le perdonase, y ni

por ruegos ni por fuerza se levantó hasta haberlo alcanzado, con tal vergüenza y confusion sin tener de qué, ántes habiéndole él de dar, le pidió, que bastó esto por cristiana venganza del agravio pasado; que tal es la que con obras de caridad y humildad nos enseña á tomar de nuestros injuriadores el Apóstol.

Quien este ejemplo dió, muestra bastantemente cuáles fueron los demás que dió en vida, que merecieron una santa muerte que tuvo muy temprana en la Compañía.

P. NIEREMBERG.

# APÉNDICE

# MISION DE ETIOPIA

SIGUIENDO yo, en cuanto me es posible, la cronología de años, segun la muerte de los VARONES ILUSTRES, en el de 1646 me encontré con la muerte del P. Manuel de Almeida, celosísimo misionero de Etiopia, en cuyo imperio trabajó incansable por Dios y su santa ley cuarenta y un años continuos; pero á pocos pasos de su vida, titubeé en nombres de mares, puertos, sitios, y en dificultad grande de explicar el estado en que halló la Etiopia cuando entró en ella el Padre, y fruto que logró en compañía del señor Patriarca y otros misioneros, de quien aun los nombres ignoraba; consulté libros, y estos me dieron el medio de salir á luz, dando á conocer las heróicas acciones de nuestros antecesores ministros del Evangelio, luces que ilustraron las tinieblas de Etiopia, clarines de la ley de Cristo, promulgadores de su Evangelio, y fieles súbditos de la Iglesia romana, á cuyo gremio incorporaron infinidad de cismáticos.

Para este fin, determiné formar un compendio de toda la mision de Etiopia, su principio casi casual, su progreso feliz y su trágico fin, no creyendo que en esto me divierto nada de mi intento, pues de ninguna manera puedo explicar mejor las acciones, los trabajos, el celo y la virtud de los héroes que he de elogiar, que poniendo la historia de todo lo que obraron, en donde en cada punto los pinto á todos ocupados, y con la mayor concision se da á entender su esfuerzo, y se dibuja con claridad su vida. Movióme á ello, que de una tan gloriosa expedicion, no tenemos los jesuitas pronta la noticia; porque, si bien toda ella está en la *Historia General de la Compañía*, ésta procede por años, con que es difícil seguir el hilo, que allí necesariamente quiebra el método de los *Anales*.

La historia que tenemos más seguida y más jurídica, es la que compuso el P. Baltasar Tellez en portugués, toda ella fielmente ordenada de las rela-

ciones que á este fin compusieron los señores Patriarcas, P. Manuel de Almeida y otros misioneros: esta hace mucha fe, y es libro de suma estimacion, pero no es fácil tenerle á la mano; sobre todo esto, me movió el obsequio filial, debido á nuestro P. Patriarca S. Ignacio, que tan de corazon tomó esta mision, que deseó ir á ella, por cuyo motivo no creo se me debe acusar por inútil el trabajo de haber estudiado muchos párrafos salteados de nuestra *Historia General*, combinando las relaciones de Etiopia del P. Jerónimo Lobo, que estos años dió á luz en lengua francesa Mr. Le Grand, y es libro de segura creencia, y digerir muy despacio la *Historia del P. Tellez*, por dar la más breve, pero clara noticia de la conversion de los abisinos, y su union á la Iglesia por medio de los jesuitas, como cosa tan propia de nuestro instituto, y tan del amor de nuestro Santo Patriarca, y de la gloria de Dios, y alabanza de nuestros héroes.

La Etiopia, en lo antiguo, era todo aquel vastísimo espacio de tierras que comprende la mayor parte del Africa, que baña el mar Océano, el mar Rojo, y confina con el Egipto, y generalmente se llamaba Etiopia todo aquel país de gente negra.

Los geógrafos la dividieron en alta y baja; ésta, que comprende el Cabo de Buena Esperanza y todos aquellos reinos que están hasta la línea equinocial, han perdido ya el nombre de Etiopia, que conserva la Etiopia alta, llamada el Imperio de los abisinos, desde la línea equinocial hasta el mar Rojo, Egipto, Nubia, reino de Congo, las Montañas de la Luna y las cataratas del rio Nilo, país extendidísimo, cuyo emperador se gloriaba de tener tributarios setenta y dos reyes; y á la verdad, cuando floreció, llegó á ser tan dilatado y tan poderoso, que no imagino haya tenido otro que le iguale, desde que se deshizo el imperio de los romanos.

Este es aquel reino ó imperio que ellos y nosotros llamamos del Preste-Juan, por causa de haber tenido un celebérrimo emperador de suma prudencia y gobierno, que hizo florecer su dominio, y se llamaba Joanán, pretendiendo ser la raíz de su generoso árbol genealógico el Profeta Jonás, añadiendo el pronombre de presbítero ó Preste, porque los emperadores estilaban llevar delante de sí, en señas de su soberana potestad, una cruz patriarcal, como ahora en Europa lo estilan los Arzobispos, de cuyas dos voces Preste y Joanán, abreviado en Joan, resulta el nombre tan celebrado en Europa de Preste Juan, cuyo imperio es la Etiopia alta, y es la que da motivo á esta historia.

El país es sobradamente abundante; la gente toda negra, bien hecha, de fuerzas y valor; los entendimientos, aunque no muy cultivados, bastantemente despiertos; su política racional, y sus leyes conformes á la razon; sólo

les falta, y les faltó siempre para ruina suya y de la religion, tener por parte de política ordenados sus lugares, y formadas sus ciudades, que sin defensas contra sus enemigos vivian siempre, y se han mantenido en el errado dictámen de que las plazas fuertes y las defensas son buenas para quien no tiene valor, que ellos con sólo sus fuerzas se mantienen contra todos.

Es cierto que se han defendido valerosísimamente en muchas ocasiones; pero como no siempre vence el valor á la multitud, en un lance perdido no han tenido, ni retirada, ni refugio, y el enemigo victorioso ha logrado todo el campo abierto, y han perdido más de la mitad de su imperio; y ya el dia de hoy es irreparable la pérdida, por tener mucha parte en su poder el gran señor ó gran turco, otra mucha parte los reinos de Congo y otros vecinos de la Etiopia baja, y cuatro provincias enteras los galas, nacion bárbara, que entró allí desde sus tierras algo distantes hacia oriente, y con sus atrocidades lograron sentar el pié y apoderarse del terreno, hasta conseguir su extension en las cuatro provincias, desde donde infestan todo el imperio, porque su vida y ejercicio es el robo, son idólatras, sin ley ni razon, atroces con los que no son suyos, fuertes al trabajo, guerreros, y en la ocasion más que valientes, temerarios, y al fin tales, que son miedo á los abisinos.

Esta vecindad le es perjudicialísima; pero para la religion más perjuicio es haber perdido y ser del dominio turco la parte que mira al mar Rojo, donde tenian el único puerto que lograba su imperio, que llaman de Suaquen, que es isla, y Arquico tierra firme, muy vecino á Suaquen, á quien tienen ya los turcos algo fortificado á lo moderno, con lo cual el dia de hoy, metidos tierra adentro los abisinos, no pueden esperar socorro ni temporal de europeos, ni espiritual de misioneros sino es por tierra, pasando toda la distancia que hay desde el cabo de Buena Esperanza hasta la linea equinocial, que sobre ser de infinidad de leguas, hay en ella que vencer muchas y diversas naciones, todas de bárbaros, ó por el Gran Cairo y Egipto, que es todo dominio del gran turco; y por mar, siendo sola una puerta, y, cerrada esta por el dominio, que ya tienen los turcos en Suaquen y Arquico, está impedido el socorro.

A esta imposibilidad les ha conducido aquel error soberbio de que sus fuerzas vivas eran su mayor defensa, pues ya se hallan sin ninguna y con tanto menoscabo, que su ámplio dominio del temido Preste-Juan está reducido á ménos ámbito que el de la España, y casi vive ya de merced, al libre albedrío de turcos, moros y bárbaros, que no le aniquilan porque no quieren, pues la vecindad les da ocasion y lo abierto del reino facilidad.

Es verdad que lo fragoso del terreno y sus altísimas montañas son naturales fortalezas y seguros refugios, por la desmesurada altura de sus cortes,

que por lo general acaban en precipicios, y sus dificilísimas subidas que suelen ser únicas, agrias, estrechas y peligrosas, con que, guardadas con poca gente las entradas, viven seguros, pero ociosos.

Abunda Etiopia en rios caudalosos, pues fuera del celebrado Nilo, son muchos los que ni admiten vados, ni es posible la idea de formar puente, sobre que veremos varias veces en esta historia casos é ideas bien difíciles al arte, sino se valiera éste de los ingenios de la temeridad.

Estos rios son defensa contra tiranos y ejércitos enemigos, porque paran el curso á los vencedores y aseguran á los que viven quietos en las contrarias orillas; pero estos rios obligan á nuestros misioneros á caminar muchas leguas, sin más fruto que vencer por tierra el paso que impedia el agua.

La geografía y gobierno político está dividido en reinos y provincias, cuya distincion es, que los reinos se gobiernan por reyes, y las provincias por gobernadores; en lo antiguo contaban los emperadores por suyos veinte y ocho reinos, cuyos nombres pone en su *Historia,* lib. I, cap. IV el P. Alfonso Mendez; hoy sólo domina en seis reinos, que son Tigre, Dambea, Begameder, Goyam, Amara, Narea y parte de otro que llaman Jaoa.

Las provincias son Mazaga, Salemt, Ogara, Ambargale, Holcait, Salgade, Cemen, Salaoa, Oceza, Doba; la poblacion es mucha con la licencia de tener cada uno muchas mujeres; sus pueblos bastantes, pues su fabrica era de poquísima costa, siendo sus casas y sus palacios unas cabañas de ramas, como aquí usan nuestros pastores, lugares portátiles, y que se mudaban en tiempo de guerras ó por necesidad, ó por refugio; sólo los templos eran de tapias de tierra cubiertas con paja, techumbre fácil á la putrefaccion y ninguna defensa del temporal.

El patriarca D. Alfonso Mendez fué el primero que les enseñó arquitectura con maestros que llevó de Europa, y fabricó algunos templos y un palacio de piedra y cal al uso nuestro.

En cuanto á la religion parece muy creible que son antiquísimos cristianos, pues ellos tienen por tradicion firme, y en sus libros se comprueba, que aquel eunuco de la reina Candace que bautizó S. Felipe, que de cierto era etíope, vuelto á su casa, les dió noticia de Cristo y de su santa ley.

Pero como este eunuco ni era obispo ni aun ordenado, y de nuestra santa ley sólo tuvo aquellas pocas noticias que en el camino de Jope le pudo comunicar el santo Discípulo de Cristo, si fueron las bastantes para recibir el santo Baustismo, no fueron las sobradas para ser maestro; por esto Rufino atribuye la reduccion de este imperio á un Framencio, su primer Obispo, consagrado y enviado á Etiopia por S. Atanasio, patriarca de Alejandría.

En esta fe vivieron, hasta que Eutiques y Dióscoro con sus errores apes-

taron tanto la Etiopia, que por no faltar á ellos faltaron á la verdadera creencia, admitiendo al Patriarca cismático de Alejandría y quedando separados de la Iglesia romana por más de mil años, nada católicos, por cismáticos y malos cristianos, por haber deformado su carácter con inmensos errores en el uso de los Sacramentos, en la fe de los misterios, en el rito de las ceremonias y en el todo de la religion, á que les facilitó mucho su ignorancia y el comercio y licencia de vivir con los judíos que entraron en el imperio, con los mahometanos vecinos y con los gentiles, sucesores de aquellos que nunca recibieron la verdadera fe, cuya mezcla hizo una Babilonia la religion, que duraba con muchos borrones en su conocimiento y uso.

Todas estas noticias y otras muchas de suma curiosidad debemos los europeos á las relaciones é historias que hicieron nuestros jesuitas del estado presente y antiguo de la Etiopia, de las que sacaron de sus libros y de que compuso su *Historia* el P. Baltasar Tellez, y muy conforme á ella salió los años pasados en Francia la relacion compuesta por el P. Jerónimo Lobo, que dejamos citada.

En estas tinieblas de confusos errores, vivieron tantos años los abisinos, sin poder tener socorro en lo espiritual de sus almas, pues en Europa, donde florece la religion y que únicamente se le podia dar, apénas habia más noticia de Etiopia que la que nos comunican los libros de la Biblia, y duró siglos la falsa opinion que siguió Marco Antonio Veneto en sus viajes, que como si la hubiera visto, dijo con resolucion que los geógrafos la colocaban bien en el Asia.

Tan desconocido era este tan vasto imperio, que sólo el nombre se sabia por fe, y aun el lugar se ignoraba para poderle buscar, y de esta ignorancia nacieron aquellas tan diversas y todas erradas opiniones del nacimiento del caudalosísimo rio Nilo, que cada uno queria adivinar y ninguno podia conocer.

De esta suspension ó ignorancia sacó en alguna parte á la Europa el señor rey D. Juan II de Portugal, llamado el *Grande* y el *Severo;* Severo por su rectitud en la administracion de justicia; Grande por sus heróicas acciones.

Este gran rey que dió á los portugueses aquel título de señores de las conquistas de Oriente y comercio de la Indias y Etiopia, habiendo enviado en el año de 1490 al Almirante Alfonso de Alburquerque al descubrimiento de nuevos países, sin más guia ni más direccion que la que el cielo les daba, creyendo firmemente que la Etiopia, segun en sus *Viajes* decia Marco Veneto, estaba sita en el Asia y tierra adentro (lo que si fuera cierto no lo podia encontrar el Almirante) eligió á dos vasallos suyos, hombres de valor y alguna ciencia en lenguas orientales, para que por tierra anduviesen pere-

grinando el Asia en busca de este grande imperio, de que en Europa se decia tanto, y como de cosa muy grande y no conocida se hablaba sin ningun fundamento.

Llamábanse estos dos portugueses Pedro Corvillán y Alfonso de Paiva: admitieron la comision, y con aquella animosidad propia de su nacion en emprender cosas grandes y con aquella noble vanidad de ser elegidos para empresa que pocos podian admitir, y que, si lograban el asunto, les hacia eternamente gloriosos y sus familias quedaban ilustres á la fama; emprendieron un viaje que á pocas fantasías que no sean portuguesas podia ser objeto de lo posible.

Ir á buscar una region y andarse por el mundo en peregrinacion preguntando por un reino, que como si se hubiera perdido, nadie sabia de él, ciertamente más es idea de libros de caballerías, que asunto práctico de una seriedad, pero la nacion portuguesa tuvo la fortuna de llevar á cabo hechos que á otros parecian fantasías.

Fueron estos dos exploradores, y con aquel firme concepto que infundió Marco Veneto, peregrinaron casi toda el Asia, dudando ya que se hubiese perdido la Etiopia con mudanza de nombre, ó que ya fuese algun rincon que nadie le conociese; pero constantes los exploradores prosiguieron hasta lograr entrar en el gran Cairo, donde hallaron, si no á Etiopia, á lo ménos su noticia.

Aquí alegres respiraron, olvidando todo el pasado trabajo por el presente hallazgo, y prosiguiendo entraron en Etiopia. A pocos dias (saliendo disimuladamente del reino) tomó la derrota de Portugal el Paiva, pero no tuvo fuerzas para deshacer el camino; y Corvillán, aunque supo su muerte no tuvo licencia para su vuelta que le negó la mucha estimacion que el emperador hizo de su persona.

Pero tuvo forma y modo de remitir á su rey una larga carta de su venturosa peregrinacion y hallazgo, y de cómo en Africa, y no en Asia, habian encontrado aquel célebre deseado reino de Etiopia, y á su emperador el Preste-Juan, tan nombrado.

Daba larga cuenta de su reino, situacion, riqueza y de las demás circunstancias, no omitiendo la singularísima de ser cristiano y tener en el reino enarbolada la preciosísima señal de la cruz y rito de Sacramentos, Misa y lo demás, porque él por entónces recien llegado, lego, y con la novedad, no alcanzó á distinguir el cisma, y cuando buscaba un rey ó gentil ó bárbaro, no es mucho le arrebatase la noticia de ser cristiano.

Estas cartas por medio de dos indios que se ofrecieron á traerlas, llegaron á Portugal en tiempo ya del Sr. D. Manuel, no ménos generoso príncipe

ni ménos deseoso de gloria que D. Juan su padre, y que proseguia con tanto empeño y asistencia el deseo de descubrir las tierras y reinos de Oriente, que tenia su armada en la conquista de Goa prosiguiendo sus descubrimientos el general Alfonso de Alburquerque.

Allá en el Oriente hizo más novedad esta armada y sus conquistas que en Europa hacian las noticias; y á los portugueses victoriosos, con la novedad que allí les causaba á los naturales ver los arcabuces y pelear unidos sin ceder todos aunque muriese uno, con el nombre sólo les bastaba para vencer ó á lo ménos para que huyesen los que no se atrevian á pelear; así corria la armada las costas, sin más detencion que la precisa de surcar mares no sondados.

A Etiopia llegó la noticia del nombre de los portugueses y de su valor cuando ya estaba dentro y estimado del emperador y reina gobernadora Pedro Corvillán, porque es de saber que, cuando este entró en el reino, fué en el año de 1491, cuando era Preste Juan ó emperador, Escander ó Alejandro, que segun sus historias, lo era en el valor y liberalidad.

Dejó el emperador por su muerte á Nahol, el cual, como su padre, no quiso dar licencia para su vuelta á Corvillán en todo el tiempo de su reinado, que duró trece años; este dejó heredero á Lebna Danguil, su hijo, por otro nombre David, en edad pueril y por esto en su testamento otorgado á su usanza mandó fuesen gobernadoras hasta que el niño tuviese edad, Maguenza, su madre, y una emperatriz Elena, viuda del emperador Bedá Marian, mujer de tan singulares dones, especialmente de prudencia, que entre ellos era tenida por matrona sin segunda; y á la verdad pensó tan bien que en nuestras más cultivadas políticas no se ideara mejor.

En aquel reino habia resonado la fama de las proezas de los portugueses; hallábase cercado de enemigos, porque logrando los turcos la ocasion de la minoridad y del gobierno de mujeres, entraron en el reino arrasando y talando cuanto encontraban, y con esta casualidad los Galas divertian sus fuerzas procurando adelantar sus conquistas, y no faltaban ociosos que se levantaban en otras partes sin poder las gobernadoras acudir á tan diversas guerras, y más en reino donde toda su fuerza consistia en la de los brazos de los que casi tumultuariamente peleaban por gusto ó por lealtad.

En este aprieto, pues, aquella gran matrona habló con Pedro Corvillán, y envió al rey de Portugal un armenio, llamado Mateos, por embajador, pidiendo que, pues sus armas eran tan poderosas, socorriesen aquel pobre pupilo que vivia tan apeligrado de perder su reino; y en señas de que era cristiana, y como á tal se la debia más atencion, enviaba de regalo un pedazo grande de la madera con que estuvo formada la cruz en que Cristo murió, propor-

cionado dón para un rey tan católico, y enviado á Europa por una Elena.

Llegó sin gran tardanza Mateos á Alfonso de Alburquerque, y como venia bien legitimada su persona con credenciales de Pedro Corvillán, y él en una media lengua bastante para darse á entender, dió buenas señas de las reinas gobernadoras, del estado de la Etiopia, de la menor edad de su rey, de los ahogos de sus tutores, de la posibilidad del pretendido socorro; le creyó Alburquerque, y en la primera ocasion le envió á Portugal, añadiendo sólo al presente *Lignum Crucis,* una riquísima caja en que se engastase, toda de oro y muy bien labrada.

Pero la dificultad era el tiempo, porque ni la nao pudo salir aprisa, ni podia caminar sino muy despacio, como quien bogaba mares no conocidos; al fin, llegó con sosegada paciencia á Portugal, y con el regalo y todos sus instrumentos legalizados con las duplicadas credenciales de Alburquerque. El rey D. Manuel, vistos sus papeles, le recibió con todas las ceremonias y honores que se estilan dar á ministros extranjeros, y aún se añadieron solemnidades para que él tuviese qué contar y la emperatriz qué celebrar en Etiopia.

El rey D. Manuel, magnífico, poderoso, galante y celosísimo, no sólo de su honra, pero mucho más de la de Dios, no se contentó con volver á enviar á Etiopia á Mateos, sino que á un embajador correspondió con otro embajador, y señaló por tal á Duarte Galván, noble y de experimentado talento, con que habia servido la secretaría de Estado y sido embajador suyo y de su padre en Alemania, Francia y Roma, en todo cabal, si su edad fuera más proporcionada para tan difícil viaje y tanta novedad de climas.

Pero estas circunstancias y la de más de setenta años detuvieron muchísimo la expedicion; porque, llegando ya los embajadores al mar Rojo, murió Duarte Galván, y su compañero Francisco Albres, capellan del rey y hombre de gran virtud y prudencia; no quiso por entónces tomar los poderes, ni la armada detenerse en aquellos desconocidos mares, faltándoles el respeto de la persona de Duarte, á quien no podian ménos de obedecer.

Así, desde la isla de Camarane, en donde quedó sepultado Duarte, volvieron todos á la India, hasta que entró en el gobierno del Oriente Diego Lopez de Sequeira, que llevando consigo á Mateos el Armenio, pasó al mar Rojo, y por afortunada casualidad arribó á la isla de Mazúa, donde bien recibido de aquellos isleños y con noticia de la Etiopia, á quien entónces estaba sujeta la isla, decretó enviar por sí embajador que acompañase al capellan Francisco Albres, á D. Rodrigo Acuña de Lima, con las cartas originales del rey D. Manuel y otra suya, en que sustituia la persona de D. Rodrigo por la del difunto Galván, aumentando los regalos de Europa, que habia

enviado el rey D. Manuel, con otras muchas cosas de Oriente que, segun los de Mazúa, eran novedad en el reino.

Su entrada fué feliz, el recibimiento magnífico, las ceremonias de la audiencia singulares, y son pasto agradable á la curiosidad si este fuera mi asunto; pero como voy mirando por objeto á la religion, omito todo lo que no tiene concernencia con este fin, y al curioso remito á que lea la *Relacion* que escribió Francisco de Albres de todo lo que le pasó, y en especial en los caps. LXXI, LXXIII y LXXVII, donde á lo largo y con toda menudencia refiere las raras ceremonias de esta embajada.

Y este libro es de todo crédito, así porque refiere las cosas simplemente en estilo llano y natural, conforme al genio del autor, como porque los señores Patriarcas y los nuestros que estuvieron en Etiopia y escribieron sus relaciones, nos aseguran que todo cuanto escribió Albres concuerda con lo que hallaron y experimentaron.

El emperador David estaba ya en posesion de su imperio, é hizo tanto más lucida esta funcion, cuanto se hallaba poderoso y triunfante contra los moros que le habian pretendido infestar; y como sabia que tenia enemigos, y lo que costaba el vencerlos, y que el estar solo era estar expuesto, siguió la idea de sus tutoras en solicitar socorros y alianza del rey de Portugal.

Para esto logró la ocasion de los embajadores y los volvió á despachar á Europa con nuevas cartas para el rey de Portugal, D. Manuel, pidiéndole su alianza y socorros, y para el Sumo Pontífice, que entónces era Clemente VII, á quien se humillaba como hijo, pidiéndole le recibiese como tal, pues le reconocia Cabeza universal de la Iglesia, y desde luego se separaba del pretendido Patriarca de Antioquía, aunque este le habia concedido tener en su reino un Patriarca separado, que ellos en su idioma llamaban Abuma.

Y para tener respuesta, eligió por embajador suyo á un monje muy celebrado entre ellos, docto, leido y de mucha prudencia, que se llamaba Zagazá, y al mismo Francisco Albres, á quien parece se debia la reduccion de este cismático, pues no habia otro á quien atribuir este buen efecto, sino es ya que alguno diga fué el autor de esta grande obra Pedro Corvillán, pero este como seglar y ménos versado en negocios de religion, nos da licencia que se la apliquemos al Albres eclesiástico, docto, celoso y predicador, y más que él mismo en su *Historia* no aplica esta conversion á Corvillán, y en su sinceridad de ánimo, á no ser obra suya, no defraudara á otro sujeto de esta alabanza.

Dispusiéronse los embajadores para el viaje, pero, ó no habia embarcacion en los puertos, ó llegaban navíos cuando los embajadores estaban tierra adentro; y como las naos sólo se detenian el preciso tiempo para su tráfico ó

aguada, é iban sin observar tiempos ni estaciones sólo cuando la casualidad las conducia, tardaron cinco años en salir de Etiopia, en cuyo tiempo se supo allí la muerte del rey D. Manuel de Portugal y elevacion al trono del rey D. Juan el III, con que el emperador David, recogiendo las primeras cartas, hizo sacar sus traslados dirigidos al nuevo rey, con los cuales salieron los embajadores para Portugál y para Roma en el año de 1526.

Hasta este año habia vivido muy triunfante David, venciendo á todos sus rebeldes y enemigos, pero este año entró en Etiopia un moro valiente que se llamaba Grane, general de otro moro que se intitulaba rey; salióle David al encuentro, llevando más gente y mejores capitanes, pero la fortuna estaba empeñada en asistir á Grane; perdió la batalla David, y con ella mucho terreno, porque, como no tenian más muros que los pechos ni más diques que el vivo ejército, destrozado este, quedó descubierto el reino.

En esta afliccion, viéndose sin arrimo y que no sólo él perdia su corona sino que sus vasallos perdian la fe, porque aplicados al vencedor le adulaban con hacerse mahometanos; juzgó por necesario seguir el consejo que ya habia tomado de acudir por socorro á Portugal y á Roma, y como por la mar era medio conocidamente dilatado, quiso enviar sus embajadores por tierra.

Para este encargo elegió á un portugués llamado maestre Juan, y era uno de los que habian entrado en Etiopia con el embajador D. Rodrigo Lima y quedádose en el imperio, y á un Márcos, muy estimado de los suyos por docto, dando á los dos con igual carácter cartas credenciales al mismo tenor que las que habian traido por mar los primeros embajadores de Etiopia.

Tomado el viaje por tierra con el pretexto de ser más seguro, le siguieron, y, aunque sin pereza en el camino, tardaron ocho años en llegar á Roma.

Aquí fueron benignamente recibidos el año de 1538 de la Santidad de Paulo III, quien despues de mucha reflexion y consulta mandó consagrar Patriarca no sólo de Etiopia por su Abuma ó Patriarca por comunicacion, sino en propiedad Patriarca de Alejandría á D. Juan Bermudez, que era el mismo maestre Juan que dijimos, y con regalos del país para el emperador envió á los embajadores á Portugal al rey D. Juan III.

Este recibió con singular benignidad y gusto al Patriarca y á sus compañeros; hízoles grandes honras, y la más estimable fué la que les dió para que le entregasen á D. García de Noroña, virrey de la India, con órden estrecho de que despachase al punto 450 soldados con cabo de juicio y experiencia en lo militar y conducta en lo político, apretando el órden con todas las veras de un mandato expreso y cuya obediencia fuese sin excusa.

Con estas cartas llegaron á Goa; pero, como esta expedicion era desgraciada en la puntualidad, cuando D. García estaba previniendo el socorro, le

previno á él la muerte, cuyo tributo fué fatal para la empresa, pues la hubiera podido detener otros muchos años, si D. Estéban de Gama no hubiese entrado al gobierno de la India por el nombramiento que á prevencion estaba allá en pliego cerrado.

Pero este celoso ministro, luego que tomó el baston, empezó á dar providencias al deseado socorro, aunque no pudo en el nuevo gobierno despachar con la brevedad que lo hubiera hecho Noroña, pues la precision de dar providencia en la desgracia, el tomar por sí las medidas segun su método, que Noroña habia tomado al suyo, el darse á conocer de los subalternos y el recibir sus obediencias, le detuvo la ejecucion hasta el año de 1541. ¡Rara tardanza! el año de 1491 se descubrió la primera vez el imperio de los abisinos; el año de 1516 fué la primera vez que Etiopia pidió á Portugal el socorro que llegó á los veinte y cinco años, y cincuenta y dos despues de su descubrimiento.

Pero llegó muy á tiempo, porque el emperador David, que habia muchos años antes sido tan afortunado, experimentó en lo último de su gobierno tan ceñuda á la fortuna que, perdido el reino y apoderados de él sus enemigos, se vió obligado á retirarse á una áspera y difícil montaña que ellos llamaban Damó, valiéndose aquí de la natural defensa de la roca en vez de las fortificaciones que debia tener en los lugares.

Allí, por lo árduo de su subida se defendió de sus enemigos, pero no de que la tristeza, los trabajos, el afan y el desconsuelo acabase con su vida, dejando aquella sombra de reino ó imperio á Glaudios, su hijo mayor.

Esta novedad no fué ingrata á la Etiopia, porque muchos se aplicaron al nuevo rey; propiedad del mundo, en que á todos agrada el sol en oriente.

A este tiempo, año de 1541, llegó últimamente á Mazúa, isla muy cercana á Etiopia, el mismo D. Estéban de Gama, llevando consigo al Patriarca D. Juan Bermudez, y á su arribo salieron á recibirle dos etíopes embajadores que tenia allí prevenidos Glaudios, como quien espera con ansia que, por si viene el deseado más presto, envía á saber si ha venido.

Holgóse mucho D. Estéban; confirió con ellos, tuvo sus consejos de guerra, y al fin, la resolucion fué desembarcar los 400 hombres que mandaba el rey dejar con ellos á cinco capitanes con municiones, artillería y pertrechos, y fiar toda esta empresa á su hermano D. Cristóbal de Gama.

Estos pocos portugueses hicieron milagros en aquella tierra desconocida, quebrada, áspera, montuosa, en aquellas montañas tan frecuentes y tan inaccesibles como tiene aquel reino, y de que en vez de plazas se servia como de lugares seguros el tirano Grane.

Cuatro veces le derrotó y le obligó á desamparar el terreno; la quinta ave-

nida fué muy desgraciada, porque llevando en ella la mejor parte los portugueses, en un lance quedó cautivo D. Cristóbal, á quien el tirano hizo morir con atroces tormentos, y como dió su vida en manos de un moro, é iba con el nuevo Patriarca á plantar la fe y religion romana, no dudan mucho las plumas portuguesas en llamarle piadosamente mártir.

Lo cierto es que desde el cielo consiguió el favor á los portugueses, que unidos aunque les faltaba el general, lograron muchas ventajas de Grane, hasta que, últimamente en un lance bien reñido un portugués cuerpo á cuerpo le dió tantas cuchilladas que desangrado acabó en el campo.

Fué esta accion muy propia de portugueses, pues tuvo la flema en el lance de las embestidas, que derribada una oreja del moro, la recogió y guardó para poder decir con propiedad que le habia cortado las orejas; esta le sirvió de mucho, porque otro moro, viéndose todos perdidos, cortó toda esperanza á los suyos en la cabeza de Grane, que fué á presentar al emperador Glaudios, para congraciarse y ganar albricias y amistades.

Pero Pedro Leam, que este era el nombre del portugués, desmintió al moro, y para prueba de haber sido él quien dió la muerte á Grane, sacó la oreja cortada, que aplicada á la parte, se reconoció ser la misma que faltaba; y si el moro no hubiera confesado su hurto, y que él habia cortado la cabeza al cuerpo ya sin resistencia, valor tenia sobrado Pedro Leam para hacer segunda experiencia y acabar allí mismo con el moro, y que su cabeza pagase su atrevimiento.

Esta disputa sosegó Glaudios, dando gran premio á Leam por la hazaña, y al moro por la cabeza ó por el porte; y pudo cierto, porque esta cabeza, como antiguamente la de Holofernes en los muros de Betulia, dió la paz al imperio, ahuyentó de todo él á los moros, que se retiraron á su reino de Adel de donde habian salido; y si Etiopia hubiera entónces tenido más fuerzas, y el socoro portugués estuviera rehecho con algunas reclutas, hubiera sido no difícil despojarles de su reino á los que tanto habian dado que entender al ajeno.

Pero ni el cuerpo portugués estaba en estado de seguir sin descansar, ni Glaudios tenia ideas altas con que lucir, y se contentó con recuperar lo perdido, sin adelantarse á conquistar lo que ya por largo tiempo estaba desmembrado. Harto lloraremos despues esta falta.

Ni en este emperador cabian pensamientos más altos cuando, entregado á los vicios, pensaba faltar á Dios y á sí mismo; porque si bien, cuando vió á los portugueses en su reino hizo por su necesidad mil ofertas, y entre otras muchas, al Patriarca D. Juan Bermudez, el darle la obediencia y reconocerle como tal Patriarca, abjurando su cisma, y á los portugueses la tercera parte

de lo que conquistasen; luego que se vió en fortuna, faltó á todo, y trató mal de palabra al Patriarca, sin querer oir sus consejos ni atender á su antecedente palabra, y esto en tanto grado, que el Patriarca usó de sus armas, intimando excomuniones, mandando á todos que le tratasen como á tal.

Esta determinacion no fué bochorno, sino razon, luego que supo que Glaudios habia escrito al Patriarca de Alejandria dándole muy finamente la obediencia, y diciendo que, si bien tenia en su reino otro Patriarca romano, no queria obedecerle, sino perseverar constante en su antiguo error, por lo cual le pedia le enviase un Abuma; con prudente espera aguardó á ver en qué paraba esta rebeldía; pero sabiendo que venia el Abuma y que el emperador salia á recibirle con gran fausto y alegría, acompañado de muchos monjes y sacerdotes cismáticos; se determinó á cortarle los pasos, ó á lo ménos el gozo, dándole á conocer su maldad, su perfidia y su trato falso.

Este último le habia tambien manifestado á los cabos portugueses, pues al principio, con dobles excusas, habia dilatado darles las tierras prometidas, y despues, con clara desenvoltura, habia respondido á las instancias que se volviesen á Portugal, que para nada les habia menester; con que se hallaban en un extraño dominio, despues de una gloriosa conquista, con un desaire por premio.

Clamaban al Patriarca, y este echó el resto de su autoridad en el manifiesto de su excomunion. Sintió mucho, y no sintió mucho el emperador esta resolucion, porque, si bien se le movió la cólera y la soberbia al verse tratado como súbdito, se alegró de la ocasion que tomó para una resolucion bárbaramente ingrata.

Habian los portugueses hecho las más lucidas hazañas; contémplese sólos 400 portugueses contra infinidad de soldados diestrísimos en el manejo de sus flechas, de sus dardos y de la espada, y á quienes, si faltaba la pólvora para la ofensa, sobraba el valor para sufrir el golpe; y como era siempre excesivo su número, los que no morian á fuego, vengaban las muertes de sus compañeros.

Lograron, no obstante, penetrar las más difíciles montañas, que ellos juzgaban inaccesibles, y en país tan extraño donde ignoraban los caminos y no sabian ni la lengua, á costa de valor y constancia dieron á Glaudios el reino que habia perdido; verdaderamente que bien reflexionado este suceso, no exageran mucho las plumas portuguesas cuando esta expedicion la cuentan entre las mayores y más lucidas que ha ejecutado su nacion, pues para esta gloria sólo les faltaba el realce de que sin volver contra el mismo á quien habian defendido por sus mismas manos y valor, comprasen paz y bienes de que vivir.

Y así fue, porque irritado Glaudios de sus instancias y de la excomunion, y mal aconsejado de sus monjes y su Abuma Joaf, que así se llamaba el que habia enviado el Patriarca de Alejandría, juntó hasta 20.000 etiopes de sus mejores soldados, y con expertos cabos, los envió adonde estaban los portugueses, que ya era un pequeño escuadron de solos 200, con que vivia guardado el Patriarca Bermudez.

Juzgó el emperador que habiendo 200 abisinos para cada portugués, les podia seguramente dar la órden de que los pasasen á todos á cuchillo; no les dió mucho cuidado á los portugueses la cruel resolucion, pero tuvieron alguno en evitar traicion ó sorpresa, y las expías y guardas avanzadas fueron su total seguridad, porque á punto fijo supieron el dia y hora de su llegada.

Aguardáronlos con esfuerzo, con ánimo y aun con desesperacion, porque la retirada era imposible, la sentencia dada, el perdon no creible, la alianza desecha y la tiranía fortalecida con el poder; en estas circunstancias acometió aquel poderoso ejército á experimentar el valor de los 200 portugueses que, cerrados en escuadron, los recibieron con una descarga de artillería, con que los deshicieron; pero, como eran tantos, se volvieron á formar y repitieron el avance.

En esto la artillería estaba vuelta á cargar y repitió su golpe tan feliz, que los desbarató casi enteramente, con que tuvo lugar para repetir su disparo, y en estos lances se batalló varias veces á cuerpo seguro de los portugueses, porque la artillería no les dejaba arrimar al tiro de sus dardos.

No desmayaron los abisinos, que como muchos, siempre miraban como seguro el degüello, tanto más cruel, cuanto más defendido, hasta que, mejor dispuestos, sufrieron con gran pérdida el golpe de la artillería, y uniéndose brevemente, se acercaron á jugar sus dardos; pero aquí las balas de las espingardas se repartieron tan bien, que deshicieron á los abisinos, y sin aguardar más tiempo, anduvo el escuadron con el mejor órden que pudo, y espada en mano, hizo tanta riza en los abisinos, que dejó el campo lleno de cadáveres, repitiendo á gritos y cuchilladas: «Este es el modo del degüello de los portugueses.»

A la verdad, este fué lance sucedido, porque no hemos de decir que faltan á la verdad todas las *Relaciones* de Etiopia, que en las otras cosas en que las podemos confrontar, las hallamos verídicas, y así, es forzoso conceder el caso y dar la gloria de su posibilidad al valor; y se confirma lo cierto del suceso y lo cabal de la derrota en que el emperador Glaudios se dió por vencido y no quiso proseguir á probar sus fuerzas con aquellos soldados, que al más valiente y más poderoso y más enseñoreado sabian cómo se le cortaban las orejas y la cabeza, y que ya veia que cada uno sobraba para 200 va-

lientes, y así, trabó pláticas de paz y les ofreció ciertas posesiones y tierras en que viviesen y donde pudiesen traficar.

Para facilitar el concierto, ofreció no recibir al Abuma y vivir reconciliado con la Iglesia romana, admitiendo al Patriarca Bermudez por su legítimo pastor. Bien temieron los portugueses doblez en el trato, pero su corto número les obligaba á ceder en mucho, viviendo con recelo de no tener nada ó á lo ménos vivir siempre con la espingarda al hombro por miedo de que les faltasen á cada paso, y así, admitieron, y el Patriarca fué á ver al emperador, donde encontró la noticia de que, contra lo ofrecido, habia recibido y admitido al Abuma.

Con esta noticia, enardecido del celo de la gloria de Dios, afeó su doblez á Glaudios, quien ofendido le mandó prender; pero como los portugueses tenian siempre cargadas las espingardas, acudieron, no al preso que no dió lugar al emperador á tanto, sino sólo hácia allá, volviendo la cara á la corte, y esto bastó para que, no queriendo el emperador verlos cerca, les enviase al Patriarca, que teniendo el negocio por desesperado, se ausentó al reino de Tigre, y desde allí, donde vivió escondido dos años, partió el de 1557 á Goa, de donde volvió á Portugal y vivió muchos años asistido por el rey de una muy proporcionada pension.

Los portugueses quedaron en Etiopia; Glaudios les dió tierras, pero distantes y donde aun con el sudor de su rostro sólo alcanzaban á vivir, mezclando el poco pan que comian con mucho de lágrimas, logrando por premio de las más gloriosas acciones el más miserable destino.

Mientras padecian tanto en Etiopia los portugueses, el Patriarca y la religion, se vivia en Portugal con grandes ánimos y discurriendo en dar providencias para la reduccion por medio de predicadores y misioneros; sabíase la restauracion al trono de Glaudios, la muerte de Grane, y no podian creer cupiese en un pecho real la fealdad con que manchó su dignidad; sabíase la valentía de los portugueses y se creia que estos eran una gran levadura para conservar en la fe á los convertidos y para aumentar mucho los reducidos al gremio del Pastor comun.

Con esta idea, aquel celosísimo y magnánimo rey D. Juan el III, trató con el Sumo Pontífice Julio III que diese providencia de Pastores para aquellas ovejas, que con la distancia vivian sin el gobierno del cayado.

Trató esto tambien con nuestro Sto. Padre, quien tomó tan á su cargo esta empresa, que quiso ir en persona, y con tan eficaz voluntad, que pidió licencia al Sumo Pontífice para el viaje, aunque este se la negó por lo que convenia á la Compañía, Religion recien fundada, la criase á sus pechos quien la habia dado la vida. En el celo del Santo no causa la menor dificultad qui-

siese tomar por suya propia esta empresa; el saber que la tomó tan eficazmente se lo debemos á la puntualidad de noticias que da en su *Tesoro de las cosas de las Indias* el P. Pedro Jarrico, quien pone una carta del mismo Santo al Preste-Juan, la cual llevó el Patriarca Juan Nuñez Barreto, y en ella dice el Santo, como luego veremos, así: «Quedo contentísimo de que, ya que á mí no se me ha permitido la jornada, vayan mis súbditos con ánimo de sacrificar á Dios sus vidas.»

Y verdaderamente que el Santo trabajó tanto y cuidó tanto de esta mision, que bien dió á entender la miraba como cosa muy propia; tuvo con el embajador de Portugal muchas sesiones, comunicó largamente con el Sumo Pontífice, y se decretó fuesen á Etiopia doce jesuitas, y entre estos uno por Patriarca y dos por sus Coadjutores, consagrados Obispos, para que tuviesen cierto y determinado Pastor y para que nunca les pudiese faltar Padre á aquellos tan distantes cristianos reconciliados ni á aquellos antiguos portugueses desterrados.

Para el patriarcado señaló el Santo al P. Pedro Fabro; pero muerto este, dió la nómina el rey al P. Juan Nuñez Barreto; por sus Coadjutores señaló nuestro Santo Padre al P. Andrés de Oviedo y al P. Melchor Carnero; concedióIo todo el Sumo Pontífice Julio III; pero, llegada la noticia á Lisboa, el P. Juan Nuñez, electo Patriarca, por sí y en nombre de sus dos compañeros, se excusó de la dignidad, ofreciendo con todo celo y rendimiento sus personas al viaje, si se les mandaba ir como particulares.

Consta esto por una carta que pone el P. Eusebio en su vida, harto discreta y harto tierna, ofreciendo con gran gusto y con celo su persona para la mision; pero suplicando se le aliviase de la dignidad. Respondióle nuestro Santo Padre la carta que allí mismo se cita, mandándole que aceptase, y con suma discrecion explica en dos palabras el principal fundamento, que luego ha dado motivo á la opinion de las más doctas plumas de la Compañía.

«Yo (dice el Santo) no siento que podais dejar de aceptar este cargo, ni vos, ni vuestros Coadjutores; y aunque á vuestra humildad y la de ellos, y al amor de la bajeza que conforme á nuestra profesion teneis, parezca pesado, y lo sea tomar cualquier dignidad, siendo esta tan diversa (por los trabajos y peligros que la acompañan) de las que suelen dar materia á la ambicion y codicia, y siendo necesaria para poder atender al bien espiritual de aquellas naciones, y de donde ha de redundar tanto divino servicio, no se debe rehusar.» Tiene la carta la data de 16 de Febrero de 1555.

Y Julio III, entónces reinante, nos favoreció en público consistorio, en que declaró al Patriarca y á los Obispos sus Coadjutores, con aquel oráculo tan digno de nuestra respetuosa memoria y agradecida estimacion, cuando

dijo: «Bien se deja entender el espíritu de la Compañía de Jesus y de los Padres que la profesan, que hacen empeño de rehusar y no admitir todas las dignidades de honra y renta, y aceptan prontos estas, cuyas honras son pesadas cruces, y cuyas rentas son copia y abundancia de trabajos.»

Consagráronse en Lisboa en 4 de mayo de 1555, el P. Juan Nuñez Barreto por Patriarca, y el P. Andrés de Oviedo como Obispo de Hierápolis, porque el P. Melchor Carnero habia partido con varios jesuitas para la India, donde se consagró despues Obispo de Nicea.

Quedáronse en la ciudad los dos en nuestro colegio de S. Roque ínterin que se ofrecia aprestada nao de la India, siendo aquí, á honor de su virtud, digno de memoria y agradecimiento que estos dos Padres, ya señores Obispos, en casi un año que allí estuvieron, no mudaron de vida en el menor ápice de humildad y observancia religiosa, y sólo el pectoral distinguia las personas, no los oficios que ejercitaron como el más mínino de la Compañía en confesiones de noche á enfermos, de dia á los sanos, predicando y explicando la doctrina cristiana á los niños, sin haber sido posible con su humildad admitiesen el uso de un coche con que les brindaron muchos, diciendo que su obispado era *in partibus*, y no de corte; y que en cuanto no estaban en su diócesis, debian atender á los ministerios propios de donde vivian.

En tanto que los consagrados aguardaban el tiempo de su partida, no le perdia el celo del rey D. Juan, ni el ardor de nuestro Santo Patriarca; este, ya que en persona no se le permitió la mision, hizo cuanto pudo enviando sus hijos, y armándolos con una carta escrita al Preste-Juan, en que rebosa el espíritu, arde el celo, brilla la discrecion, y es pieza tan de estimacion para nosotros, que juzgára traicion, no comunicarla á nuestro cariño.

*Carta de nuestro Sto. Patriarca S. Ignacio para el emperador de Etiopia, Glaudios.*

«Señor mio en el Señor nuestro Jesucristo. La gracia, salud y dones espirituales de Jesucristo sean siempre con vuestra Alteza. Amen.

»El serenísimo rey de Portugal, con aquel gran celo que le dió el Señor para mirar por la honra de su santo nombre y salud de las almas, que fueron redimidas con la sangre y vida de su Hijo primogénito, me ha significado algunas veces por sus cartas y embajador lo mucho que se holgaria en que yo nombrase una docena de religiosos de nuestra mínima Compañía, que llaman de Jesus, con uno para que con título de Patriarca, y otros dos de Obispos Coadjutores, se empleasen en la reconciliacion de ese imperio é

Iglesia con la Romana, guiándose todo por mano de su Alteza, como quien con tanto celo lo encaminó.

»Yo, por las obligaciones que esta nueva planta tiene al servicio del rey D. Juan, hice el dicho nombramiento, y por su embajador pidió luego á nuestro muy Sto. Padre Julio III, Pontífice Romano y Vicario de Dios en la tierra, fuese Su Santidad servido de darles autoridad y potestad para administrar sus veces con algunos sacerdotes y consumados teólogos, que juntamente fuesen por sus acompañados á ese imperio de vuestra Alteza.

»Habiendo yo, pues, obedecido al serenísimo rey D. Juan, y nombrado y escogido de propósito el número que representase el colegio Apostólico de Cristo nuestro Redentor, que son doce religiosos, sin el Patriarca, quedo contentísimo de que, ya que á mí no se me ha permitido la jornada, ellos vayan con ánimo de sacrificar á Dios sus vidas en servicio de V. A., alumbrando en la fe las almas de los que reconocen su corona é imperio.

»Y aunque bastara ser esta voluntad del serenísimo rey de Portugal, para que yo acudiera á ella prontísimamente, me obligó mucho más ver que seamos los de esta Compañía de algun servicio para V. A., cuyas cosas son más que propias para con nuestras flacas oraciones representarlas ante la Majestad de Dios nuestro Señor, dándole infinitas gracias porque, entre tantas y tan remotas naciones de infieles y de enemigos del nombre cristiano, tenga á V. A. tan celoso de su gloria y honra, que no sólo trabaje por conservar y ensalzar la fe á imitacion de sus progenitores, mas procura en sus dias aumentarla y ponerla en su punto.

»Para cuyo efecto ha sido particular providencia de Dios que tras los santos y fervorosos deseos de V. A. fuese el socorro espiritual de estos Padres, que, con legítima y absoluta potestad de la Santa Sede Apostólica, ayuden con su doctrina y reparen la quiebra que en las cosas de fe ha habido en disonancia de la santa Iglesia romana, Madre de todas las del mundo, á cuyo Vicario tiene Dios dadas sus veces en la tierra, siendo, como es, cosa cierta que aquellas dos llaves del reino de los cielos que Cristo entregó á S. Pedro, fueron la forma de la potestad que le dejó, diciéndole (como nos consta por el Evangelista S. Mateo) *Et ego dico tibi, quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni coelorum, et quodcunque ligaveris super terram, erit ligatum et in coelis.*

»Entrególe las llaves y cumplióle lo que le prometió con la entrega, cuando despues de su gloriosa y triunfante resurreccion, antes que subiese á los cielos, le preguntó tres veces (como afirma el Evangelista S. Juan) *¿Simon, Ioannis diligis me plus bis?* Añadiendo á cada respuesta: *Pasce oves meas*, y encomendándole no una parte de ellas, sino todo el rebaño con absoluta

potestad para sustentar y apacentar á los fieles con el pasto de vida donde quiera que estuviesen y guiarlos á los celestiales pastos de la eterna bienaventuranza.

»A los otros Apóstoles dió Cristo nuestro Señor autoridad limitada, mas á S. Pedro y á sus sucesores dió absoluta y plenísima, para que de este Sumo Pastor, como de orígen y fuente, participasen los demás Pastores y obtuviesen de ella autoridad, virtud y potestad determinada, cada cual segun el grado jerárquico que en esta Iglesia militante tuviese.

»Lo cual parece haber un tiempo dicho por el profeta Isaías en órden al Pontífice romano, cuando dice: *Et dabo clavem domus David super humerum eius; et aperiet, et non erit qui claudat, et claudet, et non erit qui aperiat,* por cuya figura profética claramente se entiende el Apóstol S. Pedro y sus sucesores los romanos Pontífices, á los cuales con las llaves se declara haberse dado la plena y absoluta potestad en el cielo y en la tierra, figura é insignia de este amplísimo dominio y jurisdiccion.

»Y siendo esto cosa tan indubitable y cierta, infinitas gracias debe dar V. A. á nuestro Señor, que en los felicísimos dias de su imperio haya sido servido de enviar á esta devota nacion verdaderos Pastores de las almas que tienen dependencia del Sumo Pastor y Vicario, que Jesucristo nuestro Señor dejó en la tierra, de quien recibieron la amplísima potestad que llevan esos Padres en quienes Su Santidad con particular acuerdo y celo fué servido de poner los ojos para empresa que tan en servicio es de Dios y bien de V. A. y su imperio.

»Supuestos estos fundamentos, no sin graves causas les parecia y sentian mal su abuelo y padre de V. A. de reconocer en lo espiritual al Patriarca de Alejandría, que como miembro cortado y podrido del cuerpo místico de la Iglesia, ni tiene movimiento, ni virtud, ni puede recibirla del mismo cuerpo; porque, como él sea cismático y esté segregado de la Santa Sede Apostólica y de la Cabeza de toda la Iglesia, ni puede dar vida de gracia ni administrar la dignidad y oficio pastoral legítimamente, ni él la recibe para poderla dar ni comunicar á ninguno por ninguna manera ni derecho, porque la santa y católica Iglesia sólamente es una en todo el mundo, y es imposible que, siendo sola, reconozca juntamente al Pontífice Romano y al Patriarca de Alejandría, ó que para cada uno se dé Iglesia particular y absoluta. Pues como su Esposo Jesucristo es totalmente uno, así su Esposa la Iglesia ha sido y es siempre una, de la cual dice en persona de Cristo el sabio Salomon en sus cantares: *Una est columba mea.* Y el profeta Osseas, hablando más en particular á este propósito: *Congregabuntur filii Israel, et filii Iuda pariter, et ponent sibimet caput unum.* Y conviniendo mucho despues en lo

mismo el Evangelista S. Juan dice, hablando en persona de Cristo nuestro Señor: *Et fiet unum ovile, et unus Pastor.*

»De la misma manera leemos en la Escritura divina que una tan sólamente fué el arca de Noé, en quien se conservó la vida, y no fuera de ella; uno el tabernáculo que levantó el Santo Moisés, y uno el templo que el rey Salomon hizo en Jerusalen, donde obligaba la ley á sacrificar y hacer reconocimiento á Dios, y no en otra parte; una sinagoga habia, de cuyo juicio y autoridad dependian las otras, que todo ello es clara y distinta figura de la unidad de la Iglesia, fuera de la cual no hay cosa buena ni vida alguna, porque el que no estuviere unido é incorporado con este cuerpo místico, imposible es que reciba de la Cabeza (que es Cristo) ninguna virtud ni gracia para conseguir la felicidad eterna.

»Y aun para que esta unidad de la Iglesia más claramente constase, se canta en el Símbolo del Credo y confesion de la fe este artículo: *Credo unam Sanctam, catholicam, et Apostolicam Ecclesiam.* Y que se puedan dar Iglesias distintas y diferentes en número y en esencia, está ya declarado por error y crímen contra la fe por todos los sagrados Concilios, que debajo de este único fundamento se han tenido con particular asistencia del Espíritu Santo.

»Y así, conforme lo declarado y condenado, es error decir que las Iglesias de Alejandría, Constantinopla, Antioquia, Jerusalen y otras patriarcales, hayan ó puedan tener superioridad y distincion particular, sino que deben y han de estar unidas con la Cabeza de todas, el Romano Pontífice, que sucesivamente desde S. Pedro (el cual por expreso mandamiento de Dios, eligió para su trono la ciudad de Roma, que consagró con su sangre, como lo afirma el santo mártir y Papa S. Marcelo) han sido adorados por romanos Pontífices y por Vicarios de Jesucristo, sin ninguna duda ni controversia de tantos y tan santos Doctores, latinos y griegos, como la Iglesia tiene.

»Ha sido esta fe confirmada por infinitas naciones, santos Padres del yermo, Obispos y otros innumerables confesores, con infinitas señales y milagros, y en fin, con la confesion de los mártires, que muriendo por Cristo confesaron la unidad de la Iglesia Romana, en cuya piedra firme cayó su sangre.

»Conforme á esto, aquellos santos Padres, Obispos y Prelados que se juntaron á Concilio general en Calcedonia, todos á una voz clamaron y llamaron al Papa Leon, *Santísimo, Apostólico y Universal,* y en el Concilio general de Constantinopla fué condenada la herejía de los que negasen el Primado del Pontífice Romano sobre todas y cada una de las Iglesias del orbe de la tierra.

»A estos tan firmes averiguados y sacros decretos se llega la autoridad del Concilio Florentino, en el cual, presidiendo en el trono de S. Pedro el

santísimo Papa Eugenio IV, se hallaron, entre otras naciones, los griegos, armenios y jacobitas, que de comun acuerdo y con particular movimiento del Espíritu Santo, pusieron y definieron este artículo por estas palabras: «Definimos y ordenamos tener la Santa Sede Apostólica y Pontífice Romano el Primado sobre todo el orbe de la tierra y ser legítimo sucesor de San Pedro, verdadero retrato de Jesucristo, Cabeza de la Iglesia, Pastor y Maestro de todos los fieles, y á él (en S. Pedro) haber sido encomendado el regimiento y gobierno universal de la Iglesia, con la absoluta potestad de nuestro Señor Jesucristo, para apacentar y regir esta máquina de la santa Iglesia.

»Con razon, pues, el serenísimo rey David, padre de V. A., enviando su embajador y reconocimiento al Romano Pontífice, confesó esta Sede Santa por Madre y Cabeza de todas, y así, entre otras muchas y maravillosas cosas que se conservan de él y de V. A., como tan su hijo, estas dos son las principales bases sobre que estriban, y las que dan y darán perpétua vida á las otras, para que en memoria de hombres jamás se olviden, y todos los naturales de ese inmenso imperio de V. A. vivan en perpétua obligacion de dar infinitas gracias á Dios por tan singular beneficio como el que han recibido y reciben de V. A., cuya industria, virtud y valor se ha mostrado maravillosamente para bien universal de todos, siendo el vuestro el primero que, poniéndose á los piés del Sumo Pontífice, le reconoció por Padre y Pastor de todos, y V. A. de la misma manera el primero, que del mismo Vicario de Cristo pide y lleva Patriarca para el bien de su imperio, como tan legítimo hijo de esta Santa Sede, pues se ha de estimar por un raro y singular beneficio, (como realmente lo es) estar unidos con el cuerpo místico de la Iglesia católica, que es vivificado y regido por el Espíritu Santo, y á la cual Iglesia Él mismo (como afirman el Apóstol S. Pablo y el Evangelista S. Juan) enseña é inspira toda verdad.

»Y si es raro don alcanzar á ver la luz de la verdadera doctrina, y obedecer á los sacros documentos y mandamientos de la Iglesia, llamada por el Apóstol á su discípulo Timoteo, *Casa de Dios, columna y fortaleza de la verdad,* y á la cual prometió Cristo nuestro Señor asistir para siempre, cuando dijo por su Evangelista S. Mateo: *Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem saeculi,* ¡cuánta razon hay para que den inmensas gracias á Dios nuestro Señor y Criador esas remotas naciones á las cuales por misericordia divina, liberalidad de esta Santa Sede, celo del rey David, padre de V. A., y por su grandeza y devocion les ha sido hecha tan singular gracia!

»Principalmente, como de razon se ha de esperar que resultará de esta reconciliacion y union, mediante el favor divino, no sólo aumento de los bienes

espirituales, más de los temporales con particular extension y grandeza de este imperio potentísimo de V. A. y confusion de sus enemigos.

»Son los sacerdotes que van á tan santa expedicion, principalmente el Patriarca y los dos Obispos sus Coadjutores y sucesores, de santa y loable vida, pasados por el crisol de esta nuestra mínima Compañía, y escogidos para este ministerio por su singular caridad y profunda sabiduría, á los cuales no falta ánimo, estribando en las sólidas esperanzas del cielo, para sufrir cuantos trabajos y penalidades se les atravesaren, y en fin, la muerte, ofreciéndolos y consagrándolos á gloria de Cristo nuestro Señor, al servicio de V. A. y de esas almas.

»Dales espuelas el deseo que llevan de procurar con todas veras imitar á Cristo nuestro Redentor en la salud y remedio del género humano en todo cuanto les fuera posible, pues este Señor sufrió tormentos y afrentosa muerte de su propia y espontanea voluntad, para hacer la redencion del hombre á que se habia obligado, y así dice él por su Evangelista y regalado discípulo: *Ego sum Pastor bonus, bonus Pastor animam suam dat pro ovibus suis.*

»A ejemplo de este Señor van estos Padres aparejados, no sólo para ayudar á los que peligran en la fe, con palabras, consejos y bienes espirituales, que son socorro del cielo, sino tambien con la misma muerte, si se les ofreciere ocasion en que confirmar su doctrina y deseos con las vidas y propia sangre.

»Espero yo en el Señor y en el buen ánimo de V. A. que les hará todo favor y buena acogida, tanto mayor cuanto conoce bien que en lo que toca á la fe y crédito de lo que publica ó particularmente ellos declararen y dijeren, pueden hacerlo en razon de ser Legados de esta Santa Sede, y V. A. estar por lo que el Patriarca principalmente propusiere, que es manado legítimamente de Su Santidad, cuya persona y autoridad representa; y así, darle á él el crédito y á todos los demás, será darle á la Iglesia católica, cuyos intérpretes son para la palabra divina.

»Y porque es cosa necesaria y conveniente que todos los fieles cristianos rindan con humildad y sujecion los cuellos al suave yugo de la Iglesia, obedeciendo á sus determinaciones y decretos, y comunicando lo que les hiciere dificultad con los ministros idóneos de ella, no dudo que la excelente piedad de V. A. proveerá en todo su imperio y reinos que cualquiera y todos, de cualquier estado y dignidad que sean, obedezcan y sigan los preceptos y decretos del Patriarca y de sus Coadjutores, sin ninguna réplica ni contradiccion.

»Consta por el Deuteronomio que en todas las dudas y cuestiones de la antigua ley acudian á la Sinagoga, figura de la santa Iglesia á que aluden

aquellas palabras del Salvador: *Super cathedram Moysi sederunt Scribae, et Pharisaei.* Y lo que Salomon dice en los Proverbios: *Ne dimittas legem Matris tuae,* que es la santa Iglesia. Y en otra parte: *Ne transgrediaris terminos, quos posuerunt patres tui,* que son los Prelados.

»Y así, quiere Cristo nuestro Señor que se esté por lo que su Iglesia determinare tan precisamente, que dice por el Evangelista S. Lúcas: *Qui vos audit me audit, et qui vos spernit me spernit.* Y por S. Mateo más claramente: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.*

»De donde se colige que no se han de dar oidos ni crédito á aquellos que dijeren y sustentaren cosas ajenas del sentido de la Iglesia católica, como tambien lo dice el Apóstol S. Pablo, cuando, escribiendo á los de Galacia entre otras cosas, les dice: *Sed licet nos aut Angelus de coelo evangelizet vobis praeterquamquod evangelizavimus vobis, anathema sit.*

»Esto, en fin, muestran y tienen los santos Doctores, los cánones y decretos de los Concilios y el sentido comun de los fieles, por lo cual van el Patriarca y compañeros ciertos de que V. A. con su acostumbrada devocion y sumision cristiana, les recibirá con la debida reverencia en cuanto le fuere posible.

»Y cuantos por estas tierras estamos derramados de la mínima Compañía, nos ofrecemos á V. A. por sus siervos en Jesucristo, y sus continuos capellanes, como V. A. nos puede tener por tales, que en nuestras oraciones y sacrificios, como habemos ya ordenado, suplicamos instantísimamente á Dios nuestro Señor guarde su real persona y ese amplísimo y devoto imperio y naciones en la obediencia y amor de Jesucristo, concediéndole pasar de manera por los bienes temporales que no pierda los eternos.

»Este mismo Señor y Dios nos ayude á todos para ejecutar su santa voluntad y caminar pía y devotamente por los caminos de su verdad, dándonos perpetua paz y fuerzas por su infinita clemencia, etc. *De Roma á 16 de Febrero de 1555.*—IGNACIO.»

Con esta carta armó al Patriarca y sus Coadjutores. En cuanto al rey de Portugal, no se descuidaba en solicitar medios para adelantar y exaltar la fe, y teniendo ya Patriarca, Obispos y misioneros, envió adelantados á estos el año de 1555 con el electo Obispo, Padre D. Melchor Carnero y una carta-órden al virrey D. Pedro Mascareñas, para que al punto despachase á Etiopia algun ministro y se informase del estado de las cosas, á fin de no exponer unos sujetos tan dignos á algun peligro, ó no adelantar sin sazon una empresa de que se podia esperar mucho bien, cuando algunos prudentes en Portugal dudaban de las resoluciones ó las motejaban de intempestivas, valiéndose de lo distante en tiempo de las últimas noticias, y acusando teme-

ridad un viaje tan dilatado sin conocimiento individual de lo presente.

Para prevencion de todo, ningun medio más seguro que estos exploradores que fueron luego que recibió el virrey la órden, señalando para esto á Diego Diaz como embajador del rey, y al P. Gonzalo Rodriguez con el H. Fulgencio Freire, ambos de nuestra Compañía, por sus compañeros, con el pretexto de ir á pedir licencia para que entrase el Patriarca.

Su viaje fué dichoso, y en treinta dias arribaron á Arquico, único puerto de la Etiopia; saltaron en tierra y no fueron mal recibidos del etiope gobernador de aquellas tierras; pero acercándose á la corte hallaron un semblante harto contrario al que deseaban, porque Glaudios, olvidado de lo que debia á los portugueses y muy prevenido de los monjes y clérigos cismáticos, oia ya pocas embajadas de Portugal, y no queria oir nada de puntos de religion, ántes tomaba á honra el no permitir católicos en su reino, porque le tenian altamente impuesto en que éramos nestorianos; y como en Etiopia se miraba como peste este error que los infestó, no queria ni permitir se disputase sobre sus errores con el pretexto de que no queria errar.

Al fin, obligado de algun temor de los portugueses, que todavía tenian el alma en su cuerpo, recibió al P. Gonzalo, y arguyéndole este sobre su reconciliacion y carta escrita al Papa, respondió con libertad que él nunca habia tenido intencion de reconciliarse; que la carta que se le citaba no era suya, sino que un monje arábigo, que habia sido intérprete, habia falseado la traduccion, poniendo en ella lo que nunca habia dicho ni podia decir, porque él se hallaba bien con su ley, sus monjes y sus letrados, y no necesitaba ni ley, ni monjes, ni letrados portugueses.

Pero al fin de mucho tiempo y largas conferencias, dió por última respuesta que volviesen á la India y escribiesen al rey de Portugal que enviase al Obispo y á sus compañeros, que queria oirlos.

Con esta respuesta tomó el viaje el P. Melchor, y encontrando en el reino de Tigre al Patriarca de Alejandría D. Juan Bermudez, le acompañó y sirvió en la navegacion, que si bien fué peligrosa, contrastó las tormentas y llegó á Goa.

Ya en este tiempo habia llegado tambien allí desde Portugal el Patriarca y su Coadjutor con los misioneros, entre los cuales iba el venerable P. Gonzalo de Silveira, que desembarcaron en setiembre de 1556; y oido por el virrey, que ya lo era D. Francisco Barreto, y consultado despacio el mal estado de aquella mision, la ninguna disposicion del emperador en recibir la fe ni aun oir á los misioneros, el deplorable estado de aquellos pobres miserables portugueses, la ninguna esperanza de lograr fruto, la necesidad de socorro de gente que pedian los portugueses, que vivian allí casi abando-

nados, sin pastor ni quien les administrase los Sacramentos, el peligro continuo á que se exponian los que entrasen; considerando tambien que el rey habia escrito con gran recomendacion, mandando se mirase con gran cuidado la seguridad y la vida del Patriarca Juan Nuñez Barreto, se determinó quedase este en la India hasta mejor ocasion, pero en ella trabajó gloriosamente hasta acabar su vida, como se puede leer en el tercer tomo de VARONES ILUSTRES del P. Juan Eusebio.

Hubo por ahora de obedecer, por estar sujeto á las órdenes del rey en punto de viaje, y cedió la dicha al P. Andrés de Oviedo, su Coadjutor, á quien dió sus veces y potestad como á su Vicario, que con otros jesuitas se embarcó para Etiopia, donde arribó en marzo de 1557.

Aquí empezó ya la desgracia de esta mision; porque, arrimándose á la isla de Mazúa, puerta única regular y cómoda de Etiopia, hallaron la novedad de que los turcos, logrando la ocasion, se habian apoderado de la isla y no los quisieron recibir; volvieron, pues, proas y viraron á Arquico.

Aquí fueron bien recibidos y se les dió paso franco, y á poco tiempo empezaron á dudar y despues á reconocer que el dictámen que tenian y daban los portugueses era el acertado, y que, si se hubiera seguido, quizás hoy tuviéramos puerta por donde podiamos entrar la luz á aquellos miserables que yacen sepultados tierra adentro en las tinieblas de mil errores con que han acompañado su cisma.

El emperador vivia obstinado en sus errores; los monjes y su Abuma le confirmaban en ellos; el pueblo es raro, hace ningun caso de religion, y su celo sólo se extiende hasta el límite adonde llega su lealtad; el oráculo es el gusto ó inclinacion de quien los manda; mudan con tanta facilidad religion como emperador; penden en su culto y su celo de la ajena voluntad del dominante.

Cuando les tiranizó Grane, con gran gusto se hicieron moros; y cuando le degollaron, se reconciliaron en una hora todos con Glaudios y con su fe; todos dependian del emperador, y este, como absoluto, no dependia de los portugueses, porque eran pocos, que le tuvieran muy sujeto si fueran más.

Con él no habia razones, cuando importaron poco las grandes victorias y públicos convencimientos que logró el P. Andrés de Oviedo en punto de letras, disputando con los monjes; á sus argumentos llamaban sofismas, y cuando los concluia respondian con gritos, y el emperador hacia callar con imperio, resolviendo por su gusto; con que los trabajos del venerable Patriarca y compañeros eran sin número y el fruto no correspondia al sudor.

Para con los portugueses fué muy útil la entrada, porque se confesaron los que habia años que no llegaban al Sacramento, se casaron muchos con las

concubinas, y á todos se les renovaron las especies de la doctrina cristiana; se bautizaron los niños, y se puso en órden á aquella corta dispersa cristiandad.

En este estado, bogando contra la corriente, sobrevino el acaso que pudo ser fortuna, pero fué desgracia. Levantóse contra el Preste Juan otro valiente moro llamado Nur; era del mismo reino de Adel de donde salió Grane, y la muerte de este intentaba vengar el moro levantado; púsose en el campo, y con gente bastante caminó en busca de Glaudios.

Este le salió al encuentro con partida mucho más poderosa; pero, como Dios queria vengar la ingratitud de Glaudios, encontrándose á pocas jornadas, en poco tiempo de batalla logró el moro vengarse bien, porque un soldado suyo le presentó la cabeza que habia cortado á Glaudios, casi del mismo modo que á él le sucedió con la de Grane, y se conoció que Dios castigaba al emperador su perfidia, pues unido con los portugueses ganó la cabeza á Grane, y cuando á los portugueses les dió en vez del concertado pago sólo desaires y traiciones, la ingratitud la pagó con su cabeza.

Pero aún fué más clara la justicia divina, porque Nur no siguió la victoria; pues con la desprendida cabeza volvió en triunfo á su reino de Adel, contento con ir cargado de tesoros que robó en el camino, sin querer ceñirse, como pudo, la corona de Preste Juan, porque Dios por este medio sólo dispuso quitar á Glaudios la corona de que abusaba.

Muerto este emperador sin hijos, elevaron los abisinos al trono á un hermano suyo llamado Adamas Segued; este se habia criado cuando niño entre los turcos, y entre ellos habia pulido la natural crueldad á que le inclinaba el genio, el horror ó la fiereza contra la religion católica.

Habia Glaudios, en medio de su mal trato, permitido que las abisinas que se casasen con portugueses pudiesen vivir en fe romana, y no castigó con más penas que el rigor de los desaires; pero Adamas movió formal persecucion.

Tres veces tuvo desterrado al señor Obispo, que ya en este tiempo era Patriarca, por haber sucedido en el cargo, como Coadjutor que era, al señor D. Juan Nuñez Barreto, que descansó en paz en Goa á los 20 de diciembre de 1562; y como Adamas estaba criado entre los turcos, hacia gala de la crueldad, que tocó en el término de intentar degollar al Patriarca, si Dios no le hubiera salvado; porque, ofreciéndose como cordero é hincado de rodillas, dando el cuello al cuchillo que tenia levantado el emperador, se le heló á este el brazo, le faltó la fuerza, se le cayó el sable, y quedó temblando, sin más fuerza en todo el cuerpo que la precisa para maltratar al que no podia herir, rompiéndole el roquete y mofándose con vilipendio de su majestad,

en acciones que eran indignas para un Prelado; pero eran de un emperador á quien por su crueldad aborrecian todos y tanto, que cansados de sufrirle, se levantó contra él, poniendo por blanco, no el imperio sino su vida, el mismo que era su gobernador de las tierras marítimas, y se le juntó al punto multitud de malcontentos, que viniendo á las manos, á poco rato con un golpe de alfanje humillaron aquella soberbia, dando en tierra con aquel Nabuco, que pensaba con su tiranía hacerse dueño de toda la tierra.

En todo este tiempo vivió el Obispo y sus compañeros en un continuo susto, sobresalto y pavor, como bien se puede considerar, y la religion no sólo no dió pasos adelante en su exaltacion, sino que perdió mucho terreno.

Aun los portugueses mismos no se atrevian á acudir al Obispo, y llegó á estado que en Damó, adonde tomó su habitacion por comodidad de los fieles, se refugiaron con el Obispo y sus compañeros los más de los portugueses.

Vivian allí con la esperanza del socorro de 500 ó 600 portugueses, que si hubieran ido, debemos creer hubiera mudado mucho de semblante la cristiandad y de estado los católicos. Esta no era conquista de bárbaros que se amansan con dulzura, sino deseo de lograr para Dios, en la reduccion de sus cismas y errores, gentes bastantemente pulidas.

Los misioneros hablaban y batallaban con razones, cuando ellos no daban oidos y respondian con el desprecio, ni habia otro medio más que el obligarlos al respeto; este no le tenian á la dignidad, pero ciertamente le hubieran tenido á la nacion portuguesa si su cuerpo fuera visible; el que habia quedado eran poquísimos soldados y sembrados por el reino, sin cabos que los guiasen y con necesidades sumas que los afligiesen.

En Goa se vivia con cuidado; pero los turcos le tenian mayor de irse apoderando de todo lo que podian de Etiopia, y, como hábiles en la guerra y más en la conveniencia, iban poco á poco logrando sitio en la ribera, que era el más á propósito para conservarse, y el más útil para su tráfico, y el que nos ha cerrado la puerta de Etiopia; porque, aunque entónces sólo tenian la posesion de la isla de Mazúa, corrian la tierra con el ánimo de apoderarse de Arquico, como lo lograron despues.

Con estas correrías ganaban presas, y no fué corta la del H. Francisco Freire, á quien de la India se enviaba á Etiopia con el deseo de saber con individualidad lo que allí pasaba y la del P. Andrés Galdames, que desde Etiopia enviaba á la India el Patriarca para que informase; con que, cautivando los correos, dejaron á la India, á Etiopia y á Portugal en una suma confusion, sin noticia individual que los gobernase, y en Etiopia sustentados todos con ciega esperanza de que los socorrerian.

En Portugal se tenian confusas noticias de lo poco que lograba el celo del Patriarca y de los jesuitas; y la recluta que tanto se deseaba en Etiopia, se miraba como difícil por lo mucho que habia á que atender.

Este punto no sé si lo miraron bien los gobernadores de la India; á la verdad, los puertos de Etiopia retirados en el mar Bermejo, dentro del estrecho de Babelmandel, tenian poca utilidad para la navegacion de la India; pero si se considerára más despacio, podian por sí ser utilísimos al comercio.

La Etiopia abunda en minas de oro, de hierro y de sal, géneros de suma utilidad para el tráfico; el reino se sujetaba con 500 hombres, y la religion, además de tener siempre abierta la puerta, se aseguraba con sólo vivir allí los 500 soldados que se pedian.

El Preste-Juan, ó por miedo ó por necesidad precisa para que le defendiesen como á Glaudios de sus tiranos, los habia de tratar bien; y esto bastaba para adelantar la Iglesia Romana á la medida del celo; pero en Portugal se miraban las cosas más de léjos, y sólo habia noticias confusas de lo poco favorable que iba la fortuna á la religion, y los insufribles trabajos que padecian el Patriarca y sus compañeros.

Por lo cual, consultada esta dificultad en Portugal por el infante D. Enrique, que ya gobernaba en la minoridad de su sobrino D. Sebastian, con el Sumo Pontífice, que entónces era Pío V, se decretó que Su Santidad escribiese, como escribió, un Breve cariñosísimo al Patriarca, estimando su celo, pero significando que, segun sus noticias, aquella tierra era tan erial, tan seca y tan llena de espinas, que no se juzgaba podria nunca llevar fruto en ella la semilla evangélica, por lo cual, conservándole el título y autoridad de Patriarca, le exhortaba á pasar al Japon, cuya puerta se veia muy abierta, y cuya tierra daba muestras de muy fecunda, si bien esta mudanza no la mandaba, sino aconsejaba, suponiendo que el Patriarca sobre el terreno podria mejor resolver.

Este Breve llegó á Etiopia año de 1566, cuando ya, muerto por sus tiranías Adamas, estaba elevado al trono su hijo Malac-Sigued, el cual, entre otras muchas cosas que deshizo de las que su padre habia mandado, fué anular todos los decretos de destierro al Patriarca, y las prohibiciones de seguir y enseñar la religion romana á sus súbditos.

Él por sí no quiso jamás oir pláticas de su conversion, porque decia que no podia la religion é Iglesia romana ser mejor que la suya, pero con una notable contradiccion veneraba por santos á los jesuitas y al Patriarca, y así, los llamaba con este nombre y permitia y se alegraba de ver público el rito romano, y en Frémona se abrió templo en forma, y se redujeron muchos, y se afervorizaron los portugueses.

Verdaderamente que este soberano manifestó la independencia del trono y lo absoluto de una soberanía que no permite argumentos; los católicos romanos, en su sentir, eran santos, y no convenia en la religion que los hacia tales; permitia el rito romano como bueno, y no queria informarse de su bondad; decia que no podia ser mejor que su religion, y permitia se minorase el mismo culto y rito que alababa y que con tanto empeño mantenia.

Esta es aquella quimera que se entroniza en los solios, cuando se sentencia por gusto y se decreta por voluntad, sin luz del exámen del entendimiento; pero al fin, para quien habia vivido tan oprimido como el Patriarca y los fieles, fué esta una desahogada respiracion y una esperanza.

A este tiempo (ignorado en Europa) llegó el Breve á Etiopia; recibióle el Patriarca, y como no llevaba precepto ni órden de mudarse al Japon, sino sólo consejo ó exhortacion, y esta, segun el contexto, por no puntual informacion del hecho y sólo en virtud de confusas noticias, determinó suspender el viaje hasta nuevo informe á Su Santidad, el que hizo por una larga carta, en la cual, suponiendo que por sí está indiferente para ir al Japon ó quedarse, y que está igualmente gustoso siendo Patriarca que si le tuvieran (es formal la cláusula), sirviendo en una cocina, porque sólo desea obedecer, y que no le mueve en la representacion ni afecto, ni cariño, ni pasion, sino la verdad; pasa á informar á su Beatitud del estado de aquella Iglesia que le tenia encomendada; dice la mudanza del emperador y con ella el mejor semblante de las cosas y el número de los reducidos á la verdadera obediencia de la cátedra de S. Pedro.

«Esperanzas por esperanzas, dice, si se abre la puerta al Japon, aquí está abierta, no á un solo reino, sino á muchos confinantes con Etiopia y que nos piden misioneros; así acabará de llegar el deseado socorro que esperamos de portugueses, siquiera de unos 600 soldados con que aquí viviriamos con el cubierto de un respetuoso miedo que esta gente nos tiene.

»Hoy por hoy, con este cariño que nos muestra el emperador, fuera tan copiosa la miés, que no bastáramos los operarios y pidiéramos entónces muchos socorros al celo; con que esperanzas por esperanzas, aquí, Señor, tenemos posesiones, y esto es lo que más me detiene, porque á mí me falta el ánimo, si no me le da un mandato expreso, de desamparar á estos pobres, singularmente á los portugueses, y me parece tiranía faltar á su socorro espiritual presente y necesario; por lo cual, Señor, concluyo: V. B. pese estas circunstancias y mande.»

Con este ánimo y esta generosidad se quedó el Patriarca en Etiopia, y con él sus compañeros, esperando respuesta; pero como el viaje era tan largo,

antes que la recibiese (pues nunca se envió) sucedieron en Etiopia varios accidentes.

No fué el ménos sensible para aquellos misioneros que, haciendo viaje el P. Gonzalo Cardoso, compañero del señor Patriarca, enviado á Dambea para consuelo de los perseguidos cristianos que allí vivian acosados (en compañía del P. Francisco Lopez) con las correrías que hácia aquel paraje hacian los turcos, dió en manos de ladrones, á los cuales rindió la vida el año de 1574.

Era el P. Gonzalo Cardoso portugués, y habiendo sido recibido para la provincia, mudó con edificacion el destino, retirándose voluntariamente de los suyos por asistir al bien de las almas privadas de la luz de la fe.

Partió con este anhelo á la India con el señor Patriarca y Obispo; desde Goa con el P. Andrés de Oviedo á Etiopia; ahora, ejecutando su obediencia iba á Dambea, enviado con el P. Francisco Lopez, porque en aquellas provincias habia habido una inundacion de turcos, que si bien no habian desolado la tierra, habian padecido mucho todos, y más que todos los católicos, pues en su tierna creencia, era grave tentacion cualquier ejemplo de libertad.

Esto movió al Patriarca á dar la posible providencia, enviando á los padres á esta provincia más trabajada que otras y más infestada que las demás; pero por esta misma causa sus caminos eran peligrosísimos por los ladrones que los embarazaban, y con la excusa de ser turcos, desfilados de su ejército, ocupaban las cuevas, y que encontrando con los Padres, los acometieron sin duda con motivo superior al robo, porque, maltratando al P. Francisco Lopez con bastantes heridas, dieron muerte al P. Cardoso, sin llegar á los abisinos que los acompañaban, como dando á entender que no tanto los quitaban la vida por el interés cuanto por la religion.

No le cogió de nuevo este accidente al P. Cardoso, que despidiéndose del Patriarca le dijo claramente: «No nos volveremos á ver;» y el mismo dia de su dichosa desgracia, confesándose muy despacio con el P. Francisco Lopez, cuando aún no habian dado en manos de sus enemigos, le dijo: «Padre mio, este será mi último dia, porque esta tarde muero;» tan prevenido le tuvo el cielo para el lance que habia de ser descanso de las fatigas de su camino.

De este aprieto salió herido, aunque salvó la vida, el P. Francisco Lopez su compañero, á quien el Patriarca volvió cerca de su persona, porque los negocios de la religion pedian un sumo cuidado y atencion, y no era tiempo de andar divididos en tierras tan lejanas, cuando el emperador vivia sumamente ocupado en sosegar tumultos y tiranos, que cada dia de nuevo se levantaban contra el imperio.

En realidad la religion estaba quieta, porque el emperador no mostraba

desafecto, y todos tenian en qué pensar; hasta los turcos pensaban, y pensaban bien á su provecho, logrando estas inquietudes, para hacerse dueños de lo mejor de Etiopia, ó á lo ménos de lo que les estaba mejor, que era lo superior de ella y las tierras del mar.

Los portugueses padecian lo sobrado en verse precisados á abandonar las tierras que les habian dado para su sustento, y los compañeros del Patriarca eran pocos y tenian el mayor trabajo, porque la pobreza era suma; y baste para esto la seña de que el mayor regalo era un poco de cebada tostada, la casa una cabaña, pues en Etiopia esta es la regular habitacion, y sólo las iglesias son de paredes, y á los gobernadores sólo se les permite casa, la cual, sino la viven, se cae, porque no es lícito á otros entrar en ella.

Los peligros eran continuos, los caminos prolongados á causa de los muchos rios caudalosos y rodeos muy dilatados; las montañas asperísimas, los valles no más favorables, porque en ellos habia multitud de leones y tigres, de cuya fiereza sólo podian librar las armas, que los Padres no llevaban, ó el no estar hambrientas las fieras, lo que los Padres no podian prevenir.

A este riesgo se añadia otro de otras fieras más indómitas por más voluntarias, que eran los galas, de que ya hicimos alguna mencion: estos se introdujeron en Etiopia de una tierra de Oriente, gente enteramente bárbara: adoran ídolos, viven como brutos, no labran la tierra, ni admiten otro mayorazgo ni hacienda que el hurto; son guerreros é infestan la Etiopia asaltando en los caminos á los pasajeros.

Estas penalidades tenian que sufrir y padecer los pobres misioneros; y como la caridad no les permitia sosegar, en sabiendo que algun portugués ó católico romano estaba en aprieto, acudian sin reparar en distancia ni en peligros; estos ahogos oprimian el ánimo y enflaquecian las fuerzas, con que rendido á tantas fatigas, dió su espíritu á Dios el señor Patriarca en 29 de junio de 1577, dejando huérfanos aquellos desamparados jesuitas, á quienes con el ejemplo faltaba el corazon, pues sobre no tenerle en la pérdida de tal Padre, se ausentaba quien se le infundia.

Pagó el comun tributo dejando en el mundo singular memoria de sus virtudes, que dibujó el P. Eusebio en el primer tomo de esta obra.

Es verdad que por su falta no omitieron los jesuitas su trabajo, ni menoscabaron su celo, ni dejaron sin cuanto socorro podian á los portugueses; el P. Manuel Fernandez servia de Superior, y de súbditos sólos el P. Andrés Galdames, P. Antonio Fernandez y P. Francisco Lopez.

Su obediencia se ejercia en aquellos pocos puntos en que daba lugar el sitio y las circunstancias, que los más eran acudir á las espirituales necesidades de los fieles; pero como el trabajo era sumo, la necesidad casi extrema,

y todos con el tiempo se cargaban de años; el P. Manuel Fernandez acabó su vida en 25 de diciembre de 1593, y sus virtudes las hallamos escritas por el P. Eusebio Nieremberg en esta misma obra.

Iban ya menguando los jesuitas en Etiopia, y en la India no sobraban los que iban de Portugal para acudir al socorro de tantas partes; no obstante, á instancias de los de Etiopia y á las órdenes de Portugal, señaló el gobernador Duarte de Meneses, y el P. Provincial Pedro Martinez, que fué despues Obispo en el Japon, á los PP. Antonio de Monserrate, catalan, y al P. Pedro Paez, castellano.

Ya en esta ocasion gobernaba en Portugal el rey católico D. Felipe II, y bien contra la mision de Etiopia sucedieron notables mudanzas en Portugal; porque D. Juan III, tan celoso conquistador, más empeñado que contento con mantener aquel título que tomó su abuelo y padre, que á sus dictados añadieron el merecido de *Señores de la conquista y comercio de Oriente en Etiopia, Arabia y otros reinos,* por sí mismo adelantó cuanto supo la mayor extension de la religion católica, y faltando á la vida y al cetro, dejó en menor edad á su hijo D. Sebastian, niño y en la tutela y gobierno del infante Cardenal D. Enrique.

En la minoridad no es mucho no se asistiese á tan lejas tierras, cuando el gobierno en regencia no hace poco si mantiene en paz lo que recibe en depósito.

Acabada esta, entró el rey D. Sebastian, y como suele ser propio de la vanidad y lozanía no acabar lo que otro empezó, teniendo por cosa de ménos valer no ser fundadores ó criadores los que pudieran hacerse muy célebres, si acabaran lo empezado y coronaran la obra que podian dedicar á su memoria; luego que tomó el cetro y la corona, movido ó aconsejado de este malo pero comun dictámen, se empleó todo en su perdicion, y fijó en su idea hacerse célebre con añadir á sus timbres el de conquistador del Africa, no contento con lograr esta empresa por Etiopia, porque esto lo habian empezado sus abuelos.

Así, quedó la empresa de Etiopia tan abandonada como el reino, en que por derecho de sangre entró nuestro católico rey D. Felipe II, que como tenia experiencia de lo mucho que adelantaban en nuestra América las misiones, juzgó que el primer cuidado debia ser adelantarlas en Etiopia, y así, fueron sus órdenes estrechísimas al Meneses, gobernador de la India, á fin de que enviase misioneros, y por esta ocasion se eligieron los mencionados Padres Antonio Monserrate y Pedro Paez.

Tomaron su viaje y se embarcaron en 2 de febrero de 1588, dia en que salieron de Goa para Dio, desde cuyo puerto, por ser la escala del comercio

de Etiopia, se juzgó seria más fácil ó de algun modo posible la entrada, disfrazándose estos operarios evangélicos en traje de mercaderes, llevando en sí mismos aquella preciosa mercadería del grano del Evangelio, que despachaban con aquel pregon que les habia enseñado Isaías, diciendo: *Venid todos apresurados á comprar y comer, venid y comprad sin dinero ni otra conmutacion.*

Llegaron á Dio, pero aquí fueron tantas las dudas, las dificultades, las indecisiones, que ya, como por último remedio, se determinaron á disfrazarse de armenios porque uno que lo era nacional y oculto católico, natural de Alepo, les ofreció encaminarles al Gran Cairo, de donde decia que con las cáfilas de los mercaderes era fácil la entrada en Etiopia.

Este medio parecia temeridad por la distancia, y así, no convino en él el gobernador Luis de Mendoza, quien dispuso que un piloto muy seguro los encaminase por Ceilan á una de las costas de Etiopia.

Esta idea se ejecutó y no podemos argüir de traidor al piloto ni al dueño del barco, si bien por entónces se quiso manchar su fama.

El suceso fué desgraciado, porque una tempestad deshecha, roto el mástil y casi derrotada la embarcacion, los arrojó á una isla llamada Suadie, donde el patron tomó otra embarcion porque estaba tan debilitada y tan perdida la suya que no pudo seguir.

En esta segunda embarcacion caminaron hacia Ceilan, pero una segunda tempestad, contra quien no tenia fuerzas la embarcacion, los obligó á desandar mucho camino, y los necesitó á ponerse á vista de tierra, lo que registrado por los armadores de Dosar, puerto sujeto al rey de Jael, botaron dos embarcaciones ligeras é hicieron á su salvo la presa, cautivando á los dos Padres que empezaron su esclavitud en 10 de febrero de 1589, y en ella permanecieron siete años sufriendo inmensos trabajos en el cuerpo, y sintiendo en el alma la inevitable congoja del desamparo de Etiopia, hasta que se compuso el rescate con el rey y volvieron á la India, en donde trabajando por la gloria de Dios acabó sus dias el P. Antonio Monserrate en el año de 1600: de él hace mencion el P. Andrade en el tomo V en la *Vida del P. Pedro Paez*, con elogio de sus virtudes, y allí explica largamente este cautiverio.

Mientras vivian cautivos estos desgraciados misioneros, era poco dichosa la Etiopia en los que la cultivaban, pues no habiendo ya más que tres de los compañeros del Patriarca, faltaron en este tiempo todos, dejando otra vez aquel imperio casi enteramente en el poder de sus tinieblas sin más que una centella de fuego que mantuvo el celo á fuerzas de la necesidad.

El primero de los tres que fué á gozar el premio de sus trabajos fué el P. Manuel Fernandez, que era Superior de todos y fué el primer Superior

que hubo de la Compañía en Etiopia. Era varon de celo y prudencia singular; fué natural de Olivenza, y en el siglo muy favorecido del señor Cardenal D. Enrique, á quien servia de capellan; abandonando las muchas esperanzas que este favor cimentaba, por seguir desnudo á Jesus en la Compañía, pidió y fué recibido en ella el año de 1553.

Fué de los primeros novicios del noviciado de Coimbra, y pudo ser dechado de los muchos ejemplos con que ha resplandecido aquella escuela de virtud, que fué fecundísima semilla de perfeccion que tanto se ha propagado en aquella casa; pasó á la India año de 1555 y á Etiopia el de 1557 con el señor Obispo de Hierápolis.

Aquí con indecible constancia sufrió hambre y sed, fatigas y trabajos; sus vestidos por lo general eran pieles de ovejas dispuestos á la manera de nuestras zamarras: para su sustento se vieron obligados el Padre, sus compañeros y el señor Obispo á gobernar los bueyes que tiraban el arado con que que labraban las tierras que les producian cebada, vianda que tostada era su más delicado alimento ó más regalado plato.

Trabajó incansablemente en la viña del Señor, particularmente en corregir las vidas de los portugueses, que en aquel desamparo con la comunicacion de los cismáticos, herejes, judíos y moros habian declinado á estado bien deplorable. Dijéronle que un monje cismático de mucha autoridad entre los abisinos habia dado memorial suplicando al emperador mandase degollar á los predicadores de la religion romana y que tenia poderoso partido en la corte.

Oyó la propuesta, y respondió sereno: «No me da cuidado esa persecucion; cesará presto con la apresurada y desgraciada muerte de ese monje,» secreto que sin duda le reveló Dios en algun rato de las continuas horas que gastaba con Su Majestad en la oracion, pues el suceso verificó la certidumbre.

Muerto el Patriarca, se le aumentó el trabajo porque era Superior de toda la mision, y gustaba de obedecerse á sí mismo más que de encargar las misiones ó diligencias á los compañeros. De resultas de un largo viaje que hizo á Dambea, le dió una calentura, y al punto que la sintió se despidió de los católicos, diciéndoles: «Yo voy á que me entierren cerca de nuestro celosísimo Patriarca.»

Llegó á Fremona muy débil; prosiguió la calentura, y quince dias antes de su muerte, hablando de ella, dijo: «Tres somos solos en Etiopia, á todos tres nos enterrarán en Fremona,» como sucedió. Predijo el dia de su muerte, y llegado este, que fué á 25 de diciembre de 1593, dijo á todos se fueran á comer y que volvieran luego.

Quedó solo con el P. Francisco Lopez, y á poco rato exclamó de repente: «¡Ah, Señora mia! ¡Ah, Reina mia!» Preguntando el P. Francisco, «¿qué es

esto?» respondió dulcísimamente: «Veo á María Santísima rodeada de ángeles, circundada de luces, riquísima en perfecciones, con cuya suavísima vista y dichosísima compañía me parto;» y callando, reconoció el Padre habia espirado plácida y dichosísimamente á descansar en el Señor. ¡Dichoso tránsito y feliz muerte!

El segundo que faltó fué el P. Antonio Fernandez; de este sujeto hallo poquísimas noticias; sólo el P. Baltasar Tellez, en su *Historia,* al cap. XXX del lib. 1 de la *Historia de Etiopia,* y en el lib. VI, cap. XLIII de la *Historia de la provincia de Portugal,* dice que fué de nacion portugués, natural de Braga, y uno de los mayores siervos de Dios y celosos misioneros que se veneraron en su tiempo; incansable en las fatigas, celosísimo en las ocasiones, fervoroso en ejemplos y palabras, y, para prueba de lo que dice, pone la ocasion de su muerte.

Esta fué un aviso que tuvieron los Padres de que en Nanina, poblacion más de 100 leguas distante, vivia en brazos de la muerte un portugués sin remedio en lo espiritual por falta de sacerdote que le administrase los Sacramentos; ofrecióse á ir el P. Antonio. Los portugueses intentaron detenerle, pero su celo no se rendia á razon cuando la razon era de celo; el viaje, como está dicho, era de 100 leguas, y su fragosidad aumentaba inmensamente la distancia.

Es el suelo de Etiopia tan áspero, que sólo se pisa llano y corto espacio en los valles, y rodean los valles altísimas y espesísimas montañas ó sierras; sus rios son muchos y caudalosos, y como les falta el adorno y utilidad de las puentes, la falta del arte sólo la suple el penoso rodeo.

En los valles, la falta del aire y lo despejado del sol ocasiona ardor algunas veces insufrible, y en las sierras por su desmedida altura oprime las fuerzas el frio. Este destemple dice el P. Manuel Almeyda en su *Relacion de Etiopia,* es tan cierto como increible en Europa, porque sólo la experiencia llega con pesar suyo á conocerle.

Bien le sabia el P. Antonio, pero víctima de la caridad, partió á pié, venció la distancia y llegó á Nanina, disponiendo Dios que hallase vivo al portugués, le confesase, le administrase los Sacramentos y le ayudase en el último trance; acabada esta tan piadosa obra, confesó á los demás portugueses, y tomó su derrota para Fremona.

En la vuelta experimentó la mudanza de climas y sus efectos; sintióse malo, y viéndose sin más medicamento que una extrema pobreza, y sin más alivio que una desamparada soledad, acudió al cielo, de quien podia recibir socorro, y se le concedió en dar valor á sus débiles fuerzas para llegar de vuelta á Fremona, pero tan rendido y tan enfermo, que á pocos dias acompañó

en el viaje de la eternidad al portugués, por cuya asistencia se habia consagrado víctima de caridad espiritual y ejemplo de celo.

Quedó Etiopia con esta muerte dependiente en los ministerios eclesiásticos únicamente de la persona y vida del P. Francisco Lopez, y ya no quedaba otro de los compañeros del Patriarca. Esta falta ó esta necesidad obligó á escribir con los mayores aprietos á la India pidiendo socorro.

Determinaron, pues, el gobernador y el Provincial exponer algun sujeto, pues ya era la necesidad casi extrema, y para el celo de los jesuitas el riesgo era incentivo para la empresa. Eligióse para ella al P. Abrahan de Georgis, de nacion maronita, natural de Alepo, en el monte Líbano, alumno que habia sido en Roma en el colegio de los maronitas, sujeto de la virtud que describe el P. Eusebio en su tomo III.

Era muy dueño de la lengua arábiga, ménos sospechoso que los europeos por su nacion y por su lenguaje, trabajador sin cansacio, celoso sin término y ansioso del martirio; con estas propiedades admitió muy gustoso el nombramiento y empezó la idea con un año de encierro en el retiro de Ejercicios espirituales, en que cultivando virtudes en lo interior de su alma, dejó crecer en lo exterior la barba.

Ya con esta mudanza salió vestido en el todo de armenio; fue con este disfraz á ver al gobernador, que lo era Matías de Alburquerque, quien, conociéndole, le recibió en sus brazos, diciendo: «¡Ah, Padre, estas son las santas invenciones que usa la Compañía, para servir á Dios y atraer almas para el cielo!»

Partióse de Goa para Dio en el año de 1595, tomando el rumbo para este puerto, porque en Goa se habia discurrido ser casi necesario un colegio ó residencia en Dio, para que tuviese esta escala la mision de Etiopia; la razon era clara, porque los turcos de Suaquen y Mazúa, y por ellos los etiopes, tenian gran comercio con Dio, y se juzgó lo que salió bien, que la utilidad del comercio habia de facilitar la puerta á los pilotos de aquella nao que iba cargada, llevando el pan de muy léjos.

Llegó á Dio nuestro disfrazado cristiano en traje de turco, con pretexto de armenio y con disimulo de mercader, y como le era natural la lengua y hablaba la siria como los demás y mejor que los etíopes, no tuvieron dificultad en la creencia; y su gallarda capacidad se instruyó tan bien en los términos del comercio, que se equivocaron los turcos, y habiendo hecho amistad y asistido muy singularmente á uno de ellos, le ofreció llevarle á Mazúa, como lo ejecutó, en compañía de un abisino que iba como su criado.

En Mazúa fué bien recibido y aun festejado de su gobernador turco por los informes que le dió quien le llevaba, y le concedió licencia para pasar á

Etiopia, pero Dios le quiso mártir antes que misionero, y recibió el mérito adelantado, premiándole con el martirio de presente por bien rara contingencia; porque el cristiano abisino que llevaba el Padre en su compañía como criado, sin reparo ó sin noticia, se puso á comer un poco de pan en un dia que era un estrecho ayuno para los moros, y en que no comian nada hasta puesto el sol, siendo muy sacrosanto en ellos este ayuno.

Esta accion vió un moro, y de ella sospechó la ley de aquellos dos advenedizos huéspedes; avisó al gobernador, á que instigó el enemigo comun, y llamó al Padre, y sin gastar más ceremonias que el falso celo de su ley y traidor cariño que le habia cobrado, le preguntó: ¿Sois cristiano? No era esta pregunta para castigarle sino para convencerle, porque le amaba y queria tenerle consigo; pero él, como bárbaro, no sabia que á pregunta tan clara era obligacion responder con claridad y libertad cristiana, como respondió, que sí.

Este coloquio y lances están en esta obra al t. III, escrita por el Venerable P. Eusebio, por lo cual aquí basta decir que, despues de muchas instigaciones del turco, en que se afinó la constancia del mártir, lo fué al golpe de un alfanje que le cortó la cabeza y las esperanzas á los desgraciados cristianos de Etiopia.

Estos, que tuvieron noticia con sentimiento propio de la afortunada y dichosa suerte del P. Abrahan, se juntaron con el P. Francisco Lopez, único jesuita y sacerdote romano en Etiopia, y escribieron á la India una tan apretada carta como estrechaba la necesidad, y añadieron, como útiles noticias, que para el pronto socorro seria bien seguir la idea de enviar algun nacional ó de la India ó armenio, porque en estos la seguridad de no ser europeos facilitaba la entrada porque evitaba la sospecha, y que no siempre se debian temer contingencias de criados inadvertidos, que bien consideradas las circunstancias, en la aduana de Mazúa era mucho contrabando la religion, y que el color sólo del rostro bastaba para que las guardas ó dificultasen ó imposibilitasen el paso, por lo cual el medio mejor era que fuese algun nacional que en lo público se manifestaba sin rebozo.

Esta carta se ideó bien y se despachó con el mayor aprieto, porque en el corto tiempo entre notarla y enviarla, hubo que añadir en posdata la desgraciada muerte del P. Francisco Lopez, último compañero del Patriarca, con cuya desgracia quedó enteramente huérfana aquella cristiandad.

Este suceso hizo abreviar el correo, á quien era bien difícil darle salida y disponer el viaje, porque la carta era el mayor contrabando, y los guardas si la descaminaban, tenian todas las contraseñas para descubrir á los misioneros que intentasen la entrada y conveniencia para cerrarles la puerta; pero quiso Dios que llegase segura, aunque tardó bastante en el camino.

En la India causaron la debida lástima las lágrimas de los pobres huérfanos, y les agradó la idea de enviar un natural para el disimulo, y Dios tenia prevenido á un celosísimo sacerdote natural de la India llamado Melchor de Silva. Este habia sido Vicario de la iglesia de Sta. Ana de Goa, una de las útiles prebendas de la India; su celo y su desinterés le obligaron á renunciar aquel beneficio (que allí y en aquella ocasion podemos llamar dignidad) por aplicarse enteramente á la salvacion de las almas.

Y bien se vió su ardiente celo, pues á la primera insinuacion del Arzobispo de Goa, Primado, D. Fr. Alejo de Meneses, aceptó gustoso y emprendió una mision tan árdua en sí, como difícil en su ejecucion.

Esta salió bien, porque llegó á Dio, donde ya tenia dispuestas de prevencion las cosas para su viaje á Mazúa, adonde aportó en marzo de 1598, y con felicísimo suceso. Sin sospecha de los turcos ni reparo en sus pasaportes, pasó á Fremona con el consuelo que se deja considerar de los pobres cristianos á quien les llegó en D. Melchor su remedio.

Verdaderamente fué menester el grande espíritu de este celoso sacerdote para llevar solo sobre sí la carga que antecedentemente mantenian cinco jesuitas, y á cuyo peso rindieron su vida; pero á todo dió vado aquel grande ánimo y mantuvo solo este Pastor aquel desgraciado rebaño cinco años, hasta el de 1664, en que llegó á Fremona el P. Pedro Paez.

Esta segunda tentativa de este esforzado soldado de Cristo tuvo su principio en otra carta que los católicos de Fremona escribieron á la India, porque cuando salió el propio, nada llevó más encargado, ni era más importante que descubrir camino para que pudiesen con alguna seguridad entrar misioneros, pues en la forma que estaba la mision, pendiente de una vida, era forzoso acabarse la cristiandad.

Para esto discurrieron que el único camino y puerta era que algun navío aportase inmediatamente á Bailur, barra ó desembarcadero que estaba en el reino de Dancali, sujeto á un régulo moro, pero dependiente del Preste Juan, con que no tenia más dificultad que el que el régulo quisiese hacer alguna resistencia; pero aun esta se prevenia en su misma pequeñez, porque en lo regular él se holgaria de tener motivo de sacar algun provecho de la escala que podia dar á los portugueses.

Esta barra ó ensenada estaba á la entrada del estrecho, y tenia la experiencia de haber surgido aquí la nao del capitan Estéban de Gama; por aquí entró despues en Etiopia el señor Patriarca último, P. Alonso Mendez; con que no fué la idea de los portugueses ni mal formada ni inútil, aunque por ahora abrió Dios la puerta de Mazúa y de Suaquen, porque esta carta y las instancias que de Lisboa se hacian á los virreyes, encargos al Primado y ór-

denes al P. Provincial, y sobre todo la recluta que de sesenta jesuitas llevaron á la India los PP. Alberto Laercio y Francisco Vieira, Procuradores de la India, obligaron á todos á enviar misioneros á Etiopia.

Señaló desde luego el P. Provincial, Manuel de Vega, á tres, que fueron el P. Pedro Paez, el P. Antonio de Angelis, napolitano, y el P. Antonio Fernandez; este es el segundo de este nombre que hallo misionero de Etiopia; los dos últimos no sabian la lengua abisina ni la arábiga; pero el P. Pedro Paez habia tenido larga escuela en los siete años de su penoso cautiverio.

Verdaderamente que este apostólico misionero hizo la última prueba, rayando lo más alto que puede un valiente esfuerzo y un incansable celo; nada le retrajo para admitir con gusto su destino y aun para solicitar su nombramiento; los trabajos sufridos, el cautiverio padecido, la inutilidad de tantos años, eran estímulo para tentar segunda vez la empresa con glorioso ánimo, y ahora más, pues se ofrecia nueva puerta en que no corria el peligro pasado y que el Padre, hábil en la lengua y dueño de la comunicacion de los turcos, podia salvar su persona en los riesgos, y más cuando en Dio habia escala, desde donde se tenian noticias de Etiopia y se podia tomar el rumbo con alguna seguridad, para cuyo efecto se habia dispuesto ya una casa residencia de la Compañía en Dio.

Con estos consuelos y con invencible ánimo salieron de Goa los tres compañeros, y llegaron con bien adversa navegacion á Dio el año de 1602. Aquí, sin tener que experimentar el nuevo derrotero de Bailur, tomó el P. Paez el rumbo á Mazúa, y de allí con felicidad entró en Etiopia, por la amistad que entabló en Dio con Razuan Agá, criado ó factor del moro gobernador de Mazúa, á quien sirvió de mucho el Padre en el buen despacho de sus mercaderías y expediente en su tráfico, de lo que agradecido Razuan, le ofreció llevar á Mazúa, y de allí al Gran Cairo.

Pero en Mazúa el bajá le dió licencia para entrar desde luego, sin dar la prolongada vuelta al Cairo, como ideaba el Padre; con la licencia le dió el bajá guardas que le asegurasen; los primeros dias de camino no fué largo, porque paró poco en los lugares intermedios, y llegó á Fremona á 15 de mayo de 1603, encontrando allí sus deseados católicos, á quien sin preceder el conocimiento amaba á ciegas.

Saludáronse mútuamente, primero con lágrimas y despues con ternísimos abrazos, nacidos del ansia que se deja entender en hijos huérfanos que encontraban á su querido Padre. Aquel apostólico sacerdote que habia estado solo cultivando la viña cinco años, D. Melchor de Silva, acudió al Padre como á objeto de sus esperanzas y de su consuelo: comunicaron los dos el estado de la mision, los accidentes en el gobierno de Etiopia, y juzgaron

primera obligacion dar parte de su arribo al Preste Juan, que á la sazon era Za-Danguil, ó por otro nombre Asnaf Segued.

Era este Za-Danguil sobrino del emperador Malac-Segued, el que reinaba en tiempo del Patriarca P. Andrés de Oviedo; este, en su muerte, dejó el imperio á un Jacobo, hijo bastardo, en perjuicio de la legitimidad de Za-Danguil; pero á poco tiempo de su desbaratado gobierno los mismos aduladores y lisonjeros que habian sido los consejeros para su elevacion, fueron los instrumentos de su caida, y llamaron á Za-Danguil.

Za-Danguil era moderado, prudente, belicoso y bien inclinado á los portugueses y religion romana: holgóse mucho de la llegada del P. Pedro Paez; escribióle con cariño, y le mandó ir á la corte, como lo ejecutó el abril siguiente; y á la verdad en su reinado y tiempo del P. Pedro Paez, cobró un gran vuelo la religion, porque el emperador se hizo católico, y escribió carta de obediencia al Sumo Pontífice y de amistad al rey de Portugal; y si su imperio hubiera sido de algunos años, se pudiera haber esperado gran exaltacion en la fe.

Pero al emperador, aunque con derecho de sangre, elevado al trono por aclamacion ó tumulto, no le faltaron émulos, y los primeros los galas que entraron en el imperio, talando cuanto conquistaban. A estos los venció y deshizo en campaña, quitándoles en un dia el fruto de muchos meses.

Esta victoria le animó á salir de allí á poco contra un tirano que se habia hecho poderoso con el séquito de muchos; aquí perdió Za-Danguil su imperio con su vida, no sin esperanza de su eterna salvacion, porque murió entre actos fervorosos de fe católica, pidiendo confesion y explicando su deseo aun en ocasion que por falta de ministro no habia quien le comunicase el Sacramento de la confesion.

Suplió, sin duda, segun nuestra creencia, la eficacia del Sacramento algun acto interno de verdadera contricion y amor, que parece quiso explicar el cielo con señal sensible de buen olor, porque al tercer dia fué hallado su cuerpo tan entero y tan sonroseado como si estuviera vivo, y despidiendo de sí un olor de suavidad tan distinto de los del mundo, que los mismos cismáticos y rebeldes que se habian amotinado por celos de lo que favorecia la religion católica, confesaban que Dios manifestaba la certidumbre de su gloria en el olor de su suavidad.

Su cuerpo le depositaron en una pequeña ermita cerca del lugar de la desgraciada batalla, y de allí á diez años, cuando el emperador Seltán Segued, su sucesor, le hizo sacar para colocarle en más decente y honrado sepulcro, se halló el cuerpo tan incorrupto y flexible, como si acabara de espirar; señas todas de que Dios concurrió á la hora de su muerte con aquellos auxi-

lios de su gracia que concurren á los internos actos, y con ellos suplió la falta del Sacramento; lo que es aún más creible, pues entre las ansias de la muerte tuvo advertencia para llamar al capitan Juan Gabriel, portugués y muy buen cristiano, y le mandó le asistiese, ayudándole á hacer todos aquellos actos de fe, esperanza y caridad que entre los católicos se previenen.

No es creible el sentimiento que tuvo el P. Paez con tan funesta noticia, faltando en Etiopia aquella vida que en el trono infundia esperanza á la religion: mucho mayor era el sentimiento, cuando la tristeza hacia reflexionar de que los rebeldes habian levantado la bandera con el pretexto de ser el emperador católico romano, con que, vencida la batalla, quedaba el cetro en manos de los rebeldes.

Este gran sentimiento sólo podia tener el consuelo de una no esperada recluta de obreros, con que le favoreció Dios al tiempo mismo que se juzgaba más cerrada que nunca la puerta al reino.

Con este tan inesperado como alegre aviso, salió el Padre á recibirlos al reino de Tigre, así para darles noticia del terreno que pisaban, como tambien porque los amotinados variaban mucho en la eleccion de emperador, y aquella principal provincia de Nanina, donde está Fremona, vivia con la mayor inquietud, y ni al Padre ni á la religion convenia mezclarse ni interesarse en el trono, pues el descubrir su deseo sólo podia servir para destruir el asunto.

Averiguó el Padre el ánimo del virrey de Tigre, y viéndole favorable á la religion, se determinó á partir, y encontró en el reino ya á los PP. Antonio Fernandez y Francisco Antonio de Angelis, napolitano.

El modo de introducirse en Etiopia fué que el bajá de Suaquen, habiendo logrado gran conveniencia en las mercaderías que trajo de Dio aquel su criado, Razuan Agá, por el medio é interposicion del P. Paez; luego que murió Razuan, despachó otro factor muy de su confianza, con instruccion de solicitar en Dio si acaso habia algun otro armenio que le ayudase con la esperanza de darle paso á Etiopia.

Llegó á Dio el factor, que era ladino; hizo bien la diligencia, y el P. Antonio Fernandez, ya algo inteligente en la lengua árabiga y abisina, se entendió con él y logró del gobernador de Dio mucha equidad en las aduanas y otras conveniencias en las mercaderías, de lo cual él agradecido, ofreció y cumplió en nombre de su amo introducirlos en Etiopia; y como el cumplimiento de esta palabra era empeño del interés, fueron tan leales, que hasta encontrar con el P. Paez á 13 de julio de 1604, les acompañaron turcos armados para asegurarlos de los insultos.

Consiguieron su intento, no sin el fruto de su prevencion, porque en tiem-

po que el cetro estaba en vacante, en reino donde son tan frecuentes los salteadores y tan poco seguros los caminos, no fué poca dicha ni poco útil la escolta.

Aquí en Fremona se quedaron los tres Padres todo aquel año sirviendo á los portugueses y á los católicos sin especial contradiccion, aunque con reservada cautela, porque si bien Rus Salate, cabeza de los amotinados contra el emperador á quien dieron muerte, se habia valido para su insulto del pretexto de favorecer el emperador á los romanos; este habia sido más pretexto que realidad, y su partido, aunque victorioso, no tenia el poder que se podia temer, y era prudencia no dar motivo á que se aumentase con quejosos ó con apasionados.

Viviendo así y aguardando á ver sosegado el imperio y ocupado el trono en pacífica posesion, les socorrió Dios con otros dos compañeros que su providencia con singular disposicion introdujo en Fremona del modo siguiente: el bajá de Suaquen ganaba tanto con el comercio de Dio, favorecido de los Padres, que él llamaba armenios, que despachó el siguiente año otro factor bien instruido en que solicitase amistad con alguno de aquella misma clase y se valiese de ellos para su conveniencia.

Hízolo bien el factor, y como ya se sabia la traza, acudieron á la embarcacion luego que llegó á Dio los PP. Luis de Acevedo, portugués, y Lorenzo Mangonio, natural de Roma, que por tal y por lo ménos suave del sobrenombre le llamaron los abisinos y las historias Lorenzo Romano, y así le llamaremos nosotros; buscaron y hallaron luego al factor, y convenido con él al precio de la conveniencia que en las aduanas le hizo el gobernador, ofreció llevarlos á Suaquen y de allí á Etiopia.

Fué hasta aquí muy favorable este viaje porque habia poco tiempo que habian llegado á Dio, señalados para Etiopia por el P. Provincial de la India; pero como las obras grandes siempre tienen su dificultades y Dios permite mucho para el mérito de los obreros, la embarcacion tardó dos meses, y al fin, á vista de Suaquen varó en un banco del que sólo pudo salir aligerando la nao en una isla vecina, y, ya ligera, consiguieron algunos barcos lograr el rebote, con que, aunque con susto, despues de repetidas tempestades desembarcaron en el puerto.

Aquí fué mayor el ahogo y la congoja más sin consejo ni remedio, porque en el tiempo de este viaje habia muerto el bajá amigo, hombre moderado y nada tirano en su gobierno, y le habia sustituido el bajá de Cheleby, que para ganar el puesto habia dado veneno á su antecesor; los Padres le vieron, le hablaron, le propusieron la conveniencia que lograban con la buena amistad de los armenios de Dio, y Mahamet Gy, patron de la nao, le hizo un gran re-

galo de mercaderías de la India, y acompañó otro de los Padres por precio del pasaporte.

El bajá juzgó prudencia el disimulo por haber tan poco tiempo que él tenia el gobierno y ser nao recien llegada, y concedió á los Padres con trato tan doble como secreto una barca para su transporte. Entraron en ella los Padres, y Dios que gobierna los vientos, se le dió tan fresco y tan á propósito, que aunque el traidor al siguiente dia envió gente armada en otros barcos para traerlos presos, no los encontraron, y ya habiendo saltado en tierra estaban fuera de su jurisdiccion.

Vióse ser esta providencia divina, porque aquella fiera sin Dios y sin ley hubiera tragado estos inocentes corderos, pues violentamente tomó para sí con rapiña toda la nao y á su capitan Mahamet Gy, á quien hizo una causa falsa y le cortó la cabeza, y á dos mercaderes venecianos á quien no podia hacer causa por tener libre comercio con la república, los mandó matar á traicion por hurtarles su caudal; de suerte que estos dos Padres entre las gracias que dieron á Dios podian decir que eran los únicos á quien Su Majestad habia librado de la boca del leon; y con este favor llegaron á Fremona á 6 de julio de 1605, un año despues que los otros dos compañeros.

En este tiempo tuvieron varios consuelos del cielo los que vivian tan enteramente faltos de todo alivio de la tierra. Habia en Etiopia, entre otros, uno de sus monjes muy afamado de sabio y que habia disputado varias veces con los Padres, y, si bien Dios abria su entendimiento para que conociese la razon, el miedo de perder las conveniencias y aplauso, hacia renitente á su voluntad, hasta que llamado de Dios en este tiempo, pidió y logró la reconciliacion, y bien instruido recibió los Sacramentos de mano de los Padres, y á pocos dias en las mismas manos, ayudado y confortado de ellos, dió su alma á Dios profesando y predicando á la hora de la muerte la fe católica romana.

Esta conversion dió mucho que hablar en el reino, y cada uno seguia su partido aunque no faltó quien siguiese el ejemplo del monje; los de su religion clamaron á gritos y se pudo temer conjuracion, á no ser la gente tan poco dada á creer en las palabras de sus monjes, pero á estos los hizo Dios callar, porque, sobreviniendo una horrorosa plaga de langosta tal, que asombraba el sol cuando volaba y talaba los campos cuando se asentaba, acudiendo los portugueses á los Padres, bendijeron gran porcion de agua, y conjurando primero aquella multitud de pestilenciales animalitos, repartieron entre los portugueses el agua, y Dios concurrió con el milagro de que ninguna haza que estaba prevenida con aquella agua santa padeciese daño, aun cuando se sentaba en ella la numerosa plaga.

Al principio se reian mucho los monjes de ver regar los campos; pero

cuando vieron el soberano influjo, se confundieron con este milagro y permitieron que los Padres con la libertad que los daba la maravilla predicasen la verdadera fe.

Mientras vivian los cinco Padres entretenidos en administrar los Sacramentos y procurar con suavidad la extension de la fe, estaba en la mayor confusion la Etiopia, su trono vacante y los competidores activos. Aquel Za-Salasse, conmovedor y cabeza de partido que venció á Za-Danguil, permaneció en el campo aclamando á Jacobo, el hijo de Malac Segued; este, desde que le arrojaron del trono, vivia léjos de la corte, y el lance sucedido le habia cortado los espíritus y los vuelos.

Recibió las cartas y quiso dar tiempo al tiempo para asegurarse con firmeza, y no empuñar el cetro hasta que tuviese fuerza para mantenerle. Esta dilacion logró Socinios, único entónces de la sangre imperial por biznieto del emperador David, padre de Glaudios, de quien hemos hablado en esta relacion, y nieto del infante Jacobo, hermano del mismo Glaudios.

A la sazon estaba con las armas en la mano, no para subir al imperio sino para recobrar con fuerza las tierras y, para explicarnos á nuestro uso, los estados que le habian dado su padre y abuelo para su decencia. Tenia en su compañía muchos de los primeros del reino, y este, como tan señor entre ellos, era el refugio de los que vivian ménos satisfechos de la corte; estos le aconsejaron bien, y saliendo de sus tierras con su gente, entró en la provincia de Goyan, mandando al virrey le diese la obediencia; hízolo más por miedo que de grado, pero fuese como fuese, la gente que llevaba añadió la de la provincia y se declaró emperador y Preste Juan.

Como tal envió recado á Za-Salasse pidiéndole la obediencia, respondió este no la podia dar por estar empeñado en elevar á Jacobo, á quien ya habia jurado; repitió Socinios segundo recado mandándole que viniese, y contra el derecho de gentes maltrató á los embajadores, y le envió á decir que ya iba con todo su ejército, que le aguardase le daria con las espingardas la respuesta.

Aguardó prudentemente Socinios, conservando su ejército y esperando, como le sucedió, se le agregaria más gente, pues Jacobo no estaba bien visto, y el mismo haber mandado disminuia su partido; su talento no debia de ser grande, y la fortuna no estaba de su bando; el partido de Socinios iba creciendo de suerte que le tuvieron miedo los parciales de Jacobo, reconociendo que vivia quieto, sin adelantar conquistas, esperando en su fortuna salir de una vez con tanta fuerza, que fuese ó imposible ó difícil la resistencia.

Mejor aconsejado Jacobo, le envió embajada, ofreciéndole partidos; logró

la suya Socinios, pues infirió la debilidad del poder ó del esfuerzo de su competidor, y así le respondió que él no tenia más partido que su espada y las espingardas de los suyos, que estos no querian partir las armas, por conservarlas enteras, para arrojar del trono al que le poseia intruso contra el derecho de razon y de sangre; que el lance, cuando fuese tiempo, daria el imperio al que tuviese de su parte la justicia.

Esta respuesta obligó á Jacobo y á todos los suyos á abreviar el expediente, conociendo que en la dilacion ganaba fuerzas el contrario y se debilitaba su partido, el cual, aunque le sobraban soldados, se enflaquecia en el respeto y en el séquito. Con esta máxima prudente en lo político salió de Dambea Jacobo con numerosísimo ejército á buscar á su contrario; llegó cerca, y no se reservó de caminar por valles donde podia ser acometido, ostentando seguridad en su poder.

Socinios vivia más prudente y hacia regates en las montañas, intentando enflaquecer las fuerzas del enemigo; y á la verdad, la espera logró un lance bien afortunado, porque Za-Salasse, como traidor y soberbio, sin fundamento vivia receloso, y queria ó deseaba separar su gente del lance principal, para llegar tarde y aplicarse entónces al vencedor.

Notaron esto las expías de Socinios, y sabiendo la marcha del ejército de Za-Salasse, dispuso una tan feliz emboscada, que le derrotó enteramente, y abandonando en manos de su enemigo un gran tesoro, y en brazos del desórden y de la muerte á sus soldados, se refugió en el grueso del ejército de Jacobo.

Este con el dolor le trató mal y aun le adivinó su pensamiento, confirmado con su terquedad de venir siempre léjos contra los consejos y las órdenes que le habian dado, de lo que irritado Za-Salasse, mudó partido, y convenido en secreto con Socinios debajo de la promesa de darle un cierto virreinato, de que le tenia palabra dada Jacobo, se pasó con algunos sus parciales á su campo.

Esta traicion, si así se debe llamar en aquel tiempo, en que no habia pacífica posesion por ninguno, y el pueblo era el árbitro y los soldados voluntarios, conmovió á Jacobo y á los suyos, y les hizo ver que la intencion de Socinios era enflaquecerle con entretenimiento, y que el tiempo le era un gran parcial; que con sus demoras alistaba soldados, y debia temer mudase de sitio la fortuna.

Con esta idea, determinó firmemente acometer tan de recio á Socinios que no tuviese este lugar para la retirada ó para la idea de no admitir la batalla; siguiendo este pensamiento, un sábado á 10 de marzo de 1607, habiendo amanecido Socinios en el alto de una colina, á su parecer bien resguarda-

do para usar libremente de su libertad, apostándose en el valle Jacobo, al mediodia montó con tanta diligencia la colina, que no dió lugar á la retirada, sin el peligro de que, cogidas las espaldas, se pusiese en confusion el ejército, se perdiese con el dia la corona y con ella toda la esperanza.

Viendo la furia, se puso Socinios ante su ejército, y en pocas palabras les infundió ánimo, diciendo: «Hijos, parciales mios, mi enemigo, hinchado de su soberbia, monta la colina para cortarnos la retirada; yo he deseado excusar el lance por salvar vuestras vidas, ya es forzoso ó vencer ó morir por mí, á vosotros y en vosotros cedo el cetro y la corona; pero mi ahogo es que, ó habeis de quedar esclavos, ó habeis de batir y abatir al enemigo; quien fuere mio, siga; quien no quisiere, no me ofenderá, que más estimo la vida de uno de mis amigos, que mi corona.»

Diciendo esto, se puso al frente de sus tropas. Dió tanto ardor este coloquio y esta accion á los soldados, que arrojándose todos á carrera tendida, le resguardaron, colocándole en la retaguardia; y aquel ejército, encendido en fuego, llevó tras sí cuanto se le ponia delante, pues sin esgrimir la espada, sin guardar órden de batalla, atropelló á los que subian tan violentamente, que sin darlos tiempo á la defensa, duró la batalla solo el tiempo que este ímpetu se precipitó por la colina, y en una carrera de caballo halló el emperador Socinios muerto á los piés de los caballos á Jacobo, deshecha su multitud y su ejército y á los suyos triunfantes sin pelear.

Fué tal la precipitacion, la confusion, el golpe y la victoria, que al dia siguiente, entre otros despojos, se encontraron 500 cadáveres precipitados desde lo alto, porque arrebatados de su mismo curso, no se pudieron recobrar al reconocer el precipicio, ó el miedo les cegó la vista; y lo que hace más admirable este caso y descubre en él divina providencia, fué que del ejército de Socinios, aunque muy inferior en número, pasando el siguiente dia revista, solos tres soldados se hallaron ó muertos ó fugitivos.

Con esta victoria quedó desocupado y sin competencia en el trono Socinios, emperador ya en la pacífica posesion que le daba la muerte de su contrario y de todos sus secuaces. Empezó bien su gobierno, pues rico en gran tesoro de despojos y aclamado por todo el ejército, su primer decreto fué conceder á los soldados lo mismo que ellos se habian ganado con su animosa carrera, y publicar perdon general en todo el imperio á cuantos le hubiesen ofendido, de cuya misericordiosa, suave y prudente ley sólo exceptuó á un tal llamado Mahardin, de casta de moros, á quien mandó traer ante sí, y le reprendió seriamente por haber él sido el primero que dió un golpe de lanza al emperador Za-Danguil en aquella batalla en que desgraciadamente fué muerto, acriminando su causa con haberse alabado de la traicion, cuya va-

nagloriosa confesion le hacia reo convicto del mayor delito, por el cual le mandó al punto cortar la cabeza, dando con esta justicia satisfaccion al crímen y ejemplo de justiciero y piadoso.

Tres dias se mantuvo Socinios en aquel sitio para dar lugar al saco y utilidad de sus soldados, y recibiendo las aclamaciones de nuevo reinante segun la usanza de aquel país, donde la corte es portátil y en cualquier valle se forman cabañas, únicos palacios de Etiopia: no hay formalidad en sitios ni en lugares donde se deba aclamar el emperador; pero como la ordinaria residencia del Preste-Juan sea en Dancaz, cerca de Dambea, por ser el centro del imperio, y aquí tenia su palacio Za-Danguil, y le habia tomado como en posesion del cetro Jacobo, aquí dirigió su marcha Socinios, que mudando el nombre al estilo de todos los Preste-Juanes, se llamó Seltán Segued, con cuyo nombre será conocido de aquí adelante.

Los Padres sintieron el accidente, porque en Jacobo habian hallado una muy amable acogida y dudaban de su competidor, temiendo que esto mismo podia ser causa de aborrecimiento ó de despego; los más prontos que pudieron salir al camino fueron el P. Antonio Fernandez y el P. Lorenzo Romano.

Acudieron á Coga, cerca de Dambea, en donde estaba el palacio, cuya gran fábrica eran dos piezas de tapias de tierra cubiertas con paja, y unos corrales de tapias, como patios, en cuyos ámbitos tienen tambien ellos sus formalidades de majestad, pues no todos entran libremente al segundo corral, y hay quien guarde las puertas y quien dé licencia para entrar al emperador, y, sobre todo, es en ellos un lugar sagrado este palacio, donde nadie puede entrar pena de la vida, cuando no está en él el emperador.

No aguardaron los Padres la llegada del nuevo reinante, sino que, como por fineza ó manifestacion de alegría, salieron al encuentro. Recibiólos el nuevo emperador con muestras singulares de amor, de benevolencia y de afecto á la religion romana y á los Padres, lo que les animó como se puede discurrir, cuando iban racionalmente temerosos de muchos desvíos.

Prosiguió su manifestacion de cariño, preguntando por el mayor de ellos, y diciéndole estaba en Fremona, mandó le llamasen, porque queria darles tierras estables y perpetuas, y que fabricasen una iglesia romana cerca de su corte, y otras cosas que indicaron no haber perdido nada la religion en Jacobo y haber ganado mucho en Seltán Segued.

Avisaron al punto al P. Paez, Superior; acudió á la corte, fué benignísimamente recibido: ofreció mucho el emperador, pero la confusion de graves negocios y ser elevado al trono en una tan breve batalla, donde faltaron sus enemigos y su competidor, sin que el instantáneo suceso diese tiempo para

jurarle emperador; obligaba á atender á mucho y dar disposicion á un reino que habia heredado por un abintestato, y así, mandó á los Padres volviesen á la corte de allí á pocos meses, porque deseaba darles sitio y tomar de ellos regla para su conciencia en puntos de religion.

Con regalos y escolta los despidió por entónces, acordándose bien de lo que habia dicho y ofrecido; pues á pocos meses volvió á enviar por los Padres, los entretuvo en su corte, disputó á su modo sobre la primacía pretendida del Patriarca de Alejandría y sobre otros puntos en que se manifestó convicto, y resolvió dar á los Padres tierras perpetuas cerca de Dancaz, como lo hizo, con todas las solemnidades de derecho ó justicia que allí se estilan en estas donaciones, cuando el emperador las hace firmes y estables para siempre, y, dichas brevemente, son enviar á un virrey ó persona de semejante autoridad, y con el interesado van todos á caballo, siguiendo mucho número de instrumentos de aire, como nuestras chirimias, que juntan infinidad de gente.

Llegan así al sitio, y entónces el principal publica que el emperador ha dado aquellas tierras al sujeto que está presente, y en señas y por límites, entierran una cabra, y rodeando todos los términos de la tierra, dejan enterradas otras, cuyas calaveras, por ser hueso que no se corrompe, son los mojones, cuando en el tiempo siguiente se disputa la propiedad de algun territorio.

Dió tambien á los Padres abundantes dones y socorros para empezar la iglesia, y sobre todo, les hizo el mayor favor, que hasta entónces no tenia ejemplar en la Etiopia, concediéndoles viniesen á comer con él.

En los tiempos antecedentes, la mayor honra que podia hacer el Preste-Juan, era dar de comer á algun príncipe, pero esto se entendia que en pieza á parte le servian los platos de que habia comido el emperador; pero comer delante de la majestad y ver comer al emperador no lo podia lograr ninguno.

Las primeras personas con quien se dispensó este favor fueron los Padres, y porque no es larga su relacion, y de ella se infiere con facilidad qué tal comerian los Padres, siendo pobres, en un reino cuya mayor magnificencia era la del soberano, pondré aquí la comida y órden de servirla, brindando con ella á la curiosidad de muchos.

Llegó el dia señalado, entraron los Padres al segundo apartamiento ó sala que, como dijimos, era un cubierto con techo de paja y paredes de tapias; hallaron una mesa de tablas sin más adorno ni mantelería; tomaron lugares, y se corrió una cortina que descubrió al emperador en otra mesa semejante, porque nadie usa mantelería.

Ya todo dispuesto, entraron unas criadas bien vestidas al uso de la tierra, que traian unos azafates, y en ellos cantidad de hojuelas, que sirven de platos y de pan; repartiéronlas en ambas mesas, y entraron los pajes con algunos potajes de yerbas, en cuyo caldo mojan aquellas hojuelas, de manera que se puede decir que se comen la vianda y los platos.

Acabados los potajes, entraron otros con otras escudillas en que venia la vaca cocida; este es entre ellos el plato de gran regalo, y el bocado del emperador; y á la verdad, á él no alcanza ni la pobreza de los Padres, ni la medianía de otros más acomodados.

Verdaderamente que en lo raro de este convite he conocido cuánta razon tiene el P. Tellez en su *Historia de Etiopia*, cuando pondera los trabajos que padecieron estos pobres misioneros en hambres, en incomodidades, en caminos, en falta de todo, en frios, en calores y en pobreza perpetua; pues si esta comida, este adorno, esta disposicion fué el banquete real nunca visto, y donde ostentó su poder un nuevo emperador, ¿qué seria la ordinaria vianda de unos pobres forasteros?

Tuvieron tambien los Padres la incomodidad de haberse de ajustar al uso de la tierra en el modo de la comida, porque, servida la vianda al emperador, sacó de la escudilla un pedazo de vaca y la puso sobre una hojuela, donde partió lo que habia de comer, y restituyó lo restante á la escudilla; lo mismo hicieron los Padres, aunque con la prevencion de que fuese corta la porcion, por lo incómodo de la formalidad, porque, separado aquel pedazo de vaca que cada uno queria, se aplicaron los sirvientes á hacer menudas briznas la vaca, y juntarlas con algunas hojuelas hechas migajas; y luego, porque los abisinos tienen por sumo trabajo ocupar las manos y los brazos en llegar la comida á la boca, el paje que ha trinchado con una cuchara va dando de comer, siendo en ellos singular el arte, cuando se saben dar mucha prisa y terraplenan al que come; tributo que pagaron los Padres, no sin peligro de que les ahogasen, por la honra que recibian; pero sufrieron por las admiraciones de los abisinos al ver tal honor, que obligó á todos los tuviesen gran respeto y veneracion; con que lograron muchas almas para Cristo, por el gran número de cortesanos que se reconciliaron con la Iglesia.

El favor que más estimaron fué la conversacion de sobremesa, en cuyos discursos declaró el emperador que queria dar la obediencia al Sumo Pontífice, á quien reconocia única Cabeza de la Iglesia, é intentaba al mismo tiempo liga con el rey de Portugal, á quien debia pedir socorro contra los galas, vecinos infestadores del reino, y de otros enemigos que se podian levantar.

Verdaderamente debemos llorar que en Europa no se tomase este expe-

diente con la viveza y actividad que merecia su importancia; porque en tiempo de un emperador tan amigo y que ocupó muchos años el trono, con 500 ó 600 portugueses se contentaba el emperador; y ya hemos visto lo que otros tantos hicieron arriba, y era bastante para asegurarnos en Etiopia.

Pero en Europa, el Papa con oraciones y el rey con órdenes quisieron componer el lance, y en la India los virreyes, como no tenian los bastantes súbditos para una larga empresa, se contentaron con enviar misioneros.

A estos no los sacrificaron, porque no se puede decir esto cuando lograron el fruto que veremos, y algunos la dicha de ser gloriosos mártires de Cristo; pero se sacrificó la empresa á la debilidad de no haber soldados que defendiesen al emperador y pusiesen en razon á los rebeldes; tan cierto como esto es que las dos potestades eclesiástica y civil deben ir unidas, y que, segun varios autores, están representadas en aquellas dos espadas que dijo S. Pedro á Cristo que estaban prontas para defenderle la triste noche de su Pasion, cuando respondió Su Majestad que bastaban, porque estaban juntas; y juntas, aunque no se usen, bastan, y separadas, aunque se esgriman, no logran, pues sus heridas encanceran las llagas, y no escarmientan los delitos; tanto como esto sirve la union de las dos potestades, que tanto lloramos caida en la religion católica, cuando los reyes separan su poder y su cetro de la autoridad del cayado.

Yo no dudaré que Seltán Segued se convirtió de corazon á la verdadera ley y renunció el cisma del Patriarca de Alejandría; pero tambien es preciso que, ya que le concedamos esta sinceridad, fué un gran motivo impelente la liga y union con el reino de Portugal, y que la esperanza de hallarse defendido con estas armas y proteccion le obligó á adelantarse á que este fuera el primer negocio que resolviese en su gabinete.

Los monjes de Etiopia, los herejes de que abunda y los enemigos de la fe, todos callaron y dejaron libre á los misioneros su ejercicio todo el tiempo que les enfrenó el miedo que tenian de que podian arribar los portugueses; pero, cuando ya conocieron que este socorro no iria, se desenfrenaron contra nosotros; y cuánto cuidado le costó á Seltán esta liga, se conoce por sus mismas cartas, que me pareció trasladar á fin de que certifiquen mi parecer, y nos aseguren de su conversion. Decian así:

*Carta del emperador de Etiopia para Su Santidad.*

«La paz de Cristo nuestro Señor: *Qui dilexit nos, et lavit nos a peccatis nostris in sanguine suo, et fecit nos regnum, et sacerdotes Deo, et Patri,* sea siempre con V. Santidad y con toda la Iglesia cristiana. Amen.

»Mucho tiempo há que tenemos grande amor á los cristianos de esas partes por los beneficios que este imperio tiene de ellos recibidos, cuando antiguamente los portugueses le libertaron de la tiranía de los moros y restituyeron á su primer estado y quietud, muriendo despues mucha parte de ellos con mi padre, por hacerles cumplir lo que nuestros antepasados les habian prometido con juramento.

»Por lo cual, luego que por la misericordia de Dios nuestro Señor tomamos el gobierno de este imperio, determiné renovar la amistad con aquella fiel gente de Cristo, porque hallamos este nuestro imperio en tan trabajoso estado por las continuas guerras de los años antecedentes, que además de algunos enemigos domésticos que habemos ya sujetado, nos hacen guerra otros más poderosos, que son unas gentes que llaman galas, los cuales tienen usurpado gran parte de este nuestro imperio y quemado muchas iglesias, y lo que peor es, dan cada dia nuevos asaltos, ejecutando grandes crueldades en las viudas, niños y ancianos, á lo que nosotros no podemos acudir y remediar sino es con la ayuda de nuestro hermano el emperador de Portugal, para lo cual le pedimos nos ayude, como antiguamente hicieron sus predecesores los reyes de Portugal á nuestros antepasados.

»Mas, para conseguir esto, determinamos pedir juntamente á V. Santidad, que es Padre y Pastor de todos los fieles de Cristo, se sirva escribir á nuestro hermano cumpla luego lo que le pedimos, antes que estos galas cobren más fuerzas. Cuanto á la entrada en nuestras tierras, no hay dificultad, porque los que guardan estos mares no tienen fuerza ninguna. Y porque sabemos de cierto que V. Santidad nos ayudará como la necesidad lo pide, excusamos alargar más las súplicas.

»Al P. Pedro Paez tenemos encomendado dé más cumplida relacion á V. Santidad de nuestro imperio, del amor que tenemos á los hijos de los portugueses que acá están, y del cuidado de las iglesias de los Padres, á los cuales pido á V. Santidad quiera dar crédito como á esta nuestra carta. Acabamos rogando á Cristo nuestro Señor guarde á V. Santidad por muchos años para el buen gobierno de la Universal Iglesia. Escrita en Etiopia á 14 de octubre de 1607.»

*Carta del emperador de Etiopia para el rey de Portugal.*

«Carta del emperador de Etiopia Malac Segued al emperador de España y Tierra Santa de S. Pedro, Príncipe y Cabeza de los Doctores y de Iglesia católica del Señor, de la cual dice el Apóstol S. Pablo: *Despondi enim vos uni viro Virginem castam exhibere Christo;* al cual sea gloria y á imitacion del

purísimo Nuncio S. Gabriel, que saludando á la Vírgen María nuestra Señora, dijo: *Dios te Salve*, y de Cristo nuestro Señor que el domingo en la tarde despues de su resurreccion, dijo á sus Apóstoles juntos: *Paz sea con vosotros;* y como escribe en todas sus epístolas el Apóstol San Pablo; la paz del Señor sea con V. M. nuestro hermano en la fe que predicó S. Pedro en el tiempo que Cristo nuestro Señor mandó á sus Apóstoles, diciendo: «Id por el universo mundo y predicad el Evangelio á toda criatura, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

»¿Cómo está V. M. y su imperio? Nosotros tenemos salud por la intercesion de S. Pedro, Maestro de V. M. y nuestro. La bondad, misericordia y benevolencia que entre nosotros comenzó Cristo nuestro Señor, Él la lleve adelante, pues es principio y fin de todas las cosas.

»La causa principal de escribir esta á V. M. es el deseo de aquella familiaridad y comunicacion, así temporal como espiritual, que antiguamente hubo entre los antepasados de V. M. reyes de Portugal y los nuestros, la cual familiaridad nos ennoblece juntamente con la adopcion del Espíritu Santo. Por lo cual pedimos que V. M. nos envie fuertes y valerosos soldados que prevalezcan contra nuestros enemigos que están en este puerto, que nosotros estamos aparejados con armas, bastimentos y demás cosas necesarias para la guerra, no faltando en nada de lo que pudiéremos; que más razon es que V. M. tenga allí asiento que no los molestísimos enemigos de nuestra santa fe.

»Los antepasados de V. M. nos enviaron un ejército de muy fuertes soldados, cuando los moros querian destruir nuestra fe é imperio. Bien pudiéramos nosotros ahora destruir estos que no recibieron el santo Evangelio como nuestro ejército, confiando en la virtud de aquel poderoso rey que levantó nuestros corazones con la memoria de las cosas celestiales, porque somos hijos del cielo, como testifica S. Juan en su Evangelio. Lo que nace de carne carne es, y lo que nace de espíritu espíritu es; pero tenemos guerra con otros nuestros enemigos llamados los galas, que nos estorban esta empresa.

»Por lo cual con la mayor presteza que pueda V. M. nos envie soldados valerosos que tengan celo de nuestra santa fe católica.

»Por lo que toca á nosotros, ya há dias que estamos prevenidos, y, como vengan, no les será imposible lo que deseamos, porque nosotros nos uniremos con ellos con cadena de amor como un alma y un cuerpo, porque Cristo nuestro Señor es Maestro de V. M. y nuestro, y así, somos sus miembros, y el Padre celestial nos engendró en un mismo vientre del Bautismo, y no de materia que se corrompe y acaba. Lo que en esta no escribimos, el P. Pedro Paez, lleno del Espíritu Santo, lo escribirá á V. M. en sus divinas cartas. Escrita en Etiopía á 10 de diciembre de 1607.»

Entregó estas cartas al P. Pedro Paez, para que las encaminase, y les dejó volver al reino de Tigre, á su regular morada de Fremona, logrando en la corte, en el camino y en el mismo Fremona gran séquito de los señores ó principales del reino, gran reverencia del pueblo y gran aceptacion de todos, la que los Padres convertian en mayor gloria de Dios, ganando almas para Su Divina Majestad.

Fué esto en el año de 1607, en cuyo año están firmadas las cartas, y en el mismo el emperador señaló por virrey de Begameder á Afá-Cristo, su hermano por parte de madre, y para virrey de Tigre á Cela-Cristos su hermano, sujeto cabal que en esta historia ha de hacer papel muy principal, y en la religion católica se ha de admirar constante mártir.

Al siguiente año se levantaron unos inquietos contra el nuevo gobernador, pero estos dieron poco cuidado; dióle grande un accidente que pudo alborotar toda la Etiopia é inquietó mucha parte. A un embuidor disimulado, sin más arrimo ni fianza que sus enredosos embustes, se le puso en la cabeza ser emperador; esto, ni aquel poderoso tirano Za-Salasse lo miró posible, cuando, habiendo muerto Za Danguil, quedó con el poder del imperio, porque esta gente tiene por tradicion inviolable que sus emperadores son sucesores de Salomon, por aquel hijo que tuvo en la reina Sabá, que dicen se llamó Minilech, y á quien no miren con esta sangre, no será posible entreguen la corona; y están tan firmes en esta fabulosa tradicion, que es forzoso ceder á ella como cosa que no toca á la fe cristiana, porque en esta especie no dan partido á argumentos ni á razones.

Esta gran dificultad la venció fácilmente el embuidor con un embuste en que fió su elevacion. Habia quedado en el campo el emperador Jacobo en aquella confusion instantánea en que se atropellaron los muertos, los heridos y los fugitivos, y el cuerpo de Jacobo, ó no se buscó ó no se halló; valióse de esta noticia el enredo de este atrevido mozo, pobre y de nacimiento bajo, pero astuto, disimulado y mañoso, y se entró en Bisan en un monasterio de muchos de aquellos desgraciados monjes cismaticos de Etiopia.

Era monasterio numeroso de monjes poco religiosos y mal aficionados á los nuestros, porque nos miraban como contrarios en la religion y temian su ruina si prevalecia la católica, y el fraguador de embustes buscó sitio adonde el genio ó el deseo ayudase á su engaño. Entró cubierto el rostro, publicando que era el emperador Jacobo que habia huido en la batalla y vivia aún, si bien desfigurado, porque un golpe de espingarda le habia llevado los dientes, y las heridas en las mejillas le tenian tan mal parado, que sólo se atrevia á parecer con aquel rebozo ó tocado que le encubria la frente, las mejillas, la barba y toda la boca.

Esta ficcion visible usó para no darse á conocer, porque, no pareciéndose en nada á Jacobo, lo mismo era quitarse el embozo que descubrir la máscara. Fué maravilla el séquito que consiguió á la voz que en todo el reino esparcieron los monjes; osó salir al campo, y Cela-Cristos, virrey á quien tocaba salir al encuentro, dudó el combate teniéndole á la vista.

Fióse para él de la idea que previno con discrecion de llevar consigo á todos los portugueses á quienes habia hecho aleccionasen á los abisinos, y aunque su ejército era inferior en número y tan inferior que vencia veinte veces el del falso emperador, á pocos lances se vió obligado este á huir y ponerse en salvo, lo que hizo con facilidad, sacrificando alguna parte de la muchedumbre que tenia engañada; y como su vida habia sido de salteador, sabia el terreno á palmos, con que pudo refugiarse á una sierra, cuya entrada era difícil á Cela-Cristos.

No se empeñó este, que teniendo consigo á los portugueses, consultaba con su prudencia y creyó que aquella bestia de tantas bocas por sí misma se habia de consumir, consumiendo los víveres del territorio; pero como este volante ejército nunca habia tenido más que comer que lo que hurtaba, y aquella vida no les era ni molesta ni nueva, y la ocasion de hurtar y la licencia del hurto les servia de atractivo; en vez de consumirse el cuerpo, cobraba fuerzas y crecia en número y magnitud.

Sirvióle de gran recluta una voz vaga que se extendió por aquellas partes del reino de la muerte de Seltán Segued á manos de otro traidor: corrió tanto esta noticia, que aun los católicos de Fremona, ya que no la creian, la dudaban. Con ella otro traidor ó ladron, pues no intentaba el reino sino el latrocinio, levantó gente cerca Fremona, y porque, como ladron de casa, conoció que no podia oponerse al virrey á las claras, dispuso una celada de noche, en que valiéndose de las tinieblas, sin ser sentido se halló cerca de la ciudad, y hubiera logrado el tiro si uno de los suyos, esperando quizás más premio en Fremona que en su rapiña, no hubiera avisado á tiempo, aunque tan corto, que sólo le tuvieron algunos soldados para acudir á la orilla del lugar, y á la sombra de las cabañas lograr el tiro de sus espingardas contra los que venian.

El golpe fué repentino y cogió sin prevencion al enemigo, que se cortó, entendiendo que, avisada Fremona, le aguardaba en emboscada, y por no ser cogido volvió espaldas, y no paró aquella gente, que seria como unos 600 hombres, hasta incorporarse con el excesivo número, que llegaba á 25.000, del levantado falso Jacobo.

Este tuvo la avilantez de caminar de sierra en sierra bien defendido de los lugares ásperos, de suerte que el virrey Cela-Cristos no le inquietase.

Llegó cerca de Fremona, y su intento, instigado de la voracidad de los monjes de Bisan, sus confidentes, era saquear á Fremona y enriquecerse con aquel fingido tesoro que suponian tener los jesuitas; pues, como los monjes vivian de lo que pedian ó de los bienes espirituales que vendian, y ya con la predicacion de los Padres les faltaban muchos de aquellos que concurrian á su alimento ó á su codicia, imaginaban que en la cabaña de los Padres se pesaba oro y se pisaba plata.

Con este intento, creyendo al emperador muerto y al virrey enfermo, noticias con que le adulaban los suyos, quiso bajar á Fremona; pero le dijeron era accion indigna de su majestad ir por sí á un saqueo en ocasion que no habia enemigos que vencer, y su ocupacion era llegar, robar y volver. Con esta aprension envió á tres capitanes suyos, con quienes estipuló despacio la parte que le habia de tocar del saqueo que no dudaban, y sólo la cantidad era la incierta.

Bajaron estos capitanes, y llegaron á vista de la choza ó cabaña de los Padres, que era el primer blanco de todos los tiros; aquí á un invisible poder que no podian contrastar, pararon yertos, temblando, sin saber de qué.

Viéronlos los del pueblo, avisaron al virrey, juntó al punto á los portugueses y alguna gente abisina, que acudieron al puesto; entónces aquel perlático destacamento, á quien le faltaba fuerzas para jugar las armas y brío aun para solo resistirse, volvió espaldas, y se dió á la fuga, no por los pocos portugueses que salian de repente al encuentro, sino por aquella alta invisible Providencia divina que les ató las manos para la intentada presa.

Y quiso Dios se supiese que este suceso era todo suyo, sin tener en él los hombres ni sus disposiciones parte alguna, porque la antecedente noche, durmiendo un buen católico, soñó que veia cuanto se ha referido que sucedió en Fremona, de donde distaba leguas, y que el P. Francisco Lopez, que ya era muerto, se le aparecia con una imágen de la Vírgen en las manos, y le mandaba que fuese á Fremona á referirlo: ejecutólo así, y como el lance habia sucedido, fué el sueño clara explicacion de lo que Dios favorecia á los suyos.

A esta sazon el hermano del emperador, Afá-Cristos, habia deshecho enteramente á los galas, sin que por aquel lado hubiese lugar al miedo, y Cela-Cristos pidió al emperador fuese al reino de Tigre á coronarse segun la costumbre de Etiopia, porque con evidencia se convenciese la mentira de su muerte. Ejecutólo el emperador, y con este viaje, desengañándose muchos, creció el número de su ejército y se retiró de las cercanías el fingido Jacobo, aunque no cedió mucho su partido, porque como el mayor número era de forajidos, se alistaron voluntarios y seguian por necesidad; por lo

cual, volviendo el ya coronado emperador, segun sus ceremonias bendito por el Abuma en la iglesia de Arum, cercana á Fremona, dejó muy encargado á Cela-Cristos acabase con aquel usurpador que infestaba la comarca.

Hízolo bien el virrey, y siguiéndole aunque con ménos ejército y ménos noticia de la tierra, logró batalla, que voluntariamente le presentó el Jacobo, á quien deshizo tan del todo, que no dejándole esperanza de su recuperacion, sólo tuvo el consuelo de refugiarse en una sierra, en que vivian unos parientes del verdadero Jacobo por parte de madre.

Con estos habia corrido con buena amistad, pero siempre habian dudado de su verdad, y nunca habian querido salir en su defensa ni tener parte en su gobierno; ahora, como perdido, le refugiaron, pero al punto le quitaron el rebozo, y hallando en la boca todos los dientes, el rostro bruto por nacimiento, pero sin ninguna herida, y aquellas deformidades que fingia la toca, descubiertas ficciones, sin más causa le cortaron la cabeza, que enviaron de presente al emperador, y este hizo se llevase en triunfo por el reino en la punta de una lanza como la de Hólofernes. Este fin tuvo la tragedia mal formada y peor dirigida del fingido Jacobo.

Pero ya serenada esta nube, quedó en los partidarios el miedo del castigo. Aquellos dos hermanos, parientes del verdadero Jacobo, que habian seguido sus partes y tenido su sierra por su dominio, bajaron á Fremona á pedir la interposicion del virrey y de los Padres, para que el emperador los perdonase por el mérito de haber cortado la cabeza á aquel verdadero monstruo y emperador fingido; ofrecieron los Padres su mediacion.

Aquí es bien hagamos reflexion sobre concepto que se mereció el porte de los Padres aun con aquellos abisinos, sus mayores contrarios, pues este indica mucho su virtud y su prudencia. Sabiendo que á estos caballeros habian ofrecido ser mediadores para negociar su perdon, no dudó abocarse con los Padres aquel salteador, que por sí, antes de juntarse con los rebeldes, habia tentado saquearlos aquella noche que ya dijimos; llamábase Nebret Tomás; vino solo á Fremona, entró á la cabaña de los Padres, y despues de muchos perdones que pedia, les instó intercediesen por el suyo del emperador Seltán.

Consoláronle los Padres, ofrecieron servirle, y á este fin fué al real de Dambea el P. Pedro Paez. Recibióle con honra el emperador, y, oida en primer audiencia la súplica de que perdonase aquellos dos hermanos, respondió el emperador: «Cosa que piden los jesuitas se ha de hacer con garbo; yo los perdono, y, para que sepa mi imperio lo que yo estimo á vuestra Paternidad, envíelos á llamar, que los quiero premiar por haber sacado aquella parte de imperio de la confusion en que los oscureció aquel bárbaro.»

Besó la mano el P. Paez, y el dia siguiente en la segunda audiencia le suplicó el perdon para Nebret Tomás; oyó el emperador, y levantándose algo de la alcatifa en que estaba reclinado, dijo: «¿Qué pedís, Padre? No hay en todo el reino enemigo tan mortal vuestro ni que más desee beberos la sangre que ese mal hombre, salteador, ladron, homicida y que continuamente maquina contra vosotros y contra los portugueses; por esto sólo merece mi indignacion y su muerte.»

Oyóle el P. Paez, y con humildad de quien ruega y constancia de quien era verdadero católico, respondió: «Señor, el perdon no se pide para los buenos, que á estos no hay que perdonar, sino para los malos; porque ha sido malo pido yo que se le perdone, y porque es mi enemigo y de todos los jesuitas, lo pido con más eficacia; y sepa, señor, todo vuestro imperio que nuestra ley nos manda perdonar y abrazar nuestros enemigos, y dé V. M. testimonio de quién somos.» «Por este motivo, respondió el emperador, yo le perdono, y se le avisará, y amonestará y sabrá él á quién debe la vida.»

Este caso sucedió año de 1610, y publicó en todo el imperio, aclaró mucho la virtud de los jesuitas y elevó entre la plebe el concepto que ya los más ladinos tenian concebido de aquellos cuyo regular porte era una continua edificacion.

En este año, sosegadas ya las inquietudes del reino de Tigre, llamó el emperador á su corte á su hermano Cela-Cristos, que por muchos títulos era el primer sujeto del reino, ladino, entendido, estudioso, aplicado á las buenas letras, y que no se conocia en Etiopia sujeto que más hubiese manejado fructuosamente los libros, y le dió la dignidad de Ras, la primera del imperio, que en nosotros equivale á Condestable ó Capitan general de todo el reino, gobernando las armas y teniendo en su mano las fuerzas.

En los Padres, desde el tiempo del primer Patriarca Juan Nuñez Barreto, habia sido loable ocupacion traducir en lengua abisina para instruccion de los fieles los catecismos y otras semejantes obras que usamos en Europa, y escribir varios tratados contra los errores de los abisinos: todos estos escritos no sólo los tenia leidos sino muy estudiados el Ras, y gustaba mucho de oir disputar, porque no disgustaba de verse convencido.

Este personaje al lado del emperador nos era utilísimo, así por el respeto que conciliaba su cariño y el que manifestaba á la fe, como porque, siendo como el primer ministro de su hermano, era gran defensa nuestra la autoridad de su persona. Añadióse á esta circunstancia que el emperador quiso mudar su real ó su corte: este es estilo del Preste-Juan, que con poco motivo hace estas mudanzas; como todos los palacios son portátiles, todas las casas se pueden llevar acuestas y el menaje es ligero para la mudanza, con gran

facilidad muda sitió la ciudad: unos palos para el techo de palacio y para las barracas de los cortesanos es toda la recámara y materiales con que se edifica y se adorna la corte.

Los emperadores la mudan siempre que ó por gusto ó por razon, segun las circunstancias, juzgan conveniente la mudanza: juzgóla tal Seltán-Segued, y la ordenó en Decuana, en el reino de Dambea, en sitio vecino á Gorgora donde habia residencia de jesuitas, por estar allí las tierras que eran donacion del emperador á los portugueses.

De esta cercanía gustó mucho Ras-Cela-Cristos y más los Padres por la conveniencia de poder concurrir en la corte y tener en ella disputas con los eruditos y con los monjes. Estos comunmente las procuraban evitar porque, por lo general, no son doctos, y en sus argumentos se suele resolver la razon en gritos y la eficacia en libertades de lengua, aunque algunos celosos ó bien aplicados suelen saber lo bastante para su condenacion.

Entre otros, un dia hubo una gran disputa, pretendiendo uno de sus doctores que en Cristo no habia más que una naturaleza; error que con Dióscoro defienden como punto de religion. Impugnáronle los jesuitas, y el argumento se redujo á cuestion de hecho, conviniéndose las partes en seguir el parecer y dictámen de los Santos Padres. Hecho este convenio, tomó á su cargo el P. Pedro Paez buscar los textos, no tardando mucho porque Ras Cela-Cristos tenia consigo los libros que llaman *Haymanot Abbeu,* que son la *Biblioteca de los Santos Padres*, y allí mismo, porque los tenia bien manejados, empezó á leer y á convencer con el hecho de que los Santos Padres, segun que ellos mismos los veneraban y segun los habian traducido sus mayores, estaban predicando contra Dióscoro, primer autor de esta herejía, lo que leido y oido, hubieron de sujetarse á la verdad.

Y como el respeto á Ras Cela-Cristos, virrey ya de aquel reino que ellos llaman Goyan, y es la primera dignidad despues de la imperial, les contenia en las voces y en las injurias, hubieron de ceder mal de su grado, con notable aumento de la religion verdadera, porque este caso abrió mucho los ojos al emperador y convenció tanto al Ras, que se declaró católico, se confesó, ya bien instruido, con el P. Francisco Antonio de Angelis, y recibió de su mano la sagrada Comunion, y quedó en su pecho tan arraigada la fe, que la defendió con la vida.

Dispuso con el emperador que en Colella se formase otra residencia de jesuitas, y esta fué la tercera residencia que tuvo la Compañía en Etiopia; la primera la que dispuso el Patriarca Juan Nuñez Barreto en Fremona, en el reino de Tigre; la segunda en Gorgora, en el reino de Dambea, y la tercera esta de Colella, en el reino de Goyan.

La de Fremona, en el reino de Tigre, fué siempre la principal y como la corte de la cristiandad; aquí hizo su asiento el Patriarca P. Andrés de Oviedo, y antes de él los Padres, y la mudaron el nombre de Goga en el de Fremona.

Las razones que hubo para elegir este sitio fueron la conveniencia que tenia en la cercanía del mar para la comunicacion con Europa, y la principal, porque los naturales del reino de Tigre son los más dóciles y racionales de Etiopia, y se juzgaban los más á propósito para plantar en ellos la verdadera fe; y esto salió tan bien, que todo el reino, que es más terreno que el de Portugal y mucho más poblado, le vieron los jesuitas unido á la Iglesia romana y desterrados de él todos los cismáticos, herejes y sectarios.

En este tiempo recibió el emperador cartas del rey de Portugal D. Felipe II y del Sumo Pontífice Paulo V, y estas no eran respuestas á las suyas, que no podian haber llegado, sino gratulatorias de su exaltacion al trono, en virtud de las cartas que se habian recibido del P. Pedro Paez y de otros jesuitas.

Es increible la grande estima que de ellas hizo el emperador Seltán: mandólas divulgar por el imperio, y sólas suplian por muchos soldados, porque á los rebeldes contenia el ver posible socorro de Portugal, y los herejes y los monjes no se atrevian á hablar contra el emperador por la aficion que tenia á la religion, conociendo que esto heria á los portugueses, que algun dia podrian cobrar bien cobrado el daño que ahora les hiciesen.

A estas cartas satisfizo con otras Seltán Segued, y hubo un comercio seguido de cartas, aunque algunas se perdian en el camino. En las del rey D. Felipe II se prometian los socorros de gente, aunque se excusaba el no haberlos enviado por las guerras y levantamientos que habia en la India. Esto le llegaba al corazon al emperador, y tanto, que no fiando en cartas, se determinó enviar un embajador que á boca tratase este negocio con el rey y el Papa.

Eligió para la embajada á Tecur Egzy, católico romano y celosísimo de la promulgacion de la fe en Etiopia, hombre que correspondia á su nombre, que en nuestro idioma equivale á *amado de Dios,* y llamando á los Padres, les representó lo que convendria que alguno de ellos acompañase al embajador, para que este, como conocido, asegurase el crédito á lo que representase Tecur.

Fué elegido para este viaje el P. Antonio Fernandez, y habiendo recibido uno y otro las instrucciones, se trató de emprenderle. El emperador como era de vivo ingenio y entendimiento despejado, conoció la gran dificultad que habia de salir por Mazúa y Suaquen y por Arquico; porque, si los turcos sos-

pechaban algo, ó si por contingencia los conocian, al ver las cartas, sin las cuales como precisos instrumentos legítimos para la creencia no podian salir, era, no sólo fijo que se frustraba todo el fin, pero tambien era probable que perdiesen sus vidas á manos de la crueldad; con que aquella puerta se debia mirar como muy cerrada, por ser demasiadamente peligrosa y ciertamente expuesta.

Tentar otra vía era muy dificil á la prudencia, porque en todas habia graves dificultades. El puerto ó ensenada de Bailur, en el reino de Dancali, se miraba fácil para entrar, si llegaba navío, pero imposible para salir no teniendo años antes prevenido que fuese, pues no habiendo comercio, ninguno aportaba.

El emperador deseaba infinito hallar entrada, porque con esto aseguraba la facilidad y avivaba los ánimos de los portugueses para su deseado socorro: este anhelo le hizo discurrir el que estos enviados fuesen á Melinde, donde era frecuente el comercio de la India.

Comunicó esta idea con su hermano el Ras Cela-Cristos y con los Padres; las dificultades eran gravísimas, pues el camino no era hollado, y la seguridad, aun de las personas, ninguna, habiendo de atravesar no uno sino varios reinos, no dependientes algunos del Preste-Juan, y con diferentes lenguas donde no serian entendidos; pero el emperador, con aquella máxima de que se debia tentar la dificultad porque todos los negocios graves la tienen, y si por aquí se temia, por Mazúa era cierta, mandó con resolucion se emprendiese el viaje, como esforzadamente por Dios y por su gloria la emprendieron el embajador Tecur Egzy y el P. Antonio Fernandez en 15 de abril de 1613.

A pocas leguas de la corte empezaron á experimentar la dificultad de la empresa y camino, porque la escolta no podia dejar de las manos las lanzas y las espingardas por el continuo miedo y frecuentes encuentros con galas y con salteadores; y si dentro de Etiopia, en las vecindades de la corte habia tanta pena, ¿qué se podia esperar en el pasaje por tierra de bárbaros, cafres y gentiles?

En el primer reino ó provincia de los gongas, se vieron necesitados á acudir al virrey, quien al principio no queria darles socorro, y les fué preciso enviar un portugués á la corte con la noticia; á este miedo cedió el virrey, y por su territorio les dió escolta y les favoreció mal que de grado; llegaron así á Mina, poblacion en la orilla del Nilo, cerca de su nacimiento pero ya de crecido caudal, que no sólo no admite vado, pero si por allí hubiera forma, admitiera navíos.

El paso era preciso, y la dificultad como se deja reconocer; paráronse á

ella, y andando á la orilla, hallaron una *jangada;* así llaman los etíopes á las canoas y á los barquillos muy pequeños nuestros; estaba destrozada, vieja, sin algunas tablas de que se componia, pero al fin tenia semejanza con lo que habia sido.

La necesidad es industriosa, y, registrándola, tentaron el componerla arrimando tablas adonde faltaban y valiéndose de calabazos que traian de prevencion, y todo mal liado con sogas la arrojaron al agua, y lo que es más, en este navío tan mal calafateado se arrojaron á pasar el Nilo el P. Antonio y el embajador, y consiguieron el fin de su arrojo con el susto que apénas se puede concebir sin horror, pues no habiendo vela ni remo que diese movimiento al más que endeble batel, le gobernaban á remolque unos etíopes nadando delante y otros á golpes detrás á zambullidas y empujones y bogando de esta suerte, llegaron á la otra orilla.

Dió el Padre infinitas gracias á Dios, y debia cierto, pues sin su infinita providencia singularmente aplicada, no sale felizmente quien se arroja en una temeridad, aunque sea, como esta, por su mayor gloria.

De este paso entraron en otro, naufragando en tierra con tanto susto como en el rio: guiábalos un abisino del reino de Narea, y con título de abreviar el viaje, los dirigió por un bosque con el pretexto de buscar vado para pasar otro rio tambien caudaloso; habian caminado todo el dia por tierra de cafres, aunque sujetos al Preste-Juan, poco respetuosos á la majestad y muy entregados á la codicia.

Cada instante les salian al camino, y por más que les intimaban las órdenes y despachos del soberano, á no haber tenido respeto á las lanzas y espindargas de la escolta, hubieran tenido mucho que padecer, porque las vidas peligraron aun con la escolta, con que sin ella ciertamente hubieran faltado á golpes de sus armas é impulsos de su codicia.

Cedieron al fin todos, parte al miedo y parte á algunos donecillos, como piedras de sal y otras cosas de que abunda la Etiopia; el fin de este dia fué hallarse emboscados, y que la guía no acertó con el vado: á esta novedad se dieron todos por perdidos y calificaron á este por traidor.

Este susto no mal fundado les privó del sueño de la noche, haciendo el miedo que fuese cada uno centinela de su vida, hasta que la luz del dia volvió por el crédito del que guiaba, que á corto rato descubrió el vado que ignorantemente habia perdido; vadeó el rio sin peligro, y le siguieron todos, con que, al salir de este ahogo, entraron en el reino de Narea por donde tenian ideado su camino.

Aquí no batallaron con tanto susto, pero tuvieron dificultad insuperable en el paso por las tierras de cafres. Vencieron rios y sierras, al parecer in-

superables. Como el P. Antonio estaba ya hecho á semejantes caminos, no le podia hacer novedad ni la aspereza ni el cansancio.

En una alta sierra encontraron con la habitacion del virrey, que prevenido con recomendacion de Ras Cela-Cristos, les hizo muchas cortesías, y los envió con escuadra y recomendacion del *benero* ó *Xumo*, que así le llamaban al gobernador de Narea, tributario al Preste-Juan; este los recibió con tibieza, sin muchas cortesías, pero con gran curiosidad de saber el fin de su jornada.

Entró en celos, y mucho más su Abuma ó Vicario general del Patriarca de Alejandría, que viendo en el reino hombre blanco, temió que venia á desposeerle de su dignidad; este se quietó fácilmente, reconociendo las veras con que el Padre intentaba licencia para salir, y pasaporte para no estar en el reino; halló en su favor al *Xumo*, pero este sospechó el fin del viaje y que eran enviados aquellos hombres á Portugal para conducir socorro, el cual, si venia por aquel camino, le podia ocasionar y aun privar del reino.

Resolvió negar al Padre el paso hacia el mediodia, como pretendia, y le dijo claramente que no se empeñase, porque en ninguna manera le concederia, y que lo que le permitiria y adonde le guiaria era al reino de Gingiró.

Habian intentado pasar de Narea al mediodia á buscar el mar; pero por aquellas partes, y aunque el *Xumo* no lo hubiera impedido, lo estorbaban centenares de leguas y varias naciones bárbaras que habian de vencer y pasar el derrotero que les dió el Xumo, era poco ménos breve y, de más á más, por ahora tenia el inconveniente de desandar lo andado; y volver á Gingiró, era volver á Etiopia, pues este reino confina con el de Aden, y esto lo podian haber tenido sin tantos sustos ni trabajos y sin el viaje en que ya habian vencido cerca de cien leguas de camino.

Pero en aquellas circunstancias era obligacion la obediencia é irresistible la resolucion; despidiólos el Xumo con una corta limosna y muchas excusas, y mandó á un capitan suyo que los guiase, hasta que efectivamente los dejase fuera de su dominio. Agradecieron mucho el Padre y el embajador esta honrada prision, porque caminaron con brevedad y alguna seguridad, que esta la puso aquel rey en el comun refran, «al enemigo que huye, la puente de plata;» y fué esto tan cierto que, no contentándose con que les acompañase su capitan hasta salir del reino, para darle fe y testimonio de estar seguro, escribió á un su embajador que tenia en Gingiró, que los sirviese y acompañase, introduciéndolos con aquel rey; tanto era el concebido miedo, que no contento con la segura noticia de que no estaban en su reino, quiso testigos de que vivian en el ajeno.

Este embajador obedeció con exaccion las órdenes de su soberano, y sa-

lió al encuentro á los confines; hallólos al volver á salir de Narea, y como buen amigo les aconsejó se refugiasen todos en un bosque vecino, porque, siendo aquella cinta de tierra de los galas, no se podia caminar de dia sin peligro muy claro de caer en la ferocidad de los salteadores, cuyo oficio y cuya vida es el robo, y por consiguiente, su ocupacion el campo; pero socorriéndoles Dios con una lluvia, obligando esta á refugiarse en sus cabañas á los galas, ella misma dió seguro á los caminantes, que siguieron entre el lodo y el agua el bosque y las breñas desde las cuatro de la tarde hasta las doce de la noche.

A esta hora, rendidos á la hambre y al cansancio, tomaron huelgo socorriendo á la incomodidad con una hoguera, cuya lumbre les enjugó la ropa, y con la cena satisfaciendo á la necesidad y flaqueza de sus cuerpos; pero aquí no puedo omitir que la cena en noche tan trabajosa fué poco regalada y ménos sustancial de lo que era menester, pues todos sus platos se cifraron en un poco de cebada tostada, única vianda que se puede llevar en la mochila en aquellos caminos, y corto regalo para quien tenia que seguir esta distribucion lo largo del viaje; pero esto insinúa cuánto se padecia por la extension de la fe, pretendida en la obediencia de un rey, aun cismático.

Acabada la cena y refrigerados en la hoguera, siguieron su camino toda la noche, y á la luz del dia vieron el paso que les aseguraba de los galas, y les podia asegurar una vez que se venciese; pero la dificultad y el susto no podia ser mayor, y sólo á quien vivia á sustos, no le causaban novedad los peligros.

Era este el paso del rio Zebee, uno de los mayores de Etiopia. En este paraje hay paso como lo permite la rusticidad de aquellas bárbaras naciones; no corre por allí, porque va precipitado por unas sierras de disforme altura, y es tal el ruido que va causando, que aun desde léjos causa terror. En estas tierras discurrieron aquellos negros, que no conocen el miedo, una puente labrada de su rusticidad, logrando para su fábrica el cimiento de dos altísimas rocas que en sus cimas distaban tan poco, que un largo árbol alcanzaba á medir la distancia; este servia de puente, porque el rio corria entre las dos rocas.

Bien se deja conocer la debilidad y peligro de este paso; el rio no sólo iba muy profundo, sino que en aquellas mismas rocas se precipitaba en una altísima sima, cuya vista sólo era horror desde la orilla á pié firme y sin peligro; el de la artificiosa puente era casi temeridad el emprenderle, porque como tan larga, el palo se cimbreaba, el pié no iba firme por no tener más huella que la corteza del árbol, nada espaciosa, y su misma formacion, de redonda, falseaba la seguridad, y era este un caminar por el aire, adonde daba alas aquella esperanza de salir del miedo de los galas.

Con este anhelo, uno á uno, que no sufria más el bambaneo de la viga, fueron pasando los etíopes fiados en su experiencia, y el P. Antonio Fernandez en Dios, por cuyo servicio y exaltacion de su ley se encargaba de trabajos tan continuados.

Siguieron su derrota, ya libres de los galas, pero con el penoso afan de faltar toda vianda y sustentarse sólo de cebada tostada; el agua era abundante por la multitud de rios y arroyos, pero era, no á las horas debidas, sino á las que daba la contingencia; el viaje por despoblados, y las posadas aquella comun que dió Dios al mundo, que es la tierra para el descanso, el aire para casa y el cielo para cubierta.

Así caminaron en el reino de Gingiró, á cuya corte querian llegar; pero para pasar á ella era preciso esguazar segunda vez el rio Zebee, y aquí ya ni habia ni cabia ponton, por ser extendida la ribera, profundo el caudal y las orillas arena.

Hallóse el P. Antonio con este nuevo embarazo, pero los abisinos le sacaron de cuidado, diciendo que ellos le pasarian y pasarian todos; cumplieron su palabra: el modo fué tan de susto y congoja como raro; buscaron una vaca grande, y muerta, tomaron su pellejo, donde entraron el hato, cosieron luego muy bien todo el pellejo, llenáronle de aire para que no se hundiese; dispuesto así, cortaron dos palos largos é iguales, y con unas lias los ataron al pellejo, que venia á quedar, á nuestro modo de entender, como una silla de manos.

En esta máquina se ponian dos pasajeros, uno á un lado y otro á otro, pesándose en tierra, porque todo el artificio consistia en el equilibrio. Así dispuesto, entraban en el rio la piel y se ponian los dos pasajeros, cuyo peso estaba probado, y uno ú dos abisinos llevaban á remolque esta fábrica, y en pasando dos, volvian con la piel, cuidando mucho de rellenarla de aire, y volvian á su boga.

En este paso se tardó un dia entero, y de esta manera pasó el P. Antonio, cuyo susto y miedo se deja á la ponderacion de quien considere qué tal iria el corazon de cada uno, si se hallara en estas precisiones.

Verdaderamente que estos varones en Etiopia nos enseñan y nos confunden, pues se arrojaron por la gloria de Dios á trabajos y á peligros que por otra causa los debiamos llamar temeridades. Pasado el rio, dirigieron el camino á la corte, donde aquel rey los recibió con agrado y con respeto por ser enviados del emperador, á quien, aunque no pagaba feudo, reconocia más poderoso; este fué el único reino en que, pasado el rio, no tuvo ni susto ni tropiezo el camino.

Saliendo de este reino de Gingiró, entraron los caminantes en el de Cam-

bate, cuya primera poblacion llamaban Sangara; aquí los intentaron engañar los paisanos con el pretexto de no ser seguros los caminos y convenirles mucho aguardar tres ó cuatro dias para poder lograr la compañía de las muchas cáfilas que iban entónces á una cierta feria que fingieron se celebraba en la corte.

Este engaño los paró un dia, pero observando que al disimulo salian varios de la poblacion hácia los montes, dudaron ó sospecharon la verdad, que iban por gente para robarlos ó por cáfilas de mercaderes fingidos, que con título de escolta les quitasen traidoramente la vida por robarles lo que llevaban.

Fué esta sospecha bien fundada, y á poco camino que salieron de la poblacion, se verificó cierto el indicio, porque los salieron al encuentro los del lugar, aunque sin el socorro, por no haber llegado los que convocaron; este encuentro fué batalla campal en que venció la comitiva del embajador, pero con muerte de uno de los suyos y grande estrago de los de Sangara, que viendo no podian por mal, se redujeron á pedir les diesen algo de lo que llevaban; lo que se juzgó útil, porque dejasen libre el paso.

Sin estos tropiezos, con algun trabajo llegaron á la poblacion donde estaba el gobernador, que este reino no tenia otro rey, porque era tributario al Preste-Juan, y al principio no recibió mal al embajador y al Padre y dió alguna fe á las credenciales que llevaban, pero dispuso el comun enemigo que cuando el gobernador, cuyo nombre era Amelmal, estaba con algun recelo, llegase á la corte un abisino por nombre Manquer, á quien habian elegido y enviado contra el Padre y contra el embajador (y mejor diremos contra el viaje y su asunto) los enemigos de la fe romana.

Logró enteramente su tiro y su mala intencion con Amelmal, á quien dijo que aquellos hombres venian huidos de Etiopia por temor del castigo de feos crímenes; que las credenciales eran falsas, que iban á Europa á buscar portugueses para enseñorearse de Etiopia y obligarlos á desamparar la fe alejandrina y recibir el yugo de la romana; que él venia de parte del emperador á cobrar el tributo que le debian pagar todos los años, y con instruccion de detenerles el paso si los encontraba, y de aquí tomó el principio para hablar cuanto mal pudo contra los Padres.

Amelmal no disgustó de esta plática y como el embajador iba con comitiva y con algun bagaje de cosas de Etiopia, piedras de sal y paños, que en el Oriente eran estimadísimos, y otras niñerías, le picó la codicia y no dudó confinar al embajador y al P. Antonio hasta saber la verdad; no pasó de aquí por miedo al emperador y porque su codicia creyó saciarse con el mal trato, pues por librarse de él imaginó le irian dando poco á poco cuanto traian.

Con este acuerdo detuvo toda la comitiva, y para quedar bien con el emperador, les dijo que escribiesen, pues él tambien escribia dando cuenta. Hízose así, fué un propio con las cartas, y á los tres meses, cuando se aguardaba la respuesta, vino el mensajero con las mismas cartas y la fria excusa que en una poblacion distante tres dias de camino, le habian arrestado y tenido preso sin permitir ni que escribiese.

Esta excusa quedó á su fe y no sabemos aún si fué cierta ó uno de los enredos de Manquer, que concitó y conmovió á los galas y á otros gentiles contra el embajador y el Padre, ó si fué que corrompió al correo para dilatar la prision de estos desgraciados caminantes; lo cierto es que fué necesario despachar otro que fué ó más sincero ó más afortunado, porque llegó al emperador quien se irritó por los embustes de Manquer, bien conocido en Etiopia por público embustero, y con brevedad escribió al gobernador Amelmal, que al punto despachase libres al Padre y su embajador, y que los asistiese por cuenta de sus derechos del tributo, y amenazándole de lo contrario con cuanta eficacia cabia.

A los nueve meses volvió este propio y trajo al embajador recluta de algunas ropas de las más ricas de Etiopia, para que pudiese con ellas rescatar las detenciones y malos tratos que le podian ocasionar los régulos por cuyos territorios era preciso pasar.

Con esta carta Amelmal dió buen paso á los huéspedes despues de doce meses que les habia detenido y en que habia con gran malicia dado licencia á sus gentes para que mortificasen á los abisinos, á fin de que estos, por redimir sus vejaciones, saciasen su codicia, como en mucha parte consiguió.

Ahora, en virtud de las nuevas cartas del emperador, los acarició, dió avío y proveyó de ocho caballos por ser los del reino de Cambate los más estimados de todos los de aquellas regiones.

Con este buen fin de un cortés cautiverio salieron el embajador y el P. Antonio para el reino de Alaba, donde gobernaba un régulo moro que se llamaba Alico; tuvo esta noticia Manquer, á quien Amelmal tenia arrestado hasta que volviesen las cartas del emperador, porque este gobernador era hombre de prudencia y de reserva y no creyó á Manquer, ántes con prevenida cautela arrestó á todos hasta saber la verdad.

Manquer, pues, no cuidando de sí, tuvo grande empeño en prevenir á Alico, á quien envió cartas bien notadas para lograr con sus escritos lo que no habia logrado con su persuasion.

Por otra parte, la mayor parte de los criados del embajador se despidieron en Cambate, porque doce meses de prision despues de un camino tan penoso les llegaron á desesperar tanto, que ó dieron por perdida la empresa ó

acabaron en Cambate con la paciencia, de donde vino á ser que el embajador y el Padre entraron en Alaba con poca escolta; ignoraban las cartas de Manquer, por lo cual, enviando delante un correo á Alico, régulo moro de Alaba, con cartas y un presente, le mandó prender, y llegando el Padre y el embajador, los entretuvo tres dias sin concederles pasaporte, ántes, mostrando dificultad en la gracia, dió tiempo á que Manquer llegase, porque, si bien le tenia preso Amelmal temiendo que si le daba libertad seguiria á los viajantes para lograr en otro reino lo que habia malogrado en Cambate, tuvo él disposicion de escaparse y llegó á hablar á Alico.

Aquí empleó su elocuencia contra el P. Antonio; reveló cómo era católico romano y que el viaje era dirigido á Portugal á buscar portugueses; este nombre era temido de todos los régulos, porque ninguno se creia seguro si una partida de portugueses fijaba el pié en Etiopia; este respeto se ganó el valor de los portugueses y la lealtad con que habian asistido al Preste-Juan.

Alico, que ya con testigo halló motivo para robar al embajador todo lo que traia para repartir entre muchos, y que nada le convenia más que evitar cuanto fuese entrada de portugueses en su reino tan corto y tan débil, mandó prender al embajador y al P. Antonio.

Aquí les inspiró Dios una diligencia que les importó la vida, y fué quemar las cartas que traian del Preste-Juan pidiendo el socorro; porque el moro mandó requerir todos los fardos y las personas de toda la comitiva, y al fin, la acusacion de Manquer quedó en sospecha; que á no haber quemado el Padre á tiempo las cartas, estas aseguraban la acusacion, y sin duda hubieran padecido las personas del embajador y el Padre, pues por solas las sospechas intentó quitarles la vida, lo que segun su intencion hubiera hecho, sino hubiera hallado resistencia en los moros, sus consejeros, que le dijeron que no obrase contra el derecho de las gentes.

Entre otros, un viejo entre ellos venerable, dió por medio que se les volviese á enviar como á los Magos por otro camino, haciendo que retrocediesen á Etiopia, con que decia que se quedaba bien con el emperador, enviándole aquellos sus súbditos, de quien podia haber tambien fundadas sospechas, y que por ellas podia el rey quedarse con la balija.

Este consejo, favorable á la codicia, tomó Alico, y quedándose con todo el equipaje y regalos que llevaban, concedió á los pasajeros algunos caballos para hacer el viaje; con esto les mandó salir camino derecho, que tomaron mal de su grado, pero obligados de la necesidad y de la fuerza.

En este viaje no les faltaron sustos y peligros; pero Dios les libró de ellos por el medio de los caballos de Cambate; porque, dados á unos galas, estos, agradecidos les sirvieron de escolta hasta entrar en lo interior de Etiopia,

adonde dieron noticia á Seltán Segued de sus penosas tentativas en el viaje, en que sólo habian conseguido el desengaño de que no era posible, pues todos los régulos estaban sobre el aviso de que la intencion era abrir camino para dar entrada á los portugueses.

Mucho sintió el emperador que no se lograse su idea en que fiaba su firmeza, y cuando vivia informado de todo, reconoció el gran partido que en la corte tenia contra sí, sabiendo que Manquer habia tenido la avilantez de volver á Etiopia y entrarse en la corte, confiado en los favorecedores que le aseguraban y á quienes habia servido.

Este abuso irritó el ánimo del emperador, que mandándole prender le hizo causa á su modo de proceder, y le condenó á muerte; pero sabido por el P. Antonio Fernandez, hizo tanto esfuerzo para con el emperador por el perdon, que llegó al término de hincarse de rodillas, de donde no se levantó hasta conseguir su piadoso fin, enseñando á los abisinos el modo no sólo de perdonar, sino de hacer bien á los enemigos.

Esto fué ejemplo bien digno de memoria; pero no podemos pasar en olvido que si á Manquer le perdonó la justicia humana, no le quiso perdonar la divina, porque, conmutada la pena de muerte en destierro, no sabiendo cómo vivir, se refugió á los galas que le recibieron de buena gana, porque, sabiendo su vida, les pareció ser muy hermanable á sus costumbres.

Aquí, á pocos dias salió con una partida á sus correrías, y en el primer encuentro un golpe de bala le quebró un brazo y derribó del caballo, cuyo golpe le maltrató mucho; siguieron los demás galas su camino y encuentro, y á la vuelta registrándole tan maltratado, tuvieron por misericordia librarle de la pena, quitándole la vida á golpes de sus armas, muriendo violenta y desgraciadamente á manos de los mismos en quienes habia fiado su refugio; digno castigo de quien fué traidor á la ley, á su patria y á su rey, y sólo habia fiado su seguridad entre traidores, que por falsa misericordia acabaron con la muerte, que por cristiana piedad habia perdonado el P. Antonio Fernandez, el cual gastó en este penoso viaje un año y siete meses en los continuos trabajos y sustos que hemos visto.

En tanto que el P. Antonio Fernandez estaba en el continuo afan de su viaje, no descansaban los demás jesuitas que se quedaron en Etiopia. Desde el principio que allí entraron los nuestros, tuvieron por ocupacion muy propia, y lo fué muy útil, traducir libros de Europa que tratasen los puntos de las herejías de aquel imperio; ahora que el emperador era tan favorecedor de los Padres, juzgaron el mejor tiempo para extender los traducidos y traducir otros de nuevo, como lo hicieron, y en aquel idioma habia ya los libros de nuestro Ribera, sobre la epístola *ad Hebraeos;* del Cardenal Toledo los

Comentarios de la Epístola *ad Romanos;* Viegas *in Apocalip.* y otros, y los catecismos eran libros comunes.

Esto daba motivo á que se hablase mucho y se disputasen materias de religion; los monjes, inquietos á esta novedad, acudieron al emperador, y como en la corte tenian arrimo y voz, el emperador, que era avisado, mostró falso disgusto y respondió que el medio para hacer callar á todos, era que se disputase de una vez, y se declarase cuál era la doctrina verdadera, y que para esto queria que la disputa fuese pública en su corte y ante su real persona.

Este medio estaba ya concordado con los PP. Pedro Paez y Luis de Acevedo; convínose el dia de este público desafío, cuyo padrino de ambas partes y juez habia de ser el emperador Seltán; el sitio era el real ó palacio; avisóse á aquellos que, por su estado de monjes ó por sus puestos, debian tener noticia de sus libros y de su doctrina, y singularmente algunos que se preciaban de muy doctos y lograban esta fama.

Llegó el dia señalado y muy deseado de los Padres, que acudieron á palacio; no faltaron los arguyentes, fiados en la hinchazon de su soberbia más que en lo seguro de su sabiduría; salió el emperador al teatro, que se componia de los principales de su corte, y entre estos habia sus dos partidos, no por ciencia, sino por afecto; estaban los abisinos, letrados y eclesiásticos á un lado, y los Padres á otro.

El emperador hizo una grave bien estudiada oracion, acordándolos que estaba presente para el respeto, y que á lo que venia era á saber la verdad, y que por tener la religion abisina varios dogmas en que se diferenciaba de la romana, queria que, para evitar la confusion, se tratasen los puntos uno por uno, y elegia para aquel dia la cuestion de *si en Cristo habia dos naturalezas, humana y divina, ó sólo una,* como decian los abisinos, como que este era el punto principalísimo en que se discordaba.

Callaron todos, y los Padres, como actores, defendieron clara y distintamente en Cristo las dos naturalezas, la *divina y la humana,* unida esta hipostáticamente al Verbo, haciendo un compuesto que llamamos Cristo, quien padeció por ser hombre y obró maravillas por ser Dios; esto lo probaron los Padres con los Concilios antiguos, con los testimonios de Santos Padres, y singularmente con los textos que ellos recibian de aquel su libro que llaman *Aymanot,* que es una coleccion ó impresion de varios Santos Padres.

Abrióse el libro, leyeron todos los textos que los Padres citaban, y en ellos clara la doctrina católica; esta reconvencion fué tan eficaz, que los que se tenian por tan sabios no tuvieron que dar más respuesta que rendirse muchos á la razon, como lo hicieron, y callar otros por respeto á la Majestad,

que los contuvo en prorrumpir en baldones, que hubieran sido confirmacion de estar concluidos y desahogo de su pérfida voluntad.

Esto lo logró un monje más atrevido que los demás, que para detener la resolucion del emperador, pidió segunda disputa con el pretexto de no estar en la primera dueño de la cuestion; concedió el emperador la súplica, diciendo que no se podia resistir, cuando deseaba apurar la verdad.

Llegó el dia, y repitiendo los Padres sus argumentos, el hinchado monje, fiado en la perfidia de los que le defendian y guardaban, respondió nada á los argumentos y razones, y mucho contra la modestia de los Padres, á quien cargó de baldones, llamándoles inquietadores del imperio, merecedores de perpetuo destierro y de otros castigos, sin atender al respeto que debia á la presencia del emperador.

Este le mandó prender por libre y ménos respetuoso, y aun desvergonzado, y el primer intento del emperador fué condenarle á muerte, si bien por consejo de los Padres se conmutó en cárcel perpetua; y pareció mejor acuerdo el triunfo de la religion, mandando el emperador publicar edicto á voz de pregonero, en que declaraba que nadie fuese osado á enseñar ni á decir en adelante que en Cristo sólo habia una naturaleza, confesando todos dos naturalezas, una humana y otra divina, como lo tenian declarado los Concilios y los Santos Padres, segun que, habiéndose disputado delante del emperador, habian quedado concluidos y convencidos sus monjes.

Este fué el primer triunfo que en Etiopia tuvo la religion católica, en mayo de 1613, oyéndose en aquellos campos un clarin, cuyo eco hacia armonía en los cielos, y era gozo á los ministros de Dios en el suelo, que con tanto sudor habian conseguido aquel fruto.

Oyó esta voz el Abuma, Vice-patriarca de Alejandría, y voló á la corte, echando llamas de falso celo de su héretica secta; pero atajóle el emperador, prevenido de los Padres, con ofrecerle tercera disputa en que él asistiese y con licencia de que llamase á los sujetos que por muy teólogos fuesen de su confianza: admitió el Abuma que traia consigo sus consejeros; señaló dia muy vecino por no dilatar el desengaño.

Y así fué, porque en esta ocasion, como en la primera, se dieron por concluidos los abisinos, algunos con sincera confesion, reduciéndose á la verdad católica, otros con el silencio pertinaz, no teniendo qué responder y no queriendo confesar; lo que visto por el emperador, mandó se publicase en todo el imperio segunda vez la verdad católica, para que ninguno pudiese alegar ignorancia, resonando segunda vez en los aires el triunfo de la religion y las verdades católicas que tantos años habian sido ocultas á su ceguedad.

Este convencimiento del Abuma y el haber quedado tan desairado en la

disputa, irritó su soberbia y procuró juntar partido, tentando lograr por fuerza lo que no podia concluir con razon; hizo de su partido á Emaná-Cristos, hermano de madre del emperador, que era virrey de Tigre, y ambos enemigos del Ras Cela-Cristos, y por oponerse y derribar á este, tomaron la defensa de la religion abisina é hicieron un gran partido.

Estaba este fuego bien encendido, pero reconcentrado; su primera chispa fué fijar en la iglesia edictos el Abuma, en que excomulgaba á todos los que dijesen que en Cristo habia dos naturalezas, divina y humana; este golpe dado en la puerta de la iglesia á la presencia del emperador y en su corte, llegó al corazon del príncipe, y le juzgó desacato á la Majestad y querer con un papel oscurecer sus pregones ó limitar sus decretos.

En Etiopia la potestad imperial es igualmente juez de los eclesiásticos que de los seglares, y así, para atajar el fuego, mandó á sus jueces que hiciesen la causa y castigasen al Abuma; esta novedad inquietó los humores, y á este tiempo Emaná hizo una llamada para divertir las fuerzas, porque los Agaus, nacion de quien daremos despues noticia, en el reino de Goyán vecino á Tigre, se levantaron con los tributos, y á no acudir el emperador en persona, se levantaba el reino y no se podia fiar la empresa á Emaná, á quien tocaba, por el temor de que él la fomentaba.

Vióse en estrecho el emperador: acudió á los levantados, dejando bien amenazado al Abuma; este no se atemorizó con fieros, porque tenia de su parte poder y fingia su soberbia más partido que el que lograba; es verdad que por lo comun en todas partes es mayor el número de los malos, y estos se alistaban en un imperio libre con el partido de los descontentos y con el de los perturbadores, que siempre son muchos en Etiopia.

Podia fiarse mejor que en otras ocasiones el Abuma, y se fió; porque no por la causa empezada ablandó su rigor, ántes, saliendo de la corte el emperador y mudando su real, prosiguió esgrimiendo su espada de excomuniones, y luego á su modo abrió su tribunal haciendo causas de herejes á los que seguian á los católicos, acusándolos como rebeldes á sus eclesiásticos preceptos y poco respetuosos á sus padres y abuelos.

Supo el emperador lo que pasaba, y escribió una carta ó despacho al Abuma con términos tan sentidos y graves, y con tales amenazas, que infundió miedo al Abuma, y tomó otro medio más suave pero bien eficaz.

Fué á Goyán armado con recomendacion de su madre llamada Ite Amelmal, y acompañado de muchos magnates y gobernadores del imperio, y mudando estilo, se arrojó á los pies del emperador, llorando y clamando que no mudase la religion de sus abuelos; este era el único argumento en que afirmaban su razon y su creencia contra su propio convencimiento.

Bien conoció Seltán que esta demostracion, aunque parecia muy reverente, venia muy asegurada con empeño de partido no despreciable y era violencia disimulada con la sumision; y tambien hizo la reflexion de que el partido no tenia tanta fuerza que se pudiese fiar de las armas, y se valia de las súplicas, confirmando esta sospecha saber que los coligados con el Abuma meditaban contra la vida del emperador y de Cela-Cristos, con quienes pensaban poder acabar en alguna caza, á cuya diversion eran muy aficionados; con que poniendo resguardo á su persona, despidió con la soberanía y seriedad de ánimo al Abuma, declarándole su atrevimiento, y que conocia y sabia el trato doble de su fingida hipocresía.

Salió mal este lance al Abuma y sus conjurados, y por entónces no osaron más, porque el emperador victorioso de los agaus rebeldes estaba aplaudido del ejército, y cualquier atentado contra su persona hubiera tenido el castigo merecido; por esto se valieron del disimulo y cedieron á la fuerza, reservando en sí el fuego que obró en ocasion más segura.

Tenia consigo el emperador al P. Pedro Paez, á quien habia enviado á llamar, luego que supo que el Abuma venia al real acompañado de su hermano y de un ejército de monjes y monjas; y despedido de su presencia el Abuma, tomó el viaje á Gongorá, sitio de su corte, y le siguió por distinto camino del que habia traido, apagando todas aquellas centellas de rebelion que podian algun dia levantar segunda llama.

Llegó á Gongorá, y el P. Paez, deseando agradar al emperador, de quien tanto dependia y que tanto abrigo daba á la verdadera religion y sus ministros, se ingenió con gran trabajo á enseñar á los abisinos á labrar madera, hacer adobes, cocer ladrillos, quemar cal; y al fin, tanto supo idear y ejecutar, que consiguió formar en breve un magnífico palacio al modo de Europa, con patios, corredores, antesalas, retretes, miradores y todo cuanto puede idear la conveniencia, la delicia ó la ostentacion, y dió al emperador un milagro del arte, que por tal se miraba en Etiopia, y á toda Etiopia la satisfaccion de que lo que los portugueses decian de Europa no era fantasía, sino real y física evidencia no creida de su ceguedad.

No fué inútil este palacio y sus retretes al emperador para poder tratar los negocios en secreto, como trató con el P. Paez de la inquietud del Abuma que se quedó en Goyán; pasó al reino de Tigre, y aquí, favorecido de Julios virrey y yerno del emperador, publicó segundo decreto excomulgando á todos los que dijesen que en Cristo habia dos naturalezas, y libertando á los criados de la sujecion de sus amos, y á los hijos del respeto debido á sus padres, si los oian esta proposicion ó si sabian que asentian á ella.

A esta noticia, que llegó á oidos del emperador, puso remedio escribiendo

al Abuma que no tenia libertad ni poder para inquietar el imperio; que la dignidad imperial no gozaba fuero eclesiástico para excomulgarle, pero que tuviese entendido usaria de todo su poder, y que, á no quitar inmediatamente estos escandalosos edictos, derribaria de sus hombros la cabeza y acabaria con la raíz de la discordia.

No se atrevió á resistir el Abuma, pero logró la ocasion, y con título de queja fué él en persona con Julios su yerno, Emaná-Cristos su hermano, y juntos con un eunuco llamado Casso solicitaron audiencia; lográronla, porque el eunuco Casso tenia el oficio como de mayordomo mayor, que ellos llaman *Bellatina Goitia*, y es el segundo oficio de Etiopia.

Con este amparo tenian franca la puerta, aunque no todas las de palacio; entraron, y el intento era que Julios pidiese dos ó tres cosas muy difíciles al emperador, para que, negadas, tuviesen ocasion de sentirse y á pocas palabras llegar á las obras, y sacando las espadas ejecutar la traicion.

De todo era sabedor el emperador por una prima suya á quien estimaba, que era de la secta del Abuma, y le dió cuenta, porque los coligados, como de su misma opinion, no se recataron en confiarla el atentado; y así, con magnanimidad de emperador los oyó quieto y no les dió lugar al insulto; porque, concediendo benignamente cuanto Julios pedia sin reparar en inconvenientes, les ganó una puerta interior que daba á una galería, y entrando de prisa, aunque le quisieron seguir, les dió con ella en los ojos y echó el cerrojo que le aseguró de la traicion, y les dejó con el lance en la mano sin su ejecucion, y descubiertos cómplices de la alevosía.

Quitó á su yerno la dignidad de virreinato de Tigre, que puso en manos de Ras Cela-Cristos, su fiel hermano y muy fiel católico; apeó del puesto al eunuco Casso, y separó de la corte á su hermano mayor Emaná.

Con estos castigos creyó vivir seguro, y más que por el reino se publicó la intentada traicion; y como á todo racional, aun cuando agrada la traicion, ofende el traidor, creyó el emperador que tenia ya poco que temer de estos conjurados, y teniendo noticia de que por la provincia de Funge muchos moros se entraban en el imperio, resolvió ir en persona á rebatirlos.

Logró la ausencia Julios, y pregonó guerra de religion contra Ras Cela-Cristos, virrey de Goyán, publicando que todos los que fuesen fieles á la ley de sus padres y abuelos siguiesen su partido. A esta bandera se juntaron en breve multitud de voluntarios, y hallándose á la cabeza de un poderoso ejército, por consejo del Abuma torció el camino, y fué á buscar á su suegro, con resolucion de ejecutar con ejército lo que no habia podido conseguir por traicion.

Iba con él el Abuma, y entre los dos se cantaba la victoria, porque, sobre

llevar mucha gente y ser ya en Etiopia esta guerra guerra de religion, tenian con este motivo corrompidos á muchos cabos de las tropas del emperador, que vivia enteramente ignorante de todo; sólo tuvo la noticia cuando fué causa de mayor aprieto; porque volviendo á la corte, vencidos los moros, supo que Julios iba contra Ras Cela Cristos, y para reforzarle, destacó parte de su ejército; con que cuando con la mudanza de Julios este le encontró, estaba con ejército corto, y parte de él desmembrado, y sin saberlo él mucha parte corrompida.

Era Seltán valiente y gran capitan; cupo en su corazon el lance sin inquietarle ni batirle el susto; dispuso bien su gente, y ganó terreno muy ventajoso; apareció Julios, y no tuvo tanto cuidado de componer su gente, porque fió más en sí mismo y en la traicion que aguardaba del ejército del emperador; efectivamente, tomó el caballo y al frente de todo su ejército caminó al del emperador, hasta que llegando á tiro, hizo seña á su ejército, y picó el caballo, entrándose por las huestes con su espada desnuda, preguntaba por el emperador.

Empeñóse más porque á la verdad no se fiaba en vago, pues los primeros escuadrones le dieron paso franco, admitiéndole y obedeciéndole en dar la noticia que pedia, aunque con más prudencia que la que de suyo lleva aquella gente, ó con mucha reserva hasta ver por quién peleaba la fortuna, se estuvieron en el puesto é hicieron bien; porque Julios, ciego y confiado, iba penetrando el ejército, hasta que llegó á un escuadron, adonde preguntando por el emperador, le respondió un soldado con una piedra tan diestramente apuntada, que entrando por la visera dió el golpe por debajo del ojo derecho tan recio, que le derribó del caballo.

Hasta aquí se vió el soberbio Goliat, derribado del soldado bisoño David; pero no siguió este todo el ejemplo, porque permitió que otro acudiese antes, y dándole uno ó dos golpes para asegurarle, le cortó la cabeza, que presentó al emperador, quien mandó que al punto sobre una lanza se llevase en triunfo delante de su vanguardia.

Apénas la vieron los suyos, volvieron espaldas; entónces sin más órden que la ocasion, acometieron los soldados del emperador á los que huian, desbaratando todo aquel agregado ejército, matando á muchos, hiriendo á otros y disipando aquella nube de voluntarios, que decian que venian á pelear por la religion, pero en el lance no manifestaron el celo.

En esta fuga tropezaron los soldados de Seltán con el Abuma, que fingiéndose Aaron, estaba en un alto rogando por la victoria de los suyos; pero como á cismático, á quien tanto faltaba para profeta, le sucedió todo al contrario; fióse en su dignidad, echaba bendiciones, y un católico, enfada-

do de aquellas hipócritas ceremonias, le dió un golpe de espada, á que él muy sentido, respondió con una carga de excomuniones: «Bien está, dijo el soldado, yo me doy por excomulgado de vos, y ya quiero separaros muy de veras de todos los vuestros; y repitiendo el golpe por el pescuezo, le derribó, y allí en tierra acabó de cortarle la cabeza, que presentó tambien al emperador, que en corto tiempo se vió libre de dos mortales enemigos, habiendo ganado en el año de 1617 la primer victoria de la religion en la primer guerra que por ella se vió en el imperio de Preste-Juan.

Volvió triunfante el emperador á la corte y á su palacio, y á pocos dias llegó el P. Pedro Paez como mediador que se interesaba en las paces con los agaus, que ya ménos bárbaros, las deseaban y las pretendian, reconocidos de que su fiereza no era tan irresistible como pensaban, y que Seltán Segued habia hallado modo de sujetarlos; y para mediador y protector se habian valido del P. Pedro Paez.

Esta gente llamada en Etiopia agaus, son dos naciones ó medio repúblicas que hay en las sierras y montañas del reino de Tigre; unos y otros en el reino Begameder: son gentiles, sin ley ni rey, bárbaros en su trato, sin más cultivo ni gobierno que la luz de la razon no avivada, y sin el gobierno de la obediencia, que no conocen; son muy valientes y en copioso número.

Sus montañas son fértiles; cogen mijo, que comen tostado; abundan en miel, de que sacan aguardiente; comen vaca, de que están pobladísimos sus bosques, pero la comen cruda por este argumento, que allá forma su inculta lógica: la vaca asada deja la sustancia en el fuego, y la cocida en el agua, con que comida cruda, se logra toda aquella sustancia que se habia de perder en el fuego ó en el agua.

Son rudamente ingeniosos; habitan unas montañas cuyas subidas son asperísimas, y las llanuras están circundadas de bosques de árboles altísimos, y el suelo poblado de un cierto género de cañas de poca altura, pero tan firmes, que siendo huecas mantienen sobre sí piedras y resisten á las balas.

De estos bosques forman su mayor fortificacion, porque para penetrar á los valles en que tienen hasta diez y siete poblaciones, no llevan camino derecho, sino que tienen formados laberintos con tantas vueltas y revueltas, con tantas calles, entradas y comunicaciones, que no es pósible seguir el camino sin guía; y como ellos son ladrones de casa, andan todo el dia por aquel enredado número de calles, llevando en su memoria y fantasía el hilo de oro para salir bien de entre la maraña; y así, esta es una segura defensa contra cualquier enemigo, porque, si vence lo agrio de la montaña, en el laberinto le cogen los agaus, y con sus arcos y flechas, en que son diestros, los acaban ó los obligan á que tomen aquellas calles que los guian á precipicios.

Es verdad tambien que viven muy prevenidos para todo adverso accidente, porque en sus poblaciones, que son, como en toda Etiopia, cabañas, tienen formada una ciudad subterránea en unas cuevas, todas con pozos, para lograr agua y retirarse á ellas con provision de vacas; con que como no necesitan del guiso, se pueden mantener defendidos muchos meses, aun en caso que el enemigo gane la campaña.

Su vestido es tan rudo como lo demás de su trato; las pieles de las vacas que comen, saben curtir y sobar á su modo, con que consiguen ponerlas suaves, y de ellas hacen unas zamarras que visten hombres y mujeres.

Su religion era ninguna, medio ateistas y medio gentiles, vivian sin Dios ni ley. Estos que se conservaban bárbaros, como eran racionales, discurriendo en no ser sujetos ni sujetados de nadie, perdieron todo el norte en su gobierno, y con la entrada de Seltán, parecióles que no podian conservarse sino se aliaban con él.

Para esto allá en sus juntas, eligieron tres de los más ladinos ó ménos zafios que bajasen á Etiopia á contratar con el emperador. Raro ejemplo de lo que dicta la luz del entendimiento y de lo que mueve á los hombres aquello que llamamos honra; viéronse avasallados, se conocieron sin remedio, deseaban la paz, pero no la querian sino con honradas condiciones, para lo cual se valieron del P. Pedro Paez, quien los recibió con los brazos abiertos, les ofreció ampararles y les prometió por su medio la gracia del emperador; ellos agradecidos, le ofrecieron tributo de mucha miel todos los años, pero el religioso Padre les respondió: «La verdadera dulzura de mi alma será que me dejeis vivir con vosotros, para que os enseñe la verdadera ley y os plante allá en vuestros valles la república cristiana y política que enteramente os falta.» Ellos convinieron y se quedaron con el Padre, quien los catequizó y enseñó nuestra ley, y como eran ladinos y no tenian especies contrarias que batallasen en su entendimiento, sin dificultad se redujeron á todo.

Hizo el Padre con ellos el viaje á la corte, habló al emperador, é informado, los dió audiencia, y honrándolos mucho, los concedió más de lo que pedian. Quedaron contentísimos, pero el emperador replicó que aquellas y muchas más gracias les haria, como tratasen bien al Padre que iria con ellos á doctrinarles.

Respondieron que les habia agradado mucho la doctrina del Padre, su modo, su cariño, su apacibilidad y el trato que con ellos habia tenido, y así, que no dudase su Majestad de su seguridad y tratamiento. «Eso no, replicó el emperador, con vosotros irá Padre, pero no este,» y convenido con el P. Pedro Paez, se encargó la empresa al P. Francisco Antonio de Angelis, que vivia en Goyán con su virrey el Ras Cela-Cristos.

Admitieron ellos y volvieron á Fremona con el P. Paez, desde donde se dispuso el viaje á sus bosques, llevando al P. Francisco Antonio de Angelis por apóstol, como lo fué todos los ocho años que le duró la vida, pues entró entre los agaus el de 1614 y murió allí, como veremos, en el de 1622, encerrado todo este tiempo en aquella inculta selva sin más pan que el de mijo, y sin mas vianda que la vaca cruda, hasta que reducidos á alguna policía, los convenció á ménos rudo trato, pero siempre bien distante del regalo y la conveniencia.

Al entrar estos embajadores por su laberinto, salian de sus poblaciones aquellos bárbaros, curiosos de saber el despacho del emperador, que oido y publicado en sus ranchos, le celebraron con sus rústicas danzas é instrumentos, flautas, zambombas y otros, en que era más el ruido que la armonía; extrañaron el huésped, pero sabiendo que era de paz, le recibieron todos sin disgusto y algunos con cariño.

Tenia entre otras prendas el Padre ser eminente en la lengua amariña, con que se daba á entender y le oian con agrado; el color blanco era para ellos recomendacion, porque era testimonio de no ser etiope, con quien ellos estaban mal, y porque el color blanco no les era extraño, que es cosa bien rara en la naturaleza que siendo atezados todos los etiopes, estos agaus, en medio de la Etiopia, son todos blancos; con estas condiciones y con el agasajo del Padre, empezaron á oirle, y le oian bien.

Agradóles mucho su apóstol y no les desagradó la doctrina; con quietud y buen trató conquistó sus voluntades y les abrió la luz del entendimiento, con que recibieron muchos, despues de bien catequizados, el agua del bautismo.

Sucedió aquí un caso con que Dios ensalzó la religion por el medio mismo por donde la combatió el comun enemigo, porque, sabida por los galas la entrada del Padre en aquel bosque, tuvieron ánimo para internarse ellos y robar aquellas poblaciones; subieron la montaña, y avisados los agaus, al tiempo mismo de acudir á su laberinto para impedir la marcha, clamó una hechicera, á cuyo maleficio eran muy dados: «No vaya ningun bautizado, porque el agua del bautismo corta las fuerzas y á todos los cogerán.»

Llegó á noticia del Padre; acudió á la tropa y les explicó cómo en la ley de Cristo donde no es lícita ni la ofensa injusta ni la venganza voluntaria, es permitida la justa defensa; que fuesen á guardar su casa; que Dios no queria ni obligaba á que se dejasen robar; con este coloquio prosiguieron su viaje, y como estaban tan hechos á creer á las hechiceras y tan tiernos en la fe, aunque obedecieron al Padre, más fué para probar lo que podian que para fiarse de su valentia. Con esta aprension llegaron á las manos, y como iban de empeño á ver hasta dónde alcanzaban, cada agaus era un leon y muy en

breve dieron con los galas la cuesta abajo con tal precipitacion, que sin seguir los agaus quedaron muertos en los precipicios muchos galas y bien escarmentados de su prueba.

Volvieron á los ranchos ó poblaciones los agaus contentísimos, declarando por embustera pública á la hechicera y atestiguando todos que estaba tan léjos de quitarles las fuerzas el bautismo, que jamás se habian hallado más valientes.

Esto acaso, hoy por hoy, le miramos en Europa con movimiento á la risa; pero haciendo reflexion á aquella simplicidad de gentiles y entendimientos nada cultivados, creeremos el buen suceso que tuvo en la conversion de muchísimos y, al fin, de todos ó casi todos los agaus, que dejó el P. Francisco reducidos á nuestra santa fe, pues allí en todo este tiempo no llegaban más que por ecos las turbulencias é inquietudes de Etiopia, y ellos vivian contentos con lo que llamaban libertad, y vivian cristianos y buenos cristianos.

El P. Francisco estaba con ellos casi todo el año, y sólo bajaba á Etiopia algunas veces llamado del virrey Cela-Cristos, para ganar la gracia del Sacramento de la Penitencia.

En una de estas ocasiones, vadeando un rio no de gran caudal pero sí de tan precipitada corriente, que en su lengua llaman Abea, que significa *muy furioso,* no mal aplicado el nombre por la furia de su corriente, se quebró una maroma en que se afianzaban los pasajeros, idea con que aquella gente suplia el puente, y llevó al Padre á quien arrebató el agua; y aunque los agaus y etíopes con quien iba le sacaron á la orilla, habia ya bebido mucha agua y esta, el susto y el mal trato le ocasionaron la muerte, en que descansó en paz en 21 de octubre año de 1622, despues de haber enviado precursores al cielo muchísimos agaus, y dejar en la tierra convertido en paraíso el bosque, adonde le llevó la providencia para salvacion de innumerables almas.

Fué el P. Francisco Antonio de Angelis napolitano, natural de Sorrento: entró en la Compañía año de 1583 en edad de diez y seis años; en el año de 1602 pasó á la India, y en el de 1605 entró, como hemos visto, en Etiopia; aquí cultivó gloriosamente la viña del Señor trabajando noche y dia, pues sobre la continua tarea de peregrinaciones en busca y solicitud de portugueses y otros cristianos para la administracion de Sacramentos, tradujo en lengua amariña el abultado tomo de Maldonado, sobre *los Evangelios,* y los tomos de Viegas, sobre *el Apocalipsis.*

Era de genio tan suave y amoroso que los mismos gentiles le mudaron el nombre de Angelis en Angel; y lo fué cierto en su pureza y costumbres. Respetábale y amábale tanto Ras Cela-Cristos, que siendo hermano y favorecido del emperador y la primer persona del imperio, nunca vió al Padre que no

le besase la mano descubierta la cabeza, y, aun despues de muerto, por haber fallecido en Colella, lugar de Goyán, vecino á los agaus, á los dos años hizo que á su costa se trasladasen sus huesos, conduciéndolos con pompa fúnebre á Fremona, á fin de que descansasen en compañía de los otros operarios hermanos suyos en la Religion y en la mision; demostraciones que explican la piedad de este príncipe y el concepto con que veneraba al P. Francisco.

La expedicion suya á los agaus y su lucido trabajo nos ha divertido, al parecer, del curso de la historia, aunque en la realidad siendo esta conversion de esta gente, así por su multitud como por lo bien lograda del trabajo la más lucida mision de la Etiopia, no se podia omitir.

Ganó en estos tiempos muchos triunfos la religion y echó muchas raíces su aumento; era cada dia más el número de los católicos, y ya el sudor de los Padres habia logrado tanta miés, que no les era posible ni resistir el sumo trabajo de acudir á tantos, ni cultivar bien la viña que habian plantado. Por esta razon conferenciaron con el emperador Seltán Segued, quien vivia tan fervoroso y cuidadoso, que por sí compuso á costa de regalos y ofertas con el bajá de Suaquen, que diese paso y pasaporte á los armenios cristianos que viniesen de Dio.

Esta máscara santa en vestido y nombre tomaban nuestros Padres para ganar desconocidos la puerta que tuvieran cerrada si los conocieran; y esperando el bajá algun precio, como le ofrecia el emperador por cada uno de los armenios, en una nave que envió á comerciar á Dio, ofreció libre el pasaporte, que lograron el P. Diego de Mattos, portugués, natural de Coimbra, varon de gran virtud y ejemplo, y el P. Antonio Bruno, siciliano, que acabó sus estudios con fama de singular talento.

Ambos sin dificultad en el paso entraron en Etiopia en junio de 1620, y llegando á Fremona, dió órden el P. Pedro Paez que el P. Diego Mattos pasase á la corte y el P. Antonio Bruno se quedase en Fremona, asistiendo á la enfermedad del P. Lorenzo Romano; pero antes que saliese de Fremona el P. Diego, recibieron ambos una carta de Azáge-Tecla-Selase, por otro nombre Tiná, secretario del emperador, en que les daba la bien llegada, y porque esta carta es de un etíope cuya constancia mereció la aureola de mártir, y explica mejor que muchas voces el fruto que conseguian nuestros Padres con sus sudores, y es pieza que satisface á la curiosidad, quiero trasladarla aquí, y es como se sigue:

*Carta de Azáge-Tecla-Selase, por otro nombre Tiná, para los PP. Diego de Mattos y Antonio Bruno.*

«Carta de un hombre bajo y pobre que cree en Jesucristo nuestro Señor, cómo en él están dos naturalezas divina y humana, y que espera alcanzar la vida eterna, llamado Tecla-Selase, que desea llegue á mis señores, honrados apóstoles de Jesucristo, que mandados del mismo Cristo, su Maestro, vinieron de tan léjos con tantos trabajos en la mar y en la tierra, P. Diego de Mattos y P. Antonio Bruno. ¿Cómo están Vuestras Reverencias? La gracia de nuestro Señor Jesucristo quebrante al diablo. Amen.

»Muchas veces tendrán Vuestras Reverencias oido cómo en muchos lugares se levantaron contra nosotros los herejes, procurándonos y deseándonos la muerte; mas Dios nos libró de sus manos. Dicen unas veces que no hay en Cristo más que una naturaleza, otras que la humanidad está en todo lugar, y es igual en todo á la divinidad; dicen que el Padre y el Espíritu Santo son Dios del Hijo, y que le dominan en la divinidad y humanidad, y traen por razon de sus errores la palabra del Evangelio, que dice: «Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios» y otros lugares de la Escritura, y no saben cómo Cristo nuestro Señor no tiene Señor sobre su divinidad, sino sobre su humanidad, y todas tres divinas personas le dan forma y figura como á hombre.

»Y en la Misa suya dicen sobre el Santísimo Sacramento: «Tres son los hombres gobernadores del mundo;» clamando contra ellos los 300 doctores del Concilio Niceno, que dicen: «Creemos en un solo Dios Todopoderoso.» Mas nuestro Dios verdadero aborrece esta mala fe y ama la fe verdadera de la Iglesia romana, fundada en S. Pedro, piedra firme.

»Ocho años ha que comenzaron estas cosas, en que está de su principio toda la nacion de Etiopia; mas nosotros pocos, despues que entendemos los libros sagrados y oimos la palabra de los Padres, nuestros maestros, creemos en Cristo como ellos y perseveramos en la verdadera fe.

»Dios nos haga ver á Vuestras Reverencias sin morir primero, ya que estamos juntos en la misma fe; no se olviden de encomendarnos á Dios para que lleguemos al fin deseado y no trabajemos en vano, sino que nos haga participantes de su sagrada Pasion y tormentos de la cruz. Tambien me encomiendo al P. Lorenzo Romano, columna de la fe, de quien aprendimos las cosas de Jesucristo. En las santas oraciones de Vuestras Reverencias, mucho me encomiendo.»

Bien se da á entender el consuelo que tendrian los dos huéspedes, cuando

al llegar encontrabran una confesion tan sincera y tan de corazon de nuestra santa fe en un ministro tan elevado y tan cercano al emperador; deseaba verle y comunicarle el P. Mattos, pero por los rigores del invierno no pudo partir á la corte, y en ella apénas tuvo tiempo de conocer las personas, por ser precisa su vuelta á Fremona, á causa de haber faltado el P. Francisco Romano en 4 de enero de 1621, acabando gloriosamente sus trabajos hasta conseguir la muerte sin dejar el campo de batalla.

Fué el P. Lorenzo natural de Roma: su apellido propio era Magnonio, y en Etiopia por mayor suavidad le dieron el nombre de su patria. De ella salió para Portugal á fin de solicitar, pretender y conseguir la Compañía entre los que se alistaban para la India; á esta pasó el año de 1602 en aquella copiosa mision que gobernaron los PP. Vieira y Laercio. De Goa salió para Etiopia el año de 1605, y al siguiente entró en el imperio, como dejamos escrito.

Era, dice el P. Tellez, el P. Romano, uno de aquellos antiguos en lo magnánimo de su corazon, y romano moderno en el respeto y atencion á la religion; aprendió con perfeccion la lengua abisina, y en ella era operario incansable en predicar, doctrinar, catequizar á los abisinos y confesar y administrar los Sacramentos á los católicos, con estos tan caritativo y amoroso, que le llamaban comunmente su *Padre*.

No fué sólo una vez, sino muchas las que le sucedió asistir á enfermos asquerosos, á quienes no bastando el ánimo, el estómago y la caridad á los hermanos y más cercanos parientes, abandonaban al enfermo, y el Padre se encargaba de toda su curacion, y muchas veces de amortajar y componer al difunto, obrando más el parentesco de la caridad que el de la sangre; por esto lloraron todos su muerte, porque en él perdieron Padre que los amaba, maestro que los doctrinaba, virtud que los edificaba y doctrina que los instruia. Falleció á los cincuenta y dos años de su edad, treinta dos de Compañía y diez y seis de incansable operario en los trabajos de Etiopia.

Los Padres todos, y con singularidad el P. Pedro Paez como Superior, no omitian en este mismo tiempo trabajar en el adelantamiento y ensalzamiento de la religion con indecible fruto, por los muchos que se agregaban á la verdadera fe; y quietas ya las olas que se se habian levantado contra el pregon y edicto de las dos naturalezas de Cristo, pareció conveniente publicar otro en que se prohibiese la observacion de los sábados, ceremonia que del precepto de la muerta ley de Moisés conserva la obstinacion de los judíos y la ignorancia de los Abumas, y el ningun cuidado de la religion habia dejado introducir en Etiopia, tan profundamente arraigada, que la hicieron punto de religion, y llamándose cristianos, entre los errores del cisma tenian por muy cristiana la ceremonia ciertamente judaica.

Estos dos puntos, por generales, pareció á los Padres conveniente se prohibiesen por edictos, porque muchas de las deformidades que padecian el uso, materia y forma de los Sacramentos y creencia de ellos, se podian corregir poco á poco, introduciendo el ejercicio y uso católico, y explicándole á cada individuo cuando recibia el Sacramento; pero estos puntos no era bastante que en secreto y en particular se dijesen cuando el error era tan general que todos vivian engañados.

Hízose á este fin el edicto, bien concebido en la claridad y expresion de voces de lo que se mandaba y su motivo; no le oyeron así los turbadores de la paz, y juzgaron oportuna la ocasion de conmoverse. Vivia prevenido y cuidadoso el emperador de cuanto podria sobrevenir; y así, con industria y maña cortó algunas turbulencias que en la misma corte nacian tomando ocasion del edicto, y castigando hasta llegar á pena de muerte á algunos que intentaron hacerse cabezas de partido, con que se logró quietud hasta que en el reino de Begameder su virrey, llamado Joanel, hombre inquieto y que buscaba excusas para revoluciones, recibiendo la órden, la publicó para lograr lo que consiguió, esto es, que conmovido el pueblo con la excusa de no poder refrenarle, se puso á su frente y levantó el reino con el grito de defender la religion.

Esta fué la segunda guerra de religion que hubo en Etiopia, si bien fué poco sangrienta, porque el emperador acudió en persona, y hallando que los rebeldes temian su presencia y se retiraban á las montañas, como era diestro capitan no quiso exponer su ejército, y los consumió con el tiempo; porque, encerrándolos en una breña, los cercó sin permitir entrase ni mantenimiento, ni otro socorro; esto les obligó á muchísimos á mudar partido, recogiéndose en el mejor del emperador, y á otros á huir por quebradas, abandonando al tirano, que hallándose solo, se refugió á los galas, con quien estaba aliado de prevencion.

Recibiéronle los galas, y el emperador más con su capacidad que con su espada desbarató aquel ejército ó aquella rebelion, sin dejar esperanza de poder lavantar segunda vez la cabeza; porque los galas mismos, confederados con Joanel, á pocas instancias y no grande premio, se la cortaron y presentaron al emperador, el cual, ganada sin batalla esta victoria, se volvió á la corte torciendo algo su camino por ver una suntuosa iglesia que con el trabajo de sus manos y direccion habia labrado en Gongorá el Padre Pedro Paez, suntuosísima en su fábrica, cuyos gastos los habia abonado aquel gran católico Ras Cela-Cristos, hermano del emperador, virrey de Goyán.

Este fué el primer templo que levantaron los católicos romanos, que has-

ta ahora, ó habian usado de los que hallaban y purificaban de los cismáticos, ú oficiaban en las tiendas de campaña.

Pagó Dios esta obra con el mayor triunfo; porque, luego que el emperador se restituyó á su corte, en Goyán se levantó una tempestad deshecha: unos pocos, sin cabeza, apellidaban libertad y religion; aplicáronse á ellos, como cabezas, unos señores ó elevados en el imperio, parientes de Ras Cela-Cristos, y con este arrimo se juntó tanta gente, que por fundadores de país libre, se intitulan los *damotes*, y su fin era fundar ranchos ó lugares al uso de Etiopia, y con su nombre particular de *damotes*, abrigar á cuantos se alistasen contra la religion católica, creyendo que todo su imperio seria su tributario, trocando respetos y quedando eterna la memoria de que á los *damotes* y su creencia se habia unido el imperio, porque se habian resistido á la novedad.

Esta falsa imaginacion y rebelion verdadera hinchó mucho las velas de su vanidad, que cobraron mucha fuerza con el número de soldados y parciales que se les agregaron, y con tomar las banderas de los monjes, hasta el número de 400, sin entrar aquí á un celebrado ermitaño, cuyo nombre era Batacu, estimado entre ellos por muy docto y muy santo.

Ras Cela Cristos, viendo esta revolucion, y siendo parientes suyos las cabezas, creyó deber prevenirles con el consejo que les dió por una carta, procurando reducir su perfidia á razon; esta benignidad se interpretó á falta de poder, y la respuesta fué intimar con soberbia que ellos no hacian guerra al emperador, sino á las novedades, y que eran soldados por la religion de sus padres y abuelos; que cesarian en su levantamiento, como cesase el emperador en sus decretos, y en vez de novedades en su fe, desterrase á los Padres de su imperio.

Esta soberbia obligó á Ras Cela-Cristos á ponerse á la cabeza de los soldados, de que ya vivia prevenido, y presentarse á la frente de los damotes, que fiaban en el socorro de su venerado santo Batacu y 400 monjes que aseguraban la victoria, y más que en esta ocasion, ni los monjes ni Batacu se fingieron Aarones, á quien bastaba levantar las manos, y así, quisieron jugar las armas, sabiendo lo mal que habia salido aquella fantasía por dos veces á dos Abumas.

Avistáronse los dos ejércitos, y los damotes hallaron aumentado el suyo con un tercio del ejército de Cela-Cristos, á quien desampararon en la ocasion todos los que no eran católicos, de suerte que con el virrey quedó solo el corto número de 40 portugueses y 6.000 abisinos, todos leales á Dios en su santa ley, y un solo gentil, que como servia por salario, le creyó más seguro en el virrey que en los damotes.

Estos contaban sobre los 400 monjes en quien fiaban mucho, hasta 12.000 hombres; con este exceso fué su primer cuidado cortar la retirada á Ras Cela-Cristos, para obligarle á la batalla; volvió sobre sí Cela-Cristos, conoció la ventaja, pero como buen católico fió más en Dios que sus enemigos aseguraban en su poder; empezó el lance por escaramuza, durante la cual repitió recado á los rebeldes ofreciéndoles la paz. Volvió el mensajero con respuesta muy proporcionada á la primera, y más libre, con la espada en la mano, desafiando y amenazando esgrimir de recio el acero que hasta entónces era de galantería.

Con este desengaño, invocando á Dios, mandó acometer, y el golpe primero fué tan recio, que con él los pocos católicos destrozaron enteramente al enemigo; de los 400 monjes murieron en el combate 250, y entre ellos aquel falso ermitaño que quiso jugar la espingarda y no supo valerse de la rodela para su defensa, y se vió con sus armas en la mano y con un golpe en el pecho, que derribándole en tierra, le quitó la vida, aunque gritaba, excomulgando á quien le hacia mal.

Siguió el alcance Cela Cristos; dejó en el campo 5.000 enemigos muertos, sin contar los heridos que tuvieron tiempo ó fortuna de salvarse; disipando en aquel dia con solo un lance la nueva milicia de los damotes, que jamás volvió á levantar cabeza. Mandó recoger su gente el virrey, y queriendo formar lista de muertos y heridos, se hallaron las huestes tan completas, que los 6.000 hombres que entraron en la batalla, todos guardaban sus puestos conseguida la victoria. La muerte de uno solo hizo más célebre la asistencia divina, porque sólo faltaba aquel gentil estipendiario del virrey, explicando Dios con este suceso cuánto se servia con la religion de Etiopia y cuán de su agrado era el servicio de los jesuitas en el cultivo de aquella viña que disponia que floreciese con maravillas.

No dejó pasar esta especie sin la debida reflexion el emperador Seltán Segued, considerando el lance al modo que los más gloriosos monarcas debian pensar estos que llaman accidentes de fortuna. Hasta ahora habia sido valiente soldado por la religion; la amaba, pero no la abrazaba; temia al pueblo y se temia á sí. Como la Etiopia se inquietaba á cualquier decreto de la religion, veia vacilante el cetro, si se declaraba católico, y aún en naciones no bárbaras sabemos y lloramos cuán poderoso es un cetro para gobernar á los príncipes en puntos de religion.

Este temor le habia impedido su celoso ánimo; deseaba su corazon, pero su deseo llegaba hasta los estrados del solio; el peligro de que, ó vacilase el cetro ó le destronase el furor contenia los deseos. Vióse en este caso que Dios, supremo Señor, sabia muy bien destruir un ejército de asirios con una

mano en el término de una noche y acabar con 180.000 hombres sin trabajo de su pueblo, y que este prodigio le imitaba en Etiopia, destruyendo á sus enemigos en lance en que toda prudencia humana resistia á la victoria; y ensanchando Dios su corazon, estando en Dovara el año de 1622, envió á llamar al P. Pedro Paez, y bien catequizado é instruido en los dogmas y preceptos de nuestra santa fe, se confesó en público con el Padre, se declaró por católico romano, despidió todas las mujeres, que segun el estilo de Etiopia tenia multiplicadas, celebró casamiento legítimo con la primera que habia tomado, y quedó el trono enteramente en manos de los católicos, porque prudentemente habia tiempo antes prevenido lo fuesen todos los que asistian á su persona.

Este gran ensalzamiento de la religion que con esta ocasion se entronizó en Etiopia, fué el mayor fundamento en que podia fundarse la conversion de todo el imperio, y el mayor gozo que podia llenar el corazon del P. Pedro Paez, que entonó en accion de gracias aquel tan conveniente cántico del *Nunc dimittis*, y podemos decir que apénas le acabó, cuando espiró su luz, como que ya habia logrado el deseado fruto de sus trabajos, espirando en paz y en olor de santidad.

Socorrió Dios la mision de Etiopia y reemplazó la falta del P. Pedro Paez con la recluta de cuatro jesuitas que el P. Mucio Witeleski mandó pasasen en su nombre á saludar al emperador Seltán Segued: fueron estos los Padres Manuel de Almeida, Manuel Barradas, Luis Cardeira y Francisco Carvallo.

Su viaje desde Goa fué feliz; entraron en Etiopia este año de 1622, y en el mismo se aplicaron al cultivo de la viña. Entre otras cosas, se perfeccionó el arte de arquitectura en un templo que cerca de su corte hizo labrar el emperador, para cuya fábrica sirvió de mucho el uso de la cal, que introdujo un portugués que venia con los Padres.

El emperador vivia contentísimo de verse católico y que en el imperio se habia recibido sin disturbio alguno su conversion, y que sólo alguna ménos decente lengua se afilaba ó en la rabia ó en la envidia, y tal cual presumido de sabio intentaba no alabar la accion por querer impugnar la religion; por lo cual, para hacer callar á los malévolos y dar ánimo á los católicos, mandó á su secretario, aquel gran defensor de nuestra fe, Azáge-Tiná, formase un manifiesto que se publicase por todo el reino, el que, revisto y aprobado por el emperador, se extendió, y era como se sigue:

*Esta carta del emperador Seltán Segued, sea notoria á todos los de nuestro imperio.*

«Oid lo que os decimos y escribimos por el amor de las cosas de la fe santa, toda verdadera, que no tiene ficcion alguna, de la gran ciudad de Roma, Cátedra de S. Pedro, porque nuestro Señor Jesucristo le hizo Príncipe sobre todos sus fieles y le dió el mando con su boca y palabra santa, de quien no puede salir error, y le dijo con palabras firmes que no faltarán hasta el fin del mundo: *Tu es Petrus, et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam*, etc. Y tambien, estando ya cerca de ser crucificado por la redencion del mundo, dijo: *Simon ecce Satanas expetivit vos, ut cribraret sicut triticum ego autem rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* Y despues de su resurreccion, antes de subir en carne á los cielos, le dijo: *Pasce agnos meas, et oves meos, et agniculos meos.* Por amor de todos los hombres dice mis corderos, y por amor de todas las mujeres dice mis ovejas, y por amor de todos los niños dice mis corderillos; y así es el Principado de S. Pedro sobre todos los cristianos.

»Este venerable Príncipe de los Apóstoles, cuando estaba para pasar de este mundo y subir á su Criador para recibir el premio, dejó como herencia este mando y primacía á sus sucesores y herederos de su Cátedra los Pontífices de Roma, y está hasta ahora, y estará hasta el fin del mundo, y no habrá ni hay quien venza á esta primacía y gobierno, ni en los moros, ni en los turcos, porque la fortalece y mantiene la promesa de Jesucristo, que dice: *Et portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

»Y así, cuando se levantó controversia entre los fieles en el primer Concilio en que se juntaron en Nicea 318 varones rectos en la fe, echaron á Arrio fuera de la iglesia, porque afirmaba que el Hijo era criatura. En el Concilio segundo, de 150 Patriarcas y Obispos, echaron de él en la ciudad de Constantinopla á Macedonio, porque tambien afirmaba que el Espíritu Santo era criatura. En el Concilio tercero, de 300 Obispos juntos en Efeso, condenaron á Nestorio y le echaron de la comunion de los fieles, porque dividia á Cristo en dos Personas, una divina y otra humana. En el cuarto Concilio, de 630 Patriarcas y Obispos, en la ciudad de Calcedonia, excomulgaron y echaron fuera al rebelde Dióscoro, porque se unió en la herejía con Eutiques, mezclando la humanidad con la divinidad, poniendo una sóla naturaleza, siendo cierto que hay en Cristo dos naturalezas divina y humana.

»Por razon de la naturaleza divina, los 318 Santos Padres nos pusieron en el Credo las palabras, que dicen: Creemos en el Señor Jesucristo, Unigénito

del Padre, que está con él antes de criar el mundo; y por causa de la humana naturaleza nos pusieron en el mismo Credo las palabras que dicen: Y fué concebido del Espíritu Santo y de la Vírgen María; y nombrar aquí al Espíritu Santo fué porque le formó el cuerpo y le crió el alma en el vientre de la Santísima Vírgen María, con concordia y concurso del Padre, y del Hijo, y del mismo Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios; y dejar de nombrar al Padre, y al Hijo, no fué por no concurrir con el Espíritu Santo, sino para dar á entender que en la Santísima Trinidad, además de las operaciones *ad intra,* hay las operaciones *ad extra,* como nos enseñaron los Santos Padres.

»De las obras *ad extra,* las del poder se atribuyen al Padre, las de la sabiduría al Hijo, las del amor al Espíritu Santo; y como la Encarnacion del Hijo de Dios fué por amor de los hijos de los hombres, por eso los 318 Padres nombraron al Espíritu Santo, por ser obra del amor. Con todo eso, en la virtud, en el poder y en criar las cosas Padre, Hijo y Espíritu Santo son un solo Dios verdadero.

»Y decir de la Vírgen Santa María, es por causa de la naturaleza humana, que se unió en un momento á la Persona Divina del Hijo, el cual es igual en la divinidad al Padre. Y que en Cristo nuestro Señor, siendo una sola Persona, se hallen dos naturalezas, está escrito en todas las Escrituras por el Espíritu Santo. San Mateo dice en el principio de su Evangelio: *Liber generationis Iesucristi, Filii David, Filii Abraham.* Esto es por razon de la naturaleza humana; y por causa de la divina dice S. Juan: *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.*

La naturaleza divina no tiene tiempo ni hora, mas la humana tiene edad y término, y con estar escrito en todos los libros, lo negó Eutiques, maestro de las maldades, y dice haber en Cristo una sóla naturaleza, mezclando y confundiendo la humanidad con la divinidad.

»A este rebelde siguió Dióscoro y le ayudó con palabras y obras, hasta que hizo matar á Flaviano, Patriarca de Constantinopla, porque excomulgó y quitó el mando á Eutiques y á Dióscoro; y á los demás pertinaces herejes que hubo antes de ellos, como fueron Arrio, Macedonio, Nestorio y Sabelio, sujetó la Cabeza de todas las Iglesias á la Santa Iglesia Romana, por causa de su imperio y primacía, la cual heredó de la potestad de S. Pedro, Príncipe de los Apóstoles.

»Y así, los Patriarcas sucesores de Dióscoro que venian de Alejandría, no predicaban la fe verdadera y enseñaban no haber en Cristo más que una sola naturaleza, y por faltarles la verdadera fe, andaban por caminos que no eran de Patriarcas, ni de Obispos, ni de beneficiados de la Iglesia; mas casaban y

tenian hijos siguiendo la carne, y aún están ahora en nuestra tierra sus hijos y descendientes de los hijos que engendraron y fueron comprendidos en otras cosas que no conviene declarar; vendian las órdenes por oro y piedras de sal; consagraban las piedras del ara por precio de alguna alhaja y dominaban cruelmente á los que se habian de ordenar, haciéndolos primero servir un año ó medio año acarreando palos y piedras para hacer salas y cercas, siendo excomulgados por la palabra de los Apóstoles, que dicen: «Quien comprare ó diere órdenes por dinero, sea excomulgado, sea su parte con Simon Mago y con Judas.

»Al Abuma Márcos convenció el emperador Malac-Segued de muchos delitos sensuales, que ni los oidos pueden escucharlos ni la lengua decirlos, hasta parecer á aquellos por los cuales llovió Dios fuego del cielo, por lo que le privó del Patriarcado y le confiscó los bienes, desterrándole á la isla de Dek, donde acabó de mala muerte, hinchándosele el vientre como un tambor.

»El Abuma Cristos-Dulá tenia muchas concubinas contra la costumbre de los Patriarcas; cosa que saben todos los de aquel tiempo y algunos que viven todavía.

»El Abuma Petros, que tuvo el Patriarcado despues, tomó la mujer de un malaquy, por nombre Miguel, y sabiéndose el delito, pagó la pena de los adúlteros que toman la mujer ajena; y aún hay testigos de esto, como Joseph y Marino, que no son de nuestra tierra sino extranjeros y peregrinos; y acrecentando culpas sobre culpas, despues de reinar siete años el emperador Jacobo, excomulgó toda la gente de Etiopia para que le quitasen el reino y le desterrasen á la provincia de Narea y pusiesen en su lugar al emperador Za-Danguil; y despues, para obligarlos á matar al mismo rey Za-Danguil, puso excomunion, y así, le mataron; y no bastando todo esto, cuando tuvimos guerra con el emperador Jacobo, vino con él á la guerra y murió en la batalla.

»Tambien el Abuma Simam se dió á más culpas y pecados, tomando la mujer de un egipcio llamado Mati, y, sobre forzar muchas doncellas, tenia muchas concubinas, y teniendo un hijo de una, para que no se descubriese su pecado, le echó fuera de casa y se le comieron los lobos por no tener la madre donde poder recogerle; y esto sabe toda la gente y todos los azages que no es mentira.

»En el tiempo que se rebeló Julios, en lugar de hacer las paces y amistad entre nosotros (como es costumbre de los Patriarcas y monjes) se juntó en la traicion, y llamando todos los soldados de Julios, les dijo: «Quien perdonare en el tiempo y dias de la batalla á mancebos, viejos, niños ó cualquiera que se hallare en los reales del emperador, sea excomulgado; quien matare

á todos, sin dejar á ninguno con vida, aunque haya tomado la mujer ajena, robado la casa de otro ó quebrantado todos los diez mandamientos de la ley de Dios, será absuelto por mi boca; quien matare será santo; y quien muriere en manos de los soldados del emperador será mártir. Diciendo esto los entregó, á semejanza de Satanás, y los trajo á pelear contra nosotros: Dios nos dió victoria, y hallándose él en la batalla, la justicia divina le entregó en las manos de los soldados, y murió mala muerte.

»Mas, volviendo á nuestro principal intento, desde Dióscoro hasta el presente, por no obedecer á los Papas de Roma, sucesores en la Cátedra de S. Pedro, fundamento de la Fe y Cabeza de la Santa Iglesia, y por afirmar hay en Cristo una sola naturaleza, siendo dos, divina y humana, y asimismo por no querer obedecer las ordenaciones y cánones de los Apóstoles de nuestro Señor, y por haber trocado los libros sacros á su voluntad, y por no guiarnos por el camino de la verdad, dejamos de obedecer á los Patriarcas de Alejandría, que son jacobitas, porque caminaron por las sendas de sus yerros y siguieron las pisadas de Arrio, Macedonio, Nestorio, Sabellio, Eutiques y Dióscoro; y damos la obediencia al Pontífice de Roma por estar asentado en la Cátedra de S. Pedro, Príncipe de los venerables Apóstoles, y no poder errar aquella Cátedra en alguna cosa de fe y buenas costumbres.

Y vosotros tambien seguid con paz esta santa fe que fundó Cristo nuestro Señor con la preciosa Sangre de su cruz, y la vertió para la salvacion de todos los que creyeren en Él, por los siglos de los siglos. Amen.»

Este manifiesto fué un eficaz sermon á toda Etiopia, porque, sobre la confesion de la verdadera fe, probaba con evidencia el ningun fundamento en que estribaba el cisma predicado, fomentado, mantenido de hombres facinerosos y en quienes la inmunidad eclesiástica y el respeto de supremas cabezas de la Iglesia y la autoridad de Pontífices ó Abumas se veia profanada, y que servia de manto para encubrir maldades, ó de impunidad para ejecutar injusticias.

Y parece cierto que convenció el asunto, pues no hubo inquietud, ni conmocion en el imperio, en que ya se oia con gusto la voz del Evangelio y se alistaban cada dia más y más en las banderas de la Iglesia romana. He tenido especial estudio de ver en las *Relaciones* el número de católicos romanos que se podrian contar en Etiopia, pero me faltó el guarismo; porque si bien, como luego veremos, de algunos se sabe cuidaban de cuarenta mil almas y otros de treinta mil; de otros, ó porque no fueron tan curiosos, ó porque impidió la distancia, no lo podemos saber; pero respecto de las iglesias y templos abiertos que tuvimos, respecto del gran terreno que gobernaban en lo espiritual los jesuitas, en atencion á los muchos clérigos que

se vió precisado el Patriarca á ordenar para poder dar providencia á tantos cristianos como le pedian Pastor, se debe prudentemente creer que la mitad de la Etiopia alta, ó de los abisinos, llegó á lograr la verdadera religion.

Ni contra este prudente juicio hace el haber faltado al tiempo de la persecucion, porque ya hemos prevenido lo poco firmes que son los abisinos en la religion; y es maravilla que con este genio hubiese tanta firmeza en tantos mártires, como veremos, y cada uno de ellos prueba mucho el gran número de cristianos.

A Roma llegaron repetidas las felices noticias del estado de la cristiandad de Etiopia, y el celo de nuestro P. Mucio Witeleski mandó al Provincial de la India que al punto, sin la menor dilacion, reclutase la mision de la India con doce operarios; el Provincial obedeció, usando cuanta epiqueya cupo en la órden, pues en el número de doce incluyó á los cuatro, que de suyo habia enviado, y llenó el número señalando otros ocho.

Aquí se excitó en la India la misma especie que Seltán tuvo en la malograda peregrinacion del P. Antonio Fernandez, y fué buscar camino para no entrar expuestos á la peligrosa cortesía de los turcos; y, á la verdad, era no mala ocasion esta, y se dispuso con prudencia; porque de los ocho, cuatro se encaminaron por la via ordinaria de Dio, Suaquen y Mazúa; estos fueron los PP. Manuel Lameira, natural de Estremóz, el P. Tomé Barneto, natural de Evora, el P. Gaspar Paez, natural de Corvillán, y el P. Jacinto Francisco, natural de Florencia.

Estos en su viaje fueron dichosos, siguiendo la derrota ya conocida, y ahora franca desde Goa á Dio, y de Dio á Suaquen y Mazúa, por cuyo medio llegaron á Etiopia el año de 1622, pero para facilitar la entrada ahora, que en alguna manera parece que habia copia de operarios, asegurados estos cuatro se juzgó conveniente que los otros cuatro probasen fortuna y descubriesen tierra, haciendo pruebas de aquella puerta que deseaba el emperador, y era tan necesaria para entrar sin la salvaguardia del imperio otomano.

A este fin fué señalado el P. Juan de Velasco, castellano, y el P. Jerónimo Lobo, natural de Lisboa, para que por Melinde tentasen el viaje, y el P. Francisco Machado natural de Villa-Real, y el P. Bernardo Pereira, natural de Viseo, para que por Ceilan intentasen medir la linea; esto no estuvo mal ideado, porque de los doce que nuestro P. General mandaba, los cuatro ya estaban en Etiopia, los cuatro marchaban en viaje regular, con que este socorro daba tiempo á que los cuatro restantes probasen fortuna y se saliese de la duda que por Etiopia no se habia podido salir, y se procurase averiguar si desde la India se podia entrar libremente.

Esta idea fué prudente, y el discurso no concluyó más que un desengaño, porque ni unos ni otros lograron más que el tocar las dificultades con evidencia de ser insuperables, pues los Padres Juan de Velasco y Jerónimo Lobo, en Melinde no hallaron aguja de marear para continuar el viaje; ninguno supo darles noticias de hacia dónde caia la Etiopia, ni por dónde podrian tomar los rumbos.

Dijéronles la multitud de reinos y régulos que por aquellas cercanías reinaban, su ninguna fe y su insaciable codicia, matando á cuantos se descuidaban en las campiñas, sin más fin que el robo; añadiendo que, cuando lograsen vida á costa de la providencia, era tentar á Dios intentar el viaje, porque en aquellas naciones, cada uno usaba lengua particular, con que era imposible ni explicar el intento, ni entender la respuesta; con este desengaño volvieron á Goa, desde donde el siguiente año lograron, como veremos, la entrada en su tierra de promision.

Los otros dos aventureros, PP. Francisco Machado y Bernardo Pereira fueron en todo más dichosos, porque desde Ceilan entraron en el reino de Adel que, como hemos visto, confina con Etiopia; pero su rey, á la sazon más grueso en gentes y fuerzas que lo que habia estado, fingió acto de religion oponerse al emperador en los puntos de ella (sin duda por muchos abisinos que habian tomado partido en aquel reino, por no poderse oponer al emperador en Etiopia) viendo que entraban portugueses por su reino, y que esta puerta era no difícil, los recibió con benignidad traidora, los entretuvo con pretextos engañosos, los prendió con fines supuestos, y los martirizó con crueldad verdadera, como se lee en las *Vidas* al tomo VI; con que perdió Etiopia estos dos operarios, cuando ellos lograron el verdadero reino prometido de la gloria, conquistada con la sangre de sus venas.

En este tiempo, quieta la Etiopia, maquinaba el comun enemigo persecuciones y ruinas á la floreciente, aunque recien nacida, religion; valióse para esto de la envidia, vicio tan comun en las cortes, que en ninguna venera ni reserva á lo soberano; el primer fundamento y la mayor base en que confiaban nuestros Padres, era aquel gran católico Ras Cela-Cristos, virrey de Tigre, hermano del emperador.

Como por tal, por su gran talento, por su valor, por su conducta, era el estimado del emperador, y por su piedad era la columna de la fe católica, conocieron los que llevaban mal la religion, que fingian profesar por fuerza, ó disimulaban por interés, que si no destronizaban á Ras Cela Cristos, nunca podrian balancear en punto de religion, porque este héroe, con sola su autoridad habia de vencer sus débiles opiniones.

Y así, para marchitar la flor, tiraron al tronco, y fué tanto lo que la envi-

dia supo maquinar en lo político, que obtuvieron introducir celos en la majestad, y con esta pasion quitó, no sin violencia, al Ras el virreinato de Goyán, que en ellos es la primer dignidad.

Sintió mucho este golpe que miró como afrenta y en que conoció quedaba vencido de sus contrarios, pero, como prudente, no quiso sacar la cara á este esguince de la fortuna, ni inquietar el reino, por no sacar verdaderos á sus émulos, ni ostentar lo que sentia verse sin autoridad, por no poder en estado de particular promover la religion, porque este era el fin oculto de los malévolos que tenian por arma, aunque muy falsa, el poder de la envidia, y quiso dar tiempo al tiempo, esperando aire más favorable en que lograr ocasion para volver por sí.

Esta la creyó en la mano, porque el emperador se halló acometido de un nuevo perturbador que se levantó en Goyán, que destruido antecedentemente, quedando con vida, habia vuelto á levantar cabeza, y el emperador no quiso fiar á otro la empresa, é hizo bien; porque Cela-Cristos en poco tiempo consumió á los levantados y acabó con la vida del principal; pero ni este tan afortunado accidente fué más que ceniza que ocultó el fuego, porque el ánimo del emperador estaba ya celoso, y de esta desunion, de esta centella nació luego contra la religion y contra Cela-Cristos el gran fuego, que veremos.

Ni se debe aquí dejar correr la pluma sin que ocupe algun renglon la noticia de que Ras Cela-Cristos mereció de Dios esta victoria; porque en el tiempo mismo que su ánimo vivia perturbado por los disfavores de su hermano el emperador, y cuando caminaba tan cuidadoso á una guerra de peligro, descansó de toda esta fatiga y se paró en Cercá, donde habia hecho labrar una iglesia, que fué la primera que en Etiopia hubo de cal y ladrillo y asistió á su consagracion que se hizo con solemnidad nunca vista, concurriendo á ella el Ras y todos los demás jesuitas que se pudieron juntar de los que habia en el reino, convocados por el P. Manuel de Almeida, á quien nunca permitió separarse de su persona en el tiempo de su tribulacion.

No obstante esta oculta cizaña, florecia en Etiopa la religion y se deseaba un Patriarca que fuese cabeza de los católicos, acéfalos desde la muerte del Patriarca Andrés de Oviedo; y á la verdad, se hallaba aquella cristiandad florecida y sin quien tuviese jurisdiccion de acudir con el riego debido para que no se marchitasen las flores, administrando el Santo Sacramento de la Confirmacion, tan necesario en aquellos naturales, poco constantes, nada firmes y muy fáciles.

Faltaban operarios, faltaba cabeza y no tenian los católicos á quien con jurisdiccion se sujetasen; el P. Antonio Fernandez, por su antigüedad en

Etiopia y por sus talentos y la aceptacion con el emperador, mandaba más por veneracion de los demás que por título de Superior, aunque le tuvo despues; los jesuitas y toda la cristiandad, que era ya copiosa, venia á ser allí como república, sujetos á la Cabeza de la Iglesia, cuyas órdenes estaban tan distantes y llegaban con suma dificultad.

Todas estas razones se repetian á Portugal y el emperador Seltán Segued, Cela-Cristos y otros católicos repetian las instantes súplicas pidiendo Patriarca; la eleccion en la corte de España era difícil, porque la entrada y el despacho de los jesuitas se consideraba como de soldados voluntarios que se ofrecian; no tenia este celo consecuencia para la nómina de Patriarca, esta se miraba como resolucion de un monarca y colocacion de un Sumo Pontífice, y no era debido obligar á ninguno y exponerle á lo que padeció el primer Patriarca, D. Juan Bermudez, y á las persecuciones que sufrió el último, el venerable P. Andrés de Oviedo.

Enviar el patriarcado á Etiopia era imposible, porque si bien eran muy dignos de la mitra aquellos sujetos, no era posible su consagracion; elegir secular no se miró conveniente, porque D. Juan Bermudez no pudo sufrir aquella barbaridad, y aquel celoso misionero Melchor de Silva, que sufrió constante cinco años hasta que se proveyó de jesuitas el imperio; luego que vió socorrida la cristiandad con cinco jesuitas, volvió á la India, su patria: estas experiencias retraian mucho.

Al fin, como las instancias de Etiopia eran tantas como las cartas, se resolvió ofrecer el patriarcado al P. Alfonso Mendez que estaba leyendo Escritura en Evora, despues de haberla leido en Coimbra. Era natural de S. Alejo en la provincia de Alentejo, doctor en Teología y de señalados talentos; habia entrado en la Compañía á los diez y ocho años de su edad el año de 1593, y habia vivido ejemplarmente sin dejarse un ápice llevar su ánimo del aire de su aplauso.

Fiado en estos informes el rey católico y de Portugal, D. Felipe IV, le ofreció por medio de los Superiores de Portugal la dignidad, á que respondió que siendo una autoridad de un gran trabajo, continuo riesgo, sumo afan y ninguna conveniencia, la aceptaba gustoso; la misma respuesta dieron los Coadjutores señalados para la futura del empleo, el P. Diego Seco, natural de Corvillán, con el carácter de Obispo de Nicea, y el P. Juan de Rocha, natural de Lisboa, electo Obispo de Hiérapolis.

Confirmó Su Santidad las elecciones, y el año de 1623 á 12 de marzo se consagraron en la Casa Profesa de Lisboa el señor Patriarca y el Obispo de Nicea, dilatándose la consagracion del Obispo de Hiérapolis por no haber llegado sus Bulas y porque instaba el viaje que se dispuso luego, dándose á

la vela el dia 25 del mismo mes la armada, que constaba de tres galeones de carga y tres navíos de guerra.

En la almiranta, que bogaba con el nombre de *San Francisco Javier*, se embarcó el Patriarca con la mitad de los jesuitas que iban de mision á la India, cuyo número era 17, recluta no corta, aunque nunca bastante para la necesidad que se padecia de obreros en la India y Etiopia; en la capitana, llamada *Santa Isabel*, se embarcó el Obispo de Nicea, el electo de Hierápolis, y la otra mitad de los misioneros.

La navegacion fué penosísima retardando el viaje la continuacion de tormentas de cuyos riesgos salieron tan quebrantados que fué preciso detener se todo el invierno en Mozambique, adonde arribaron á 2 de setiembre con las naos necesitadas de reparo y los navegantes precisados al descanso.

La mayor tribulacion que padeció el Patriarca y los jesuitas fué la falta del señor Obispo de Nicea, P. Diego Seco, que no pudiendo su debilidad sufrir la penosa navegacion faltó en holocausto de caridad de sus hermanos, rendida la naturaleza en la asistencia de los enfermos de la nao, en donde entró una epidemia que acabó á muchos y quitó las fuerzas y la vida al Obispo, enfermero espiritual y temporal de sus prójimos; y por cuanto su gloriosa muerte, su edificativa vida, su religioso celo, piden singular memoria, entre tanto que descansan en Mozambique los viajantes, haremos un breve elogio de este gran jesuita y dignísimo Prelado.

Nació, como hemos visto, en Corvillán, villa celebrada en la provincia de la Vera; á los diez y siete años de su edad, en el de 1591, entró en la Compañía en el colegio de Coimbra, donde cursaba las clases sobresaliendo entre todos por las singulares prendas con que ennoblecia su ilustre nacimiento; pasó su noviciado con edificacion y sus estudios con aplauso; salió filósofo sutil, teólogo profundo y humanista el más celebrado de su tiempo.

Era entónces la edad de oro para esta facultad; lucia en España y en Portugal la poesía y la retórica; dedicáronse á estas amenidades los más floridos ingenios, y á muchos sobresalia el P. Diego Seco; su vasta erudicion con que sazonaba sus escritos, su facilidad en la lengua latina y númen para la poesía, su facundia en la prosa, su dulzura, su discrecion, su propiedad en las voces, hacian sus obras tan apetecidas y estimadas, que imprimiéndose muchas, se hallaban muy pocas.

El Nuncio de Su Santidad en Lisboa se valia de su pluma siempre que tenia que escribir á Roma negocio grave en que se interesaba ó su deseo ó su crédito. El Ilmo. Sr. D. Alfonso de Castel Blanco, trató al Padre de cuya sosegada capacidad y viveza quieta formó tanto concepto, que en Coimbra

le tuvo como por su consejero y era la mano por quien su Ilustrísima repartia muy copiosas y secretas limosnas.

Estas fueron las puerilidades de este varon y en estas ocupó los ocho primeros años despues de sacerdote en las dos cátedras de retórica de Lisboa y Coimbra, en cuyos archivos se conservan hoy como preciosos escritos muchas obras de las que trabajó por diversion.

Era igual en todo su talento: pasó de la cátedra de retórica á la de Filosofía, y de esta á la de Teología en el colegio de Coimbra; de aquí, á pocos años le llamó nuestro Padre General para Revisor en el Colegio Romano, y aquí faltando un maestro de Teología, fué el primer portugués que ocupó cátedra en aquella Universidad y corte de Roma, manifestando en público teatro las relevantes prendas que habia dado á conocer siendo particular.

En esta ocupacion vivia bien empleado y lo más distante que podia de Etiopia, cuando se vió nombrado para la mision con título de Obispo Coadjutor y sucesor del Patriarca: no dudó admitir al punto, obedeciendo á Dios, que sin haber manifestado por sí deseo alguno de pasar á la India, le llamó con la voz de los Superiores contra todas las razones que el mundo podia sugerirle para la excusa.

Era cuatro años mayor de edad y dos más antiguo de Religion que el Patriarca, por consiguiente, era maestro más antiguo en su provincia, y se hallaba condecorado con la cátedra del Colegio Romano, que miraba honra muy singular y honor de su provincia, por ser el primer portugués que habia leido en Roma. Todas estas razones parece debian tener su fuerza, para ser elegido Patriarca y no sustituto, pero todas ellas movieron á su humildad para admitir sin réplica la nómina de sustituto, y venerar como Superior al Patriarca, más nuevo en la Religion y no tan condecorado al juicio de muchos que admiraron en el Padre el sumo silencio que en este punto observó, pues, viniendo á Portugal, no hubo persona que le oyese ni una proposicion de queja ó sentimiento.

Es verdad que esta conformidad y obediencia hizo acordar el semejante acto que cuando mozo habia ejecutado; pues siguiéndose en la antigüedad y grado á leer Artes, al tiempo que respiraba el mayor aire de aplauso en letras humanas, estimado de los Nuncios, de los Obispos y de la grandeza de Portugal; por justos motivos señalaron los Superiores á la cátedra de Artes otro muy lucido, pero tanto más nuevo en Religion que aun estaba sin acabar los estudios; y al mismo tiempo al P. Diego le mudaron de Lisboa á Coimbra, señalando en un dia al más moderno á cátedra de Artes, y al Padre Diego á que continuase en Coimbra el octavo año la ocupacion de la gramática, á que obedeció tan humilde que fué la edificacion de la provincia, que al

siguiente año enmendó como pudo el desaire, restituyéndole la cátedra de Artes, que era debida á sus prendas y habia merecido tan de condigno su humildad y obediencia.

Estas acciones indican su genio; era este suave, de natural amabilísimo, sumamente caritativo con los pobres; nadie le buscó en sus aflicciones que no le hallase; ninguno llegó á sus puertas desconsolado, que no saliese de su presencia satisfecho; á todos servia y á todos deseaba servir; su caridad le acabó la vida, porque en la capitana *Sta. Isabel,* donde iba embarcado, picó una epidemia que mató á muchos, asistiendo el Padre de enfermero, de confesor y de cura en la administracion de Sacramentos.

Siguió la epidemia de los grumetes y gente de mar á los pasajeros, con quienes ejercia el mismo oficio, y subió tan arriba, que dió la muerte á don Diego de Castel-Blanco, capitan de la nao, grande amigo y gran venerador del P. Seco, quien le asistió hasta el último suspiro; pero rendido de este y del antecedente trabajo en el cuidado de todos, y singularmente de los más pobres y despreciados del navío, tocado de la epidemia se rindió á la cama, cuyo descanso logró pocos dias, porque caminó á largos pasos á la apacible muerte, con que durmió en el Señor á los 4 de julio de 1623, dia de la santa reina Isabel, advocacion de la capitana en que estaba embarcado, dejando anegados en lágrimas á los de la nao, sin esperanza á Etiopia, y con dolor á todos los de la Compañía.

En este desconsuelo siguieron su derrotero del infelicísimo viaje, y llegaron como hemos visto á Mozambique, de donde soltaron velas para Goa por primavera, y llegaron á 18 de mayo de 1624. En el mar encontraron un navío, que traia cartas al Patriarca con órden ó aviso que no pasase á Dio, por haber la codicia cerrado el paso para Suaquen y Mazúa.

Fué el accidente, que aquel año el gobernador de Dio habia cargado tanto las mercaderías en su aduana, y habia tiranizado tanto á los mercaderes, que aquellos bárbaros cuya amistad la mantenia solo el interés, viendo no sólo fallido su fundamento, pero tiranizada su codiciosa faena, publicaron que no volverian, y que en Suaquen recobrarian con intereses los daños, que violentamente les obligaban á padecer; con cuya novedad, ni se atrevian á ir mercaderes portugueses á Suaquen, ni venian los turcos á Dio.

Añadióse por confirmacion carta del emperador para el señor Patriarca, en que, despues de darle la bien llegada que deseaba, le decia no dirigiese su viaje por Suaquen, porque su gobernador turco habia rescindido el contrato que tenia con Etiopia por la razon referida, é intimado, le haria presa y tomaria por derecho de prenda de los daños recibidos á cualquier portugués ó armenio que pudiese haber á las manos; y que el viaje más seguro

era por Bailur, por el reino de Dancali, cuyo rey tenia ya dado permiso.

Con esta noticia paró el Patriarca en Bazain, donde estaba el P. Jerónimo Lobo de vuelta de Dio, por hallarse desesperado de ocasion para Etiopia. Aquí en Bazain habia no pocas dificultades; al fin el P. Lobo volvió á Dio, de cuyo gobernador se dependia en un todo, y con su licencia y concierto ajustó un mercader, que armó dos galeotas, para que se embarcasen en una el Patriarca y el P. Jerónimo Lobo en otra; y por reserva un navío de alto bordo, bien equipado para la defensa, caso que los piratas, de que están infestados aquellos mares, asaltasen á las embarcaciones.

Aquí, con el señor Patriarca, lograron la entrada los PP. Juan de Velasco, Jerónimo Lobo, Bruno de Santa Cruz y Francisco Marqués. A todos libró Dios de manifiestos peligros en el viaje, y los dirigió su providencia sin saber el rumbo que debian tomar para Bailur, cuya situacion no describia carta alguna; pero dirigiendo la proa al norte, se hallaron en frente de Bailur en pocos dias de navegacion.

Cuenta por sí mismo este viaje el señor Patriarca, explicando menudamente todas sus circunstancias, y los casi visibles favores del cielo, sin cuya singular providencia no parece posible hubieran aportado; estas menudencias omito en este compendio, bastándonos para dar gracias á Dios, saberlas por mayor; y para seguir el hilo de la historia, sirva la noticia de que á 2 de mayo de 1625, desembarcaron en Bailur, y á los 17 de junio llegaron á Fremona con grande alborozo de todos los católicos, empezando á cobrar los frutos de su Patriarcado el P. Alfonso, en hambres, sed, sustos, trabajos, peligros y sufrimientos, como lo explica con ternura en su carta, y nosotros no repetimos, porque, como esta era la vida comun y la continua fatiga de nuestros Padres, donde el pan de lágrimas era el sustento, y el afan el descanso, fuera preciso, al querer referir estas penalidades, repetir en cada plana las desdichas.

Con esta vida y tomando informes de cuanto pasaba en Etiopia para dirigir su gobierno, y en comunicacion de cartas con el emperador y grandes de Etiopia, se detuvo el Patriarca en Fremona hasta el mes de setiembre, encerrado sin salir de aquel paraje, por la disposicion del clima; porque con la suma desigual del terreno, en las cumbres de sus elevadísimas montañas son continuos los aires frios que corresponden al invierno los meses, que lo es en aquella region; y en los valles, porque el sol es claro, descarga tanto sus rayos, que abrasa y quema; cuya repetida mudanza es causa de destemplanza de humores en quien hace viaje, y ni aun etíope se encuentra que quiera llevar una carta por la experiencia de que es raro el que camina algunos dias, que no pague con la muerte su arrojo, y ninguno el que no padez-

ca grave enfermedad por descanso del camino; por lo cual todos viven encerrados en el paraje en que los cogió junio; y al Patriarca y emperador no les fué incómoda la dilacion, para disponer y reglar en este tiempo el órden de la funcion que meditaba, la más célebre que vió Etiopia.

Porque reglado ya el ceremonial y llegado setiembre, en que abrió el tiempo, salió el Patriarca de Fremona y se enderezó á la corte; siguió su camino, asistido y cuidado de muchos ministros del emperador, muchos parciales y criados del Ras Cela-Cristos, que á fin de servirle vinieron con tiempo á Fremona.

Visitó en el camino varias iglesias que ya habia del rito romano, unas labradas de nuevo, otras purificadas del antiguo cisma; y tambien lograron de su presencia direccion y órdenes algunos jesuitas, que por razon de la intemperie no habian podido ir á Fremona á dar la debida obediencia.

Entre otros, salió al camino el P. Luis Cardeira escoltando una larga procesion de niños etíopes, que gobernaba en un poblado seminario, á quienes, demás de la doctrina católica, habia enseñado canto llano, y á su solfa entonaron el *Benedictus Dominus Deus Israel*, á compás de armonía devota en el mundo y gloriosa en el cielo.

Agradeció con sus lágrimas el cuidado y celo el Patriarca, y lloraron todos, acordándose de la triunfante entrada de Cristo en Jerusalen, donde los niños celebraron con palmas á aquel Señor á quien los sacerdotes y pueblo pidieron para la cruz al cuarto dia del triunfo.

Es verdad que no por esto debemos abandonar las empresas de la fe, cuyos triunfos deben ser siempre solicitados y comprados al precio de nuestra sangre, aun cuando hubiera prevision de la inconstancia. Los juicios de Dios inescrutables, ni los podemos prevenir ni nos deben retraer. Nadie vituperará el dia de hoy los sudores de un Javier en el Japon, porque se haya deshojado la flor de la religion católica que con su sudor plantó, regó cultivó y dejó en la más floreciente lozanía. Nadie puede oponerse al cuidadoso anhelo de un Sales en purificar á Ginebra de sus errores, porque con el tiempo haya degenerado de su doctrina.

Es cierto que sólo un alma que se salve es fruto bastante al mayor trabajo, y esto significó el Salvador con aquella parábola de la oveja perdida. No una sola multitud de almas logró esta empresa, gloriosa en su tiempo, floresciente en el que llegamos de nuestra historia; el incremento es de Dios. Si no le consiguió no es por nuestra culpa, y sólo la pueden tener nuestros pecados; pero no mezclando por ahora las lágrimas con los gozos, el del señor Patriarca no podia ser mayor, y su funcion en Europa hubiera sido de lucimiento.

Dos dias antes de llegar á la corte ó real, admitió á audiencia á dos embajadores del emperador que venian de ceremonia á darle de su parte la bien llegada, formalidad que aun en Europa fuera de estimacion. Prosiguió su viaje y llegó á Gongorá; pero el emperador habia mudado su corte portátil á Dancáz, poco distante y en sitio más cómodo para aquella estacion por ser en la cumbre de la montaña.

Salió por el corto camino en traje episcopal, y al vencer la montaña descubrió el recibimiento que le tenia prevenido el emperador; constaba de 17.000 hombres de armas de infantería y caballería, con libreas nuevas, muy lucidas, dispuestas para aquel dia; gobernaban su marcha al son de atabales y atabalillos, flautas, chirimias y otros instrumentos de aire que alegraban la campaña.

Venian bien aleccionados, y al encontrarse con el Patriarca, se abrieron, para que, pasando por medio, les echase su bendicion apostólica, que recibian de rodillas los peones, y con una profunda reverencia los de á caballo. Con estas aclamaciones pasó las tropas, y en su retaguardia halló al príncipe Facilidas, heredero del imperio, á su hermano Glaudios, á Ras Cela-Cristos, tio de ambos, y muchos señores de la corte y no pocos del imperio que habian venido á celebrar el gusto del emperador.

Estos montaban briosos caballos con ricos jaeces, vestidos de telas turquesas que en Etiopia son estimadísimas y muy vistosas, en cuyas flores relucian el oro y la plata, y más aún en las cadenas que de estos metales colgaban de los cuellos, ostentando todos magnificencia, riqueza y señorío, y con ellos el júbilo y alegría con que recibian al Patriarca.

Acercáronse primero las personas reales á recibir la bendicion y luego los cortesanos, dando tiempo con esto á que la soldadesca diese vuelta hácia Dancáz y quedase otra en retaguardia del Patriarca, de los príncipes y cortesanos; siguieron así el camino hasta cerca del real ó corte donde estaba armada una tienda de campaña y en ella prevenida la capa pluvial, guantes y mitra, que vistió el Patriarca, y en este traje salió á montar un bizarro caballo que con gualdrapa de tela blanca y riquísimo jaez tenia prevenido el emperador.

Montó, y al dar rienda vió que Serea-Cristos, mayordomo mayor del emperador, le servia á pié de caballerizo y gobernaba el cordon para mandar al caballo, y le pidió que no picase, porque aún no habian llegado seis virreyes que mantenian las varas del palio, debajo del cual pusieron á su ilustrísima, y al mismo tiempo empezó á andar todo el acompañamiento al son de timbales, tambores, flautas, y cerca del palio niños y cantores que entonaron el *Benedictus* y otros salmos, con cuya devota armoniosa compañía llegó á

la iglesia de Gaya Jabet, dedicada á María Santísima, donde estaba el real.

Entrando en la iglesia, vió al emperador sentado al lado del altar en una silla de brocado con su sitial, de donde salió un poco para abrazar al Patriarca y llevarle al altar; aquí hicieron juntos una breve oracion, y tomando su silla el emperador, pusieron otra igual sobre la tarima, donde sentado el Patriarca, hizo un sermon sobre aquellas palabras del salmo: *¡O quam bonum et quam iucundum est habitare fratres in unum!* mostrando la necesidad que habia en la ley de Cristo de la union con la Cabeza de la Iglesia, y que el cisma era rasgar la inconsútil vestidura de Cristo, como en revelacion á S. Pedro Alejandrino explicó su divina Majestad.

La plática no fué breve, pero les hizo gran novedad á los abisinos la liberalidad del Patriarca, porque no se acordaba ninguno que su Abuma hubiese predicado nunca sin concertar ántes las palabras á peso de oro.

Acabada la plática, se levantó el emperador y fué á su palacio á aguardar al Patriarca, que siguió despues de haber dado la bendicion y comunicado las indulgencias al pueblo.

En el palacio, al llegar á la sala del emperador, salió éste de su trono, y salió como á recibir al Patriarca, á quien condujo á una de dos iguales sillas que estaban prevenidas, y donde sentado el Patriarca al lado del emperador, tuvo su audiencia más de formalidad que de negocios, pues esta fué funcion pública con asistencia de toda la corte.

En todas se observó este mismo ceremonial, excepto en la publicidad, porque, para tratar negocios, quedaban solos el emperador y el Patriarca. En estas conferencias se dispuso aquel célebre juramento de obediencia al Sumo Pontífice, que hizo el emperador y su corte, cuya funcion fué así:

El dia señalado para ella fué el 11 de febrero de 1626. Entró en Palacio á la hora señalada el Patriarca, y los príncipes y señores le condujeron en cortés acompañamiento á una sala ricamente aderezada con alcatifas en el suelo, colgada de telas turcas y otros adornos al uso de Etiopia.

Tomó el Patriarca, vestido de Pontifical, su silla igual á la del emperador, como siempre, y predicó un eruditísimo sermon sobre la unidad de la Iglesia; esta oracion doctrinal, dogmática en sus pruebas, convincente en sus razones, elocuente, eficaz y erudita, se puede leer en el lib. V de la *Historia de Etiopia* del P. Alonso Tellez.

Acabada la exhortacion del Patriarca, se siguió otra del emperador, que leyó en alta voz Melcha Cristos su primo, virrey de Cemen, que era exhorto ó manifiesto con las razones que le movian; pero en esto, no una vez sola, dificultando la letra el orador apuntaba el mismo emperador, como quien tenia bien digerida la obra, dando vida con sus voces á la lectura del sustituto.

Acabadas estas exhortaciones, se levantó de su silla el emperador, é hincado de rodillas, con las manos puestas sobre el libro de los Evangelios, ante el Señor Patriarca revestido de Pontifical, leyó en voz alta el siguiente juramento:

«Nos Seltán Segued, emperador de Etiopia, creemos y confesamos que S. Pedro, Príncipe de los Apóstoles, fué constituido por Cristo nuestro Señor Cabeza de toda la Iglesia cristiana, y que le dió el principado y señorío sobre todo el mundo, cuando le dijo: *Tu es Petrus, et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni coelorum.* Y segunda vez, cuando le dijo: *Pasce oves meas.* Item, creemos y confesamos, que el Papa de Roma, legítimamente electo, es verdadero sucesor de San Pedro Apóstol en el gobierno de la Iglesia universal, y que goza el mismo poder, dignidad y primacía sobre toda la Iglesia. Por tanto, á nuestro muy Santo P. Urbano VIII de este nombre, por divina providencia Papa y Señor nuestro, y á sus sucesores en el gobierno de la Iglesia, prometemos, ofrecemos y juramos verdadera obediencia, y sujetamos con humildad á sus piés nuestra persona é imperio. Así nos ayude Dios y estos santos Evangelios.»

Acabado el juramento del emperador, se levantó á su lugar y llegó á la almohada que estaba á los piés del Patriarca el príncipe heredero Facilidas, é hizo el mismo juramento; luego Glaudios su hermano, despues Ras Cela-Cristos y los príncipes de sangre real; siguiéronse los virreyes, los jueces del imperio, los señores y otros; pero en estos fué breve la funcion, pues la formalidad se reducia á decir: «Yo N. prometo, ofrezco y juro lo mismo así me ayude Dios y estos santos Evangelios.»

Acabado este acto, tomó la voz Ras Cela-Cristos, y en voz alta, con la espada en la mano, pedida venia al emperador, dijo: «Ahora ya lo pasado pasado, que en la ley de gracia nos manda Dios perdonar á los enemigos, como yo lo hago y lo hace el emperador con quien le ha sido rebelde; pero, si de aquí en adelante alguno faltare á la obediencia jurada al Sumo Pontífice ó á la debida á nuestro emperador, esta espada que vibro, será la vengadora de sus agravios.»

Estimó el emperador su resolucion y reto, pero no le entendió, porque no temia de su hijo tanto como el tio Cela-Cristos, que con menor cariño le penetraba más, porque se cegaba ménos.

Más claro se explicó Ras Cela-Cristos en el subsiguiente público acto, que para mayor solemnidad de ambos dispuso el emperador se celebrasen juntos; este fué jurar á Facilidas por príncipe heredero del imperio: su padre lo deseaba mucho y temia el natural de Glaudios, á quien podian seguir los inquietos, que ya le miraban como cabeza, y le adulaban como en quien espe-

raban; y, como cuando sentó en su cabeza la corona, se halló tan embarazado con los que elevaban á Julios, no quiso exponer á semejante peligro á su hijo, á quien tiernamente amaba.

Con este fin dispuso en este dia el juramento de fidelidad, que hicieron todos los brazos de Etiopia, sus parientes, los virreyes, los monjes y otros que habian solemnizado la jurada protestacion de la fe; solo aquel gran católico Ras Cela Cristos se singularizó y no quiso fuera absoluto su juramento, explicando en la condicion que puso el motivo oculto que le habia movido al reto tan absoluto que habia echado delante de toda la corte; y así, dijo en voz alta: «Yo juro al príncipe Facilidas por heredero de su padre en el imperio, y le he de tener y obedecer como á mi rey y señor natural en cuanto el dicho conserve la Religion Católica, Apostólica, Romana y mande conforme á ella; pues á faltar esta condicion, yo seré su mayor enemigo.»

Este formulario, corrigiendo ó limitando el comun, observó el hijo de Ras y casi todos sus capitanes; pero en este dia más se estimó fineza y cortesía al emperador, que realidad, si bien el tiempo enseñó cuán prudente y cristiana habia sido la prevenida condicion.

Acabada esta solemnidad, se seguia naturalmente la providencia en lo político y en lo eclesiástico del imperio, y lo primero, el emperador el mismo dia mandó publicar solemnemente á son de atabales y voz de pregonero que todos recibiesen la fe católica romana sopena de su indignacion; y despues en segundo pregon se mandó que ningun religioso ni secular ordenado pudiese ejercer sus órdenes sin licencia del Patriarca, quedando todos suspensos, hasta que, presentándose en particular, se pudiese hacer juicio de la validez de su consagracion.

Este edicto se temió podia ser motivo de inquietud, pero Dios dispuso no sucediese revolucion alguna, ántes sí fueron muchísimos los que se presentaron. Esto era preciso por las prudentes dudas de la validez de sus órdenes; porque si bien en Europa, donde se habia consultado el caso, y en Roma en años siguientes, donde se disputó, como veremos, se sentaba en proposiciones ciertas que el Patriarca Alejandrino podia tener jurisdiccion, por la que recibió de quien le consagró, y este de su consagrante, y así en sucesion podia dimanar legítima jurisdiccion desde los Patriarcas católicos, antecedentes al cisma, y el Patriarca válidamente consagrar al Abuma con potestad espiritual, por la cual él tambien válidamente ordenaba, con que los ordenados gozaban potestad y jurisdiccion; y además el otro inconveniente en que se podia tropezar de no observar el rito y forma romana, como en no tener más órdenes que el de acólito, diácono y presbítero y otras cosas, era debido consultarlas con la historia y con los libros, porque, siguien-

do ellos el rito griego, permitido y lícito sino degenera en cismático, no habia por qué condenar de nulidad las órdenes dadas en aquel rito; y examinar en él y segun él, el valor y la legitimidad era la dificultad; nada de esto ignoraban nuestros Padres y el Patriarca, pero sobre el terreno en esto mismo habia gravísimos tropiezos.

Los Abumas cuidaban mucho de que les pagasen las órdenes, y poco en el modo de ordenar. Estando en Etiopia el P. Paez, supo que en una ocasion yendo á examinar, á aprobar y ordenar, que todo lo hacia en un dia el Abuma, vió en el campo donde siempre eran las órdenes, por la mucha gente que concurria, que habia 5.000 ordenandos, cuando en lo general eran sólo 2.000 cada dia que celebraba.

Parecióle mucho trabajo, y entrando en la tienda donde tenia el altar y la materia para las órdenes, dejó por recado que estaba indispuesto, que allí quedaban las órdenes, que cada uno entrase y tomase las que habia menester con tal que pagase á la puerta la entrada y las órdenes, como sucedió; y aquellos miserables juzgaron quedar ordenados con esta codiciosa ceremonia.

Otros recibian las órdenes no sólo casados y bigamos, sino con permision de vida maridable. Sobre materia y forma habia las dudas que no podia resolver la prudencia, ni resolvió consultado el caso en Europa, con que el Patriarca, con sumo trabajo fué examinando á cada uno de los convertidos y á muchísimos ordenó *sub conditione*, que fué la resolucion que se dió en Europa y la única por donde podia cortar la prudencia.

Dispuso el emperador una tienda muy grande primero y despues un palacio en forma para residencia del Patriarca en Dambea, y una tienda acomodada en un sitio donde solia su Majestad pasar el invierno por ser aquel lugar más defendido, y en ambas partes seguia el Patriarca y predicaba todos los domingos, confutando los errores que habia introducido la ociosidad y la malicia, que eran muchos, y una mezcla rara de verdades católicas y doctrinas pervertidas.

Trabajó á este fin, entre otros libros, dos tomos de á fólio de doctrina cristiana, en forma de catecismo, divididos en doce libros, en los cuales, siguiendo el órden comun, explicaba la doctrina, y cuando llegaba el punto que habian desfigurado los abisinos, le explicaba, declaraba y confundia sus errores.

Este libro pareció tan bien en Etiopia, que aquel gran católico Cela-Cristos, leyéndole, dijo que el Patriarca habia errado el título, porque le nombraba *Doctrina de la fe* y le debia haber llamado *Luz de la fe*, y de hecho el Patriarca le dió este nombre cuando le tradujo en latin y envió su obra á la Congregacion de Propaganda, que le escribió las gracias en 14 de octubre

de 1647, diciendo, entre otras cosas, que la Sagrada Congregacion habia decretado que se entregase al P. Asistente de la Compañía por las provincias de Portugal, para que, reducido á compendio, se imprimiese á expensas de la Sagrada Congregacion para uso, estudio y direccion de los misioneros de Etiopia.

A esta obra concurrió mucho un abisino, elocuentísimo en su lengua y de rara viveza de entendimiento, pariente de Cela-Cristos, que sirvió de mucho para que saliese bien limada; y en cosa más sustancial tuvo parte en esta grande obra el P. Antonio Fernandez, el que tuvo el desgraciado viaje con el embajador que pretendió hallar camino por tierra.

Este varon era consumado en letras, infatigable en el trabajo, insaciable en el celo; como á tal le habia encomendado la Iglesia de Etiopia Gregorio XV, ínterin que llegaba el Patriarca, y el General le nombró Superior en Etiopia, á cuya obediencia debian estar y estaban todos, y por eso le tuvo siempre á su lado el Patriarca y llevó gran peso en el gobierno con mucho acierto en la direccion, por cuyas causas nunca permitió el Patriarca se apartase de su lado.

Con su consejo y direccion se dió providencia al gobierno de la Iglesia de Etiopia, disponiéndola en ordenada república y con órden para facilitar noticias de una parte á otra y para la debida subordinacion de la obediencia, dando al mismo tiempo pasto espiritual y riego á toda aquella extendida cristiandad.

Para esto se plantearon y fundaron doce residencias de jesuitas, dos en el reino de Tigre, una en el reino de Bagameder, cuatro en Dambea y cinco en Goyán, y en todas diez y seis jesuitas, ayudados de algunos sacerdotes seculares de los ordenados por el Patriarca, y demás de estos que habia como de asiento en las residencias, los otros vagaban por el reino segun las necesidades espirituales, ya de moribundos, ya de misiones, ya del cuidado de los más distantes; pues si bien con las doce residencias se abrazaba todo el imperio, en aquellas vastas regiones es poca distancia cien leguas, y era debido dejar escuadron volante que anduviese perpetuamente en visita, lo que fué utilísimo á las almas.

El fruto de esta órden y disposicion fué bien conocido; pues, no hablando de los niños bautizados ni de innumerables que en los años siguientes recibieron la verdadera fe, por las matrículas que remitieron al señor Patriarca en los primeros años y su Ilustrísima remitió á Europa, pasaban de doscientas y veinticinco mil almas las reducidas y que estaban al cuidado de los Padres; de suerte, que en este tiempo podemos asegurar que estaba la fe católica plantada ya en todo el reino; porque, si bien habia mucha resisten-

cia en muchos particulares, en todo el imperio estaba extendida, de los más recibida, y el gobierno político era casi como en Europa, pues el Patriarca daba sus órdenes y providencias con regla y proporcion, y era obedecido de todos, y venerado aún de los cismáticos, de que se reducian cada dia muchísimos.

Y para facilitar más el fruto de estas reducciones, se valian los Padres que estaban en las residencias del eficaz medio de salir á misiones, visitando poblaciones, predicando, catequizando y doctrinando á aquellos pueblos.

Iban tambien á misiones los clérigos abisinos, unos acompañando á algun Padre, otros solos, sin jesuitas, por más seguros y más bien instruidos; entre ellos fueron dichosísimos dos fervorosos misioneros que se llamaban Emaná-Cristos y Tenza Cristos. A estos dos misioneros les tocó por provincia la de Ceguade, que es la parte más occidental del reino de Tigre; corrieron su apostolado con fortuna, y lograron por fruto de sus sudores más de mil y trescientas almas que convirtieron á Cristo y redujeron á detestar el cisma y herejías que les infestaban.

Pero al llegar á una poblacion que tenia su iglesia y sus altares, en la cual á su modo estaban diciendo Misa los sacerdotes cismáticos, tomaron por su cuenta un altar para adornarle al modo católico y decir Misa; á este tiempo, un rico y respetado etíope de la poblacion, acudió al altar alborotando y aun furioso, clamando que en aquella iglesia no se habia de ejercitar el rito católico, porque en ella estaba enterrado su padre, que habia muerto en la creencia de sus abuelos y los enseñaba á todos á vivir constantes en su religion; y, gritando, se puso sobre la sepultura de su padre con armas en la mano, como quien queria defenderla, inquieto, porque le profanaban aquel sagrado.

Observaron los buenos católicos conmocion en el pueblo, y por no dar pasto al furor, respondieron con mansedumbre cristiana que ellos no venian á mover sediciones, y que para total satisfaccion de su proceder cedian al empeño y dirian su Misa romana en altar portátil á la puerta de la iglesia, y saliendo á armar el altar, les envió varios recados el pérfido, ofreciéndoles dones, regalos, amistad y conveniencias, con tal que ni celebraran ni prosiguieran el asunto de su mision.

Respondieron firmes que ellos no necesitaban de dones ni conveniencias mundanas; que habian venido á solicitar el bien de sus almas, desengañándolos de los errores en que vivian ciegos; que no les inquietasen, pues por su parte no tentarian la menor conmocion, y que la ley de gracia era de paz; que en oyéndolos, verian cuánta razon tenian sus razones, y que sólo se convertirian á la fe romana los que quisiesen, pues Dios ni quiere que su Igle-

sia se defienda al modo de las armas, ni acepta sacrificio que no sea voluntario.

Insistió el pertinaz con sobornos, con ofrecimientos, con amenazas, con fieros, pero los celosos confesores se prepararon al martirio con el desprecio de los ofrecimientos y con la constancia contra las amenazas.

Calló el traidor y permitió la Misa por no poderla evitar; pues, aunque poderoso, no llegaba á tanta soberanía que pudiese mandar más que con alboroto, á peligro de que le faltase el séquito; y así, en más seguro golpe aguardó la noche, y acudiendo con algunos parciales que convocó aquel dia, apoderándose de la cabaña donde posaban los misioneros, les dieron muerte bien penosa, pues armados con sus *bolotas*, que así llaman á unas porrillas de algun peso que penden de un baston de media vara de largo, arma tosca que usan de continuo, ya pendiente de la cintura, ya por entretenimiento ó juguete de las manos; acometió aquella compañía de agresores á los dos inocentes corderos, que sufrieron muchos golpes en sus cuerpos, ofreciendo á Dios sus dolores y sus vidas; pues cuando ya se rindieron al trabajo, acabaron con los mártires, machacándolos las cabezas que rompieron con las mazas, dejando el suelo regado de sangre, y entre ella aquellas dos encendidas víctimas, primicias que cogió el cielo del celo de su Iglesia, á quienes, como veremos despues, siguieron otros muchos abisinos, fortísimos mártires, cuya constancia no pudo vencer la muerte.

Supo el emperador este asesinato, y al punto envió á un yerno suyo con gente de guerra, para castigar á los agresores; pero estos, previendo el peligro, se refugiaron á una asperísima sierra, donde, si bien se libraron del ejército y de su castigo por manos de la justicia, no pudieron hallar sagrado contra la venganza divina, que los acabó en aquel desierto, consumidos de necesidad, rabia, tristeza y desesperacion; y entrando otros operarios al puesto, sustituyendo el lugar de los caidos, se encontraron con la tierra muy fértil al riego de aquella sangre, y en corto tiempo convirtieron á más de 10.000 almas, y se formó una lucidísima cristiandad á cargo de la residencia de Tigre.

Era el año de 1627 cuando se acabó el templo de Gongará, á cuya suntuosa dedicacion se quiso el emperador hallar, por hacer más real la celebridad, á que asistió con toda su corte; predicó el Patriarca, y se celebró al uso de la tierra con cuanta fiesta eclesiástica y política cabia en las costumbres del reino.

Este fué el primer templo que se vió en Etiopia fabricado de mampostería, porque hasta que entraron nuestros Padres, ignoraban los etíopes el uso de la cal, y no sabian ni cortar ni labrar piedra.

Aquí el emperador puso en ejecucion un agradecido pensamiento de re-

novar el templo, ó por mejor decir, reedificar aquel famoso templo que elevó la emperatriz Elena, que crió al emperador David, abuelo de Seltán Segued.

Fué este templo, segun las noticias que habia en Etiopia y los vestigios que como testigo de vista registró y asegura el P. Manuel de Almeida, el más rico templo que se erigió en todo el mundo; su material era de piedra y tierra; pero tan bien forjado, que suplia aquel barro la fortaleza de la cal; las piedras en lo interior toscas, pero muchas que salian á la superficie labradas como á buril, y en ellas se representaban diversas flores, como las vió entre las ruinas el P. Almeida.

Esto causa admiracion, pues en Etiopia no era conocido el buril ni el cincel; y, lo que más es, que se veia la obra, no siendo muy distante el tiempo, y no habia memoria de los artífices, ni del arte, ni de los instrumentos; este resalte de piedras no paraba en su perfeccion y raridad, sino que en sus vacios habia engastadas planchas de oro y plata, cuyas reliquias aun en este tiempo eran incentivo á la codicia.

El adorno de alhajas era correspondiente á esta poderosa ostentacion de abundancia; la noticia sola enriquecia la fantasía, y aumentaba su creencia la vista de dos aras de oro que no logró el hurto, y conservaba Seltán Segued, y tenian de peso la una 800 y la otra 600 oqueas, moneda de Etiopia, que segun Blutéan, valen 14.000 reales de á ocho.

Esta maravilla, de aquella incógnita parte del mundo, destruyó Grane, aquel moro tirano, que con su valor, séquito y fortuna, se hizo ó pretendió ser árbitro de la Etiopia; y como sus rentas para mantener el ejército eran solo la utilidad de los saqueos, aumentó sus fondos con entregar al fuego el techo, que esta falta no supieron enmendar aquellos artífices; y dado á las llamas lo que no tenia utilidad, entraron propiamente á sangre y fuego el templo; si bien la prisa y la abundancia dejó mucha preciosidad á los galas, que en repetidos asaltos recogieron los deshechos de Grane, y aun para los ociosos de la tierra habia reliquias, con que su necesidad se socorria.

En este sitio donde la memoria de la emperatriz Elena se conservaba en ruinas, quiso resucitar en fábrica, sino tan rica, más artificiosa, el agradecido emperador, dejando en vecino paraje templo purificado de la escoria de las herejías y cismas, encargando la disposicion de la fábrica á los artífices que habian llevado consigo los Padres; y á fin de facilitar con los súbditos la quietud y sosiego, se fundó otra residencia en Nevese, á que fué señalado el P. Bruno Bruni, ó Bruno de Santa Cruz.

En este paraje fué sensible el fruto que hizo el P. Bruno; la gente es más pulida que en otros reinos y provincias de Etiopia. La emperatriz al mismo

tiempo que el templo, habia tambien fundado unas como prebendas para la asistencia al culto y cuidado del aseo; estas prebendas eran pingües, y como su situacion era en tierras, no las pudieron robar ni Grane ni los galas.

Poseíanlas los más doctos, que aunque en mal empleado estudio, el mismo recibir errores y discurrir sobre ellos, les habia pulido la razon: con ella oyeron los argumentos del Padre, y se convirtieron los más; y como eran de autoridad y crédito, la dieron á la doctrina, y desengañaron tanto á otros y al pueblo, que en la visita que hizo el Patriarca el año siguiente de 1630, halló más de cien iglesias del rito romano, gobernadas por párrocos, ordenados por su Ilustrísima, y en ellas infinito número de almas reducidas á la verdadera fe, varios conventos de religiosas reducidas ya á clausura, y otros varios de monjes en rigor de observancia de los tres esenciales votos, siendo esta una de las más fecundas y afortunadas residencias de la Etiopia, que gobernó muchos años el celo del P. Bruno.

En esta visita le sucedió al P. Bruno un caso digno de perpetua memoria, así por lo fructuoso del suceso como por lo animado de su celo. Llegó á una poblacion donde habia uno de sus templos cismáticos, tenido entre ellos por de suma veneracion, porque, por antigua tradicion de padres á hijos decian que ninguno juraba falso en aquella iglesia que no pagase su pecado en ella misma á muy corto tiempo.

Supo esta vana observancia el P. Bruno y convocó á la poblacion á oir un juramento. Concurrieron todos, y el Padre, despues de haber explicado algo de los errores de su falsa vana ley y propuesto algunas razones de la verdadera, dijo: «Vosotros teneis esta tradicion, pues yo vivo tan seguro de la ley romana, que juro por la Majestad de Dios eterno, por la santidad de su Iglesia, por Dios y esta cruz, que sólo la fe romana es la verdadera, y que sólo en ella se puede conseguir la salvacion, y que cuanto contra ella os enseñan los alejandrinos, son fábulas perniciosas ó herejías declaradas.

Quedaron pasmados los de la poblacion oyendo un tan solemne juramento en lugar para ellos tan sagrado y tan temeroso: prosiguió el Padre el sermon y unos esperaban su muerte repentina, otros algun castigo visible, otros dudaban y otros vivian confusos, hasta que pasada una hora sin ningun contratiempo, acabó el sermon y se quedó el Padre en la iglesia, confundiendo á todos los que veian falsificada su tradicion supersticiosa, y á los que creian en ella, testificada con su misma credulidad la verdadera religion, valiéndose Dios en esta providencia de su misma ceguedad para abrirlos los ojos á la fe y religion que ignoraban ó resistian.

Creció con este suceso la cristiandad por aquella provincia, y no bastando

casi en ninguna parte del reino las residencias dispuestas, se trató de otras, porque estas casas eran como las fuentes de donde manaba el riego de la doctrina; y así, en Adaja, provincia tambien de Goyán, formó á sus expensas el mismo año de 1626, Ras Cela Cristos otra residencia que se entregó á los PP. Francisco Carvallo y Antonio Bruno, que gloriosamente trabajaron con esta prosperidad en los sucesos.

Pareció al señor Patriarca ir desterrando abusos de grave importancia, aunque no tan perjudiciales como las pasadas herejías; y expidió un edicto en que daba forma de la observancia de la cuaresma al modo y órden romano, mandando se empezase el miércoles que llamamos de Ceniza, señalando el dia que debia ser, y que acabase en el Sábado Santo, cuyo siguiente domingo se celebrase la Pascua, desterrando con este edicto una multitud de abusos que en esto tenian; porque en cuanto al tiempo, discrepaban algunos años más de un mes del calendario romano, y el primer dia de Cuaresma, para ellos era el lúnes siguiente á la Sexagésima, porque no ayunaban los sábados; ceremonia que tenia algun olor á la ley de Moisés, aunque ni de esto daban ellos razon.

Tambien en este mismo año se dió principio por el Patriarca en la corte, y por los Padres en las residencias, y por los párrocos en sus distritos, á celebrar con el rito romano los divinos Oficios de Semana Santa; ceremonias que, como significativas, causan ternura al ménos advertido, y en Etiopia, como nuevas, lograban toda su actividad, y mucho mayor á los que hacian la reflexion, que hasta entónces ni su Abuma ni sus sacerdotes se tomaban el trabajo de que el Patriarca y los nuestros tan voluntariamente se cargaban, y esto, sin concertar el precio, ni aun recibir el dinero, sin el cual no se movian sus sacerdotes y sus Patriarcas.

Fué este desinteresado cuidado de las almas y cumplimiento de la obligacion tan afamado en Etiopia, que el emperador mismo repetia muchas veces: «¿Qué hará ahora nuestro Patriarca? ¿Dónde estará? Esto sí que es cumplir con la obligacion, visitar su iglesia de balde, bautizar niños, crismar á los que no están ungidos, predicar y no pedir nada; no estábamos hechos á esto: nuestros abumas no visitaban iglesias sino bolsas, no cuidaban de las almas sino del dinero.»

Este desengaño es cierto argumento de verdadera religion, que debia haber conservado para no degenerar en su fe, faltar á sus mismas voces, desmentir sus proposiciones y palabras mismas, y precipitarse á una veleidad que pasó á apostasía; pero estas mismas voces y lo que veia con sus ojos, habrán sido los más irreflagables testigos y acusadores para su condenacion.

A la verdad, el Patriarca cumplió abundantísimamente con la obligacion

de su empleo, y al principio con disimulo y como en secreto visitó algunas iglesias, y despues con estos favores del emperador y quietud de la religion, entabló su visita tan en forma y en publicidad, como se pudiera en Europa.

Iban de precursores jesuitas misioneros; catequizaban y convencian á muchos; confesaban á los ya reducidos; llegaba el señor Patriarca, predicaba, confirmaba, publicaba sus ordenaciones para el gobierno de la iglesia, y proseguia su camino; este no le hallamos escrito con individuacion; sólo por una carta del señor Patriarca escrita al P. Provincial de Portugal, sabemos lo bastante para argüir lo que seria en el todo.

En la visita de las provincias de Ogar, Oinadiga, Amfráz y Dambea en el año de 1627, se crismaron de 100.000 almas, y en sólas tres iglesias recibieron en el gremio de la Iglesia los PP. Antonio Fernandez y Manuel de Almeida cerca de 2.000, y si bien de sumo trabajo cayó enfermo el Padre Antonio Fernandez hasta ahora invencible al trabajo, facilitaba y animaba al cuidado Dios con consuelos mayores en número que los bautismos y confirmaciones.

Y no fué poco alivio el gozo de ver tan bien logrado su celo en inmenso número de infantes que, lavados con el agua del bautismo, vestidos del albor de su inocencia entraron á gozar de inmortal gloria en el mismo tiempo de la visita, y otros en el próximo, antes que la malicia pudiese empañar el espejo de su inocente pureza.

De todos estos progresos se daban á Dios las debidas gracias, porque el Patriarca, entre otros cuidados, le tenia con especialidad de avisar puntualmente al Provincial de Portugal y á la corte de Roma; y estas centellas encendian en los pechos tanto fuego, que el Provincial de Portugal le escribió en una carta que, si necesitaba de operarios y tenia providencia para su manutencion, le enviaria hasta 30 sujetos, así para socorrer aquella tan fructuosa como necesitada viña, como para satisfacer y entretener con la esperanza el celo de tantos como le molestaban con instancias de ser elegidos para el trabajo.

Y de hecho envió y entraron en Etiopia año de 1628 cinco jesuitas que fueron el P. Antonio Fernandez, á quien de aquí adelante llamaremos *Junior*, por no tener mejor expresion para distinguirle del Superior que ahora era de la mision y tan celoso y digno de imitacion, como hemos visto y veremos.

Era este P. Antonio Fernandez *Junior*, natural de Viana de Alvito, diócesis de Evora; el P. Juan de Sosa, de Lisboa; el P. Juan de Pereira de Cela de Alcobaza, diócesis de Lisboa; el P. Damian Calaza y Francisco Rodriguez, naturales de Goa, recluta importantísimo en tiempo en que la cris-

tiandad y la verdadera religion florecian tanto, que se contaban á millones los fieles, y ya vivian como á sombra de tejado los cismáticos, disimulando sus herejías para evitar el odio comun y la confusion propia.

Este aumento y pacífica quietud era demasiada calma que podia indicar próxima la tempestad y tormenta. Son ciertamente inescrutables los juicios divinos. El Asia y el Africa fueron lucido trono de la religion católica, la primera Sede del primer Pontífice se colocó en Antioquía; pero la infinita Providencia, ó en castigo de pecados, ó en premio de otras virtudes, ó con alguno de los infinitos fines que nos son ocultos, muda los tronos á la religion, y con sus permisivas disposiciones degeneran los más firmes pechos, se pervierten los más asegurados corazones y, frenéticos en su error, deliran contra el médico mismo que los curaba y á quien debian la vida.

Estas mudanzas á que debemos humillar la cerviz como permisivas disposiciones del Altísimo, no disminuyen en nada la gloria ni el fruto de la expedicion, los trabajos, las fatigas, los sudores y el celo de estos héroes jesuitas, que consiguieron una multitud grande de almas para el cielo, ya de los niños bautizados que volaron á la gloria, ya de los muchos adultos que, separados del cisma, espiraron en paz en concordia con la romana Iglesia, recibidos los Sacramentos y con la asistencia de los nuestros al último instante, en el cual la perseverancia es el preciso fundamento para su gloria.

Y, lo que es más, gozaron varios jesuitas, hasta el número de ocho, dar su vida por la fe, dichosas víctimas cuya sangre regaba el suelo para fecundarle en flores de gracia.

Y si Cristo en su Evangelio nos enseñó en la parábola del buen Pastor que por sola una oveja perdida debe el fiel ministro acudir al desierto y cargarla acuestas sobre sus fuerzas cuando la ha encontrado, si esta es la obligacion del Pastor cuando es sola la descarriada una oveja, ¿qué gloria no es haber conseguido muchas y aun muchísimas en el espacio de más de ochenta años, y reducido al rebaño de la Iglesia un reino tan vasto que en la visita de este año de 1628 se matricularon vivos más de 100.000 católicos romanos? el P. Francisco Marquez escribió que por sí, sin contar los reducidos y bautizados por el P. Angelis, habia bautizado 40.000 agaus.

Los jesuitas al entrar padecieron tanto para abrir la puerta, como vimos; dentro sufrieron para mantener el puesto como escribimos, y al tiempo de la deshecha tormenta tuvieron animoso esfuerzo para resistir cuerpo á cuerpo al enemigo cediendo sólo al golpe de la fuerza cuando, no consiguiendo la muerte que deseaban por Cristo, los arrojó de Etiopia la violencia.

Esta se ensayó en una parcial traicion, que no consiguiendo su depravado fin, fué semilla de gran revolucion. Un tal Techa-Guerguis, yerno del empe-

rador, estaba disgustado con su suegro tan arrabiadamente que no perdonó ni á su vida por su venganza. Maquinóla primero en su corazon, y consultóla con algunos monjes, cuyo espíritu, por cismático, era de perturbacion; y como el emperador era tan á banderas desplegadas católico, en un conciliábulo en que fueron votos decisivos doce monjes y otros descontentos, se decretó definitivamente sublevar el reino de Tigre, de donde era virrey Guerguis.

Para recoger gente, canonizar su accion y declarar al imperio su motivo, fué la primera resolucion empezar en golpe seguro, quitando la vida traidoramente á los cinco jesuitas que venian á Etiopia, suponiendo que el emperador les fiaria, como otras veces, á los virreyes de Tigre su introduccion y seguridad desde Mazúa.

No logró este golpe, porque, si bien tuvo su regular despacho para esta introduccion, el emperador al mismo tiempo mandó esto mismo á otro yerno suyo, por nombre Baar Nagais, quien por adular á su suegro se previno, y cuando con bastante gente acudió con fin desastrado Techa-Guerguis, se halló precisado al disimulo, con el cual condujo á los Padres á Fremona.

Aquí mudó su corte de virrey en sus cercanías con el mal intento de acabar con todos los Padres de esta residencia, cuando le fuesen á visitar por el respeto de recien venido. Esta idea frustró Dios dando á algunos Padres enfermedades que imposibilitaban el ir todos juntos, y un gran consejero suyo no le permitió ejecutase su mal intento con solos algunos, porque no tenia aún gente bastante para acabar con todos, apoderándose de Fremona.

Esta dilacion descubrió la trama, y así libró Dios á los Padres, y así se vió necesitado Guerguis ó al arrepentimiento que no queria, ó á declararse antes de tiempo por traidor. Este hombre huyó con el pretexto de no levantarse contra el emperador, pareciéndole ménos infame declararse traidor á Dios por defensor del cisma alejandrino, y juzgando que este título seria bandera, debajo de la cual se alistarian muchos ó malhechores ó revoltosos, y estos como eran tan sus semejantes, los miraba como suyos y despreciaba él la cualidad, poniendo toda su fuerza en el número.

En 5, pues, de noviembre del año de 1628, pregonó á son de atabales que, apostatando de la fe católica, habia resuelto con todo su ejército restituirse á la fe alejandrina, convidando á cuantos quisiesen perderse, siguiéndole por seguir la religion de sus abuelos, que era el único motivo que explicó por ser el más eficaz en que se fundaba la perfidia.

Aquel dia todo le ocuparon los vivas, las salvas, las luminarias y la confusion que le aclamaba libertador de la patria y restaurador de la religion de sus mayores; este aplauso le quiso aumentar con hacer mártir á un gran católico y confirmar su impío bando con tiránica demostracion.

Tenia á su lado un sacerdote abisino que se llamaba Abba Jacobo, á quien, despues de haberse criado en uno de nuestros seminarios y haber acompañado á los PP. Angelis y Marques en la conversion de los agaus, donde catequizó á muchos y trabajó gloriosamente, le ordenó el Patriarca de sacerdote y se le dió á Techa-Guerguis por capellan para que le dijese Misa, y porque, siendo bastantemente docto y virtuoso, era á propósito y aun necesario al lado de Techa, de quien se vivia con sospecha, pues bien decia su poca cristiandad el peligro que tenia de no ser algun dia católico.

No consiguió enmienda alguna de sus malas costumbres en Techa el buen ejemplo y sanos consejos de Jacobo; pero sus virtudes le merecieron la más gloriosa aureola, pues ni la ocasion, ni el intento, ni el fin del tirano nos deja duda de haber logrado verdadero martirio, porque, al siguiente dia de la rebelion, al acabar de decir Misa Jacobo, que celebró en secreto, aunque no tanto que no lo supiese Techa, le hizo traer ante sí revestido aún de sacerdote, y, riñéndole por haberse atrevido á decir Misa y celebrar al rito romano en casa del protector del rito alejandrino, le amenazó con la muerte sino renegaba prontamente.

A esto sólo respondió Jacobo: «¿Qué mudanza es esta, señor?» pues á mí me hablais así, cuando me habeis confesado tantas veces que sólo en la fe romana nos podemos salvar?» «No, no, instó el tirano, no es ya tiempo de argumentos, ó morir ó renegar.» «No faltaré yo, dijo animoso Jacobo, á Dios;» ni yo, dijo Techa, á mi palabra, y mandándole atar con una correa por el cuello, le arrastraron, ultrajando á un sacerdote, profanando las vestiduras sacerdotales con traerle como á perro, siguiendo á las obras las palabras, á estas los golpes, y á estos el desprecio de hacerse aquellos señores verdugos y la habitacion cadalso.

Cansáronse de esta barbaridad, y les irritó el oir que el mártir, en vez de vomitar enojos ó ceder á la furia, exhalaba jaculatorias; con este desengaño, ya que no le podian reducir á su partido para hacer gala de su debilidad, le tomaron por instrumento, cuya muerte ostentase la violencia con que se rebelaban al emperador y á Dios.

Haciéndole levantar, le preguntó Techa-Guerguis: «¿Reniegas de la romana fe y te declaras por la fe alejandrina?» No, no, señor, respondió constante el mártir, antes moriré mil veces que faltar una á mi obligacion, á mi fe y á mi Dios;» pues muere, dijo Techa, y vibrando una lancilla, se la encajó en el pecho por sí mismo, y á su ejemplo y en su adulacion los circunstantes no permitieron fuese penada su muerte, porque, desenvainando las espadas, le hicieron pedazos, contando por victoria y triunfo aquellos bárbaros ensangrentar su brazo en la sangre del cordero que se ofreció víctima á Cristo y

su ley, y fué su muerte tan pública como pregon de la apostasía de Guerguis.

A esta voz acudieron á alistarse por soldados todos los foragidos que pudieron lograr tiempo, y el ejército esta vez apellidaba con propiedad, libertad, pues su intento era libertarse á una del yugo del vasallaje y de la obligacion de la religion.

Este alboroto y este escándalo avisó á los jesuitas de Fremona para vivir recatados y no fiarse de la religiosa sinceridad con que hasta entónces vivian; y publicándose el depravado intento de Guerguis de quitarles la vida, no faltó en Fremona quien los sirviese de salvaguardia, y el traidor, no hallándose con gente bastante para ganar á Fremona, se retiró hácia los galas, con quien fácilmente hizo liga.

El emperador, á la primera noticia, envió contra el levantado á Keba-Cristos, su hermano menor, y así, hermano del Ras; este se dió tan buena diligencia que, antes de engrosarse, le cortó en un camino que habia tomado para ganar una montaña, y Dios con alta providencia ostentó ser cierto que dejan todos al que deja á Dios; porque al principio de la batalla cayeron muertos doce monjes herejes estimados entre ellos por muy doctos y grandes predicadores del cisma y sus herejías, y algunos de los principales cabos ó compañeros, lo que visto por los galas, desampararon el campo, y á su ejemplo todos los abisinos, en fuga tal, que Keba, á su salvo le hizo prisionero, conservándole á título del parentesco la vida que le sirvió de tormento y de ejemplo á Etiopia.

Porque, traido á la corte y justificado el delito, le sentenció el emperador á horca, degradándole por hereje de los honores de sangre real por el delito de apóstata de la fe. Juzgó al principio que la sentencia era sólo terror, pero reconociendo que iba de veras y que su mujer no podia conseguir el perdon del emperador su padre, fingió otra vez que era católico, bien como muchos que en el mundo hacen negociacion de la hipocresía y quieren que les sirva la religion de utilidad.

Pidió confesor católico, y avisando á su suegro, mandó suspender la sentencia y envió al Patriarca, que se hallaba ocho leguas de allí, para que enviase un Padre, como efectivamente envió con sus poderes y veces al P. Antonio Fernandez, quien le confesó; y él, por el mismo caso que era pérfido en el corazon y disimulado en el exterior, sabia muy bien y tenia bien decorado los misterios de nuestra santa fe y las obligaciones de cristiano, con que en breve tiempo se dispuso, al parecer, bien.

El P. Antonio Fernandez acudió al emperador á pedirle el perdon con aquel honrado y cristiano pretexto de que, habiéndole Dios perdonado, debido era le perdonasen los hombres. Mantúvose firme el emperador, dicien-

do: «Yo, como parte que soy interesada, le perdono la ofensa, y por respecto á ser ya buen católico, le perdono la afrenta de la horca; pero como juez no puedo perdonar la ofensa hecha á Dios en levantar gente contra su santa ley, y así, que muera ajusticiado en secreto en la cárcel donde está.»

Intimáronle la segunda inevitable sentencia, y, como vió frustrada su máquina hipócrita, reventó su corazon por la boca renegando de la fe romana, declarando altamente que su conversion habia sido fingida sólo al fin de que ella le libertase la vida; pero ya que le era forzoso morir, declaraba; y prosiguió en tales blasfemias contra Dios, que uno de los presentes, compadecido de su alma, acudió al emperador por la suspension del castigo, con el motivo de que no se perdiese aquella alma.

Pero el emperador conociendo que esta llaga se podia encancerar si no se cortaba el podrido miembro, mandó muy seriamente que al punto, medio vivo ó muerto, le pusiesen en la horca que tenia preparada antes de su fingida reconciliacion, como se ejecutó, pues el verdugo no le habia ahogado cuando le llegó el órden, y medio vivo le sacó de la cárcel á espirar colgado como otro Júdas á la vista del pueblo.

Bien se podia esperar que este rigor habia de apaciguar la Etiopia y causar miedo para no atreverse á maquinar contra la religion, pero, como hemos dicho, no es fácil ni posible al entendimiento humano sondar el piélago de los permisivos juicios divinos.

Este suceso avisó á los rebeldes que era mucho exponerse á sacar la cara en público, y que les convenia negociar minando en el centro de una traicion en que fuese el primer comprendido Seltán Segued, su emperador, contra quien no podian conseguir levantamientos, y en esta conspiracion entraron varios conjurados antes con Guerguis, que por haber huido en el lance de la batalla, no fueron conocidos.

Aquí en sus conciliabulos se excitó la especie, dormida años habia, de discordia ó desavenencia del emperador con Ras Cela-Cristos. Entre todos los conjurados el más hábil, más disimulado, más astuto y de mejor cabeza que habia, era un tal Melcha, primo del emperador y de Ras Cela Cristos, pero enemigo de este; y para vengarse, sembró para con el emperador la falsa semilla de que toda la amistad y cariño que el Ras tenia con el Patriarca y los jesuitas era por el trato que con ellos tenia ajustado de que con gente de Portugal que aguardaban, le elevarian al imperio, destronando á Seltán por anciano, y temiendo á Facilidas, príncipe jurado, por ser muy vivo y no asegurarse de su gallardo espíritu.

Esta llama atizaba y este fuego encendia á soplos de su rabia Lesana-Cristos, á quien en el real de Cela-Cristos sentenció este á muerte por here-

je desbocado y malhechor pernicioso, pero libró el golpe con el escudo de la apelacion al emperador, de quien por los medios que en la corte tenia consiguió perdon, y ahora era un testigo falso de cuanto decia Melchá, y atribuia la sentencia de muerte á la importancia que tenia al Ras Cela-Cristos que el que era sabedor de sus secretos no los pudiese revelar; y revelaba lo que ni él ni Cela Cristos sabian.

Estas proposiciones repetidas á los oidos de un jóven príncipe á quien le hervia la sangre, y á la memoria de un anciano á quien le temblaba ya la corona en la cabeza, causaron un estrago fatal aunque no repentino.

Facilidas instaba á su padre que no fiase tanto de Cela-Cristos; el emperador, por anciano, le faltaba la fuerza para la resistencia, y. de hecho, á Ras Cela-Cristos, á quien habia despojado del virreinato de Goyán, como vimos, le cortó ahora la jurisdiccion, le quitó mucha gente, le desposeyó de muchas tierras, y aunque no le privó ni le desposeyó de la dignidad de Ras, que es la primera del imperio, y podemos acá significar por la de Capitan general del reino, le dejó cuerpo sin alma, capitan sin soldados, dignidad sin uso y gobernador sin jurisdiccion.

Estas desavenencias en la corte, que no eran ignoradas sino fomentadas de muchos del reino, dieron motivo á turbaciones y levantamientos, que inquietaban todo el sosiego y no dejaban aquella quietud que desea la verdadera religion. De este pretexto se valian ya los traidores, y á esta voz acudian predicantes todos los monjes cismáticos, y á estos se arrimaban todos los foragidos.

Tambien se levantaron los agaus de Lasta, gente bárbara, aunque ménos silvestre que los de Goyán, gentiles encerrados en sus montañas, pero animosos y más domésticos que los otros de su nombre. Tuvieron algunas quejas del virrey de Bagameder, en cuyo reino están las montañas de Lasta, por haberlos querido inquietar su posesion, introduciéndose á hacerles guerra dentro de su impenetrable maraña, y ellos, corazones vengativos, algo noticiosos de lo que pasaba en el reino por la comunicacion que tenian con los vecinos, mal aconsejados de algunos inquietos, no sólo salieron de su encierro á hacer la guerra en los llanos, sino que solicitaron y consiguieron que un tal Melcha Cristos, de raza de emperadores, se dejase aclamar por tal, y él, por muestra de su autoridad, se intituló defensor de la antigua ley alejandrina, observada inviolablemente por sus abuelos.

A este golpe, dado en buen tiempo para conmover los ánimos, fué tan sensible la conmocion, que se juzgó perdido el imperio, y Seltán Segued, ya tímido y con poca confianza de los suyos, salió en persona al encuentro.

En la guerra son varios los sucesos; el emperador consiguió poco y cono-

ció no podia ya su brazo cansado descargar el golpe; en esta afliccion envió á llamar al deposeido Cela-Cristos, fiando, y con razon, de su conducta y de su brío. Vino este; posponiendo sus particulares quejas al bien público, y con sólo su alma la dió al ejército que mandó marchar, tomando para sí la vanguardia, y sin detenerse dió en los enemigos tan de recio, que el lance hubiera sido decisivo, á no tener los agaus y su levantado emperador tan pronta la retirada en sus laberintos; pero consiguió cuanto pudo, sosegando por aquel año el levantamiento.

En premio de esta accion le restituyó el emperador el virreinato de Goyán, y él correspondió á la confianza, destruyendo otro tirano que en brevísimo tiempo, con el mismo pretexto de religion, se levantó en el reino de Amará; y aunque no era de su obligacion, por no ser de su gobierno, juntó su gente y usó de tan buena diligencia, que á los oidos del emperador llegaron juntas las noticias del levantamiento y de la victoria, del castigo y de la quietud; tanto vale un juicioso capitan, un esforzado soldado y un fino servidor á su amo.

Y contra este eran todas las iras y las envidias de los palaciegos, y su gloria misma era rabia para su sobrino el príncipe Facilidas, que se abrasaba, l'orando le privase su tio de su fortuna, sin considerar que le aseguraba el reino de que era heredero.

Consiguió Facilidas ser él en persona el capitan general contra los rebeldes de Lasta, y con sólo este mando privó del que tenia á Cela Cristos, que prudente se quedó por subalterno, sin manifestar queja de que le gobernase su sobrino, menor en la edad y méritos personales, pero mayor en la fortuna de ser príncipe jurado. La prudencia y reposo de aquel héroe Cela-Cristos obró, segun leyes cristianas de moderacion y de juicio, pero el efecto no correspondió á su sincera intencion.

El príncipe era jóven ardiente, y sus consejeros, todos mal intencionados, disponian las cosas de suerte que no saliesen muy mal, pero que no saliesen bien; á los levantados se les contenia en no apartarse mucho de su retirada, pero en los lances solian llevar la peor parte; el Ras aconsejaba lo que se debia hacer, oíasele para hacer lo contrario, y despues se le daba la culpa de cuanto sucedia sin acierto.

Al emperador se despachaban correos muy frecuentes, y en todos Cela-Cristos, su hermano, tenia la culpa de cuanto parecia errado, hasta que rendido el emperador á la division, volvió á despojar al Ras de su virreinato, y le mandó retirar, dejando al príncipe absoluto en el mando, sin sujecion al prudente consejo, y en manos de quien le precipitaba por destruir á quien le defendia.

A este tiempo, en una salida de los levantados de Lasta, murió en un precipicio, donde en la forzosa retirada cayó, Keba-Cristos, sobrino del emperador, virrey de Tigre, y en otra Jecur Ezgi, lugar teniente de Cela-Cristos, ambos á dos grandes católicos, y en cuyo poder fiaba mucho el celo de los jesuitas, de suerte que Dios en sus altas providencias permitia que el partido de su fe se debilitase al tiempo mismo que el de sus enemigos cobraba tanta fuerza, que sólo la potestad imperial de un emperador que se hallaba solo podia resistirles, y ya la religion en uno solo podia confiar.

Para vencer este ánimo no le quedó al infierno ni fuerza, ni ingenio, ni arte, ni idea, ni medio que no tentase; fingieron muerto á un hombre de baja esfera, á quien sacaron de su encierro en ocasion de un accidente adverso que habia sucedido en la guerra de Lasta; aparecióse dando gritos como que venia del otro mundo y resucitado, para dar al emperador un recado de parte de Dios.

Con esta bulla y alguna conmocion le hicieron lugar en palacio; dieron cuenta, como haciéndose de nuevas, al emperador, que, como viejo, conoció bien la avenida, y sin más recobro del ánimo salió á oir el recado. El mensajero era advertido, y sin usar de cortesías ni etiquetas, como embajador de Dios, con voz grave, rostro severo, ánimo quieto y algo de superioridad, dijo:

«Señor, á mí me envia Dios desde el otro mundo á deciros que, en cuanto no abandoneis la religion romana y os volvais con todo el imperio á la alejandrina de vuestros abuelos, no os faltarán trabajos, guerras y traidores, y que si dura vuestra pertinacia, pondrá en el solio á Melcha, el levantado por las agaus de Lasta, privando á vos y á vuestra línea del imperio.»

Oyó el Seltán el fingido recado, y con mesura respondió: «Decid á Dios, pues venís de su parte, que nada deseo más que obedecer sus preceptos; ya ha algunos años que he dado muestra de esta verdad.»

Quedaron suspensos los de palacio, reconociendo el poco movimiento que habia hecho en el ánimo del emperador la embajada, y la ninguna novedad que le habia ocasionado el fingimiento; y conociendo el emperador que alguno deseaba continuase la conversacion, porque fiaba el desempeño en la desenvoltura del fingidamente resucitado, hizo silencio diciendo: «Así, así, á un recado de Dios, pide el respeto sea muy pronta la respuesta, y yo no fio de éste, que está muy gordo; y así, para que Dios sea servido y respondido con toda puntualidad, al punto, al punto ahorquen á este fingidor.»

Llamó á los ministros y convenció con este buen expediente á sus cortesanos, mostrando con el acto mismo la falta de respeto á su dignidad y el corto arbitrio, hijo de entendimiento muy limitado, que habia urdido mal la

tela, que como de araña, un solo soplo de la majestad pudo desbaratar la trama.

Corria en este tiempo el año de 1630, en que la Etiopia estaba inquieta y los negocios de la religion apeligrados. Por una parte los agaus de Lasta, con su levantado emperador, peleaban pertinaces con el seguro de la confianza en su antigua sierra y más que segura fortaleza; por otro lado, la civil guerra de la envidia en la corte, se encendia cada dia, y la ancianidad del emperador tenia poca resistencia para tan continuo asalto, y nosotros en la corte apénas teniamos sujeto indiferente, y todos en lo público nos eran contrarios.

En estas circunstancias aportó á Etiopia el P. Apolinar de Almeida, Obispo de Nicea, Coadjutor del Patriarca, electo en el lugar del P. Diego Seco, que murió, como vimos.

Luego que en Portugal se supo esta infausta noticia, se trató de sucesor, y fué elegido el P. Apolinar de Almeida, catedrático que era de Escritura de Evora, sujeto lleno de erudicion sagrada y profana, consumado en todo género de virtudes. Consagróse en Lisboa el año de 1629: llegó á Goa el mismo año, y sin detenerse pasó á Etiopia con el P. José Giroco, napolitano, logrando feliz embarcacion á Dio, y de allí, con pasaporte que ya tenia prevenido el bajá de Suaquen, para este puerto y el de Mazúa, donde, aunque no con feliz embarcacion, aportó este año de 1630, y de allí felizmente entró en Fremona.

A poco tiempo de haber descansado de tan largo viaje, pasó á conferir con el Patriarca las instrucciones que llevaba de Europa, y para recibir las órdenes é instrucciones para su gobierno. Entregó al Patriarca los breves que llevaba de Urbano VIII, entre los cuales era uno para el emperador Seltán, confortándole en la fe y animándole en las persecuciones; otro para el príncipe Facilidas al mismo tenor, y uno general en que concedia para toda la Etiopia el Jubileo del año Santo, que se habia celebrado en Roma el año de 25, y Su Santidad extendia en Etiopia para el tiempo que señalase el Patriarca.

Con estos breves y el nuevo huésped pasó á la corte el Patriarca, y, conseguida audiencia, entregó los breves al emperador y al príncipe, que recibieron benignamente, y dando cuenta del breve del jubileo, extendiéndose el Patriarca en la explicacion de sus frutos, de su legitimidad, de la potestad pontificia para poderlos conceder, y lo demás concerniente á tan útil como importante asunto, hubo áulico tan ciegamente desenfrenado, que explicó con risa falsa su poca credulidad.

Hubiera temido el Patriarca aquel dia, si, reparando lo mismo el empera-

dor no hubiera prorrumpido en estas voces: «Yo creo que el Papa de Roma es el verdadero sucesor de S. Pedro, y que tiene la potestad de las llaves, y que puede atar y desatar, abrir y cerrar las puertas del cielo; quien cree esto debe creer las indulgencias; quien no cree esto no es buen católico, y quien no cree en las indulgencias ni las estima, debo yo mirarle como sospechoso.»

Estas voces contuvieron á los malos y dieron bastante libertad al Patriarca para disponer y señalar los dias del jubileo con la buena órden de que al mismo tiempo se celebrase en toda Etiopia, para lo cual dispuso veredas á todas las residencias.

En la corte predicó el Patriarca, explicando el fruto y dando reglas para la disposicion interior con que debian prevenirse los católicos y diligencias que debian hacer para ganar las indulgencias. El emperador asistió á los sermones, y con edificacion hizo públicamente las diligencias, y su ejemplo fué motivo para que muchos le siguiesen.

El Ras Cela-Cristos en su retiro se manifestó celosísimo; recibió el jubileo con la soldadesca puesta en órden y toque de tambores, pífanos, chirimías y cuantas demostraciones de alegría se usan en Etiopia; dispuso que el Padre Juan de Sousa, que tenia en su compañía, predicase por nueve dias continuos sobre los puntos del jubileo, y con su ejemplo y exhortacion fué universal el concurso y casi no esperado el fruto en confesiones y mudanzas de vida.

Este fué el primero, y este fué el único jubileo general que ha logrado Etiopia.

Fuera de estos breves, llevaba tambien el Obispo breve particular dirigido á la persona del señor Patriarca; era gratulatorio alabando sus trabajos, su celo, su aplicacion, y dando gracias á Dios por el fruto que concedia á sus sudores; añade, acerca de los jesuitas, la cláusula que traslada aquí el agradecimiento.

«Por lo que toca (venerable Hermano nuestro) á vos y á los sacerdotes de la Compañía de Jesus, vosotros triunfais con bendicion del apostólico colegio y con aplauso de la Europa, ni os faltarán, perseverando en el trabajo constantes, aquellas hermosísimas coronas en el cielo que tiene prometidas el Omnipotente á los propagadores del reino celestial.

»Bendecimos vuestras sagradas tareas, os pedimos el socorro de los ángeles y os prometemos gustosos el patrocinio de la autoridad pontificia.

»Nuestro amado Hijo, Prepósito General de vuestra Compañía, que nos trajo el juramento de la obediencia del rey, firmado de vuestra mano, podrá abundantemente testificar con cuánta alabanza y amor apreciamos á aquel

que ha convertido en cielos los etiópicos incultos campos. Lo demás perteneciente á este negocio de la gloria de Dios, lo sabreis por las cartas que escriben los cardenales de la Congregacion de Propaganda á vuestra fraternidad, á quien con sumo amor segunda vez bendecimos. Dado en Roma en el Vaticano *sub annulo Piscatoris* á 4 de marzo de 1628 el año quinto de nuestro pontificado.»

En estos dias, sobre las porfiadas baterías y asaltos que en palacio eran continuas al ánimo del emperador, le sobrevino otra que fuera en cualquier tiempo desengaño, y en este paró en ceguedad, cuando consiguió el príncipe y sus aliados separar de las armas y virreinato á Cela-Cristos, y obtuvieron sus parciales el virreinato de Goyán para Cerca-Cristos, sobrino del emperador.

Este al principio, por dar gusto al tio, fingió bien y se llevó consigo al P. Francisco Carvallo; pero su vida desarreglada en todo y sin conocer el freno de la razon y de la religion, obligaron á corto tiempo al P. Francisco á que le pidiese licencia y se retirase á la residencia de Colella, porque queria el virrey autorizar con su presencia sus desafueros.

Estos tuvieron el mal fin de levantarse contra el emperador, apellidando libertad de conciencia y defensa de la religion de Alejandría, convidando por una embajada con el imperio al príncipe Facilidas; y no queriendo este concurrir á la traicion contra su padre, envió embajador al levantado de Lasta, pero en este intermedio quiso lograr el tiempo.

Para que en Etiopia se supiese la religion que profesaba, de consejo de los monjes cismáticos prendió á aquel gran maestro y sabio director del monasterio de Selala, Za-Selase y Emana Cristos, á quienes conoce esta historia por firmes católicos; y no pudiendo reducirlos á su perfidia, los martirizó, para que la fama de su constancia fuese evidente pregon de su tiranía, que empezó quitando violentamente la vida por sus mismas manos al capellan que le decia Misa, porque no la quiso celebrar al rito alejandrino.

A estas noticias, no quietándose el emperador de los poco acertados juicios de sus áulicos, envió á llamar á su hermano Cela-Cristos, quien con corazon católico y esforzado de valeroso capitan, oyendo que el emperador queria ir en persona ó enviarle á él á gobernar el ejército, le respondió: «Señor, el dictámen de ir V. M. en persona, mucho ménos de que yo vaya, es desconfiar del príncipe, de cuyas reales prendas fuera escandalosa la más leve sospecha, y cuya sangre nos asegura la confianza; V. M. le envie órden, que luego, luego, luego, sin esperar ni gente, ni refuerzo, ni aun ocasion, vaya contra el levantado; que en estos tan continuos alborotos de Etiopia á mí me ha enseñado la experiencia se asegura la quietud en la presteza. Toda

esta gente es recogida á la voz de una veleidad, y como esta fuerza toda es aire, en poniéndose delante un cuerpo, sin más diligencia se le imposibilita el curso; pero á este tiempo hemos de considerar tambien que si al aire le permitimos su violencia, en siendo huracan, derriba las torres, y así, Señor, la diligencia es aquí el arte, la fuerza, la disposicion y la seguridad.»

Este consejo, avisado al príncipe y ejecutado á tiempo, tuvo tan feliz el efecto que Cerca-Cristos no tuvo ni lugar de empezar sus proyectos, porque, siendo el primero acabar con los jesuitas y residencia de Colella, bajó al pueblo, y sabiendo que el P. Francisco Carvallo con los demás se habia retirado á la iglesia, que era de cal y canto, puso cerco formal para cogerlos por hambre ó vencer la puerta con furia; pero hallando que el príncipe venia apresurado, temiendo con razon que le faltaba el tiempo para huir, tomó la fuga tan poco considerada que, mudando viaje el príncipe, le encontró más aprisa y le destrozó enteramente, haciéndole prisionero y con él á los cabos principales de su traicion.

Tomó luego á ocho de estos y á Cerca Cristos, y con buena escolta fué á la corte, entrando en triunfo entre aclamaciones y vivas, manifestando al mundo que nada pretendia ménos que atropellar las leyes de la naturaleza, y que estimaba más la corona en las sienes de su padre que en adorno de su persona.

El emperador mandó hiciesen sus jueces la causa á los prisioneros, y quedaron sentenciados á muerte infame de horca que allá se ejecuta en los árboles, colgándolos, para que les sea más pesada la muerte cuanto más penosa.

Cerca-Cristos en este lance se portó con diábolica astucia, porque examinado por los jueces, nunca respondió más que vivia seguro debajo de la palabra del príncipe que le habia jurado corria por su cuenta su vida; esta, que fué la única respuesta al cargo, obligó á dar razon de ella al emperador, quien mandó se suspendiese el proceso y la sentencia con el caritativo pretexto de que no podia permitir que un primo suyo muriese protervo en el falso cisma de Alejandría, y de hecho encomendó al P. Diego de Mattos la salud de aquella alma.

Este fué negocio de poco afan, porque el reo desde luego aseguró que él en su interior ánimo nunca habia faltado á la fe que habia conocido verdadera, y que su pregon, su libertad aclamada, habia sido sólo por el motivo de juntar gente que le ayudase en el empeño, y convocar al pueblo y á los malos en ocasion en que no le podian asistir los buenos.

Pero en medio de esta confesion de pecados ciertos, y que su muerte fué castigo secreto, y asistido siempre del P. Diego de Mattos, sembró una pes-

tilencial cizaña en el imperio, porque el emperador, celoso del lance pasado, quiso por sí mismo examinar el modo, forma, ocasion y motivo que podia tener el haber ofrecido el imperio á su hijo, y si antes de la embajada pública, á que respondió con la repulsa, habia habido algun secreto trato. Qué respondió el reo, qué preguntas y repreguntas hizo el emperador, qué pudo saber ó colegir de este proceso verbal, fué el secreto que nadie supo; pero que dejó el corazon del emperador tan débil, que contempló al príncipe por todo el tiempo que le duró la vida como que de él y de su voluntad pendia su corona.

Vióse esto bien claramente, porque muy luego, reconociendo que la guerra de Lasta iba á lo largo, y que aquellos agaus y la gente que cada dia se les agregaba, se entretenia con el ejército imperial y se detenian en las cercanías de su bosque por lograr con seguridad su asilo, aguardando sin duda á tener tanta gente que algun dia saliesen irresistibles; tomó el buen consejo de señalar virrey de Bagamader á su hermano el Ras Cela Cristos, creyendo prudentemente que él solo podia con su gobierno, conducta y fortuna, acabar en un dia con esta inquietud, como lo habia ejecutado con otros.

Publicó su resolucion y se conmovió contra ella todo palacio; manteníase firme la razon del emperador; pero ganado con facilidad por los conjurados, á las primeras palabras que el príncipe dijo al emperador, cedió al punto su debilidad y volvió á quitar el virreinato antes de despachar los títulos, veleidad que descubrió á Cela Cristos el campo, y que le obligó á que, renunciando todos sus oficios y dignidades, pidiese licencia para vivir retirado. Estoica resolucion ó prudente acuerdo de elegir sosiego contra la tormenta y estimar en más la quietud de privado que el ensalzamiento á golpes de una irreconciliable envidia.

Yo le alabara la determinacion sino me detuviera las alabanzas el celo, porque la religion romana quedó despedida del trono desde el dia en que este único defensor que la podia mantener en la corte se determinó á abandonar su fortuna por ver ya ciertos los vaivenes de la adversa; él se mantuvo, como veremos, fino católico y constante mártir, pero su ausencia del gobierno y de la corte tuvo mucha culpa de que llegasen las cosas á miserable estado.

Justo es Dios en las prosperidades y en las adversidades: en estos años permitió muertes y desgracias á muchos de aquellos en cuyo celo podiamos esperar, y dejó á 18 jesuitas solos en la distancia tan remota de sus patrias en el nacimiento, y de sus colegios en la Religion, pobres en la última miseria, con que siempre vivieron en la Etiopia algun tiempo á expensas de la caridad, y los demás á disposicion de la providencia, lejanos de cuanto, aun en las enfermedades, podia ser alivio ó conveniencia.

Ahora sufrian cercados de enemigos que ya habian manifestado el deseo de beberlos la sangre, sin arrimo en quien los pudiese ó sustentar ó defender; aprisionado su celo, pues las circunstancias les contenia en los límites de una muy detenida prudencia.

Y si como á hermanos nuestros cumplimos con la obligacion de la caridad y del cariño volviendo á ellos la cara, hallaremos que en estas aflicciones en el reino de Amará solo el P. Juan de Pereira convirtió este año de 1631, 8.333, y bautizó más de 1.300 niños, y el Patriarca se quedó en Dancáz, y envió al Obispo de Nicea, P. Apolinar de Almeida, á Fremona, dándole por compañero al P. Antonio Fernandez que hasta este tiempo habia asistido al lado del Patriarca, y entre los dos dirigian á los jesuitas y á los católicos en cuanto podian, ya que no en cuanto necesitaban, pues era ahora tan precisa como imposible la asistencia.

En la corte los enemigos de la fe, libres de la sujecion que les podia causar la presencia del Ras, y soberbios con el favor del príncipe, no cesaban de inquietar y aun de molestar los oidos del emperador, proponiendo como necesaria á la razon de estado, la libertad en la fe, y aun la declaracion jurídica á favor de la religion alejandrina.

Todas las pláticas eran sobre este asunto; formábanse memoriales en nombre de comunidades enteras pidiendo esta gracia. No faltó ardid para fingir cartas de los levantados, en que ofrecian la obediencia con que se les diese la libertad. Respondia el emperador que á nadie habia obligado; que los católicos romanos lo eran por convencimiento de su entendimiento, no por ley. Instaban: «Señor, la gente ruda no entiende la religion, ella es muy buena; pero ¿cómo hemos de dar á entender al pueblo lo que no puede alcanzar? lo que ellos quieren es que se observen en todo las leyes y las costumbres de sus abuelos.»

Fué tanta esta batería, que el emperador llamó al Patriarca, Obispos y á algunos Padres, como al P. Diego de Mattos y al P. Antonio Fernandez, á fin de consultar este caso. Oyó el Patriarca y respondió brevemente: «Señor, este es sofisma; piden costumbres y usos sin distincion, y estos hombres tendrán toda ley por costumbre y todo precepto por uso; destruimos la ley y lo trabajado; no conviene ceder ni aun en lo que se podia en otras ocasiones. V. A. mire que no conviene ahora, y convénzase con el indulto que concedimos en la Misa.»

Era el caso que pidieron muchos que no se les obligase en la Misa á todo el rito latino y se les permitiese su rito en lo que no era esencial. Juzgóse conveniente permitir algo por no perderlo todo, y el Patriarca formó un ritual dejando intacto el Cánon, y permitiendo en el principio y fin de la Misa

algunas ceremonias que ellos añadian y no eran de sustancia; pero el efecto fué que, ménos fieles y muy voltarios, con el pretexto de la licencia, se la tomaron para volver enteramente á sus Misas antiguas mal ordenadas y con mezcla de muchas supersticiones, sin respetar en nada al rito romano; accidente ó veleidad que dió mucho en que pensar y logró poquísimo fruto.

Este ejemplo fué regla para que el Patriarca no cediese, previendo prudentemente que la indulgencia que usase, siendo benignidad, la habian de recibir, unos como cesion ó de su ley ó de su fuerza, otros como mudanza muy sustancial en la fe y siempre de gran perjuicio. «Por lo demás, añadió el Patriarca, que no ayunen los sábados yo lo puedo dispensar y hay motivo para ello con estos neófitos miserables y débiles; pero, señor, lo mismo será condescenderles ó dispensarles el ayuno, que observar el sábado, ceremonia judaica mal introducida en Etiopia é imposible de concedérsela.»

Con este ejemplo satisfizo al emperador, y por entónces, al parecer, este expediente quedó suspenso, como lo estuvo algun tiempo si bien con gran susto y miedo del Patriarca, y con razon, porque á pocos meses lograron los émulos que, sin consulta suya, un dia en la corte se publicase por pregon que cada uno á su gusto siguiese las costumbres y usos antiguos.

Este golpe hirió al Patriarca en el corazon, y con su sangre escribió una carta al emperador mostrándole el mal efecto que tendria su resolucion; que habia entrado la mano en lo sagrado; que no le tocaba publicar con pregones los puntos que eran de religion, y al fin, amenazándole con el caso del rey Ocias, cuando entró en el templo á ofrecer sacrificio, sin ser sacerdote.

Esta carta, bastantemente eficaz, conmovió al emperador, aunque exasperándole el ánimo que enconaban los asistentes, como que era atrevimiento reprender á un emperador; pero al fin, por no declararse apóstata y por entretener á unos y á otros, á la representacion del Patriarca mandó publicar otro pregon explicando el primero y declarando que no era su imperial intencion que en las costumbres y usos antiguos que habia permitido se entendiesen los que tocaban á la religion, cuando en su primer pregon estos eran nombradamente los permitidos.

Esto verdaderamente era entretenimiento y á lo ménos los enemigos lograron la ventaja de que fuese pública en todo el imperio la debilidad de su cabeza que fácilmente se mudaba á toda ola, no manteniendo ni constancia en sus determinaciones, ni celo en la religion, ni fuerza en su pecho, y que no se atreveria á castigar la apostasía; concepto que, publicado por los rebeldes á Dios y enemigos nuestros, bien claro se ve cuán perjudiciales efectos causaria en todos los ánimos libres ya en la realidad, á vista de no temer ni el freno ni el castigo.

Y bien claro se experimentaba en todos los sucesos y se declaró más en este año de 1631; porque los rebeldes de Lasta cobraban fuerzas, y más ladinos y más juiciosos que los otros levantados, iban ganando tierra, no con la furia que Grane y otros, azotando el aire y ganando batallas en el viento para aturdir la Etiopia con la fama, sino con gran fundamento, poco á poco, sujetando el terreno confinante á su montaña, asegurando la retirada y afianzando el imperio.

Seltán no hallaba cómo impedir este curso, ni cómo cortar este fuego tanto más peligroso cuanto ménos ejecutivo, bien arraigado y no fácil de extinguir. Acudió como en todas sus aflicciones á su hermano Cela-Cristos: excusóse este con el pretexto de vivir atormentado de la gota; repitió el emperador la instancia; vino á la corte y representó que no podia servir en esta guerra porque los enemigos eran muchos y valientes, la gente que el emperador le daba poquísima, los cabos que habian militado debajo de su mando, unos eran ya muertos, como Keba Cristo y Jever Ezgy, y otros ausentes, las disposiciones para la guerra no tantas ni tan prevenidas como él quisiera, y, sobre todo, su salud muy apeligrada y sus fuerzas muy débiles.

Estas razones fueran eficacísimas si el ánimo del emperador estuviera sereno para ponderar razones, y el de los cortesanos no estuviera dañado para destruir á Cela Cristos; pero el emperador mostró ser ménos aprecio de su soberanía el no admitir el desempeño, cuando juzgaba serle debido por hermano, por afligido y por soberano, y los cortesanos se valieron de la ocasion para acriminar á Cela-Cristos la resistencia, y le pusieron en el empeño de admitir contra su punto ó declararse contra el emperador.

En este estrecho admitió forzado, y admitió porque no pudo creer cabria en enemistad de los palaciegos la infame traicion de tener trato oculto con los levantados de Lasta: pidió sólo que mandase al virrey de Tigre que hiciese alguna diversion por su reino, al tiempo que él acometia por los llanos.

Esto se le concedió, y el efecto fué que, como los enemigos iban á golpe seguro y con noticias diarias de cuanto pasaba, al llegar Cela Cristos con 3 000 hombres, bajaron ellos con 25.000, y al acudir con ménos gente por las montañas el virrey de Tigre, le respondieron con poco ménos de los suyos, y sin dar batalla ni aun admitirla, cercaron al virrey en las montañas y á Cela Cristos en el valle, acercándose á un tiempo por todas partes los 25.000 hombres, que á no haber sobrevenido la noche, á cuya sombra pudieron en una y otra parte salvar la vida perdiendo todo lo demás los imperiales, hubieran acabado los palaciegos (cuya arte disponia las cosas con avisos á los enemigos y disposicion entre los amigos) con la persona

de Cela-Cristos, como de hecho acabaron con el ejército, oprimiendo con esto el corazon del emperador.

Pero como habia sido tan animoso, él mismo verse oprimido, le hizo tomar una prudente y eficaz resolucion, que fué disponer ejército, prevenir víveres y bagajes, para salir en persona contra estos rebeldes, cuya obstinacion y buena conducta obligaba á echar el resto del poder á la contingencia de un lance.

Y á la verdad, la resolucion era necesaria porque ya con los pregones dados habian cobrado muchos bríos los herejes, y habia caido la estimacion del emperador por su condescendencia, que si no era veleidad, indicaba flaqueza, y se miraba esta guerra como de religion, y como de religion ya vacilante, y era de temer fuese muy cierto lo que se presumia, que al menor accidente contra el emperador se mudase el ejército al lado del enemigo, y tuviese precision de fiar su vida al caballo, dejando en la carrera la corona.

Lo cierto fué, que estando á la vista los ejércitos, no pudo conseguir el emperador empezase su campo la batalla, aunque dió repetidas órdenes para embestir, y reconoció que el enemigo no queria la batalla, porque esperaba ganar la corona sin más mérito que la aclamacion del contrario, segun lo tenian esperanzado.

En este ahogo el emperador tomó más ánimo que podia tomar la prudencia, porque segun las circunstancias fué arrojo; habló con esfuerzo animando á los suyos, y sacando la espada se puso delante, diciendo: «Quien me fuese leal, sígame; quien no, declárese presto: en el nombre de Dios, al enemigo,» y picando el caballo delante de todos, expuesto á los golpes de las armas, caminó antes que pudiese ninguno de los traidores lograr ocasion de su mudanza, haciendo forzoso á todos que le siguiesen, unos voluntariamente por leales, y otros necesariamente por no descubrirse.

Como al enemigo le cogió de nuevo el golpe, se desordenó, se conmovió, y muchos volvieron las espaldas: en esta contingencia apretó su fuerza el emperador con su caballería, que era la más segura, porque la infantería estaba casi toda vendida, y á su golpe volvió tanto la espalda el enemigo, que no hubo quien en todo el dia que duró el alcance hiciese resistencia á ningun imperial, los que no dieron cuartel, haciendo tan espantosa carnicería á su salvo, que el dia siguiente se encontraron más de 8.000 cadáveres de los enemigos en el campo, que se paseó por muestra de la victoria, y para logro de los despojos, que fueron todo el bagaje y tiendas.

Entre los muertos se reconocieron el Ras del tirano, un hermano suyo, su suegro, muchos monjes y otros de distincion en Etiopia.

Este lance tan ventajoso que daba la quietud al emperador y al imperio, podia haber sido el ensalzamiento de la religion, y más cuando el emperador el mismo dia de la batalla, que fué en 27 de junio de 1632, antes de entrar en el dudoso aprieto quiso oir Misa, y al lance de acometer temerario invocó, como confesaba, el santo nombre de Jesus.

Pero la astucia de los herejes de esta misma batalla y su victoria se valió para destruir la religion y consiguió su atrevido asunto; porque al dia siguiente volvieron con motivo de adulacion al campo, y como estaba tan sembrado de cuerpos, clamaron llorando: «¿Señor, Señor, dónde vamos? ¿Cuándo parará esto?» Toda esta inmensidad de cadáveres son de vasallos vuestros que han estimado mejor dejar de serlo con su muerte, que vivir en distinta religion que la que profesaron sus abuelos; estos todos han querido más morir que vivir romanos; por la religion es esta guerra y esta constancia; vuestra majestad se desengañe, bien podrá ser católico romano, podrá ser emperador, pero lo será sin imperio, porque estos ya no son vasallos, y los que viven dejarán, á imitacion de estos, de serlo, porque más estiman morir alejandrinos que su vida siendo católicos.

»Y si bien se mira, señor, estas sectas en poco se distinguen; el Patriarca y estos Padres sólo mudan circunstancias; la sustancia es la misma, porque todos confesamos un solo Dios; todos creemos en Cristo, y la mudanza es obedecer ó no obedecer al Papa de Roma; ¿y por esto ha de perder vuestra majestad el imperio? ¿por cosas de ninguna sustancia hemos de matar á todos los etíopes? Consideremos si es esto lo que quieren estos Padres; hasta ahora no han venido portugueses, porque éramos muchos, ya vamos siendo ménos.

»Hemos reparado que los Padres han ido fabricando iglesias de cal y canto con títulos de templo, como si el culto no fuera el mismo en una tienda de campaña, segun nuestro estilo con los Abumas; y es el caso que estas fábricas son fortalezas con otro nombre; y note V. M. que ya han empezado: cuando Cerca Cristos se levantó y quiso matar á los Padres de la residencia de Colella, él hizo mal, pero los Padres se encastillaron en la iglesia, y para vencerlos, era menester un sitio de un año y un caudal de un imperio.

»Aquí, señor, vivimos á merced de los portugueses, si llegan, ó si los llaman los Padres, y ya faltando en estos lances tantos, con que vengan pocos, nos sujetan á todos, de suerte que dependemos de la voluntad de estos y vivimos odiados, porque ninguno nos quiere; ello no hay medio, ó acabar con el imperio y fundar otro nuevo, ó apartarnos de novedades que á ninguno agradan, y contra las cuales dan gustosos tantos la vida.»

Y para que V. M. se convenza, preguntemos al pueblo. Aquí, saliendo uno

del real, en voz alta preguntó de parte del emperador al ejército qué ley querian; sobre cuya propuesta levantaron tanto la voz, que resonó la algazara en la tienda del emperador, clamando todos: «Alejandrina, alejandrina;» volvió el mensajero, y con este auxilio de la voz del pueblo, clamaron los fautores que mandase pregonar la ley de Alejandría.

No se determinó el emperador, aunque dudó tanto que no se atrevió á negar, como debia; y conociendo la debilidad, le dejaron vivir consumiéndose en sus mismas indecisiones, aguardando, y con razon, por segura la resolucion á su favor, pues en puntos de fe va perdido quien admite la duda.

De todo lo que pasaba tenian individual noticia el Patriarca, el Obispo, y nuestros Padres, los cuales, despues de mucha oracion y penitencias, fueron á hablar al emperador. Al entrar en palacio, no les cogió de nuevo la falta de aquel antiguo obsequio que siempre les habian hecho los cortesanos, ni les hizo disonancia que se les dificultase la audiencia.

Sabian bien que, ya mudado el palacio, habia en él tantos enemigos de la fe cuantos pisaban su suelo, y que el emperador estaba como preso entre los que, fingiendo adulaciones, brindaban venenos; pero su paciencia y sufrimiento venció los obstáculos y el emperador mandó que entrasen; hallaron á aquella antigua majestad, á quien habian conocido tan lozana y tan celosa, rendida su bizarría y falto de fuerzas el cuerpo, porque le comunicaba debilidad su enfermo espíritu.

Hizo sus cumplimientos el Patriarca y procuró esforzar aquel caido corazon, pero á pocas voces del Patriarca, respondió entre ayes y suspiros: «Señor Patriarca, no puedo más, porque todo el imperio se me rebela: ¿tengo de matar á toda Etiopia? ¡á cuántos he muerto ya! pero no basta, porque todos están cansados y ya serán tambien contra vosotros; yo soy católico, y ahora no se trata de mudar religion sino de algunas ceremonias, y yo por accidentes no he de perder el imperio.»

Oyó muy desconsolado el Patriarca la respuesta del emperador, y armado del celo de la honra de Dios, replicó con ardor y valentía: «Señor, cuanto os claman los enemigos de Dios y de la fe, cuya impertinente porfía ha oprimido ese corazon, es un oculto odio á la religion católica que disimulan entre adulacion á su rey y pretexto de accidentes ó de usos; ¿es acaso accidente en nuestra religion, es uso solo, es circunstancia de poca importancia creer en Cristo dos naturalezas, divina y humana, ó fingir una sola, como soñó Dióscoro, condenado por tantos concilios y por la Iglesia?

«Ya veo que estos falsos aduladores dicen que es corta circunstancia para exponer á duda un imperio; y yo, señor, aseguro, que es necesaria la fe de dos naturalezas en Cristo, por no perder de cierto el imperio de la bienaventu-

ranza y por asegurar la salvacion eterna; esto es resolver los seglares en puntos de religion, y como pretenden destruir la sustancia, todo lo califican ó bautizan por accidente.

«Esto sucedió en el empeño de que se les permitiese algunas antiguas ceremonias en la Misa; condescendí á su flaqueza, formando el ritual que se les podia permitir, y ellos tomaron la licencia que era limitada, por muy absoluta, y se rebelaron contra la Iglesia, queriendo celebrar sacrílegamente con los abusos alejandrinos.

Por cosa que importa poco no pusieran ellos tanto esfuerzo; aquí engañan las voces y confunden los términos, esta es gente á quien la religion les es accidental y solo les sirve á su modo para sus fines; y así, en ellos todo es ceremonia, y es, que sólo hallan sustancia en su interés ó en su ambicion. V. M. no les dé oidos y note que nos acusan ya de que hacemos fortalezas por templos; y, cuando esto fuera, debian ser agradecidos á nuestra lealtad, pues hasta ahora ningun portugués se ha unido jamás con ningun levantado, y á ningun levantado ha servido de asilo ó fortaleza alguna iglesia, con que, cuando quieran fingir que son fortalezas, lo serán á favor de V. M.

«¿Pero para qué son ficciones? Los primeros portugueses que entraron en Etiopia con aquel valeroso Cristóbal de Gama, ¿no conquistaron la Etiopia, entónces perdida toda? Trabajaron, guerrearon, batallaron para volver el imperio á su destronado emperador Adamas. Si hubieran querido la Etiopia, ellos la tuvieran sin tanto rodeo; nosotros religiosos, ni venimos, ni nos envió nuestro rey á ganar imperios, sino á conquistar almas; nuestro sustento ó le ha comunicado la franqueza de V. M. por su liberalidad, ó las limosnas de los fieles, ó nuestro trabajo propio en arar y coger el fruto; nuestro pan ha sido de lágrimas, y sólo hemos tenido el alivio de ver tan logrado nuestro celo.

«En las ocasiones bien notorio es que, conforme á nuestra ley, siempre hemos estado de parte de la justicia, ¿pues de qué son estas quejas? ¡Ah señor, mire bien que las quejas que se dicen del pueblo son quejas de los inquietos, porque nunca han tenido á nosotros ni á los verdaderos fieles de su parte, y si se acaba de reducir Etiopia, conocen no podrán inquietarse porque no habrá quien les siga, como ahora les son contrarios todos los verdaderos romanos.

«Pintar como pintan que los levantados son por la fe y que ya toda guerra es de religion, es un sofisma de ninguna eficacia: pregunte V. M. á estos hombres que arguyen con voces si aquel célebre atrevido Grane, que tiranizó la Etiopia antes que entrasen los portugueses, peleó contra la religion romana; sepamos si los galas que tanta tierra han desmembrado del imperio

han tenido por fin su conveniencia ó la religion. Los agaus de Bagameder, no es público se determinaron á la guerra por quejas de un virrey que no era romano, á quien se hizo causa por sus excesos. ¿Pues en qué entró aquí la religion?

«No niego que todos estos levantados, viéndose sin fuerzas, acudieron al brazo eclesiástico, apellidando la religion alejandrina; es verdad, yo lo confieso, lo he visto, ¿pero por qué y para qué? ¿Ha sido celo de su religion y deseo de su aumento? No, señor; ha sido, segun la costumbre de los abisinos, servirse de la religion como medio para otros fines, y como se hallaron sin gente, levantaron bandera para alistar foragidos y dar lugar y ocasion á los monjes á que tomando las armas aumentasen la gente.

«¿Y será conveniente que se dé tanta mano á los rebeldes, que se piense ser mejor un imperio todo de gente revoltosa, que un imperio que estando ya florecido tiene fuerza para castigar á los rebeldes? Si los de Lasta hubieran ganado la victoria, qué más pudieran conseguir? Señor, Señor, en el nombre de Jesus ganó V. M. la batalla, no diré con milagro, pero si con singular providencia, y por agradecimiento quiere V. M. abandonar al mismo Jesus, cuya santa ley conoce y tiene por buena.»

No prosiguió el Patriarca, porque el emperador le interrumpió, y dando un suspiro exclamó; «¿He de matar á todos? Pero vaya V. S. con Dios, é id Padres, que yo ofrezco no pasar á más sin daros primero cuenta.»

Bien conoció el Patriarca y los Padres la débil constancia del Emperador; pero no juzgaron útil dar más tormento, no fuese que saltase la cuerda, y más cuando en un entendimiento claro, aunque enredado con tantas especies, era posible que la razon le abriese los ojos, y le aclarase la verdad. Esto tambien lo conocian los enemigos, y como eran domésticos, batallaron aquella noche con tan pertinaz porfía, que al siguiente dia envió al Patriarca un recado que se reducia á estas voces que pronunció Za-Mariau, el principal autor de esta apostasía.

«Tomamos la fe de Roma y trabajamos por ella con gran cuidado, pero al imperio ó no agrada ó no la entiende. Elios se levantó por odio contra Cela-Cristos, y tomando la voz de la fe de Alejandría, juntó inmensa gente y murió con ella; Cabrael hizo lo mismo; Techa-Guerguis pregonó el mismo bando y murió con mucha gente por la ley de Alejandría. El año pasado Cerca-Cristos, al mismo publicar que defendia la ley de sus abuelos, se halló cabeza de innumerable ejército; y últimamente, los villanos de Lastano han tenido fuerza contra el imperio, hasta que Melcha, su pretendido emperador se declara protector de la ley alejandrina, con cuya voz juntó el ejército que vimos.

»A cualquiera de estos ecos todo Etiopia los sigue y deja al emperador; ¿pues qué puedo hacer? ¿He de perder el imperio? Estoy determinado á publicar que cada uno viva en la ley que quiera, y á vuestra Ilustrísima no le debe hacer novedad, cuando en tiempo del emperador Asnaf Segued, cuando entraron los portugueses, comian y bebian con los alejandrinos, casaban con sus hijas y vivian en quietud, y para tenerla, quiero dejar á mis súbditos libres, y que vivan en la ley de sus abuelos.»

Oyó el Patriarca el estudiado, pero doloso recado, y respondió sólamente: «Al emperador enviaré yo la respuesta; que es debido que, pues me pregunta por uno de los suyos, responda yo por uno de los mios,» y señaló para la respuesta al P. Manuel de Almeida, quien le dijo: «Señor, al recado que V. M. envió al Patriarca, responde que el emperador puede permitir que los gentiles como los de Lasta, que nunca han recibido la fe, vivan en su ceguedad, porque no hay obligacion de gobernar á los que no son súbditos y en punto de religion; pero á los que han recibido legítimamente el bautismo, y ya son súbditos, y tienen obligacion de guardar la ley, no se les puede conceder libertad de conciencia, y mucho menos permitirles nombradamente sigan la ley alejandrina, que es lo mismo que apostatar de la romana, y esto es pecado mortal.» Oyó el emperador la respuesta, porque el Patriarca, por no fiarse de Marian (como está dicho) la envió con el P. Manuel de Almeida, y con profunda tristeza dijo: «¿Cómo ha de ser esto? ya no tengo reino,» y sin más razon volvió la espalda, no tanto en señal de desaire, cuanto en muestra de que se abandonaba en manos de su tristeza.

Con este desgraciado efecto volvió á su casa el P. Almeida, refiriendo al Patriarca y Obispo que el negocio iba perdido, segun la seca respuesta del emperador, las muestras de su flaqueza y los muchos enemigos que en su palacio le inquietaban.

Visto esto ser cierto, al siguiente dia, 25 de junio del año de 1632 en que sucedió esta catástrofe, se oyó el blasfemo pregon que decia: «Oid, oid; es verdad que os dimos la fe romana teniéndola por buena; pero esta fe costó innumerables vidas de los que murieron por la fe alejandrina con Elios, Cabrael, Techa Guerguis, Cerca Cristos, y ahora con los levantados de Lasta; por lo que ahora os damos la fe de vuestros abuelos y de vuestro país. Entren en las iglesias los clérigos que ántes, pongan sus altares, digan sus Misas y alégrense todos.»

Así fué, aunque por poco tiempo, porque aun á los mismos perturbadores les cogió de nuevo la alegre inquietud del pueblo, manifestando ser cierto que en multitud de gente está siempre de bando mayor la veleidad, el descuido de sus conciencias y los deseos de la libertad.

Los Padres, el señor Obispo y señor Patriarca, quedaron en sumo desconsuelo, viendo con la experiencia que el pregon habia sido enteramente contrario de lo que se les habia ofrecido y de lo que se tenia tratado, pues en los coloquios con el emperador, y los recados, y las representaciones que por escrito habia hecho el Patriarca, se les habia dicho que se permitirian los usos antiguos, y el emperador habia asegurado que no se trataba de mudanza de religion, y en el pregon se publicó todo lo contrario; porque, lo primero, expresamente se les permitia siguiesen la fe de los antiguos, y se daba la razon de condescender con su flaqueza; ésta era darles gusto; y se mandaba que á los católicos se les quitasen las iglesias y se entregasen á los cismáticos; decreto que, ó concibió el partido cismático aquella noche, ó se ocultó á los Padres hasta el tiempo que no tenia remedio; pues al mismo oir el pregon, se convirtió la corte en Babilonia, el Gobierno en behetría y la religion en escándalo.

Los monjes cismáticos empezaron su gobierno por la mudanza de todo; y como sobre las dos naturalezas en Cristo se hallaban convencidos, deliraron en pocas horas tantos errores, que apénas se pueden contar.

Unos ponian en Cristo dos divinidades, para componer que muriese la una en la cruz y fuese siempre eterna otra divinidad; otros negaban en Cristo la naturaleza de Hijo de Dios, diciendo lo era sólo por gracia; otros fingian que de dos personas se habia hecho una; otros, que eran los más, se confundian en todo, y al pueblo le enseñaban que creyesen en Cristo, Dios y Hombre, y no se entrase en averiguar más; que todos los demás puntos no eran cosas de fe, sino circunstancias que importaban poco.

Más cuidado se tomaron éstos en mudar la religion en las que llamaban circunstancias, y eran esenciales mutaciones en herejías ó judaismo. De comun consentimiento de todos los monjes y teólogos, se mandó por bando que se circuncidasen los que no estaban circuncidados; se publicó por ley que todos los casados dejasen, segun su gusto, á sus mujeres ó á sus maridos, y se casasen con quien más les plugiese; y de hecho, Jengulavit, hija del emperador, libre, desenvuelta, y que aun en el tiempo que en rigor se observaba la ley de Cristo, habia vivido públicamente amancebada, ahora dejó á su marido y se desposó con el mancebo.

Añadió la ley nueva que cada uno tuviese las mujeres que pudiese sustentar, y en esta materia podia haber añadido que se entendiese esta ley tambien con los monjes y sacerdotes, porque este abuso le mantuvieron todos los monjes y sacerdotes que no se convirtieron, y fué el mayor escollo en que se estrelló la ley, y ahora se recibia esta licencia como la más alegre noticia.

Ultimamente, echando el sello á la maldad, y reparando que con el loable estilo aprendido de los nuestros, exclamaban muchos en sus ahogos diciendo: *Válgame Jesus, Jesus me valga*, y otras piadosas invocaciones de este Santo Nombre, se publicó con pregon que ninguno de allí adelante se atreviese á usar de semejante católica invocacion, porque no diesen ocasion al escándalo de creer que permanecia la ley de Cristo ya condenada en el imperio.

Mayor dificultad hallaron en la materia de la consagracion; porque, en cuanto al pan, sentaron todos que debian consagrar pan fermentado y no ácimo, sin más razon que no hacer nada de lo que observaba el Patriarca; pero en el vino se hallaron atajados. No podian negar que en sus rituales se mandaba consagrar el vino; pero soñaron decir que el uso y el estilo era consagrar el agua. Dudaron mucho, y para resolver la duda, consultaron á varios seglares que entendian tan poco esta materia, que ni los términos sabian para hablar.

Buscaron, solicitaron, inquirieron, y por fin de sus diligencias hallaron á un griego, criado en Egipto; de donde era natural, y de comun consentimiento, se comprometieron en su dicho: fueron á examinarle, pero él vivia en tan diverso ejercicio, que toda su vida habia sido y entónces era carpintero.

Dijéronle su duda, y le preguntaron en qué materia consagraban sus clérigos. El era buen hombre, quieto de ánimo y aplicado á su trabajo, y les respondió: «Señores mios, si vuestras mercedes me preguntaran cómo se hace por allá una mesa de altar y cómo se dispone, eso como toca á mi oficio, yo lo respondiera con inteligencia y lo haré aquí, si vuestras mercedes lo quieren ver; pero el saber en qué se consagra, ni mi padre era sacerdote ni yo lo he sido, con que no lo sé; cuando niño, oí decir que era en vino, y cuando comulgaba, á mí á vino me sabia.»

Con este dictámen juntaron su conciliábulo y resolvieron como punto de fe que se debia consagrar en agua cocida con pasas, de suerte que tomase tintura; pues aquel egipcio no sabia qué licor era, y no siendo vino, le sabia á vino; y no era esto lo que habia dicho ni de su testimonio se podia inferir tal proposicion.

Pero ellos no tenian otro fin, sino mudar todo cuanto podia tener concernencia con lo que les habia enseñado el Patriarca y los Padres, y no cuidaban de una tan esencial materia, como la del Sacramento; y así, mandaron que todos de allí adelante usasen agua de pasas por materia para la consagracion del caliz, invalidando con esto la consagracion, y ejecutando tantos sacrilegios, cuantas Misas celebraban.

A este precipicio llegó su ceguedad, y estos abortos produjo el sacrílego

pregon, y el reconocer la cismática furia poco valor en el emperador para reprimir sus excesos.

Este último del agua de pasas por materia del Sacramento tenia sólo color en su bárbara ignorancia; pues es de saber, que la Etiopia es escasa de vinos, y los que produce, de ninguna nobleza ni fuerza, padecen el trabajo de volverse con facilidad; y en los rituales y manuales etiópicos hallaron nuestros Padres muy repetida la prevencion, de que el sacerdote en la sacristia, antes de salir á decir Misa, examinase despacio si el vino se conservaba, ó si se habia torcido, dándole á probar, y asegurándose por no exponer el sacrificio á irreverencia ó á sacrilegio.

Esto estaba en sus rituales antiguos muy prevenido, y si estos ignorantes monjes supieran su obligacion, no ignoráran el dictámen de los antiguos católicos; pero debemos creer, que ellos, ni aun de que habia estos libros podian dar razon.

Esta falta de vino hizo pensar ya en el tiempo del cisma en tener en las sacristias prevencion de pasas remojadas, las cuales separaban cuanto podian del agua externa que conservaban, y al ir á decir Misa sus sacerdotes, exprimian unas pocas de aquellas pasas, y el licor que salia, era la materia que consagraban, juzgando ser vino, pues era la sustancia de la pasa, como el vino lo es de la uva; y aun sabido esto en la India, y luego en Europa, no faltó químico que intentase defender á los abisinos, manteniendo con sofisticas razones, que aquel licor era vino, sin reparar en que no se habia inmutado, y que nunca se verifica que sea vino natural, que es la materia única del Sacramento; pues de otra manera se podia tambien consagrar vino vuelto ó en vinagre, que más ciertamente es sustancia de la uva.

Los Patriarcas nunca permitieron estos abusos, y los ignorantes monjes que se acordaban de este empeño con especies confusas de pasas y vino, sin guardar siquiera el respeto que los primeros en sacar aquel licor, ahora para canonizarle vino, juntaron en uno pasas y agua, cosa que parezca vino, y decretaron un sacrilegio, principio y fuente de infinitos que han cometido desde aquel tiempo en Etiopia, cuyo imperio en sólo un dia, por gobernar la sinrazon con despótico poder, no sólo apostató de la verdadera ley que habia recibido por la predicacion de los jesuitas, sino que se separó tambien de la secta alejandrina; y siendo el empeño de los rebeldes se les concediesen sus antiguas costumbres, al primer paso de su depravada libertad, se apartaron de las costumbres de sus abuelos, de la creencia y estilos de sus mayores, y formó un nuevo monstruo, que ni ellos mismos habian intentado, pues se concibió entre la ignorancia, el poder y la rabia, y le abortó en público la furia.

Como el pregon estaba decretado por el consejo de los rebeldes, y para que le decretase casi contra su voluntad el emperador no podian ponerle tan claro como deseaban; bien estudiado por el Patriarca y los jesuitas, determinaron proseguir predicando y alentado á los católicos, pues no les mandaban callar, y aquellas voces *vuelvan los monjes á sus iglesias*, se podian entender de las iglesias propias suyas, no de las nuevamente fabricadas.

Dió órden el Patriarca á todos mantuviesen su puesto como buenos soldados, más briosos ahora que nunca, por ser el tiempo de la batalla; y de hecho, el Patriarca predicaba todos los dias, exhortando á los fieles á la perseverancia, y confutando los nuevos desatentados errores, que introducia la ignorancia y el mando de unos pocos monjes abrigados de los palaciegos.

El emperador vivia confusísimo, como hombre á quien le sobraba el conocimiento y le faltaba el ánimo, y tenia embargada la resolucion. Conoció que le habian engañado, porque á poco tiempo de estas novedades en la corte, los agaus de Lasta salieron con sobrado ímpetu á adelantar sus conquistas; y cuando al emperador se le tenia tan asegurado el reino con la libertad de conciencia, halló por fruto de su indigno pregon que Melcha y los agaus, que sabian muy bien lo que pasaba en la corte y cuán flaco de fuerzas y resolucion vivia el emperador, cuán revueltos, inquietos y sin gobierno estaban sus ministros; lograron el tiempo y la ocasion, y á su salvo iban ganando tierra y enflaqueciendo el imperio.

Esto le movió á ganar amigos, y con gran cariño escribió á su hermano Cela-Cristos, á quien por tantas razones tenia ofendido; y la carta fué sólo excusas del pregon dado, y manifestacion de ser su amigo, aunque le habia despreciado; el motivo bien claro era; querer reconciliarse para servirse de su manejo y valor en la guerra de Lasta.

Cela-Cristos, como verdadero católico, olvidó agravios y respondió una carta de apóstol, afeando la apostasía, ó á lo ménos la veleidad, en los pregones dados y en el socorro y ventajas concedidas á la herejía; y en ella, como católico y político, ni hablaba del imperio y gobierno, ni tocaba el más mínimo ápice de sus quejas; toda la carta era de razones ó divinas ó naturales, afianzando la fe é impugnando la veleidad.

Esta respuesta desanimó al emperador, y entre sus congojas se explicó, diciendo: «Yo he perdido á los romanos, y no he ganado á los alejandrinos.»

Los perversos consejeros y palaciegos no estaban contentos, porque aquel poder que les habia dado el congojado corazon del rey, y la soberbia que les daba el favor del príncipe, no la juzgaban satisfecha, sino acababan en pocos dias con la religion católica; y como el Patriarca habia interpretado el pregon sobre las iglesias, diciendo que no hablaba de las de los católicos,

sino de las que no se habian purificado, juzgaron conveniente dejar perder el imperio en la guerra de Lasta y aclarar el robo de las iglesias católicas, mandándolas profanar en manos de los cismáticos.

Para esto se valieron de la carta de Cela-Cristos, y despues de larga conferencia hablaron al emperador, pidiendo remedio contra el eminente riesgo que podian temer de los católicos.

Este fingido miedo consistia en que la iglesia de Gongorá era de cal y canto, la más hermosa y grande de Etiopia; su situacion en una isla, adonde por mar en breve tiempo podia llegar Cela-Cristos, y si iba y le acompañaban los católicos, los Padres les entregarian la iglesia que fingian inexpugnable fortaleza, y con ella se perdia el reino.

Este dislate le fingieron tan vivamente, que obligaron al emperador á firmar el decreto de que esta iglesia se entregase á los cismáticos. No sabemos si el decreto que le pusieron á firmar decia todas las iglesias; parece que sí por el efecto, y sin saber lo que se firmaba, acabó con la religion católica: no sabemos tampoco si fué el decreto sólo de la iglesia de Gongorá y los ejecutores le extendieron á todas: lo cierto es, que á los fieles y jesuitas se les quitaron por fuerza todas las iglesias, empezando por la de Gongorá, en cuya residencia estaban los PP. Manuel de Almeida y Gaspar Paez, y luego se siguieron las demás, obligándolos á vivir prófugos, de lugar en lugar, perseguidos en todos y sin sustento en ninguno.

Fué cierto que el emperador Seltán Segued, al acabar de firmar el decreto, sintió un agudísimo dolor en el vacío que le obligó á dar un vuelco en el catre y á volver la cara á la pared, como quien se apartaba de este mundo; y así fué, porque en dos meses y medio que le duró la vida, no mudó lado, batallando tristemente con agudísimos dolores, calentura continua, sustos repentinos y poco ménos que desesperacion, clamando á sus solas que habia perdido á los católicos y le habian engañado los herejes.

En este tiempo se conservaba aún en poder del Patriarca la iglesia de Dancáz, que se erigió por estar cerca de la corte, y no se atrevieron los inquietos á quitársela, porque el emperador recomendaba al Patriarca muy frecuentemente sobre que le tratasen bien, y mostraba gusto de verle y ver á los Padres; pero como éstos en la corte, fuera de palacio acudian muy á menudo á convencer delante del pueblo á los monjes, y no una sola vez se hallasen éstos sin tener qué responder, confirmando con el hecho á los verdaderos fieles, desengañando á los dudosos y confundiendo á los protervos; valiéndose los que mandaban de la debilidad del emperador, que no estaba para mandar, y pretextando paz, pregonaron que de allí adelante ninguno fuese osado á hablar y ménos á disputar materias de religion, contentándose

á seguir la ley que les habian enseñado sus abuelos; pregon con que se estrenó el gobierno de Facilidas y resolucion con que ostentaron que, á imitacion del falso Profeta, reconocian tan débil su falsa secta, que no podian exponerla al exámen de la razon.

El desgraciado emperador en este tiempo vivia muriendo, sustentándose con sus mismas congojas, en continuos dolores, aflicciones, miedos y propiamente lo que llamamos pasion de alma, sin hallar en este mundo consuelo y con poca esperanza de encontrarle en el otro; pues, habiendo trabajado tanto en servicio de la Divina Majestad, á los últimos dias de la vida le faltó la perseverancia final; y un príncipe tan discreto, tan valiente, tan esforzado, murió rendido al miedo.

Llamó para su consuelo al P. Diego de Mattos: con éste se dijo se habia confesado por el mes de agosto; lo cierto es, que aunque hiciese propósito, quizás firme, de revocar sus cismáticos decretos, nunca lo ejecutó; y lo que más se pudo conseguir fué que encomendase mucho repetidas veces á su hijo Facilidas la fe de Cristo; que amase, estimase y diese auxilio y favor al Patriarca, Obispo y á los Padres, descargando (digámoslo así) su conciencia en los procederes de Facilidas, cuyo ánimo no le dejaba conocer el cariño; y protestando que la ley romana era buena y que moria en ella, espiró á mediados de setiembre de 1632, á los veintiocho años de su reinado y sesenta y uno de edad, dejándonos con duda de su salvacion eterna.

Verdaderamente que aun en este mundo tuvo el mayor castigo Seltán Segued; porque murió en brazos de una casi desesperacion y profunda melancolía, abandonado de los suyos, perseguido de los enemigos y aborrecido de todos.

Dejó el imperio á Facilidas, que le destruyó y aniquiló, haciendo olvidar el nombre de su padre que tanto le habia ensalzado, y persiguiendo la verdadera fe que su padre le habia encomendado, extinguiendo aun aquella corta llama que lucia al tiempo de la muerte de Seltán.

Quedó por sucesor Facilidas, el mayor de los hijos, cuyo imperio le aseguraban en su sangre veinticuatro hermanos, hijos de Seltán; pero el cruel emperador, estimando en más su corona que su sangre, degolló á veintitres hermanos, sin perdonar más que á un Glaudios, hermano de padre y madre, que despues tambien experimentó la crueldad que sus hermanos.

Al fin, en la fama, que era la que únicamente podia vivir despues de haber cerrado los ojos, quedó Seltán Segued aborrecido de todos, infamado de poco ánimo y no de buena conducta, y su memoria al contrario de la del justo, en perpetua maldicion de los hombres.

Su hijo Facilidas cuidó poco de aquel obsequioso tributo que en ley na-

tural parece deuda y la cumplen los más bárbaros gentiles, dando tierra con honra al cadáver de quien deben la vida. Todo su cuidado fué coronarse emperador, como lo efectuó el mismo dia, y por especie de fineza al padre, á quien no veneraba, se llamó tambien Seltán Segued, conforme el estilo de los abisinos, cuyos emperadores toman nombre el dia de su elevacion; pero nosotros continuaremos dándole el nombre de Facilidas, por no confundir la historia.

En sus plácemes vivió embebecido Facilidas, en tanto que el Patriarca, los jesuitas y los católicos dieron sepultura al cuerpo, segun los ritos romanos. ¡Oh si esto lo hubiera podido saber Seltán! Pero fué honrada accion de los jesuitas, enseñando á todos la diferencia que hay entre los leales y los interesados.

Acabados los Oficios, entraron los Padres á dar el pláceme del imperio á Facilidas, que los recibió con todas las formalidades de emperador, sin la menor dispensacion de confianza, pero tambien con la cortesía del disimulo; bastante para no desesperar de su gobierno, y no suficiente para poder fundar en prudencia sus esperanzas.

De los magnates, ministros, virreyes y gobernadores del imperio y obligados á Seltán, sólo se halló á condecorar el entierro Ras Cela-Cristos. Este vivia retirado en Cercá desde que su hermano le separó del manejo; y luego que supo la gravedad de la enfermedad, voló en posta á la corte, no tanto arrebatado de su natural cariño, cuanto llevado de su celo, por las infaustas noticias que tenia de la tibieza del emperador en la religion, de donde inferia mucha frialdad en su pecho, y deseaba verle vivo, para encenderle en el mucho fervor que ardia en el suyo.

Llegó tarde, y sólo pudo cumplir con lo caritativo y con la amorosa asistencia al funeral, despues del cual entró al nuevo emperador, para congratularle de su elevacion, y darle los plácemes.

Admitiólos con tanto gusto, y estuvo tan apacible y risueño Facilidas, que dió á entender al mundo sabia ejecutar bien aquella máxima de la falsa política, que sólo sabe mandar, quien sabe disimular.

No se fió el tio de las caricias del sobrino, y al siguiente dia le sacó de toda duda un recado cariñoso, pero demasiadamente eficaz, del nuevo emperador, diciéndole sentia mucho oir que intentaba ser cabeza de partido, uniendo á los católicos, que le respetaban y miraban como á su defensor y protector, para un levantamiento contra el emperador, y que se queria valer del sagrado de las iglesias de la nueva fábrica de cal y canto para fortalezas; y que si bien no creia estas voces, deseaba las desmintiese con el público acto de apartarse de la religion romana y seguir en público la ley

y religion alejandrina, antigua en Etiopia, y en la que habian vivido y juzgaban salvarse sus abuelos, amonestándole como cariñoso sobrino á tomar este buen consejo, y advirtiéndole como emperador que le perseguiria la fortuna, si permanecia católico romano.

A este recado respondió, como invicto martir que habia de ser, que en cuanto á rebelion y levantamiento, ni de él ni de los católicos no se podia imaginar, y que su majestad hiciese la reflexion que entre todos los levantados en tiempo de su padre, ninguno habia sido católico romano; y lo que es más, ningun portugués ni católico romano habia seguido las banderas de ningun levantado, porque la ley obligaba á obedecer al verdadero señor, y se tiene por pecado y contravencion seguir banderas de la traicion; que por su persona notase que por su valor y conducta heredaba un imperio que ciertamente no le hubiera heredado entero, sino hubiera por su brazo acabado con todos los levantados; y que la modestia cristiana le obligaba á no ponderar que en tiempo de Seltán su hermano se habian cortado las cabezas á cuantas hidras habian levantado la cerviz, y sólo revivian ahora y no se habian extinguido los traidores de Lasta, en cuya guerra no le habian dado lugar de que ejercitase su oficio; que ya estaba viejo, y que su verdadero imperio era la corte celestial, que deseaba conquistar en su retiro; y así, que viviese y reinase descuidado y seguro de su persona; que en cuanto á apostatar de la religion católica romana, supiese que su hermano Seltán se la habia enseñado, que él la habia aprendido y estaba convencido de su verdad; que el dia antecedente, viendo en el féretro al emperador, su hermano, le habia este con muda voz explicado lo nada que son los imperios y dignidades del mundo, y que no se debia concurrir aprecio alguno á conquistar imperios caducos, sino se aseguraba la posesion de la corte celestial de la bienaventuranza que sólo se puede conseguir en la verdadera fe católica romana; que esta respuesta la daba de su parte y de parte del emperador difunto, dichoso en el imperio todo el tiempo que permaneció firme católico y sólo desgraciado cuando entibió su fervor.

Esta confesion de fortísimo martir irritó á los falsos consejeros y verdaderos herejes que asistian al nuevo emperador; y como, aun antes de serlo, por su aprobacion se habia pregonado aquella ley de que nadie hablase ni disputase en materias de fe, ahora, siendo emperador, estrenó sus decretos por un martirio.

Mandó, pues, confiscar todos los bienes y rentas de Cela Cristos, antes de formarle causa, sin más motivo que la confesion referida (ya en este tiempo tenia sólo unas tierras en Cercá, donde vivia) y que, preso con grillos y cadenas, le encerrasen hasta nueva órden.

Ejecutóse al punto la sentencia, y al calzarle los grillos, dificultaba uno entrar por la garganta del pié, y con voz risueña, dijo: «Entra, entra, que más me honras ahora con estar en mis piés, que los ricos brazaletes de oro que embrazaba por capitan general; aquellas eran ricas, pero cadenas del mundo, vosotros sois bastos en el hierro, pero preciosas insignias de verdadero soldado de Cristo.»

En esta prision le dejó el emperador unos dias para mayor tormento, porque lo fué continuo la mal empleada porfía en repetidas instigaciones para convencerle á la apostasía, á que constante se mantuvo en su prision, estimando en más sus pesados grillos que la vanidad de las aéreas promesas del falso emperador.

Entre otros lazos que armó la perfidia, fué una visita que á este fin le hizo Ite Amata Cristos, su sobrina, hija de Seltán, que con falsa amistad y fingimiento de católica, le habló como por sentimiento y amor de parienta, pidiéndole que disimulase y fingiese ser alejandrino y haber apostatado de la fe, porque ella estaba de acuerdo con su hermano; que aunque este supiese que su reduccion era fingida, le premiaria y honraria como deseaba, pues le amaba y estimaba, y conocia que la dignidad de Ras en ninguna persona estaba tan natural, y en ningun sujeto más asegurados los aciertos, y que no la respondiese que esto era pecado, porque ya lo sabia; pero que el permanecer firme era asegurar la muerte sin remedio, y el fingir la religion tenia muy fácil remedio confesándose despues; y aquí se valió de las lágrimas y de toda aquella persuasiva que una mujer con empeño usa, irresistible á quien no asiste eficaz la entereza.

Oyóla Cela-Cristos y entendió el urdimbre de esta tela, y sin introducir plática de razones, que con unas se responden otras, sólo la dijo: «Al emperador, mi sobrino, le puedes responder que los grillos que padezco por Cristo los estimo yo en más que todos los imperios del mundo, y que yo no puedo fingir contra su santa ley, cuando Dios me favorece á mí sin fingimiento.»

A este desengaño cedió el emperador en recados y ofertas, y mandó se le llevase preso ante su presencia. Compareció como reo y le acusaron el delito de ser católito romano. El juez le preguntó si lo confesaba, á que respondió pronto que sí, y confirmó las respuestas que habia dado á los recados y comisarios del emperador y á su prima. «Es reo de muerte, señor, dijo el juez, como contraventor y desobediente á los edictos imperiales.» «Es así, dijo Facilidas, pero quiero usar de mi innata piedad, y así, por ahora, mando se le lleve preso á Cemen,» era este un puesto fuerte, léjos de la corte.

Así se hizo, y en este encierro perseveró firme católico, sin dejarse vencer de insinuaciones, consejos, amenazas y fieros, con que le combatieron

diez y ocho años, hasta que lleno de merecimientos, cuando ya era casi el único católico romano que se reconocia en Etiopia, rendido el emperador de no poderle rendir, le mandó ajusticiar en secreto.

Unos dicen que murió en horca; otros, y es lo más natural, degollado; lo cierto es, que este gran señor entre ellos, tuvo la constancia de aquellos primitivos mártires de la Iglesia, y no dudamos lograse el mismo premio y que le saliesen á recibir en el cielo los que le enseñaron, y á quienes imitó en la firme constancia de diez y ocho años en que Dios le conservó la vida, para que con sus ojos viese y llorase la deshecha tormenta y la clara persecucion contra la religion romana.

Porque, luego que se aseguraron de la persona de Cela-Cristos, á quien temian mucho por aquella fantasía con que fingian, que si los católicos se unian y le tomaban por cabeza en defensa de la ley, de su Patriarca y de los Padres, con su autoridad y gobierno daria mucho qué pensar á los herejes; libres de este miedo, maquinaron contra los Padres, y con fingida prudencia no quisieron proceder contra el Patriarca, y Obispo, y los jesuitas más que en darlos mucho que merecer en mudanzas, desavíos, pobreza y mal trato.

Para canonizar de eclesiástico el destierro y la persecucion y salvar con esto el sacrilegio público, dispusieron que se publicase en nombre del Abuma, por el cual habian enviado á Alejandría. Con este acuerdo mandaron que de Dancáz, residencia cercana á la córte, saliesen luego los jesuitas, consignándolos á otra residencia llamada Ganeta, donde habia mantenimiento para dos; mandaron viniesen seis, y ni para seis ni para dos les dejaron con qué vivir los herejes, que sin más órden que su codicia y el seguro de que el emperador y la corte se darian por bien servidos, saquearon la casa y les quitaron los frutos de la tierra.

No estaban los jesuitas en estado de pedir justicia, ni podia haber esperanza de que se la diesen, y era aquel tiempo en que se debia pregonar la fe con el silencio, la mansedumbre, la paciencia, la constancia y el sufrimiento.

Desterrados los jesuitas, quedaron solos dos en Dancáz; pero les duró poco este sosiego, porque á breve tiempo vinieron cinco *Azáges*, que son jueces y les intimaron que al punto dejasen la residencia é iglesia, y se fuesen al reino de Tigre, y que mandasen á los portugueses que estaban en su compañía que entregasen las armas.

Al recado respondió el Patriarca que en cuanto al destierro responderia por escrito; que en cuanto á entregar las armas, como no era cosa espiritual, no podia mandar; que no habria reparo alguno, ni los portugueses tendrian

otro que el ver órdenes que entre sí se confundian; que aquellas armas sólo habian servido, como su Majestad podria informarse, para defender sus personas en los caminos tan peligrosos en Etiopia, y en las circunstancias tan dignas de temer en sus personas; que mandándoles salir, les quitaba su seguridad y los exponia á mil tropelías; y á este fin, que declarase más su voluntad.

Con este recado volvieron los jueces, y á poco tiempo se presentó en palacio la respuesta por escrito del Patriarca; estaba discreta, erudita y tan eficaz, que dió que pensar mucho á la corte: escribióla de prisa, y fué en esto muestra de su erudicion, discrecion y espíritu; su compendio es: «Señor, yo no pensé ni pedí venir á Etiopia; el señor rey de Portugal vuestro hermano, me mandó viniese á ruegos de vuestro Padre.

«En Etiopia, constante y pública es mi moderacion y mi deseo de adelantar la verdadera fe, con la prudencia de no haber causado la menor inquietud en vuestros reinos; pero esta notoriedad no se puede alegar en Portugal, donde yo debo y vuestra Majestad debe dar respuesta de mi persona y proceder; y así, vuestra Majestad por escrito explique en lo que he faltado, para que yo, donde me convenga, pueda dar respuesta.

»Su padre de vuestra Majestad me dijo en la controversia última que hemos tenido, dejara ó permitiera algunos usos antiguos; yo respondí estaba pronto en cuanto podia, pero notando no podia permitir los abusos en las materias y formas de los Sacramentos, y que algunos de los usos de la Iglesia no podia yo dispensarlos, por ser esto reservado al Papa de Roma, Sumo Pontífice.

»Esto mismo renuevo á vuestra Majestad, á quien pido que, ántes que me vaya de la corte, me dé licencia para que los que impugnan mi santa ley, arguyan sobre los errores que dicen que yo he enseñado, que pronto estoy y pido la disputa: ésta tiene las conveniencias de que vuestra Majestad por sí mismo se instruya y por sí mismo elija, ponderando las razones, y para que los que me han seguido y abrazado la verdadera fe que todos la han tomado voluntarios y á ninguno se ha hecho fuerza, como es notorio sepan y vean el efecto de la disputa.

»Sé que insinuarán á vuestra Majestad mis contrarios que hay precepto para no disputar; sobre esto digo que no hay tal precepto en otra ley que la de Mahoma, que por ser de brutos, excluye lo racional; pero ni en el cisma alejandrino ni en la religion católica se prohiben ni pueden prohibir las disputas; y en esta ocasion es muy precisa para que vuestra Majestad mande con todo acuerdo, y yo logre toda seguridad, así de mi conciencia como de mi honra.»

A esta representacion tan eficaz como ingénua, se cortó aquella viveza juvenil de Facilidas, porque esta fuerza tiene la eficacia de la razon. Juntó Consejo, y en él, convencidos, muchos fueron de voto se admitiese el desafío, hasta que tocó hablar á un monje llamado Abba David, tan protervo como todos, pero más racional que muchos, y dijo así:

«Señores: Si se ha de desterrar la fe romana, excusemos la disputa; porque yo, que pretendia ser docto entre los nuestros, he disputado varias veces con el Patriarca y siempre he salido concluido, porque este hombre sabe mejor nuestros libros que nosotros; tiene hechos índices de cuanto dicen, y cada proposicion que le argüimos, nos convence con las contradictorias de nuestros libros Canónicos antiguos, Santos Padres y Concilios; y así, mi voto es que se le responda pronto y breve que ya no es tiempo de disputas ni de usos; que el pueblo no quiere su ley sino la de sus abuelos; que obedezca; que vaya á Fremona en el reino de Tygre; que sus portugueses den las armas y que se le dé escolta nuestra y muy segura, para que no se pueda decir en Portugal que el emperador ha obrado traidoramente con su Señoría.»

Este voto prevaleció, este se ejecutó en una carta muy breve, y más que breve, seca; y el Patriarca y el Obispo hubieron de obedecer, mandando á los portugueses entregasen las armas; y parece que aquí se les guardó fe de dar escolta, porque de este viaje, bien que penoso y pobre, no se queja el Patriarca como de los siguientes en órden á ser asaltado y embestido de ladrones.

La causa de enviarles á Fremona la querian pretextar con decir que era la primera y siempre habia sido la principal habitacion de los Patriarcas y de los jesuitas; pero la razon que los dirigia, era la confianza grande que hacian de aquel virrey, pérfido hereje y seguro perseguidor de los católicos; y así, en este depósito encerraron á todos los jesuitas que habia en el reino, porque, si bien no se leia decreto alguno para quitar á los Padres sus residencias, en aquel alborotado mar donde reinaba en cada particular la codicia, y el saber que estos atentados no tenian castigo y que, bien ejecutados, eran mérito para la corte; los monjes y herejes incitaban á la plebe, y los gobernadores acudian al pillaje creyendo encontrar riquezas en la religiosa pobreza, sin la reflexion de que aquellas pocas tierras que el emperador les habia dado, servian para un miserable sustento de los jesuitas y una infinidad de limosnas que daban diariamente á los portugueses y á los abisinos católicos. Pero siempre en el mundo es comun la opinion entre seglares, que los tesoros están entre los eclesiásticos.

No es ponderable lo que padecieron los jesuitas en esta general persecu-

cion, los tormentos de hambre, sed, fatigas, instigaciones porque descubriesen sus riquezas, no queriendo persuadirse de su pobreza quien sólo se podia saciar con el logro que no podia conseguir, y los golpes y malos tratamientos en que desahogaba la furia que suplia el lugar del desengaño.

Al fin logró la malevolencia desocupasen por noviembre de 1632 todas las residencias, y que se refugiasen todos á Fremona con el Patriarca.

Los sujetos que habia repartidos en Etiopia eran los PP. Luis de Acevedo y Diego de Mattos, que estaban en Dambea; los PP. Manuel de Almeida, Bruno Bruni de Santa Cruz, Jacinto Francisco, Gaspar Paez, Juan Pereira, Luis de Cardeira, Antonio Bruno, Francisco Carvallo, José Giroco, Francisco Marqués, Damian Calaza y Juan de Sousa, que estaban en Colella, adonde se habian refugiado al tiempo que los iban desalojando de sus residencias los virreyes y gobernadores; el Patriarca, el Obispo y los PP. Antonio Fernandez Senior, Francisco Rodriguez y el H. Manuel Luis, que llegaron de Anfrás, donde habian hecho escala para tomar huelgo del camino de la corte.

Estos eran los Padres que habia en Etiopia al tiempo de esta catástrofe, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida, como debemos piadosamente creer por sus continuos trabajos, persecuciones y muertes.

El primero que al rigor de la tormenta sucumbió con algun género de martirio, fué el P. Luis de Acevedo, natural de Villa de Chaves, que en Goa habia sido Rector del noviciado y Maestro de novicios, de donde pasó al oficio de Rector del colegio de Tana, que aceptó con gusto por estar más cerca de Etiopia, cuya mision deseaba, y de que tenia claro presagio; porque, ayudando en Goa á Misa al glorioso martir de Cristo P. Abrahan de Georgis, maronita, le pidió suplicase á Dios le concediese su deseo, y acabando la Misa, le dijo el P. Abrahan: «la gracia está concedida,» como se cumplió entrando en Etiopia el año de 1605 en compañía del P. Lorenzo Romano, como vimos.

En Etiopia vivió veinte y nueve años trabajando continuamente; consiguió perfecto conocimiento de la lengua vulgar de Etiopia, que llaman *amariña*, y de la más elevada y discreta de los libros que llaman *Goz;* en estos tradujo muchos escritos de Europa, utilísimos para la mision, y compuso algunos tratados devotos, provechosos para aquellos nuevos cristianos.

Entre otras obras, tradujo la exposicion del *Apocalipsis*, que imprimió en Europa el P. Blas de Viegas; agradó á los doctos en Etiopia este tratado, y fué causa de muchas conversiones. El emperador Seltán llamaba á esta obra el *Libro de oro,* y ciertamente parece que Dios se dió por servido de este trabajo, pues, segun el Padre se explicó en una carta, concurrió su omnipotencia á recompensar con beneficios los sudores; esta dignacion y estos

favores los explica admirablemente el mismo Padre en dicha carta por las cláusulas siguientes:

«Para mí yo tengo por cierto, que por este trabajo me hizo nuestro Señor una gran merced y singular gracia que para gloria suya descubro; porque, habiendo padecido una gran tribulacion espiritual por espacio de más de veinte y cuatro años de Compañía, por la cual, deseando verme libre y sereno, hice muchísimas veces oracion á María Santísima, y encargué y rogué á muchos Padres y Hermanos me ayudasen con sus devotas oraciones; nunca quiso su Majestad, por sus altísimos juicios acordarme esta gracia, dejándome penar en mí mismo; y cuando empecé esta obra determiné ofrecer el trabajo por este fin y pedirle muchas veces por los merecimientos de su santísima Madre y de su amado Discípulo y Evangelista, me concediese esta gracia y la de tocar el corazon de mi amanuense para que se redujese á la verdadera religion, detestando el cisma, y que diese gracia y fortaleza al emperador para no dejarse llevar de la sensualidad en la multitud de mujeres, que era el mayor óbice que tenia por rémora para su conversion.

»Estas tres peticiones reiteré muchas veces en el tiempo de este trabajo, y al fin de él despachó Dios á favor todos los tres memoriales, pues yo de repente me hallé libre de mi tribulacion, sereno y quieto; mi amanuense convertido, y el emperador desembarazado de sus amorosas cadenas; ¡bendito sea por todo el autor de tantos bienes!»

Estas son las palabras del mismo testigo de toda excepcion y único en lo secreto de su interior, en que experimentó el fruto de sus lágrimas y premio de sus sudores. Era afabilísimo, y tan suave en el trato, que el mismo emperador Facilidas le amaba tiernamente y le llamaba generalmente *mi Padre*.

En Tigre convirtió muchísimos agaus, pues con su suave trato le miraban como hijos á padre. Estudió algo de medicina; hacia traer de la India medicamentos, y estudió el conocimiento de las yerbas para curar las enfermedades de aquellos silvestres á quienes, nada codicioso de sus secretos, les enseñaba el arte para que conservasen la vida aun despues de su muerte.

Cuando se les mandó á todos partir á Fremona, era el Padre de edad muy avanzada; apeló al emperador; este se acordó de su cariño, y dispensó en la ley que no habia promulgado, pero sí consentido, y mandó se detuviese el Padre escondido en casa de algun portugués.

Admitióle Damo Texeira, pero por miedo de que los herejes podian hacer alguna tropelía, se vió obligado á mantenerse escondido dos años, cuya angustia y la intemperie calidísima del clima le acabó la vida, muriendo en paz y caminando á la gloria á gozar la eterna libertad de hijo Dios que habia

ganado á fuerza de tan continuados trabajos, firme constancia, ardiente caridad y fervoroso celo.

En Fremona vivian los jesuitas en una esclavitud perpetua, como quienes estaban debajo del poder de uno de sus mayores enemigos, cual era el virrey de Tigre, que no sólo daba licencia de molestar á los portugueses, sino que, ó premiaba ó aplaudia á los que les ofrecian ocasion de ejercitar la paciencia.

Llegó á tanto grado que un dia sitiaron á los Padres, Patriarca y Obispo en su casa, clamando por el saqueo; á esto respondieron los portugueses de Fremona, saliendo de sus cabañas; y como fué el lance repentino, sin que los enemigos tuviesen de prevencion más armas que las piedras, lograron el dejar libres de su cerco á los Padres, y enviar mal parados á los agresores.

Estos, viendo cuán mal les habia salido este insulto, tentaron otro más violento, acometiendo muchos, bien prevenidos de armas, á sitiar á todo Fremona. Como el cerco da más tiempo, le tuvieron los portugueses para una salida, que fué tan feliz, que con muerte de muchos escarmentaron á todos.

Estos accidentes causaban sobrada aprension en la corte, y los consejeros del emperador clamaban que Fremona era la ciudad de refugio de los portugueses, y que, si ellos levantaban emperador, eran bastantes para destronar á Facilidas, y hacerse dueños de Etiopia, y con singularidad, si el Patriarca, á quien adoraban muchos abisinos, se levantaba, debian temer más de su poderosa autoridad, que de los traidores de Lasta.

Añadia esta sospecha haber experimentado que imputados algunos delitos á varios católicos abisinos, á fin de que sentenciados á muerte el miedo de sufrirla y el amor á la vida los obligase á apostatar de la fe, perseveraban tan constantes, que varios se dejaron ajusticiar, tanto mas esforzados, cuanto les brindaban con el perdon sólo con que dijesen con la boca que no querian ser católicos romanos, estimando, como debian, en más la verdadera fe y ser gloriosos confesores, que la vida misma y los terrenos bienes con que les brindaban.

Al tiempo mismo de estas desconfianzas en la corte, llegó á ella á principio del año de 1633, ó enviaron á llamar á un Abuma, que decia venir con despachos para ejercitar su oficio, y que los habia perdido en el camino de cinco años que habia gastado en llegar, siéndole preciso detenerse en el reino de Narea, donde habia vivido en el ejercicio de hacer y vender aguardiente, y que dos clérigos que traia consigo, habian pagado el comun tributo, antes de lograr el fruto de su asistencia.

Fué al principio grande el alboroto en el pueblo; pero el emperador, á

quien Dios dotó de claro entendimiento para su mayor condenacion, dificultando en el caso, le hizo decir que diese alguna seña de su consagracion, y que supiese que habia de disputar con el Patriarca romano, porque él deseaba dar gusto á sus vasallos, pero que habia de ser manifestando al imperio la razon con que se movia; y que para mayor satisfaccion queria que disputase con el Patriarca.

El referido Abuma no era sujeto para entrar en estas doctas contiendas; su estudio habia sido ninguno; su juicio poco sentado, y su edad de solo veinte y cinco años, con que, si fuese verdad que habia venido con patentes ciertas, habia obtenido la dignidad de Patriarca á los veinte años, y era prueba del desgobierno de aquella gente.

Pero el mozo ardiente, desenfadado, atrevido y con autoridad supuesta, se armaba de potestad, y ahora respondió que en prueba de estar ordenado descubria su brazo, en el cual enseñó una cicatriz del hierro, con que le habian sellado, diciendo que aquella era la señal, que el Patriarca de Alejandría le habia impreso, cuando le habia ordenado ó consagrado Abuma; y que en la disputa que se le decia tuviese con el Patriarca, no podia convenir por tener excomunion del Patriarca alejandrino para no disputar; ántes bien prevenia que en satisfaccion del Abuma que habian muerto los abisinos en la batalla de Glaudios, le diesen las cabezas del Patriarca y Obispo, porque en cuanto estuviesen estos en Etiopia, él no podia usar libremente de su potestad.

Esta respuesta hizo mucho eco al entendimiento de Facilidas, porque, si bien los Abumas anulaban los Sacramentos por variar la materia y forma, y el sacerdocio le concedian con sólo imposicion de manos, y muchas veces con una bendicion que el Abuma echaba desde su mula á la multitud que queria ordenarse; pero el abuso de sellar con hierro á los ordenados era cosa entre ellos no vista y aun tan rara, que les infundió duda de la persona, y más cuando su edad contradecia á su dignidad, y por sagaz, no sólo huia la disputa á que ciertamente no podia concurrir, sino aun su posibilidad; por cuyos motivos el emperador juntó consejo, y propuesto el caso, hubo bien diferentes pareceres, pues, aun deseando todos el Abuma, dificultaban mucho si era este el que deseaban, hasta que llegando la vez al Abad Daniel, habló así:

«Señores, más que todos dudo yo de la legitimidad de esta persona, pero ¿qué hemos de hacer? mandarle salir, es exponernos á un desaire del Patriarca de Alejandría, y que no quiera enviarnos otro, y quedaremos sin cabeza en lo eclesiástico, ni el Papa de Roma ni el Patriarca de Alejandría, y todo en confusion; el pueblo está dividido; algunos claman aún por el Pa-

triarca romano, y los tememos; los más quieren su Abuma alejandrino; si á este le desterramos, queda el campo por el Patriarca, y sin cabeza los abisinos; mi voto es, que se le reconozca por Patriarca, y se le mande no ejerza Pontificales, hasta que, escribiendo á Alejandría, sepamos la verdad, y con esto damos al pueblo el pretendido desahogo, y tenemos opositor á la tenacidad del Patriarca romano, que tanto cuidado nos debe dar en su fortaleza de Fremona, que algun dia podrá ser cabeza de un nuevo imperio, si ahora no ponemos el prevenido remedio.»

Este voto, á la verdad prudente en el gobierno y cismático sistema del reino, prevaleció, y admitieron al Albuma, y con su capa se cubrieron para proceder contra el Patriarca. Contra este y los jesuitas hubo muchos votos que los condenaron á muerte; pero esta clara expresion de su apostasía la impidió el rey con el eficaz motivo que era traicion contra el rey de Portugal, pues habiendo sido llamados, pretendidos y rogados de su padre, Seltán Segued, quitarlos ahora la vida, sobre ser alevosía, era dar motivo al rey de Portugal á que enviase armada á Etiopia, que era lo que se temia; por lo cual por ahora en este consejo se le dió la vida de balde; y se juntó consejo secreto para solicitar medio en que muriesen sin que los matasen, y en que los matasen sin ser condenados con estrépito judicial.

Este consejo se siguió, y mucho más porque bien sabian que en el viaje desde Dancáz á Fremona la misma gente que el emperador les habia dado para escolta, les habia robado al Patriarca y Obispo, y aun los habia puesto en peligro de perder la vida, si los mismos labradores no hubieran temido que el emperador les castigase la alevosía; con que enviándolos sin este tal cual resguardo, era como necesario que les costase la vida el viaje y se conseguia el fin.

Con esta idea y con este fin, luego que pasó el invierno, por el mes de julio despachó el emperador á un *azage* á Fremona con órden de formar audiencia é intimar al Patriarca, Obispo y Padres el decreto siguiente: «Desde que entrasteis en Etiopia no ha habido paz y ha sido continua la guerra; yo deseo que mi gobierno sea pacífico, y para esto os mando salgais luego, luego de mis dominios, y volvais por los mismos caminos y medios con que entrasteis en mi imperio.»

Al mismo tiempo que el azage salió para Fremona, despacharon de la corte un mensajero á Mazúa, dando cuenta al bajá cómo por perturbadores y negociadores contra las leyes del reino salian desterrados los portugueses; que no los dejase pasar, así porque iban á Portugal á solicitar armada, y les podia sobrevenir una guerra, en que Mazúa, Arquico y Suaquen corriesen riesgo, como, singularmente, porque llevaban un gran tesoro; que los

abisinos no podian evitar su estravío por no faltar al derecho de las gentes y les permitian salir, aunque sentian mucho pudiesen algun dia ser sus mayores enemigos.

Con este recado aseguraron el lance de que á los Padres les quitasen la libertad y aun la vida sin que en sus registros constase la sentencia. El azage que intimó en Fremona la sentencia del destierro, habia sido católico, y el corazon era bueno sino le venciese el interés; conocia la verdad y amaba á los Padres, y era uno de aquellos que ciertamente fuera buen católico en tiempo sereno.

Hizo su oficio, y al dia siguiente estuvo de amistad con el Patriarca; excusóse de haber sido el ejecutor con la cortesanía de haber aceptado para servirle, y así, que él ejecutaria la órden de sacarlos de Fremona con sosiego, dando lugar á que el Patriarca escribiese al emperador.

Bien conocia el Patriarca lo infructuoso de esta representacion, pero para justificar más la causa de Dios y dar tiempo, que era el medio que proponia el azage, tomó la pluma y escribió al emperador una carta eficacísima, manifestándole lo que le tenia dicho; que este destierro era enviarlos á la muerte, la que se ofrecia á padecer en la corte por sentencia, si le hallaba reo; acordándole lo que su padre le habia encargado á la hora de la muerte, que cuidase y favoreciese al Patriarca, y trayéndole á la memoria todos los motivos divinos que le habia oido cuando era príncipe.

A la verdad el consejo y amistad del azage dió tiempo para que se dispusiese salir de Fremona los PP. Manuel de Almeida, Manuel Barradas, Damian Calaza y José Giroco; este último, por hallarse sumamente enfermo y creerse ser su causa la intemperie del clima, y los otros para que pasasen á Dio y Goa á dar cuenta de la horrorosa tormenta que padecian los compañeros y la religion; y esto, se consiguió, aunque á costa de infinitos trabajos, hambres, sed y caminar por desiertos, llegando todos á Dio con vida, aunque con los precisos quebrantos de salud y fuerzas que habia ocasionado el viaje.

Los demás que quedaron en Fremona aguardaban la resolucion con duda de que fuese acabar el negocio de una vez, mandándoles quitar la vida; esta daba de buena gana el Patriarca, así por ser el motivo gloriosísimo, como porque se hallaba en el mayor estrecho de la congoja; pues quedarse, sobre ser infructuoso, era sumamente arriesgado, y salir era desamparar á su Esposa la Iglesia y á los muchos feligreses que todavía vivian firmes sin más consuelo en su desamparo que la presencia de su Pastor.

Consultó el caso muy despacio con Dios en la oracion y con la prudencia y juicio de sus compañeros; y en este tiempo llegó la respuesta del empe-

rador que la traia otro azage más ejecutivamente resuelto, que el primero. Este se excusó diciendo que el Parriarca le habia atado las manos, interponiendo apelacion á la corte, pero, como buen político, quiso ponerse en salvo obedeciendo ahora con tanta eficacia como hasta aquí habia usado de templada espera.

Uniéronse con su gente los dos azages y fueron á casa del Patriarca que los aguardaba; hallaron á todos, y volvieron á notificar el destierro, añadiendo los habian de llevar arrastrando, sino querian obedecer voluntarios.

Oyeron la sentencia, y el Patriarca tomó la voz, y con suavísima, pero eficaz ponderacion, les habló, explicando el sacrilegio que el emperador y ellos cometian contra Dios, la irreverencia contra el Sumo Pontífice que les habia señalado, y falta de buena correspondencia contra el rey de Portugal que los habia enviado, y acabando este requerimiento, hincándose de rodillas, con los ojos arrasados en lágrimas, concluyó con estas palabras:

«Por lo que, abreviando razones, protesto delante de Dios y de cuantos me oís, que ni quiero ni puedo salir y dejar esta iglesia, y no sólo que no quiero, sino que debo hacer á mi Esposa continua compañía hasta la muerte; y cuando fuese por su respeto necesario perder la vida, ¡qué digo la vida! si muchas tuviera, todas las ofrezco por su bien: y si quereis ver con cuánta verdad os hablo, aquí teneis las manos para las esposas, y los piés para los grillos, y el cuello para la espada, y mi cuerpo todo para los tormentos; y notad que, como á esto me obliga la caridad de Cristo, ningunos tormentos de esta vida me apartarán de esta mi Iglesia, querida Esposa en Cristo, por cuyo amor nunca saldré sino es arrastrado, aherrojado y violentamente arrancado contra mi voluntad por ajena fuerza.»

Estas voces santamente imperiosas y católicamente firmes, suspendieron al segundo azage y á toda la gente de guerra que llevaba, y determinaron entretener el tiempo hasta recibir la segunda del emperador en respuesta de la noticia de lo sucedido, con que por pocos dias quedó suspenso el expediente.

En estos, considerando los Padres que no todos los jesuitas eran Obispos, y que en ellos no militaba el urgente motivo de los desposorios, para dar alguna satisfaccion al emperador, salieron el señor Obispo P. Manuel de Almeida con algunos Padres para la provincia de Seraoe, vecina al mar, como que empezaban á obedecer, y ciertamente prosiguieron en penar, porque, retirados á una sierra, los echó de allí el señor de ella y se vieron precisados á esconderse en otra montaña, tan faltos de todo, que físicamente vivian del pan de lágrimas y se sustentaban sólo del divino Pan del Sacramento; pues aunque con gran cuidado sacaron de Fremona harina y vino, que con-

servaban exactísimamente para lograr más tiempo el divino consuelo cuando les negaba el mundo todo el humano, estaban ya enteramente abandonados en manos de la desgracia, habiéndoseles acabado la provision del harina.

La razon de dividirse el Obispo del Patriarca fué prudentísima, porque todo el caritativo empeño era tentar cuantos medios se pudiese para que no quedase desamparada sin Pastor alguno aquella cristiandad, y divididos podian correr distinta fortuna y lograr algun alivio aquellas pobres ovejas, cuyas lágrimas penetraban los cielos.

En Fremona los dos azages guardaban en depósito á los Padres, y muy singularmente entre todos al P. Jerónimo Lobo, cuyo celo, prudencia y conducta en los negocios era conocida, y por eso muy temida de los herejes.

Contra éste andaba solícito el virrey de Tigre para asegurarse con su muerte, temiendo en el P. Lobo un solícito predicador y una gran providencia en la conducta de que predicasen otros, gran disposicion para que en los pueblos fuesen bien recibidos, y gran maña en impedir todas las tramas de los cismáticos.

Pero le guardaron bien los nuestros, y nunca le vieron ni supieron dónde estaba, y con el Obispo Almeida pudo salir sin que le conociesen, ó por descuido, ó ménos registro, porque estos azages y sus soldados conservaban todavía algun respeto al Patriarca y hacian bastante confianza de los nuestros.

Estos, juntos todos, señalaron por Procurador de la mision para la India, Goa, España y Roma, al P. Jerónimo Lobo, cuya conducta en negocios era conocida de todos y temida de los abisinos.

En este tiempo tuvieron entre sí muchas conferencias sobre el principalísimo asunto de permanecer en Etiopia; pues en estas difíciles circunstancias nada importaba más que hallar providencia para no ceder ni por fuerza al decreto de la expulsion.

Este era efecto de una desesperacion, de una ira, de una pertinacia herética entronizada en el sólio de un emperador mozo sin consejo y á quien el tiempo era forzoso le abriese los ojos, y en su despejada capacidad, que la tenia, era natural volviese sobre sí; y entónces, estando el Patriarca, ó el Obispo ó algunos de los nuestros dentro de Etiopia, se hacia posible volver á retoñar en aquella tierra la cristiandad agostada al cierzo de la vehemente persecucion.

Despues de muchos discursos, en el tiempo que dió esta dilacion de los azages, nada se pensó tan conveniente como buscar un *akoba:* así llamaban en Etiopia al padrino que recibe algun reo debajo de su proteccion: este siempre es un señor de los grandes del imperio, y en declarándose *akoba,*

avisa por recado al emperador, con lo cual vive el reo en total seguridad, con tal que no salga de las tierras de su *akoba,* sin que el emperador tenga potestad ni de pedirle, ni de sacarle por fuerza, pues, si intentara esto, tuviera contra sí á todo el imperio que mira éste como privilegio universal de todos los grandes; y al quererle quebrantar en uno el emperador, tuviera contra sí á todos.

Ahora hacia gran falta Cela Cristos, vivo, pero entre hierros; señor, pero procesado; tio del emperador, pero en su desgracia y que sólo con lágrimas podia socorrer á quien tanto amaba.

A su falta acudieron los Padres á varios, sin que quisiese ninguno salir al empeño; sólo un Joanes Akay, hombre poderoso que andaba en aquel tiempo disgustado con el emperador, aceptó el partido.

No era el más á propósito, por no ser de aquellos señores que se conciliaban gran respeto; pero ni el corto tiempo que habia ni el poco abrigo que hallaban en otros, daba libertad á la eleccion; y sabiendo á este tiempo que el emperador respondia á la consulta de los azages, que aunque fuese arrastrando sacasen al Patriarca y á los Padres fuera del imperio, se determinó el Patriarca á refugiarse con su akoba, reconociendo que el salir arrastrado era difícil, pues le habian de obligar á salir sin tanto estrépito, y que el martirio le era muy útil para su salvacion, pero su eleccion peligrosa, cuando con un refugio podia cumplir con la obligacion de Prelado de no desamparar sus ovejas, y más á vista de un rebaño bastantemente numeroso, que le acompañaba finísimo en Fremona, ofreciendo todos sus vidas en su defensa.

Valióse de algunos para que entretuviesen á los azages, y de otros que le enseñasen el camino, y una noche oscura, antes que llegase la órden jurídica del emperador, salieron disfrazados y caminaron toda la noche por selvas y montes.

A la mañana, cuando los azages y soldados supieron la fuga, salieron de sí, y temiendo la indignacion del emperador, se pusieron en armas para seguir la retirada y obligar á los fugitivos que tomasen el viaje de Mazúa, que era la más lucida satisfaccion que podian dar á la corte; pero en esta turbacion estuvieron finísimos los católicos, porque á una voz dieron el camino contrario, y exageraron lo cubiertos que iban los Padres con portugueses prevenidos de armas y lo peligroso de su encuentro caso que los hallasen.

Esta voz les detuvo para disponerse al lance, y este tiempo ganaron los fugitivos para lograr el recibimiento que les hizo con gente armada un hermano del Akay, que á este fin envió hasta los límites de sus tierras, con

que los azages quedaron burlados, y los Padres pudieron llegar en casa de su akoba ó padrino, quien les recibió benignamente.

Esta retirada fué en marzo de 1634, desgraciado año para Etiopia, en que perdió la luz del Evangelio, obligando á esconderse á sus celosísimos ministros. Estos, recibidos con cariño y agasajo del padrino Akay, el Patriarca le correspondió con algunos donecillos, reliquias que habia podido reservar en las revoluciones pasadas.

El Akay por ahora cumplió avisando al emperador de ser akoba del Patriarca y los suyos, y á estos los envió á una montaña tan áspera, tan agria y tan impenetrable, que desde allí los foragidos, seguros de su libertad, en otras ocasiones habian tenido atrevimiento de retar á los mismos emperadores, que de cierto no intentarian su conquista, por no quedar desairados en la empresa.

Así con la seguridad de sólo una agria, estrecha y montuosa subida, se acompañase este sitio de alguna fecundidad y amenidad; pero el plano de la montaña era estrechísimo, y apénas cabian en él unas rústicas cabañas, que fueron la habitacion de los Padres, y para su sustento subieron un poco de cebada, que tostada, fué su comida el tiempo que vivieron en este desierto.

En él aguardaron al Obispo Almeida y á los Padres que habian salido de Fremona, porque ya el motivo de obedecer al emperador y sosegarle era de ningun peso, y la division del Patriarca y Obispo no era útil; pues si permanecian en el lugar adonde se habian retirado, era sin duda que los azages se apoderarian de sus personas, para entregarlos á los turcos de Mazúa, con que se frustraba enteramente el fin de mantenerse en Etiopia; por lo cual, con un católico fiel, la misma noche que salió dió aviso el Patriarca al Obispo partiesen todos disfrazados á las tierras del Akay, que era su akoba.

Recibieron este recado, pero, saliendo uno de los Padres de su cabaña, los abisinos que allí vivian dieron cuenta al señor de la tierra, diciendo que se querian escapar, el cual no se habia constituido akoba, sino sólo los habia recibido por la esperanza de algun premio, que este motivo de codicia es entre los abisinos el más poderoso.

A esta noticia mandó el *Xumo* (así llaman á los señores de la tierra) que los trajesen á su aldea, y los mandó encerrar en un corral de ganado, tan asqueroso, que aun al mismo ganado fuera pocilga incómoda. Aquí los tuvo un dia, hasta que la interposicion del P. Jerónimo Lobo y una onza de oro, les concedió por grande gracia la antigua habitacion, pero con guardas de vista que no les permitian dar un paso, con que el obedecer al Patriarca era un

imposible que sólo pudo vencer el celo falso de las ceremonias de la secta de Alejandría.

Fué el caso, que el cisma alejandrino celebraba la *Dominica in Albis* con gran solemnidad, y como sus convites á los divinos Oficios degeneran en profanos, es parte de la fiesta una gran cena, que aquella noche tienen entre sí, entregándose á la gula y á la embriaguez.

Lograron esta noche el Obispo y los Padres, y cuando los abisinos se habian dado al sueño, salieron con sosiego y quietud, y en aquella noche anduvieron todo el camino necesario para salir del poder del xumo, que más les tenia esclavos, esperando rescate, que como caballero favoreciendo á desvalidos, y del mismo modo, á pié, sin mantenimiento, por bosques y despoblados, faltos de todo, rendidos al cansancio, llegaron á las tierras y posesion del Akay.

Aquí los abrazos de consuelo, las lágrimas de gozo de verse juntos, fueron los convites con que se festejó á los huéspedes, pues el hambre y la sed era igual en los que recibian y en los recien venidos; se cumplia en esta ocasion el gozo de los santos cuando padecen por Dios, cuyas fatigas son dulzuras, cuya hambre es satisfaccion, y cuya sed es refrigerio; esto sólo pudo ser motivo de su salud y de sus consuelos.

Pero ni en esta fatiga sosegaron mucho tiempo, porque Facilidas, sentido del refugio de los Padres, tomando consejo de sus pérfidos cortesanos, halló medio para quedar bien con todos y arrojar á los Padres.

No quiso valerse de las armas por no contravenir al privilegio de los akobas, ántes confirmándole, envió á un aulico suyo con recado muy cortés, diciéndole que la causa que tenia para mandar salir al Patriarca y jesuitas era la notoria de no querer el imperio la ley de Roma y desear, como debia, la paz y union de sus súbditos; que por lo demás no intentaba castigarlos, pues no eran ni foragidos ni malhechores, por lo que no debian gozar el privilegio que se concede á los reos; que deseaba componer este expediente con paz; que debajo de la palabra real de no causar más perjuicio que el destierro, le entregase los refugiados, en premio de cuya sumision le ofrecia un virreinato y otros honores.

El Akay no era católico romano ni habia tenido otro motivo para ser akoba que las quejas que tenia con el emperador, con que, solicitado por este con esperanza de premios, no habia razon de dudar que se imaginaria libre de toda obligacion. Era hombre muy de bien, pacato, cuidadoso de su buena fama y á quien aun en cabeza ajena hacia gran disonancia la traicion, y quiso más ajustar con pactos con el emperador, que entregar á los refugiados en sus manos, temiendo que, una vez en su poder, podria mandar ejecutar algun

castigo que se solapase con aparente razon, pero con daño de los Padres y ménos crédito de su pundonor y buena voz en el reino; por lo cual, como solicitado, se consideró en estado de sacar pactos favorables á su conveniencia, á su honra y al bien de aquellos que se habian fiado de su palabra.

A este fin, sentó lo primero en sus conveniencias y aseguró el virreinato; lo segundo, compuso su decoro en el convenio de que él y no los ministros del emperador habian de intimar á los refugiados el inexcusable destierro; lo tercero, por precisa condicion consignó que el Patriarca y los Padres se habian de entregar á los turcos en Mazúa ó Arquico, sin que volviesen á entrar tierra adentro.

Esta condicion la puso con el buen fin de creer ciertamente que podrian tener sus vidas entre los turcos más seguridad que entre los abisinos; y en este punto que tanto nos dañó, es en el que más le debemos excusar, pues su intencion fué buena, y en cuanto le permitió su codicia y sus conveniencias defendió á sus refugiados la vida.

Con estos pactos con la corte, que en todo convenia y á todo se sujetaba con tal que se verificase el destierro de los Padres; envió gente de guerra el emperador, y el Akay subió á la enmarañada montaña á dar parte de todo al Patriarca.

Aquí la congoja de todos, la afliccion, el desconsuelo, la tristeza y el afan más es para considerado que para referido. El Patriarca habló con cariño y ternura á los suyos, y ya sólo quedaba el medio de la constancia y con ella cantar el salmo: *In exitu Israel de Ægipto,* como lo habia ejecutado al tiempo de salir de Dancáz. Llegó, pues, el dia señalado, y subieron á la montaña soldados del emperador con un azage y criados del Akay; estos repitieron la intimacion segun el aviso antecedente, y el azage, hombre fiero y hereje protervo, prosiguió diciendo: «Aquí ya no hay remedio, vamos, vamos.»

Protestó el Patriarca, intimándoles excomunion, afeándoles el sacrilegio y promulgando ser su fe católica romana la única verdadera y necesaria para la salvacion.

No era hombre el azage para detenerse en estos escrúpulos á que venia muy prevenido; y así, levantando la voz y la mano, dijo: «Aquí yo no disputo, sino mando salir, ó arrastrando irán todos á Mazúa.» A este reto y al claro conocimiento de que la resolucion de aquel hombre haria lo que decia, empezó á andar la cáfila, porque desde Dancáz algunos y desde Fremona muchos católicos siguieron siempre á su Patriarca y quisieron más seguir á su Pastor padeciendo que quedarse en manos del lobo que les queria despedazar su fe.

Hubo de seguir verdaderamente arrastrando el Patriarca por salvar en

aquel lance la vida de los suyos y por ver si podia lograr aún que quedase alguna centella de luz ó algun grano de la semilla evangélica en Etiopia, como lo logró; porque, si bien los soldados de escolta continuaron obligando á no cesar en el camino, más cuidaban del mal trato que de la seguridad ó número de las personas, y así, se pudo lograr quedasen en Etiopia seis jesuitas escondidos en la forma siguiente:

Luego que el akoba Akay avisó á los Padres de su trato, salieron á su riesgo y cuenta de la montaña el señor Obispo Almeida y el P. Jacinto Francisco, á quien recibió y refugió un verdadero católico llamado Caffa Marian. Supo esto otro celoso disimulado romano, cuyo nombre era Cantibazara Joannes, y tomó á punto de honra y á señal fija de su seguridad en la ley esconder él tambien á algunos, diciendo que era debido ayudar cuando se exponian en tanto riesgo por la salud espiritual de sus hijos los Padres, y así se le encomendaron las personas de los PP. Luis Cardeira y Bruno Bruni.

El akoba Akay, procurando quedar bien con todos en esta ocasion, envió á decir al Patriarca que no habia podido ménos de obedecer al emperador, pero que por el deseo que tenia de servirle, favoreceria y refugiaria á los que quisiese de su Compañía con gran gusto, con condicion de que no habia de ser akoba, y que, si los ministros del emperador los cogian y castigaban, no era de su cuenta la defensa.

Aceptaron el partido, y al punto se ofrecieron todos, anhelando para sí cada uno la suerte que cayó en los PP. Francisco Rodriguez, Juan de Pereira y Gaspar Paez.

Bien difícil era saber á cuál de estos gloriosísimos escuadrones amenazaban mayores trabajos; el que seguia su camino tenia por descanso un cautiverio cierto y un martirio que lograron algunos; y los seis que quedaron por ahora escondidos, todos coronaron su trabajosísima vida con la aureola de mártires, de quienes haremos un breve elogio, cuando demos noticia de lo que pasó en Etiopia despues de la expulsion de los caminantes.

Cuya derrota con la cruel escolta fué derecha, sin rodeo ni descanso; pues deseaban alejarlos hasta dentro del mar. Entregáronlos al bajá ó *quequcá* de Mazúa. Es esta villa pequeña, sin fortificacion; la poblacion corta y el agua dulce ninguna, llevando diariamente la necesaria de Arquico, tierra firme, y su *quequeá* está en Arquico, quien al punto los llamó á su casa, pues el Islote de Mazúa sólo dista un tiro de escopeta, y el *quequeá* (así llaman á los gobernadores que son inmediatos ministros á los bajaes) juzgó le valdria mucho la presa, y así los recibió con alguna disimulada afabilidad, preguntándoles por la recámara y tesoro.

Al oir que venian más pobres de lo que habian vivido, pues los traian

apresados y como reos, diciéndole el Patriarca: «Señor, dos cálices que nos quedaban, ya tambien nos faltan por ocasion de los soldados que nos han conducido como guardas; se irritó é hizo una seña, con la cual fueron sus ministros á robar el hato de los huéspedes ó á lo ménos á registrarle; pero en él sólo hallaron un poco de cebada para tostar, segun el uso de su extrema pobreza, que con este único mantenimiento habian pasado desde que entraron en las tierras del Akay, sin más pan, carne ni otra cosa en tantos dias y aun meses; y lo que aumentaba la fatiga era que esta vianda se daba por tasa, y tasa muy corta, porque sin estas providencias del hambre hubiera faltado la provision, y se conoció bien, porque en el fardo era corta la porcion de harina que habia.

Irritado el quequeá mandó salir de su presencia á todos y que en la puerta los registrasen con rigor, no sólo las faltriqueras de sus vestidos, sino aun los zapatos, y con tan rigurosa diligencia, que no le quedase escrúpulo á la codicia.

En esta accion acudió el que cuidaba del gasto y la provision, y aprontó el bolsillo comun, diciendo con cristiana ingenuidad: «No es menester rigor, aquí está todo el caudal de la cáfila de que yo he cuidado.» Tomó un turco el taleguillo, y en él no habia más dinero que el preciso para sustentar con aquella poca porcion de cebada á aquella gente por el término de tres ó cuatro dias; de precio sólo habia un pectoral del Patriarca, liso y muy delgado, de hoja de plata.

Esta pobreza irritó la codicia del quequeá, y, si hasta entónces habia sido con rigor el registro, á los que faltaban se añadió la furia de una desesperacion, y al fin mandó fuesen á la ciudad, porque su palacio estaba fuera, y para mayor seguridad los remitió á la custodia del gobernador de la aduana.

Este era más racional, y aun podemos decir piadoso. Con la comunicacion de los *bancanes*, que eran unos mercaderes que traficaban desde Dio á Suaquen y siempre fueron amigos de los portugueses, tenia muchas noticias de los Padres, y ahora los encomendó á los mismos *bancanes,* repartiendo en su casa á los cautivos.

Bajó de allí á poco tiempo á la ciudad el quequeá y quiso concertar á los católicos, por lo que tocaba de aquella mercadería á su aduana; y no fué poco que por dejarlos vivir, despues de un penoso regateo, se quietó con cuatrocientos pesos que aprontaron los *bancanes;* pero, al quererse volver, descontento de la pobreza de los Padres, le sugirió el comun enemigo la especie de llevarse por esclavo á un niño, hijo de padres portugueses, que venia con los Padres.

Sentian éstos la desgracia por la contingencia de su perversion y aun de

su abuso; conoció el quequeá el sentimiento de los Padres y daba prisa por la vuelta á su palacio: habláronle, pero su codicia y su fiereza daba pocos oidos á la blandura; ofreciéronle dinero por el esclavito; pidió sumas imposibles; pero al fin, como era este el fin y la cantidad gruesa la miraba difícil, se contentó con seiscientos pesos, que para quien habia de vivir de limosna, era suma bien alta.

Hecho el concierto, se aplicaron por varias vias á buscar prestada sobre su palabra la cantidad, y no fué poco hallarla; pero fué grande el ahogo que les dió el quequeá, porque cada momento enviaba recados por el dinero. Quiso la fortuna que en el quequeá dominaba la codicia, y este ahogo era para asegurar el rescate, que en su corazon no tenia tanta gana como mostraba del esclavo, y así logró la caridad rescatar al niño, y aquellos á quienes faltaba el preciso sustento para mantener la vida propia, se empeñaban, fiados sólo en la Providencia, por salvar el alma del inocente.

En Arquico se detuvieron un mes en la última miseria y con el mayor trabajo, sufriendo cada dia nuevas extorsiones por dinero los que mendigaban un bocado de arroz ó de cebada para su manutencion y su regalo.

Al mes los aprestaron una mala embarcacion para que pasasen á Suaquen, donde mandaba un bajá tan cruel y fiero como el de Mazúa, pero superior á éste por la dignidad, y á quien en realidad tocaba la presa, si los esclavos trajesen aquellos imaginados tesoros que habian falsamente escrito los abisinos, para ser causa del mal tratamiento con que los atormentaron los moros por hallarse frustrada la esperanza de su codicia.

Aquí eran los verdaderos reos los abisinos, cuyas falsas noticias los habian engañado, pero pagaron como reos los que no tenian más culpa que su desinterés, su pobreza y la desgracia de estar presentes, indefensos y cautivos.

Cuando llegaron á Suaquen, ya el bajá sabia que esta presa no era de interés; y así, para librarse del embarazo, determinó hacer un gran sacrificio de todos los cautivos á su falso profeta Mahoma. Esta noticia fué la bienvenida con que los recibieron al saltar en tierra despues de una navegacion tan penosa, que siendo en lo comun viaje de corto espacio de mar, tardaron más de un mes, y no fué poca dicha arribar, pues el barco á que los fiaron estaba tan derrotado, que no creia ni la prudencia ni la experiencia pudiese sufrir el viaje.

Al oir la noticia de su muerte, se llenaron de gozo, porque si bien no era el directo motivo la fe, era el segundo, pues el sacrificio se hacia por ser cristianos; dieron á Dios las gracias, y se daban mútuamente las enhorabuenas, creyendo que Dios les habia conservado en el peligroso camino, para

que con su sangre rubricasen su fe, siendo cierto librarian del sacrificio á cualquiera que renegase de ella y se pervirtiese.

Veinte dias estuvieron encerrados en un corral, de donde no les dejaban salir, aunque allí entraban continuamente los turcos; y fué dignísimo caso de eternas gracias á la infinita misericordia, que siendo los cautivos muchos, pues seguian á los Padres algunos portugueses y otros abisinos, aguardando todo este tiempo su muerte y padeciendo continuas instigaciones de los turcos, ninguno faltó ni flaqueó en su verdadera fe; de suerte que, si el perverso celo del cruel bajá hubiera llegado á efecto, todos los que salieron de Fremona con el Patriarca hubieran logrado por término de su trabajosa jornada la eterna bienaventuranza; caso cierto digno de memoria, alabanza y envidia.

No llegó á ejecucion el bárbaro intento, porque el mismo bajá, con la publicidad impidió su efecto, inquietándose los mercaderes turcos, y más los bancanes con el título y razon clara que, sobre perder el bajá con su crueldad el precio del rescate, perdia para siempre la conveniencia del comercio, pues los portugueses se retirarian y abandonarian el puerto donde se trataba tan mal á sus compatriotas.

Como estas razones eran convincentes argumentos á favor de la codicia, se dejó concluir el bajá, y ofreció á Mahoma el deseo y á su conveniencia el rescate; pidió por este veinte mil reales de á ocho. A esta proposicion no pudo responder el Patriarca, cuando ni veinte tenia, y el buscar suma tan considerable debajo de su palabra sobre la ya hallada en Arquico para saciar al quequeá, no se miraba ni como prudente ni como posible, y más fácil le era ofrecer la vida propia que prometer la hacienda ajena.

A esta resolucion tan firme como necesaria cedió el bajá y bajó el precio á catorce mil pesos; tampoco á esta baja se pudo responder, porque como la primera proposicion fué tan exhorbitante, aun cediendo en mucho, quedó desproporcionada; los bancanes y algunos turcos se valieron de esa segunda propuesta, para conocer que el ánimo del bajá era de composicion; y entrando de por medio, la redujeron á la talla de cuatro mil pesos, que ellos mismos se obligaron á dar, pagaderos despues en Dio.

Concordado el rescate, sobrevino una nueva sospecha al bajá y una nueva mortificacion, porque, dispuestas todas las cosas, al irse á embarcar le asaltó al bajá el pensamiento de que los portugueses dejarian el tráfico en desquite del mal trato que habia tenido con el Patriarca, y no halló medio para asegurar su codicia sino pedir rehenes, y, entre ellos, el primero la persona misma de su Ilustrísima y otros dos jesuitas.

Allí mandaba como monarca el bajá y como señor absoluto, á cuyas ór-

denes no habia resistencia, y así, fué accion sin libertad ceder á la fuerza, y quedarse en Suaquen el Patriarca con los PP. Diego de Mattos y Francisco Marqués, con varios de los mozos portugueses que venian siguiendo, haciéndose los demás á la vela en 6 de agosto de 1634.

Pero aquí es debido vayamos ya nosotros recogiendo velas á esta historia. En Etiopia hemos dejado al señor Obispo Almeida con seis compañeros jesuitas; el señor Patriarca con dos Padres se queda en Suaquen, y los restantes van caminando para Dio; los unos en tierra firme entre enemigos; los otros en el puerto entre bárbaros; los restantes en el mar entre borrascas, y todos en peligros, en hambre, en sed, en pobreza, gozosos todos en lo que padecian, y sedientos sólo de la gloria de Dios y bien de los prójimos, por cuyo motivo se hallaban en tan miserables congojas.

Entre todas las personas que componian esta tragedia, es debido, por razon y por justicia, tenga el primer lugar el señor Patriarca D. Alfonso Mendez, y por esta razon empezaremos en primer lugar por su persona.

Partida, pues, la nao con los demás jesuitas, quedó el Patriarca á la discrecion de aquel bárbaro avariento bajá, que al principio dejó libre por la ciudad al Patriarca y sus compañeros, y concedió viviesen con su Ilustrísima dos portugueses, criados hábiles en escribir en lengua abisina, y uno de ellos sacerdote.

Todos cinco mendigaban de puerta en puerta su miserable sustento. Este estado y todo lo sucedido escribió el Patriarca al bajá del Gran Cairo, que era superior del de Suaquen, quejándose de haber éste faltado á su palabra y concierto, habiendo recibido la póliza del dinero en que se habia ajustado su libertad, lo que era contra todo derecho del contrato.

El bajá del Gran Cairo estaba ausente cuando llegó la queja, pero su secretario escribió al de Suaquen una carta bien notada, previniéndole que, á no conceder la libertad que debia al Patriarca, peligraba su cabeza; este rayo quiso prevenir despachando al Patriarca, á sus compañeros y á los portugueses; de estos le desembarazó su codicia, enviándolos á Guida á ser vendidos por esclavos, sólo por ser cristianos; dichosos si lograron la perseverancia final, pues de estos no hallamos noticia alguna ni se supo de su fin dichoso ó trágico.

Despachados estos, llamó al Patriarca y sus compañeros en ocasion peligrosa, y que aún los mismos turcos creyeron era aquel el último dia de su vida, porque el cruel bajá estaba hecho una fiera de rabia y sentimiento por un motin casual que se habia concitado en la ciudad, y al acabar de pronunciar sentencia de muerte en veinte y seis turcos, envió el recado al Patriarca.

Obedeció y fué con sus compañeros, suponiendo lograr descanso á sus

trabajos, porque, si bien su muerte no era por motivo directo de ser cristiano, el último motivo y la raíz de todo el enojo era la verdadera fe que profesaban, y era bien cierto que si pudieran ofrecer hacerse turcos, se amansara la fiera y los recibiera como amigos; pero como esto no cabia en aquellos firmísimos pechos, constantemente fieles á Dios, iban como reses al matadero, ofreciendo sus vidas en el peligro y constantes en el lance, no sólo fueron mártires en el deseo, sino aun en el voluntario consentimiento, oblacion y holocausto.

Pero el bajá les mudó el destino diciéndoles airado: «Yo tengo cartas de Etiopia en que me avisan habeis enviado por soldados que nos conquisten; á mi no me da miedo, que con cada turco responderé á veinte y cinco cristianos, pero no quiero que esteis aquí inquietando; ahí teneis mercaderes de los vuestros, empeñaos en 14.000 pesos, y os ireis luego, luego, que ya no pende de mí vuestra salida.»

No estaba el bárbaro en estado de oir razones, y así, prudentísimamente el Patriarca respondió que mandase á su subalterno, que como dijimos llaman ellos quequeá, que tratase este negocio. Fué prudentísimo este medio, porque se sosegó con la esperanza el bárbaro, y era natural la mediacion, pues semejantes negocios se tratan siempre con este ministro, y con el medio término tan regular se salió del dia de que pocos creyeron podian salir.

Vino, pues, á negociar el quequeá, ménos fiero, pero buen agente de su bajá, no solo por ley, sino por interés, pues era partícipe de alguna parte del precio. A este le dijeron con sumision, que bien conocia lo empeñada que tenian su palabra y su pobreza, pues ya era el empeño pasado en Arquico y en Suaquen de cerca de 15.000 pesos, y no habia prudente esperanza de que hubiese quien ahora les prestase tanta cantidad de contado, sin obligacion ninguna ni más esperanza que el que de suyo lleva la lismona que solia enviar el rey de Portugal para algun alivio de los portugueses de Etiopia; y que para que se convenciese, notase bien que, cuando se ajustó su primer rescate, habian concurrido algunos mercaderes á ofrecer dinero, y en esta segunda ocasion, aunque era bien público el caso, ninguno habia venido á ofrecerse, y aun hablados algunos, no habian dado oidos á la proposicion por creerla enteramente disonante.

Replicó el quequeá: «El caso es que el bajá no ha de dar el crédito que se merece esa razon, y yo veo á gran peligro vuestras cabezas, y aun me admiro estén ahora sobre sus cuellos.» «Ese, señor mio, dijo el Patriarca, es el caudal que tenemos; por Dios y por nuestra fe daremos la vida de buena gana; por nadie, ni por nuestra vida propia podemos dar el dinero que no tenemos, y bien cierto y notorio es que no le tenemos, ni en Arquico, don-

de nos saquearon hasta las faltriqueras, nos hubieran dejado este caudal, ni en Suaquen hubiera habido tanta dificultad en el precio del primer rescate, si estos bancanes y portugueses hubieran hallado probabilidad en la paga; pero como este es dinero incierto, tuvimos las dudas y resistencias que os constan; pues ¿cómo ahora podremos recargar el empeño que entónces, siendo el primero, no pudimos conseguir? que se intente algo, como 1.000 pesos, ya de limosna ó emprestado, es porcion que se puede intentar, pero 15.000 pesos para nosotros es imposible.»

«Más imposible es, replicó el quequeá, que el bajá ceda, y yo no sé lo que podré hacer, pero bien sé que podré poco,» y con esta respuesta fué al bajá, cuya codicia halló medio para que los mercaderes concurriesen al sobrerescate, movidos de lástima, cuando se resistian á la codicia. A este fin mandó al quequeá que, llamado el verdugo, le ordenase llevase á los Padres á un torreon viejo que solia servir de cárcel, y allí los aferrase con grillos en los piés y con unas argollas en el cuello, por las cuales pasaba una cadena que dejaba á los tres enlazados de suerte que si uno se movia los demás eran forzados á seguirle.

Las voluntades estaban tan unidas, que les daba poco cuidado este preciso enlace; ántes el Patriarca llevaba tan conforme esta prision, que repetia á menudo: «Esta es nuestra danza, vamos á hacer la danza,» porque el carcelero con la obligacion de ir con prisiones, segun el estilo de Suaquen, que salen los presos aherrojados, salian los Padres á pedir limosna para vivir, porque permitia saliesen á buscar su sustento.

En esta mortificacion vivieron un año sin ceder en nada la violencia del tirano, hasta que rendidos á la compasion los mercaderes bancanes, ellos mismos contrataron la libertad de los míseros presos, á quienes los hierros, la opresion, el mal trato, la dura cama y la flaqueza les ocasionó una comun y rarísima enfermedad á los tres, que fué quitárseles el pellejo de todo el cuerpo, vivísimo tormento, aunque la naturaleza ayudó á la tiranía, porque los hierros ludian con la carne viva en los piés y pescuezos, cuya frotacion era dolorosísima, y ella misma impedia á la formacion de la piel y encancerraba la llaga, continuando el tormento.

Esta lástima en un hombre estimado por el Superior de todos, y que aún allá en su modo de concebir las cosas que no entendian, sabian tenia dignidad grande, fué la causa de su libertad; pues los bancanes, empezada la plática, concluyeron el tratado en otros 4.000 pesos.

Es verdad que, para acalorar este expediente, dió órden el bajá, verdadera ó fingida, efecto ó de la avaricia ó de la crueldad, para que los entrasen en un barco sin vela ni remo y los dejasen en alta mar; y este miedo, porque

en el bajá era muy natural y muy propia esta desesperacion, adelantó mucho la conclusion del contrato, que fenecido, se embarcó el Patriarca con los Padres en 20 de agosto de 1635, llorando todos al apartarse de su querida Etiopia, ingrata, pero amada Esposa del señor Patriarca, que como otro Jacob, la habia servido finísimo y celosísimo siete años, al fin de los cuales le pagó con tan riguroso desprecio.

De Suaquen en poco más de un mes llegó á Dio, y de allí, sin perder tiempo logró embarcacion para Goa, para solicitar por todos los medios posibles su restitucion á Etiopia, clamando por la gloria de Dios y por el remedio de aquellas desgraciadas almas, verdaderamente católicas romanas, de que habia más de doscientos portugueses y sinnúmero de abisinos, éstos más expuestos por su debilidad, pero todos abandonados por su desgracia.

Habló sobre este importantísimo negocio con D. Pedro de Silva, que acababa de llegar á la India por virrey, y con el conde de Linares, que volvia á Lisboa acabado su oficio, y valoró las razones y súplicas del P. Jerónimo Lobo que habia llegado ántes con el encargo de Procurador, como veremos en su elogio.

Aconsejaban al Patriarca volviese á España á manifestar las razones, para que su persona diese eficacia á los memoriales del P. Lobo: á este consejo, que fué con instancias, respondió constante: «Cuando salí de Portugal, fué con resolucion firme de no volver: yo no he de quebrantar este propósito; para el remedio va bien informado el virrey, lleva poderes el P. Lobo; si éste se logra estando yo aquí, estoy cerca para Etiopia, y si voy á Europa me alejo y dificulto mi resolucion; y cuando no la logre, es indubitable que alguna providencia podré dar desde aquí; y si me voy yo y huyo como mercenario, imposibilito por mí mismo las providencias;» y así, no se dejó reducir, y vivió en Goa los veinte y un años que le quedaron de vida.

No estuvo en este tiempo ocioso, y sirvió de mucho, pues recibió y respondió á muchas cartas de Etiopia; y, entre otras que tuvieron la fortuna de no correr tormenta, fué una el nombramiento de Vicario general en la persona de Bernardo Noriega, portugués, sacerdote ordenado por su Ilustrísima, cuyas veces tuvo muchos años, cuando ya no habia jesuita alguno, y fué el consuelo de aquella cristiandad.

El Patriarca, aunque en Mazúa y Arquico le robaron sus papeles, como le dejaron sus talentos, prosiguió incansable en el trabajo. Aquí escribió dos tomos en latin de la *Historia de Etiopia,* tan discretos, tan bien fundados, tan claros y fecundos en el estilo, que le merecieron el nombre del *Livio portugués,* y en Roma, donde se depositan estos originales, se trató vivamente de dar á luz esta elegante obra.

Tambien compuso otros dos curiosísimos libros que intituló: *Catecismo etiópico,* y era un formal catecismo, pero de suma erudicion, porque en cada artículo ponia los errores que sobre él tenian los abisinos y una erudítisima católica confutacion.

Tambien se empleó en escribir muchas cartas doctrinales sobre varias materias, y algunas refiere en su *Historia* el P. Baltasar Tellez, y en ellas se ve como en un espejo lo llena de erudicion sagrada y profana que estaba su memoria, lo profundo de sus discursos y lo inflamado en Dios de su voluntad. De otras obras hace mencion nuestra *Biblioteca,* que yo no traslado por ser fácil á la curiosidad verlas en su propio lugar.

Fué siempre aplicadísimo al trabajo, incansable en la faena, vigilante en el aprovechamiento de las virtudes, celosísimo de la honra y gloria de Dios y continuo en el trato con su Majestad en la oracion; constante en las mayores adversidades y apacible en todas ocasiones y con todas personas.

Desahuciada ya la esperanza de recuperarse la Etiopia cristiana, fué nombrado Arzobispo de Goa, pero el comun tributo de la muerte previno su posesion, porque lleno de años y merecimientos, en el de 1656, en el mes de junio le sobrevino una maligna calentura á que no pudo resistir su avanzada edad de setenta y siete años, de los cuales habia vivido sesenta y tres en la Compañía y treinta y tres en Etiopia y la India.

Fué su tránsito el dia 29 de junio, dia consagrado á los santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, sin duda con disposicion divina, para darnos á entender abria franca el Santo Apóstol la puerta del cielo al que la habia abierto á tantos millares de almas á quien habia bautizado y convertido.

Los dos compañeros en el cautiverio del Patriarca volvieron á Goa como los otros jesuitas, y de ellos pondremos su destino y elogio en saliendo enteramente de Etiopia, que como parte esencial de la historia, es bien atendamos primero al cabo que dejamos suelto.

En el mismo año de 1634 en que salieron á su destierro los jesuitas, castigó Dios á Etiopia con plaga de general langosta que arrasó los campos; y como en aquel reino no hay graneros ni bodegas, y sus naturales se fian en su casi seguridad de fruto, faltó enteramente la cosecha y no habia frutos conservados, con que fué necesaria la hambre, á que en todo el imperio se siguió epidemia de que adoleció el mismo emperador, aunque por justos juicios de Dios le conservó la vida, que habia de ser exterminio de la religion, perseguidora de los fieles y tirana contra sus ministros.

Estos que, como vimos, con el señor Obispo eran seis, vivian retirados, escondidos, y sólo de noche entre tinieblas, salian á confortar á los fieles, á exhortarlos, á confesarlos ó á disponerlos en el último trance. En estas

utilísimas ocupaciones sirvieron á Dios y á las almas con provecho imponderable, y es sin duda que por su medio hallaron abiertas las puertas del cielo muchas almas.

En esta ocasion eran esforzados marineros que se exponian á ser sumergidos en la tempestad por salvar el ahogo de los ménos expertos ó más cobardes á la furia de las ondas, cada dia más crespas, y cada dia más erizadas, porque los vientos se avivaban al soplo de las sugestiones, que combatian rabiosas á la poca experiencia y corta edad de un emperador, mozo libre, soberbio y nada ajustado á leyes de la razon, que se irritaba al ver que, habiendo sido el principal motivo, ó colorado título de la perversion sosegar los rebeldes de Lasta, estos lograban la buena ocasion de las inquietudes, debilidad y diversion del emperador, para adelantar más y más sus conquistas, y tanto, que no hubiese sido contra el curso natural que se hubiesen hecho dueños del imperio, si ellos mismos con mayor reserva no hubieran tenido miedo á su misma prosperidad, y con prudente cautela no se hubieran contenido en los límites de sus cercanías, conquistando mucho terreno, pero dejando siempre las espaldas cubiertas con la seguridad de la retirada, porque sólo tomaban posesion de los confines, y nunca dejaron en medio terreno de que no tuviesen el dominio.

En estos confines vivian el Obispo y los Padres, y su mismo nublado les servia de capa para alguna, aunque poca, libertad en su santo celo. Salian de su retiro por las noches y visitaban los enfermos; de dia oian á los que venian á confesarse, y por cartas ó papeles animaban á muchos distantes que no se atrevian á venir, y no fué corto el fruto que logró el cielo, «pues no se puede dudar, dice en una carta el señor Obispo Almeida, que la noticia y consideracion de que no los desamparábamos, animó á muchos á la perseverancia.»

Así vivieron entre temor y esperanza algun tiempo á sombra, como solemos decir, de tejado, y siempre acometidos del susto, y bogando contra el viento y las olas de la persecucion, tanto ahora más fiera, cuanto el conocimiento de ser útiles sus vidas para la gloria de Dios impedia arrojarse el celo al peligro; y no fué poco, que la prudencia ocultase á estos siervos de Dios por dos ó tres años, en que los dejó vivir la ignorancia de cómo ó dónde vivian en Etiopia.

Pero como es imposible que se esconda el sol por más que le quieran impedir las nubes, y como por más escondidos y cuidadosos que anduvieron los Padres llegó á noticia del emperador su estancia, ya fuese por algun traidor á Dios, á la religion y á los Padres, ya por efecto de alguna avaricia oculta, y porque el secreto entre muchos pierde su naturaleza; empezó á

correr la noticia por la corte, irritando los ánimos de los cortesanos y moviendo la cólera al emperador.

Luego que lo oyó el emperador, envió apretada órden al virrey de Tigre que buscase aprisa á los Padres que supiese por certidumbre ó por indicios que estaban en el reino, y, ó los llevase al mar, ó á la menor resistencia les diese muerte; la razon que para esto daba en su misma carta era, porque no estaba segura la religion alejandrina en cuanto habia jesuitas en Etiopia.

El virrey era fino hereje y cruel enemigo nuestro, y no habia menester todo el agrio con que le escribia el emperador para enconar su furia; hizo tan bien la diligencia que en breve supo el asilo que el Obispo y sus compañeros tenian en casa de Caffa; este tambien supo á tiempo la noticia que tenia el virrey, y queriendo cumplir, sin exponer á peligro su vida ni arriesgar á que perdiesen la suya los Padres, hizo conducir á un desierto cerca del mar al Obispo y P. Jacinto Francisco, en una montaña difícil de estancia y habitacion, porque era toda de enmarañado bosque, situado cerca de Dafaló y vecina á una poblacion de moros.

Allí los dejó en una cueva natural de la tierra, cerca de un arroyuelo, que les satisfaciese la sed, y con un poco de cebada para su sustento, encargando mucho á los moros de la poblacion vecina socorriesen á los huéspedes de cuándo en cuándo, y con esta prevencion libró al Obispo de manos del virrey, y se salvó á sí mismo; pues pudo asegurar sin riesgo, que aunque habia tenido á los Padres en su casa, ya no los tenia.

En este encierro vivieron tres meses sin más provision que la referida, sin más comunicacion que con Dios en la oracion, sin más consuelo que los que el cielo les comunicaba, sin más recreo que el grande que sentia su espíritu en padecer por Dios; á la verdad, les aplica á estos devotos ermitaños con gran propiedad el P. Baltasar Tellez el texto de S. Pablo ad Hebraeos: *Circuierunt in melotis, in pellibus caprinis, in solitudinibus errantes, in speluncis et cavernis terrae, egentes, angustiati, afflicti, quibus dignus non erat mundus.*

Se hizo indigna Etiopia de tan ilustres varones, luces de la religion, evangélicos predicadores, invictos mártires y gloriosos héroes, y vinieron á entregarlos por único asilo en poder de los moros, manifestando con esta accion los abisinos mismos, que mayor humanidad se podia esperar de la perfidia mahometana que de la apostasía abisina. Verdad es que los moros, que ninguna obligacion tenian al sustento de aquellos desamparados, y que no hallaban utilidad en su cuidado, le tuvieron en venderlos á los moros de Dafaló.

A este tiempo supo el P. Francisco Rodriguez que las voces que habian

corrido de su muerte eran artificiosamente sembradas por Caffa, para asegurar su vida, y que aún vivian enterrados en aquella habitacion; pero no le fué posible hallar más señas, ni de la sepultura, ni de los sepultados. Valióse de un fino católico abisino llamado Lipsa-Cristos, que le sirvió con fortuna y eficacia, y encontró, práctico de la tierra, la cueva, hallando aquellos dos esqueletos luchando contra la muerte.

Aquí la compasion del abisino le esforzó el ánimo, y á peligro de su vida los condujo á su casa, libertándolos de aquella peligrosa disyuntiva necesidad de muerte ó esclavitud. En su casa escondió á los Padres, y con el buen trato se recobraron algo de la fatiga, si bien este mismo reparo fué con bastante pena, así por tener aprisionado su celo, como por la mortificacion á que les obligaba el miedo del abisino Lipsa, que por temor de la justicia ó de la tiranía del virrey, no les permitió en un año entero salir de una cueva, y lo más á que cedió su temor fué á permitirles algunas noches saliesen á la puerta de la casa á consolarse con ver el cielo, con cuya vista recreaban el alma, llenándose de gozo en la consideracion de que conquistaban aquellos diáfanos muros con el sufrimiento y con el presente destierro, y aquella libertad con la temporal prision.

Al fin del año, sosegado algo porque ni el emperador ni el virrey ostentaban furia por faltarles motivo, permitió Caffa, debajo de palabra de que nunca dirian quién los habia ocultado, que saliesen á la buena compañía del P. Francisco Rodriguez, cuya industria ó cuya fortuna habia sido mayor, pues vivia más libre para poder asistir á los católicos, y en este santo ejercicio siempre con susto, siempre con riesgo, pero siempre con fruto, permanecieron en Etiopia hasta el año de 1658.

Pero porque en este tiempo se les adelantaron á la gloria algunos compañeros; dejándolos á estos en su santo ministerio, volveremos los ojos á los que ejercitando los mismos acabaron antes felicísimamente su carrera.

Estos fueron los PP. Gaspar Paez y Juan de Pereira, que con el P. Bruno Bruni estaban recogidos en un lugar llamado Affá, de donde era gobernador un abisino católico llamado Tecla-Manuel.

Este, no sólo encubria á los Padres con su amor, sino que los protegia con su autoridad, y fué copioso el fruto que cogió Dios con esta providencia; pero, dejando por altísimos fines obrar á las causas segundas, acabado el tiempo de su gobierno, le sucedió en él un su hermano, endurecido hereje, de quien no se podian fiar ni Tecla-Manuel ni los Padres.

A estos dió aviso durante su gobierno, y por su industria se refugiaron á un destierro ó montaña de la tierra de Seravé, donde era xumo ó gobernador el suegro del nuevo gobernador de Affá, que luego que tomó gobierno,

supo individualmente todo lo sucedido y cómo los Padres con algunos abisinos estaban en aquella montaña, donde ciertamente durarian algun tiempo hasta poder salir á lugar más cómodo para ejercitar sus ministerios, lo que no podia ser tan aprisa, pues era precisa la dilacion para hallar sujeto de autoridad que los refugiase con su sombra.

Con este seguro, avisó el nuevo gobernador á su suegro el xumo ó gobernador de Seravé, quien como le aseguraban el tiempo, consultó con un monje cismático el caso, y este le animó á ir con gente de guerra á matar á los inocentes corderos; díjole no tendria firmeza la religion alejandrina en Etiopia hasta que se consumiese toda la semilla de la católica; púsole en escrúpulo de conciencia permitir en su territorio aquellos Padres que eran los mayores enemigos que tenian los alejandrinos, y, para animarle, le ofreció sus oraciones y que escribiria muy luego á su Abuma para que le enviase un gran número de indulgencias á él y muchas para los soldados que acudiesen á la empresa.

Con este dictámen y este socorro espiritual de oraciones falsas é indulgencias fingidas, vino tan fortalecido el xumo, que sin esperar aquel fantástico cúmulo de gracias espirituales, juntó gente y con 150 hombres armados acudió á golpe fijo á la cueva, pero los Padres avisados por Tecla-Manuel habian mudado casa que encontraron más acomodada y en mejor sitio, y fué harto no la hallasen ocupada de algun tigre, porque para estos era de conveniencia; tenia un natural cubierto de una gruta en que cabian muchos, y al fin un retrete en una cueva que los refugiaba de las inclemencias.

Llegaron los enemigos á la primera habitacion y hallaron desocupada la casa, no dudaron de la verdad de quien los habia conducido, y al punto sospecharon la de haber sido avisados, ó á lo ménos quisieron salvar su errada conciencia, haciendo de su parte cuantas diligencias pudiesen para seguir la caza.

Toda la noche gastaron en registrar la montaña, hasta que al amanecer del siguiente dia, dieron en lugar del segundo refugio. El primero que descubrió al P. Bruno Bruni fué un abisino apóstata que llegó disimulando lealtad, fingiendo venia á dar cuenta de que el xumo los venia á quitar la vida y ya llegaba al sitio; no bien habia dado la noticia, cuando se apareció toda la tropa.

Aquí al ardor portugués no le bastó la virtud cristiana para contenerse en los términos de la prudencia, y dos mozos portugueses, sin más armas que dos lancillas y el valor de su brazo, salieron á detener á 150 hombres armados, sin poderlos contener ni el precepto ni la súplica de los Padres; decian: «Déjennos que defendamos á nuestros Padres, á nuestros maestros, y á quien debemos la salvacion de nuestras almas.»

Pero como este muro era tan débil, los enemigos, sin usar de armas, á pedradas los hicieron refugiar al rancho de los Padres, donde en campo raso acudió la multitud á acabar con todos como, á su juicio, lo consiguieron, hiriendo á lanzadas á todos los católicos, sin más distincion que la de tener singular cuidado con los jesuitas, como que de la muerte de estos pendia la seguridad de su falsa doctrina y cisma héretico.

Al P. Bruno Bruni le dieron trece heridas; al P. Gaspar Paez dos, una cerca del corazon y otra junto al brazo derecho; al P. Juan de Pereira dos, una en el pecho de más de un palmo, y otra en un brazo; á los seglares hirieron malamente, hasta que á su juicio quedaron, sino rematados, á lo ménos sin esperanza de vida; y por no detenerse, pretendiendo cada uno el fruto de su saqueo, los desnudaron á todos, en cuya accion dice el P. Bruno Bruni, que si bien al primer golpe cayó desmayado de suerte que no sintió las siguientes heridas, al tiempo del saqueo y despojo estuvo tan en sí, que acordándose del proto-mártir de la Compañía, Venerable P. Antonio Criminal, él mismo, á su imitacion, se ayudó á quitar la camisa que voluntariamente entregó á la codicia.

Todos enteramente desnudos quedaron en el campo, y el P. Gaspar Paez dió su alma á Dios el primero de todos, porque su herida, tan cercana á la parte vital del corazon, no le permitió por mucho tiempo la respiracion ni el movimiento. Y aunque yo deseo caminar aprisa en este viaje, me ha parecido bien trasladar la carta que el mismo P. Bruni escribió sobre esto á nuestro P. General Mucio Witeleski; su data en 19 de junio de 1639, fecha en Ambasalán, donde dice:

*Copia de la carta del P. Bruno de Sta. Cruz, para el P. Mucio Witeleski, General de la Compañía.*

«Estando los PP. Gaspar Paez, Juan Pereira y yo escondidos en una cueva de unas tierras de Tigre que llaman Affá con algunos católicos, parte portugueses y parte abisinos, pocos dias antes de la Pascua de 1635, fuimos avisados por una persona que se llamaba Tecla Manuel, debajo de cuyo amparo estábamos en aquel lugar, que luego nos convenia esparcirnos por varios sitios que él nos enseñaria, y que nos ocultásemos en los bosques.

»Parecióños cosa dura privarnos del consuelo que nos causaba estar juntos. Hicimos nuestra posada en un valle cercado de montecillos.

»Cuatro dias habia que estábamos en este lugar, cuando vió Cabra-Cristos como 127 hombres de guerra, armados de lanzas que traian por guía y ca-

pitan á un hermano de nuestro protector, por nombre Melcha Cristos. Con este se fueron primero á la sobredicha cueva, y no nos hallando, gastaron casi toda la noche en buscarnos, hasta que llegaron á una fuente en donde hallaron las huellas de un caballo que un portugués allí tenia sólo para que subiese en él el P. Gaspar Paez, que por una indisposicion no estaba ya para muchos caminos á pié.

»Por las huellas del caballo, con paso apresurado, antes de salir el sol, apareció delante de nosotros la guía, dejando atrás ordenada toda la gente de armas. Estaban mis compañeros dentro de sus chozas, cuando yo salí como quien sólamente le conocia, y para saber lo que traia de aviso. Decia él tuviera yo por cierto cómo su hermano Tecla-Manuel estaba preso en los reales del virrey por nuestro respeto, y que los enemigos de él y de nosotros tenian ya noticia del lugar adonde estábamos, por lo cual convenia mudarnos luego para otro.

»Mostraba en el rostro sentimiento de la prision de su hermano y algun cuidado de nuestras vidas. Pero cuán dañado corazon tuviese, lo mostró bien el fin de esta tragedia á que luego se dió principio, dejándose ver el escuadron de enemigos.

»No mucho despues dos mancebos portugueses, llamado el uno Lúcas Raposo y el otro Jerónimo Mezquita, luego que vieron á los enemigos, echaron mano de los primeros escudos y armas que allí encontraron, para pelear con ánimo y valor igual al deseo que tenian de morir antes que ver muertos á sus maestros.

»Era digna de admiracion su valentía militar, que no siendo más que dos, trataban de poder hacer rostro á 127 hombres bien armados; á entrambos grité varias veces, más por no advertirlo ó por no entender lo que les decia, no desistieron de la pelea, hasta que les obligaron las piedras que de todas partes les tiraban. Antes de desistir estos, vi yo al capitan de los enemigos que tenia consigo algunos de ellos, enviando otros para mis compañeros. Quedóse él al principio como pasmado, y sin hablar palabra ni él ni los suyos, estuviéronse así un gran rato sin hacer ningun movimiento.

»Estaba á mi lado Zená Gabriel Machado; poniendo en él los ojos uno de los soldados le dió una fiera lanzada en el muslo derecho; recibióla él como un manso corderillo que se habia ya ofrecido á su Criador. Cayó luego en tierra y me dijo: «He aquí Padre, que muero delante de V. R. como le dije». Aludia él á ciertas pláticas que habia tenido conmigo sobre morir mártir, y parece que, para fomentarle tan buenos deseos, tuvo quien le diese las esperanzas.

»Al oir estas palabras, cuyo contenido no entendió, despertó el furor del

mismo soldado, que parecia estar ya detenido, y no se dió por satisfecho, hasta que segunda vez repitió el golpe de la lanzada.

»Movido yo de una natural compasion, pedí entónces al soldado que desistiese por el amor de la Vírgen María nuestra Señora; mas, como mis palabras no eran de ángel para con Abrahan, no tuvieron fuerza para libertarle de otro tercer golpe, que le dió en el mismo muslo. Fué este mancebo el primero que cayó herido por nuestra santa fe y el último que mereció recibir la corona del martirio.

»Dejándole á él, vinieron luego muchos sobre mí. Unos se ocupaban en desnudarme de mis vestidos; otros (que más sed tenian de sangre, que de ropa) conforme al sitio en que se hallaban, me herian; y en señal de la poca vigilancia con que siempre anduve en el servicio de Dios nuestro Señor, fuí á este tiempo sorprendido de un sueño tal, que no puedo dar fe chica ni grande de trece heridas que recibí, sino cuando estando ya caido en tierra vi correr la sangre; y entónces tuve acuerdo para ofrecerla á mi Redentor por mis pecados y por aquella persona que con espíritu profético, antes de partirme yo de esa ciudad de Roma, clara y distintamente me habia asegurado de la merced que Dios me habia de hacer, pidiéndome que en aquella hora me acordase de ella; y razon era que no me olvidase yo en lo mejor de mi vida, de quien me habia dado la mejor nueva que en toda ella podia yo tener.

»Hecha la oferta á mi Dios, viendo que me estaban ya quitando el vestido interior, quiso su misericordia que me acordase de lo que hizo en caso semejante el glorioso proto-mártir de la Compañía; eché mano á la camisa para ayudar á tirarla; mas ahora porque entendiesen que yo no queria, ahora por encontrar en mí señales de vida cuando ellos me tenian ya por muerto, me dieron otras dos lanzadas; poco más sentí estas, que las trece primeras.

»Así herido y totalmente desnudo me dejaron en el suelo más muerto que vivo; puse los ojos en el cielo, que ponerlos en la tierra ya no habia para qué. Estuve así solo por algun tiempo, sin aparecer allí persona humana; los heridos no se podian mover de su lugar; los matadores ocupábanse en robar á mis compañeros y á los demás que con nosotros estaban. Y puesto que á los de poco corazon decian que no tuviesen miedo, y que no los harian mal ninguno, sino sólamente que se apartasen de los moros, de los burros y de los que no eran cristianos (que con estos títulos nos honraban á nosotros y á los portugueses), con todo eso no dejaron de despojarles tambien de sus vestidos. En acabando de desnudar á todos, se fueron con la prisa que les daba el miedo de poder acudir alguien de la poblacion, que está allí cercana.

»Idos ya los matadores, llegó adonde yo estaba el P. Juan de Pereira, traido en los brazos de dos mancebos portugueses, llamado el uno Francisco Machado, que venia mortalmente herido y otro Damian de Acosta, milagrosamente guardado de Dios, porque estuvo siempre en medio de los otros compañeros, esperando con los brazos cruzados al pecho los golpes de las lanzas; mas Dios no quiso los recibiese, recibiéndole la buena voluntad con que los deseó.

»Venia el Padre desnudo, y sólamente cubierto de la cintura abajo de un calzon; traia debajo del pecho izquierdo una herida de medio palmo, y el rostro más de muerto que de vivo. A mí se me representó entónces un *Ecce Homo*, mas á Cená Gabriel Machado un soldado esmaltado de sangre; así lo referia él en una carta que mandó escribir á su madre antes de morir, diciendo que los cuerpos de los Padres parecieron entónces como soles.»

»Llegando el Padre á mí, se echó luego á mi lado, y me dijo: «Muramos, Padre mio, muramos juntos.» Palabras que entónces acabaron; mas no acabó la amargura que me causaron al corazon, pues no merecí por mis pecados se cumpliesen. Echado á mi lado se confesó conmigo, y yo con él, y lo mismo hicieron los demás.

»Confesados y estando todos juntos, acabó de morir Lúcas Raposo, y este fué el postrero que en aquel dia dió su alma á Dios, porque el primer lugar mereció el P. Gaspar Paez, despues Cosme de Mezquita, y el tercero un mozo de servicio del P. Gaspar Paez, y el cuarto el dicho Lúcas Raposo.

»Antes de proseguir yo los sucesos particulares que acontecieron en la muerte de cada uno, fuera desagradecido á Dios si callara la particular providencia que tuvo conmigo en aquella ocasion Su Majestad. Estando todos juntos, se pegó fuego allí cerca, de manera que teniamos por cierto que despues del bautismo de sangre pasariamos por el de fuego; y así nos sucediera sino fuera por una esclava negra, que nunca nos dejó en esta persecucion.

»Habia ido esta muy de mañana á buscar leña; estúvose en el bosque escondida hasta que se fueron los enemigos, y acertó á venir poco antes de prenderse el fuego, que luego apagó con ayuda de otros dos.

»Otro efecto de la divina providencia fué, que llegando allí de repente un portugués de vida estragada, á fin, segun oí decir, de coger alguna vaca de las que entónces habia en aquellos bosques por falta de comida en otras partes, tendió la vista hacia nosotros y quedó trocado de manera que en lugar de llevar para su casa lo ajeno, fué sin lo suyo, porque luego dividió una capa, con que se cubria, en dos partes, y con la una cubrió al P. Juan de

Pereira, y con la otra á mí, que hasta entónces estaba sólamente cubierto con un poco de paja.

»Por este acto de caridad mereció reconciliarse con Dios nuestro Señor de allí á pocos dias por medio de una confesion general de toda su vida que hizo en la cueva, de que se hablará luego cuando hagamos relacion de las particularidades que acontecieron en la muerte de los que en aquel dia merecieron poner fin á sus trabajos.

II

»Luego que salió el P. Paez de su choza, le dieron una lanzada en el corazon y otra debajo del brazo derecho; herido le desnudaron, y desnudo se abrazó con la tierra, y cruzando los brazos sobre la cabeza, acabó el sacrificio de su vida en el sitio que él acostumbraba orar y sacrificarse á Dios nuestro Señor cada dia.

»Caido en tierra el P. Gaspar, no cayó el corazon de Cosme de Mezquita, ántes no le sufrió ver tan gloriosamente morir su maestro y quedar él vivo sin gloria. Habíase puesto en el camino por la parte de arriba, y luego que oyó el estruendo de los enemigos, paróse un poco como deliberando consigo por dónde y cómo podria hacer más acertado golpe en los enemigos y más provechoso para los suyos.

»Acertó á ver al capitan; arremete como un leon hácia donde estaba, y se encontró con los dos compañeros á los cuales las pedradas habian hecho retirar dentro de una choza: llevólos consigo diciéndoles: «Vamos, compañeros, vamos y muramos con nuestros Maestros.»

»Hablaba y corria, y en lo mejor de la carrera le dieron por detrás los enemigos una pedrada en el pescuezo, que luego le derribó al pié de un árbol; mas con mayor presteza le levantó el ánimo que tuvo de verdadero portugués.

»Puesto en pié, disparó la lanza con destreza contra el capitan, teniendo para sí que con la muerte de un malo aseguraria la vida á muchos buenos. Fué el golpe tan fuerte que allí cayera luego, sino tuviera, como dicen, una cota de malla, que sólamente le valió, y no los merecimientos de su maestro cismático, como él decia en una carta que le escribió, pidiendo albricias sobre la muerte de los Padres y demás que con ellos estaban, y dándole las gracias por el socorro de las oraciones con las cuales afirmaba le habia Dios nuestro Señor librado de la muerte.

»Viendo dos soldados el autor de tan acertado golpe, al punto con grande prisa se asieron de él; mas con mayor esfuerzo y presteza, aunque des-

armado, se desasió de ellos, sacudiendo al uno y otro en el suelo; la caida de éstos dió cuidado y qué temer á los enemigos, los cuales, para librarse de miedos y cuidados, arremeten luego en gran número á uno solo, y dándole una penetrante herida en la garganta, murió, como esperamos, para vivir siempre con Dios en la gloria eterna y en la memoria de los hombres con nombre inmortal.

»Mal puedo yo explicar el deseo que este buen portugués mostraba de morir por la honra de nuestra santa fe, que ella se extendiese en este imperio. De aquí le nacian los cuidados de asegurar nuestras vidas: si alguno de nosotros mostraba gana de salir al campo, nos atajaba todos los caminos, proponiendo dificultades y razones para que no lo hiciéramos, y una de ellas era la pérdida de muchas almas: «Muertos vuestras reverencias decia, ¿quién enseñará á los católicos? ¿quién los animará?» Y de cuantas razones se le daban en contrario, ninguna admitia, insistiendo firme en su opinion.

»No dudo que teniendo ésta por cierta, así tambien tuvo él por cosa debida al estado de soldado, no ménos valeroso que católico, ganar una muerte gloriosa con procurar primero darla á los que querian quitar la vida á los mercaderes de ella. Esto trataban él y sus compañeros en sus pláticas. Cuatro dias ántes le dieron la noticia de la pérdida del hatillo que poseia, y respondió: «¿Qué me sirve á mí el hato, pues hoy ó mañana he de acabar mis dias en estos bosques con mis maestros?

»El tercero, que murió en aquel dia, fué un mozo de servicio del P. Gaspar Paez, por nombre Nasso: era natural de aquella tierra, pero de los errores y ruines costumbres que en ella hay, no se le pegó más que de la sal del mar al pez; siempre se mostró inclinado á piedad; confesábase frecuentemente; era de condicion blanda, callado y humilde, y, sobre todo, muerto por morir por la santa fe.

»Dos ó tres dias ántes yendo á cierto negocio, le dijo un compañero: «¿Por qué te viniste con los Padres? ¿No sabes que son buscados de los enemigos? ¿No tienes miedo de morir?» «¿Yo temer? respondió él, yo soy esclavo de Cristo, y ántes he de morir con mi amo que huir.» Cuán de corazon hablase bien se echó de ver despues. Habia entregado el P. Gaspar el cáliz á este mozo, segun dicen; encontráronse con los enemigos y no le quiso entregar, entregándose á la muerte á sí mismo, teniendo por mejor morir que entregar el sagrado vaso en manos de gente impía y profana.

»El cuarto fué Lúcas Raposo, mancebo portugués, de veinte y cinco á veinte y seis años, criado en la casa de los Padres; habia servido de escribiente al P. Luis de Acevedo; estaba casado con una hermana de Cosme de Mezquita. Aparejóse este mancebo para la muerte con una confesion gene-

ral de toda su vida, con oir las Misas que cada dia se decian, con gastar casi todo el dia en leer ó en rezar, y esta fué la preparacion de los demás compañeros, rematando con una parte de Rosario ó con otra cierta devocion que hacian juntos á honra de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Nuestra Señora, pidiendo en ella varias cosas, una de las cuales era la buena muerte.

»Tal la alcanzó Lúcas Raposo, como arriba dije; diéronle dos lanzadas, con una de las cuales le echaron fuera las entrañas. Recogiéndolas como pudo, se vino hácia mí tres veces para confesarse, y poco despues de la tercera vez dió fin á su vida con tan honrada muerte. Estos cuatro merecieron acabar el sacrificio de su vida á los 25 de abril de 1635.

III

»A la tarde vino un honrado portugués, llamado Andrés de Lima, juntamente con Damian de Mezquita, hermano mayor del difunto, con otros mozos de servicio. Las lágrimas y alaridos que dieron á vista de los muertos y moribundos fueron tales cuales pedia el amor que les tenian. Enterraron los muertos dentro de la enramada donde deciamos Misa, y hechos los oficios de caridad con los difuntos, aparejaron unos palos para llevarnos en ellos á lugar seguro.

»Pedíles que nos dejasen y que mejor era esperar allí hasta dar nuestras almas al Señor para enterrarnos juntamente con nuestros compañeros, y que por demás era el trabajo del viaje, pues ántes de acabarle, en el camino acabariamos nuestras vidas. Lo mismo dijo el P. Juan Pereira; respondieron que no se daban allí por seguros, temiendo que volviesen los enemigos.

»Viendo nosotros la resolucion en que estaban, les dijimos que hiciesen lo que más convenia para la seguridad de sus vidas. Llevárónnos aquella misma noche en unas andas de palos, cubiertos de paja, al monte donde antes estábamos.

»Tiene este una concavidad capaz, y defendida de las lluvias y el sol con unas piedras muy grandes que salen fuera, casi en la cumbre del monte; al fin de esta concavidad hay una cueva honda de veinte palmos de ancha, cinco ó seis de alta y otros tantos de larga; esta habia sido la habitacion del P. Gaspar Paez y mia cerca de dos meses, y uno del P. Juan Pereira; dentro de la cueva pusieron al P. Juan Pereira y á mí, y á los demás heridos en lo mejor de la concavidad.

»Pasamos lo restante de aquella noche velados de los católicos; el siguiente dia, que fué á los 26 de abril, siendo ya cerca de mediodia dió fin á los pocos de su vida, mas llenos de buenas obras, un niño portugués llamado

Francisco Machado, con alegría extraordinaria de su alma y edificacion de los presentes.

»Servia este niño al P. Juan Pereira con grande amor y ejemplo de virtud con que cautivaba los corazones de todos. Era de muy buena índole, con todos benigno, amigo de todos y sólo enemigo de su cuerpo, pues pocos dias dejaba pasar sin pagar á Dios el tributo de muchos azotes, *usque ad effussionem sanguinis,* como algunos afirman que fueron testigos de vista.

»Estuvo este niño con su compañero Damian de Acosta de la misma manera, esperando el golpe de la muerte, mas no sé si por ser de edad más tierna que los otros portugueses, los fueron deteniendo, hasta que partida la mayor parte de los enemigos salió él de la enramada para preguntar por los Padres; dijerónle que estaban muertos; dió tan grandes alaridos, que los pocos enemigos que habian quedado, viéndole llorar, le hirieron por el costado izquierdo.

»Así herido, fué llevado el mismo dia acuestas por dos hombres al monte de la cueva, y al siguiente, por mano de los ángeles al monte santo de Dios. La muerte de este niño, que era de diez y siete á diez y ocho años de edad, causó grande desconfianza de nuestras vidas con no menor tristeza en los que nos velaban.

»Exenta por cierto de ésta, se mostró una matrona portuguesa, madre de Cosme de Mezquita, que con ver á este y á Lúcas Raposo, marido de su hija, ya muertos, y otro hijo suyo, que se llamaba Jerónimo, herido, con todo eso, como si fuese ajena de todo sentimiento humano, con rostro alegre y la risa en la boca, entró en la cueva, echóse á nuestros piés, besándolos con grande devocion y mirándome á mí, dijo: «No tenga, Padre mio, pasion, no tenga sentimiento, pues todo es por amor de Dios.» «Así es, dije yo, ¿por qué sentimiento ni pesar?» Es, dijo ella, que si yo no le sirvo de pesar ó disgusto, pido á V. R. me deje aquí estar para asistirle.

»Respondí que su presencia no nos podia servir de desconsuelo, ántes de alivio; mas que la agradeciamos la buena voluntad de querernos servir, puesto que no faltaba quien con la misma lo hiciese. No dejó por eso ella de efectuar lo que consigo tenia deliberado; guisaba con mucho amor nuestra pobre comida, y siendo así que ninguno de nosotros podia servirse de ellas, buscaba y preparaba las medicinas para las heridas; su hijo mayor Damian de Mezquita las aplicaba con gran cuidado y deseo de asegurar nuestras vidas.

»Mas no fué Dios servido de cumplirle sus deseos tan bien intencionados, porque el séptimo dia, que fué el 1.º de mayo, debilitadas las fuerzas del cuerpo y acrecentados los dolores que le causaban las heridas que habia

recibido en las piernas, cuello y pecho, pidió el P. Juan Pereira que le sacasen de la cueva y llevasen á lugar patente.

»Leváronlo al lugar donde habia estado el altar; allí estuvo todo el dia sufriendo los dolores cruelísimos de la muerte; hacia coloquios con Dios nuestro Señor y con la Vírgen nuestra Señora; protestaba que moria *propter virtutem;* son palabras de que entónces usaba y habia usado cuando estuvo á vista de los enemigos, pues estando á la sazon el siervo de Dios á sus piés, uno de nuestros criados le ofreció una espada y rodela para defenderse, y respondióle el Padre: «Deja, deja, que este tiempo no es de armas;» como si dijera: no es este tiempo de herir, más de recibir heridas por la virtud *propter virtutem*, como tambien decia en la agonía de la muerte. Y lleno de buenas obras, pasada ya la media noche, amaneció en el cielo.

»Enterráronlo á los 2 de mayo cerca de la sepultura de su criado y fiel compañero Francisco Machado. Acabó el P. Juan de Pereira entre los dolores y con el santo nombre de Jesus en la boca su vida temporal, y entró en la eterna á los 2 de mayo de 1635.» Hasta aquí el P. Bruni, que sanó de las heridas y sobrevivió dos años.

El caso fué, que dejándolos por muertos los herejes, para asegurar el golpe, pusieron fuego al bosque donde quedaban; pero al mismo tiempo llegó por otra parte una esclava, que nunca quiso apartarse de los Padres; esta vió aquel espectáculo, y voló á pedir socorro, que sólo halló en un portugués fugitivo, que por su mala vida y muchos desórdenes no vivia con los Padres, y temia vivir con los herejes, y su intencion entónces era bien distinta, pues iba al bosque á matar ó á hurtar una vaca para comer.

Hallóse á aquel espectáculo; acudió con prontitud, y entre él, la esclava y un portugués llamado Damian de Acosta, que maravillosamente se salvó, porque empapado en sangre de los compañeros, creyeron los enemigos era de heridas propias y le excusaron el dolor, concediéndole la vida; apagaron el fuego, y luego el portugués que venia vestido, rasgó su capa y con la mitad cubrió al P. Pereira y con la otra mitad al P. Bruno, quien para su decencia sólo habia hallado el medio de cubrirse con paja.

Acabados estos actos de caridad cristiana, cuidaron los tres de dar sepultura á los muertos, que se ejecutó destinando por cementerio el lugar donde se decia Misa, y luego en consulta de todos se resolvió mudarse á otro bosque vecino, donde estaba vacía una cueva de un tigre bastantemente acomodada, sino hubiera el miedo de que su propietario, volviendo á ella, los desalojase con sus garras; pero la opresion, la necesidad y el desconsuelo no dejaba lugar á estos miedos.

Tenia esta cueva á un lado otra que habia alguna vez formado un tigre

para criar sus hijos; á este sitio condujeron á los heridos en unas toscas andas, que se formaron de dos estacas del monte, y se enramaron para poderlos tender, y en este descansado lecho mudaron á los Padres.

El P. Bruno tuvo gran cuidado en ceder la cueva al P. Pereira por algo mas cómoda, estando abrigada del temporal; pero este espíritu generoso, dos dias ántes de morir, pidió con lágrimas le dejasen ver el cielo que habia de penetrar su alma luego, y entre dulcísimos coloquios con Jesus y María, y rendido á los dolores y á la falta de sangre, dió su espíritu al Señor, que para tanta gloria suya le habia criado.

Era natural de Cella, en la diócesis de Lisboa; entró en la Compañía á 12 de marzo de 1619: pasó á la India novicio; vivió allí hasta el año de 1625 en que pasó á Etiopia. Bien deseaba seguir este camino el P. Bruno Bruni, pero Dios le conservó para otra ocasion que veremos, y en ésta, sin más médicos, cirujanos ni medicinas que la Providencia, sanó enteramente: ejemplo contra el regalo y ánimo á los mayores peligros cuando son por causa tan de religion, como su defensa y su exaltacion.

Este glorioso suceso nos consta tan por menor por la carta dicha que el P. Bruno Bruni escribió á nuestro P. General el año de 1639, y por la informacion jurídica que de este suceso mandó hacer y por sí mismo recibió el señor Obispo, P. Apolinar Almeida.

En ambos auténticos testimonios se conviene en que los herejes, al tiempo de ejecutar su tiranía, clamaban: «A estos, á estos perros, á estos burros, á estos cristianos que vinieron á destruir nuestra ley alejandrina; á estos que debian ser esclavos de moros, como mandó el emperador; á estos, pues no nos quieren dejar vivir en nuestra religion, predicando contra ella, golpes, cuchilladas y muertes.»

En estas expresiones convienen ambos testimonios, pero añade á esto el último testigo de la informacion, que se llamaba Andrés Perez, portugués, de quien se tomó su dicho á 10 de julio del año de 1646, que era público ya en este año de 46, que la divina justicia habia tomado venganza de la sangre de estos inocentes, y que Greba-Cristos repetia muchas veces: «Despues que maté aquellos de Affá, no tengo hora de quietud y vivo en un continuo desasosiego; á un primo mio han muerto violentamente, y yo, sin hallar motivo, me hallo sin hacienda.»

Y añade que en sólo aquel año habian muerto violentamente muchos de los que concurrieron á la crueldad; y dice más, que uno de ellos se explicó diciendo: «Dios en nosotros toma la venganza dejándonos miserables, fugitivos y todos afligidos por las muertes que sin causa dimos á aquellos santos, de cuyas bocas sólo oiamos el nombre de Jesus, que respondia á nues-

tras heridas.» Y un monje cismático dijo al testigo: «Harto me holgaré yo de morir como han muerto aquellos santos,» concurriendo á la creencia de sus virtudes aun los mismos que los habian tenido por objeto de su furor y codicia.

Estas desgracias, este castigo de Dios, aun conocido por los mismos que le padecian, no eran bastantes para enternecer aquellos corazones, á quienes en mayor pena de sus maldades tenia la permision divina endurecidos en su ceguedad. Era mérito para con el emperador y la corte descubrir algun católico romano, y era premiado el falso celo que les acusaba y llevaba al suplicio.

Vivian ocultos los buenos, pero, como en tiempo tan revuelto el fervor de los unos alentaba á los otros, no era posible hablar tan en secreto que sus ecos no llegasen á noticia de los malos, y éstos, como endurecidos en el pecado, con ardor rabioso llevaban ante el emperador á cuantos podian acusar de católicos romanos. Ya se hizo comun condenarlos á azotes, que en aquel reino se dan de sangre y tan penosos, que los condenados á ellos quedan sin piel en la espalda; y si no renegaban, era consecuencia de su constancia la muerte.

Así la tuvieron gloriosísima Ras Cela-Cristos, Malac-Debecb, Za-Sureat, Agace Tuyó y otros abisinos, en cuyos genios es más admirable esta firmeza, porque en Etiopia aquellos naturales toman con gran frescura el punto de religion, y á ésta la hacen servir á sus conveniencias políticas; pero estos valerosos campeones, fruto de la predicacion de los jesuitas, mostraron en su firmeza la constancia que mamaron en los pechos de una invencible fortaleza.

En estas inquisiciones y crueldades andaban ocupados los cortesanos herejes, sin impedir, porque no llegó á su noticia, el fruto que al mismo tiempo lograban cinco jesuitas que vivian á expensas de su cuidado. Confesaban á muchos, fortalecian á los pusilánimes, alentaban á los apeligrados y levantaban á no pocos caidos.

Los PP. Bruno Bruni y Luis Cardeira vivian refugiados en casa de Za-Marian, y el señor Obispo, P. Apolinar de Almeida, y los PP. Francisco Rodriguez y Jacinto Francisco vivian á la sombra de Joanes Akay, como lo habia ofrecido; pero éste era hereje y sólo podia tener su palabra la fianza de su genio honrado y positiva enemistad con el emperador, aunque éste le procuraba ganar con promesas y atemorizar con fieros, con que vivian los Padres en un eminente riesgo, fuera de la casa por miedo de todos, y dentro por no haber seguridad en ninguno.

Ultimamente, despues de tres años de refugio, segunda vez se venció

Akay á las fingidas promesas del emperador, quien, porque le entregase los Padres, le dió su gracia y unas buenas posesiones. De lo más sagrado hace negociacion el mundo para lograr interés; Akay, enemigo del emperador y no muy poderoso, hizo negocio lo que parecia caridad, y sacrificó á su interés á los mismos que amparaba por menesterosos.

Acudieron los ministros del emperador por los inocentes corderos, y sin necesidad, porque no se habian de resistir, los aprisionaron; pero en esta ocasion no se cargaban las prisiones por seguridad de los reos, sino por el castigo á los inocentes. En el camino se ofrecieron voluntariamente al sacrificio, porque Za-Marian, que tenia en su casa á los otros Padres, les convidó con la libertad, enviándoles á decir que, si gustaban, saldria al encuentro con más gente que la que traian de escolta y los libraria; pero el Obispo respondió no era conveniente ni á la gloria de Dios ni á sus personas, porque á estas se les impedia ó dilataba el término de padecer y dar la vida por Cristo, y á la gloria de Dios contradecia la accion, pues por libertar por poco tiempo sus vidas, se exponian las de los dos compañeros Bruni y Cardeira, que eran los únicos que ya quedaban en Etiopia.

Con este dictámen los dejaron pasar entre lágrimas de los católicos y algazara de los herejes.

Luego que llegaron los Padres á la corte, oyeron su causa de inobedientes al bando imperial en que se les habia mandado salir; añadíanse al proceso las acusaciones de revoltosos, sediciosos, romanos, enemigos de la fe alejandrina, conmovedores del pueblo, perturbadores de la paz.

No respondió el Obispo á los capítulos más que con la exhortacion á la verdadera fe en virtud de los convencimientos, que no podian negar, de sus monjes y de los letrados del reino cuando se predicaba la ley romana, y de la constancia de los mismos abisinos, á quienes ellos habian sentenciado y dado muerte, entre los cuales era uno Za-Aureat, tenido por el primer letrado y más leido que habia en Etiopia, el cual habia sido un Saulo en su falsa ley, y, convencido, le habian visto Paulo, constante y firme hasta dar su sangre por Cristo.

No sufria argumentos la furia y no querian ver luz los ciegos; y así, sin más tiempo condenó el emperador á muerte á los reos, aunque, segun estilo de Etiopia, se conmutó en destierro. Este fué el nombre, pero la ejecucion fué entregarlos á uno de los más crueles enemigos que tenia la fe católica, llamado Joanes; este se encargó de la obediencia y aseguró no inquietarian más el reino.

Y pudo cierto asegurarlo, porque, al punto que los tuvo en su poder, los cargó de hierro en piés y manos, colgando de los grillos y esposas pesadas

cadenas; su comida era del plato con que sustentaba sus perros, que así los llamaba, y por eso decia los tenia á la cadena; y, añadiendo martirio á martirio y tormento á tormento, tuvo por distribucion cuotidiana que cuando se recogia por la noche la gente, los presos entraban á dormir debajo de su cama, donde no se les permitia ni una piedra por cabecera,

Esta cuidadosa prevencion no sólo era para seguridad, sino que el bárbaro se tomaba el gusto de blasfemar de la religion católica y baldonar con infamias, deshonestidades y herejías á los presos porque la seguian, atormentando con voces la imaginacion de los que tenia aprisionados con hierros. Este penoso martirio duró hasta que, compasiva aun la misma ferocidad, dió cuenta al emperador del riguroso trato que padecian los Padres; y ménos duro que otras veces, el emperador mandó luego los llevasen á la tierra de los agaus.

Aquí tuvieron más larga, pero más suave prision, porque suavizaban mucho el mal avío algunas ocasiones de tratar con católicos y ejercitar su apostólico ministerio. Esto lo supieron los virreyes, y como parecia que el emperador estaba ó empeñado en el destierro, ó con eficaz intento de que se observase su sentencia, tomando por honra ser obedecido y que no se suavizasen sus decretos, discurrieron el medio de acusar á los desterrados que en el destierro predicaban contra la ley alejandrina, y que no seria posible cohibirlos en cuanto se les conservase la vida y la lengua y tuviesen ocasion de oyentes; por lo cual le pidieron que, ya no queria que la sentencia fuese de más que destierro, á lo ménos fuese este en una isla dentro del mar, habitada sólo de monjes á quienes no podrian pervertir.

Vino en esto el emperador, y con guardas los llevaron al mar, y de allí en un barquillo los entraron en la isla, expuestos á la inhumanidad de sus mayores enemigos, destituidos de todo consuelo y abundantes sólo de desprecios, malos tratos é injurias, con que perpetuamente los denostaban los monjes, quienes con sus informes cooperaron á que en la corte se levantase el grito pidiendo las cabezas de estos condenados, por no vivir quietos y por predicar continuamente la fe católica.

Clamó el pueblo, y tanto pudieron las voces, que sin más proceso, no sólo los condenaron á horca, sino á horca é infamia pública en todo el reino, para cuyo efecto la levantaron en una poblacion muy cercana á la corte, que llamaban Osnadega, adonde el año de 1638 condujeron á los inocentes, tratándoles como malhechores con toda la inhumanidad de una rabiosa venganza; y sin detenerlos ni darlos lugar para reconciliarse (lo que prevenido por los mártires habian ejecutado la noche antecedente) los levantaron en la horca y se explicó la furia del herético pueblo, pues miraron como punto de

honra hacerse todos verdugos y no permitir que viviesen penando más los que habian penado tanto tiempo en manos de su crueldad, y ahora sació su vengativo furor, tomando piedras, á cuyos golpes sacaron las almas de aquellos dichosos cuerpos, para que, engastadas en las hermosísimas piedras de sus méritos y virtudes, volasen á la eterna bienaventuranza.

Un testigo de vista afirmó que una de las primeras piedras dió en el ojo derecho del Obispo P. Almeida, con tan acertado golpe, que le echó fuera, sin que esta sangre y la que sacaron de sus dos compañeros abriese los ojos á aquellos miserables obstinados en su perfidia.

Fué el señor Obispo P. Apolinar de Almeida natural de la ciudad de Lisboa, noble en su nacimiento y felicísimo en sus padres, que le criaron con singular cuidado en la virtud, como si previeran que le criaban para mártir.

A los catorce años de edad entró en la Compañía, donde tuvo su noviciado en Evora, y allí sus estudios, en que salió lucidísimo en todas facultades, pues aun en letras humanas, de que fué maestro cuatro años, era alabado como uno de los fecundos en la elocuencia y en las noticias que habia en su tiempo.

Leyó Filosofía y tomó de ella el grado de maestro en Artes en la Universidad. Pasó á leer Teología, cuya facultad tambien le honró con la borla de doctor. En esta ocasion fué nombrado por Patriarca de Etiopia el P. Alfonso Mendez, y le sucedió en la cátedra de Sagrada Escritura nuestro Apolinar; en ella estaba apurando su ingenio y su estudio, cuando le nombraron Obispo de Nicea y Coadjutor del Patriarca.

Aceptó gustosísimo porque se alejaba de los aplausos, abandonaba su quietud, se desterraba de su patria para gozar trabajos, cansancios, fatigas, sustos, incomodidades y sudores por la fe y por la religion.

Así le sucedió, pues, segun esta historia, entró en Etiopia empezadas las turbaciones, y vivió sólo el tiempo de la persecucion. Bien se dió á conocer su ánimo, su constancia, su firmeza en las ocasiones que hemos visto. Fué verdadero hijo de nuestro Sto. P. Ignacio, purísimo en su trato, palabras y acciones; pobrísimo en sí, devoto con Dios.

En Lisboa fué muy reparada la prenda de caballero religioso, pues su boca se ocupó siempre en alabanzas de todos, sin que jamás, ni por equívoco, ni por chiste, ni por aquel agradable modo con que se explicaba, se le oyese jamás el menor desliz en murmuracion ó sátira. Su trato con Dios fué tan familiar como continuo; y su mansedumbre la que explicó tantas veces como le maltrataron los herejes.

El P. Jacinto Francisco era italiano, natural de la ciudad de Florencia, hijo de padres nobles y muy ricos, en cuya fortuna levantaban la de Jacin-

to, esperando que este fuese ornamento de su familia y aumento de su mayor elevacion. A esta apacible imaginacion vivian entregados y muy gozosos, por haber conseguido para Jacinto un casamiento, en que si no mejoraban en riqueza, que no necesitaban, adelantaban en algo la nobleza y mucho las esperanzas, porque el padre de la novia lograba manejo y vivia en estado de poder colocar á su yerno en elevacion.

Algo de esto presintió Jacinto, y para que sus padres no entraran en empeño y no verse precisado á desaire, porque no podia olvidarse de que era caballero, habló á sus padres, explicándoles su destino y rogándoles no adelantasen más el tratado, porque tenia muy prevenida su entrada en la Compañía.

Esta especie sorprendió á sus padres. Habláronle con cariño, alhagáronle con caricias, propusiéronle las grandes prendas de su esposa y las aventajadas conveniencias en su casamiento. «Ya veo eso, respondió Jacinto, pero vamos encontrados; vuestras mercedes me solicitan descanso y riquezas para este mundo, lo que yo agradezco; pero, señores mios, mis riquezas, mis conveniencias, mis honras, mis creces, no quiero yo sean de este mundo; aquí deseo yo obediencia, pobreza, castidad y padecer con Jesus, por lograr las verdaderas delicias de la gloria; padres y señores mios, Dios me llama, y no quiero más Compañía que la de Jesus.»

Esta determinada resolucion abochornó el entendimiento de sus padres, porque les desahució de aquella esperanza con que se mantenia su cariño; y como á quienes les faltaba el sosiego para consultar con la prudencia, decretaron ciegos la más áspera resolucion, encerrándole en un aposento, calzándole grillos y amenazándole con quitarle la vida á prisiones, porque más le querian ver muerto que jesuita.

Sufrió el angelical mancebo, y creyendo los padres que sin tormento no confesaria este reo, que por tal le tenian por no hacer su voluntad, le dieron el penoso tormento de hambre y sed; en este excedió tanto la sinrazon, que le perdió el calor del estómago y le puso en peligro la vida; aquí volvió sobre sí el amor de padres, pero aunque los tormentos le reservaron la vida, fué con el penoso dejo de una debilidad continua de estómago y vivo dolor, que le duró toda su vida por despertador que le avisaba su fervor en la vocacion y la obligacion de cumplir con la observancia de religioso, cuyo estado le habia costado la salud.

A esta firmeza cedió la terquedad de sus padres, y con su beneplácito entró en la Compañía en Roma á los diez y ocho años de su edad, el dia 16 de octubre del año de 1614.

Cumplió con toda su obligacion su noviciado y mitad de estudios, á cuyo

tiempo logró el viaje al Oriente, y de allí á Etiopia año de 1623. Aquí fué apostólico operario, sufriendo continuos dolores de estómago, tanto más vivos allí, cuanto la rudeza y crudeza de los mantenimientos eran difíciles á su debilidad.

Aprendió con perfeccion la lengua amara; en ella confesaba, predicaba y catequizaba á los abisinos que le respetaban en medio de su rusticidad por lo amable y grave de su presencia, con tanta atencion, que algunas veces preguntaron si el P. Jacinto era hijo de algun rey de Italia.

En Etiopia hizo la profesion de cuatro votos. Fundó y conservó la residencia de Aquaná, despues de haber visitado los reinos de Tigre, Dambea y Bagameder, en cuyos viajes adelantó la religion católica romana en número grande de fieles que atrajo á su gremio; pero donde con mayor fruto logró su trabajo, fué en el año que sobrevino el hambre, despues del destierro de los jesuitas, porque, como tan perito en su idioma, vivió incógnito.

Conociendo que quien padecia más eran los niños de pecho, porque faltando el alimento á sus madres, no podian ellos chupar sustancia de los pechos, y morian de necesidad, fueron muchísimos los que previno con el santo Bautismo y muchas las almas de inocentes que le saldrian á recibir en la gloria como en accion de gracias de su cuidado; y en manifestacion de su logro, tuvo la fortuna de morir gloriosamente á los cuarenta años de edad, y veinte y cuatro de Compañía.

El P. Francisco Rodriguez era natural de Lumiar, cerca de Lisboa. Aplicóse cuidadoso al estudio, y el segundo año de su Filosofía, con ocasion de consagrarse Patriarca el P. Alfonso Mendez, vino á Lisboa á pedirle le recibiesen para servir en las misiones; logró su intento despues de acabado el curso de Filosofía, y se embarcó para Goa año de 1623.

En Goa, al segundo año de su Teología pasó á Etiopia año de 1628. Era mancebo de ingenio vivo y muy expedito en manejo de cosas temporales; tuvo por este talento el encargo de recoger y recibir la limosna anual que venia de la India para el sustento de aquellos pobres portugueses que vivian en la miseria extrema y falta de todo.

En este ejercicio fué tan esmerado, que en todo el tiempo de los siete años que tuvo el manejo no se oyó queja ni contra el Padre ni contra la económica distribucion de sus limosnas. Imitó, ó siguió, ó se adelantó á su compañero en el cuidado de bautizar muchos niños el año del hambre. Fué su martirio á los treinta y cinco años de su edad y á los veinte de religioso y siete de misionero en la Etiopia.

No se acabó la obstinada furia de los herejes con la muerte de estos tres ministros del Evangelio, porque, como la intencion era exaltar el cisma ale-

jandrino y extinguir todas las centellas y reliquias de la verdadera fe romana, no paraba el rigor; acudian hambrientos lobos á la presa y se ensangrentaban en los corderos; así fueron mártires varios constantísimos abisinos, y así lograron esta palma dos religiosos capuchinos llamados Fr. Agatángelo de Vandoma y Fr. Casiano de Nantes.

Fué el caso que, mientras nosotros hemos estado tan despacio en Etiopia, anduvo mucha tierra el P. Jerónimo Lobo, partiendo luego que pudo de Dio para Goa y de Goa para Europa, á solicitar el remedio de aquella abandonada cristiandad; llegó á Roma; sus diligencias se enervaron con dictámen político de que los abisinos habian cobrado horror á los portugueses y que el remedio era enviar misioneros que fuesen de otra nacion.

Este dictámen prevaleció en Europa; no quisiera echar la culpa á que era el ménos costoso; lo cierto es que en Roma no se podia tomar otra resolucion, pues el Papa no podia enviar soldados; y tambien es cierto que los abisinos no tenian horror á los portugueses, sino respeto y miedo, y que aún se estaba en tiempo de defender á aquellos pobres sacrificados, como veremos; pero al fin, con justa disposicion divina sólo se acudió en tantos años con el socorro de seis soldados espirituales, todos de la sagrada Religion de Capuchinos, todos franceses, para cuyo viaje se consiguió pasaporte del gran turco y se les dió despacho por la Sagrada Congregacion de Propaganda.

Tomóse tambien la providencia de que anduviesen distinto camino y diverso derrotero, por no exponerlos todos á un solo lance; esto fué muy conveniente, porque dos que se encaminaron por Africa, tentando por afuera el viaje que tentó desde dentro el P. Antonio Fernandez, á pocos dias de camino por tierra, en las poblaciones de Magadax y Paté, rompiéndoles el pasaporte del gran turco, á quien despreciaban, y rasgando el despacho de la Sagrada Congregacion, á quien no conocian, los quitaron la vida, ó por robarlos ó por comérselos.

Los otros cuatro fueron más dichosos; por el Gran Cairo llegaron á Mazúa en hábito de mercaderes; de aquí los dos referidos arriba se arrojaron á Etiopia, y los dos compañeros se quedaron en Mazúa para poder dar aviso á Roma de lo que pasaba. Los dos que entraron, nuevos en la tierra, novicios en el trato, sin lengua para explicarse y sin quien los dirigiese, se dieron á conocer luego que pisaron la orilla, y al punto los herejes, sin más órden, los condujeron á la corte y acusaron por católicos romanos.

Confesaron su fe; era lance en que no la podian ocultar, preguntados jurídicamente por el tirano. Replicáronles que, ó renegasen, confesando la creencia alejandrina, ó se dispusiesen á la muerte. Respondieron que una y mil muertes padecerian de buena gana en protestacion, defensa y obsequio de

la fe apostólica romana. A esta confesion que oyó el pueblo como blasfemia, correspondieron con piedras, en tan copiosa cantidad, que les sirvieron de sepultura, en que descansaron de los grandes trabajos que padecieron por la gloria de Dios, hasta conseguir la aureola de mártires, pero sin otra utilidad á la religion en Etiopia, porque previnieron los enemigos el golpe con los de sus piedras.

Más útil nos fueron á nosotros los dos que quedaron en Mazúa, porque estos eran un conducto de noticias que podian haber sido utilísimas para el gobierno, si su uso hubiera sido más feliz.

Esta especie tan gloriosa fué aviso á los herejes, para que viviesen sumamente cuidadosos y sin fiarse de sus mismos compatriotas, de los cuales martirizaban á cuantos descubrian constantes, y de quienes formó un largo calendario el P. Baltasar Tellez al fin de su *Historia*, con los nombres, patria y géneros de martirios.

Nació este empeño en ellos del gran miedo, que los infundió su mismo delito, de que los portugueses preparaban armada para acudir á Etiopia; este miedo les avivaba á no permitir ningun católico, y parece cierto que en medio del destierro del Patriarca y de los Padres y de la persecucion tan deshecha, si ahora se hubieran aparecido en Bailur, Arquico ó Mazúa seis ú ocho naos con 500 portugueses, los muchos católicos que vivian de esta esperanza hubieran refrenado el furor de la corte, y á lo ménos esta se hubiera dado á partido, con el cual se podia en mejor tiempo lograr enteramente el asunto; pues lo que vemos en la historia por hecho propio, es que un xumo ó señor de Tomben, en las cercanías del reino de Tigre, llamado Abeto Za-Marian, finísimo católico y verdadero fiel, no sólo en la firmeza en creer, sino en la delicadeza de conciencia en obrar, que procuró ántes de ahora recoger en sus estados á los jesuitas que habian quedado escondidos; no pudiendo lograr la compañía de todos en esta ocasion tan turbulenta, refugió al P. Luis Cardeira y al P. Bruno Bruni, sano ya de aquellas trece heridas que le dieron en el monte de Affá.

Aquí tuvieron los católicos refugio en su persecucion, pero mayor consuelo en el bien espiritual de sus almas con la asistencia de los Padres; y como la misma tribulacion acrisola el fervor, al saber todos que el emperador no cesaba de enviar recados á Abeto con cuantas promesas podia un soberano con sólo la condicion de que le entregase los Padres, se avivaba en los fieles la devocion y el cariño.

Llegó á tanto el empeño del emperador y su corte, que desesperados de poder por bien contrastar la voluntad de Abeto, le echaron encima un poderoso ejército. De esta avenida se salvó, retirándose á una montaña llama-

da Amba-Salamá, tan segura, que en ella no se conocia el miedo y sólo podia fatigar el hambre.

Contra ésta se previno encerrando cuanto mantenimiento pudo, y hubiera durado años, si á la voz de que aquella montaña era el refugio de los católicos, no hubiera concurrido inmensidad de perseguidos, á gozar en aquel monte de refugio la quietud que deseaban para el ejercicio de la romana religion.

Aquí se armó una ciudad á su modo, toda de cabañas, y en una espaciosa tienda se dispuso una portátil, pero muy pulida iglesia, donde los Padres predicaban, confesaban y decian Misa, además de estar todo el dia ocupados en servir y confortar á aquel glorioso destacamento de católicos.

Entre tanto, el ejército del emperador no descansaba y dos veces tentó la subida; pero Abeto, que era tan valiente como católico, con sus católicos le detuvo, cerrando el paso con los cuerpos muertos de los mismos que asaltaban: intentó el enemigo allanar la montaña con escalas que puso una noche; pero sentidos por los de arriba, con galgas derribaron y sepultaron á los asaltadores.

Rindióse á la fuerza el emperador y decretó ganarlos por hambre, sitiando el monte para que no pudiesen coger los frutos de los valles; este medio era más eficaz, porque la campiña de la cima no era bastante para dar sustento á tanta multitud; y á la verdad, se llegó á dar la cebada por tasa, y Dios apretó este tormento con el de la sed, porque, no habiendo llovido en mucho tiempo, se apuraban las cisternas, y se vió precisado Abeto á dar el agua por tasa.

En esta ocasion es ternura saber por una carta del P. Bruno que, habiendo con peligro de la vida bajado á beber unos católicos á una fuentecilla que estaba en la falda, y subiendo un cántaro de agua, la reservaron cuatro dias, hasta que al quinto, faltando á todos con que satisfacer su sed, se la presentaron á los Padres diciéndoles que más que su propia vida estimaban la de sus Maestros.

Estos cumplieron con el cariño, bebiendo juntos, si bien por repartir entre muchos no sació la sed de ninguno. Escribe el P. Bruno que estos dias la montaña parecia habitacion de cadáveres, porque los hombres más eran esqueletos que vivientes. Acudieron á Dios, quien les socorrió con una copiosa lluvia con que se llenaron las cisternas.

Esta necesidad se supo en la corte, de donde al punto se despachó correo ofreciendo la paz, y aun premios, con tal que Abeto entregase á los Padres. A esto respondió que la mayor tribulacion que podria sufrir seria sacrificar á sus amados Maestros, y que ántes daria su cabeza y su vida que

entregar su corazon. A esta respuesta volvió pronto recado, ofreciendo salvo conducto á los Padres con sólo la condicion de salir del imperio.

Este proyecto quizás hubiera rendido á Abeto, si hubiera su leal corazon podido creer en palabras de un tirano; pero conociendo la doblez, respondió sólo que ni él ni los Padres tenian seguridad en el trato.

A este tiempo se le convidaron los levantados de Lasta para lograr su liga, ofreciéndole socorro; á esto respondió que en él no cabia levantarse contra el emperador, ni jamás habia concurrido á traiciones, ni contra Facilidas tenia otra queja que el haber apostatado de la religion y perseguirla; que él la defendia, y que sólo se mantendria en la defensiva si el emperador le acometia; que si les estaba bien dividir las fuerzas y en ocasion que el emperador acometiese le querian defender, les concederia el despojo, previniendo que él no pasaria ni un paso de la pura defensa.

Verdaderamente que se conoció en este religiosísimo señor, soldado valiente y celoso por la religion, la gran virtud con que gobernaba sus acciones y dictaba sus palabras; y de hecho, tres veces repitió el virrey de Tigre la tentativa de asaltar la subida, y en todas tres le rechazó tan fuertemente, que hubo de ceder el ejército, y esto, saliendo á la batalla al valle; y en una en que le vinieron á socorrer los de Lasta, no siguió la victoria, como pudo, siguiendo el dictámen de que no queria ofender sino defenderse.

Esto lo hizo tan valientemente, que en otra ocasion que le vieron algo apartado de los suyos, le acometieron cuatro, todos ellos soldados de distincion entre los abisinos, y con sus regulares armas de dardos arrojadizos, le dispararon los cuatro á un tiempo, y él recibió los tiros con tal arte, que dando un tiempo al caballo, los salvó todos, y arrojando un dardo dijo: «Este se juega así,» y podia decirlo, porque el golpe fué tan feliz, que pasó el muslo, la silla y al caballo, á quien hirió en el corazon, de cuyo golpe cayó tan de recio, que mató al abisino; y volviendo sobre otro, le pasó el dardo por el pescuezo, con que le degolló; acudió con el tercer dardo al tercer enemigo, y le hirió en el brazo derecho, por lo que, viéndose perdido, dió á huir, y no le pudo rematar Abeto sino en la carrera, dando tiempo á que desistiese el cuarto.

Es verdad que este valor le engañó, y habiendo en una de estas ocasiones perdido el caballo de una herida, y tomado el camino para subir á la montaña, le encontraron cuatro abisinos, que no atreviéndose á lidiar con él, se fingieron romanos y de los propios que venian á buscarle y socorrerle; y como el sitio no desdecia de la propuesta, y el corazon leal no sabe fingir traiciones, y los que habia eran muchos, creyó ser amigos aunque no los conocia, y permitió su sinceridad le fuesen acompañando, como desea-

ban, para dar á poco tiempo con él en tierra; porque, quedándose como al descuido uno un paso atrás, le entró un puñal por el cuello, y repitiendo los golpes, ganó la traicion la victoria que no podia conseguir ni el arte ni el esfuerzo.

Bien en breve se lloró en la montaña la desgracia de todos en la falta de su cabeza, porque los mismos agresores la publicaron, y la confirmó la ausencia, en cuya tristeza duplicaba el dolor la precisa falta de providencia, pues Abeto era allí rey, ó emperador, ó superior, y de cierto el defensor de todos, y como á tal le obedecian y respetaban, y él daba providencia á todo.

Pero aun sin ella vivian tan firmemente seguros en su religion, que se mantuvieron, despues de diez meses de esta voluntaria prision, otros cuatro meses, ocupando bien su ociosidad en continuos ejercicios de cristiandad, acudiendo á la tienda, que era la iglesia, á Misa, sermon y Rosario todos los dias, sufriendo por Dios el hambre, la sed, el destierro y la desnudez.

Esta llegó á tanto, que para cubrirse la cintura por la precisa decencia, deshicieron los Padres algunos vestidos de imágenes para repartirlos, atendiendo á que la extrema necesidad y la obligacion de la decencia era el culto más estimable para los santos.

Aun muerto Abeto, no confió el emperador en sus fuerzas, por lo inespugnable de la montaña, y solicitó ganarla por engaño, aun en el tiempo de su mayor apremio. Valióse para esto de un tal Habin Fecur, hermano mayor de Abeto, pero no hermano en la fe, porque este era un obstinado hereje.

Fué á la montaña, y habló á los Padres en nombre del emperador, ofreciendo libertad y perdon general á todos los refugiados, y que á ellos los permitiria quedarse en Etiopia, sin obligarlos á desamparar la cristiandad, sin pedir más partido que el que dejasen libre aquella natural fortaleza, que queria ocupar con sus tropas, no dando lugar á que los de Lasta se apoderasen de lugar tan fuerte.

Este recado bien le conocieron falso y doble los Padres y algunos abisinos con quien le comunicaron, pero la permanencia en él era casi temeridad, faltándoles ya gobierno y cabeza, y habiéndose aumentado la gente, porque todo católico romano que presentia persecucion ó instigacion, se refugiaba en Salamá, con que siendo ya innumerables las bocas, era imposible el sustento, y por consiguiente necesario el desamparo; por lo cual, encomendando á Dios el expediente, tomaron el último remedio de sacrificarse, por librar á tantos inocentes; y así, respondieron saldrian con la condicion de que se habia de tratar bien, y no se habia de proceder en nada contra los abisinos que allí estaban.

Habin Fecur no se detenia en palabras ni promesas, que le costaba poco decir muchas no habiendo de guardar ninguna; y así, en nombre del emperador, cuyo poder manifestó por escrito, ratificó lo que el emperador escribia de no ofender á ninguno, de dejar libres á los Padres, sin obligarles al destierro, ligándose con execraciones, juramentos y maldiciéndose á si mismo con las mayores penas, si contravenia á su palabra.

Con este tal cual seguro, y con el mayor de librar á los pobres abisinos, bajaron los Padres bien prevenidos de que se sacrificaban en manos de sus enemigos, pero á los que los procuraban advertir, respondian: «Salvaos vosotros, ántes que venga ejército, que gustosos vamos á que se haga en nosotros la voluntad Divina; el lance ya es necesario, segun reglas de prudencia, y resistirse más es cuidar nosotros de nuestras vidas, que las juzgamos sólo buenas para servir á Dios en cuanto se pueda, y ofrecerlas en la ocasion de su gloria.»

Con este ánimo bajaron; á la falda habia gente de armas, que al punto se apoderó de los Padres con el pretexto de llevarlos á la corte. Es verdad que, como no habia más soldados que para este asunto, logró la caridad librar á los abisinos, que se disiparon por el reino. Los Padres siguieron su camino aquel dia, y al siguiente llegó un prevenido correo del emperador, que mandaba mudasen camino y no llegasen á la corte; que se les confinase en la provincia de Bur.

Volvieron grupa, y á pocos horas llegó otro mensajero con patente para conducirlos á la corte; retrocedieron, y el mismo dia se encontraron con una tropa de soldados, cuyo cabo era un tal Lusano, capitan de gente armada, quien presentó á Fecur una patente del emperador en que le mandaba entregase los Padres, á quienes intimó prision, descubriéndose aqui la simulada y prevenida traicion de Fecur, que la hizo más patente, queriendo manifestar sentimiento, y explicándose en decir: «Temo el castigo de Dios, porque el emperador me obliga á que falte á su juramento y al mio.»

Pero sin más que esta simple expresion en que manifestó el conocimiento de su pecado, y que no le podia excusar su ignorancia, dejó libremente á los presos en poder de Lusano, quien con su tropa los condujo á un lugar vecino, en el cual, al dia siguiente se celebraba una gran feria con concurso innumerable; allí los intimó la sentencia de horca que ya estaba levantada; tan prevenida vivia la traicion y el furor; y sin darlos más tiempo que el preciso para confesarse mutuamente, los hizo colgar á voz de pregon, que dijo se ejecutaba aquella justicia por ser predicadores de la fe romana, condenada en el imperio, y por permanecer en él contra el general edicto de destierro.

Fué el primero el P. Bruno que murió muy en breve: siguióse el P. Luis Cardeira, que tuvo algun más tiempo para pronunciar el nombre de Jesus y María, y con estos santos nombres en la boca, dieron sus almas al cielo, donde entraron á gozar descanso de tan prolongada fatiga.

No se sació el tirano con las muertes de los mártires ni con la publicidad del suplicio, y quiso hacer guerra aun á su memoria: temió que aquellos huesos habian de ser reverenciados como preciosas reliquias, y previno á la devocion mandando que los entrasen aquella noche en un bosque pequeño, habitado de muchas fieras, para darlas pasto, y que así se suprimiese toda la memoria de su constancia y los ecos de la traicion.

El bosque era pequeño, con que le pudo cercar todo y con gran cuidado, á fin de que no entrasen algunos cristianos á robar los estimables cadáveres; esto lo consiguieron, porque los centinelas aseguraban que no habia pasado ni intentado pasar persona alguna; pero al registrar el lugar donde habian dejado los cuerpos, ni los hallaron ni pudieron descubrir señas de haberlos arrastrado alguna fiera.

Con la novedad requirieron todo el monte, y en parte alguna descubrieron ni el menor argumento por donde inferir adónde habian parado, ni nosotros, con la pura luz de la fe, podemos saber más que la infinita providencia divina la tuvo de sus mártires, no permitiendo que los herejes profanasen las santas reliquias ni las fieras las despedazasen entre sus garras, y confundiendo á las perversas intenciones de los injustos tiranos.

Fueron estas muertes en 12 de Abril de 1640, y Dios, que habia manifestado su disposicion en ocultar los cuerpos, quiso el siguiente año tomar venganza de los insultos que los herejes cometian contra sus personas; porque los galas sobrevinieron aquel año al lugar de la feria, que destruyeron y asolaron sin dejar piedra sobre piedra, y robando toda la comarca, se retiraron á fin de engrosarse, para repetir su irrupcion el siguiente año de 641, como lo ejecutaron.

Pero prevenido el emperador, les salió al encuentro en la misma comarca de Temben con un lucido ejército bien ordenado y gobernado por un hijo suyo, á quien acompañaron muchos señores de Etiopia, que todos quedaron muertos en el mismo Temben, tomando Dios venganza de las dos muertes con las vidas de estos principales del reino y con una innumerable multitud de soldados que dejaron en el campo los galas, para que tuvieran las fieras pasto abundante en que cebarse, en despique del cuidado que ellos tuvieron en darles con los cuerpos de los mártires comida; y soberbios con la victoria, corrieron la mayor parte del reino de Tigre y otras provincias de Etiopia, hasta llegar á los mismos muros de Arquico, dejando asoladas

todas las provincias por donde habian los abisinos dado tan mal trato á los sacerdotes católicos.

Díjose en la misma Etiopia que Glaudios, hermano del emperador, y el mismo Facilidas habian conocido el castigo de Dios, y que, movidos de él, se habian dado por convencidos; pero este desengaño no pasó la esfera de conocimiento, para mayor condenacion suya, pues obstinados en su ceguedad, prosiguieron en su error, mirándole como necesario, porque no concibieron posible el remedio, vendados los ojos á la razon, al desengaño y aún al castigo. Era el P. Bruno Bruni de Santa Cruz natural del Estado de la Iglesia. Nació á 7 de noviembre de 1590, hijo de Brunoto de Lollonela, quien ejercitó los oficios, primero de Auditor del ejército en Trento, y despues en varios gobiernos que manejó con destreza y crédito.

Usó en sus primeros años nuestro Bruno el de Brunoto por apellido; no sabemos por qué dejó el de Lollonela; crióse con nacido genio á la virtud. Su padre Brunoto fué dichosísimo en sucesion, pues tuvo este hijo y tres hijas; estas todas tres dedicaron á Dios su virginidad, honrando los claustros con su singular virtud; especialmente la una, que se llamaba Angela, vivió y murió con tanto ejemplo y fama de santidad, que depositaron su cadáver en lugar separado, esperando que algun dia le podrian trasladar á los altares; y efectivamente, á los nueve años de su muerte, visitando el arca, hallaron intacto el depósito, sin que á él se hubiese atrevido ni la voracidad del tiempo, ni el natural efecto de la corrupcion.

Hasta los quince años de su edad vivió Bruno en esta santa compañía y á esta edad, por lo que él se mostraba aficionado al estudio, le encomendó su padre á su grande amigo, el P. Juan Bruno, sujeto de grandes prendas, autoridad y virtud que vivia en Roma. Este le introdujo en el Colegio Romano, donde fué tan religioso seminarista, que el mayor pecado que reconoció su delicada conciencia, fué el haber quebrantado el silencio dos veces en las horas que las reglas del seminario de seculares le mandaban observar; y esta tan ténue falta fué el pecado que por el mayor reconoció y lloró todo el tiempo de su vida: prueba segura que podemos dar de su religiosa perfeccion y aun de su santidad.

En el refectorio del seminario se leian las *Cartas Annuas* que entónces venian de las nuevas misiones de Oriente, y su espíritu vivia tan encendido, que ménos fuego bastaba para abrasarle. Como allí se referian martirios, persecuciones, hambres, trabajos y afanes por la gloria de Dios, se encendió en deseos de la imitacion, y para llegar á este fin, entrar en la Compañía, donde se hallaban aquellos héroes cuyas vidas y cuyos ejemplos le habian excitado el fervor y á quien deseaba imitar.

No se le obligó á afinar su deseo y su vocacion, pues tenia muchos méritos en su virtud, genio y mansedumbre y no pocos en el singular aprovechamiento á las letras, y así, fué recibido la víspera de la Asuncion de nuestra Señora del año de 1608 en el noviciado de S. Andrés, en cuya oficina de virtudes se adelantó tanto, que decia su Rector y Maestro de novicios P. Octaviano Novarola, ilustre en virtud y don de gobernar espíritus, que no habia tenido novicio cuya virtud fuese más cimentada y de quien pudiese esperar más firme edificio de perfeccion.

Aquí, no sabemos la causa, mudó segunda vez el apellido, y de Brunoto le compendizó en Bruni, tomando el sobrenombre del santo á cuya tutela vivia, y olvidando enteramente el patrio, como quien aun en el nombre se entregaba á Dios.

Siendo novicio explicó á nuestro P. General Cláudio Aquaviva el motivo por qué habia deseado la Compañía, suplicándole le aplicase á sujeto de la mision; en aquel tiempo no lo era para enviar al Oriente quien no estuviese muy hecho y pudiese desde luego tomar la labor y labrar aquella inculta y enmarañada viña, y así, respondió prudentemente el General que se hiciese ministro digno del Evangelio, y con mucho gusto, luego que pudiese manejar las armas, le enviaria de recluta.

Con esta esperanza siguió su noviciado los dos años, y en el Colegio Romano sus estudios de Filosofía, tan útilmente, que bien empleado su genio, le juzgaron el mejor y más lucido de sus condiscípulos, y como tal le nombraron para defender en público las conclusiones de toda la Filosofía.

Esto lo miró como premio ó como honra, y se excusó humildemente, juzgándose indigno y ponderando que él estudiaba por obligacion y no por premio; oyeron los maestros su humilde propuesta, á que satisfacieron diciéndole no le señalaban por honra ni por premio, sino por seguridad de la funcion, en que iba el crédito del colegio y la religion.

Obedeció así en la ejecucion como en la intencion de sus maestros, á quienes dió un plausible dia en el desempeño. Del Colegio Romano pasó á Florencia á leer gramática, retórica y letras humanas, en que en aquel tiempo se hizo no sólo erudito sino célebre.

Habiendo faltado de este mundo el serenísimo señor duque D. Fernando, en sus célebres exequias fué señalado el P. Bruni para perorar la oracion fúnebre que se oyó con tanto aplauso, que se juzgó digna de la imprenta. De aquí volvió al Colegio Romano á cursar Teología y consagrarse á Dios en el estado de sacerdote, cuyas órdenes recibió á 12 de marzo de 1622.

A este tiempo fué señalado por Obispo de Nicea su maestro el P. Diego Seco, y con esta ocasion acordó á nuestro P. General, que ya lo era el P. Mu-

cio Witeleski, su antiguo fervor, y la primera explicacion de su llamamiento. Condescendió el General, creyendo, y bien, que enviaba un utilísimo operario y un cabal misionero.

Debo yo aquí creer que aquella santa mujer Sor Angela su hermana, fué la que en su despedida le pronosticó la dicha del martirio; esto es conjeturar á honor de la virtud de esta señora, pues no nos dejó el nombre él mismo, cuando nos dió la noticia diciendo al mismo R. P. General en la carta en que largamente le dió noticia de los mártires de la montaña de Affá, donde recibió las quince heridas, sólo estas palabras:

«...Hasta que vuelto en mí vi la sangre que corria y pude ya, con todo acuerdo, ofrecerla á mi Criador en sacrificio por mis pecados y por aquella persona que con espíritu profético, ántes de salir de esa santa ciudad de Roma me certificó y distintamente me previno de la gran merced que Dios me habia de hacer, pidiéndome que en aquel punto no me olvidase de encomendarla á Dios, y justo era que me acordase yo en lo mejor de mi vida de quien me habia dado la mejor noticia.»

Hasta aquí el capítulo de dicha carta, de que ponderamos en otra ocasion la apacibilidad y serenidad de su quieta conciencia, y ahora debemos hacer reflexion de la providencia que desde pocos años le destinó para mártir y le previno con el anuncio; esta debió de ser la causa de mudar tercera vez el sobrenombre y firmarse, desde que salió para el viaje, Bruno de Santa Cruz, sin duda para continuo despertador de su destino, de su fervor y del verificativo de la profecía.

Con este nombre hizo su viaje con el Obispo hasta Lisboa, y desde aquí, el año de 1622, para Goa y Etiopia, como hemos visto. Pero de este viaje escribe el P. Felipe Alegambe (sacándole de las *Cartas Annuas* que se conservan en Roma) que, diciendo Misa el P. Bruno un dia de la navegacion, aunque al principio el tiempo sosegado dió licencia para celebrar, levantándose de repente un recio temporal despues de la consagracion, puso en gran confusion á todo el navío é impidió proseguir el Sacrificio, hasta que el Padre, con santa resolucion, volviéndose á los vientos, los conjuró mandándoles con tan eficaces voces que cediesen su furia, que al punto le obedecieron, y, sereno otra vez el mar, pudo proseguir el santo Sacrificio, que acabó con gran dulzura de lágrimas y veneracion de todos los circunstantes.

Desde este punto hemos seguido su vida en esta historia, hasta su dichosa muerte por Cristo, que acabamos de referir, y padeció á los cincuenta años de su edad, treinta y cinco de Compañía y ocho de profeso de cuatro votos.

El P. Luis Cardeira fué natural de Beja en Portugal: entró en la Compañía á los quince años de su edad, el de 1601; tuvo su noviciado y algunos

estudios en Evora, y los restantes en Coimbra. Pidió y solicitó con ansias la mision del Oriente, lo que consiguió en el año de 1611; en ella se aplicó con diligencia á los oficios y ministerios que le tocaron, como la conversion de gentiles, á que fué primero señalado, luego en la direccion de un seminario de indios, para cuya crianza tenia singular talento por su amable genio, suave virtud y apacible trato.

Fué lucido teólogo, y su capacidad tuvo tiempo para instruirse en las matemáticas y en la música, como facultades que le podian ser útiles en la India. Aquí en el seminario aprovechó esta habilidad, enseñando á los indios el canto llano y el órgano con que se oficiaban en las iglesias las Misas con la solemnidad que en Europa.

Desde la India el año de 1623 pasó á Etiopia en compañía del P. Manuel de Almeida, donde trabajó por la gloria de Dios lo que hemos visto.

Fué felicísimo en aprender y hablar lenguas; supo con perfeccion la lengua, que allí llaman del *Norte*, distintísima de la cortesana, que llaman *amariña*. En esta se hizo tan maestro, que compuso un admirable arte para aprenderla y enseñarla, de que se valieron con mucha utilidad los nuestros; y fué pasmo á los abisinos ver reducido á reglas y arte su misma lengua, que ellos sólo sabian materialmente, y no comprendian que se redujese á preceptos.

Fué el primero que en Etiopia introdujo y consiguió el uso del canto llano y del órgano para el culto divino. Logró en Etiopia de lleno la furia de las persecuciones su natural afable, y su mansedumbre.

Fué siempre religiosísimo, y observante de las reglas y costumbres de la Compañía, sin faltar á ninguna en cuanto podia, con las precisas ocupaciones y vivir fuera de claustros en la Etiopia, adonde acabó gloriosamente á los cincuenta y cinco años de su edad, treinta y tres de Compañía, y ocho de profeso de cuatro votos.

Debemos las primeras jurídicas noticias de estas gloriosas muertes y de este católico esfuerzo de nuestros confesores de Cristo á los RR. PP. Fr. Antonio de Virgoleta y Fr. Antonio de Petra-Pagana, aquellos dos prudentemente celosos capuchinos, que se quedaron en Mazúa, para dar providencias, y ser conducto de noticias á la Europa, á fin que desde acá se dieran las debidas disposiciones; y como á Mazúa llegaban todas las noticias, y muchos católicos se refugiaban entre los moros, por no ser perseguidos, pudo el R. P. Virgoleta, señalado por Prefecto y Superior de los demás por la Sagrada Congregacion, formar en virtud de su autoridad proceso con testigos de estos martirios, como lo ejecutó y remitió á Europa, á fin de que del modo posible quedase autorizada esta gloria.

Esta diligencia repitió tambien el P. Bernardo Nogueira, Vicario del señor Patriarca en Etiopia, y de los dos y otras cartas sabemos lo que aquí se ha referido.

Como tambien, que no se sació el furor herético con las muertes de los Padres, ni creyeron que faltasen á la fe los abisinos con sólo faltarles los maestros que les enseñaban; y en esto no se engañaron, pues prosiguiendo la persecucion, y ya siendo de abisinos, fueron muchos los que lograron la corona del martirio.

De ellos en sus dias hace la debida memoria en su calendario el P. Manuel de Almeida, y el P. Baltasar Tellez en el *Apéndice de su Historia*, por noticias de suma fe que le remitió el Sr. Patriarca Alfonso Mendez, poniendo entre ellos varios sujetos de la mayor distincion, y algunos de sangre real; porque el empeño de acabar con los católicos fué tan eficaz, que ni aun en Mazúa los dejaban vivir, desterrándololos no sólo de sus estados, pero aún de sus cercanías, y dando fin á las vidas de cuantos imaginaban que en algun tiempo podian levantar la cabeza.

Ya con el martirio de los dos PP. Bruno de Santa Cruz y Luis Cardeira dieron fin á todos los jesuitas que habia en Etiopia, y en ella no quedó más que una mínima reliquia en el P. Bernardo Nogueira, clérigo entónces seglar, nacido en Etiopia de padres portugueses, ordenado de presbítero por el Sr. Patriarca, hombre de gran juicio y virtud, á quien dejó su Ilustrísima los poderes en último lugar; y á la verdad no pudo la prudencia discurrir persona más oportuna, porque era nacional.

Su prudencia le habia contenido en tales términos, que no se habia hecho sospechoso; y así, logró ejercitar su oficio doce años con sumo trabajo, en cuyo premio consiguió ser recibido en la Compañía con licencia expresa de nuestro P. General; y ya jesuita, logró tambien la corona del martirio el último que sabemos hubiese en Etiopia.

Su vida más extensa está en esta obra, escrita por el P. Alonso Andrade, tan bien dispuesta, que es supérfluo repetirla aquí; sólo es útil el saber que por este ministro tuvimos las pocas noticias que llegaron de Etiopia por medio del Sr. Patriarca, quien celosísimo solicitaba todos los medios posibles, para saber el estado de su miserable Esposa, y solicitar siquiera la posibilidad de algun remedio.

Intentóse alguna mision y se probaron dos; una á Suaquen, en donde pudo desembarcar el P. Damian Calaza, muy falsamente favorecido del bajá, porque se veia desamparado de los mercaderes de Dio á causa de sus grandes tiranías, y pensó con este medio volver á introducir el trato donde sacaba su codicia más utilidad de la que debia; pero negó la licencia de pa-

sar á Etiopia con la excusa de que no era tiempo, ofreciendo darla el siguiente año si volvia con mercaderes de Dio; y el Padre sólo pudo conseguir algunas noticias de los martirios padecidos por los católicos, y que su persecucion duraba cada dia más sangrienta.

Estas solas noticias envió á Goa, y el año siguiente en nao de mercaderes volvió esperanzado, y tanto, que quiso el fervor de tres jesuitas de Dio acompañar la jornada; pero no pareció al Superior arrojarse á tanto sobre el poco seguro de la palabra de un moro.

Y se conoció la prudencia, pues, llegando á Meca, supieron de cierto que el bajá vivia prevenido para hurtar todas las mercaderías que trajesen y hacer mercaderías de las personas que tenia ya vendidas como esclavos; con lo cual no fué posible ni era útil pasar á Suaquen, donde el bajá por precio de mil pesos que le envió Seltán Facilidas cortó las cabezas á los Padres Capuchinos Fr. Antonio de Petra-Pagana y á otros dos, Fr. José de Atino y Fr. Félix de San Severino, que habia poco tiempo que habian llegado por el Gran Cairo, recluta que enviaba la Sagrada Congregacion á Etiopia.

Parecióles bien pedir licencia al emperador para entrar en el imperio, y la respuesta fué comprar del bajá con dinero sus vidas: mártires dichosos que por confesar por escrito y de palabra la fe de Cristo, dieron sus cuellos al cuchillo. Estas noticias y en confuso la duracion de la persecucion, fueron el fruto del viaje del P. Calaza, que volvió de Meca el año de 1648.

No por salir tan mal esta empresa desistió el celo del Patriarca, y el año mismo de 1648 envió á Suaquen al P. Torcuato Parisiano, aun sin tener las últimas noticias del P. Calaza ni saber las muertes violentas de los Padres Capuchinos.

Esta nao llegó al puerto, pero el bajá que la dejó entrar y descargar por su codicia, hizo tales extorsiones á los ingleses, cuyas eran la nao y las mercaderías, y anduvo tan celoso de averiguar si en la nao iba algun predicador á Etiopia, que llegando el Padre á un mercader de Dio á preguntar en general noticias de Etiopia, le respondió: «La mayor merced que yo puedo haceros, es no decir á persona humana lo que me habeis preguntado, por correr peligro vuestra vida y la mia.»

Y de hecho, sólo por el cónsul de los ingleses pudo conseguir noticias de la muerte violenta de los religiosísimos capuchinos, del lugar de su sepultura, que habia sido separada y en sitio muy distante de la comun, y de donde con gran trabajo y á costa de mucho dinero pudo lograr volver muy rico á la India con algunas reliquias de aquellos dichosísimos religiosos que tan gloriosamente habian acabado su viaje.

Viendo esto, y anhelando el Patriarca por tener noticia alguna para pro-

veer, si era posible, algun remedio, pues este tan desahuciado enfermo respiraba aún en la vida del P. Bernardo Nogueira, en la de Cela Cristos y de otros muchos cristianos que en medio de tanta opresion aun vivian desterrados unos, ocultos otros y miserables todos; tomó el último medio de enviar algunos abisinos de los que habian venido con los Padres en aquella primera embarcacion en que salieron de Suaquen cuando se quedó preso el Patriarca por la traicion del bajá.

Estos, como nacionales, tuvieron más facilidad de poder introducirse en las vecindades de Etiopia y escribir á sus parientes y conocidos, cuyas cartas enviaron á la India, y por cuyo medio supimos que aquel Abuma que habia entrado con tanto empeño en Etiopia habia sido hombre tan entregado á los vicios, tan disoluto en costumbres, que le habian hecho causa y probado jurídicamente comercio escandaloso con más de trescientas solteras y con muchas casadas, con quienes habia consumido infinita riqueza, en que habia vendido los Sacramentos de la Iglesia, ordenando, casando y dispensando indulgencias á cuantos las pagaban, y haciéndose rico tiránicamente, por cuyo motivo le habian desterrado y preso en un monte cerca de aquel donde vivia aun Cela-Cristos preso por la fe.

Añadieron las noticias que por haber en esta ocasion Glaudios, el hermano del emperador, proferido en palacio que no se podia negar la distincion de personas; pues de los Abumas de Egipto todos aquellos de que habia memoria eran facinerosos, escandalosos, livianos y entregados al vicio; y aquellos Patriarcas que habia enviado el Papa de Roma, todos contenidos, castos, misericordiosos y celosos de la salud de las almas, por sólo esta proposicion le habia hecho matar su hermano, aunque no se sabia que profesase la religion católica.

Supimos tambien por este medio que Facilidas, echando el sello á la maldad, habia enviado á llamar, y que de hecho habian entrado en la corte ocho turcos, maestros en la ley de Mahoma, que queria introducir en su imperio, sobre cuyo punto se le habian inquietado los vasallos; pero ciego en su obstinacion, dió la culpa de esta inquietud á los católicos ocultos, y descubierto con esta ocasion el Vicario P. Bernardo Nogueira, habia padecido martirio, como tambien aquel invencible soldado de Cristo, el Ras Cela Cristos, tio del rey, á quien despues de diez y ocho años de prision estrecha, hizo cortar la cabeza, llena de canas, de laureles y de virtudes.

Estas son las últimas noticias que por el celo del señor Patriarca pudimos confusamente lograr del miserable estado de la Etiopia, y llegan hasta el año de 1653. Despues acá, ni noticia tenemos de aquel vasto imperio del Preste Juan ni de sus tinieblas y sombras de muerte en que viven sepulta-

dos; porque con dar ellos mismos la puerta á los turcos, no nos es posible la entrada, y por otra parte el comercio de Oriente ha sido para la Europa más útil en otras regiones, y se ha empleado el fervor de muchísimos jesuitas en otras misiones entre gentiles, como la de China, de Cochinchina, del Maduré y de otros reinos tan vastos, que apénas fuéramos todos bastantes para el empeño santo de alumbrar con la luz de la fe á todas aquellas almas, si se intentara reducirlas á todas á policía y cristiandad.

Y no es mucho se haya aplicado el celo á estas misiones, donde ve á costa de inmensos trabajos posible el fruto, y que abandonen la empresa que toca por su obstinacion los límites de la imposibilidad, y pide la prudencia no tentar imposibles cuando es seguro el fruto en otra tierra, siendo para el celo de la gloria de Dios iguales las almas, igual el mérito y muy excesivo el fruto.

Por cuya razon, dejando á los etiopes abisinos en las sombras espesas de sus errores, en la enmarañada selva de sus herejías, en las tinieblas de su cisma ó de mahometismo, echamos aquí el nudo al hilo de la historia, pasando con brevedad á seguir á los jesuitas que salieron de Etiopia y pasaron á la India, cuyas posteriores virtudes y acciones merecen aquí singular elogio como héroes que tanto batallaron por Dios y su fe, como labradores que con tantos sudores cultivaron aquella viña que les dió tantas espinas; varones heróicos por lo que hicieron y por lo que padecieron; predicadores apostólicos, cuya voz, por no haberla querido oir Etiopia, es más digna de que la eternicemos en nuestra memoria y en nuestra veneracion.

## P. ANTONIO FERNANDEZ SENIOR

El P. Antonio Fernandez, uno de los que dieron motivo á esta historia, fué natural de Lisboa, donde se crió, y á los diez y siete años de su edad, divertido entre las especies de su aplicado estudio á las letras en la Universidad de Evora, le abrió Dios los ojos y tocó el corazon, para que, abandonando aquellas esperanzas que le fundaba su lucimiento y aplauso, se abrazase con Jesus desnudo en la Religion, y mudase aficion, y cuidase de saber mucho en el empeño de estudiar virtudes y aspirar á la perfeccion.

Obedeció á este llamamiento, pidiendo la Compañía, donde fué recibido

en el noviciado de Evora el año de 1587. Impúsose bien presto en el camino de la perfeccion, y su Maestro de novicios, P. Francisco Araujo, decia de nuestro Antonio que, si bien habia criado muchas tiernas plantas con esperanzas de sazonadísimos frutos de virtudes, no habia experimentado en ninguno perseverancia y aun tenacidad en el deseo de la perfeccion como la que mantenia en su continuo estudio el H. Antonio.

Bien se conoció este dictámen en el observante porte religioso que conservó todo el tiempo que vivió en la provincia, y fué hasta el año de 1622 como hemos visto. Sin omitir aquí que aquella santa tenacidad que mantuvo en el estudio de la perfeccion, la conservó en la vocacion de Indias, porque embarcado para Oriente el año de 1621 en la nao San Mateo, presintiendo el comun enemigo la guerra que habia de hacer al infierno este misionero, levantó una horrenda borrasca, de que atropellada la nao de las ondas se destrozó tanto, que tuvo por fortuna poder arribar segunda vez á Lisboa á restituir á la tierra los pasajeros, á quien habia expuesto á tanto peligro en el agua, y que entonaban el *Benedictus* al tiempo mismo que veian perdido el viaje y frustrado su intento.

Este mal trato del mar y este peligro no le entibió en nada sus fervores, ántes firmemente constante, se embarcó con serenidad de ánimo el siguiente año de 1622, en aquella numerosa mision que referimos. Llegó á Goa y pasó á Etiopia, donde encontró al P. Francisco Antonio de Angelis, y su vida en Etiopia queda bastantemente explicada; y bástenos para conocer su prudencia y conducta, que el señor Patriarca D. Alonso Mendez le quiso siempre á su lado para valerse de sus consejos.

Sólo una circunstancia se omitió allí, porque ni en Etiopia se supo, ni jamás se hubiera sabido si aquellas leyes de la amistad, que aun á los más virtuosos obligan, no hubieran pedido licencia á su humildad y á su confusion para revelarle en suma confianza.

Fué el caso, que en uno de sus viajes en que andaba visitando y confesando católicos romanos por el reino, llegó á uno de sus caudalosos rios, cuya altura y caudal no era fácil vencer sino á nado; no reparaba en peligros el celo, pero reparó en la desnudez su modestia, porque los católicos romanos de una poblacion le habian acompañado; en este ahogo se encomendó á su Angel de Guarda, de quien fué siempre devotísimo, y sin saber si el Angel, por un cabello, como otra vez á Habacuc, ó de otra manera, lo que sucedió fué que se halló al otro lado, pasado el rio sin vadearle, y á la otra orilla sin saberlo, prodigio que confundió su humildad y alentó su fervor para seguir la carrera de tantos trabajos como sufria por la exaltacion de la fe.

Vivia prevenido para estos favores con una ejemplarísima vida que se dió

á conocer en Goa, donde tomó puerto despues de la tormenta de Etiopia. En este colegio vivió siete años con la ocupacion de Prefecto de las cosas espirituales y confesor de los de casa; guiaba á todos con el ejemplo, y con él valoraba las exhortaciones ó pláticas espirituales que hacia á la comunidad.

En la oracion y trato con Dios podemos decir que era continuo; por las noches concedia á la naturaleza el preciso sosiego del sueño, tan escaso, que á las dos horas se levantaba para ir á las tribunas, donde de rodillas perseveraba constante en oracion las cinco horas restantes del sosiego de los de casa; ejercicio que continuó sin interrupcion los siete años, y observando que muchos de casa, al acabar de vestirse, iban á la iglesia á hacer reverencia al Sacramento como primera obligacion del dia; luego que tocaban á despertar á la comunidad, volvia á su aposento á continuar su ejercicio, y en él, en una ocasion, testificó un sujeto al señor Patriarca que lo depuso, que entrando á preciso negocio, le halló elevado en éxtasis con la fuerza de su espíritu y levantado del suelo más de dos codos.

Estos efectos de su fervor los sabemos porque se veian. Las dulzuras de su alma, y los secretos que Dios le comunicaba fueron de aquellos de quien dijo David que por confianzas del rey era bien tenerlos escondidos, con que los ocultó á nuestro consuelo y edificacion; pero bien podemos inferir algo por la guerra que le hacia el comun enemigo, que no teniendo entrada en su imaginacion, se valia de externas especies para confundirle con su vista; y confesó el Padre repetidas veces que en las paredes de su aposento se dibujaban sombras horribles de monstruos y disformes enemigos, que conocidos por el Padre, decia que era permision divina para enseñarle con estas figuras las faltas en su tibieza, de que rabioso el enemigo, mudó traza, y declarándose una noche, mortificó al Padre con crueles golpes.

A la oracion tan fervorosa y continua acompañaba su hermana la mortificacion; era rigurosísimo consigo; sus disciplinas y cilicios continuos; su ayuno se puede llamar perpétuo, singularmente en Etiopia, donde su comida en largas temporadas era un poco de cebada tostada; pero aun aquí añadia la mortificacion de ser sólo una vez al dia este sustento en todas los dias que observaba el ayuno, que eran la Cuaresma, el Adviento, todos los viérnes y sábados, quince dias antes de la Asuncion de nuestra Señora de quien era muy devoto, y otras muchas vísperas de varios santos, cuya letanía tenia escrita para seguridad de su memoria; de suerte que la mitad de los dias del año se puede decir que ayunaba, y esto con la penalidad de un estómago sumamente débil y con el cansancio de un trabajo corporal continuo todo el tiempo que estuvo en Etiopia, y de una fatiga de cabeza los años que vivió en Goa.

Su pobreza fué extremada; para él era siempre el peor vestido, la peor cama y el más desabrigado aposento; tal cual estampa de papel, que es estímulo para la devocion, era el menaje de su persona. Fué admirable en este punto el extremo que guardó de pobreza; en el uso del papel, quien escribió tanto, nunca dejó márgenes, porque decia era gastar papel á la Religion. La misma delicadeza usaba en Goa en las pláticas que formaba para decir á la comunidad que la una se dividia de la otra con sólo una raya, por no perder algo de papel si volvia hoja.

Nunca tuvo libros propios ni en su aposento para su uso; la librería comun era su arsenal, repitiendo que la fatiga é incomodidad de ir á la libreria era tributo á la santa pobreza, pues la misma incomodidad de ir y venir era una protestacion continua y una distincion práctica de la ostentacion secular que finge ciencia propia en la multiplicidad de libros que atesora por conveniencia de la utilidad.

Esta continua penalidad se hace más admirable al leer la lista de sus muchos y eruditos escritos, pues dió á luz ántes de ir á Etiopia un escrito con título de *Vida de María Santísima,* y lo era, pero dijerida en muchas meditaciones, con que se encendiesen las almas de los que las leyesen. En Etiopia, como obras propias, escribió por órden del emperador Seltán Segued un *Tratado de los seis dias de la creacion del mundo,* otro de la *Inmunidad eclesiástica*, otro *Instruccion de sacerdotes*, para el ejercicio de confesar, que era una suma de moral, un *Tratado del ayuno,* en que corrigió los abusos y vanas observancias que tenian los abisinos.

Demás de estos libros, tradujo en lengua abisina el Ritual Romano, el Ceremonial y Cánon de la Misa, el calendario de las fiestas movibles y otros tratados útiles, por no decir necesarios á aquella nueva Iglesia, sin omitir en tanto trabajo el de anhelar por el bien espiritual de las almas, en que ardió de modo su pecho que el Patriarca le dió el nombre de *Apóstol de Etiopia.*

Y este celo no se circunscribió en sólo Etiopia, pues los siete años que vivió en Goa era continuo en el confesonario, frecuente en la explicacion de la doctrina á niños rudos y asistente á los moribundos, siempre que ó la necesidad ó la ocasion le ofrecia motivo, hasta que, lleno de merecimientos y años, á los setenta y tres de su edad y cuarenta y seis de Compañía, de que ocupó treinta en Etiopia, el dia 12 de noviembre del año de 1642 descansó en paz en Goa, dejando tan fragrante olor de sus virtudes, como esperanzas de su bienaventuranza.

## P. MANUEL DE ALMEIDA

El P. Manuel de Almeida fué natural de Viseo, y de una de las casas más escogidas de su nobleza. Cuando aplicado á las buenas letras cursaba en la Universidad de Coimbra, á los catorce de su edad, entró en la Compañía el año de 1592, venciendo las grandes dificultades que le oponian sus parientes, con cuya grata licencia se abrazó con la cruz de Cristo con tanto valor como afecto.

Cumplió enteramente con las obligaciones de su probacion, y despues de ella, se ocupó dos años en el estudio de letras humanas y cuatro en la Filosofía. Al acabarla llegaron de Oriente aquellos dos jesuitas P. Alberto Laercio y Francisco Vieira, que venian á pedir recluta de soldados y socorro de obreros; estuvieron estos en el colegio de Coimbra, donde el fervor de maestros y estudiantes abandonó todo el aplauso, toda la esperanza, todo el lucimiento y, mudando carrera, se opusieron todos á la cátedra de la humildad y sufrimiento en inmensos trabajos por la honra de Dios.

Fué en toda la provincia de suma edificacion el fervor de Coimbra, y entre sus hijos logró buen despacho de sus deseos nuestro Manuel, que pasó á Goa el año de 1602.

En la India enseñó dos años letras humanas, y luego entró á oir Teología. En todo era feliz, y en los estudios salió tan lucido, que al acabarlos le encargaron que enseñase la Filosofía á los nuestros, y de ella sin detencion pasó á ocupar una cátedra de Teología.

En esta ocupacion vivia preso á la ley del estudio sosegado, el que anhelaba el inquieto trabajo de las misiones; y en la primera ocasion suspiró tanto por este empleo, que le hubieron de fiar una mision que se esperaba de fruto, aunque la siguió la desgracia desde su nacimiento, y sólo produjo muchos trabajos en los misioneros y un desengaño á la esperanza.

Fué el caso que, estando una nao portuguesa en la isla de S. Lorenzo, un hijo de su régulo, con curiosidad de mozo y con la confianza de la buena fe, quiso visitar la nao, y el capitan que habia ya acabado su comercio, juzgó ser buena la presa, llevando á la India de regalo aquel gentil, entre ellos de la distincion ó cualidad de príncipe.

En la India el virrey, que lo era D. Manuel de Acevedo y Ataide, juzgó ser mala presa, y no sólo alevosía contra el derecho de la buena amistad, sino grave impedimento para poder seguir el comercio, y ocasion de nueva

guerra, cuando su valor estaba empleado en muchas victorias, pero con mucho embarazo de la precisa guerra que ya estaba abierta y seguida con los chingales de Ceilan, y el medio mejor era restituir al mozo, para recobrar el buen nombre á nuestra fidelidad.

Esto se determinó por necesario, pero no era posible fuese pronto, y lograron los nuestros la ocasion de encargarse de la crianza del mozo y tentar con suavidad su reduccion á la fe; ésta se logró con facilidad, porque el jóven era de genio apacible, de natural suave y de capacidad bastantemente despejada, con que se instruyó, se convenció y abrazó gustoso la religion católica.

En este tiempo tenia ya el virrey armadas unas embarcaciones con gente bastante para defensa, que fuesen de convoy á conducir al jóven á su casa, y los jesuitas creyeron buena ocasion para introducirse en la isla, á cuyo favor ofrecia mucho, y, al parecer, de corazon el nuevo cristiano.

El virrey, tan celoso como valiente, no solo oyó sino que adelantó el proyecto, porque á cuatro jesuitas que se determinó hiciesen el viaje, añadió un gran regalo de cosas de la India, estimables en la isla, para ganar con dulzura la voluntad del régulo.

Todo bien consultado con la prudencia y en circunstancias que tenia mucho fundamento la esperanza, se embarcó el jóven y en su compañía cuatro jesuitas, de los cuales era Superior el P. Manuel de Almeida; llegaron á S. Lorenzo y publicaron el huésped que les conducian, suplicando al régulo permitiese se desembarcasen con él cuatro camaradas suyos con quienes habia contraido estrecha amistad en Goa.

El régulo estaba tan ciegamente irritado, que no quiso dar oidos ni respuesta al recado. Viendo esta dureza, ó de genio ó de pasion, se le pidió admitiese el regalo que le hacia el virrey, creyendo que aquella peña se ablandaria con las dádivas; pero él, firme en su rabiosa queja, respondió que á los pasajeros de la nao y al regalo que le ponderaban echaria en el mar ántes que recibir nada que venia de personas que abusaban de la amistad y de la confianza.

A esta resolucion, teniendo consejo los de las embarcaciones y los Padres, juzgaron era preciso ceder en todo y entregar al jóven, de quien fiaban podria con el cariño de hijo convencer á su padre, y él prometia mucho y ajustaba su rescate á crecido precio de ruegos y disposiciones con el régulo.

Con esta esperanza se desembarcaron, usando todas las ceremonias que estila no sólo la cortesía, sino el rendimiento á personas de elevacion; hubo salva en todas las embarcaciones, salió al bote y saltó en tierra acompañado de la armonía de varios instrumentos de aire, á quien de algun modo inter-

rumpian ó confundian las voces de los vivas y las aclamaciones de su bienllegada, á que correspondian en ecos los que animaban sus vasallos.

Fundóse en esto alguna esperanza, pero fué vana; porque el régulo, luego que tuvo en su poder á su hijo, mandó so graves penas que ningun vasallo suyo tratase ni comerciase con gente portuguesa, ni les vendiese fruto de la tierra ni mantenimiento alguno, prohibiendo el que hiciesen aguada, y amenazando tan de veras muertes y naufragios, que se vieron obligados á volver proas, sin más fruto que la satisfaccion de que no omitian los portugueses, y mucho ménos los jesuitas, ocasion ó luz para el ensalzamiento de la religion, que no emprendiesen animosos aunque saliesen desgraciados.

En Goa no estuvo en largo descanso el P. Manuel, porque le encargaron el gobierno y rectorado de Bazain, que aceptó gustoso por lograr trabajo en gobierno y providencias de misiones, á quien era debido repartir entre indios, adelantando sus espirituales conquistas; y se consolaba más, por considerar que se acercaba á Dio, escala para la mision de Etiopia, por la cual anhelaba y por la que dejó tan bien ordenadas sus súplicas y explicada su devocion, que cuando nuestro P. General Mucio Witeleski mandó se reclutasen los misioneros de aquel reino, fué señalado para la mision en compañía de los PP. Manuel Barradas, Luis Cardeira y Francico Carvallo, y tomó la embarcacion en 28 de noviembre de 1622.

El viaje fué penoso por lo largo é insufrible en varias ocasiones por la mala compañía de gentiles y mahometanos. Tuvo calmas en vez de tormentas, sustos, arribadas y continuos sobresaltos en las detenciones. Dados á la vela en Goa, llegaron á Damán en primero de diciembre, donde desembarcados, celebraron el dia siguiente la fiesta de su gran Patron S. Francisco Javier.

El mismo dia tomaron las naos, pero, encontrando la armada portuguesa en que iban, unas naos holandesas con viaje y proa hácia Goa, volvió el rumbo para seguirlos, y arribando á Damán, desembarcó á los Padres; los que experimentando más tardanza de la que sufria su ardor en la nao de Dio, fletaron un barco en que pasaron á Dio. Tanto era el deseo de acercarse á la amada Etiopia, que no sufria detenciones el viaje.

Aquí entraron á pocos dias en la armada de Dio, en la que llegaron á los dos meses que el P. Manuel habia salido de su Rectorado de Bazain.

Desde Dio ya era sabido el camino de Suaquen, libre entónces con los mercaderes bankanes; pero no ajustaron la cuenta con los vientos, que les faltaron tanto, que en largo tiempo no pudieron tomar puerto ni caminar un paso, obligándoles la falta de mantenimiento y agua á lograr una marea que los dió puerto en Dofar, costa de Arabia: aquí se detuvieron desde 18

de mayo hasta 16 de octubre de 1623, sufriendo una falta de todo, sin más sustento que arroz y por regalo algun pez que lograba la casualidad.

Ni era este sólo el trabajo ó penalidad; mayor pena sentia el espíritu en la compañía de gentiles y moros á quienes no era fácil reducir, siéndoles preciso muchas veces hurtar el oido á sus voces, por no escuchar sus blasfemias. Otras, por entretenerse con la paciencia de los Padres, los asustaban con falsas noticias de llegar de Meca naos de mahometanos á hacer esclavos á los que no fuesen de su secta.

En estas congojas vivieron seis meses, hasta que por octubre volvió á surgir la nao para Suaquen, donde en virtud del convenio ajustado con aquel bajá de que hemos hecho mencion, hombre moderado y de palabra, los dió paso á Etiopia, en cuyo reino vivieron operarios infatigables, como hemos visto, hasta que el año de 1632 en que por la detestacion de la ley romana los pasaron á Fremona, en consulta de todos los jesuitas se resolvió enviar á la India algunos, para que dando noticia de la deshecha tormenta, se acudiese. Fueron señalados para esto, como vimos, el P. Manuel, á quien el P. Provincial de Goa habia enviado á llamar, y la repugnancia de salir de Etiopia se suavizó con la esperanza de ir sirviendo á la mision y solicitar su remedio.

Por compañeros trajo en el viaje á los PP. Manuel Barradas, Damian Calaza y José Giroco. Salieron de Fremona, y con el socorro de un xumo que les dió algun alivio en asegurarles el viaje por tierras todas quebradas, cortó alivio de seguridad fingida ó de consuelo imaginado, por montañas casi inaccesibles, habitadas todas de tigres y leones, cuyo pavor sólo sobrellevado por la gloria de Dios podia ser llevadero.

El término de tan fatigable camino fueron unos arenales, tan ardientes en aquellos tiempos, que el mismo P. Almeida dice no podia estar más ardiente el suelo de un horno encendido que estaba la arena por donde caminaban; es verdad que esta ardiente penalidad duró poco, pues sólo fué por diez leguas, que vencidas con la paciencia, entraron en Arquico.

Aquí hubo novedad, porque el bajá que habia dado pasaporte negociado por cartas á los bancanes que le habian comprado en 400 pesos, faltaba ya de Mazúa, y el nuevo bajá y el *quequeá* de Arquico no quisieron pasar por él sin nuevo concierto, que fué preciso hacer con el nuevo desembolso de 600 pesos que prestaron los mercaderes, á pagar en Dio, rescatando con ellos las personas y la licencia de salir, que lograron en compañía de unos bancanes, y en una *gelva* ó navío pequeño venian con los cuatro Padres y se embarcaron tambien dos capellanes del señor Obispo, uno portugués y otro abisino.

Algunos católicos romanos abisinos que siguieron con amor á sus Padres, como ellos llamaban, tomaron el rumbo de Adén para hacer aguada y descanso en veinte y nueve dias.

A los 30 de agosto salieron del estrecho y entraron en Adén no sin peligro, pues una acuosa calma paró en temporal, que les quebró el árbol y les arrojó más que les entró en el puerto; desgracia feliz en riesgo cierto y en susto continuo.

En Adén, luego que el señor de la tierra ó régulo, que ellos llaman Amir, supo que entre las mercaderías de la nao iban portugueses, con la fama que ya los abisinos habian extendido por sus vecindades de que se habian enriquecido en Etiopia, supuso habia encontrado un gran pillaje y los mandó subir á la ciudad, cuidando mucho de su bagaje; este era unos malos transportines, algo de mijo y unos vestidos viejos; toda la recámara cupo en cinco caballerías, y sobró tanto lugar y fuerzas que en ellas, sobre el bagaje, fueron tres Padres y los sacerdotes.

Los abisinos iban á pié y el P. José Giroco se quedó en el puerto, porque su enfermedad le quitaba las fuerzas para la subida; pero luego que el Amir hizo dar vueltas y revueltas al hato en que se halló sólo los tesoros de la santa pobreza en unos trapajos para cubrir su desnudez, en unos jergones para reclinarse, y en la más vil comida de pordioseros, de pan silvestre y sustento pesado para mantener la vida, volvieron y revolvieron los jergones, y no encontrando más que esparto, se desesperaban, hasta que el Amir creyó haber hallado el oro escondido en el disimulo de la enfermedad del P. Giroco, y así, mandó se le llevasen muerto ó vivo.

Fueron por él, y no fué poco pudiese llegar, segun la debilidad en que le tenia postrado su habitual no entendida enfermedad; llegó con su pobre hato, en que sólo podia hallar ejemplo la pobreza y motivo la lástima; desesperó el Amir saciar su codicia si no se valia de fieros; amenazó muertes, tormentos y castigos para descubrir el imaginado tesoro, y de hecho dió tormento á varios de los abisinos, porque le manifestasen las riquezas. Algunos se mantuvieron firmes en la verdad y en la religion, pero otros más flacos cedieron á la fuerza y apostataron abrazando la ley de Mahoma.

Estos ya suyos, le desengañaron de la pobreza de los Padres, pero el Amir, furioso ya y precipitado en el empeño, prosiguió en tormentos, mudando sólo el intento, que fué desde allí adelante obligarlos á renegar de la verdadera fe.

No se puede referir en pocas voces las trazas que urdió, los medios que tomó para esta execracion; halagos, promesas, ofrecimientos, amenazas, tormentos, castigos y cuanto puede idear un árbitro soberano con el empeño

de ciega obstinacion; pero tuvieron los Padres la fortuna que ninguno de la comitiva que se habian hasta entónces mantenido firmes, cediesen un punto en su constancia.

A los dos sacerdotes abisino y portugués, llegó la malicia á apuntarlos las espadas al corazon y los cuchillos á la garganta, diciendo: «Si no os haceis mahometanos, aquí quedareis muertos;» pero firmes confesores de Cristo, respondieron: «Vivimos por Cristo y por Cristo queremos morir.

Diez dias duró este tormento, hasta que el Amir, cuyo celo más era por el dinero que por la ley, decretó una especie de esclavitud, mandándolos volver al puerto, con la condicion de que no saliesen sin pagar una cantidad grande de pesos.

Esta resolucion ya estaba prevenida por el discurso ó experiencia de los Padres y los bancanes, pero el amir creyó poner más alto el precio si se dilataba el embarco; y así, llegando al puerto á tiempo; que estaba para salir la nao de Dio, tentando por tercera persona á hablar del rescate, sólo dijo no lo habia pensado bien, porque no habia tiempo; que responderia en la nao del siguiente viaje, con que dilató la estancia en el puerto seis meses, en los cuales al P. Giroco con lo ardiente del sitio se le aumentó la enfermedad y le sobrevino una especie de lepra que le descarnó el pellejo, y con esta incomodidad entró en la nao, donde acabó la vida, ejemplo de paciencia y sufrimiento, despues de lo mucho que habia edificado en Etiopia, sin que de este sujeto tengamos más noticias que en general de su genio apacible, celo ardiente y trabajo continuo.

A los seis meses volvió la nao á Dio, y en ella con el rescate de doscientos pesos se logró el embarco, aunque causó el moro la mala obra de haber impedido una navegacion que fué feliz, y dado la licencia en esta á quien persiguió la fortuna; pues lo primero fué preciso embarcarse en diversos navíos, dividiéndose los tres compañeros del P. Manuel Barradas que se embarcó en vaso distinto; pero los unos llegaron con trabajo á Cayen y el otro á Mascate, en cuyos puertos unos y otros se vieron obligados á invernar, habiendo gastado en aquel corto viaje desde el mes de marzo hasta el de setiembre.

De Dio fué más favorable la navegacion á Goa, donde arribó el P. Manuel Almeida, á quien se le encargó el rectorado de aquel colegio; causa por la cual fué llamado de Etiopia. Acabado el rectorado, ocupó el oficio de Provincial y Visitador de las Indias.

En estos oficios mostró los quilates de su prudencia; era apacible de genio, y mostraba tener una total confianza y seguridad de sus súbditos, no molestándolos con visitas y cuidadoso reparo, gastando todo el tiempo del

dia en su aposento en oracion ó en leccion de libros devotos; pero al mismo tiempo era rígido celador de la observancia, y fué rectísimo en despedir de la Compañía á quien no se amoldaba mucho á la Religion, diciendo era miembro podrido el tibio, y que no trabajaba ni servia quien, pudiendo trabajar y servir mucho, se contentaba con poco, seña de mucha tibieza ó ningun celo.

Por esta causa tuvo algunas contradicciones que sufria con igualdad de ánimo como oposiciones del enemigo comun que amparaba la tibieza con empeño de enflaquecer la Religion.

Era sumamente mortificado en sus pasiones y de esta mortificacion nacia aquella igualdad de ánimo en los sucesos prósperos y adversos, sin que jamás ni la felicidad le elevase, ni le desmayase la adversidad. A esta interior mortificacion añadia la exterior penitencia en que, si en esto cupiera, debiamos decir excedia.

No sólo era continuo su cilicio y constante todos los dias dos veces al vestirse y desnudarse el santo uso de la disciplina, sino que entre dia, y si despertaba por la noche era frecuente su uso, sin observar más hora ni tiempo que el que le dictaba su fervor. Entre otras ocasiones entró una vez en su aposento su compañero, siendo Provincial, á negocio de su oficio, y encontró al Padre de rodillas, desnudas las espaldas, con las disciplinas en la mano, y aunque se vió tan descubierto, no se inmutó y sólo le dijo: «Vuelva despues, que ahora es primero esta ocupacion.»

La penitencia y la oracion se puede decir que fueron su sustento, pues la comida era tan parca, que más era ayuno con honores de comida que realidad de sustento; por las noches nunca cenaba, y á mediodia el pan, sin más vianda, era su general mantenimiento, alabando el trigo como gran regalo para quien estaba hecho á cebada tostada.

En la oracion fué tan continuo, que al vestirle despues de muerto, se le reconocieron callos duros en las rodillas. Así vivió rectísimo Superior.

Y acabados sus oficios pidió con empeño le permitiesen el retiro de Salsete, donde separado de cuidados tuviese tiempo de vacar á Dios; allí se encargó de una iglesia sirviendo de cura á aquellos indios, y en su desierto vivia consolado con alguna apariencia de vivir en Etiopia; pero como era tan consumado en prudencia y doctrina, el tribunal de la Inquisicion le hizo algunas consultas, cuyas respuestas eran tan arregladas á lo docto y prudente, que se tuvo como necesaria su presencia, por lo cual los Superiores le obligaron á que volviese á Goa á los tres años de retiro de Salsete.

En Goa quiso hacerse ermitaño en su aposento; pero por más diligencia con que el Padre cerró la puerta, la abrió el santo tribunal y el virrey de la

India que parece que nada sabian hacer sin su direccion. Como este tráfago era tan contra su natural genio, y lícito el deseo de vivir retirado para disponerse á una buena muerte, instó con tantas veras á los Superiores, que hubieron de condescender con su deseo, y estando para ejecutar su viaje el dia 12 de abril de 1646, repentinamente le asaltó una violenta calentura que le imposibilitó salir de la cama.

Conoció que la voluntad de Dios era otro más largo, y debemos creer mas feliz viaje, y así, hablaba de su muerte como con cierta ciencia, y se previno con una dolorosa confesion y una tierna devocion, con que recibió el Viático.

Prosiguió la enfermedad con pertinacia, pero sin intermision, y á los 24 de abril pareció preciso administrarle el santo óleo, que recibió muy en su acuerdo con tan apacible rostro y ánimo, que decian los circunstantes que el Padre se disponia para morir como pudiera para ir á Salsete. El síntoma que obligó á la Uncion quietó su furia, y prosiguió el enfermo hasta el dia de la Ascension, que aquel año fué á 8 de mayo.

La enfermedad siempre de gran riesgo, pero el enfermo cada dia más animoso é igualmente sereno. El dia de la Ascension tuvo la novedad de pedir segunda vez el Viático, que se le administró y que fué su guía en el camino, porque aquella mañana cayó mucho de fuerzas, y hácia el mediodia preguntó qué hora era, y sabido que era cerca de las doce, estando en el aposento el señor Patriarca, le miró con tiernísimos ojos, como quien se despedia de su Superior y Prelado amantísimo, de quien habia sido condiscípulo; accion que causó tanta ternura á su Ilustrísima, que no pudiendo contener las lágrimas, se ausentó por no afligir al enfermo, que bien distante de congoja ostentaba toda la serenidad de la buena conciencia, y aun más que de buena conciencia de seguridad en su tránsito, pues repitiendo la pregunta de qué hora era, oyendo que las doce y cuarto, en que estaba la comunidad en oracion en celebridad de la hora en que subió Cristo á los cielos, dijo: «Pues vamos, vamos, denme una candela en señal de mi verdadera fe y de lo que he solicitado su extension.»

Pusiéronle la candela, y espiró con suma paz y tranquilidad, porque como era tránsito más que muerte, no tuvo los paraxismos ni los síntomas que suelen acompañar á las otras muertes, en que batalla la naturaleza contra la enfermedad.

Avisaron al Patriarca que habia novedad en el enfermo, pero, por presto que acudió, no llegó al aposento á más tiempo que el de explicar con sus voces el concepto que tenia del Padre, diciendo: «Ya descansa sin duda en su pacífica muerte, quien ha sido incansable operario de la viña del Señor todo el tiempo de su vida.»

El Ilmo. Sr. D. Fr. Francisco de los Mártires, Arzobispo de Goa, que se hallaba en visita al tiempo del fallecimiento, escribió al señor Patriarca condoliéndose de que hubiese perdido tan fiel y útil compañero, y entre otras cláusulas, dice: «No puedo dejar de explicar á vuestra Ilustrísima el gran dolor que me ha causado esta pérdida, que es tan grande, que me faltan las voces al querer explicar lo que en este punto concibo; yo le era sumamente aficionado por los muchos y excelentes dotes con que Dios le habia enriquecido y con que se merecia el gran cariño con que yo le atendia.

»Mucho me compadece la Compañía toda, y vuestra Ilustrísima, por el sentimiento que han de tener en la muerte de un amigo y de un Hermano de tanta virtud y de tanta autoridad, cuya falta no puede dejar de ser gran detrimento para la Compañía, porque semejantes varones, como siempre son pocos, siempre hacen falta, aun donde abundan sujetos de elevacion.

»Algun tanto me alivia el dolor la esperanza bien fundada de que está gozando el premio de sus virtudes, segun nos promete su preciosa muerte, vestida de circunstancias tan dignas de reflexion como de envidia.»

Mayor la causó una noticia, que si bien no puede pasar en fe los límites de humana, era muy creible á quien conocia á los sujetos.

Vivia en Goa un Hermano singularmente devoto y de continua oracion, genio cándido y virtud probada. A este se le aparecia en la oracion algunas veces un jesuita virtuoso que habia muerto, y le mandaba acudiese al Superior de su parte á pedirle sufragios por las penas que padecia en el purgatorio; creyeron los Padres estas apariciones por lo creible que les era el estado de salvacion del difunto, que acudiendo por socorro á pocos dias de muerto el P. Almeida, le replicó el Hermano: «Yo lo avisaré, pero los Padres estarán ocupados en sufragios por el P. Almeida, sino que esté ya en el cielo;» «sí está, respondió aquella alma, porque tuvo más fortuna que yo en lograr el gran tesoro de indulgencias que goza la Compañía.»

Y el Hermano, sin más dilacion, dió cuenta de todo al P. Rector, quien por doctrina útil y para consuelo comun, dijo á la comunidad esta aparicion, cuyo dicho era tan creible en los sujetos de que se hablaba.

Murió el P. Manuel de Almeida en Goa á los sesenta y cinco años de su edad y cincuenta de Compañía. Su pobre espolio consistia en unas estampas de papel; dejó escrita una larga y puntual relacion de lo sucedido en Etiopia, de cuyos originales, por verídicos y claros, se valió el P. Baltasar Tellez para su *Historia de Etiopia*.

## P. ANTONIO FERNANDEZ JUNIOR

El P. Antonio Fernandez (á quien en Etiopia llamaron *Junior*, por haber entrado en el imperio en vida del otro, cuyo elogio queda escrito, y para distinguirle del más antiguo, á quien hemos llamado *Senior)* nació en Viana de Alvito el año de 1633.

Entró en la Compañía, y pasado su noviciado y estudios, fué señalado para el Oriente, cuya vocacion fué tan firme, que insistió en su peticion por largo tiempo. En Goa se encendió en deseos de padecer mucho en Etiopia, como hemos visto, y los Superiores condescendieron con sus ruegos, entre otras razones, por ser de salud fortísima y que podia sufrir el inmenso trabajo que allí se sabia padecian los nuestros.

Fué de virtud sólida, y su celo se cebaba en su misma robustez, siempre pronto á viajes continuos por socorro de los católicos romanos, por cuyo bien espiritual anduvo á pié muchos millares de leguas.

Al llegar á Dio de vuelta de Etiopia, le encargaron el vicerectorado de aquella residencia, y como Dios le habia destinado para la Etiopia, y dado para ella todos los dotes naturales que requeria, luego que se imposibilitó Etiopia, le cortó la vida á los treinta y tres años de edad, el de 1648, agotando la flor, de quien tenia la Compañía concebidas las más risueñas esperanzas de colmadísimos frutos.

## P. DIEGO DE MATTOS

Fué el P. Diego de Mattos natural de Coimbra, por haber nacido en una quinta de la ciudad llamada San Juan de la Ribera. A los diez y seis años de su edad, el de 1602, entró en la Compañía, cursando Filosofía en su misma patria, y fué elegido para Oriente, en donde, acabados sus estudios en Goa, ocupó el oficio de Ministro del colegio de S. Pablo algun tiempo, cortando esta ocupacion el viaje para Etiopia, donde entró, como hemos visto, el año de 1622.

Era amabilísimo de genio y trato, con que se dejaba querer de todos. El emperador Seltán le amaba tan tiernamente, que despues de la muerte del P. Pedro Paez siempre le queria tener consigo, y manifestó su confianza llamándole en el último aprieto de su vida, y el Padre le correspondió, no apartándose de su lado hasta que le visitó la muerte.

De este amor se valia el Padre para predicar todos los dias en el real, y esta introduccion en el palacio le fué útil para la conversion de infinidad de cismáticos que acudian al real á sus dependencias; y como en las cortes se beben los vientos por descubrir los medios por donde se llega al trono, le buscaban muchos por sus intereses, y el Padre los recibia por su celo, que logró con este medio infinitas almas.

Sirvió en Etiopia el oficio de Superior de todos los jesuitas, desde la muerte del P. Pedro Paez. Fué uno de los tres que estuvieron á la cadena en Suaquen, en aquel tirano cautiverio de la codicia. Desde Dio, donde llegó con el Patriarca, pasó á Goa y de aquí á Salsete, en cuyo colegio fué Rector.

Sirvió despues el oficio de Secretario del Provincial, y luego el de Maestro de novicios: en él le asaltó una fiebre maligna que abatió su enterísima robustez, pues no sabia qué cosa era estar enfermo entre tantos trabajos como padeció y entre continua mortificacion con que siempre afligió á su cuerpo, sin concederle descanso ni en ayunos, ni en disciplinas, ni en trabajos, de suerte que parece que aquí iban de empeño la naturaleza en ser robusta, y la valentía del espíritu en enflaquecerla.

En una de sus cartas dice el señor Patriarca: «El P. Diego Mattos, de nuestra Compañía, era robusto de complexion, y juntamente muy dado á la penitencia de despedazar su cuerpo y despreciar los achaques, de que no hacia caso, como ni de estas intolerables calmas de la India; pero en un viaje que hizo á pié, el rigor del sol le causó una calentura maligna; y al fin, lo limitado de las fuerzas hubo de ceder al rendimiento, y la calentura cobró tanta fuerza, que le acabó en nueve dias, excusándole con esto el oficio de Provincial á que le tenia destinado nuestro P. General, como se leyó en las Patentes que llegaron á Goa poco despues de su muerte. Esta sucedió el año de 1639, á los cincuenta y tres de su edad.

## P. FRANCISCO MARQUES

El tercer compañero en la cadena de Suaquen fué el P. Francisco Marques, natural de Braga, donde luego que llegó á edad, le introdujeron sus padres en el seminario de niños que hay en aquella ciudad, y se dedicó á un tiempo al estudio de gramática y al de la música.

En esta salió en poco tiempo aprovechado, y su buena voz le hacia muy apto para el uso del coro. Su natural no contradecia á su voz, y su aplicacion y felicidad congeniaban con el estudio á que vivia aficionada su voluntad: con estos fundamentos juntó la casualidad el ser frecuente en las celdas de dos hermanos suyos, religiosos de la Sagrada Familia de S. Benito, y que despues fueron ornamento dignísimo de aquella tan ilustre como antigua Religion, ocupando en ella las primeras sillas; éstos le aficionaron á su sagrado retiro, y se adelantó tan viva su pretension, que estaba señalado el dia de su recibo.

En esto se ofreció en la Religion no se qué embarazo que difirió la admision, y en la dilacion se entibió el admitido, y tomando por excusa el lance y dando por razon que no queria aguardar más por la prisa que el mundo le daba para que le dejase, entró en la Compañía á 13 de Setiembre de 1620, con gusto de sus hermanos que le agradecieron la eleccion, cuando por las circunstancias no los acompañaba en el Instituto.

En la Compañía, acabado el noviciado, entró á cursar Filosofía; pero saliendo para Etiopia el año de 1623 el Patriarca D. Alonso Mendez, fué tal el espíritu, el fervor y el ansia con que pretendió acompañarle, que su Ilustrísima, enternecido de sus lágrimas, consiguió del P. Provincial su consuelo, y siguió el viaje hasta Etiopia.

Allí fué incansable operario, y aquella buena habilidad de música la logró en el culto divino, y acompañado del P. Luis Cardeira enseñó el canto-llano á los niños etiopes y logró que en aquel imperio se celebrasen las fiestas de Cristo, María Santísima y los Santos con el aplauso y festiva devocion que en Europa.

En Dio, cuando despues del cautiverio llegó con el Patriarca, le señaló éste por Procurador de la mision, y se quedó allí para lograr, como consiguió, introducir varios socorros y limosnas á aquellos pobres abandonados cristianos. Ni fué este sólo su empleo, pues era continuo en el confesonario y en la asistencia á moribundos.

Llegó esta caridad á la que Cristo califica en el Evangelio por la mayor, dando su vida por la asistencia espiritual y corporal á sus prójimos, porque en Dio picó el año de 1639 un ramo de peste que abrasó á muchos, y á todos asistia el Padre con cariño y con fervor en todo, en lo espiritual de sus almas y en cuanto podia en lo temporal, solicitando limosnas para su sustento y curacion.

Entre otras personas cedió á la epidemia una señora noble á quien sobraban medios temporales para su regalo, pero faltó á todos el ánimo para su asistencia. Fué el caso, que la calentura era tan ardiente y tan pútrida, que cuantos sujetos, ya por cariño, ya por interés servian á la doliente, todos cayeron enfermos de muerte, y los más la tenian muy arrebatada; con que se enfrió el cariño, y perdió toda su eficacia el interés, y se lloraba la pobre enferma sola y abandonada, sin haber recibido los Sacramentos y en brazos de una casi desesperacion.

Supo esta lamentable desgracia el P. Francisco Marques; voló á la casa, tomó á su cargo la asistencia de la enferma, confesóla, la administró el Viático y Uncion, no atreviéndose á esto ningun sacerdote; la consoló, la animó, la confortó, aplicando los medicamentos que desde fuera de casa recetaba el médico, y la dió de comer por su mano, sin apartarse de su lado un dia y una noche que le duró la vida á la enferma, aunque se sintió abrasado de la misma especie de calentura del contagio, comunicado como á todos los demás.

Acabada la funcion de su caridad, volvió á su casa ya enfermo y aun desahuciado de los médicos; si bien Dios en recompensa de su caritativo celo le concedió nueve dias de tiempo para prevenirse fervorosísimamente á gozar en la eterna bienaventuranza el premio de su caridad y larguísimos trabajos, á la edad de poco más de treinta años.

## P. JERONIMO LOBO

De varios sujetos de los que hemos referido que salieron de Etiopia, logramos poquísimas noticias, porque esparcidos por la India acabaron sus vidas en la batalla entre bárbaros, rendidos al sudor y á la fatiga; y sucede sin duda á estos jesuitas lo que á los soldados rasos en las victorias; consíguelas su sangre, su ardor y su valentía, y nunca se forma la lista en

que queden á la memoria los muertos; es sangre que se esparce por los suelos y se sepulta cuando se derrama, aunque, si bien se contempla, esa misma sangre es su triunfo y causa de la victoria.

Pero en los nuestros tenemos aún más firme consuelo, porque si no nos han quedado memorias que archivar, por haber vivido el resto de su vida en incultas sierras entre bárbaros silvestres, es bien cierto á la piedad que viven eternamente en la gloria, y estarán para toda la eternidad escritos sus nombres en el libro de la vida.

Y para nuestro consuelo tenemos las noticias referidas ya y las del P. Jerónimo Lobo, que ahora escribiremos por último de los que sabemos algo, porque fué el que sobrevivió á los demás, acabando sus dias en Lisboa. Trabajó por la mision, en cuanto duraba florida y despues de marchita, en lo que pudo alcanzar su mucha industria; varon criado para trabajos, hombre intrépido á los riesgos, constante en las persecuciones, firme en los peligros, en toda fortuna entregado á Dios y continuo en el ejercicio de las virtudes.

Nació el P. Jerónimo Lobo en Lisboa el año de 1595, hijo de padres nobles, llamados D. Francisco Lobo y doña María Lobo. Criáronle tan aplicado á la virtud, que á los catorce años de edad, estudiando la gramática en nuestro colegio, decretó firmemente dar libelo de repudio á todas aquellas floridas esperanzas que le anunciaban su noble sangre heredada y los vivos rayos con que amanecia su ingenio; y despues de larga consulta con Dios y disputas con su padre, fué admitido en la Compañía á 10 de mayo de 1609.

Once años vivió con ejemplar tenor de vida en la provincia, á cuyo tiempo pidió con instancias la mision de Oriente. A esta le señalaron con gran sentimiento de sus parientes y no corto de la provincia, porque aquellos perdian de vista un deudo y la provincia un lucidísimo hijo, en que fiaba muchos desempeños; pero Dios que le dió la vocacion, le concedió fortaleza, y embarcado en una nao de cinco que iban á Oriente, surgió de Lisboa en 29 de abril del mismo año.

En este punto mismo que se embarcó empezaron á molestar y afligir al Padre trabajos y contradicciones, ya del agua, ya del aire, ya del fuego, ya de la tierra, y en esta sus habitadores no le dejaron vivir con mediana quietud, ni con algun sosiego todo el largo tiempo que para padecer le concedió Dios la vida; varon verdaderamente acrisolado con infortunios y perseguido de la fortuna con sus reveses.

Un mes tardó, estando embarcado, en salir del puerto, porque tan de mala gana soplaba el aire, que en todo este tiempo no quiso acudir á propósito para la surgida. Ya fuera del puerto, creyó el deseo que se desquitaba el ceño del aire en acudirles en popa, como acudió hasta las Islas Canarias; pero

aquí se vió que aquella fortuna sólo habia sido un paréntesis, porque empezó una continuada y larga tormenta de aire y lluvia.

La provision de carne y vino se inficionó, y el arroz que se llevaba por sustento de la gente, se perdió de modo que aseguró luego el P. Lobo que, sacado el convoy para que le diese el sol, dudaba si era arroz ó cal; tan hecho polvo y tan mudado de color le tenia el aire corrompido. El agua la conservó Dios para mantener con ella la vida de los pasajeros, porque en las naos entró una epidemia causada por exceso de calor, y padecieron ardientes calenturas casi todos los navegantes.

Los médicos acertaron con el remedio gustoso, porque se redujo á beber mucho; y como el agua estaba buena, fué poderoso el medicamento para salvar las vidas en la ocasion en que la enfermedad era hervor de fuego extrínseco, y así, se lograba el fin, pues sólo á veinte llegó el número de los que faltaron, siendo casi todos los caminantes los que padecieron la epidemia, y entre otros, nuestro P. Lobo tuvo que penar treinta dias de recios crecimientos.

Al fin, rendidos los vientos, al amanecer de un dia que parecia muy claro divisaron á lo léjos unos bultos que juzgaron islas, creyendo ser las Canarias, aunque la distancia las pintaba navíos, y en otros el deseo las dibujaba ciudades; siguieron proas llevándoles el viento, y acercándose, descubrieron dos sirtes, en que sin duda hubieran perecido si la divina Providencia no hubiera prevenido que este peligro se precaviera con la luz.

Este accidente obligó á pensar mucho, viendo tan contra sí á la fortuna que era menester casi milagros para no perecer. Hizo el general registrar las bodegas, cuyo ámbito estaba, si no vacío, tan poco ocupado que sólo se podia fiar en su despensa el sustento de pocos dias: pasóse muestra á la gente, y las fuerzas de todos estaban enfermas, ó al rigor de la epidemia ó al trabajo en la tempestad; juntóse consejo, y por comun consentimiento se determinó volver á Lisboa.

Aquí puede la piedad aplicarse á la consideracion de que el enemigo oculto erizaba las ondas y soplaba el viento, porque al volver proas y desistir los misioneros del viaje de Oriente, se apareció en las entenas de un navío el *San Telmo*, que repasó á las otras naos, con que en un viento favorable salvaron las vidas, que fué la única fortuna de la tempestad deshecha, por cuya causa, á los cinco meses de haber salido de Lisboa, arribaron á su puerto á cumplir una infinidad de votos que cada uno de los caminantes habia hecho á los patronos á quienes habia fiado su vida y en quien habia confiado en el peligro.

Seis meses tardó en rehacerse la flota, desde 4 de octubre de 1621 en que

entró de arribada, hasta mediado mayo de 1622 en que pudo segunda vez fiarse á las ondas.

Don Alfonso de Noroña, electo virrey de la India, quiso más ceder la honra de su puesto que exponerse al ceño de la fortuna que habia experimentado tan riguroso; y efectivamente, admitida su excusa por el rey, en esta segunda flota fué por virrey el conde de Vidigueira.

Más ánimo y esfuerzo tuvo el P. Lobo, que no dudó ni vaciló un punto en su resolucion santa; varon constante en la más contraria fortuna y en la más deshecha tormenta. Fióse á las aguas y entregóse al peligro, que ni las ondas ni los riesgos le detenian un punto en seguir su vocacion y atender á la gloria de Dios.

El viaje fué más favorable que el primero hasta la isla de Natal; aquí les cogió una tempestad en que cayó un rayo en la nao del virrey y del P. Lobo; pero Dios que permitió el susto, no consintió en el estrago. Templado este, sobrevino el mayor, en que salvando tambien las vidas, fué considerable la ruina, porque á vista de Mozambique, de noche descubrieron unas luces que soñaron ser paugayos, esto es, un género de embarcaciones que usan aquellos indios (barcos pequeños, sin clavazon alguna, atados con sogas y embreadas con betún) y estilan salir en ellos á recibir á los huéspedes, pero al amanecer mudaron el gozo en cuidado, porque los que imaginaron paugayos era la armada holandesa que aguardaba la flota.

La tierra estaba á la vista, pero el viento contrario les impidió tomar puerto; el general y los capitanes no cayeron de ánimo, y al punto se dispusieron á la batalla; esta se empezó aquella tarde y duró hasta el dia siguiente por la noche; consiguió la armada portuguesa afondar á la *Capitana* holandesa y maltratar otros navíos; pero ellos que eran más veleros, y con ménos viento volvian el costado, sacudieron tan de recio, que acudiendo los nuestros á tomar puerto con aire un poco favorable, encallaron nuestra *Capitana* y otro navío llamado *San Antonio*, de los cuales no se hizo poco en salvar la gente y lo más de las mercaderías.

Al tiempo del combate no le faltó su singular trabajo al P. Lobo, pues, si bien los heridos no fueron muchos, hubo los bastantes para ejercitar la caridad, asistiendo á todos, entre los cuales fué muy reparable que, habiendo una desgraciada bala llevado una pierna á un capitan de nao, no habiendo quien le cogiese la sangre, el Padre rasgó dos pedazos de su camisa que ató á la pierna con sus mismas ligas, y cogida así la sangre, dió tiempo para administrarle el Sacramento de la Penitencia.

El navío *San Cárlos*, que era el tercero, encalló tambien, aunque con más fortuna, porque no estaba tan débil de balazos y se pudo mantener en pié

sin que el agua maltratase la ropa, como lo habia hecho en la *Capitana* y *San Antonio;* al fin en barcos pequeños se salvó la gente, y el poder de la desgracia que seguia y perseguia al P. Lobo, al mismo tiempo de sacarle de un riesgo, le puso en otro peligro, porque el bote en que se embarcó con el virrey perdió el rumbo, pasó el puerto, dudó su situacion y se dió por perdido, hasta que un pastor que lo descubrió desde tierra, los dirigió al puerto, sin prevenirles que el viento y las corrientes les habian de poner en manifiesto riesgo, como estuvieron, de perderse; al fin entraron en Mozambique á descansar de tanta zozobra y á prevenir embarcaciones para proseguir el viaje.

Compusiéronse unos pataches y otras embarcaciones, y creyéndose seguros, se embarcaron en otros cinco vasos, á quienes azotó una tempestad tan luego, que al amanecer del siguiente dia ya uno estaba separado de la conserva, y los otros cuatro apénas se veian unos á otros. Siguió el viento recio y persiguió la fortuna al P. Lobo, porque de las cinco embarcaciones una paró en Ceilán; las otras cuatro, despues de batallar con los vientos, cada una de por sí volvieron de arribada á Mozambique.

Fué este adverso suceso en setiembre de 1622, y en el mismo mes volvieron al agua con poco más próspero suceso, pues por la fuerza de los vientos el patache que montaron el virrey y el P. Lobo dió consigo en Cochin, desde donde avisaron á Goa para que, saliendo de allí armada, los condujese más seguros; tanto como esto le costó al P. Lobo la deseada India, y tanto se resistió el comun enemigo á su entrada.

Ya en Goa, para hacerse digno ministro de la gloria de Dios, se entretuvo un año que le faltaba en cursar la Teología, y á este tiempo llegó la órden de nuestro P. General Mucio Witeleski, para que se embarcasen doce sujetos á Etiopia, por las instancias que de allí hacian por obreros.

Clamó por esta mision el P. Lobo, y los Superiores á menor porfía hubieran condescendido por lo útil que se le reconocia.

Tocóle por destino tentar el viaje por Ceilán. El emperador Seltán Segued habia escrito que fuesen algunos por Dancali, y el secretario, por escribir Dancali, escribió Ceilán: ¡rara equivocacion de voces tan diferentes y de letras tan distintas! ¡rara providencia ó casualidad para dar que sufrir!

Decretóse, pues, en Goa saliese el P. Lobo con el derrotero para Melinde, á descubrir algun camino, á ciegas, sin saber si le habia y aun si seria posible. La causa de esta eleccion fué porque, como era conocido el intrépido valor y constancia del P. Jerónimo Lobo, ninguno se creyó tan á propósito para empresa en que era menester un corazon constante y animoso.

Embarcóse para Melinde, llevando por compañero al P. Juan de Velasco,

natural de Castilla, aunque habia entrado en la Compañía en la provincia de Portugal. La embarcacion fué favorable. Surgieron de Goa en 16 de enero de 1624, y en once dias llegaron á la barra de Pati.

Sin conocer que estaban en ella, ántes bien perdidos del todo sin saber dónde se hallaban, volvieron proa para buscar á Mozambique y tomar allí piloto que, práctico en los mares, los dirigiese con rumbo conocido: caminaron algo á este fin, y habiendo disparado al aire una pieza para llamar piloto, los oyeron y entendieron en Pati; á poco tiempo que iban costeando sin descubrir la costa, divisaron una corta embarcacion.

Fueron á ella, y el piloto que allí venia dijo que habia salido porque habiendo oido la pieza, suponia que era á pedir práctico; les informó, y hallaron que estaban cerca de la barra de Pati y en su distrito; esta barra buscaban porque era poblacion de moros, donde los portugueses tenian factoría y comercio de paz, y se creyó puerta más segura y más acomodada para la pretendida entrada; dieron gracias á Dios, dejáronse gobernar del práctico y entraron en el puerto.

Habia en aquella costa un religioso Agustino, apóstol de aquellos reinos, donde habia logrado fruto en las muchas almas ya cristianas de que cuidaba; supo el arribo de estos huéspedes, que aunque iban disfrazados con el vestido de turcos, la falta de lengua, el haberse quedado solos y despachado la nao para Mozambique, eran señas muy claras para el argumento de ser misioneros, y más para quien su mismo deseo le hacia creer hallaba en aquel voluntario destierro gente de su nacion con quien abrir su pecho y explicarse en su lengua.

Acudió al puerto y halló á los Padres solos, sin guía, sin lengua, sin direccion y sin luz, expuestos á perecer y abandonados en manos de su destino. Hablólos, consoláronse mútuamente, explicaron los Padres su idea, ponderó el religioso la arduidad del intento; pero caritativo y animoso, ayudó á la empresa, y ayudó mucho, llevando á su cabaña como huéspedes á los Padres, á quienes obsequió cuanto cupo en su pobreza y los dirigió de suerte, que aunque la idea se reconoció imposible, pero los medios fueron los más acertados para que no quedase el menor escrúpulo al desengaño.

Porque lo primero, no quiso se expusiesen los dos, sino que uno tentase el camino y otro se quedase en Pati en su compañía, para que éste pudiera en cualquier acontecimiento dar noticia á Goa de lo que pasaba ó habia pasado. A este fin se quedó en la cabaña el P. Juan de Velasco, y salió á correr la tierra el P. Jerónimo Lobo.

A este le armó, con cuanta direccion cabia en la práctica que tenia de aquella tierra, con noticia de los varios reinos que habia que penetrar, y aun

se adelantó á decir que por experiencia sabia que en muchos parajes no bastaba una lengua por dia; pues entendiendo bien el habla del rancho donde haria mediodia, sin fatigarse en el camino llegaria aquella tarde á rancho, donde no pudiese entender palabra.

Pretendió intimidarle con la ferocidad de aquellas gentes, nacida de falta de trato y de rusticidad más que de genio cruel, pero siempre peligrosa; pues no ciñéndose á las leyes de la razon, que apénas divisan, por cualquier motivo matan sin miedo del castigo. Nada de esto detenia al valor santo del P. Jerónimo Lobo, y sólo admitió para consuelo y guía á un mozo abisino, algo versado en aquella infinidad de idiomas, que voluntariamente le quiso acompañar.

Con el intérprete abisino y algunos portugueses que le quisieron seguir, salió de Pati en una de aquellas débiles embarcaciones que llaman paugayos. Era el intento vadear un rio llamado Subo, nombre tambien propio del reino que baña; era este el camino elegido por haber tenido noticia de que á dos leguas del rio habia una colonia de una nacion que allí tambien llamaban galas, cuyo imperio estaba tierra adentro y ellos le habian extendido hasta las costas, con cuya comunicacion estaban algo más pulidos y ménos feroces.

El nombre de galas engañó la esperanza, creyendo eran los que se sabia que habitaban ó infestaban la Etiopia, y aunque enemigos, creyó el P. Lobo que con algunos donecillos de algo de tabaco, vidrios de varios colores y otras niñerías, que por nuevas estiman ellos mucho, y habia prevenido en Goa, se les podria engañar para que descubriesen el restante camino.

Este era el fin, y para lograrle vencieron cuarenta leguas, parte en el paugayo y parte á pié, porque en los cabos ó puntas de tierra que para doblarlos con ménos riesgo era debido se alargase algo más en golfo la debilidad del paugayo, no se atrevian á fiarse los pasajeros.

Al fin con trabajo y con sólo el sustento de arroz y algun pez cocido uno y otro en agua, sin sal ni guiso, y con el suelo duro para el descanso, llegaron al reino y rio de Subo, donde su rey salió á reconocer la gente en persona, con tan corto aparato de majestad que, ofreciéndole un poco de pez y arroz que estaban comiendo, se sentó de paz á la mesa, que era el suelo y comió cuanto le dieron con la racionalidad de mostrarse muy agradecido.

A este natural movimiento acudió el Padre al paugayo, y sacando algunas cuentas de vidrio y tabaco, ganó con ellas la voluntad al rey y á su cortísimo número de vasallos, que sabiendo su intento de pasar á los galas, dieron á estos cuenta de su arribo y ser todos blancos.

Esto les hizo tanta extrañeza, que vinieron á verlos, y no satisfechos con ver cara y manos, les obligaron á descalzar para registrar los piés y piernas, y el Padre descubrió el pecho. En medio de esta extrañeza no olvidaban su oficio de galas y molestaron al Padre con peticiones de tabaco, vidrios, lienzo para turbantes y otras cosillas, y, como ni la provision fuese tanta que bastase toda para satisfacer su codicia y de la poca que habia era preciso conservar para el rey de los galas; estos, ciegos, decretaron matar al Padre.

Esta traicion la descubrieron los de Subo por una bien rara casualidad, porque los galas estilaban ántes de entrar en batalla armar un baile en confusa algazara, en que al son de rústicos instrumentos, desconcertadas las voces y violentos los movimientos decian ellos se les inquietaba la cólera para salir á la batalla enfurecidos y sin miedo.

Armando, pues, el baile una cáfila de galas, se acercaron los de Subo, y de sus voces mal articuladas infirieron se disponian al combate, previniendo el saqueo de los vidrios y chucherías que para ellos eran tesoros; avisaron al Padre, y un portugués advertido los libró de cuidado, dándole grande á los del festin, porque cargando su espingarda con sólo pólvora, se llegó cerca del corro y disparó al aire.

Ellos que jamás habian visto más rayos que los del cielo, y se hallaron sobre sí con un rayo voluntario, y que les amenazaba siempre que algun huésped quisiese, se arrojaron al suelo cosiéndose con la tierra sin atreverse á levantar la cabeza, hasta que sosegado el aire, evaporizado el humo, quieto el terreno, se levantó uno de ellos, y juntándolos en consejo, le tomaron de acudir de paz al P. Lobo, ofreciéndose á servirle en lo que les mandase.

Consolólos el Padre y ofreciólos toda seguridad de los suyos con tal que le consiguiesen audiencia de su rey: «Esta, dijeron ellos, está pronta, porque desea veros y te conduciremos y asistiremos;» con esta débil seguridad, tomó el Padre el camino de las dos leguas que faltaban. Llevaron consigo al intérprete abisino y á los portugueses; llegaron á la rústica corte, cuyos palacios eran cabañas y donde el rey tenia el nombre y poco más que él en la apariencia ni realidad de majestad.

Señalóse el siguiente dia para la audiencia, que por extraña en ceremonias, para que se conozcan los peligros y riesgos á que expone la gloria de Dios y bien de las almas ajenas, quiero referir aquí.

Estaba la majestad en una cabaña, reclinado en un alcatifa, y á sus dos lados los príncipes y magnates de su reino; estos en las manos tienen unos palos y unas porrillas del grueso de dos puños con el cabo de cosa de media vara. En entrando alguno á pedir audiencia, antes de hablar palabra, si es

plebeyo, con las porras, y si es noble con los palos, le solfean uno á uno las costillas, hasta que mal pareciendo, le obligan á salir de la pieza, y desde afuera pide segunda vez audiencia, en cuya entrada habla al rey y despacha su pretension.

Preguntados del fin de esta bárbara ceremonia, responden que la hacen para que, cuando llegan á hablar á su rey, lleguen con humildad. De esta formalidad fué avisado jurídicamente el P. Lobo, que para con Dios tuvo el mérito de los palos, á que se ofreció gustoso; pero el rey negro, en atencion á las cuentas de vidrio y lienzos que aguardaba, ó ya fuese respeto á las espingardas que temia, envió recado que, estando en los huéspedes tan segura la humildad y la sumision por portugueses con quien deseaba amistad, dispensaba la ceremonia.

Con esto entró el Padre con su comitiva seguro, y quedó el rey muy contento con el regalo de vidrios, lienzo, tabaco y otras cosillas, cuya estimacion era de subidísimo precio en aquella triste tierra. Habló el Padre despacio de su viaje á Etiopia, y el rey le respondió con sobrada racionalidad diciendo que le haria conducir muy seguro por aquella cinta de tierra en que tenia dominio, que segun su explicacion seria como unas veinte leguas; pero que no podia asegurarle más, porque él estaba cercado de otros muchos reyes, entre los cuales vivia quieto, sólo á poder de la fuerza; que él no sabia el camino de Etiopia ni queria saberle, porque entre ellos se ponderaba mucho la fortuna de estar lejos de un rey que por poderoso avasallaba á los vecinos; que no hacia poco en permitir el paso, pues aunque tan lejano, si los etíopes sabian el camino, se daba por perdido, y que le avisaba que ningun vasallo le seguiria; que le pondria en sus confines, y que desde ellos se ingeniase, pues sus vasallos ni sabian el camino, ni los ríos, ni las montañas, ni las distintas lenguas de los reinos que tenia que vencer.

«La distancia, respondió el Padre, será, segun que ya tenemos noticia cierta de la Etiopia, de ciento y cincuenta leguas desde aquí.» Este cómputo se habia hecho en Goa por los grados de latitud. «Pues á eso, replicó el rey, disponeos á vencer á cien reyes y cien lenguas diferentes;» con este desengaño se despidió del rey y volvió á Subo.

Aquí, con la agitacion del camino y la tristeza del no logrado fin, se le encendió la sangre y con su hervor se le elevó el pulso en una ardiente calentura; conoció su enfermedad y su causa, é hizo preguntar si en la tierra habia alguno que supiese sangrar: dijéronle que sólo uno sabia este arte, y por consiguiente, que era caro en el precio, pero que vendria con gusto si le ofrecia algunas cuentas de vidrio; ofrecíolas el Padre, y vino el sangrador en cuyas manos sólo la gran necesidad se podia fiar.

Era un hombrecillo viejo, mala figura, tuerto y algo manco de resulta de una perlesía; entró á ver al enfermo con un aparato de raros instrumentos, que eran un pedazo de ladrillo cocido, que puso con grande tiento en el suelo porque no se quebrase, una navaja llena de herrumbre, medio sierra por las muchas mellas que tenia, y tres puntas huecas de cuerno de buey.

Vió el Padre aquella figura y aquel aparato, y pasmado preguntó: «¿Qué intentais?» A que muy pronto respondió el artífice: «Sacar la sangre que sobra:» informóse, y le aseguraron que aquel hombre era la única habilidad que habia en la tierra, con que por Dios y por la salud que en aquellas circunstancias era debido conservar para dar cuenta del viaje y que se tomára resolucion conveniente á la Etiopia, se puso en sus manos, cuya operacion fué en la forma siguiente:

Hizo poner al Padre de bruces, y descubriéndole la espalda, aplicó á ella una punta de buey, dejando hacia arriba lo estrecho, por donde la tenia horadada con un angosto agujero; en este aplicó los labios y chupó el aire con tanta fuerza, que dejó pegada aquella ventosa como pueden quedar las nuestras á la rarefaccion que causa el fuego; hizo lo mismo con las otras dos puntas, dejándolas agarradas á la carne.

Hecho esto, dando lugar á que ellas llamasen la sangre, se aplicó á afilar su lanceta, que era aquel mal cuchillo más de hierro que de acero, y más sierra que navaja; tomó el ladrillo, y con esta amuela hizo como que sacaba el filo que no habia ni podia; pero ya seguro en su trabajo y vanaglorioso que en Europa se sabria su grande habilidad, y que tenia herramientas cuales en todo Oriente no habia otro semejante estuche, acudió al enfermo, le quitó aquellas ventosas, y á fuerza de pulso se las sajó con aquella mala sierra, y reponiendo las puntas, volvió á chupar el aire, hasta que quedaron agarradas, y de esta manera sacó sangre en bastante abundancia, para que, ya fuese por desahogo de la naturaleza, ya por horror á la inculta medicina, cesase, como cesó, la calentura, y el Padre pudo volver á Pati con el desengaño de la imposibilidad de la empresa, y con la curiosidad de una sangría bien nuevamente ejecutada y animosamente experimentada.

En Pati se consultó el caso con el religioso Agustino, y allí en el terreno se declaró ser tiempo perdido el que se gastaba en estas tentativas; pero para justificar más la causa, hizo viaje el P. Juan de Velasco á Mombaza, para hacer desde allí cuantas diligencias cabian entre amigos, pues lo eran; pero esta correria solo pudo tener el efecto de confirmar el desengaño, con que volvió á Pati, y por no tener su celo ocioso y llegar por parte, siquiera posible aunque trabajosa, á Etiopia, se embarcaron ambos para Dio, de donde en, compañía del Patriarca, entraron por Bailur en Etiopia, y allí trabajó el

P. Jerónimo Lobo, segun que hemos visto, hasta conciliarse el odio de los herejes que le querian beber la sangre, por lo que fué útil el sacarle de Etiopia con la asignacion que le dieron aquellos Padres de Procurador de la mision para Goa, Portugal, Madrid y Roma.

En Suaquen no halló ocasion para pasar á Dio, hasta que se embarcaron los demás compañeros, cuando dejaron cautivo al Patriarca. De Suaquen á Dio fué larga la embarcacion á causa de las calmas; pero quien habia vencido tantas dificultades, no juzgaba embarazoso ningun viaje. En Dio se detuvo poco tiempo, pasando al punto á Goa en una embarcacion ligera, que fué toda la fortuna, porque dos veces hubo menester valerse de sus alas para librarse de corsarios.

Tuvo dicha feliz, y la miraba como tal el P. Lobo que deseaba la brevedad para cumplir con la obligacion de buen Procurador de la mision y con la misericordia con aquellos pobres jesuitas portugueses y católicos romanos que vivian en Etiopia, abandonados á los violentos cierzos de una cruel persecucion.

Cuando entró en Goa, sin más descanso que el que consigo lleva el cumplimiento de la obligacion y el desahogo de un deseo, emprendió el socorro de Etiopia; habló al virrey de la India, que á la sazon era el conde de Linares, y le representó la ninguna fuerza que tenian los que se llamaban *presidios* de Suaquen, Mazúa y Arquico; los dos primeros sin ninguna fortificacion, y Arquico un mal cuadrado de tapias de tierra, que con una sola pieza estaban en el suelo en un dia; los presidios tan cortos, que el que más contaba por guarnicion 40 soldados, y estos oficiales ó corredores de mercaderes, con que con 500 soldados portugueses lograba el rey aquellas tres plazas en el nombre, y en la realidad la puerta de Etiopia.

Añadia que, si no se queria emprender guerra con el turco, puerto más cercano á la entrada del mar Rojo era Bailur, en el reino de Dancali, el más rico de aquellos países, y tan pequeño, que sin resistencia podia ser del rey, y desde él, por confinante, sujetar la Etiopia, á cuya devocion se mantenia; y era bien seguro que no vendrian en su favor los abisinos, si se declaraba la guerra por portugueses; que esto era dar al rey mucho estado, al tiempo que en la India se conquistaba á palmos la tierra; que bien cierto era, que la Iglesia de Dios no se ha de defender al modo de la guerra, pero que tambien era cierto que es imposible conservar la religion si no se ganaba el terreno; que en el Occidente hacian gran fruto los misioneros, porque agregaban almas á la religion, abrigando sus espirituales conquistas con el dominio temporal de lo ya conquistado; que en la India tenian buen ejemplar á la vista, y que si allí no hubiera presidio en Goa y defensa en el Oriente,

no se adelantaria en nada la conversion; que no se intentaba plantar la fe con la espada, sino que la espada fuese escudo á la religion, conteniendo en razon el ímpetu de la ferocidad; y ahora más que nunca se necesitaba en la Etiopia este freno en defensa de muchos portugueses católicos que vivian abandonados, y en gran duda de haber de faltar á la fe ó contrastar con firmeza la violencia de un tirano.

Estas razones convencieron tan eficazmente al virrey, que no sólo determinó enviar armada, sino que, adelantando la empresa, señaló por general á su hijo. Aquí le fué preciso en toda política poner el negocio en el Consejo: en él la variedad de votos confundió la resolucion; todos convenian en la necesidad de Etiopia, pero todos tambien hallaban imposible en que faltasen de Oriente 500 hombres de armas, porque los régulos en las costas estaban inquietos, y toda la gente que habia era menester para la defensa, y clamaba la prudencia humana no ser debido exponer las conquistas de que habia posesion, con el título de recuperar las desposeidas.

El dinero andaba escaso, y aquí se hizo lugar la aprehension de que el P. Lobo, viniendo á Portugal y Madrid, podrian conseguir dinero para esta expedicion de Etiopia, y en el Oriente lograr por socorro el que sobrase de la expedicion. Pudo tanto este voto, que por más que esforzó la idea el virrey, prevalecieron todos, y se dispuso la jornada del P. Lobo á Portugal, bien instruido de cartas del virrey y de los del Consejo; y logró ocasion porque estaban aprontadas para España dos naos que salieron luego.

Llamábase la una *Nuestra Señora de Oliveira* y la otra *Belen;* aficionóse á ésta el P. Lobo por venir más ligera y haber en ella obrado un milagro San Francisco Javier.

Fué el caso que, viniendo de Mozambique, una tempestad la puso en el mayor riesgo de estrellarse contra unas rocas. El viento contrario y la turbacion de las aguas no les permitió salir á mar ancho, y fué preciso ancorar para vencer á fuerza el ímpetu del agua y del viento; pero éste venció al arte y al ingenio, despedazando fácilmente tres de los cuatro cabos que habian atado á cuatro áncoras para amarrar el navío.

En esta congoja, faltando ya la fuerza y todo socorro humano, acudió la piedad de un pasajero á colgar del cabo, que parecia estar firme, una reliquia de S. Francisco Javier que traia consigo: ésta creyeron todos que habia dado fuerzas al cabo, porque desde aquel punto resistió la nao al viento y la cuerda se mantenia tirante; pero acabado el temporal, al levar el áncora, salió sólo el mástil quebradas las puntas, dando á conocer que el Santo por su intercesion, y no el áncora por su fuerza, los habia sacado de aquel tan inminente por no decir cierto riesgo.

Este milagro se autentizó en Goa y se publicó en toda la India, y como nao milagrosa, con la proteccion del Santo la eligió para sí él mismo, sin advertir ni el Padre ni los artilleros que cuando Dios concurre milagrosamente á alguna maravilla, no perpetúa los prodigios ni los obra sin necesidad alguna, y que la nao que salió milagrosamente del naufragio, al entrar en Goa, tocó en tierra ó peña á cuyo golpe se habia cascado, y que el daño era fácil de remediar con poco trabajo y costo, y temeridad el exponerla segunda vez á viaje largo con sólo el seguro de una singular providencia, fiando en milagros pasados las maravillas futuras.

Esta inadvertencia fué causa de que, habiendo salido la nao en 23 de febrero, y caminando, el mismo golpe del agua la fuese abriendo y llegase á hacer tanta agua, que no bastando una bomba se multiplicase este instrumento, y se hubiesen de aplicar al trabajo por horas el mismo capitan, el P. Lobo y los otros religiosos que allí venian.

Juntóse consejo, y se clamaba por la gente de mar y pasajeros para que, avisada la nao *Nuestra Señora,* diese socorro siquiera á las vidas. En estos consejos por lo general preside la codicia y dirige el interés, y así, dudando les obligarian á aligerar la nao, en lo que ya instaba el P. Lobo, respondieron todos no convenia, porque la otra nao luego que supiese la debilidad de la suya, daria al viento todas las velas para llegar ántes y hacer en Lisboa su feria con grandes ventajas; de suerte que el pretendido socorro se convertiria en cierta pérdida y ningun alivio.

Con este mal dictámen siguieron como pudieron el rumbo poco tiempo, porque el dia de S. Juan una tempestad, sino deshecha, bastante para destrozar un tan enfermo navío, acometió á las dos naos, y la de *Nuestra Señora* con su fuerza la tuvo para seguir su derrotero, desapareciéndose de la de *Belen.*

Esta quedó á la discrecion de los vientos que la cortaron el mástil, la arrancaron las velas, la abrieron más, y ya los que no habian querido pedir socorro á tiempo, se hallaron sin tiempo ni posibilidad de socorro.

El P. Lobo, viendo la afliccion general, enarboló en la popa un crucifijo, y con él en la mano hizo una fervorosa exhortacion, con que compungidos los ánimos, los redujo al gremio de penitentes, y confesados y absueltos en general, imploró el soberano auxilio de S. Francisco Javier, que habia en otra ocasion favorecido aquel barco, y el capitan mandó se pusiese la proa á tierra, creyendo el piloto que estaba cerca de Mozambique, en cuyas riberas podian hallar remedio á lo ménos á las vidas y quizá á las mercaderías.

El peligro era ya extremo, la nao falta de árbol y velas no tenia movimiento, y el timon no gobernaba.

Clamaron á Dios, y tomaron por abogado á S. Javier, que no les faltó en el peligro, descubriendo tierra, aunque sin conocer la ribera. Paró el navío por falta de viento, y dió lugar á que pudiesen fiarse al bote 50 hombres con el P. Jerónimo Lobo, á quien ya daban todos obediencia de respeto, por no haber otro de quien pudiese fiar el gobierno.

Suya fué la idea de que saltase esta gente á prevenir el terreno, pues ni se sabia la tierra que descubrian ni si era desierto habitado de fieras ó poblacion de piratas. Diéronse al agua con una hora y media de dia, y entraron en una barra ó boca de rio, que era el llamado de las Orugas, y hoy en dia los mapas nombran el rio de S. Juan.

En este corto viaje, que no era de una legua, gastaron todo el tiempo que hubo luz, y se vieron precisados á dormir en el batel ancorado como estaba. La nao principal, por no exponerse á peligro en mar y tierra, quedó aquella noche en el mar, porque no conocian el agua ni sabian los sirtes y bajíos.

En tierra ya desde el batel y desde la nao habian visto algunos cafres, y no sabiendo qué nacion era, no intentaron la temeridad de arrojarse á sus manos sin saber en quiénes se abandonaban. Aquella noche fué fatal, porque en el otro hemisferio donde estaban, era entónces el invierno, y la marea en medio del rio venia helada; y con la esperanza de tomar tierra de dia, no previnieron más ropa que sus vestidos, con que ateridos aquellos pobres naufragantes no hallaron otro abrigo que apretarse mucho unos contra otros, y así, sumamente incómodos, pasaron la noche.

A la mañana levaron el áncora y pretendieron tomar tierra. Los del navío los estaban observando, deseosos de que volviese el bote con noticia de dónde estaban y qué tierra era la que veian, pues ya habian descubierto algunos cafres, sin distinguir qué reino ó qué clima, y cuando veian que el bote se acercaba á la tierra, lloraron al susto de observar que una peña oculta con el agua habia volcado el bote, ocultando todos los pasajeros.

El maestre del navío que vió el naufragio, mandó tocar el pito en señal de clamor, y todos de comunidad rezaron por los muertos, y al punto se juntaron en consejo para deliberar sobre nuevos exploradores, si bien la resolucion que dirigió Dios fué de acudir al rio con toda la nao si se podia, porque hacia ya tanta agua que no daba tiempo á nuevas experiencias; antes bien cedieron á la necesidad, y ausente el P. Lobo, tomaron el consejo en que habia instado repetidas veces de aligerar el navío por la proa, por donde el agua entraba, y la quiebra principal estaba casi á nivel con el agua, con que aligerando por allí el peso, y dejando con toda su pesadumbre la popa, vendria el navío á estar mal tendido, pero ménos ahogado en lo interior, y el efecto de la bomba seria más sensible.

Empezaron á caminar, y entre tanto los naufragantes del batel salieron todos á tierra, parte del agua á nado, y la mayor distancia andando, por ser ya donde volvió el batel tan cerca de tierra que no habia más que una vara de agua, y en la orilla, besada la tierra que no conocian, secaron al sol los vestidos y se enjugaron los cuerpos, y luego vieron venir hacia el puesto algunos cafres.

Observáronlos, y el P. Jerónimo Lobo, Superior allí de todos por convenio, mandó que imitasen lo que hacian los cafres, porque estando en su mano y poderío, era preciso ganarlos por halago y cortesía. Venian los cafres con el vestido á su moda, que era un cinto de cuero de vaca, con que ceñian la cintura, y de él pendia otro más ancho para la decencia. Sobre los hombros caia una capa, tambien de cuero de vaca, pero ellos la tenian sobada de suerte que estaba tratable al gobierno.

Venian todos con algazara y risa, haciendo gestos y meneos, como que bailaban al son de las palmadas que se daban con las manos, y cada cuatro pasos se paraban en cuclillas, y miraban con risa y gestos á los huéspedes. Estos, bien informados de aquella ceremonia, se hicieron monos de aquellos cafres, y empezaron tambien á recibirlos con los mismos meneos, parando de cuándo en cuándo, poniéndose en cuclillas, gritando como ellos, cada uno en su lengua, y todos en una confusa algarabía, que se aumentó cuando se acercaron, porque no podian explicarse más que por señas.

Conociendo que aquellos cafres venian de paz, el primer cuidado fué acudir al hambre que fatigaba, y á uno de los nuestros se le ocurrió cacarear como gallina, y á este señuelo otro, levantando los dedos sobre la cabeza, bufaba como toro, otro daba balidos como oveja, y á esto respondian ellos con señas, que hacia allí habia lo que pedian; y se confirmaron, pues los cafres respondian con distincion al cacareo de la gallina, y señalaban á una parte, y luego el balido de las ovejas, y señalaban á otra, y así conocieron que se habian entendido.

El P. Lobo les hizo señas que pagaria el importe, y para seguridad enseñó una llave, como en muestra de que tenia guardado precio para las compras. Fué maravilla el espanto que hicieron de aquel instrumento; mirábanle, besábanle y á su modo preguntaban la materia y el artificio: esto sirvió de total remedio, pues se conoció que aquella bárbara gente no habia visto hierro; y notando el Padre que aun los hombres traian collares y arracadas de pedazos de cobre no labrados, y que los enseñaban como milagros, se le ofreció que seria gran moneda el hierro viejo para comprar de comer.

Y fué así, pues en la tierra no hallaban por entónces fruto alguno y no se atrevian á alejarse por no conocer bastantemente á los cafres, á los cuales

entre tanta algazara habian observado que no desamparaban sus armas, que eran dos dardos cada uno.

Con esta confusion, entre esperanza y temor, aguardaron todo el dia sin comer ni beber, entretenidos en ver peligrar la nao, ya con una ola que la arrojaba á alta mar, ya con otra que la acercaba á la orilla, jugando con ella el agua y jugando las vidas de los naufragantes, sin más remedio que sus voces y sin más esperanza que sus lágrimas para ablandar los cielos. Así fué, pues una furiosa onda, que sumergió al principio la nao, la levantó despues tan alta, que á la precipitada caida dió con ella en el rio, con la fortuna de encallar en un banco de arena.

Al punto los de tierra se dividieron, y la mitad quedó con el P. Lobo aguardando la compra de los mantenimientos prometidos por señas y esperados por deseo; la otra mitad fue á la más próxima ribera á dar noticia á la nao de que no parecian muy enemigos ni muy fieros los naturales, y á pedir algun socorro de comida.

En el bote salió poca gente á tomar estas noticias, y les trajeron de regalo y por refresco un poco de mijo, tan poco, que repartido por el P. Lobo se daba como reliquia, y á ninguno cupo un puñado entero: corto alimento para saciar el hambre y la necesidad de cuarenta y ocho horas en que no habian comido.

Los que quedaron con el Padre se habian ingeniado en buscar agua en las cercanías, y hallaron remedio en un pocillo que abrieron con las manos en un un corto arenal, donde á poca altura descubrieron agua dulce: éste ya era un grande alivio; así lo fuera sino se hubiese convertido muy luego en salobre; pero el ingenio, que descubre y aviva la necesidad, hizo pensar que el agua, que era de suyo dulce, descubierta al aire, llamaba á la del mar en los pocillos; y así el remedio fué fácil, pues al punto abrieron en otras partes, y en todas hallaron siempre agua dulce para socorrer su necesidad, si bien en todos sucedia lo mismo, que al aire se ponia salobre; pero el trabajo suplió el daño, hasta que ya más dueños de la tierra, encontraron varias fuentes dulces, claras y abundantes de ricas aguas, con que allí estaban ya con bastante seguridad, y allí mismo compusieron el segundo bote y formaron dos malas jangayas para salir en ellas.

En este tiempo volvieron los cafres con alguna provision de ocho vacas, algunas gallinas y tal cual cuerno de leche cuajada. Esta feria fué muy célebre; así hubiera sido más copiosa. Llegaron los cafres, y á corta distancia alargaron los dardos, dejándolos sobre la arena, y desarmados se acercaron adonde estaban los portugueses puestos en ala, y el Padre, como en tribunal, puesto en alto.

Llegó primero un cafre con una vaca, y por señas pidió precio; ofrecióle el Padre un clavo viejo haciendo el ademan que era bueno para arracada; miróle el cafre, y no sólo quedó satisfecho, sino que mostró grande alegría: llegó otro con cuatro vacas, y como eran más en número, le dió el Padre una llavecilla, y éste fué tan pagado, que concilió contra sí la envidia de todos.

Así prosiguió la feria de lo que traian, quedando ambas partes muy contentas, y juzgando cada uno que habia engañado al otro; sólo quedaron cuidadosos todos con distinto motivo, pues los portugueses estaban poco satisfechos de lo corto de la provision, y los cafres no quedaron gustosos, pues advirtió su recelo que habiendo ellos fiádose enteramente y arrojado los dardos, los portugueses no habian correspondido á la confianza, desamparando las armas, recibiéndolos armados y prevenidos.

Esta casualidad ó inadvertencia pudo ocasionar gran daño, sino hubiera prevenido la codicia de los hierros viejos á toda la maquinacion de los cafres, los que, si bien se tardaron en venir, al fin su deseo de clavos viejos y llaves ociosas los trajo segunda vez con más provision.

En el ínterin se comia con gran parsimonia, pues la gente era mucha, el mantenimiento poco, la esperanza dudosa y la providencia imposible. El capitan de la nao era hombre de tan poco talento, que ni supo prevenir los lances, ni en el aprieto dar vado á las cosas; y sino hubiera estado allí el P. Lobo, segun toda la relacion de este naufragio, debemos creer que de doscientas y cincuenta personas que salieron del navío, pocas pudieran haberse salvado; pero el Padre, por convenio universal, tomó á su cargo el de todo.

Mandó que lo primero saliese la gente y luego que desembarazasen la bodega: en lo primero fué obedecido, pero en lo segundo tuvo su resistencia la codicia, aun batallando con la necesidad, pues algunos en tan apretado lance más cuidaban de las mercaderías y su ganancia que de su mantenimiento.

Riñó el Padre y mandó que ántes de todo se evacuase la bodega, pero por más afan con que se hizo, no pudo conseguir que libertasen del ahogo más que la tercera parte de lo que habia, que podia durar para dos años, y no sacaron al rancho más que una tercera parte, y esto donde faltaba todo el sustento y se debia mirar como preciso conservar bizcocho, carne y pescado salado que faltaba para la embarcacion.

Entre tanto tuvo el Padre la providencia de que este almacen fuese comun, y él mismo por su mano distribuyó la comida, y estos primeros dias con gran miseria, aunque muchos trabajaban á honor de su codicia, sacando

de la nao muchos fardos, pipotes y cofres con la esperanza vana de alguna posibilidad de que se aprovechasen.

A este empeño hubo de ceder el Padre, porque como su obediencia era voluntaria, no podia obligar á mucho el precepto y creyó tener tiempo para sacar toda la provision, pues la nao habia encallado con ímpetu; ya no recibia agua, que la bomba habia sacado la que habia, y el navío estaba como en tierra y las mercaderías y bastimentos seguros.

Con esta imaginacion todo el cuidado fué buscar medio de subsistir, y como tardasen los cafres á la segunda feria que tenian ofrecida, determinó el P. Lobo tomar el bote y caminar rio arriba á descubrir tierra, buscar gente y examinar el terreno. Fué dichosa esta corta embarcacion; iban en el bote cuatro soldados armados y algunos remeros para el trabajo; todo el cuidado era huir ó evitar el riesgo de los caballos marinos, porque el rio abunda mucho de este pez. á quien podemos llamar pirata, porque se arroja violentamente á las embarcaciones, y para su fuerza era leve pelota el bote.

A estos no los encontraron ó no los vieron, divertidos con la amenidad del país. Todas las riberas del rio y las márgenes adonde alcanzaba la vista, eran ó hermosísimos frondosos bosques que conservaban verdor aun en invierno, ó abundantes valles en que pastaban copiosa yerba multitud de ganados.

Quisieron tomar tierra, pero los cafres que pastoreaban, al acercarse el batelillo á la orilla, arreaban el ganado, huyendo con tanta prisa, que no los podian dar alcance, y como ignoraban el sitio, lengua y quebradas, era supérfluo empeñarse en un lance cuya ganancia, sobre dudosa, era corta y no se conseguia el principal fin de reconocer el terreno y hacer amistad, que era lo que entónces más importaba; y si entraban tierra adentro, podian recelar emboscadas de cafres, por lo que caminaban en el batel embebecidos con la novedad y hermosura del país, hasta que notaron que sin el recelo que otros, se acercaban al batel dos cafres, de los cuales el uno, muy contento, llamaba diciendo: *Niña Christiandade, niña Christiandade.*

El gozo de este encuentro fué igual á la novedad de oir lengua portuguesa entre aquella barbaridad. Saltaron en tierra, saludáronse, ya parte á su usanza, y ya segun las silvestres ceremonias que veian ejecutar, y en poco tiempo supieron que aquellos dos con quien hablaban, uno de ellos era el rey de aquel territorio, y otro portugués de nacion, que en el naufragio del navío *San Alberto*, que pereció en el mismo rio cuarenta años antes, se habia salvado.

Este vivia entre los cafres ya de más de sesenta años, bien hallado en aquella simple vida y con ménos pobreza que otros, porque, criado más cul-

TECA DE CASTILLA

tivado, se habia sabido aprovechar de su crianza para lograr el mayor cultivo del campo y con él comer ménos mal y lograr tal cual fortuna entre aquella gente que no gozaba ninguna.

Con este hicieron amistad muy en breve, porque él habia obligado al compañero que traia consigo, que como se dijo era el rey, á que viniese á ver á los huéspedes. Con esta casualidad se encontró con cuanto se necesitaba, y el Padre los convidó á ambos á comer, y el rey lo aceptó con gran gusto, porque segun se vió, aquella majestad tenia más necesidad de comer que de reinar.

Volvieron á pié todos, y á este comedimiento siguieron algunos vasallos, y en el camino se informó el padre de Antonio (que así se llamaba el portugués) de la tierra que pisaba y del modo de subsistir; díjole que aquella tierra era la que llaman de Natál, en el Cabo de Buena Esperanza, por el lado ó costa que mira al Oriente; que aquellos cafres no son tiranos ni furiosos, gente simple, y que sin tintura de religion, ni resabios de vicios singulares, fueran muy á propósito para convertirlos y permaner cristianos; la tierra fertilísima no sólo en lo silvestre de yerba para el ganado, sino tambien en las semillas con que se la fecunda; que en su tiempo habia visto naufragar en aquellas costas cinco navíos portugueses, y que de uno en que habia habido fortuna de salvar alguna gente y algun grano, les habia quedado el método de sembrar y recoger mijo, calabazas y otras verduras, de que salian algunas excelentes.

Rogóle el Padre los asistiese con carnes, y si podia con mijo. El mijo le dudó por no haberle en cantidad, pero las carnes las aseguró; y á la verdad, este desgraciado dió la vida á toda aquella miserable turba, porque persuadió á los cafres que los portugueses eran sus paisanos, que era gente tratable y muy mansa, y que si les acudian con carnes y frutos de la tierra, les pagarian con mucho hierro, que para ellos era oro, y este sirvió de corredor ó comprador siempre que hubo necesidad, hasta que la impertinencia de los portugueses y mal trato que le dieron, le ahuyentó de su comunicacion y se entró tierra adentro sin querer volver al rancho, perdiendo la ocasion de volver á su patria, y lo más sensible, perdiendo su alma y quedándose en aquel desamparo sin sacramentos y en vida de gentil ó cafre.

Por ahora salió el Padre del empeño del convite con el rey lo mejor que pudo, y para aquella majestad y su magnificencia real hizo que les sirviesen dos cazuelas de arroz cocido en agua, y para el rey y para él una palancana de conserva de cidra que habian sacado del navío y un poco de bizcocho.

Fué solemnísimo este convite y rara su ceremonia. El régulo comia con

todos, sin distincion de asientos, y sólo con la urbanidad de entrar primero la mano en el plato ó cazuela. El arroz se comia con las palmas de las manos, hasta que, reparando un cafre que no cogia caldo y que otros empuñaban más cantidad, discurrió quitarse una abarca, que es su ordinario calzado; y de ella hizo cuchara, lo que visto por los demás, aun el mismo rey se descalzó con prisa, y con su abarca comia el arroz y el caldo, explicando el gusto del manjar con acciones y alegría, y aplaudiendo allá en su lengua con los suyos lo que comian los extranjeros.

Más raro aún fué el modo de comer la conserva de cidra, porque los cachos se acabaron presto, tomándolos con todos los cinco dedos; pero luego en comer el almíbar tardaron mucho tiempo, porque el rey sólo entraba la mano y la extendia sobre el almíbar; luego con tiento media su mano con Antonio, pegando en la segunda algo de almíbar; este segundo hacia la misma diligencia con el tercero, y así andaba la rueda de todos, y cada uno en comunicando parte del almíbar á su compañero, se lamia la mano, saboreándose con el dulce.

De esta manera tardaron más de lo que el P. Lobo quisiera, porque le era preciso hacer corte al régulo y á los huéspedes, y deseaba al mismo tiempo despedirlos, á fin de que trajesen carne fresca, así para algun alivio á aquella pobre gente rendida, como para conservar el bizcocho y carne salada.

Al fin acabaron de relamerse, y el Padre llamó aparte á Antonio é hizo delante de él pedazos una cuchara de cobre de una pieza, y le encargó mucho que con misterio repartiese aquellos pedazos y tambien algunos clavos, dándole para el rey una llave de hierro de un arcon que ya no tenia qué guardar. Mostróse este agradecidísimo y ofreció por medio de Antonio que vendrian sus vasallos á vender vitualla.

Así sucedió, y el siguiente dia volvió Antonio con varios cafres que trocaron cantidad de vacas, carneros y gallinas por pedazos de hierro viejo, y los naufragantes, algo libres de miedo, discurrieron por la tierra y encontraron varias fuentes de agua delgada, limpia y dulce; hallaron tambien muchas palmas, cuyos palmitos estaban entónces muy tiernos, y aunque insulsos, brindaban al apetito con ser frescos.

Planteado ya el rancho, fué la primer consulta el modo de proseguir el viaje. Los más de la multitud querian salir por tierra al Cabo de Buena Esperanza á buscar poblacion de cristianos. A este dictámen de los más hubo de resistir y convencerlos el P. Lobo por la noticia de otro navío que habia naufragado en la misma tierra, y habiendo intentado salir á poblacion de cristianos, de más de 100 personas sólo unas 20 llegaron á lograr su esperanza.

Comunicóse la idea con Antonio, y ni él sabia camino ni poblacion; sólo puso delante montes de dificultades, porque dijo: «En saliendo de la cordillera de levante, en la de poniente de aquel istmo ó lengua de tierra los cafres son carniceros, fieros enemigos de los forasteros, y sobre todo, en una y otra parte cada poblacion tiene su régulo, con que en cada una habia que vencer las mismas dificultades que ahora; de cierto el viaje seria dilatadísimo en el tiempo y en la distancia, y el modo de subsistir dificultosísimo y casi imposible.» El peso de estas razones les obligó á mudar idea y disponer embarcaciones; esto tambien era dificultoso. Entre todos los caminantes sólo habia un carpintero viejo y un medio herrero de poca habilidad, pero el Padre suplió la falta de todo, é ingenioso y trabajador, dividió oficios.

Una cuadrilla aplicó en un bosque muy vecino á cortar árboles; otra con hachas los mondaba, otros se aplicaron á la sierra, otros conducian los tablones al arsenal; aquí se formó una hornilla á manera de fragua para el hierro, aunque este fué la mayor parte el que se sacó del navío en cuyo desmonte ó en cuya destruccion se aplicó una cantidad de hombres, logrando la tablazon y clavazon que pudieron.

Es verdad que en esta misma obra hubo no pequeño embarazo, porque una noche algo oscura y tempestuosa, se iluminó de repente con la quema del navío; el socorro por la tempestad era dificil; la falta que hacia la madera y hierro grandísima; el ahogo cortaba las fuerzas, hasta que por la mañana sosegado algo el mar, se remedió lo que se pudo.

Fué la opinion comun que los mercaderes, para responder á sus acreedores, habian encendido el fuego; el autor no se supo, ni en aquella confusion era debido fulminar causa criminal que podia inquietar mucho los ánimos, ocasionar desavenencias, y era de poco provecho para el ejemplo y para el escarmiento, no habiendo esperanza ni temor de que hubiese otro navío á quien defender.

Mas cuidó el P. Lobo de que se apagase el fuego, y quemadas las obras muertas, se conservase lo demás del vaso, de que al punto se sacó lo que se pudo de bastimentos, hierro y madera; y repetia despues que habia aprovechado más con la quema que hubiera logrado sin ella, porque este accidente obligó al trabajo que ninguno queria tomar.

Al fin, gastando ocho meses, consiguieron formar dos tales cuales *pataches,* vasos de poco arte; dos como artesas que figuraban navíos, que en realidad eran artesas, pero la extrema necesidad las hizo navíos, que nosotros con la historia llamaremos *pataches.*

Sólo restaba embrearlos, porque hacian mucha agua, y aquí el ingenio los enriqueció de aromas y los calafateó de olores.

Habíase logrado del navío deshecho una pipa de brea; con esta no habia material para una octava parte de un costado de uno de los pataches; faltaba tambien cazumbre, y para suplir estas faltas acudieron al Padre; meditó las cosas, examinó los fardos y pipas que habia en la ribera, hizo como que estudiaba y meditaba el punto.

Todas estas ceremonias previnieron á la codicia, porque temió mucho á los mercaderes; y cuando la confusion ocupaba los corazones y la esperanza de ver armados los pataches no reparaba en intereses, viendo con su prevencion bien dispuestos los ánimos, una mañana despues de dicha Misa en una ermita, que fué la primer obra que dispuso, salió metiendo bulla, convocándolos á todos, dando parabienes de que ya habia discurrido embrear los pataches, y que ya era tiempo de hacer viaje.

Alegráronse todos, conmoviéronse á la novedad y á la curiosidad; todos querian trabajar, todos suplicaban que los emplease en algo, y cuando los vió tan afanados los dió que hacer, despedazando fardos de riquísimos algodones que venian de Oriente para galas y ostentacion, y ahora sirvieron de cazumbre; y mandando encender hogueras, en ellas hizo derretir gran porcion que habia de incienso fino de Arabia y riquísimo benjuy, de que se compuso una brea tan segura como rica, y probado un patache se reconoció que podia navegar.

Aquí salió de sí el gozo, las enhorabuenas, besar unos los piés al P. Lobo, otros levantarle en el aire, otros aclamarle por su redentor, y el Padre respondia á todos entonando el *Te-Deum laudamus*.

A la verdad, por expresiva que fuese la demostracion, toda era debida al Padre sin cuya presencia hubieran en lo natural perecido todos, pues entre otras desgracias de esta nao, fué la mayor tocarla por gobernador ó capitan un sujeto de tan corto talento, que en los aprietos ignoraba la providencia, y si alguna órden salia de su propio dictámen, más era dislate que disposicion.

En tierra tan ajena, en peligro tan claro de faltar la subsistencia se lloró mayor riesgo; pues, habiendo faltado dos platos de estaño, envió gente armada á su recobro, y ellos poco reparadores, sin reflexion á inconvenientes, recobraron los platos á costa de la vida de un régulo que los tenia; accidente que pudo destruir todo lo padecido y que pudo acabar con todos los portugueses, y mucho más cuando ya les faltaba lengua y mediador, pues Antonio el portugués se habia retirado por no poder sufrir el mal trato que le daban los portugueses, y, sobre todos, el capitan.

Por esta razon el Padre dirigia y su respeto servia de autoridad para mandar, y aquí, temiendo alguna nube ó inundacion de dardos si los cafres venian á vengar la muerte de su régulo, mandó que al punto se embarcase la

provision que habia conservado de bizcocho, arroz y pescado salado, y despues la gente que en los pataches se dieron á la vela, logrando tiempo, porque los cafres ya habian intentado acometer el dia antecedente, y embarcados los nuestros de noche, vieron por la mañana inmensa multitud que venia empeñada en desalojarlos como malos vecinos y traidores al pacífico hospedaje con que les habian servido.

El dia 17 de enero del año de 1635 se dieron á la vela despues de ocho meses de vida silvestre y embarazada en las tierras de Natál. Al principio cobró mucho brío la esperanza, porque los pataches iban viento en popa, y aquellos informes vasos hacian su oficio como galeones en quien hubiera esmerado sus primores el arte.

Pero, como tenia por costumbre la fortuna perseguir al P. Lobo, no olvidó en esta ocasion sus mañas, y se levantó una tan furiosa tempestad no léjos de las tierras de Saldaña, que el Padre en sus relaciones dice que vió en realidad lo que pinta por exageracion la fantasía de los poetas; el agua se elevaba en ondas que sepultaban ó levantaban el vaso; el aire, sobre furioso, soplaba de cuatro partes; la tierra unas veces parecia tocarse con la mano, y otras se perdia de vista, el piloto no tenia fuerzas para mantener el timon, y la gente llegó á estado de no poder acudir al trabajo, porque esta confusion duró dos dias, y como nadie pudo comer de miedo y de susto, no habia fuerza en los cuerpos para sufrir el afan.

Es verdad que en esta ocasion se acudió á Dios de veras, y en su patache enarboló en la popa el P. Lobo un santo Cristo, y con él en las manos hizo un acto de contricion, ordenando á todos que los que pidiesen confesion y quisiesen ser absueltos, levantasen la mano. Fué este acto tan tierno que no es mucho penetrase los cielos, pues todos á una no sólo clamaron, sino que á gritos se pedian perdon unos á otros y confesaban en público sus mayores delitos.

Sosególes el Padre, y absueltos, los afervorizó á que hiciesen voto, si llegaban á tierra de cristianos, de salir en procesion de disciplina desde el puerto á la primer iglesia á dar á Dios las debidas gracias, y que se venderia el patache para consagrar su precio á nuestra Señora de la Natividad, debajo de cuyo nombre sagrado bogaba el vaso.

Hicieron el voto y añadieron otro á S. Francisco Javier, ofreciendo cada uno dos reales de á ocho para formar una lámpara que, ardiendo ante algun altar suyo, fuese su luz monumento de su poderosa intercesion.

Estas lágrimas y afectuosos suspiros aplacaron el cielo y se serenó la tormenta; pero acudiendo el piloto á la carta se halló 900 leguas distante de Angola, adonde habia ideado el derrotero. Esta noticia causó mucho ahogo,

siendo imposible tomar tierra para hacer aguada de que ya se necesitaba, por estar Saldaña en poder de holandeses, enemigos entónces del rey Católico, por cuyo miedo no se atrevian á llegar á la costa, creyendo que no seria tan extrema la necesidad como luego se experimentó, pues caminando la nao hallaron el bizcocho y el agua corrompida sin poder acudir en alta mar al socorro de la necesidad.

Llegó el hambre á término de no tener qué comer más que un poco de arroz, ó crudo ó tostado; y si alguno le queria cocido, habia de comprar el guiso á costa de no beber, porque nadie lograba más que una cortísima racion de agua.

Esta falta de mantenimiento y esta sobra de fatigas, tenia á la gente toda falta de fuerzas y aun de ánimo, con que á los cuarenta dias, poco más ó ménos, de tan apeligrada y penosa embarcacion, descuidándose dos dias el piloto en tomar las alturas del sol y norte, se hallaron con viento fresco, que les llevaba al Brasil, habiendo pasado mucho más adelante de Angola.

Al punto se juntó consejo para tomarle, cuando ninguno le podia dar; seguir el rumbo era temeridad, pues ni la despensa ni el agua daban treguas á su remedio; proseguir era perecer de hambre y sed; volver la proa, era imposible por las corrientes que habia en aquel sitio y por el aire fresco que tan continuo es de levante; el menor daño era caminar á una cuarta del viento á buscar tierra, y este dictámen parecia preciso, sino se encallara en el miedo de no saber qué tierra, qué habitadores, qué bancos, qué escollos se podian encontrar en un mar no surcado, y con la proa á una tierra tan desconocida, que aun el haberla en el mundo se dudaba.

Estas dudas las resolvió el cielo, mudándose el aire de proa, y tan vivo, que volviendo el patache venció las corrientes, y en pocos dias aportaron á Loanda, puerto de Angola, un sábado 16 de marzo de 1635, despues de cuarenta y ocho dias de inquietud.

Salió el Padre á tierra y acudió al colegio que entónces tenia la Compañía en Angola; consiguió con facilidad un socorro para aquellos desdichados naufragantes, y ya reparados, los acordó la obligacion de sus votos, que ejemplarmente cumplieron, saliendo de la embarcacion al puerto, y en él caminando procesionalmente desnudas las espaldas, y recibiendo en ella los azotes que habian ofrecido, y celebrando su feliz arribo con lágrimas de dolor y gozo.

En el puerto se vendió el patache en 340.000 reis, que en el Brasil se emplearon en azúcar, cuyo usufructo se dedicó en Lisboa á la capilla de nuestra Señora de la Natividad, cuyo era.

Pocos dias descansó el P. Lobo en Angola, pues parece que Dios le ha-

bia criado para trabajos, y no le concedia tiempo para el sosiego. Halló en el puerto un navío aprestado ya para las Indias occidentales con cargazon de negros, y se juzgó la mejor ocasion para pasar á España, haciendo escala en Cartagena de Indias.

El viaje era dilatado, pero desde Angola era acomodado por el tiempo, que si se aguardara navío que fuese via recta, con dificultad se hallaria ocasion sino á costa de años.

El navío se daba á la vela, y así el Padre se embarcó y surgió á 26 de abril. Llevaba el navío 350 negros, un caballero portugues, gobernador en Loanda, y al P. Lobo. La navegacion no fué difícil, porque la desgracia estaba preparada para el fin, que fué víspera de S. Juan, á la vista de la isla que llaman de Zamba, tierra inculta é isla desamparada por no tener fuerzas para sufrir su calor los que la podian habitar.

A las cuatro de la tarde descubrieron un navío, sin alcanzar á distinguir la bandera; dudaron de su rumbo, y fué la resolucion seguir el propio, así por el favor del aire, como porque ignoraban si era amigo ó enemigo. La mañana siguiente se hallaron en sotavento del navío, que habia estado ancorado, y luego que se vió tan cercano con el barlovento de ventaja levó el fierro, y largó bandera holandesa.

Aquí se hallaron perdidos y sin remedio; el desembarcar en Zamba era posible, pero nada se salvaba, porque el enemigo podia sospechar mucho de una fuga, cuyo efecto sólo podia ser la ocultacion de bienes, que supuesto ó sospechado de él, les mortificaria, cuando ellos podian sinceramente manifestar su cargazon, nada apetecida entónces de los holandeses, y dar el navío que era lo que deseaban; y así fué, con sólo lo corta prevencion de arrojar al mar los vestidos del capitan y algun otro, y quedar estos como unos de muchos, y con la excusa de ser navío del rey sólo para la conducion de negros, esperaron á que llegase el cosario, que luego que se vió á tiro, disparó pieza, que es la voz con que se manda en el mar que se rindan.

A este punto, ya prevenidos, batieron el pabellon y el cosario siguió su lance; abordando y enseñoreándose del navío, le dió á saco, y mandó que arrimasen á alguna ribera de la isla, donde arrojó toda la gente sin permitirles sacar ni un barril de bizcocho. Al punto bojearon la isla, y hallaron un cabo que estaba muy cerca de tierra firme, pero no tanto que se pudiese vencer á nado.

Con esto, volviendo algunos á la nao rogaron al cosario que, ya que les quitaba toda la subsistencia, no fuese verdugo cruel que los entregase á la hambre y á la sed y que á lo ménos los concediese un bote de los del navío apresado, para solicitar alguna limosna.

Vino en ello el holandés, y en el bote salieron de la isla cuatro á tomar lengua de la tierra que descubrian. Entre tanto el P. Lobo, maestro ya por la experiencia en estos lances, hizo que se aplicasen á la orilla á pescar algun marisco, para dar de cenar á aquella gente. Algo, aunque muy poco, se logró, y, á la verdad, más fué engaño que realidad, y la cena más tenia de apariencia que de sustancia. Un camaron, que es del tamaño de un puño, fué plato de que comieron cinco.

Quiso Dios que el siguiente dia volvieron los del bote con la alegre noticia de ser la tierra vecina de cristianos, cercana á Cartagena, y que les aguardaban con refresco: esta gran noticia se celebró como posesion de la esperanza, y esta sustentó á la muchedumbre todo el dia que se tardó en pasar la gente á tierra firme. Desde aquí fue el P. Jerónimo Lobo á Cartagena, en donde se reparó algo de las faenas continuas de su penosísimo viaje.

Pero al P. Lobo aun las fortunas eran trabajo; tuvo la dicha de tener prontos los galeones para su embarco, y esta era penalidad por no permitirle descanso. Al mes y medio de haber llegado á Cartagena se embarcó á mediados de setiembre en un navío de la Plata y bogó hasta la Habana; de allí, despues de refrescado el agua y reforzada la bodega, salieron todos los navíos para España en octubre.

Pasado el canal, les sobrevino temporal tan recio que el Padre dice en sus relaciones que parecia estar aún en el cabo de Buena Esperanza; y cuál fuese el viento y la tormenta bien lo explica el saber que, siendo todos los navíos que venian juntos cuarenta, serenado el mar, sólo siete pudieron venir en conserva, dividiendo el aire los demás tan del todo, que cada uno siguió su particular rumbo; pero siguieron el viaje los siete, y entre ellos aquel en que venia el Padre, y en dia de Todos los Santos se halló tan cerca de la barra de Lisboa, que si hubiera habido algun barco hubiera tomado puerto.

Pero dia de tanta fiesta estaba el mar enteramente limpio, y le fué preciso seguir á Cádiz, donde arribó á siete de noviembre, más de año y medio desde que habia salido de Goa, y más de año y medio de continuo susto, fatiga, hambre, sed y rendimiento.

Ya en Cádiz, no era tiempo de buscar descanso y éste se hallaba mejor en procurar el fin de tan penoso y dilatado viaje y solicitar el bien de la mision de Etiopia ó su restauracion, único motivo de tanto afan.

Salió al punto de Cádiz por tierra: entró en Lisboa, donde á poco tiempo conoció que no podia negociar en una corte que se gobernaba por virrey y cuyas disposiciones pendian del soberano. Acudió á Madrid, donde con cor-

to fruto empleó mucho celo; pasó á Roma con el fin de interesar al Sumo Pontífice en negocio tan de la gloria de Dios, y aquí fué donde el comun enemigo se hizo político para destruir el expediente, é infundió aquella especie de que los abisinos no odiaban á los romanos sino á los portugueses, y que enviando misioneros italianos, se compondria todo con facilidad, ó á lo ménos se tentaba una grande especie.

Ahora fué cuando enviaron á aquellos Rdos. PP. Capuchinos, á que lograsen la palma del martirio, sin más fruto en la cadente mision. Volvió de Roma con recomendaciones del Papa para con el rey Católico; insistió mucho en Madrid por el socorro; habia ya cartas del virrey de la India, en que con el conocimiento del terreno valoraba las razones del P. Jerónimo Lobo; pero sucedió en negocio tan grave lo que vulgarmente se suele decir, que á una carta se responde con otra carta; pues todo el fruto de un viaje de cerca de dos años fué una recomendacion al virrey para que se buscase medio de enviar socorro.

El virrey representaba la necesidad de socorro y pedia medios, y en la corte se mandaba y se respondia como medio el socorro. Bien conoció el P. Lobo lo insubsistente de este remedio; pero no pudiendo conseguir más, se conformó con lo posible, y quiso fingir su deseo que en Goa podia bastar la aprobacion de la corte para poner el socorro y las asistencias á cuenta del rey, aunque se hiciese falta ménos grave á otras partes.

Y así, determinó volver á Goa, como si en los viajes de mar hubiera experimentado gran fortuna. Pasó á Lisboa y se embarcó para Goa en 26 de marzo de 1640, en compañía de D. Juan de Silva Tello, conde de Aveyras, que iba por virrey de la India, á quien ya habia entregado la recomendacion de su Majestad, y de suyo estaba bien aficionado á la empresa; pero en la India, tocó con la dificultad de los medios y llegó el negocio á estado de ser preciso declararle por desahuciado.

A esta pesadumbre se juntó á la humildad del P. Lobo otra de mandarle nuestro P. General ejerciese el oficio de Provincial de la India, cargo que sintió en el alma, explicando su sentimiento con las voces de que Dios le habia dado fortaleza en los trabajos, porque obedecia; pero que no sabria sufrir las dificultades de mandar quien habia nacido para servir.

La obediencia le obligó, y por fuerza y superior imperio tomó el cargo con aquella razon con que le convencieron, arguyéndole que, pues deseaba obedecer, obedeciese en lo que tanta repugnancia tenia. Calló á esto, y tomó el oficio que ejercitó con gran prudencia, caridad y ejemplo, sirviendo á todos más que mandándolos, dirigiendo en la virtud y acalorando el celo de sus súbditos.

Tuvo un provincialato muy pacífico, y promovió por largas tierras las misiones. Del oficio de Provincial se apeó el año de 1647 en el de Prepósito de la Casa Profesa: este segundo gobierno fué tan pacífico dentro de casa como el provincialato; pero fuera tuvo gran desgracia, que siendo inculpable, le favoreció Dios con concederle en premio la mayor dicha.

Habia ya acabado su virreinato D. Juan de Silva Tello, y sucedióle en el cargo D. Felipe Mascareñas, enemigo declarado de la Compañía y poco afecto á ninguna Religion. Tomóse el absoluto dominio de castigar religiosos, como si tuviera jurisdiccion eclesiástica. Hubo vez que la cárcel pública guardó con grillos 18 religiosos.

A éste, aunque nos queria tan mal, no le dieron los nuestros ocasion de que ejecutase violencia contra algun jesuita; pero al P. Lobo le sucedió una inculpable contingencia, por la cual padeció injustamente, y S. Francisco Javier, con milagro claro, le dió la libertad.

Sucedió, pues, que los procedimientos del virrey llegaron á irritar tanto á la plebe, que desahogando inconsideradamente su rabia, una noche ahorcó en la plaza la estátua del virrey, formada tan al vivo, que todos conocieron el retrato, y aún no contentándose con la apariencia, clavaron en un palo de la horca un letrero que equivalia al pregon, en que decian quién era el ahorcado y las causas de la justicia.

Sintió como era razon el virrey el atrevido descomedimiento y le abochornó la soberbia; hizo cuantas diligencias pudo para averiguar los autores de aquella infamia, y uno de menos corazon, temiendo ser descubierto, se refugio en la Casa Profesa. Tuvo al punto noticia el virrey, y la tuvo antes que el P. Lobo, que era Prepósito, porque á la sazon estaba confesando en el recogimiento, que en Goa llaman *de la sierra,* y es de mujeres virtuosas, que sin formalidad de convento viven en beaterio con todas circunstancias y observancia de religiosas.

Salió el Padre de su confesonario, y en medio de la calle, con publicidad de malhechor, le aprendió el oidor general del crímen, y en tumultuosa compañía de alguaciles y otros ministros le llevaron al convento de S. Francisco, adonde le encerraron, cuidando mucho de las llaves y publicando por la ciudad que los jesuitas no sólo eran cómplices en la infamia de ahorcar la estátua, sino promovedores de un tumulto que se fraguaba para la noche siguiente, en el cual, despues de dar muerte al virrey, se disponia entregar al rey Católico á Goa y todo el Oriente. Este cargo se hizo tan público, que el virrey en su audiencia públicamente dijo que no tendria dia quieto, hasta que consiguiese que le diesen todos los jesuitas en sus manos, á fin de colgar de cada cuello una gran piedra con que los arrojase al mar.

En esta tan deshecha tempestad vivia gimiendo la inocencia de los jesuitas, cuando volvió por ella el cielo. Era el virrey D. Felipe Mascareñas, á su modo, muy devoto de S. Francisco Javier, y aquella noche, rendido al sueño, se le apareció el Santo muy glorioso; pero al mismo tiempo que con su tierna devocion le quiso ver, el Santo le volvió la espalda: «¿Qué esto, dijo él dormido? ¿Cómo Santo mio,? vea yo ese santo rostro.» «Vuélvete tu á mí, respondió S. Javier, que no es razon vuelva yo mi rostro á quien me vuelve tan de recio como tu la espalda, maltratando injustamente á los mios.»

A esta voz despertó atónito el virrey y tan trocado, que al punto que rayó el dia mandó que diesen libertad al P. Lobo, á quien pidió perdon de lo ejecutado con su persona y con los jesuitas, y luego mandó tambien se volviesen algunos efectillos que habian embargado, aun sin seguridad de ser propios, y nos favoreció tanto como nos habia perseguido, publicando habia hecho voto de entrar en la Compañía luego que llegase á Lisboa.

El principal fruto de esta aparicion fué la mudanza de vida del virrey, que confesado generalmente é instruido en dictámenes cristianos, tuvo el restante gobierno pacífico, prudente y aplaudido, hasta que, acabado su tiempo, al volver á Lisboa, en Angola, le llamó Dios, no dándole tiempo á que cumpliese su voto más que en morir en nuestro colegio, adonde se refugió luego que conoció su peligro.

El P. Jerónimo Lobo prosiguió su oficio de Prepósito, hasta que, para gravísimos negocios de la Religion, le diputaron segunda vez para Procurador á Lisboa; aceptó el cargo y se embarcó, y esta fué la única vez que, por última, le perdonó el mar y no experimentó ceño de inminente peligro.

En Lisboa fué recibido con la estimacion que se conciliaba su venerable ancianidad, considerando que en avanzada edad emprendia viaje tan largo, sin conveniencia de más que la gloria de Dios. Comunicó con los Superiores los motivos de su viaje, y todos con el General, y esta vez negoció enteramente cuando podia desear.

Pero nuestro P. General, enviando los despachos á la India, mandó al P. Lobo se quedase á descansar en Europa, y le señaló por Rector de Coimbra, en cuyo oficio le probó tan mal á la salud el temple, que fué preciso mudarse á Lisboa á probar el aire del mar, en el cual le fué tan bien, que le duró la vida largos años de muy venerada ancianidad, gastándola en continuo ejercicio de perfectas virtudes.

Aquí se entretuvo en pulir y poner en limpio un diario en que habia apuntado sus viajes; en él dice entre otras cláusulas, dignas de nuestra memoria, la cláusula siguiente: «Lo que he contado de los trabajos padecidos, ha sido

sólo por mayor, pues lo particular de ellos y su variedad es tan imposible de referir, como trabajosa cosa experimentar.»

No faltó curiosidad que materialmente cuidadosa contase las leguas castellanas que el Padre habia andado, segun su itinerario; y sin referir en él los continuos viajes que tuvo en Etiopia en misiones y en asistencia de católicos enfermos, salieron en la suma de 38.000 leguas, cosa que de otro jesuita no se halla en nuestros anales.

Rendido ya á la decrépita edad de ochenta y tres años, en el de 1678, le asaltó una calentura, y prevenido con todos los Sacramentos, y entre repetidos actos de contricion y amor de Dios, entregó en sus manos su alma, dejando á los nuestros tantos motivos de lágrimas por su ausencia como de ejemplos y edificacion de su vida.

El comun concepto de su virtud se aumentó mucho el siguiente dia, que vino luego al colegio un secular, publicando que al oir el dia antes el doble en nuestra Casa Profesa, y sabiendo que era por el P. Lobo, pidió á Dios le sanase de la enfermedad que le afligia, y que su Majestad le hiciese esta gracia por los méritos de su siervo el P. Lobo, y que al punto se halló sano; beneficio que publicaba á gloria de Dios y en reconocimiento de la gracia, á honor de la virtud del P. Lobo, último misionero de los que salieron de la desgraciada Etiopia.

## CONCLUSION DE ESTA HISTORIA

Ya en este tiempo estaba tan olvidada como abandonada la Etiopia católica, no habiendo bastado, ni las diligencias del Patriarca ni las continuas tareas del P. Lobo, para restaurar aquella mision con el pretendido socorro; y teniendo ellos por sí cerrada la puerta para no recibir misioneros, ya ni aun noticias de lo que pasaba habia ni se han sabido despues.

El emperador acabó tan del todo con los católicos romanos que permanecian firmes, que ni quien pudiese dar noticia quedó en el imperio, sepultado allá en sus tinieblas y sombras de la muerte.

Es verdad que los años pasados al que escribimos discurrió el celo que se le abria puerta para penetrar segunda vez en el imperio, porque al fin del siglo, por los años de 1696, siendo cónsul de la nacion francesa M. Mayllet en la capital del Cairo, recibió un correo ó embajada del Preste-Juan, emperador Seltán Segued, hijo de Socinios el perseguidor, pidiendo al rey cristianísimo y en su nombre al cónsul, le enviase un médico experto, por estar afligido de una enfermedad á cuyo conocimiento y curacion no alcanzaba la ignorancia de sus curadores.

Esta embajada resonó en el corazon de los misioneros, y á la novedad acudieron á solicitar con esta ocasion la entrada por todos los medios. Al punto avisaron los Padres Franciscos Descalzos, que tienen residencia en el Gran Cairo, al reverendísimo Guardian de Jeruralen, á quien en aquella distancia están sujetos, y el celoso Superior por su comunicacion con Europa dió cuenta á su Superior.

Con esta noticia afervorizados los corazones, acudieron los Reverendísimos Padres Descalzos á los piés del Sumo Pontífice Inocencio XII, á pedir por suya la mision de Etiopia; condescendió á sus ruegos Su Santidad, y la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide les dió seis patentes de tales misioneros. Supieron nuestros Padres en Francia esta novedad, y acudieron con interposicion del rey cristianísimo á Su Santidad, suplicándole les diese licencia para acudir tambien á la empresa, tan propia por muchos títulos de la Compañía.

Tuvo en Roma este expediente alguna dificultad, por haber ya concedido este reino por mision propia á los Rdos. PP. de la Reforma; pero el Padre Verseau que acudió á Roma en persona á este negocio, suavizó enteramente el caso, manifestando que la Compañía no intentaba superioridad ni prerrogativa alguna, que desde luego convenia que el que fuese por Superior de los Rdos. PP. de la Reforma, llevase carácter de enviado de Su Santidad y condujese los regalos que estaban prevenidos para el Preste-Juan (tanto como esto se adelantó en la idea la conquista); que la Compañía sólo pretendia la gloria de Dios y la salud de las almas, que en aquel reino habia adelantado tanto en tiempo de los tres Patriarcas; que la licencia se pedia sólo para evitar en reino tan separado cualquier inconveniente que pudiera sobrevenir; que, por lo demás, así como desde Pondicheri se adelantaban las conquistas espirituales, sin más licencia que la alabanza comun y gusto de Su Santidad, así tambien en esta podian los jesuitas que vivian en el Gran Cairo adelantarse á Etiopia; pero los de Europa observantes siempre á la menor insinuacion del gusto de Su Santidad y de la Santa Silla, no se atrevian á emprender el viaje sin vivir ciertos que no era de su disgusto.

Estas eficaces razones obligaron á Su Santidad y á la Sagrada Congregacion á dar los despachos del modo que los pediamos, esto es, de facultad ó licencia, dejando en su vigor los ya dados á los Rdos. PP. de la Reforma.

De estos partieron seis para Etiopia por Jerusalen al Gran Cairo: su celo fué fervorosísimo, pero la expedicion desgraciada porque ninguno entró en el Cairo, y sólo por sus mismos religiosos pudimos tener noticia de sus muertes, sin duda preciosas en el divino acatamiento, cuando las apresuró el deseo de la gloria de Dios y por ella el viaje tan incómodo como prolongado.

El P. Verseau, con cinco compañeros tuvieron más fortuna en el viaje, pues todos llegaron á Egipto, aunque despues de las dificultades de Roma quedaron iguales en la expedicion.

Porque al tiempo y aun antes que en Roma se tratase este negocio, M. Mayllet, cónsul de Francia en el Cairo, trató vivamente de enviar el médico que pedia el Preste-Juan, y encontrando en el Cairo un M. Poncet, que allí era ó se hacia médico, le convidó al viaje que admitió pronto; y sabido por el P. Breveden, que con suma edificacion aun de los mahometanos vivió celosísimo en la conversion y cuidado de las almas en el Cairo, quiso acompañarle con el pretexto de amigo, de médico ó de mercader.

Al cónsul Mayllet le pareció mejor este último pretexto como más sincero y ménos expuesto á riesgo de ser descubierto, pues las mercaderías eran pública ostentacion de la verdad de su oficio; armóle el cónsul de cantidad bastante de fardos y algunas ropas, y disfrazado en traje de armenio, penetró en Etiopia, segun la relacion que sacó á luz M. Poncet de su viaje hasta dia y medio de camino de la corte del emperador: á este tiempo le sobrevino una disentería que le acabó la vida en 9 de julio del año de 1699.

No llega la ponderacion á sondear la falta que nos hizo y hace este gran sujeto; porque, aunque en Etiopia no hubiera logrado su celo más fruto que el tener noticias del estado del reino, y dar regla ó método para poder penetrar en otra ocasion con conocimiento del terreno, era inestimable provecho; pero Dios que recibió el celo de este apostólico varon nos privó del consuelo y aun de la esperanza del fruto.

Habia nacido el P. Francisco Javier Breveden en Rohan de familia muy distinguida por su nobleza. En la Compañía habia hecho un gran grogreso en virtud y ciencias; su ingenio habia tentado llegar á lo imposible; esta idea le hizo formar una muy seria, de un movimiento continuo; este no llegó á conseguirle, pero sí á avecindarse tanto, que entre los más serios matemáticos y filósofos se miró este escrito como parto de un ingenio sobresaliente á todos los antecedentes, y se veneraba como juiciosa prueba de apurado ingenio.

Este asunto le elevó á aplausos de hombre de la mayor utilidad en la república de las letras; pero esta misma elevacion acordó á su espíritu el riesgo que tiene la religiosa observancia entre los aplausos y el peligro de la humildad entre la alabanza, cuya memoria le obligó á pedir con instancia las misiones de Oriente.

Al principio se resistia el cariño y el interés de su provincia y de los Superiores, que no querian privarse de sujeto tan útil; pero viendo clara la vocacion de Dios, le concedieron la licencia, con la cual, en vez de comuni-

car con literatos y lucir en los teatros, pasó á una continua comunicacion con gente silvestre, con obstinados herejes, con pérfidos mahometanos, y al fin con fieras en vez de racionales.

Más de diez años vivió en las islas del Archipiélagro, en Siria y Egipto. Apénas se podrá encontrar sujeto, que más llene las medidas de un perfecto misionero; fuerte en la salud, constante en el trabajo, capaz y advertido, sufrido en las injurias, animoso en las empresas, y tan amable en su trato, que atrajo á sí muchos herejes y gentiles con indecible fruto de las almas que trató.

Su mortificacion y penitencia fué tan rara como constante; dos veces al dia tomaba tan ásperas disciplinas de sangre, que se vieron obligados los Superiores á moderar este exceso, por temor de que podian perder por su misma mano un tan fervoroso misionero.

Su comida era siempre unas yerbas y salvado cocido, sin que probase en los diez años continuos ni más carne, ni más pescado, ni otro pan; su cama, la dura tierra el corto tiempo que descansaba, pues la noche, ó la gastaba toda en oracion, ó á lo ménos tres horas antes de reclinarse.

Su trato con Dios fué continno, y se aseguraban de propio hecho y ciencia muchas proposiciones en que habia profetizado varios sucesos, que vieron los sujetos que despues lo depusieron. Asegurábanse muchos milagros: de estos y de sus profecías nos robó mucha noticia la distancia.

Estando en el Gran Cairo, castigó Dios aquella populosísima ciudad con una cruel peste, que la despobló de la mitad de sus habitadores; fué lucido el ardiente celo del P. Breveden, que se dedicó enteramente al servicio de los apestados. Atendió, como era obligacion propia, en primer lugar al consuelo espiritual de los católicos, de que en aquel tiempo, por el gran comercio de aquella ciudad, emporio entónces de todo el Oriente, habia muchos á quien atender; pero esta tan primera obligacion no le ocupó tanto el tiempo, que no le dejase mucho para servir á los enfermos moros, herejes y cismáticos, sin que le tocase la peste, andando siempre entre apestados, sirviéndoles las medicinas, enterrando los cadáveres, repartiéndoles los socorros que consiguió de limosnas.

Esta tan heróica accion obligó al respeto y al cariño de todos los del Cairo, y los mismos herejes y moros le miraban con veneracion. Poco despues de esta peste llegó al Cairo el enviado del Preste Juan, pidiendo un médico, y al punto se le ofreció á su celo la idea de acompañarle disimulado, por tentar si podia hallar algun remedio para tan enferma cristiandad cismática.

Emprendió el viaje, y en él, casi á vista de la capital, falleció. Yo juzgo aquí que su enfermedad y edificativa muerte no se pueden dibujar mejor

que traduciendo lo que de ella dice M. Poncet en su relacion, pues este autor secular, nada apasionado, no es sospechoso en las alabanzas. Dice, pues:

«Llegamos al fin el dia 3 de julio á Barko, lugar pequeño situado en una apacible llanura; vímonos obligados á detenernos, porque á mí me asaltó una calentura, y á mi muy amado compañero el P. Breveden le sobrevino una disentería.

»Apénas supe su indisposicion, cuando al punto me hice llevar á su aposento, y registrando los pulsos y viendo los síntomas, explicaron mis lágrimas el juicio que yo hacia de su peligro, y que desesperaba de su remedio: confieso que si yo hubiera podido con mi vida salvar la suya, me hubiera dado por muy dichoso en aquel desierto; pero era fruto maduro para el cielo, y Dios queria premiar sus apostólicos trabajos.

»Yo le conocí en el Cairo, donde su reputacion era de hombre singularmente favorecido de Dios con extraordinarias gracias de milagros y de profecías; esta idea habia yo formado por voz comun aun antes de conocerle; pero despues prácticamente conocí la verdad de esta fama en distintas proposiciones claras que oí sobre cosas futuras, cuya verificacion observé cierta en el tiempo que sucedieron, confirmando en estos sucesos, no sólo la sustancia de ellos, sino aun las circunstancias todas, siempre como las habia profetizado.

»Esta experiencia me ató al tiempo de su accidente, acordándome de haberle oido tantas y tan claras profecías de su muerte, y señalar para ella circunstancias que ya veia, que la creí cierta más por fe y veneracion del difunto, que por ciencia experimental de mis aforismos.

»Durante todo el viaje jamás le oí hablar sino de Dios, y sus voces eran tan vivas y tan llenas de uncion del Espíritu Santo, que me abrasaban el corazon. En los últimos momentos de su vida se extendió y derritió en tiernísimos actos de amor de Dios y agradecimiento á los beneficios divinos con tanto ardor y ternura, que no los podré olvidar en mi vida.

»Entre estos devotos suspiros acabó su vida en un destierro (por ser tierra extranjera) á la vista de la capital de Etiopia, como S. Francisco Javier, cuyo nombre tenia, faltó en otro tiempo á la vista de la China cuando estaba pronto para entrar y ganar para Jesucristo el imperio todo.

»A decir lo que siento y experimenté en el viaje, haciendo toda justicia al difunto y sin tocar en términos de adulacion, yo no he conocido hombre más laborioso, de más constancia en los trabajos, de más valor en las empresas, de más ardor en el celo ni de más fortaleza para mantener los intereses de la religion; y en su persona, yo no he conocido sujeto más modesto ni más religioso en todo su porte y acciones.

»Murió el dia 9 de julio del año de 1699. Muchos religiosos de Etiopia que se hallaron á su muerte, quedaron tan compungidos y edificados, que le miraban difunto como hombre maravilloso cuando vivo.

»De esta admiracion nació que el dia siguiente sin súplica mia ni más motivo que su edificacion, vino todo un convento de monjes, vestidos de ceremonia, trayendo cada uno una cruz de hierro en la mano, y despues de haber rezado sobre el difunto sus acostumbrados salmos y preces, llevaron el cuerpo procesionalmente á su convento, donde le enterraron en una iglesia dedicada á María Santísima.»

Hasta aquí el sobredicho autor en su viaje, de cuyo testimonio hago yo mucho caso, porque ni tenia para qué haber introducido este elogio, á no ser muy verdadero, ni cabe fin ménos recto en la alabanza de un difunto; y á la verdad, como todo lo que dice es muy conforme á lo que sabemos, confirma nuestra fe leer en boca de un seglar lo que podia escribir el más apasionado jesuita.

Su muerte nos cortó las esperanzas que habia concebido el buen deseo y que habia cimentado el singular talento, celo y prendas del sujeto; pero como esta no se supo en Europa, emprendió su viaje el P. Verseau con sus cinco compañeros, de los cuales en las *Relaciones* del Cairo y de lo allí sucedido en estos tiempos, sólo encuentro los nombres de cuatro, que son, P. Grenier, Superior, P. Polevache, P. Paulet y P. Bichot; el quinto, ó no le permitió la vida llegar á Etiopia, ó mudó idea en el camino, porque de él no tenemos noticia alguna.

Cuando llegaron estos Padres á Egipto y á Siria, encontraron la gran novedad de haber en la corte del Cairo un cierto llamado Murat, que se intitulaba embajador del Preste-Juan al rey cristianísimo. Poco despues de este embajador ó comisario, volvió el médico Poncet, y con los dos se juntaron en el Cairo los PP. Grenier y Polevache, quedando en Sanaar, reino inmediato á Etiopia, los PP. Paulet y Bichot, para comunicarse las noticias y solicitar la deseada introduccion en Etiopia; y es cierto que en este negocio trabajaron cuanto se pudo, aunque con sólo el desengaño por fruto.

En el Cairo, M. Mayllet, cónsul de Francia, se enredó en sospechas y cuestiones con Murat, el pretendido embajador. Al principio le hospedó en una muy principal casa, bien compuesta y más que decente, y adornada al uso de la tierra: el cónsul, creyendo la comision y juzgando que sólo pretenderia el embajador la ostentacion y el reconocimiento, no pensó en darle de comer más que en el banquete de ceremonia; pero Murat que se vió tratado como señor sin utilidad en su viaje, y que ciertamente hubiera estimado más un par de platos en la mesa, que tapicerías en las salas para diver-

tir la vista, empezó á maquinar quejas y á revolver los ánimos contra el cónsul.

Este tomó el negocio algo de recio, é hizo informacion, en que sin mucha dificultad sacó en limpio que el dicho Murat era de nacion turco, nacido en Diarquivir, aunque de profesion cristiano; su condicion y nacimiento humilde, y que en Alepo habia servido de cocinero de un cierto cristiano llamado Ibrain, de cuyo servicio se apartó á ganar su vida, haciendo aguardiente que vendia por las calles, y que en Etiopia sólo habia entrado á vender no sé qué mercaderías de poca suerte, y de allí habia venido con esta comision.

Estas noticias, su codicia, y, más que ésta, su necesidad, hizo dudar mucho de la verdad y realidad de esta embajada, y más, que intentando querellarse del cónsul porque no le asistia, se gobernó con destreza el lance. Por sus mismos papeles se le notaron mil inconsecuencias; tales fueron, que al principio escribió que no traia carta ninguna para el cónsul, y que el emperador de Etiopia le habia intimado que á persona de este mundo manifestase las credenciales por lo importante del negocio y por lo que convenia el secreto: proposicion que oyó con gran cuidado el P. Grenier, creyendo ya segura su entrada en el reino; pero luego, al tormento de la necesidad, entregó una carta del emperador para M. Mayllet, el cónsul, y las credenciales.

La carta á Mayllet estaba escrita en lengua medio abisina y medio turca, sin tener sustancia en su contexto ni formalidad en su nota; de suerte, que enviada á Alepo y á otras partes, todos los mercaderes la tuvieron por fingida, cuyos testimonios remitió á París Mayllet.

Las credenciales que mostró nada ménos tenian que credenciales, y traducidas allá, venian á decir que un emperador tan grande como allí se decia que era el rey cristianísimo, debia ser deseado por amigo, y que por tanto, el Preste-Juan se declaraba por tal, y que suponia que su Majestad haria lo mismo; y aquí acababa la credencial sin nombrar á Murat, sin calificar su persona, sin decir, ni aun en confuso, que le habia encomendado secreto alguno que fiaba á su voz, y, lo que más es, que toda esta amistad era fantástica, pues ni convidaba con comercio, ni daba providencia para él; con que todas las señas no eran más que vehementes indicios de ser esta embajada una fábrica de Murat, sin más fundamento que la idea de comer algun tiempo.

Por lo cual, despues de varias consultas y de un gran trabajo que en estas alteraciones emplearon los PP. Grenier y Polevache, se vino á concluir en que Murat diese al cónsul la carta y regalo que traia para el rey cristianísi-

mo, para que remitida á París, aguardase respuesta y órden, y que en el ínterin le socorreria el cónsul con seis escudos cada dia.

Este suceso, al que ya siendo embajador del Preste-Juan habia vuelto á su oficio de destilar aguardiente para que su criado vendiese, era buen logro de una idea fabricada en su imaginacion. El cónsul Mayllet remitió á París la informacion jurídica de lo allí ejecutado, y la carta, y regalos: éstos consistian en dos vasos llenos de algalia, cuyos animales no se hallan en Etiopia, y unas piezas de algodon ordinario de Oriente, cuya cortedad y el ser todo de frutos de fuera de Etiopia, y nada de lo que allí estiman, aumentó las sospechas que escribia el cónsul; y registrada la carta y hecha traducir por dos diferentes sujetos, y contestada la traduccion que envió de Oriente Mayllet, todas vinieron conformes, y se halló que en nada convenian con las formalidades que usan los emperadores de Etiopia.

De otras cartas escritas en tiempo de los Patriarcas así al rey de Portugal como al Sumo Pontífice, habia tantos traslados como historias del Padre Tellez. Esta diversidad, el ningun asunto de la embajada, el regalo en el nombre y abuso en la realidad, obligó en la corte de París á mandar al cónsul enviase al pretendido embajador sin más respuesta que decirle que, si el Preste-Juan tenia que enviar ministro, enviase un vasallo suyo.

Pero cuando esta respuesta llegó al Cairo, ya habia el Murat prevenido su riesgo y escapado con el pretexto de gritar que, segun tardaba la respuesta, el cónsul no habia remitido sus cartas, y que iba á dar las quejas al Preste-Juan del mal trato que habia recibido, y con esta frívola idea acabó aquella fantasma, de que no se volvió á tener más noticia.

Este desengaño descubrió la inutilidad de las negociaciones y disposiciones que los PP. Grenier y Polevache tuvieron y tentaron con Murat para introducirse en Etiopia, y como mucho ántes de la fuga ó retiro del Murat, estaba conocida la nulidad de esta embajada ya en aquellos parajes, se tentó medio más seguro, asistiendo cerca de Etiopia, en el reino de Sanaar, los dos PP. Verseau y Paulet.

A éstos acreditó para con aquel rey el cónsul Mayllet, y el rey los recibió y acarició cuanto cupo, solicitando medios para introducirlos en Etiopia, para lo cual logró la feliz ocasion de una muy legítima embajada, que el Preste-Juan le envió para dependencia de su imperio.

Con este embajador introdujo á los Padres, y éstos con halagos, protestas y esperanzas tomaron todos los medios que juzgaron útiles para que los introdujese en su compañía; pero el abisino, que era avisado y no de mal genio, conoció el rebozo y les habló muy claro, proponiendo la dificultad y excusándose de recibirlos por compañeros ó criados, que á todo salian los Padres.

Este abisino habló la verdad, porque un religioso Francisco Descalzo, llamado Benedicto, tuvo celo animoso, y sin más consulta que la de su Superior, tomó hábito de armenio y entró en Etiopia con título de médico. Hizo una ú otra muy feliz cura y muy aplaudida entre aquella gente que ignora esta facultad, y que sólo tiene de ella las pocas especies que allí dejaron nuestros Padres, pero su incuria aun estas mismas tenia olvidadas ó trocadas.

Con esto Fr. Benedicto logró una ú otra ocasion de corto peligro, pero feliz suceso, con sólo las especies de haber vivido entre europeos. A esta fama respondió á su deseo el emperador, que le mandó llevar á su palacio: en él vivió tres meses, comunicando con los abisinos, y halló ser verdad lo que habia dicho el embajador en Sanaar, que el principal poder en la Etiopia estaba en manos de los eclesiásticos, que ciertamente eran á lo ménos una cuarta parte del reino, y los ricos y poderosos en él; que este medio habia tomado Seltán Segued Socinios, cuando persiguió á los católicos, para imposibilitar su segunda entrada; que el fin, aunque perverso, le habia conseguido, porque los monjes que eran muchísimos, y los eclesiásticos, que dependen de ellos, harian tal guerra, que ó acabarian presto con los misioneros ó inquietarian todo el imperio, siendo capaces de destronar al emperador y elevar á quien quisiesen al trono; que el reinante emperador, bien que á su modo aplicado al gobierno y no reñido con las letras, vivia contento y gustoso con su ley, y que aún duraban en Etiopia y en el emperador los ecos de las revoluciones pasadas que exageraban los presentes y clamaban los monjes, imponiendo horror contra los europeos, por lo cual no creia posible buen efecto del celo de los misioneros.

Con este informe, que ya era un gran testigo de vista de lo que habia dicho el embajador, se determinó el Superior de los religiosos Descalzos á escribir una carta al Preste-Juan desde Sanaar, pidiendo licencia para penetrar la Etiopia, embajador de Dios, en cuyo nombre le pedia que le diese licencia para tener tres ó cuatro sesiones en su palacio con los monjes más doctos de la Etiopia, sin obligarlos á más que á lo que les impeliese la verdad conocida, y que daba su palabra, so la pena de incurrir en la indignacion real, de no hablar á ningun vasallo ni con algun abisino del negocio que iba á tratar.

Esta carta la recibió el emperador y respondió con bastante cortesía, pero echando la culpa á sus vasallos, cuya tropelía tenia por segura y decia no podia evitar, por lo cual negaba la licencia, y que si entraba fuese por su cuenta y riesgo, en el supuesto de que ahora en paz le avisaba que despues no le podria defender y se veria obligado á condenarle.

Con esta respuesta se desesperó la empresa, si bien, para total seguridad

de la prudencia, con todas estas diligencias pasó el P. Verseau al Cairo, donde en este mismo siglo, en su segundo año de 1702, se tuvo una gran junta de toda la nacion francesa, y despues de largas conferencias, se decretó no ser prudente la tentativa de la mision por entónces, y que era temeridad introducir algun sujeto, cuando ya el que habia entrado con el disfraz de médico, habia traido por fruto un desengaño.

Por lo cual los Padres franceses que estaban en aquellas cercanías determinaron quedarse en ellas y en el Cairo, adonde sirvieron de mucho á los pocos católicos que allí estaban entregados á su comercio, y con gran fruto de muchos infieles que redujeron, y quedó la pobre Etiopia en las sombras de sus errores en que dura, sin que tengamos ni aun noticia de sus ceguedades.

En este estado dejamos á Etiopia, rogando á Dios nos dé modo, que abierta su puerta, podamos nosotros seguir los pasos de tan ilustres varones, como la ilustraron, creyendo que sus méritos y su intercesion en el acatamiento divino nos han de conceder la dicha que incesantemente debemos pedir, á fin de que nuestros sudores puedan perfeccionar la obra que nuestros venerados Padres empezaron con su celo, siguieron con su constancia y regaron gloriosísimamente con su sangre.

P. CASSANI.

A. M. D. G.

# ÍNDICE

## CASTILLA


| | Páginas. |
|---|---|
| H. Alonso de Prado | 5 |
| H. Bernardo Vizcaino | 7 |
| P. M. Antonio Martinez | 8 |
| P. Gaspar de Acevedo | 12 |
| P. Doctor Antonio de Araoz | 13 |
| P. Martin Gutierrez | 54 |
| P. Miguel Ochoa | 71 |
| P. Baltasar Alvarez | 73 |
| P. Andrés Asensio | 143 |
| P. Francisco Córdoba y H. Juan Ortuño | 145 |
| H. Sancho de Ausa | 155 |
| H. Pedro de Artiaga | 156 |
| P. Francisco de Estrada | 158 |
| P. Martin de Santo Domingo | 162 |
| P. Francisco de Morales | 169 |
| P. Doctor Juan Fernandez | 174 |
| P. Juan Suarez | 198 |
| P. Antonio de Torres | 204 |
| P. Juan del Castillo | 205 |
| H. Juan de la Carrera | 219 |
| P. Francisco de Ribera | 220 |
| P. Antonio de Padilla | 222 |
| P. Sebastian Sarmiento | 227 |
| P. Guillermo Batheo | 232 |
| P. Miguel Soler | 236 |
| P. Alonso Rodriguez | 239 |
| P. Luis de la Puente | 243 |
| P. Alonso Ezquerra | 247 |
| H. Francisco de Montemayor | 259 |
| P. Manuel de Teixeira | 289 |
| H. Juan de Noain | 304 |
| P. Luis de Valdivia | 313 |
| H. Lorenzo de Padilla | 317 |

# APÉNDICE

## ETIOPIA

Mision de Etiopia..... 323
P. Antonio Fernandez Senior..... 522
P. Manuel de Almeida..... 526
P. Antonio Fernandez Junior..... 535
P. Diego de Mattos..... 535
P. Francisco Marques..... 537
P. Jerónimo Lobo..... 538

VARONES

ILUSTRES

9

G 63593